

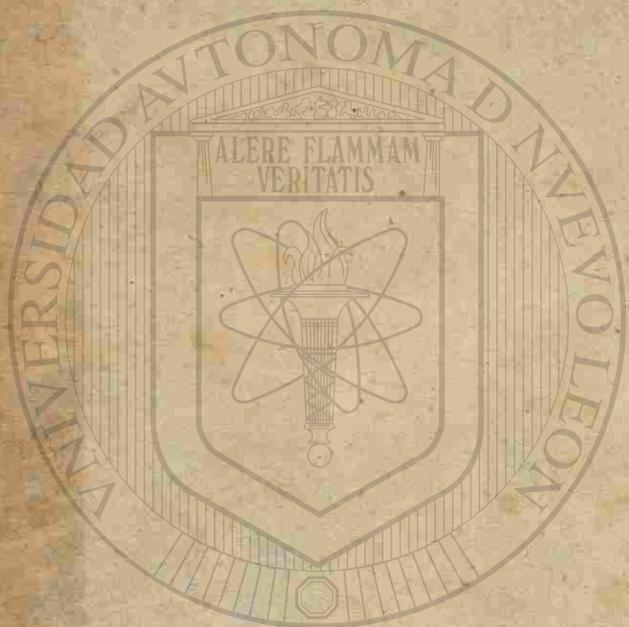
VIAGE
A ORIENTE

I

DS48
L3
V.1
C.1



1080097421

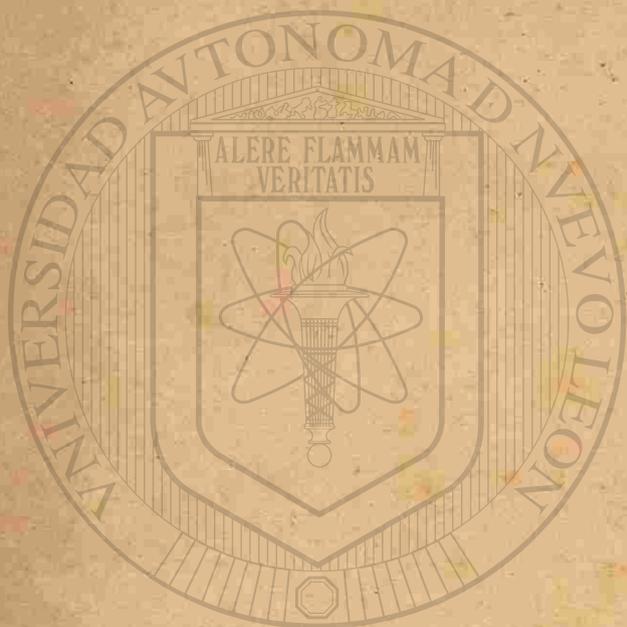


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





VIAGE
A ORIENTE,

1832-1833.

Por M. Alfonso de Lamartine.

TRADUCIDO

POR E. DE OCHOA.

TOMO I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Edición del Siglo XIX.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
MEXICO.

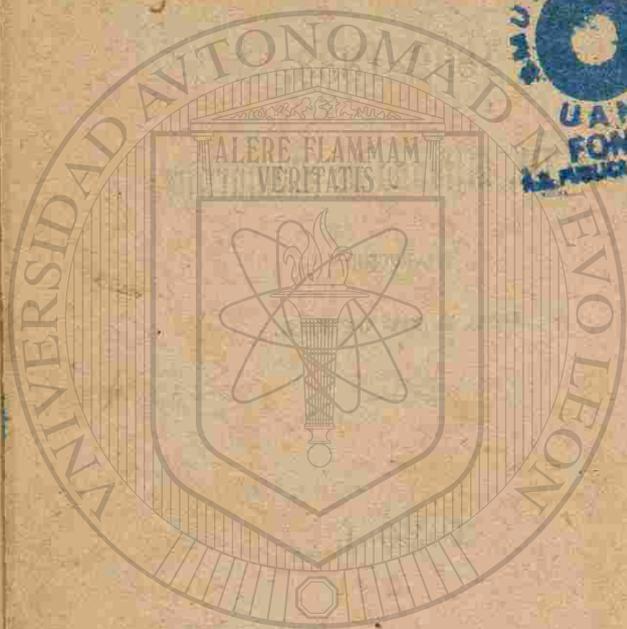
IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO.
Calle de los Rebeldes núm. 2.

1856.

DS48

L3

V.1



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

ADVERTENCIA
DEL TRADUCTOR.

Suelen los autores en sus prólogos rebajar el mérito y la importancia de sus obras, y, como suele decirse, *echarse por tierra*, alguna vez por verdadera, casi siempre por afectada modestia. En el prólogo que sigue no sucede así: el autor dice francamente lo que le parece de su obra, y aunque su juicio es algo severo, en el fondo es justo. Cualquiera que lea su obra conocerá que en efecto la ha escrito, como dice, á la ligera, sin pensar en publicarla, dejando correr la pluma sin reflexionar mucho: —el que escribía era un hombre de gran talento, y así sus notas se leen con sumo agrado; pero todo, y particularmente el estilo, desaliñado y cortado á veces por demas, todo manifiesta que escribía sin ninguna especie de pretension, como quien escribe para sí. Ahora bien, mi deber, como traductor de esta

obra, era conservarle lo mas posible su carácter original: era menester, no solo decir lo que dice el autor, sino decirlo como él lo dice, con el desaliño, con los cortes, con la rapidez con que, en general, escribe él sus notas.—Esto he procurado hacer: así como otros castigan el estilo y lo liman para hacerlo fluido y armonioso, yo he tenido que poner mucho estudio en imitar el tono del autor, y los que han escrito en nuestra lengua, saben cuán indócil, cuán rebelde se muestra cuando se le piden tales imitaciones del frances. La índole de ambas lenguas es no solo diferente, sino diametralmente opuesta; ademas, nada es mas difícil de imitar que la naturalidad, y en mí ha tenido que ser efecto del estudio lo que en el autor es espontáneo y natural,—trabajo ímprobo y sin gloria; pero al que me he sometido gustoso por respeto al gran poeta que traducía, á cuyo raro ingenio profesó en mi corazon una especie de culto.

PROLOGO DEL AUTOR.

Esto no es un libro, ni un viage: nunca he pensado en escribir ni uno ni otro. Un libro, ó mas bien, un poema sobre el Oriente, ecciste ya en el *Itinerario* de M. de Chateaubriand; este grande escritor y gran poeta no hizo mas que pasar por aquel suelo de prodigios, pero imprimió para siempre la huella de su génio sobre aquel polvo que han removido tantos siglos. Fué á Jerusalem como peregrino y como caballero, con la Biblia, el Evangelio y las Cruzadas en la mano; yo he pasado por aquel suelo como poeta y filósofo, y de él he reportado profundas impresiones en mi corazon, altas y terribles enseñanzas en mi mente. Los estudios que he hecho allí sobre las religiones, la

historia, las costumbres, las tradiciones, las fases de la humanidad, no son perdidos para mí; esos estudios que ensanchan el horizonte tan estrecho del pensamiento, que ponen delante de la razón los grandes problemas religiosos é históricos, que fuerzan al hombre á replegarse en sí mismo, á sondear sus convicciones, á formularse otras nuevas; esa grande é íntima educación del pensamiento por medio del pensamiento, de los sitios, de los hechos, de las comparaciones de los tiempos con los tiempos, de las costumbres con las costumbres, de las creencias con las creencias, nada de eso es perdido para el viajero, el poeta ó el filósofo; todo eso forma los elementos de su poesía y de su filosofía para el porvenir. Cuando ha reunido, clasificado, coordinado, reasumido, la innumerable multitud de impresiones, de imágenes, de pensamientos, que la tierra y los hombres ofrecen á quien los consulta; cuando ha madurado su alma y sus convicciones, habla á su vez, y, bueno ó malo, bien templado ó desacorde, da su pensamiento á su generación, ó bajo la forma de poema, ó bajo la forma filosófica: —dice en fin su palabra decisiva, esa palabra que todo hombre que piensa está llamado á decir. Es-

te momento llegará acaso para mí; todavía no ha llegado.

Por lo que hace á un viage, es decir, á una descripción completa y fiel de los países que uno ha recorrido, de los sucesos personales que le han ocurrido al viajero, del conjunto de las impresiones que han producido sobre él los sitios, los hombres y las costumbres, todavía he pensado ménos en ello. Por lo que respecta al Oriente, esto está hecho tambien; está hecho en Inglaterra, y se está haciendo en Francia en este momento, con una conciencia, un talento y un écsito que yo no podría lisongearme de igualar. M. de Laborde escribe y dibuja con el talento del viajero en España, y el pincel de nuestros primeros artistas. M. Fontanier, cónsul en Trevizonda, nos da sucesivamente retratos esactos y vivos de las partes ménos exploradas del imperio Otomano; y la *Correspondencia de Oriente*, por M. Michaud, de la Academia Francesa, y por su jóven y brillante colaborador, M. Poujoulat, satisface completamente cuanto puede desear acerca del Oriente la curiosidad histórica, moral y pintoresca. M. Michaud, escritor esperto, hombre hecho, historiador clásico, en-

riquece la descripción de los sitios que recorre con todos los recuerdos, vivos para él, de las Cruzadas; hace la crítica de los sitios por medio de la historia, y la de la historia por medio de los sitios; su espíritu maduro y analítico, se abre paso por entre los sucesos pasados como por entre las costumbres de los pueblos que visita, y derrama la sal de su dulce é ingeniosa filosofía, sobre las costumbres, los usos, las civilizaciones que recorre;— es el hombre avanzado en inteligencia y en años que lleva al jóven por la mano, y le enseña con la sonrisa de la razón y de la ironía, escenas nuevas para él. M. Poujoulant es un poeta y un colorista; su estilo, empapado en la impresión y en la tinta de los sitios, los refleja espléndidos y calientes con la luz local. Se conoce que el sol de Oriente brilla y calienta todavía en su pensamiento jóven y fecundo, mientras escribe á su amigo. La diversidad de aquellos dos talentos, completándose mutuamente, hace de la *Correspondencia de Oriente*, la colección mas completa que podemos desear acerca de aquel admirable país; así es como es la lectura mas amena y entretenida.

Por lo que hace á la geografía, todavía tenemos poco; pero los trabajos de M. Caillet, jóven oficial

de estado-mayor á quien he encontrado en Siria, se publicarán sin duda en breve, y completarán el cuadro de esa parte del mundo. M. Caillet ha pasado tres años explorando la isla de Chipre, la Caramania, las diferentes partes de la Siria, con aquel celo y aquella intrepidez que caracterizan á los oficiales instruidos del ejército frances. De vuelta recientemente en su patria, le trae nociones que hubieran sido muy útiles para la expedición de Bonaparte, y que pueden preparar otras.

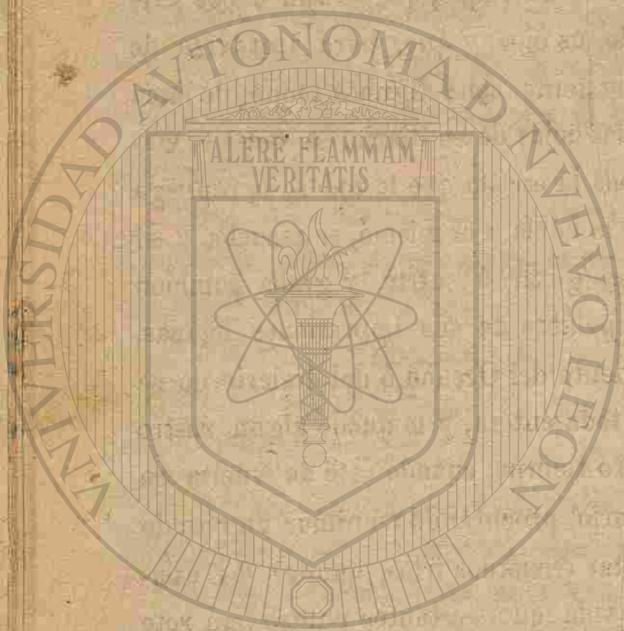
Las notas que he consentido en dar aquí á los lectores no tienen ninguno de estos méritos; las doy con sentimiento, porque solo servían para mis recuerdos y solo á mí estaban destinadas. No hay en ellas ni saber, ni historia, ni geografía, ni costumbres; muy léjos estaba de mi pensamiento el público, cuando yo las escribía—y ¿cómo las escribía? A veces al medio día, durante el descanso de esta hora, á la sombra de una palmera, ó bajo las ruinas de un monumento del desierto; mas comunmente por la tarde, bajo nuestra tienda batida por el viento ó la lluvia, á la luz de una hacha de resina; un día en la celda de un convento maronita del Líbano; otro, al vaiven de una barca árabe, ó en el puente de un bergantín en medio de los

gritos de los marineros, de los relinchos de los caballos, de las interrupciones, de las distracciones de toda especie propias de un viage por tierra ó por mar; á veces pasando ocho dias sin escribir,— á veces perdiendo las páginas sueltas de un album desgarrado por los chacales ó empapado en la espuma del mar.

De vuelta en Europa, yo hubiera podido, sin duda, revisar estos fragmentos de impresiones, reunirlos, proporcionarlos, componerlos y escribir un viage como otro cualquiera; pero ya lo he dicho, escribir un viage no entraba en mi plan. Se necesitaba para eso tiempo, libertad de ánimo, atención, trabajo; y yo no podía dar nada de eso á mi obra. Mi corazon estaba despedazado, mi pensamiento estaba en otra parte, me faltaba tiempo; era preciso ó quemarlas ó dejar estas notas tales cuales estaban. Circunstancias inútiles de explicar me han determinado á este último partido: me arrepiento, pero ya es tarde.

Ciérrelas, pues, el lector antes de haberlas recorrido, si busca en ellas otra cosa que no sea las mas fugitivas y superficiales impresiones de un viagero que anda sin pararse. Solo pueden tener algun interes para los pintores; estas notas son es-

clusivamente pintorescas; solo la mirada escrita, la ojeada de un transeunte sentado sobre su camello, ó en el puente de un buque, que ve huir bellos paisajes delante de sus ojos, y que, para acordarse de ellos al dia siguiente, echa algunos toques de lápiz sin color en las hojas de su diario. A veces el viagero, olvidando la escena que le rodea, se repliega en sí mismo, se habla á sí mismo, se escucha á sí propio, piensa, gozar ó sufrir, y graba tambien entonces una palabra de sus impresiones lejanas, para que el viento del Oceano ó del desierto no se lleve su vida toda entera, y le quede algun rastro de ellas en otro tiempo, cuando esté de vuelta en el hogar solitario, procurando reanimar un pasado muerto, calentar recuerdos frios, anudar los eslabones de una vida que en tantos puntos han roto los sucesos... He aquí estas notas; de interes carecen; aplausos no los pueden obtener; en cuanto á indulgencia, ciertos derechos tienen para reclamarla.



VIAGE

A ORIENTE.

PRIMERA PARTE.

Marsella, 20 de Mayo 1832.

Mi madre había recibido de la suya, en el lecho de muerte, una hermosa Biblia de Royaumont, (1) en la que me enseñaba á leer cuando yo era niño. Aquella Biblia tenía estampas de asuntos sagrados en todas las páginas; cual representaba á Sara, cual á Tobías y su ángel; esta á José, aquella á Samuel, y sobre todo se veían allí aquellas bellísimas escenas patriarcales en que la solemne y primitiva naturaleza del Oriente estaba mezclada á todos los actos de aquella sencilla y maravillosa vida de los primeros hombres. Cuando yo daba

(1) Edición espurgada, en que falta la división por versículos y con estampas.—*N. del T.*

bien mi leccion y leía de corrido la media página de la Historia Santa, mi madre descubria la estampa, y con el libro abierto sobre sus rodillas, me la hacia contemplar esplicándomela en premio de mi aplicacion. Estaba mi madre dotada por la naturaleza de un alma tan piadosa como tierna y de la imaginacion mas sensible y lozana; todos sus pensamientos eran sentimientos, todos sus sentimientos eran imágenes; su hermoso, noble y suave rostro reflejaba, en su radiante fisonomía, todo lo que ardía en su corazon, todo lo que se pintaba en su pensamiento, y el metal argentino, afectuoso, solemne y apasionado de su voz, daba à todo lo que decia un acento de vehemencia, de encanto y de amor que todavía en este instante resuena en mis oidos, ¡ay! al cabo de seis años de silencio! La vista de aquellas estampas, las esplicaciones y los poéticos comentarios de mi madre, me inspiraban desde la mas tierna niñez tendencias é inclinaciones bíblicas; del amor de las cosas al deseo de ver los sitios donde pasaron aquellas cosas, no habia mas que un paso, y así, ya desde la edad de ocho años, ardía yo en deseos de ir á visitar aquellas montañas adonde descendía Dios; aquellos desiertos donde los àngeles iban à enseñar à Agar el manantial escondido para reanimar à su pobre hijo desterrado y sediento; aquellos rios que salian del paraíso terrenal; aquel cielo donde se veía subir y bajar à los àngeles en la escala de Jacob.

Jamas este deseo se habia apagado en mí; siempre desde entónces pensaba yo en un viage à Oriente, como en un grande acto de mi vida interior; perpetuamente construía yo, en mi pensamiento, una vasta y religiosa epopeya, cuya principal escena debian ser aquellos hermosos sitios; parecíame tambien que las deudas del entendimiento, las perplexidades religiosas, debian hallar allí su solucion y su término. En fin, allí debia yo hallar colores para mi poema, porque la vida, para mi mente, ha sido siempre un gran poema; como ha sido amor para mi corazon. Dios, Amor y Poesía, son las tres únicas palabras que desearia tener grabadas en mi losa, si algun dia merezco una losa.

Tal es el origen de la idea que me impele ahora à las playas del Asia; esta es la razon porque estoy en Marsella y me tomo tanto afan por abandonar un suelo que amo, donde tengo amigos, donde me lloraràn y me seguirán algunos pensamientos fraternales.

22 de Mayo, Marsella.

He fletado un buque de 250 toneladas, de 46 hombres de tripulacion. El capitan es un sugeto escelente, y cuya fisonomía me gustó desde el primer momento. Su voz tiene aquel acento grave y sincero de la probidad firme y de la conciencia

limpia; hay en la espresion de su semblante suma formalidad, y en su mirada aquel rayo de luz recto, franco y vivo, síntoma seguro de una resolucion rápida, enérgica é inteligente: es ademas hombre bondadoso, fino y bien educado. Le he ecsaminado con la escurpulosidad que naturalmente debe emplearse en la eleccion del hombre á quien va uno á confiar no solo su hacienda y su vida, mas la vida de una esposa y de una hija única, en quien la vida de los tres está esclusivamente concentrada. ¡Dios nos proteja y nos traiga con bien al puerto!

El buque se llama el *Alceste*; el capitan es M. Blanc, de la Ciotat; el armador es uno de los mas dignos comerciantes de Marsella. M. Bruno-Rostand, que nos colma de atenciones y agasajos. Ha residido mucho tiempo en el Levante; hombre instruido y capaz de los empleos mas eminentes, su probidad y su talento le han grangeado en su ciudad natal una consideracion igual á su caudal, del que disfruta sin ostentacion, rodeado de una preciosa familia, sin ocuparse mas que en difundir entre sus hijos las tradiciones de honradez y de virtud. ¡Feliz pais aquel en que se hallan semejantes familias en todas las clases de la sociedad! Y ¡oh admirable institucion de la familia, que protege, conserva, perpetúa la misma santidad de costumbres, la misma nobleza de sentimientos, las mismas dotes tradicionales en la cabaña, en el mostrador y en el palacio!

22 de Mayo.

Marsella nos acoge como si fuéramos hijos de su hermoso cielo: este es un pais de generosidad de corazon y de poesia de alma. Los Marselleses reciben á los poetas como á hermanos; ellos tambien son poetas, y entre los hombres de la sociedad comun, de la academia, y entre los jóvenes que entran apénas en la vida, he hallado una multitud de caracteres y de talentos destinados á honrar no solo su patria, mas la Francia entera.—El mediodía y el norte de Francia me parecen, bajo este concepto, muy superiores á las provincias centrales. La imaginacion languidece en las regiones intermedias, en los climas muy templados, como si necesitase escesos de temperatura. La poesia es hija del sol ó de los hielos eternos: Homero ú Osian, el Tasso ó Milton.

28 de Mayo.

Mi corazon conservará un eterno recuerdo de los Marselleses; no parece sino que quieren aumentar en mí esas angustias que oprimen el corazon cuando va uno á dejar su patria sin saber si la volverá á ver. Tambien conservará los nombres de las

personas que me han agasajado mas particularmente, y cuyo recuerdo durará en mí como la última y dulce impresion del suelo natal: M. J. Freysinet, M. de Montgrand, MM. de Villeneuve, M. Vangaver, M. Autran, M. Dufeu, M. Jauffret, &c., &c., sugetos todos notables por una cualidad eminente del corazon ó de la cabeza, sabios administradores, escritores ó poetas. ¡Ojalá me sea dado volverlos á ver y pagarles á mi regreso todos esos tributos de gratitud y de amistad que es tan dulce deber y tan dulce pagar!

Esta mañana escribí la siguiente composicion paseándome entre las islas de Pomega y la costa de Provenza; es. una despedida de Marsella, que abandono con sentimientos de hijo. Tambien hay en ella algunas estrofas que van todavía mas adentro en mi corazon:

DESPEDIDA.

A LA ACADEMIA DE MARSELLA.

Si abandono al capricho de las olas
 Mi parte de ventura y de sosiego;
 Si hija y esposa al piélago le entrego,
 Y con ellas mi amante corazon:
 Si lanzo al mar, al viento, á las arenas,
 Esas vidas, mi gloria y mi embeleso,
 Sin mas prenda de un próspero regreso,
 Que un mástil que ha tronchado el aquilon;

No es, no, porque la sed del oro abraze
 Mi pecho, do más noble afecto vive,
 Ni porque de la gloria me cautive
 El inconstante, engañosor fanal:
 No es, no, porque del Dante la fortuna
 Me arroje al seno de estrangeros mares,
 O me obliguen las iras populares
 Del destierro á comer la amarga sal.

No: de un valle en las fértiles laderas
 Sitios, dejo con lágrimas, amenos,
 De recientes recuerdos dulces llenos,
 Y que hoy muchos contemplan con dolor.
 Dejo á la sombra de los altos robles
 Un májico retiro, do mi alma
 En perpetua ventura, y paz y calma
 No oye de las facciones el rumor.

En nosotros pensando un padre anciano
 Tiembla allí al son del viento en las almenas,
 Y pide al Hacedor que ondas serenas
 Mezan la nave que nos lleva en sí;
 Fieles criados, buenos labradores,
 Nuestras pisadas buscan abatidos,
 Y responden con lúgubres ahullidos
 Mis perros, si oyen preguntar por mí.

Hermanas tengo, ramas que debieran
Del mismo tronco ser gala conmigo;
Tengo, precioso bien, mas de un amigo
Que lee en mis ojos y oyeme pensar.
Tengo desconocidos corazones,
Misteriosos amigos en mi mente,
Ecos donde mis cantos dulcemente,
Para volver à mí, van à sonar.

Mas tiene el alma instintos que natura
Desconoce, al instinto semejantes
De las aves, que el mar cruzando errantes
De un lejano sustento en busca van.
¿Qué piden à los climas de la aurora?
¿Bajo de nuestros techos musgo y nidos,
Y para sus polluelos los caidos
Granos de nuestras eras no hallarán?

Yo el cotidiano pan tengo cual ellas,
Y el espumante rio y la colina;
Es, cual la suya, mi ambicion mezquina,
Y partó, cual las aves volveré.
Mas algo, cual à ellas, à la aurora
Me llama; mas no he visto, ni tocado
Aquel suelo de Cam al hombre dado
Que del linage humano el barro fué.

No he surcado los piélagos de arena,
En la viviente nave del desierto;
En el pozo de tres palmas cubierto (1)
No he bebido; en el polvo do de Job
Dios probó el sufrimiento, no he velado:
De noche entre los àrabes errantes,
Al rumor de las lonas palpitantes,
No he soñado los sueños de Jacob.

No conozco una página del mundo;
Ignoro como en ella el astro luce;
Qué impresion en el ánimo produce
El pensar que se acerca al Hacedor;
Al pié de una columna de do baja
La sombra de los siglos al poeta,
No sé qué dicen à la mente inquieta
La soledad, el céfiro, la flor.

No he oido resonar entre los cedros
La voz de las naciones: sobre Tiro
No he visto desplomarse en raudo giro,
De Dios à la suprema intimacion,
Las proféticas águilas del Líbano:
Donde Palmira fué no he reclinado
Mi sien; bajo mi pié no ha resonado
El imperio vacio de Mémnon.

(1) El pozo de Hebron.

No he oído cual del fondo de sus simas,
 Mas que el profeta de Anatót (1) sublime,
 En sus orillas se lamenta y gime
 La sagrada corriente del Jordán:
 No he oído cual en mí canta mi alma
 En la gruta do el bardo rey sentía
 Inundarle en torrentes de armonía
 Los salmos que inmortales durarán.

Y no he seguido las divinas huellas
 Donde bajo el olivo lloró Cristo:
 La impresión de sus lágrimas no he visto
 Que conserva su eterno resplandor:
 En éstasis sublime sumergido,
 No he velado una noche en aquel huerto
 Donde de sangre y de sudor cubierto
 Bebió el amargo cáliz del dolor.

Y en el polvo mi frente no he inclinado
 Donde impresa al partir quedó su planta;
 Y no he besado con fervor la santa
 Tumba donde su Madre le lloró;
 Y no he doblado la rodilla en donde,
 De su vida mortal rotos los lazos,
 Para ceñir al mundo abrió los brazos,
 Y para bendecirle se inclinó!

(1) Jeremías.

Por eso parto y doy á la ventura
 De mi ya inútil existencia el resto,
 Que el viento en este márgen ó el opuesto
 Sacuda el tronco estéril ¿qué mas da?
 Clama el vulgo: — ¡Insensato! — ¡No! do quiera
 Todos aquí no encuentran su sustento:
 Es del poeta pan el pensamiento,
 Su vida son las obras de Jehová!

Por eso, ¡oh padre mio! adios os digo;
 Adios, mi hogar, adios, hermanas mías;
 Mis caballos, mi perro, mis umbrías
 Florestas abandono por partir.
 Vuestra imàgen me sigue, de mis dichas
 Cual sombra que à mi ausencia se resiste.
 ¡Ah! plegue á Dios que luzca ménos triste
 La hora que nos debe reunir!

Y tú ¡oh suelo entregado á mas embates,
 Que este á que me abandono, frágil pino!
 ¡Oh suelo que contiene el destino
 Del mundo, adios! adios, suelo natal!
 ¡Ojalà que rasgando Dios la nube
 Que templos, trono y libertad rodea,
 De tu inmortalidad lucir se vea
 Pronto en tu sacra márgen el fanal!

Y tú, Marsella, en la francesa orilla
 Sentada cual matrona hospitalaria,
 Nido seguro en la fortuna varia
 De los bajeles, aves de la mar;
 Ciudad que dejo con dolor profundo,
 Tú, cuya imágen en mi pecho vive,
 Tú, mis últimos votos hoy recibe
 Y mi primer saludo al regresar!

15 de Junio.

Hemos ido á visitar nuestro buque, ¡nuestra casa por tantos meses! Está distribuido en cuartitos, en que tenemos espacio para una hamaca y un baul. El capitan ha hecho abrir ventanitas que dan un poco de luz y de aire á los camarotes y que podremos abrir cuando no esté la mar muy alta ó no se tumbe el bergantin de costado. La cámara mayor está reservada para mi muger y mi hija Julia; las doncellas dormirán en la camarita del capitan, que ha tenido la bondad de cedérsola. Como la estacion es hermosa, comerémos sobre cubierta, bajo una tienda de campaña dispuesta al pié del palo mayor: el buque está atestado de todo género de provisiones, que ecsige un viage de dos años en paises sin recursos. Una biblioteca de quinientos volúmenes, todos escogidos entre obras

de historia, de poesía ó de viages, forma el mas precioso ornato de la cámara mayor; en los rincones van sendos haces de armas, y he comprado ademas un arsenal particular de escopetas, pistolas y sables para nosotros y nuestros criados. Los piratas griegos infestan los mares del Archipiélago, y estamos resueltos á resistir á todo trance, como que tengo que defender dos vidas que me son mas caras que la mia. Cuatro cañones van sobre el puente, y la tripulacion, que conoce la suerte que reservan los griegos á los infelices marineros á quienes sorprenden, está resuelta á morir primero que rendirse.

17 de Junio de 1832.

Llevo conmigo tres amigos. El primero es uno de aquellos hombres que la Providencia une á nuestra suerte, cuando prevee que hemos de tener necesidad de un apoyo que no se doblegue bajo la desgracia ó el peligro, Amadeo de Parseval. Desde nuestra mas tierna niñez nos ha unido un cariño que ninguna época de nuestra vida ha hallado en falta; mi madre le quería como á un hijo; yo le he querido siempre como á un hermano; siempre que ha herido mi corazon algun golpe de la suerte adversa, le he hallado junto á mí, ó le he visto acudir para tomar su parte en mi dolor, la parte princi-

Y tú, Marsella, en la francesa orilla
 Sentada cual matrona hospitalaria,
 Nido seguro en la fortuna varia
 De los bajeles, aves de la mar;
 Ciudad que dejo con dolor profundo,
 Tú, cuya imágen en mi pecho vive,
 Tú, mis últimos votos hoy recibe
 Y mi primer saludo al regresar!

15 de Junio.

Hemos ido á visitar nuestro buque, ¡nuestra casa por tantos meses! Está distribuido en cuartitos, en que tenemos espacio para una hamaca y un baul. El capitan ha hecho abrir ventanitas que dan un poco de luz y de aire á los camarotes y que podremos abrir cuando no esté la mar muy alta ó no se tumbe el bergantin de costado. La cámara mayor está reservada para mi muger y mi hija Julia; las doncellas dormirán en la camarita del capitan, que ha tenido la bondad de cedérsola. Como la estacion es hermosa, comerémos sobre cubierta, bajo una tienda de campaña dispuesta al pié del palo mayor: el buque está atestado de todo género de provisiones, que ecsige un viage de dos años en paises sin recursos. Una biblioteca de quinientos volúmenes, todos escogidos entre obras

de historia, de poesía ó de viages, forma el mas precioso ornato de la cámara mayor; en los rincones van sendos haces de armas, y he comprado ademas un arsenal particular de escopetas, pistolas y sables para nosotros y nuestros criados. Los piratas griegos infestan los mares del Archipiélago, y estamos resueltos á resistir á todo trance, como que tengo que defender dos vidas que me son mas caras que la mia. Cuatro cañones van sobre el puente, y la tripulacion, que conoce la suerte que reservan los griegos á los infelices marineros á quienes sorprenden, está resuelta á morir primero que rendirse.

17 de Junio de 1832.

Llevo conmigo tres amigos. El primero es uno de aquellos hombres que la Providencia une á nuestra suerte, cuando prevee que hemos de tener necesidad de un apoyo que no se doblegue bajo la desgracia ó el peligro, Amadeo de Parseval. Desde nuestra mas tierna niñez nos ha unido un cariño que ninguna época de nuestra vida ha hallado en falta; mi madre le quería como á un hijo; yo le he querido siempre como á un hermano; siempre que ha herido mi corazon algun golpe de la suerte adversa, le he hallado junto á mí, ó le he visto acudir para tomar su parte en mi dolor, la parte princi-

pal, la desgracia entera si hubiera podido; es un corazon que solo vive de la dicha, ó que no sufre mas que de la desventura de los demas. Cuando yo estaba, hace quince años, en Paris, solo, enfermo, arruinado, desesperado y moribundo, él pasaba las noches velando junto á mi lámpara de agonía; cuando he perdido á algun ser adorado, siempre él ha sido quien ha venido á darme el golpe para mitigarle; cuando murió mi madre, él llegó junto á mí al mismo tiempo que la fatal noticia, y me llevó de doscientas leguas de distancia hasta la sepultura, donde en vano iba á buscar el supremo adios que ella me habia dirigido, pero que yo nunca oí!... Mas adelantel... Pero todavía no han acabado mis desgracias, y aun hallaré su amistad miéntras haya amarguras que restañar en mi corazon, miéntras haya lágrimas que mezclar á las mias.

Dos hombres honrados, de talento, instruidos, dos hombres como hay pocos, han llegado tambien para acompañarnos en esta peregrinacion: el uno es M. de Capmas, sub-prefecto, á quien la revolucion ha cortado la carrera, y que ha preferido los precarios azares de un porvenir duro é incierto á la conservacion de su empleo; un juramento hubiera repugnado á su honradez, porque hubiera parecido interesado. Es uno de esos hombres que nada calculan delante de un escrúpulo del honor, y en

quienes las simpatías políticas tienen todo el calor y la virginidad de un sentimiento.

El otro de nuestros compañeros es un médico de Hondschoote, M. de la Royere, á quien conocí en casa de mi hermana, en la época en que yo meditaba este viage. La pureza de su alma, la gracia original y sin pretension de su ingenio, la elevacion de sus sentimientos políticos y religiosos me hicieron una viva impresion, y me inspiraron el deseo de llevarle conmigo, mas bien como recurso moral, que como providencia de salud: luego me he felicitado mucho de haberlo hecho así; en mucho mas estimo su carácter y su alma que su saber, aunque ha probado que lo posee muy profundo. Mucho mas hablamos de política que de medicina: sus miras y sus ideas sobre el estado presente y el porvenir de Francia son muy vastas, y sobre todo, muy superiores á toda consideracion de afecto ú ódio personales: sabe que la Providencia no hace acepcion de partido en su obra, y ve, como yo, en la política humana, ideas y no nombres propios. Su pensamiento va al fin, sin curarse de por quién ó por dónde hay que pasar, y su cabeza no tiene ninguna preocupacion, ninguna ciega predileccion ni aun las de su fé religiosa, que es sincera y ferviente.

Seis criados, casi todos antiguos ó nacidos en la casa paterna, completan nuestra espedicion: todos

parten con júbilo y miran este viage con un interés personal. Todos creen viajar para sí mismos y arrostran alegremente las penalidades y los peligros, que no les he disimulado.

En la rada, fondeado delante del pequeño golfo de Montredon, el 10 de Julio de 1832.

Ya he partido: ya he confiado á las olas nuestro destino: solo me une ya al suelo natal el recuerdo de los seres queridos que dejo en él, el recuerdo sobre todo de mi padre y de mis hermanas.

Para esplicarme á mí mismo como, frizando ya en el término de mi juventud, en aquella época de la vida en que el hombre se retira del mundo ideal para entrar en el de los intereses materiales, he dejado mi serena y apacible ecsistencia de Saint-Point (1), y todas las inocentes delicias del hogar doméstico, endulzado por una esposa, embellecido por una hija; para esplicarme, digo, á mí mismo, como vago por el inmenso mar hácia unas playas y un porvenir desconocidos, tengo que remontarme á la fuente de todos mis pensamientos, y buscar en ella las causas de mis simpatías y de mis gustos viageros.—¡Ah! ¡la imaginacion tiene tam-

[1] Hermosa quinta que posee el autor cerca de Macon, su patria, en la Borgoña.—*N. del T.*

bien sus necesidades y sus pasiones! Yo he nacido poeta, es decir, mas ó ménos inteligente de esa hermosa lengua que Dios habla á todos los hombres, pero mas claramente á algunos, por la via de sus obras. Jóven, oí ese verbo de la naturaleza, esa palabra formada de imágenes y no de sonidos, en las montañas, en las selvas, en los lagos, á la orilla de los abismos y de los torrentes de mi pais y de los Alpes, y aun traduje á la lengua escrita algunos de sus acentos que me habian conmovido y que á su vez conmovian otras almas; pero aquellos acentos no me bastaban ya: ya habia yo agotado esas pocas palabras divinas que nuestro suelo de Europa dice al hombre, y tenia sed de oír otras en mas sonoras y esplendentes riberas. Mi imaginacion estaba prendada del mar, de los desiertos, de las montañas, de las costumbres y de las huellas de Dios en el Oriente. Toda mi vida, el Oriente habia sido el sueño de mis dias de tinieblas en las brumas de otoño y de invierno de mi valle natal. Mi cuerpo, como mi alma, es hijo del sol: necesita luz, necesita aquel rayo de vida que vibra ese astro, no desde el rasgado seno de nuestras nubes de occidente, sino del fondo de aquel firmamento de púrpura que se parece á la encendida boca del horno; aquellos rayos no son solamente un resplandor, sino que llueven abrasantes, que calcinan al caer las rocas blancas, los chispeantes picos de las montañas, y que van á teñir el océa-

no de carmin como un incendio flotando sobre sus olas! Tenia necesidad de coger, de apretar con mis manos un poco de aquella tierra, que fué la tierra de nuestra primera familia, la tierra de los prodigios; de ver, de recorrer aquella escena evangélica, donde se realizó el gran drama de una sabiduría divina en lucha con el error y la perversidad humanas! donde la verdad moral se hizo mártir para fecundizar con su sangre una civilización mas perfecta! Y luego yo era y habia sido, casi siempre, cristiano por el corazon y por la imaginación; mi madre me habia hecho de esa suerte; algunas veces habia dejado de serlo en los días ménos buenos y ménos puros de mi primera juventud; la desgracia y el amor, el amor completo que purifica todo lo que abrasa, me [habian rechazado igualmente andando el tiempo á aquel primer asilo de mis pensamientos, á aquellos consuelos del corazon que pide uno á sus recuerdos y á sus esperanzas, cuando todo el tumulto del corazon cae por sí dentro de nosotros: cuando todo el vacío de la vida nos aparece despues de una pasión apagada ó una muerte que no nos deja nada que amar! — Ese cristianismo de sentimiento habia vuelto á ser un dulce hábito de mi mente. Yo me decia muchas veces: ¿Dónde está la verdad perfecta, evidente, incontestable? Si en alguna parte está es en el corazon, es en la evidencia sentida contra la

cual no hay racionio que prevalezca; pero la verdad del espíritu en ninguna parte está completa; está con Dios y no con nosotros: nuestro ojo es demasiado estrecho para absorber un solo rayo de ella; toda verdad, para nosotros, no es mas que relativa; lo que sea mas útil á los hombres será por consiguiente lo mas verdadero tambien; la doctrina mas fecunda en virtudes divinas será, pues, la que contenga mas verdades divinas, porque lo que es bueno es verdadero: toda mi lógica religiosa se cifraba en esto; mi filosofía no se elevaba mas allá, me vedaba las dudas, los diálogos interminables de la razon consigo misma, dejándome esa religion del corazon, que tan bien se asocia con todos los sentimientos infinitos de la vida del alma; que nada resuelve, pero que lo acalla todo.

10 de Julio, á las 7 de la tarde.

Muchas veces me digo:— ¡Esta peregrinacion, si no de cristiano, á la ménos de hombre y de poeta, le hubiera gustado tanto á mi madre! ¡Su alma era tan ardiente y se coloraba tan pronto y tan completamente con la impresion de los sitios y de las cosas! ¡Cuánto no se hubiera ecscaltado su alma ante ese vacío y sagrado teatro del gran drama del evangelio, de ese drama completo donde la parte humana y la parte divina de la humanidad hacen

cada cual su papel, la una crucificando, la otra crucificada! Este viage del hijo á quien tanto amaba debe sonreírle todavía en la celestial morada donde la veo; ella velará sobre nosotros: ella se colocará como una segunda Providencia entre nosotros y las tempestades, entre nosotros, y el *simun* (1), entre nosotros y el árabe del desierto! Ella protegerá en todos los peligros á su hijo, á su hija por adopción y á su nieta, ángel visible de nuestro destino, que llevamos con nosotros á todas partes. ¡La quería tanto! posaba su mirada con una ternura tan inefable, con un deleite tan penetrante en el hechicero rostro de esa niña, la última y la mas hermosa esperanza de sus numerosas generaciones! Y si hay imprudencia en esta empresa que tantas veces habíamos meditado juntos, me la hará perdonar allá en su altura en gracia de los motivos que son: Amor, Poesía y Religion.

El mismo día al anochecer.

Aun aquí viene á acosarnos la política. Hermosa es de ver la Francia en un porvenir cercano; la generacion que se levanta sabrá, por la virtud

(1) Viento abrasador que revuelve las arenas del desierto como las olas del mar en una tempestad.—*N. del T.*

de su edad, prescindir absolutamente de nuestros rencores y de nuestras recriminaciones de cuarenta años: poco le importa que se haya pertenecido á tal cual odiosa denominacion de nuestros rancios partidos; ella no tomó parte alguna en las contiendas, no tiene en su mente ni preocupaciones ni venganza. Se presenta pura y llena de fuerza á la entrada de una nueva carrera, con el entusiasmo de una idea, y nosotros, insensatos, llenamos todavía esa carrera con nuestras rencillas, nuestras pasiones, nuestras eternas disputas. ¡Hagámosle sitio! ¡Cuánto hubiera yo celebrado entrar en ella en su nombre, mezclar mi voz con la suya en la tribuna, donde no resuenan todavía mas que repeticiones sin eco en el porvenir! ¡Donde se pelea con nombres de personas! ¡Ya hubiera llegado la hora de encender el faro de la razon y de la moral sobre nuestras tempestades políticas; de formular el nuevo símbolo social que el mundo empieza á presentir y á comprender; el símbolo de amor y caridad entre los hombres, la política evangélica! Yo á lo ménos, por mi parte, no me echo en cara ningun egoismo sobre ese punto; yo hubiera sacrificado á ese deber hasta este viage, hasta este sueño de mi imaginacion de diez y seis años! ¡Ojalá suscite el cielo hombres, porque nuestra política avergüenza al hombre; hace llorar á los ángeles! El destino da una hora por siglo á la humanidad para regenerarse; esa

hora es una revolucion, y los hombres la pierden en despedazarse entre sí:—dan á la venganza la hora concedida por Dios á la regeneracion y al progreso.

El mismo dia, al ancla, en el mismo fondeadero.

La revolucion de Julio, que me ha affligido profundamente, porque amaba con un entrañable amor hereditario á la antigua y venerable familia de los Borbones, porque estos recibieron el amor y la sangre de mi padre, de mi abuelo, de todos mis parientes; porque hubieran recibido la mia si hubieran querido; esa revolucion sin embargo no me ha ecesperado, porque no me ha sorprendido. Yo la ví venir de lejos; nueve meses ántes del dia fatal, la ruina de la nueva monarquía estaba escrita para mí en los apellidos de los hombres á quienes cometió el cargo de dirigirla. Aquellos hombres eran honrados y leales, pero eran de otro siglo, de otras ideas; miéntras que el pensamiento del siglo caminaba en un sentido, ellos iban á caminar en otro; la separacion estaba consumada en la mente y no podia tardar en estarlo en las obras; la cuestion no era mas que de dias y de horas. ¡Y lloré esa familia que parecia condenada al destino y á la ceguera de Edipo! ¡Lloré, sobre todo, ese divorcio innecesario entre el pasado y el porvenir!

¡El uno podia ser tan útil al otro! La libertad, el progreso social hubiera recibido tanta fuerza de esa adopcion, que las antiguas casas reales, las antiguas familias, las antiguas virtudes, hubieran hecho de ellos! ¡Hubiera sido tan político y tan dulce no separar la Francia en dos campamentos, en dos afectos, y marchar todos juntos, unos apretando el paso y otros acertándole, para no desunirse en el camino! ¡Todo esto no es ya mas que un sueño! ¡Justo es llorarlo, pero no perdamos el tiempo en repasarlo inútilmente! ¡Es preciso trabajar, es preciso andar; tal es la ley de las cosas, tal es la ley de Dios! Siento que lo que se llama el partido realista, que encierra tantas capacidades, influencia y virtudes, quiera hacer una parada en la cuestion de Julio, porque él, como partido, no estaba interesado en ese negocio, negocio de palacio, de intriga, de pandilla, en que ninguna parte tenia la gran mayoría realista. Siempre es lícito y honroso tomar uno su parte de la desgracia ajena; pero no se debe tomar gratuitamente parte de una culpa que no se ha cometido; es preciso dejar á quien la reivindica, la culpa de los llamados *golpes de estado* y de la direccion retrógrada, compadecer y llorar á las augustas víctimas de un error fatal, no renegar nada de los afectos honrosos para ellas; no repeler las esperanzas remotas, pero legítimas y, en todo lo demas, volver á las filas de los ciudadanos; pensar, hablar, obrar, pelear con

al familia de las familias, con la patria. . . . ¡Pero dejemos esto! De aquí á dos años volveremos à ver la Francia. ¡Dios la proteja como à todos los seres amados y escelentes que dejamos en ella, en todos los partidos!

11 de Julio de 1832, á la vela.

Hoy, á las cinco y media de la mañana, hemos dado la vela. Algunos amigos de pocos dias, pero de mucho cariño, habian madrugado mas que el sol para acompañarnos á algunas millas dentro del mar, y llevarnos mas léjos su despedida. Nuestro bergantin se deslizaba sobre un mar sereno, límpido y azul, como el agua de un manantial á la sombra, en el hueco de una peña: apénas el peso de las vergas, esos largos brazos del buque cargados de velas, hacian inclinarse ligeramente ya un bordo, ya otro: un jóven de Marsella (1) nos recitaba unos versos admirables en que confiaba sus votos por nosotros á los vientos y á las olas; todo nos enternecia,—aquella separacion de la tierra,—aquellos pensamientos que volaban á la playa, cruzaban la Provenza é iban hácia mi padre, mis hermanas, mis amigos;—aquellas palabras de despe-

(1) M. Autran.

dida,—aquellos versos,—aquella hermosa sombra de Marsella que se alejaba, que disminuía bajo nuestros ojos,—aquel mar sin límites que iba á ser por mucho tiempo nuestra única patria.

¡Oh Marsella! ¡Oh Francia! ¡mas merecias tú! ¡Este tiempo, este pais, estos jóvenes, eran dignos de contemplar un verdadero poeta, uno de aquellos hombres que graban un mundo y una época en la memoria armoniosa del linage humano! Pero yo, profundamente lo siento, nada soy mas que uno de esos hombres sin efigie, de una época transitoria y borrada, de quien algunos suspiros han tenido eco, porque el eco es mas poético que el poeta. Sin embargo, yo pertenecia á otro tiempo por mis deseos; muchas veces he sentido en mí otro hombre; horizontes inmensos, infinitos, luminosos, de poesía filosófica, épica, religiosa, nueva, se rasgaban delante de mí, pero, ¡justo castigo de una juventud insensata y perdida! aquellos horizontes se cerraban muy pronto. Yo los sentia demasiado vastos para mis fuerzas físicas, y cerraba los ojos para no caer en tentacion de precipitarme en ellos. ¡Adios, pues, á aquellos sueños de génio, de delicia intelectual! Ya es tarde, harto tarde; acaso bosquejaré algunas escenas, murmuraré algunos cantos, y esto será todo. La obra quedará para otros, y con placer lo veo, otros vienen. Jamas la naturaleza fué mas fecunda en promesas de génio que en

al familia de las familias, con la patria. . . . ¡Pero dejemos esto! De aquí á dos años volveremos à ver la Francia. ¡Dios la proteja como à todos los seres amados y escelentes que dejamos en ella, en todos los partidos!

11 de Julio de 1832, á la vela.

Hoy, á las cinco y media de la mañana, hemos dado la vela. Algunos amigos de pocos dias, pero de mucho cariño, habian madrugado mas que el sol para acompañarnos á algunas millas dentro del mar, y llevarnos mas léjos su despedida. Nuestro bergantin se deslizaba sobre un mar sereno, límpido y azul, como el agua de un manantial á la sombra, en el hueco de una peña: apénas el peso de las vergas, esos largos brazos del buque cargados de velas, hacian inclinarse ligeramente ya un bordo, ya otro: un jóven de Marsella (1) nos recitaba unos versos admirables en que confiaba sus votos por nosotros á los vientos y á las olas; todo nos enternecia,—aquella separacion de la tierra,—aquellos pensamientos que volaban á la playa, cruzaban la Provenza é iban hácia mi padre, mis hermanas, mis amigos;—aquellas palabras de despe-

(1) M. Autran.

dida,—aquellos versos,—aquella hermosa sombra de Marsella que se alejaba, que disminuía bajo nuestros ojos,—aquel mar sin límites que iba á ser por mucho tiempo nuestra única patria.

¡Oh Marsella! ¡Oh Francia! ¡mas merecias tú! ¡Este tiempo, este pais, estos jóvenes, eran dignos de contemplar un verdadero poeta, uno de aquellos hombres que graban un mundo y una época en la memoria armoniosa del linage humano! Pero yo, profundamente lo siento, nada soy mas que uno de esos hombres sin efigie, de una época transitoria y borrada, de quien algunos suspiros han tenido eco, porque el eco es mas poético que el poeta. Sin embargo, yo pertenecia á otro tiempo por mis deseos; muchas veces he sentido en mí otro hombre; horizontes inmensos, infinitos, luminosos, de poesía filosófica, épica, religiosa, nueva, se rasgaban delante de mí, pero, ¡justo castigo de una juventud insensata y perdida! aquellos horizontes se cerraban muy pronto. Yo los sentia demasiado vastos para mis fuerzas físicas, y cerraba los ojos para no caer en tentacion de precipitarme en ellos. ¡Adios, pues, á aquellos sueños de génio, de delicia intelectual! Ya es tarde, harto tarde; acaso bosquejaré algunas escenas, murmuraré algunos cantos, y esto será todo. La obra quedará para otros, y con placer lo veo, otros vienen. Jamas la naturaleza fué mas fecunda en promesas de génio que en

este momento. ¡Qué de hombres de aquí á veinte años, si todos llegan á ser hombres!

Sin embargo, si Dios quisiera acceder á mis ruegos, he aquí lo que yo le pediría: ¡un poema según mi corazón y según el suyo! una imagen visible, viva, animada y colorada de su creación visible y de su creación invisible!—¡hermosa herencia, en verdad, que dejar á este mundo de tinieblas, de duda y de tristeza, un alimento que le sustentaría, que le rejuvenecería por un siglo! ¡Ah! ¡Ojalá pudiera yo dárselo! ó á lo ménos, dármele á mí mismo aún cuando nadie más que yo oyera de él un solo verso!

El mismo día, á las tres, en alta mar.

El viento de este, que nos disputa el camino, ha soplado con más fuerza; la mar ha crecido y blanqueado; el capitán declara que es preciso volver á tomar la costa y fondear en una bahía á dos horas de Marsella. Ya estamos en ella; las olas nos mecen blandamente; la mar habla, como dicen los marineros; se oye venir de lejos un murmullo semejante á ese rumor que sale de las grandes ciudades:—esa amenazante palabra del mar, la primera que oímos, resuena con solemnidad en los oídos y en el pecho de los que van á hablarle tan de cerca por tan largo tiempo.

A nuestra izquierda, vemos las islas de Pomega y el castillo de If, antigua fortaleza, con torres redondas y pardas que coronan una roca pelada y pizarreña: en frente, sobre la alta costa cortada por peñascos blanquecinos, numerosos caseríos cuyos huertos cercados con tapias no dejan ver más que las copas de los árboles y los verdes arcos de los emparrados; á cosa de una milla dentro de tierra, sobre un cerro aislado y despojado, se alzan el castillo y la capilla de Nuestra Señora de la Guarda, romería de los marinos provenzales ántes de la partida y á la vuelta de todos sus viages. Esta mañana, sin saberlo nosotros, á la misma hora en que entraba el viento en nuestras velas, una muger de Marsella, acompañada de sus hijos, ha salido con el alba, y ha ido á rogar por nosotros á la cima de ese monte, desde donde su mirada amiga divisaba sin duda nuestro buque como un punto blanco en el mar.

¡Qué nudo el de la oración! ¡Qué lazo invisible, pero omnipotente, el de unos seres conocidos ó desconocidos entre sí, y rezando juntos ó separados unos por otros! Siempre me ha parecido que la oración, ese instinto tan verdadero de nuestra impotente naturaleza, era la única fuerza real, ó á lo ménos la mayor fuerza del hombre. El hombre no concibe su efecto; pero ¿qué concibe? La necesidad que impulsa al hombre á respirar basta para probarle que el aire es necesario á su vida. El

instinto de la oracion prueba tambien al alma la eficacia de la oracion: ¡oremos, pues! ¡Y tú que nos has inspirado esa maravillosa comunicacion contigo, con los seres, con los mundos invisibles, tú, oh Dios mio, óyenos mucho, óyenos mas allá de nuestros deseos!

El mismo día, à las once de la noche.

Una luna espléndida parece como que se mece entre los mástiles, las vergas, las jarcias de los dos bergantines de guerra fondeados no léjos de nosotros, entre nuestro anclage y las negras montañas del Var; cada cable de esos buques destaca à la vista sobre el fondo azul y purpúreo del cielo de la noche, como las fibras de un gigantesco y descarnado esqueleto visto de léjos al pálido é inmoble resplandor de las lámparas de Westminster y de San Dionisio (1). Mañana esos esqueletos recobrarán la vida, tenderán sus alas recogidas como nosotros, y echarán à volar, como aves del oceano, para ir à posarse en otras playas. Desde el puente en que estoy oímos el agudo y compasado pito del maestro de la nave que manda la maniobra, los redobles del tambor, la voz del oficial de guardia. Los pa-

(1) Abadías en que están los panteones de los reyes de Inglaterra y Francia.—*N. del T.*

bellones se deslizan del mástil; los botes, las embarcaciones suben à bordo como al ademan rápido y vivo de un ser animado. Todo es silencio en su bordo como en el nuestro.

En otro tiempo el hombre no se dormia sobre ese profundo y pérfido cauce del mar, sin alzar su voz y su alma à Dios, sin rendir homenaje à su sublime Autor en medio de todos esos astros, de todas esas olas, de todas esas cimas de montañas, de todos esos encantos, de todos esos peligros de la noche; por la noche se decia una plegaria comun à bordo de los buques. Desde la revolucion de Julio, se ha destruido esta costumbre: la oracion ha muerto en los labios de ese rancio liberalismo del siglo XVIII, que nada vivo tenia en sí mas que su frío odio contra las cosas del alma. Aquel sagrado aliento del hombre, que los hijos de Adan se habian trasmitido hasta nosotros con sus alegrías ó sus dolores, se ha apagado en Francia en nuestros dias de disputa y de orgullo: hemos mezclado à Dios en nuestras contiendas. La sombra de Dios amedrenta à ciertos hombres; esos insectos que acaban de nacer, que van à morir mañana cuyo estéril polvo se llevará el viento en pocos dias, cuyos huesos blanqueados arrojarán estas eternas olas à algun arrecife, temen confesar, con una palabra, con un ademan, el ser infinito que confiesan los cielos y los mares; se desdeñan de nombrar al que no se ha desdeñado de crearlos

de crearlos, y ¿por qué? ¡Porque esos hombres llevan un uniforme, porque saben calcular hasta cierta cantidad de números, y se llaman franceses del siglo XIX! Por fortuna el siglo XIX va pasando, y veo acercarse otro mejor, un siglo verdaderamente religioso, en el que, si los hombres no confiesan à Dios en la misma lengua y bajo los mismos símbolos, le confesarán á lo ménos bajo todos los símbolos y en todas las lenguas!

La misma noche.

Una hora me he paseado por el puente del buque, solo, haciendo estas tristes ó consoladoras reflexiones; en ella he murmurado con los labios ó con el corazon todas las oraciones que de niño aprendí de mi madre; los versículos, los retazos de salmos que tantas veces le he oido recitar en voz baja, paseándose por la tarde en la alameda de Milly (1) se me venian á la memoria, y mi pecho sentia un íntimo y profundo deleite en echarlos á mi vez à las olas, al viento, á aquel oido siempre abierto, para el cual nunca es perdida ninguna voz del corazon ó de los labios! ¡La oracion que se ha oido proferir por alguno á quien se ha amado y á quien

(1) Quinta donde se crió el autor.—N. del T.

se ha visto morir, es doblemente sagrada! ¿Quién de nosotros no prefiere las pocas palabras que le ha enseñado su madre, à los mas bellos himnos que uno mismo pudiera componer? Esta es la causa por qué, de cualquiera religion que nos haga ser nuestra razon en la edad de esta, la oracion cristiana será siempre la oracion del linage humano. Así he recitado yo solo la oracion de la noche y del mar por esa muger que no calcula ningun peligro por unirse á mi suerte, por esa hermosa niña que jugaba entretanto sobre cubierta, en la chalupa, con la cabra que debe darle su leche, con los airosos y mansos lebreles que lamen sus blancas manos, que mordizcan sus largos y rubios cabellos.

12, por la mañana, à la vela.

Durante la noche, el viento ha cambiado y ha refrescado; yo oia desde mi camarote en los entrepuentes las pisadas, las voces y el canto triste de los marineros resonar largo tiempo sobre mi cabeza con los golpes de la cadena del ancla que estaban atando á la proa. Miétras daban la vela y partimos, me volví á dormir. Cuando me desperté y abrí la porta para mirar las costas de Francia á que estábamos tocando la víspera, no ví mas que el inmenso mar, vacío, desnudo, encrespado, con dos velas solamente, dos altas velas que se alzaban

como dos términos, dos pirámides del desierto en aquella lontananza sin horizonte.

Las olas acariciaban blandamente los arqueados y recios costados de mi bergantín, y parloteaban graciosamente bajo mi angosta ventana, donde á veces se alzaba la espuma en blancas guirnaldas; era aquello como el rumor desigual, variado, confuso del gorgceo de las golondrinas sobre una montaña, cuando se alza el sol sobre unos trigos. Hay armonías entre todos los elementos, como hay una general entre la naturaleza material y la naturaleza intelectual: cada pensamiento tiene su reflejo en un objeto visible que lo repite como un eco, lo refleja como un espejo y le hace perceptible de dos modos; á los sentidos por medio de la imagen, al pensamiento por medio del pensamiento; tal es la poesía infinita de la doble creacion! Los hombres llaman á eso comparacion; la comparacion es el génio; la creacion no es mas que un pensamiento bajo mil formas. Comparar es el arte ó el instinto de descubrir nuevas palabras en esa lengua divina de las analogías universales que solo Dios posee; pero de la que permite á ciertos hombres descubrir algo. Esta es la razon por qué el profeta, poeta sagrado, y el poeta, profeta profano, eran admirados antiguamente y en todas partes, como seres divinos. En el dia se los mira como á seres insensatos ó cuando ménos inútiles, y es muy natural; los que cuentan por todo, el mundo material

y palpable, esa parte de la naturaleza que se resuelve en cifras, en estension, en dinero ó en goces físicos, hacen bien en despreciar á esos hombres que no conservan mas que el culto de la belleza moral, la idea de Dios, y esa lengua de las imágenes, de las relaciones misteriosas entre lo invisible y lo visible! ¿Qué prueba esa lengua? ¡Dios y la inmortalidad! ¡Y esto es nada para ellos!

13 de Julio, anclados en el pequeño

golfo de la Ciotat.

El viento favorable que ha soplado un momento, se ha desvanecido pronto en nuestras velas, que caian á lo largo de los palos, y los dejaban oscilar á merced de las mas flacas oleadas,—hermosa imagen de esos caracteres á quienes falta la voluntad, ese viento del alma humana, caracteres flotantes que cansan á los que los poseen, esos caracteres desgastan mas por la debilidad que los animosos esfuerzos que una voluntad vigorosa imprime á los hombres de energía y de accion, como los buques tambien que, en un mar sereno y sin viento, se cansan mas que bajo el impulso de un viento fresco que los impele y los sostiene sobre la espuma de las olas.

Sea casualidad, sea secreta maniobra de nuestros

oficiales, nos vemos precisados por el viento á entrar à las tres en el risueño golfo de la Ciotat, pueblecillo de la costa de Provenza, donde nuestro capitán y casi todos nuestros marineros tienen sus casas, sus mugeres y sus hijos. Al abrigo de un pequeño muelle que se destaca de una graciosa colina, cubierta de vides, de olivos y de higueras, como una mano amiga que tiende la playa á los marineros, dejamos caer el ancla; no hay una arruga en la superficie del agua, y esta està tan trasparente que á veinte piés de profundidad vemos relucir las guijas y las conchas, ondear las largas yerbas marinas y correr millares de pescados de cambiantes escamas, tesoros escondidos del seno del mar, tan rico, tan inagotable como la tierra en vegetacion y habitantes. ¡La vida es en todas partes como la inteligencia! ¡Toda la naturaleza està animada, toda la naturaleza siente y piensa! ¡El que no lo ve, nunca ha reflexionado sobre la inacabable fecundidad del pensamiento creador! Este no ha debido, no ha podido pararse; el infinito està poblado, y donde quiera que està la vida, allí està tambien el sentimiento: el pensamiento tiene grados desiguales sin duda, pero sin vacío. ¿Queremos una demostracion física de esta verdad? ¡Mirémos una gota de agua bajo el microscopio solar, y en ella veremos gravitar millares de mundos! ¡Mundos en la lágrima de un insecto! Y todavía si lograramos descomponer cada uno de aquellos millares de

mundos, nos aparecerian millones de universos nuevos! Si de esos mundos sin límites é infinitamente pequeños, nos elevamos de repente á los grandes globos innumerables de las bóvedas celestes, si penetramos en la vía lactea, incalculable polvo de soles, cada uno de los cuales rige un sistema de globo mas vasto que la tierra y la luna, el espíritu queda anonadado bajo el peso de los cálculos; pero el alma los soporta y se gloria de tener su lugar en esa obra, de tener fuerza para comprenderla, de tener un sentimiento para bendecir, para adorar á su Autor. ¡Oh Dios mio! ¡Cuán digna oracion es la naturaleza para el que te busca, para el que te descubre en ella bajo todas las formas, y comprende algunas sílabas de su lengua muda, pero que lo dice todo!

Golfo de la Ciotat, el 14 por la tarde.

El viento ha caido, y nada anuncia su vuelta. La superficie del golfo no tiene una arruga; el mar està tan terso que se distingue en él aquí y allí la impresion de las transparentes alas de los mosquitos que flotan sobre ese espejo, y que son lo único que le empaña en este momento. ¡Que á tal grado de serenidad y mansedumbre pueda descender ese elemento, que levanta los navíos de tres puentes sin

conocer su peso, que roe leguas de costa, devora colinas, raja peñascos y hiende montañas bajo el embate de sus rugientes olas! Nada es tan manso como lo que es fuerte.

Saltamos en tierra á instancias del capitán, que quiere presentarnos á su muger y enseñarnos su casa. El pueblo se parece á las graciosas ciudades del reino de Nápoles en la costa de Gaeta: todo en él es radiante, alegre, sereno: la existencia es una fiesta continua en los climas del Mediodía. ¡Feliz el hombre que nace y que muere al sol! ¡Feliz sobre todo, el que tiene su casa, la casa y el huerto de sus padres, en las orillas de ese mar en el cual cada ola es una centella que arroja su luz y su brillo sobre la tierra! Salvo las altas montañas que reciben la claridad de sus cimas y de sus horizontes de las nieves que las cubren, del cielo en que se pierden, ningun punto del interior de las tierras, por mas risueño, por mas gracioso que le hagan las colinas, los árboles y los rios, puede competir en hermosura con los sitios que bañan los mares del Mediodía. El mar es á las escenas de la naturaleza lo que los ojos son á un rostro hermoso; las ilumina, les da aquella radiacion, aquella fisonomía que las hace vivir, hablar, encantar, fascinar la mirada que las contempla.

El mismo dia.

Es de noche, es decir, lo que se llama noche en estos climas. ¡Cuántos dias ménos luminosos he contado en las hermosas laderas de las colinas de Richemond, en Inglaterra! ¡En las nieblas del Támesis, del Sena, del Saona ó del lago de Ginebra! Una luna redonda se alza en el firmamento, dibujando en la sombra nuestro negro bergantín, que descansa inmóvil á alguna distancia del espolon. La luna, avanzando, ha dejado en pos de sí como un reguero de ascua roja de que parece haber sembrado la mitad del cielo: lo restante es azul, y blanquea á medida que ella se acerca. En un horizonte de dos millas con corta diferencia, entre dos islitas de las cuales la una tiene bordes acantilados, altos y amarillos como el Coliseo de Roma, y la otra es morada como flores de lila, se ve sobre el mar el espejo de una gran ciudad: la ilusion es tal que engaña la vista; se ven relumbrar los cimborios de los palacios de deslumbradoras fachadas, largos espolones inundados de una luz blanda y serena: á derecha é izquierda, las olas blanquean y parece que lo envuelven: cree uno ver á Venecia ó Malta durmiendo en medio de las olas. No es ni una isla, ni una ciudad; es la reverberacion de la luna en

el punto en que su disco cae perpendicularmente sobre el mar; mas cerca de nosotros, esa reverberacion se estiende y se prolonga, y arrastra un rio de oro y de plata entre dos márgenes de azur. A nuestra izquierda, el golfo estiende hasta un enhiesto cabo la larga y sombría cordillera de sus desiguales colinas; á su derecha se ve un estrecho y cerrado valle, donde corre una hermosa fuente á la sombra de algunos árboles; detras, hay una colina mas alta cubierta hasta la cima de olivos, que la noche hace parecer negros; desde la cima de esa colina hasta el mar, pardas torres, casillas blancas cortan aquí y allí la monótona oscuridad de los olivos, y atraen la vista y el pensamiento á la morada del hombre. Mas léjos todavía, y en el confin del golfo, tres enormes peñascos se alzan sin bases sobre las olas; de formas estrañas, redondeados como guijarros alisados por las olas, las tempestades, esos guijarros son montañas, — caprichos gigantescos de un oceano primitivo del que nuestros mares no son sin duda mas que una débil imágen.

15 de Julio.

Hemos visitado la casa del capitan de nuestro bergantin; linda habitacion, modesta, pero bien adornada; nos recibió su jóven esposa, doliente y

triste á causa de la precipitada partida de su marido. Ofrecíle tomarla á bordo y que nos acompañara en este viage, que debia ser mas largo que los viages ordinarios de un buque de comercio; pero su salud no se lo permitia, y la pobre señora iba sola, sin hijos y enferma, á pasar largos dias y acaso largos años ausente de su marido: su dulce y sensible rostro llevaba el sello de aquella melancolía de su porvenir y de aquella soledad de su corazon. La casa parecia una habitacion flamenca; las paredes estaban entapizadas de retratos de los buques que habia mandado el capitan; no lejos de allí, este nos llevó á ver en la campiña una casita donde se preparaba, aunque jóven, un asilo para retirarse de los vientos y de las olas. Mucho gusto tuve en ver el establecimiento campestre donde aquel hombre meditaba de antemano su descanso y su ventura para su ancianidad; siempre me ha gustado conocer el hogar, las circunstancias domésticas de aquellos con quien he tenido particulares relaciones; porque esos objetos son como una parte de ellos mismos, — son como una segunda fisonomía exterior que da la clave de su carácter y de su destino.

La mayor parte de nuestros marineros son tambien de estos pueblos. Hombres mansos, piadosos, trabajadores, que manejan el viento, la tempestad y las olas con aquella serena y silenciosa

el punto en que su disco cae perpendicularmente sobre el mar; mas cerca de nosotros, esa reverberacion se estiende y se prolonga, y arrastra un rio de oro y de plata entre dos márgenes de azur. A nuestra izquierda, el golfo estiende hasta un enhiesto cabo la larga y sombría cordillera de sus desiguales colinas; á su derecha se ve un estrecho y cerrado valle, donde corre una hermosa fuente á la sombra de algunos árboles; detras, hay una colina mas alta cubierta hasta la cima de olivos, que la noche hace parecer negros; desde la cima de esa colina hasta el mar, pardas torres, casillas blancas cortan aquí y allí la monótona oscuridad de los olivos, y atraen la vista y el pensamiento á la morada del hombre. Mas léjos todavía, y en el confin del golfo, tres enormes peñascos se alzan sin bases sobre las olas; de formas estrañas, redondeados como guijarros alisados por las olas, las tempestades, esos guijarros son montañas, — caprichos gigantes-cos de un oceano primitivo del que nuestros mares no son sin duda mas que una débil imágen.

15 de Julio.

Hemos visitado la casa del capitan de nuestro bergantin; linda habitacion, modesta, pero bien adornada; nos recibió su jóven esposa, doliente y

triste á causa de la precipitada partida de su marido. Ofrecíle tomarla á bordo y que nos acompañara en este viage, que debia ser mas largo que los viages ordinarios de un buque de comercio; pero su salud no se lo permitia, y la pobre señora iba sola, sin hijos y enferma, á pasar largos dias y acaso largos años ausente de su marido: su dulce y sensible rostro llevaba el sello de aquella melancolía de su porvenir y de aquella soledad de su corazon. La casa parecia una habitacion flamenca; las paredes estaban entapizadas de retratos de los buques que habia mandado el capitan; no lejos de allí, este nos llevó á ver en la campiña una casita donde se preparaba, aunque jóven, un asilo para retirarse de los vientos y de las olas. Mucho gusto tuve en ver el establecimiento campestre donde aquel hombre meditaba de antemano su descanso y su ventura para su ancianidad; siempre me ha gustado conocer el hogar, las circunstancias domésticas de aquellos con quien he tenido particulares relaciones; porque esos objetos son como una parte de ellos mismos, — son como una segunda fisonomía exterior que da la clave de su carácter y de su destino.

La mayor parte de nuestros marineros son tambien de estos pueblos. Hombres mansos, piadosos, trabajadores, que manejan el viento, la tempestad y las olas con aquella serena y silenciosa

regularidad con que nuestros labradores de Saint-Point manejan el rastrillo ó el arado; labradores del mar, pacíficos y cantando alegres como los hombres de nuestros valles, siguiendo á los rayos del sol matinal sus largos sulcos humeantes en las laderas de sus colinas.

16 de Julio.

Despierto muy de madrugada, oí esta mañana en el puente inmóvil la voz de los marineros con el canto del gallo y el balido de la cabra y de nuestros carneros. Algunas voces de mugeres y de niños completaban la ilusion: hubiera podido creermé acostado en la estancia de madera de una cabaña de labradores, en las márgenes del lago de Zuric ó de Soleura. Subí á cubierta; aquellos niños eran los hijos de algunos marineros que sus mugeres habian llevado á ver á sus padres: estos los sentaban sobre los cañones, los ponian de pié sobre las barandas del buque, los tendian en la chalupa, los cunaban en la hamaca con aquella ternura en el acento y aquellas lágrimas en los ojos que hubieran podido tener unas madres ó unas nodrizas. ¡Hombres honrados, de corazones de bronce contra el peligro, de corazones de muger para lo que aman, ásperos y blandos como el elemento en que viven, Sea pastor, sea marino, el hombre

que tiene una familia tiene un corazon formado de sentimientos humanos y bondadosos. El espíritu de familia es la segunda alma de la humanidad; los legisladores modernos lo han olvidado demasiado; no piensan mas que en las naciones y en las individualidades; omiten la familia, única fuente de las poblaciones fuertes y puras, santuario de las tradiciones y de las costumbres, donde se templan y robustecen todas las virtudes sociales. La legislacion, aun desde el establecimiento del cristianismo, ha sido bárbara bajo este concepto, pues aparta al hombre del espíritu de familia, en vez de brindarle con él! Veda á la mitad de los hombres la muger, el hijo, la posesion del hogar y de la heredad; debia estos bienes á todos, apénas llegan á la edad viril; y solo debia privar de ellos á los culpados. La familia es la sociedad en pequeño, pero es la sociedad donde las leyes son naturales, porque son sentimientos. Escomulgar de la familia hubiera podido ser la mayor reprobacion, el último borron impuesto por la ley,—hubiera sido la única pena de muerte de una legislacion cristiana y humana.—La muerte sangrienta debiera haber desaparecido hace siglos.

Julio, al ancla por los viento.

A una milla al oeste, en la costa, las montañas están partidas como á martillazos; los enormes fragmentos han caído, acá y allá, á las faldas de las montañas, ó bajo las azules y verdosas olas del mar que las baña. El mar se estrella en aquellos puntos sin cesar, y de la oleada que llega con un estruendo alternativo y sordo contra las rocas se lanzan como lenguas de blanca espuma que van á lamer las saladas riberas. Aquellos pedazos amontonados de montañas, porque son demasiado grandes para llamarlas riscos, están arrojados y hacinados con tal confusion unos sobre otros, que forman una innumerable cantidad de angostas ensenadas, de bóvedas profundas, de sonoras grutas, de cavidades sombrías, cuyos caminos, recodos y salidas conocen solo los muchachos de dos ó tres chozas de pescadores de las cercanías. Una de aquellas cuevas, en la que se penetra por el arco rebajado de un puente natural, cubierto de un enorme pedazo de granito, da salida al mar y se abre en seguida sobre un angosto y oscuro valle, que el mar llena todo entero con sus aguas límpidas y tersas como el firmamento en una hermosa noche. Es aquella una caleta conocida de los pescadores, donde miéntras las olas rugen espumantes por fuera, sacu-

diendo con sus embates las caderas de la costa, las mas pequeñas barcas están al abrigo de sus furores; apénas se ve allí aquel ligero hervor de un manantial que cae en una cascada. El mar conserva allí aquel hermoso color de un amarillo verdoso y ondeado que tan bien percibe el ojo de los pintores de marinas, pero que nunca pueden reproducir esactamente, porque el ojo ve mas de lo que puede imitar la mano.

Sobre las dos laderas de aquel valle marino se alzan, hasta perderse de vista, dos paredes de rocas casi perpendiculares, sombrías y de un color uniforme, semejante al de la escoria de hierro poco despues que ha caído del horno. Ninguna planta, ningún musgo halla allí siquiera una grieta para suspenderse y arraigarse, para hacer ondear aquellas guirnaldas de enredaderas y aquellas flores que con tanta frecuencia se ven flotar en las paredes de las peñas de la Saboya, á alturas donde solo Dios puede respirarlas; peladas, derechas, negras, repulsivas, no están allí mas que para guarecer del aire del mar las colinas de viñas y olivos que vegetan bajo su abrigo, imágenes de aquellos hombres que dominan una época ó una nacion, espuestos á todas las injurias del tiempo y de las tempestades, por proteger á hombres mas débiles y mas felices. En el fondo de la caleta, el mar se ensancha un poco, serpea, toma una tinta mas clara á medida que

descubre mas cielo, y remata en fin en una hermosa sábana de agua dormida sobre un cauce de conchitas moradas trituradas y apretadas como arena. Si pone uno el pié fuera de la lancha que le ha llevado allá, halla á la izquierda, en el hueco de un barranco, un manantial de agua dulce, fresca y pura; luego torciendo á la derecha, un vericuetto de cabras, pedregoso, rápido, desigual, sombreado por higueras silvestres y acerolos, que baja de las tierras cultivados á aquella soledad de las olas. Pocos sitios me han sorprendido, me han encantado tanto en mis viages: esa mezcla perfecta de gracia, de fuerza, es lo que forma la belleza cabal en la armonía de los elementos como en el ser animado ó pensador. Es aquel misterioso himeneo de la tierra y del mar, sorprendido, por decirlo así, en su union mas íntima y escondida; es aquella imágen de la calma y de la soledad mas inaccesible, al lado de aquel agitado y tumultuoso teatro de las tempestades, al lado del estruendo de sus olas; es una de aquellas numerosas obras de la creacion, que Dios ha sembrado por todas partes como para jugar con los contrastes; pero que casi siempre se complace en esconder en las inaccesibles cumbres de los montes escarpados, en el fondo de los barrancos adonde no se puede bajar, en los mas inabordables escollos del oceano, como joyas de la naturaleza, que no descubre sino rara vez á hombres sencillos, á

los pastores, á los pescadores, á los viajeros, á los poetas, ó á la piadosa contemplacion de los solitarios.

14 de Julio 1832.

A las diez se alza una brisa de Oeste; á las tres levantamos el ancla; pronto el cielo y las olas son nuestro único horizonte;—mar esplendente,—movimiento blando y compasado del bergantin,—murmullo de las olas tan regular como la respiracion de un pecho humano. Esa alternacion regular de las olas, del viento en la vela, se encuentra en todos los movimientos, en todos los rumores de la naturaleza: ¿será que tambien ella respira?—Sí, sin duda alguna, respira, vive, piensa, sufre y goza, siente, adora á su divino Autor. Dios no ha hecho la muerte; la vida es el signo de todas sus obras.

15 de Julio, 1832, en alta mar, á las ocho de la noche,

Hemos visto ir hundiéndose poco á poco en el horizonte las últimas cimas de los pardos montes de las costas de Francia y de Italia, luego la línea

azul, sombría, del mar en el horizonte, lo ha sumergido todo; el ojo, en aquel momento en que el horizonte conocido se desvanece, recorre el espacio y el vacío flotante que le rodea, como un infeliz que ha perdido sucesivamente todos los objetos de su amor, de sus hábitos, y que busca en vano donde reposar su corazón.

El cielo llega á ser la grande y única escena de contemplación; luego la mirada cae sobre ese punto imperceptible, perdido en el espacio, sobre ese estrecho buque que es el universo entero para aquellos que lleva en sí.

El maestro está sentado junto al timón; su rostro varonil é impassible, su mirada firme y vigilante, clavada ya en la vitácora para buscar en ella la aguja, ya en la proa para descubrir en ella, entre las jarcias del trinquete, su rumbo al través de las olas; su brazo derecho tendido sobre la barra del timón, é imprimiendo con un movimiento su voluntad á la inmensa mole del buque; todo manifiesta en él la gravedad de su obra, el destino de la nave, la vida de treinta personas girando en su ancha frente y pesando en su robusta mano.

En la delantera del puente, los marineros están en grupo, de pié, sentados, tendidos sobre las tablas de reluciente pino, ó sobre los cables arrollados en vastas espirales,—unos componiendo las velas rasgadas, con gruesas agujas de hierro, como

doncellas bordando el velo de sus bodas ó la colgadura de su lecho virginal; otros asomados á las barandas, mirando sin verlas, las olas espumantes, como miramos las piedras de un camino cien veces andado, y echando al viento con indiferencia las bocanadas de humo de sus pipas de barro colorado. Estos dan de beber á las gallinas en sus largos dornajos; aquellos tienen en la mano un puñado de yerba y dan de comer á la cabra, cuyos cuernos tienen cogidos con la otra mano; otros juegan con dos hermosos carneros que están encaramados entre los dos palos en la alta chalupa suspendida; los pobres animales levantan su cabeza inquieta encima de los bordages, y no viendo mas que la ondeante llanura blanqueada por la espuma, balan tristemente, recordando el peñasco y el árido musgo de sus montañas.

En la estremidad del buque, horizonte de este mundo flotante, se ve la aguda proa precedida de su mástil de bauprés inclinado sobre el mar; aquel mástil se esgrime delante del buque como el aguijón de un monstruo marino. Los vaivenes del mar casi insensibles en el centro de gravedad en medio del puente, hacen describir á la proa oscilaciones lentas y gigantescas; unas veces parece que dirige el rumbo del buque hácia alguna estrella del firmamento; otras que le va á sumergir en algun profundo valle del océano, porque parece que el mar sube y baja sin cesar cuando está uno en la estre-

midad de un buque que, con su mole y su longitud, multiplica el efecto de aquellas revueltas olas.

Nosotros, separados por el palo mayor de aquella escena de costumbres marítimas, estamos sentados en los bancos de guardiá, donde nos paseamos con los oficiales por el puente, mirando declinar el sol y crecer las olas.

En medio de todas aquellas figuras varoniles, severas, pensativas, una niña, el cabello destrenzado y ondeando sobre su vestido blanco, su hermoso rostro rosado, feliz y contento, rodeado de un sombrero de paja de marinero, atado debajo de la barba, juega con el gato blanco del capitán ó con una nidada de palomos de mar, cogidos la víspera, que se echan bajo la cureña de un cañon y á quienes desmigaja el pan de su merienda.

Entre tanto el capitán del buque, con su reloj marino en la mano, y espiando en silencio en el occidente el segundo preciso en que el disco del sol refractada su mitad, parece que toca las olas, y flota en ellas un momento ántes de sumergirse todo entero, levanta la voz y dice: *¡Señores, la oracion!* Todas las conversaciones cesan, todos los juegos acaban, los marineros tiran al mar su cigarro todavía encendido, se quitan sus gorros griegos de lana roja, los llevan en la mano, y van á arrodillarse entre los dos mástiles. El mas jóven de ellos abre el libro de oraciones, y canta el *Ave maris stella* y las letanías sobre un tono tierno,

lastimero y grave, que parece haber sido inspirado en medio del mar y de aquella inquieta melancolía de las últimas horas del día, en que todos los recuerdos de la tierra, de la choza, del hogar, suben del corazon al pensamiento de aquellos hombres sencillos. Las tinieblas van á bajar nuevamente sobre las olas y á sepultar hasta por la mañana, en su peligrosa oscuridad, el rumbo de los navegantes y las vidas de tantos seres que ya no tienen mas faro que la Providencia, mas asilo que la mano invisible que los sostiene sobre las olas. Si la oracion no hubiera nacido con el hombre, allí, en el mar, es donde hubiera sido inventada, por hombres solos con sus pensamientos y sus flaquezas en presencia del abismo del cielo donde se pierden sus miradas, del abismo de los mares, del que los separa una frágil tabla;—al estruendo del océano que ruge, silba, ahulla, brama como las voces de mil alimañas;—à los embates del viento que hace espedir un sonido agudo á cada cuerda, —al acercarse la noche que abulta todos los peligros y multiplica todos los terrores . . . Pero la oracion nunca se ha inventado; nació del primer suspiro, de la primera alegría, de la primera pena del corazon humano, ó mas bien, el hombre no nació mas que para la oracion; glorificar à Dios ó implorarlo, fué su única mision en la tierra; todo lo demas perece ántes que él ó con él; pero el grito de gloria, de admiracion ó de amor que eleva

hacia su Criador, pasando sobre la tierra, no parece, ántes bien asciende, resuena de edad en edad hasta los oídos de Dios, como el eco de su propia voz, como un reflejo de su magnificencia; es la única cosa completamente divina en el hombre y que este puede eshalar con júbilo y orgullo, porque este orgullo es un homenaje rendido á aquel que es el único que puede tenerle, al Ser infinito.

Apénas habíamos revuelto en nuestras mentes estos ú otros semejantes pensamientos, cada cual en nuestro silencio, cuando se alzó un grito de Julia en el bordo del buque que miraba á Oriente:—¡Un incendio en el mar! un buque ardiendo! Precipitámonos, para ver aquel fuego lejano sobre las olas y con efecto una ancha ascua flotaba en el Oriente en el confin del horizonte del mar, y luego, alzándose y redondeándose en pocos minutos, reconocimos la luna llena, inflamada por el vapor del viento de Oeste, y saliendo lentamente de las olas como un disco de hierro incandescente que el herrero saca del horno con sus tenazas y suspende sobre el agua donde va á apagarle. Del lado opuesto del cielo, el disco del sol acaba de hundirse, había dejado en el Occidente como un banco de arena de oro, semejante á la playa de alguna tierra desconocida: nuestras miradas pasaban embebecidas de uno á otro bordo entre aquellas dos magnificencias del cielo. Poco á poco las claridades de aquel doble crepúsculo se apagaron; nillares de estrellas

nacieron sobre nuestras cabezas como para trazar el rumbo á nuestros mástiles que pasaron de una á otra. Mandóse la primera guardia de la noche, quitóse del puente todo aquello que pudiese estorbar la maniobra, y los marineros fueron todos, uno despues de otro, á decirle al capitán: ¡Dios guarde á vd.!

Seguí paseándome un rato en silencio por el puente; lugo bajé dando gracias á Dios en mi corazón de haberme permitido ver aquel aspecto desconocido de su naturaleza. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ver tu obra bajo todas sus faces, admirar tu magnificencia sobre las montañas ó sobre los mares, adorar y bendecir tu nombre que ninguna letra puede contener! Esto es toda la vida! Multiplica la nuestra para multiplicar el amor y la admiración en nuestros corazones! Luego vuelve la página y haznos leer en otro mundo las maravillas sin fin del libro de tu grandeza y de tu bondad!

16 de Julio, 1832, en alta mar.

Toda la noche y todo el día hemos tenido una mar hermosa, pero picada. Por la tarde, el viento refresca, se forma la marejada y empieza á rodar pesadamente sobre los costados del buque;—luna espléndida que prolonga torrentes de una blanca y

hacia su Criador, pasando sobre la tierra, no parece, ántes bien asciende, resuena de edad en edad hasta los oídos de Dios, como el eco de su propia voz, como un reflejo de su magnificencia; es la única cosa completamente divina en el hombre y que este puede eshalar con júbilo y orgullo, porque este orgullo es un homenaje rendido á aquel que es el único que puede tenerle, al Ser infinito.

Apénas habíamos revuelto en nuestras mentes estos ú otros semejantes pensamientos, cada cual en nuestro silencio, cuando se alzó un grito de Julia en el bordo del buque que miraba á Oriente:—¡Un incendio en el mar! un buque ardiendo! Precipitámonos, para ver aquel fuego lejano sobre las olas y con efecto una ancha ascua flotaba en el Oriente en el confin del horizonte del mar, y luego, alzándose y redondeándose en pocos minutos, reconocimos la luna llena, inflamada por el vapor del viento de Oeste, y saliendo lentamente de las olas como un disco de hierro incandescente que el herrero saca del horno con sus tenazas y suspende sobre el agua donde va á apagarle. Del lado opuesto del cielo, el disco del sol acaba de hundirse, había dejado en el Occidente como un banco de arena de oro, semejante á la playa de alguna tierra desconocida: nuestras miradas pasaban embebecidas de uno á otro bordo entre aquellas dos magnificencias del cielo. Poco á poco las claridades de aquel doble crepúsculo se apagaron; nillares de estrellas

nacieron sobre nuestras cabezas como para trazar el rumbo á nuestros mástiles que pasaron de una á otra. Mandóse la primera guardia de la noche, quitóse del puente todo aquello que pudiese estorbar la maniobra, y los marineros fueron todos, uno despues de otro, á decirle al capitán: ¡Dios guarde á vd.!

Seguí paseándome un rato en silencio por el puente; lugo bajé dando gracias á Dios en mi corazón de haberme permitido ver aquel aspecto desconocido de su naturaleza. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ver tu obra bajo todas sus faces, admirar tu magnificencia sobre las montañas ó sobre los mares, adorar y bendecir tu nombre que ninguna letra puede contener! Esto es toda la vida! Multiplica la nuestra para multiplicar el amor y la admiración en nuestros corazones! Luego vuelve la página y haznos leer en otro mundo las maravillas sin fin del libro de tu grandeza y de tu bondad!

16 de Julio, 1832, en alta mar.

Toda la noche y todo el día hemos tenido una mar hermosa, pero picada. Por la tarde, el viento refresca, se forma la marejada y empieza á rodar pesadamente sobre los costados del buque;—luna espléndida que prolonga torrentes de una blanca y

ondeante claridad en los anchos valles líquidos, abiertos entre las grandes olas. Esos flotantes vislumbres de la luna parecen arroyos de agua corriente, cascadas de agua de nieve en el cauce de los verdes valles de Jura ó de la Suiza. El buque baja y sube tardamente cada una de aquellas zanjas: por primera vez, en este viage, oímos las quejas, los gemidos de la madera: las apretadas costillas del bergantín ecshalan, bajo el choque de cada oleada, un rumor al que nada puede compararse con mas propiedad que los últimos mugidos de un toro herido por el hacha y tendido sobre el costado en las convulsiones de la agonía. Aquel rumor mezclado en la noche á los rugidos de cien mil olas, á los gigantescos botes del buque, á los crugidos de los mástiles, al silbo de las ráfagas, al polvo de la espuma que lanzan y que se oye llover silvando sobre el puente, á las pisadas rápidas y recias de los hombres de guardia que corren á la faena, á las palabras raras, firmes y breves del oficial que manda;—todo esto forma un conjunto de sonidos significativos y terribles que conmueven muy mas profundamente el alma humana que el estruendo del cañon en el campo de batalla. ¡Es preciso haber asistido á estas escenas para conocer el lado penoso de la vida de los marinos, y para medir uno su propia sensibilidad moral y física!

Así se pasa la noche entera sin sueño. Al rayar el día, el viento se aplanan un poco, cesa la ma-

rejada, las olas no se coronan de espuma; todo anuncia un día hermoso; al trasluz de la bruma colorada del horizonte vemos las altas y largas cordilleras de los montes de Cerdeña. El capitán nos promete un mar sereno y terso como un lago entre esta isla y la Sicilia. Largamos ocho nudos, á veces nueve (1); á cada cuarto de hora, las relucientes costas hácia las que nos impele el viento, se dibujan con mas limpieza; los golfos se abren, los cabos avanzan, las peñas blancas se alzan sobre las olas; las casas, las tierras labradas empiezan á distinguirse en las vertientes de la isla. A mediodía, tocamos á la entrada del golfo de San Pedro; pero en el momento de doblar los escollos que le cierran, estalla en nuestras velas un huracan repentino de viento norte; la marejada ya bastante crecida de la noche pone obstáculo al viento, y se hacina en verdaderos collados movedizos; todo el horizonte es un inmenso campo de espuma; el buque titubea sucesivamente sobre las crestas de todas las olas, luego se precipita casi perpendicularmente en las profundidades que las separan; en vano persistimos en querer buscar un abrigo en el golfo. En el momento en que doblamos el cabo para entrar en él, un viento silbador como una descarga de flechazos se escapa de cada

(1) Un nudo equivale á una milla.—*N. del T.*

valle, de cada ensenada de la costa, y tumba el bergantin sobre el costado; apénas hay tiempo para amainar las velas; solo conservamos las velas bajas en que recogemos el viento; el capitán corre al timón; entónces el buque, como un caballo contenido por una mano vigorosa y á quien acortan la rienda, parece como que piafa sobre la espuma del golfo; las olas pasan ras con ras de nuestro bordo, del lado por donde está inclinado el buque, y todo el costado izquierdo, hasta la quilla, está fuera del agua; así navegamos cosa de veinte minutos, con la esperanza de llegar á la pequeña rada del lugar de San Pedro; ya vemos las viñas y las casitas blancas á un tiro de cañón, pero la tempestad arrecia, el viento nos azota como una bala; nos vemos precisados á ceder y á virar peligrosamente, bajo el mas violento embate de la ventisca. Conseguimos nuestro intento, salimos del golfo mediante la misma maniobra que nos ha lanzado á él, y nos hallamos en alta mar con un temporal horrible. La fatiga de la noche y del dia nos hace desear vivamente un abrigo ántes de otra noche que todo nos hace temer como mas borrascosa todavía. El capitán se decide á arrostrarlo todo, hasta el rompimiento de sus mástiles, por hallar un fondeadero en la costa de Cerdeña, y cabalmente á pocas leguas del punto en que nos hallamos, el golfo de Palma nos promete uno. Luchamos para entrar en él, contra la misma furia de los vientos que nos

ha echado del golfo de San Pedro: al cabo de dos horas de lucha, vencemos y entramos, como una ave marina inclinada sobre sus alas, hasta el fondo del hermoso golfo de Palma. La tempestad no ha cesado, oímos el incesante mugido del alta mar á tres leguas detras de nosotros; el viento continúa silbando en nuestras jarcias, pero en este estanque rodeado de altas montañas, no puede levantar mas que bocanadas de espuma con que riega y refresca el puente, y en fin, anclamos á unos seis cables (1) de la playa de Cerdeña, en un fondo de yerbas acuáticas, y en una agua mansa y apénas rizada. Deliciosa impresion es la del navegante que ha escapado de la tempestad á fuerza de trabajos y afanes, cuando oye en fin rodar la cadena de hierro de la ancla que va á clavar su nave á una ribera hospitalaria. Apénas ha mordido el ancla, los rostros contractados de los marineros se dilatan; se ve que sus pensamientos descansan tambien; bajan á los entrepuentes, van á mudar sus vestidos mojados, pronto vuelven á subir con su ropa de los domingos, y tornan á todos sus apacibles hábitos de su vida en tierra. Ociosos, alegres, locuaces, están sentados, con los brazos cruzados, sobre las barandas del bordage ó fuman tranquilamente sus pipas, mirando con indiferencia los paisages y las casas de la orilla.

(1) Unas 360 brazas.

17 de Julio 1832.

Anclados en esta serena rada, despues de una noche deliciosa de sueño, almorzamos sobre cubierta al abrigo de una vela, que nos sirve de tienda; la costa abrasada, pero pintoresca, de la Cerdeña, se estiende delante de nosotros. Una embarcacion armada con dos piezas de artillería se desprende de la isla de San Antioco, á dos leguas de nosotros, y parece acercarse adonde estamos. Pronto la distinguimos mejor; lleva marinos y soldados, y apénas llega al alcance de la voz, nos pregunta quiénes somos, y nos manda ir á tierra; despues de haberlo deliberado, me decido á ir á acompañar al capitán del bergantín, nos armamos con varios fusiles y pistolas para resistir en caso de que quisiesen retenernos por fuerza, y damos la vela en el bote: apénas llegamos junto á la barca sarda que nos precede, saltamos en una playa en el fondo del golfo: aquella playa linda con un llano inculto y pantanoso. Una arena blanca, grandes cardos, algunos especillos de zábilas, tal cual chaparral de un arbusto de corteza pálida y gris, cuya hoja se parece á la del cedro: nubes de caballos silvestres, paciendo libremente por aquellos matorrales, que vienen galopando á reconocernos y olfatearnos, y luego parten relinchando, como bandadas de cuer-

vos; á una milla de nosotros, montañas grises pedradas, con solo algunas manchas de una vegetacion desmedrada en sus laderas; un cielo de Africa sobre aquellas cumbres calcinadas; un vasto silencio sobre todas aquellas campiñas; el aspecto de desolacion y de soledad que tienen todas las playas de mal aire en la Romaña, en la Calabria, á la vera de las lagunas Pontinas, tal es la escena; siete ú ocho hombres de hermosa fisonomía, frente elevada, ojo atrevido y agreste, medio desnudos, medio vestidos con girones de uniforme, armados de largas caravinas, y llevando en la otra mano perchas de caña para tomar nuestras cartas ó presentarnos lo que tienen que ofrecernos, tales son los actores. Respondo en napolitano chapurrado á sus preguntas; les nombro algunos de sus paisanos, de quienes he sido amigo en mi juventud, en Italia; aquellos hombres se muestran atentos y serviciales despues de haber sido insolentes é imperiosos; les compro un carnero que descuartizan en la playa. Escribimos, toman nuestras cartas en la raja que han hecho en la punta de una larga caña; echan yescas, arrancan algunas ramas verdes de los arbustos que cubren la costa, encienden una hoguera, y pasan nuestras cartas, empapadas en agua de mar por el humo de aquella hoguera, ántes de tocarlas —Nos prometen disparar un tiro al anochecer para avisarnos que volvamos á la costa cuando estén listas nuestras demas provisiones de verduras y

agua dulce. —Luego, sacando de sus habitaciones un inmenso canasto de conchas, *frutti di mare*, nos las ofrecen, sin querer aceptar ninguna retribucion.

Volvemos á bordo:—horas de solaz y deliciosas contemplaciones, pasadas en la popa del buque anclado, mientras todavía brama la tempestad en la punta de los dos cabos que nos cubren, y miramos la espuma de la alta mar elevarse á una altura de treinta ó cuarenta piés por las doradas vertientes de aquellos cabos.

18 de Julio, 1832.

Salimos del golfo de Palma con una mar tersa como un espejo;—leve soplo de Oeste, suficiente apenas para secar el rocío de la noche que brilla sobre las recortadas ramas de los lentiscos, única verdura de aquellas costas, ya africanas;—en alta mar, día silencioso, blanda brisa que nos hace largar seis ó siete nudos por hora;—hermosa tarde;—noche esplendente;—la mar duerme tambien.

19 de Julio, 1832.

Nos despertamos á veinte y cinco leguas de la costa de Africa. Repaso la historia de San Luis

para recordar las circunstancias de su muerte en la playa de Túnez, junto al cabo de Cártago, que debemos ver esta tarde ó mañana.

Yo no sabia en mi juventud por qué ciertos pueblos me inspiraban una antipatía, por decirlo así, innata, al paso que otros me atraían involuntariamente y me embelesaban con su historia.—Sucedíame con esas vanas sombras de lo pasado, con esas memorias muertas de las naciones, exactamente lo que experimento con el irresistible imperio en pro ó en contra de las fisonomías de los hombres con quienes vivo ó paso.—Yo amo ó aborrezco en la acepcion física de la palabra; á primera vista, de una sola ojeada, juzgo á un hombre ó á una muger para iempre.—La razon, la reflexion, la violencia misma, intentadas muchas veces por mí contra esas primeras impresiones, de nada sirven.—Cuándo el bronce ha recibido su estampa del volante, por mas vueltas y revueltas que se le den entre los dedos, la conserva;—lo mismo le sucede á mi alma;—lo mismo á mi entendimiento;—cualidad propia de aquellos seres en quienes el instinto es pronto, fuerte, instántaneo, inflexible. Uno se pregunta á si mismo:—¿Qué es el instinto? y reconoce que es la razon suprema, pero la razon innata, la razon no razonada, la razon tal cual la ha hecho Dios y no tal cual la halla el hombre.—Nos hiere como el relámpago, sin que el ojo tenga

agua dulce. —Luego, sacando de sus habitaciones un inmenso canasto de conchas, *frutti di mare*, nos las ofrecen, sin querer aceptar ninguna retribucion.

Volvemos á bordo:—horas de solaz y deliciosas contemplaciones, pasadas en la popa del buque anclado, mientras todavía brama la tempestad en la punta de los dos cabos que nos cubren, y miramos la espuma de la alta mar elevarse á una altura de treinta ó cuarenta piés por las doradas vertientes de aquellos cabos.

18 de Julio, 1832.

Salimos del golfo de Palma con una mar tersa como un espejo;—leve soplo de Oeste, suficiente apénas para secar el rocío de la noche que brilla sobre las recortadas ramas de los lentiscos, única verdura de aquellas costas, ya africanas;—en alta mar, día silencioso, blanda brisa que nos hace largar seis ó siete nudos por hora;—hermosa tarde;—noche esplendente;—la mar duerme tambien.

19 de Julio, 1832.

Nos despertamos á veinte y cinco leguas de la costa de Africa. Repaso la historia de San Luis

para recordar las circunstancias de su muerte en la playa de Túnez, junto al cabo de Cártago, que debemos ver esta tarde ó mañana.

Yo no sabia en mi juventud por qué ciertos pueblos me inspiraban una antipatía, por decirlo así, innata, al paso que otros me atraían involuntariamente y me embelesaban con su historia.—Sucedíame con esas vanas sombras de lo pasado, con esas memorias muertas de las naciones, exactamente lo que experimento con el irresistible imperio en pro ó en contra de las fisonomías de los hombres con quienes vivo ó paso.—Yo amo ó aborrezco en la acepcion física de la palabra; á primera vista, de una sola ojeada, juzgo á un hombre ó á una muger para iempre.—La razon, la reflexion, la violencia misma, intentadas muchas veces por mí contra esas primeras impresiones, de nada sirven.—Cuándo el bronce ha recibido su estampa del volante, por mas vueltas y revueltas que se le den entre los dedos, la conserva;—lo mismo le sucede á mi alma;—lo mismo á mi entendimiento;—cualidad propia de aquellos séres en quienes el instinto es pronto, fuerte, instántaneo, inflexible. Uno se pregunta á si mismo:—¿Qué es el instinto? y reconoce que es la razon suprema, pero la razon innata, la razon no razonada, la razon tal cual la ha hecho Dios y no tal cual la halla el hombre.—Nos hiere como el relámpago, sin que el ojo tenga

el trabajo de buscarla.—Todo lo ilumina del primer arranque.—La inspiracion en todas las artes, como en un campo de batalla, es tambien ese instinto, esa razon adivinada. El génio tambien es instinto y no lógica y afan. Cuanto mas se reflexiona, mas se reconoce que el hombre no posee nada grande y bello que le pertenezca, que provenga de su fuerza ó de su voluntad, y que todo lo que tiene soberanamente bello, viene de la naturaleza y de Dios.—El cristianismo, que lo sabe todo, lo ha comprendido desde el primer dia.—Los primeros apóstoles sintieron en sí aquella accion inmediata de la Divinidad, y exclamaron desde la primera hora: *Todo don perfecto viene de Dios.*

Volvamos à los pueblos.—Nunca he podido amar à los romanos; nunca he podido tomarme el menor interes de corazon por Cartago, á pesar de sus desgracias y de su gloria.—Aníbal no me ha parecido nunca mas que un general de la compañía de las Indias, haciendo una campaña industrial, una brillante y heróica operacion de comercio en las llanuras de Trasimeno.—¡Aquel pueblo, ingrato como todos los pueblos egoistas, le recompensó con el destierro y la muerte!—En cuanto á su muerte, fué bella, fué patética, me reconcilia con sus triunfos; toda mi vida me ha conmovido.—Siempre ha habido para mí, como para la humanidad entera, una sublime y heróica armonía entre la soberana gloria, el soberano genio, y el soberano

no infortunio.—Esa es una de las notas del destino que nunca deja de producir su efecto, su triste y voluptuosa modulacion en el corazon humano! En efecto, no hay gloria simpática, ni virtud completa, sin la ingratitud, la persecucion y la muerte.—De ello fué Cristo un divino ejemplo, y su vida como su doctrina esplican ese misterioso enigma del destino de los grandes hombres por el destino del hombre divino!

Con el tiempo lo he deseubierto; el secreto de mis simpatías ó de mis antipatías hácia la memoria de ciertos pueblos está en la naturaleza misma de las instituciones y de las acciones de esos pueblos.—Los pueblos como los Fenicios, Tiro, Sidon, Cartago, sociedades de comercio que benefisiaban la tierra en su provecho y no median la grandeza de sus empresas mas que por la utilidad material y actual del resultado, son para mí lo que eran para el Dante; los miro y paso.

Non ragonar di lor, ma guarda e passa!

No hablemos de ellos.—Fueron ricos y prósperos, y nada mas.—No trabajaron mas que para el tiempo; el porvenir no debe ocuparse en ellos.—*Receperunt mercedem.*

Pero los que, poco cuidadosos del presente que sentian que se les escapaba de entre las manos, llevaron, en virtud de un sublime instinto de in-

mortalidad, de una sed insaciable de porvenir, el pensamiento nacional mas allá de lo presente, y el sentimiento humano á mas altura que al bienestar, la riqueza y la utilidad material;—los que han consumido generaciones y siglos en dejar en su camino una hermosa y eterna huella de su tránsito; esas naciones desinteresadas y generosas que han agitado todas las grandes y fecundas ideas del entendimiento humano, para construir con ellas sabidurías, legislaciones, teogonías, artes, sistemas;—las que han revuelto inmensas moles de mármol ó de granito para construir con ellos obeliscos y pirámides, sublime desafio propuesto por ellas al tiempo, muda voz con que hablarán perpetuamente á las almas grandes y generosas;—esas naciones poetas, como los egipcios, los judios, los griegos, los indios, que han idealizado la política, y hecho predominar en su vida de pueblos el principio divino, el alma, sobre el principio humano,—lo útil; á esas las amo, las venero, busco y adoro sus huellas sus recuerdos, sus obras escritas, edificadas ó esculpidas; vivo de su vida, asisto cual conmovido y parcial espectador al patético y heróico drama de su destino, y cruzo gustoso los mares por ir á meditar algunos dias sobre su polvo é ir á decir á su memoria el *memento* del porvenir; esas han merecido bien de los hombres, porque han elevado su pensamiento encima de este globo de fango, mas hallà de este dia fugitivo.—Esas naciones se han

sentido formadas para un mas alto y grandioso destino, y no pudiendo darse á sí mismas la vida inmortal á que aspira todo corazon noble y grande han dicho à sus obras: inmortalizadnos, hablad de, nosotras á las que atraviesen el desierto ó pasen sobre las olas del mar Jónico, por delante del cabo Sigeo ó del promontorio de Sunio, donde Platon cantaba una sabiduría que serà la sabiduría del porvenir.

En tales pensamientos iba yo engolfado, escuchando el rumor con que la proa, en que iba sentado, hendia las olas del mar de Africa, y mirando à cada minuto bajo la rosada bruma del horizonte se divisaria el cabo de Cartago.

Cayó la brisa, el mar se serenó, y el dia se nos pasó mirando en vano desde léjos la vaporosa costa de Africa; por la tarde se alzó una recia ventisca; el buque, bamboleado de uno á otro bordo, aplanao bajo las velas semejantes á las alas de una ave marina quebrantadas por el plomo, nos sacudia en sus entrañas con el terrible mugido de un edificio que se desploma. Paso la noche sobre cubierta, pasado el brazo al rededor de un cable; y de los blancos nubarrones que se apiñan, como una alta montaña, en el profundo golfo de Túnez, brotan relámpagos y arrancan los lejanos estampidos del trueno. El Africa me aparece como siempre me la he representado, desgarradas sus entrañas por

los fuegos del cielo, y sus calcinadas cumbres escondidas entre las nubes. A medida que nos acercamos y que el cabo de San Vicente y luego el de Cartago, se destacan de la oscuridad, y parece que nos salen al encuentro, todas las grandes imágenes, todos los nombres fabulosos ó heróicos que han resonado sobre aquella orilla, salen tambien de mi memoria, y me recuerdan los dramas poéticos ó históricos de que aquellos sitios han sido el teatro sucesivamente. Virgilio, como todos los poetas que quieren mejorar la verdad, la historia y la naturaleza, mas bien ha estropeado que embellecido la imagen de Dido.—La Dido histórica, viuda de Siqueo, y fiel á los manes de su primer esposo, hace encender su hoguera en el cabo de Cartago, y sube á él, sublime y voluntaria víctima de un amor puro y de una fidelidad, aún á la muerte! Algo mas bello, algo mas santo, algo mas patético es esto que los frios galanteos que le presta el poeta romano, con el ridículo y pio Eneas, y su amorosa desesperacion con la que no puede simpatizar el lector.

Pero la *Ana Soror* y la magnífica despedida, y la inmortal imprecacion que siguen harán siempre perdonar á Virgilio.

La parte histórica de Cartago es mas poética que su poesía. La muerte celestial y las esequias de San Luis;—el ciego Belisario;—Mario espian-

do entre las fieras; eobre las ruinas de Cartago fiera tambien como ellas, los crímenes de Roma;—el lamentable dia en que, semejante al escorpion rodeado de fuego que se traspasa á sí mismo con su aguijon emponzoñado, Cartago, cercada por Escipion y Masinisa, prende fuego ella misma á sus riquezas;—la muger de Asdrubal, encerrada con sus hijos en el templo de Júpiter, echando en cara á su marido el no haber sabido morir, y encendiendo con sus manos la tea que va á consumirla á ella y á sus hijos y á todo lo que queda de su patria, para no dejar mas que cenizas á los romanos!—Catón de Utica, los dos Escipiones, Anibal, todos estos grandes nombres se alzan todavía sobre el cabo abandonado, como columnas en pié delante de un templo derruido.—El ojo no ve nada mas que un promontorio pelado, alzándose sobre un mar desierto, algunas cisternas vacías ó atestadas con sus propios escombros, algunos acueductos arruinados; algunos muelles devorados por las olas y cubiertos por la marejada; una ciudad bárbara al lado, donde estos mismos nombres son desconocidos como aquellos dombres que viven demasiado y llegan á ser extranjeros en su propio pais; pero lo pasado basta donde brilla con tanto esplendor de recuerdos.—¿Y aun qué sé yo si no me gusta mas solo, aislado en medio de sus ruinas, que profanado y turbado por el bullicio y la muchedumbre de las generaciones nuevas? Sucede con las ruinas lo mismo que con las se-

pulturas;—en medio del estrépito de una gran ciudad y del fango de nuestras calles, afligen y entristecen la vista, son como una mancha en medio de toda esa vida bulliciosa y agitada;—pero en la soledad en las orillas del mar, en un cabo abandonado, en un agreste arenal, tres piedras amarilladas por los siglos y quebrantadas por el rayo, hacen reflexionar, discurrir ó llorar.

La soledad y la muerte, la soledad y lo pasado, que es la muerte de las cosas, se enlazan necesariamente en el pensamiento humano: su concierto es una misteriosa armonía: yo prefiero el pelado promontorio de Cartago, el melancólico cabo de Sunio, la estéril é infestada playa de Pesto, para colocar en ellos las escenas de los tiempos pasados, á los templos, los arcos, los coliseos de Roma muerta, hollados en Roma viva, con la indiferencia de la costumbre ó la profanacion del olvido.

20 de Julio 1832.

A las diez, el viento se calma, podemos subir á cubierta, y largando siete nudos por hora, pronto nos hallamos á la altura de la isla solitaria de Pantelaria, la antigua isla de Calipso, deliciosa todavía por su vegetacion africana y la frescura de sus valles y de sus aguas. A ella desterraron sucesivamente los emperadores á los reos políticos.

La isla no nos parece mas que como un cono negro saliendo del mar, y vestido hasta los dos tercios de su vértice de una bruma blanca arrojada por el viento de la noche. Ningun buque puede abordar á ella; no tiene puertos mas que para las barquillas que llevan á sus arenas á los desterrados de Nápoles y de Sicilia, que se consumen diez años espiondo algunos precoces sueños de libertad.

¡Desgraciados aquellos que, en cualquier género, se anticipan á su siglo! Su siglo los aplana.—Tal es nuestra suerte, la suerte de los hombres imparciales, políticos, racionales de Francia.—La Francia está todavía á siglo y medio de nuestras ideas.—Ella quiere en todo hombres é ideas de secta y de partido; ¿qué le importan el patriotismo y la razon? ¡Odios, rencores, persecucion alternativa, es lo que necesita su ignorancia! Y odios y rencores y persecuciones tendrá hasta que herida con las armas mortales de que quiere absolutamente servirse, ó caiga ó las arroje lejos de sí para volverse hacia su única esperanza de toda mejora política, Dios, su ley, y la razon, su ley innata.

21 de Julio 1832.

El mar, al despertarme, despues de una noche borrascosa, parece como que juega con el resto del viento de ayer;— la espuma le cubre todavia como los copos mal enjugados que manchan los lomos del caballo cansado de una larga carrera,— ó como los que sacude su freno cuando baja y levanta la cabeza, impaciente por emprender una carrera nueva.— Las olas corren con rapidez, irregularmente, pero leves poco profundas, transparentes; ese mar se asemeja á un sembrado de hermosa avena ondeando á las brisas de una mañana de primavera, despues de una noche lluviosa: — vemos las islas de Gozzo y de Malta alzarse sobre la bruma á cinco ó seis leguas en el horizonte.

22 de Julio, 1832. Llegada á Malta.

A medida que nos acercamos á Malta, la costa baja se eleva y se articula; pero el aspecto es triste y estéril; pronto vemos sus fortificaciones y los golfos formados por los puertos; una nube de barquillas, montadas cada una por dos remeros, sale de aquellos golfos y vuela á la proa de nuestro buque; la mar está hinchada, y las olas los precipitan

á veces en el profundo sulco que abrimos en las aguas; parece que van á hundirse en él, pero las oleadas los levantan; corren sobre nuestras huellas, se bambolean á los costados de nuestro buque, y nos echan cuerdas para remolcarnos hasta la rada.

Los pilotos nos anuncian una cuarentena de diez dias y nos llevan al puerto reservado bajo las altas fortificaciones de la ciudad Valetta.— El cónsul de Francia, M. Miege, noticia nuestra llegada al gobernador Sir Federico Ponsomby, quien reúne la junta de salubridad y reduce nuestra cuarentena á tres dias.

Obtenemos el favor de entrar en una lancha y pasearnos por la tarde á lo largo de los canales que prolongan el puerto de cuarentena. Es un domingo.— El sol ardiente del dia se ha puesto en el fondo de una estrecha y serena ensenada del golfo que está detras de la proa de nuestro buque; el mar está allí, liso y brillante, ligeramente aplomado, en un todo semejante á cobre recién estañado. El cielo, en el zenit, ofrece un matiz anaranjado, que tira un poco á rosa.— A medida que se eleva sobre nuestras cabezas y se aleja del occidente, se va descolorando; en el Oriente es de un azul gris pálido, y no recuerda ya el esplendente azur del golfo de Nápoles,— ó la negra profundidad del firmamento encima de los Alpes de la Saboya.— La tinta del cielo africano participa de la abrasante

21 de Julio 1832.

El mar, al despertarme, despues de una noche borrascosa, parece como que juega con el resto del viento de ayer;— la espuma le cubre todavia como los copos mal enjugados que manchan los lomos del caballo cansado de una larga carrera,— ó como los que sacude su freno cuando baja y levanta la cabeza, impaciente por emprender una carrera nueva.— Las olas corren con rapidez, irregularmente, pero leves poco profundas, transparentes; ese mar se asemeja á un sembrado de hermosa avena ondeando á las brisas de una mañana de primavera, despues de una noche lluviosa: — vemos las islas de Gozzo y de Malta alzarse sobre la bruma á cinco ó seis leguas en el horizonte.

22 de Julio, 1832. Llegada á Malta.

A medida que nos acercamos á Malta, la costa baja se eleva y se articula; pero el aspecto es triste y estéril; pronto vemos sus fortificaciones y los golfos formados por los puertos; una nube de barquillas, montadas cada una por dos remeros, sale de aquellos golfos y vuela á la proa de nuestro buque; la mar está hinchada, y las olas los precipitan

á veces en el profundo sulco que abrimos en las aguas; parece que van á hundirse en él, pero las oleadas los levantan; corren sobre nuestras huellas, se bambolean á los costados de nuestro buque, y nos echan cuerdas para remolcarnos hasta la rada.

Los pilotos nos anuncian una cuarentena de diez dias y nos llevan al puerto reservado bajo las altas fortificaciones de la ciudad Valetta.— El cónsul de Francia, M. Miege, noticia nuestra llegada al gobernador Sir Federico Ponsomby, quien reúne la junta de salubridad y reduce nuestra cuarentena á tres dias.

Obtenemos el favor de entrar en una lancha y pasearnos por la tarde á lo largo de los canales que prolongan el puerto de cuarentena. Es un domingo.— El sol ardiente del dia se ha puesto en el fondo de una estrecha y serena ensenada del golfo que está detras de la proa de nuestro buque; el mar está allí, liso y brillante, ligeramente aplomado, en un todo semejante á cobre recién estañado. El cielo, en el zenit, ofrece un matiz anaranjado, que tira un poco á rosa.— A medida que se eleva sobre nuestras cabezas y se aleja del occidente, se va descolorando; en el Oriente es de un azul gris pálido, y no recuerda ya el esplendente azur del golfo de Nápoles,— ó la negra profundidad del firmamento encima de los Alpes de la Saboya.— La tinta del cielo africano participa de la abrasante

atmósfera y de la rígida severidad de aquel continente; la reverberacion de aquellas peladas montañas impregna el firmamento de sequía y de calor, y el polvo inflamado de aquellos desiertos de árida arena, parece que se mezcla al aire que la rodea, y que empaña la bóveda de aquella tierra.—Nuestros remeros nos llevan lentamente à algunas toesas de la orilla.—La orilla baja y lisa de un arenal que va á morir à algunas pulgadas sobre el mar está cubierta, por espacio de media milla, de una hilera de casas que se tocan unas á otras, y parece que se han acercado lo mas posible à las olas para respirar su frescura y oír su murmullo. Hé aquí una de esas casas, y una de las escenas que vemos repetidas en cada portal, en cada azotea, en cada balcon.—Multiplicando esta escena y esta vista por quinientas ó seiscientas casas semejantes, se tendrá un recuerdo esacto de aquel paisage, único para un europeo que no conoce á Sevilla, Córdoba, ó Granada, recuerdo que se debe grabar en la mente todo entero y con sus pormenores de costumbres para volverle á hallar una vez en la sombría é insulsa uniformidad de nuestros pueblos del Occidente. Estos recuerdos hallados en la memoria durante nuestros días y nuestros meses de nieve, niebla y lluvia, son como una lontananza sobre el cielo sereno durante una tempestad.—Un poco de sol en los ojos, un poco de amor en el corazon, un rayo de fé ó de verdad en el alma, todo es una misma cosa.

—Yo no puedo vivir sin estos tres consuelos del destierro en este mundo.—Mis ojos son del Oriente, mi alma es amor, y mi entendimiento es de los que llevan en sí un instinto de luz, una coincidencia irreflexionada que no se prueba, pero que no engaña y que consuela. Hé aquí, pues, el paisage.

Luz dorada, blanda y serena, como la que sale de los ojos y del semblante de una vírgen, antes de que el amor haya grabado un pliegue sobre su frente, echado una sombra sobre sus ojos.—Esa luz, estendida igualmente sobre el agua, sobre la tierra, en el cielo, hiere la piedra blanca y amarilla de las casas, y deja todos los dibujos de las cornisas, todos los lados de los ángulos, todas las balaustradas de las azoteas, todas las molduras de los balcones, articulados, firmes y limpios sobre el horizonte azul, bajo aquel temblor aereo, bajo aquella incierta y brumosa vaguedad de que nuestro occidente ha hecho una belleza para sus artes, no pudiendo corregir ese vicio de su clima.—Esa cualidad del aire, ese color blanco, amarillo, dorado de la piedra, ese vigor de los contornos, da al menor edificio del mediodía una firmeza y un lustre que tranquilizan y hieren agradablemente la vista. Cada casa parece no haber sido construida piedra à piedra, con argamasa y arena, sino haber sido esculpida entera y en pié en la peña viva, y estar

asentada sobre la tierra, como una roca salida de su seno y tan duradera como el mismo suelo.— Dos anchas y elegantes pilastras se alzan à ambos ángulos de la fachada, solo hasta la altura de piso y medio; allí una elegante cornisa, esculpida en la brillante piedra, las corona y sirve de base à una rica y maciza balaustrada, que se extiende en toda la longitud del remate y reemplaza esos tejados chatos, irregulares, puntiagudos, extravagantes que deshonoran toda arquitectura, que rompen toda línea armoniosa con el horizonte en nuestros hacinaamientos de estraños edificios, que llamamos ciudades en Alemania, en Inglaterra y en Francia.— Entre esas dos anchas pilastras, que salen algunas pulgadas delante de la fachada, solo hay tres aberturas dispuestas por el arquitecto, una puerta y dos ventanas.— La puerta, alta y en arco de medio punto, no tiene su umbral sobre la calle, sino que se abre sobre una escalinata exterior, que sale sobre el malecon unos siete ú ocho piés. Esa escalinata, rodeada de una balaustrada de piedra tallada, sirve de salon exterior, lo mismo que de ingreso à la casa.— Describamos una de esas escalinatas y las habrémos descrito todas.— Uno ó dos hombres, en chaqueta blanca, de tez morena y ojos africanos, con una larga pipa en la mano, están tendidos indolentemente sobre un divan de junco, al lado de la puerta: delante de ellos, graciosamente asomadas à la balaustrada, tres mugeres, en diferentes

actitudes, miran silenciosamente pasar nuestra lan-cha, ó sonríen entre sí de nuestro aspecto estra-gero.— Un vestido negro que no baja mas que hasta la mitad de la pierna, un corpiño blanco con anchas mangas plegadas y flotantes, un gran rodete de negro cabello, y por cima de la cabeza, una capita negra, semejante al vestido, que tapa la mitad de la cara, uno de los hombros y uno de los brazos que retiene la capita; esta, que es de un tejido ligero, inflada por la brisa, se dibuja en la forma de una vela hinchada sobre un esquife, y en sus caprichosos pliegues, unas veces oculta, otras descubre el misterioso rostro que rodea.— Unas levantan graciosamente la cabeza para conversar con otras muchachas que están asomadas en el balcon superior, y les tiran granadas ó naranjas; otras hablan con mancebos de largo bigote, de negra y poblada cabellera, en chaquetita corta y ceñida, con pantalon blanco y faja encarnada.— Sentados en el pretil de la escalinata, dos jóvenes abates con casaca negra y zapato de evilla de plata, departen familiarmente, y juegan con anchos abanicos verdes, mientras que al pié de las últimas gradas un hermoso fraile mendicante descalzo, la frente pálida, calva y despejada, rodeado el cuerpo con los pesados pliegues de su hábito pardo, se apoya como una estatua de la mendicidad en el dintel del hombre rico y feliz y mira, con ojos de desprendimiento é indi-

ferencia aquel espectáculo de ventura, de bienestar y de alegría.

En el piso superior se ve en un espacioso balcón, sostenido por hermosas cariátides y coronado por una *viranda* india guarnecida de colgaduras y flecos, una familia de Ingleses, felices é impasibles conquistadores de la Malta actual.

Allí, algunas nodrizas moriscas, de flameantes ojos, de tez aplomada y negra, tienen en sus brazos á aquellos hermosos niños de la Gran Bretaña cuyos cabellos rubios y rizados, cuyo cutis de nieve y rosa, resisten al sol de Calcuta como al de Malta ó Corfú.

Aquellos niños bajo el manto negro y la ardiente mirada de aquellas mugeres semi-africanas, parecen hermosos y blancos corderillos colgados de los pezones de los tigres del desierto.—En la azotea, la escena es diferente; los ingleses y los malteses se la dividen.—A un lado, se ven algunas muchachas de la isla con la guitarra bajo el brazo, y entonando algunas notas de un antiguo canto nacional, agreste como aquel país; al otro, una joven y hermosa inglesa, melancólicamente reclinada sobre su codo, contempla con indiferencia la escena de vida que pasa bajo sus miradas, y recorrer las páginas de los inmortales poetas de su patria.

Añádanse á esta vista los caballos árabes mon-

tados por los oficiales ingleses, y corriendo, la crin revuelta, sobre la arena del muelle;—los carruages malteses, especies de litera con dos ruedas, tiradas por un solo caballo berberisco que el zagal sigue á pié galopando, ceñida la cintura con una faja encarnada con largas franjas, y cubierta la frente con la redecilla ó el gorro colorado, pendiente hasta la cintura, del arriero español; (1)—la gritería de los muchachos desnudos que se precipitan en el mar y nadan junto á nuestra lancha, los cantos de los griegos ó de los sicilianos anclados en el puerto vecino y respondiéndose en coro de un puente de un buque á otro, y las monótonas y saltarinas notas de la guitarra formando como un blando zumbido del aire de la tarde debajo de todos aquellos sonos agudos, y se tendrá una idea de un muelle de la Empsida el domingo por la tarde.

24 de Julio, 1832.

Libre entrada en 'el puerto de la ciudad Valetta; el gobernador, sir Federico Ponsomby, que ha vuelto de su quinta para agasajarnos, nos recibe

(1) Escusado es advertir la inesactitud de esta comparacion: la redecilla no se usa ya en España hace medio siglo, y los gorros colorados pendientes hasta la cintura, son peculiares de los catalanes.

en el palacio del Gran Maestro á las dos.—Esce-
lente fisonomía de un honrado inglés:—la probi-
dad es el carácter de esas caras varoniles:—eleva-
cion, gravedad y nobleza, tal es el tipo del verda-
dero gran señor inglés. Admiramos el palacio;—
magnífica y digna sencillez:—belleza en el conjun-
to y en la falta de vanas decoraciones por fuera y
por dentro;—espaciosas salas;—largas galerías;—
pinturas severas;—escalera ancha, cómoda y so-
nora;—sala de armas de doscientos piés de longi-
tud, que encierra todas las armaduras de todas las
épocas de la historia de la órden de San Juan de
Jerusalén.—Biblioteca de 40,000 volúmenes, don-
de nos recibe el director, el presbítero Bollanti, jó-
ven eclesiástico maltés, en un todo semejante á los
abates romanos de la rancia escuela;—ojo pene-
trante y dulce, boca meditativa y sonriente, frente
pálida y articulada, lenguaje elegante y compa-
sado, urbanidad sencilla, natural y fina.—Habla-
mos mucho tiempo, porque esa es la especie de
hombres mas propia para una larga y grata con-
versacion.—Hay en él, como en tantos eclesiásti-
cos apreciables que he hallado en Italia, algo de
triste, de indiferente y de resignado, que recuerda
la noble resignacion de un poder caido.—Criados
entre ruinas,—sobre las mismas ruinas de un mo-
numento derruido, han tomado de ellas la melan-
colía y la indiferencia de lo presente.—¿Cómo, le
dije, un hombre como vd. soporta el destierro inte-

lectual y la reclusion en que vd. vive en este pala-
cio desierto y entre el polvo de estos libros?—Es
verdad, me respondió; vivo solo y triste; el hori-
zonte de esta isla es muy limitado; el ruido que po-
dria yo hacer aquí con mis escritos no resonaria á
mucha distancia, y aún el que otros hombres ha-
cen en otras partes tiene aquí muy poco eco; pero
mi alma ve mas allá un horizonte mas libre y mas
vasto, adonde mi pensamiento se complace en vo-
lar; tenemos un hermoso cielo sobre la cabeza, un
aire tibio en derredor de nosotros, un mar dilatado
y azul bajo los ojos; esto basta para la vida de los
sentidos; en cuanto á la vida de la inteligencia, en
ninguna parte es mas intensa que en el silencio y
la soledad.—Esta vida asciende así directamente
á la fuente de donde emana, á Dios, sin estraviar-
se y alterarse con el contacto de las cosas y de los
cuidados del mundo.—Cuando San Pablo, yendo
á llevar la fecunda palabra del cristianismo á las
naciones, naufragó en Malta, y pasó aquí tres
meses para sembrar el grano de mostaza, no se
quejó de su naufragio y de su destierro, que va-
lieron á esta isla el conocimiento precoz del Verbo
y de la moral divina, y ¿me quejaré por ventura,
yo, nacido en estas áridas peñas, si el Señor me
confina en ellas para conservar su verdad cristia-
na en los corazones donde tantas verdades están á
punto de extinguirse?—Esta vida tiene su poesía,
añadió; cuando me desembarace de mis clasifica-

ciones y de mis catálogos, acaso escribiré también esta poesía de la soledad y de la oración!—Me separé de él con sentimiento y deseo de volverle á ver.

La iglesia de San Juan, catedral de la isla, tiene todo el carácter, toda la gravedad que pueden esperarse de semejante monumento en semejante sitio,—grandeza, nobleza, riqueza; las llaves de Ródas, que se llevaron los caballeros, después de su derrota están suspendidas á ambos lados del altar, símbolo de eterno sentimiento ó de esperanzas para siempre defraudadas. Bóveda soberbia, pintada toda por el Calabrés;—obra digna de Roma moderna en sus mejores tiempos de la pintura.

Un solo cuadro me sorprende en la capilla de la Elección;—es de Miguel Ángel de Caravaggio, á quien los caballeros de su época llamaron á la isla para que pintara la bóveda de San Juan. Empeñóla en efecto, pero pudieron más la violencia y la irascibilidad de su áspera condición;—tuvo miedo de una larga obra y se fué,—dejando en Malta su obra maestra, la Degollación de San Juan Bautista. Si nuestros pintores modernos que buscan el romanticismo por sistema en vez de hallarle por naturaleza, viesen este magnífico cuadro, conocerían que su soñada invención se inventó mucho ántes que ellos nacieran.—Hé ahí el fruto nacido en el árbol, y no el fruto artificial moldeado en cera y pintados con falsos colores:—acti-

tudes pintorescas, energía, profundidad de sentimiento, verdad y dignidad reunidas;—vigor de contrastes, y sin embargo unidad y armonía, horror y belleza juntamente, tal es el cuadro.—Es uno de los más bellos que he visto en mi vida.—Es el cuadro que buscan los pintores de la escuela actual.—No busquen más; ya está hallado.—Nada hay nuevo en la naturaleza ni en las artes;—todo lo que se hace ha sido ya hecho;—todo lo que se piensa, ya lo han pensado otros.—Todo siglo es plagario de otro siglo, porque todos, todos sin excepción, artistas ó pensadores, perecederos y fugitivos, copiamos de diferentes maneras un modelo inmutable y eterno, la naturaleza,—ese pensamiento uno y diverso del Criador!....

23 de Julio, 1832.

Desde lo alto del observatorio que señorea el palacio del Gran Maestro,—vista general de las ciudades, puertos y campos de Malta;—tierras pedregadas, sin forma, sin colores, áridas como el desierto;—ciudad semejante á una concha de tortuga encallada en la peña;—parece que ha sido labrada en un solo pedazo de roca viva;—escenas de azoteas al anochecer;—mujeres sentadas en esas azoteas.—Así vió David á Betsabé,—nada más gra-

ciones y de mis catálogos, acaso escribiré también esta poesía de la soledad y de la oración!—Me separé de él con sentimiento y deseo de volverle á ver.

La iglesia de San Juan, catedral de la isla, tiene todo el carácter, toda la gravedad que pueden esperarse de semejante monumento en semejante sitio,—grandeza, nobleza, riqueza; las llaves de Ródas, que se llevaron los caballeros, después de su derrota están suspendidas á ambos lados del altar, símbolo de eterno sentimiento ó de esperanzas para siempre defraudadas. Bóveda soberbia, pintada toda por el Calabrés;—obra digna de Roma moderna en sus mejores tiempos de la pintura.

Un solo cuadro me sorprende en la capilla de la Elección;—es de Miguel Ángel de Caravaggio, á quien los caballeros de su época llamaron á la isla para que pintara la bóveda de San Juan. Empezóla en efecto, pero pudieron más la violencia y la irascibilidad de su áspera condición;—tuvo miedo de una larga obra y se fué,—dejando en Malta su obra maestra, la Degollación de San Juan Bautista. Si nuestros pintores modernos que buscan el romanticismo por sistema en vez de hallarle por naturaleza, viesen este magnífico cuadro, conocerían que su soñada invención se inventó mucho antes que ellos nacieran.—Hé ahí el fruto nacido en el árbol, y no el fruto artificial moldeado en cera y pintados con falsos colores:—acti-

tudes pintorescas, energía, profundidad de sentimiento, verdad y dignidad reunidas;—vigor de contrastes, y sin embargo unidad y armonía, horror y belleza juntamente, tal es el cuadro.—Es uno de los más bellos que he visto en mi vida.—Es el cuadro que buscan los pintores de la escuela actual.—No busquen más; ya está hallado.—Nada hay nuevo en la naturaleza ni en las artes;—todo lo que se hace ha sido ya hecho;—todo lo que se piensa, ya lo han pensado otros.—Todo siglo es plagario de otro siglo, porque todos, todos sin excepción, artistas ó pensadores, perecederos y fugitivos, copiamos de diferentes maneras un modelo inmutable y eterno, la naturaleza,—ese pensamiento uno y diverso del Criador!....

23 de Julio, 1832.

Desde lo alto del observatorio que señorea el palacio del Gran Maestro,—vista general de las ciudades, puertos y campos de Malta;—tierras pedregadas, sin forma, sin colores, áridas como el desierto;—ciudad semejante á una concha de tortuga encallada en la peña;—parece que ha sido labrada en un solo pedazo de roca viva;—escenas de azoteas al anochecer;—mujeres sentadas en esas azoteas.—Así vió David á Betsabé,—nada más gra-

cioso ni mas seductor que esas figuras blancas ó negras, semejantes á sombras, apareciendo así á los rayos de la luna sobre los techos de esa muchedumbre de casas.—A las mugeres no se las ve sino allí, en la iglesia, ó en los balcones: todo lenguaje está en los ojos; todo amor es un largo misterio que no alteran las palabras:—así se enlaza y se desenlaza sin palabras un largo drama.— Ese silencio, esas apariciones á ciertas horas, esos encuentros en los mismos sitios, esas intimidades á distancia, esas espresiones mudas, son acaso el primero y el mas divino lenguaje del amor, ese sentimiento superior á las palabras, y que, como la música, espresa en una lengua aparte lo que ninguna lengua puede espresar.

Estos aspectos, estos pensamientos rejuvenecen el alma; ellos hacen conocer el único encanto inagotable que Dios ha derramado sobre la tierra, y lamentar que sean tan rápidas y varias las horas de la vida. Dos solos sentimientos le bastarian al hombre, aún cuando alcanzase la edad de esas peñas del mar,—la contemplacion de Dios y el amor.—El amor y la religion son los dos pensamientos, ó mas bien, el pensamiento uno de los pueblos del mediodia;—así es que no buscan otra cosa: eso les basta.—Nosotros los compadecemos, cuando deberiamos envidiarlos.—¿Qué hay de comun entre nuestras pasiones facticias, entre la tu-

multuosa agitacion de nuestros vanos pensamientos, y esos dos solos pensamientos verdaderos que ocupan la vida de esos hijos del sol:—la religion y el amor,—una encantando lo presente, otra encantando el porvenir? Así es que siempre he admirado, á pesar de las preocupaciones contrarias, la serenidad profunda y rara vez turbada de las fisonomías meridionales,—y esa espresion de sosiego, de calma, de felicidad estampada en los hábitos y en los semblantes de esa muchedumbre silenciosa que respira, vive, ama y canta. . . . ¡El canto! esa superabundancia de la ventura y de las impresiones en una alma demasiado llena! En Roma, en Nápoles, en Génova, en Malta, en Sicilia, en Grecia, en Jonia, se canta en las playas, sobre las olas, sobre las azoteas; no se oye mas que el lento recitativo del pescador, del marinero, del zagal, ó los vagos zumbidos de la guitarra en las noches serenas.—Esa es la felicidad, dígase lo que se quiera.—Son esclavos, dirán algunos. ¿Y qué saben ellos? ¡Esclavitud ó libertad! ¡Desgracia ó felicidad de convencion! La desgracia ó la felicidad verdadera están mas cerca de nosotros. ¿Qué les importa á esas pacíficas muchedumbres que respiran la brisa del mar ó se tienden bajo los tibios rayos del sol de Sicilia, de Malta ó del Bósforo, que les haga la ley un sacerdote, un bajá ó un parlamento? ¿Altera eso en algo sus relaciones con la naturaleza, las únicas que los ocupan? No,

seguramente: toda sociedad libre ó absoluta se resuelve siempre en servidumbres mas ó ménos sentidas.—Nosotros somos esclavos de las leyes variables y caprichosas que nos hacemos, y ellos lo son de la ley inmutable de la fuerza que les hace Dios;—todo esto, para la felicidad ó la desgracia, se reduce á lo mismo;—para la dignidad humana y para el progreso de la inteligencia y de la moral del hombre,—no,—no; y todavía seria preciso examinar bien la cuestion ántes de pronunciar este no.—Tomemos á la ventura cien hombres entre esos pueblos esclavos, y ciento entre nuestros pueblos llamados libres, y cotejemos.—¿Dónde se hallan mas ó ménos moral y virtudes?—Bien lo sé, pero tiemblo de decirlo.—Si alguno leyese esto despues de mí, me acusaria de parcialidad hácia el despotismo ó de desprecio á la libertad.—¡Y se engañaria!—Yo amo la libertad como un esfuerzo difícil y ennoblecedor para la humanidad,—como amo la virtud por su mérito y no por su recompensa; pero se trata de felicidad, y en filosofía examino y digo como Montaigne:—*¿Qué sé yo?* La verdad es que nuestras cuestiones políticas, tan capitales en nuestros liceos, ó en nuestros cafés, ó en nuestros clubs, son muy pequeñas vistas de lejos, en medio del océano desde la cima de los Alpes, á la altura de la contemplacion filosófica y religiosa.—Esas cuestiones no interesan mas que á algunos hombres que tienen pan y tiempo de so-

bra:—la multitud no tiene que ver mas que con la naturaleza:—una buena, hermosa y divina religion, esta es la política al uso de las masas. Este principio de vida falta á la nuestra, y he aquí por que tropezamos, caemos, volvemos á caer, no vamos adelante;—el aliento de vida nos falta; creamos formas y el alma no baja á ellas.—¡Oh Dios mio! volvednos vuestro aliento, ó perecemos.

Malta, 28, 29 y 30 de Julio, 1832.

Residencia forzada én Malta á causa de una indisposicion de Julia. Se restablece, y nos decidimos á ir á Esmirna, pasando por Aténas: allí estableceré á mi muger y á mi hija, è iré solo, cruzando el Asia Menor, á visitar las demas partes del Oriente. Levantamos el ancla, y ya vamos á salir del puerto cuando llega una vela del Archipiélago y anuncia la captura de varios buques por los piratas griegos y la matanza de las tripulaciones. El cónsul de Francia, M. Miége, nos aconseja que aguardemos dias; el capitan Lyons, de la fragata inglesa *Madagascar*, nos ofrece escoltar nuestro bergantin hasta Nauplia, en Morea, y aún llevarnos á remolque si no puede el bergantin seguir á la fragata, y como acompaña esta oferta con todas las atenciones que pueden realzar su va-

lor, aceptamos, y partimos el miércoles 1.º de agosto á las ocho de la mañana. Apenas salimos á alta mar, el capitan, cuyo buque vuela y nos deja muy atras, hace cargar las velas y nos aguarda;—nos tira al mar un barril al que está atado un cable; pescamos el barril y el cable, y seguimos, como un caballo de mano, la flotante mole que hiende las olas y parece que no se apercebe de nuestro peso.

Yo no conocia al capitan Lyons, comandante hace seis años de uno de los buques del apostadero inglés del Levante; él no me conocia á mí, ni aun de nombre; no me hallé con él en casa alguna en Malta, porque estaba haciendo cuarentena, y sin embargo, he aquí un oficial de otra nacion, de una nacion muchas veces rival y hostil que, à la primera señal nuestra consiente en retrasar su marcha dos ó tres dias, en someter su buque y su tripulacion à una faena muy peligrosa (el remolque), à oír acaso al rededor de sí á los marineros de su bordo murmurar de semejante condescendencia con un frances desconocido,—todo por solo un sentimiento de nobleza de alma y de simpatía por las inquietudes de una señora y los padecimientos de una niña.—Tal es el oficial inglés en toda su generosidad; tal es el hombre en toda la dignidad de su carácter y de su mision.—Jamás olvidaré ni la accion ni el hombre.—El hombre que viene à veces á nuestro bordo á informarse de nuestra sa-

lud y à reiterarnos las protestas del placer que experimenta en protegernos, me parece uno de los mas leales y francos que he conocido en mi vida.

—Nada en él recuerda esa supuesta aspereza del marino; pero la firmeza del hombre, acostumbrado à luchar con el mas terrible de los elementos, se mezcla admirablemente en su rostro todavía juvenil y agraciado, con la dulzura del alma, la elevacion de los pensamientos y la amabilidad del carácter.

Despues de haber llegado desconocidos á Malta, no sin sentimiento vemos sus blancas paredes hundirse á lo léjos bajo las olas.—Esas casas, que, hace pocos dias, mirábamos con indiferencia, tienen ahora una fisonomía y un language para nosotros.—Conocemos á los que las habitan, y muchas miradas benévolas siguen desde lo alto de sus azoteas las lejanas velas de nuestros dos buques.

Los ingleses son un gran pueblo moral y político,—pero en general, no son un pueblo sociable.—Concentrados en la santa y dulce intimidad del hogar doméstico, cuando salen de él, lo que los conduce no es el placer, ni la necesidad de comunicar su alma ó de derramar su simpatía, sino el uso ó la vanidad.—La vanidad es el alma de toda la sociedad inglesa;—ella la que ha creado esas gerarquías de clases, títulos, dignidades y riquezas, que son lo único porque se diferencian los hombres, y que han hecho una abstraccion completa del hom-

bre para no considerar mas que el nombre, el vestido, la forma social.—¿Son diferentes en sus colonias? Me inclinaria á creerlo en vista de lo que hemos experimentado en Malta.—Desde el momento en que llegamos á este punto, recibimos de todo lo que compone esa hermosa colonia las muestras de-sinteresadas y cordiales de interes y benevolencia.—Nuestra residencia no ha sido mas que una continua y brillante hospitalidad.—Sir Federico Ponsonby y lady Emilia Ponsonby, su esposa, pareja digna de representar en todas partes, uno la virtud y noble sencillez de los grandes señores ingleses, la otra la dulce y graciosa modestia de las señoras de alta cuna en su patria.—La familia de Sir Federico Hankey, M. y madama Nugent, M. Greig, M. Freyre, antiguo embajador en España, nos han recibido menos como á viageros que como amigos. Ocho dias los hemos visto y acaso no volverémos á ver, pero llevamos de su amabilísima cordialidad una impresion que alcanza hasta el fondo del pecho. Malta ha sido para nosotros una colonia de la hospitalidad,—un no sé qué de caballeresco y de hospitalario, que recuerda sus antiguos poseedores, que se encuentran en sus palacios, poseidos ahora por una nacion digna del alto puesto que ocupa en la civilizacion. Se puede no amar á los ingleses, pero es imposible no estimarlos.

El gobierno de Malta es duro y estrecho; no es

digno de los ingleses, que han enseñado la libertad al mundo, tener en una de sus posesiones dos clases de hombres, los ciudadanos y los libertos.

El gobierno provincial y los parlamentos locales se asociarian fácilmente en las colonias inglesas á la alta representacion de la madre patria. Los gérmenes de libertad y de nacionalidad, respetados en los pueblos sometidos, son para el porvenir gérmenes de virtud, de fuerza, de dignidad para la humanidad entera. La sombra del pabellon inglés no deberia cubrir mas que hombres libres.

1 de Agosto, á las 12 de la noche.

Despues de haber partido esta mañaua con una mar picada, un calmazo absoluto nos ha sorprendido á doce leguas de la costa, y todavía dura: ningun viento en el cielo, salvo algunas brisas perdidas que vienen de cuando en cuando á arremolinar las velas de los dos buques, y que les hacen espedir una palpitation sonora, un latido irregular, semejante al convulsivo batir de las alas de un pájaro que se muere; el mar está liso y terso como la hoja de un sable; ni una arruga riza su superficie, pero de trecho en trecho, y á grandes distancias se advierten anchas ondulaciones cilíndricas que se deslizan bajo el buque y le bambolean como un terre-

bre para no considerar mas que el nombre, el vestido, la forma social.—¿Son diferentes en sus colonias? Me inclinaria á creerlo en vista de lo que hemos experimentado en Malta.—Desde el momento en que llegamos á este punto, recibimos de todo lo que compone esa hermosa colonia las muestras de-sinteresadas y cordiales de interes y benevolencia.—Nuestra residencia no ha sido mas que una continua y brillante hospitalidad.—Sir Federico Ponsonby y lady Emilia Ponsonby, su esposa, pareja digna de representar en todas partes, uno la virtud y noble sencillez de los grandes señores ingleses, la otra la dulce y graciosa modestia de las señoras de alta cuna en su patria.—La familia de Sir Federico Hankey, M. y madama Nugent, M. Greig, M. Freyre, antiguo embajador en España, nos han recibido menos como á viageros que como amigos. Ocho dias los hemos visto y acaso no volverémos á ver, pero llevamos de su amabilísima cordialidad una impresion que alcanza hasta el fondo del pecho. Malta ha sido para nosotros una colonia de la hospitalidad,—un no sé qué de caballeresco y de hospitalario, que recuerda sus antiguos poseedores, que se encuentran en sus palacios, poseidos ahora por una nacion digna del alto puesto que ocupa en la civilizacion. Se puede no amar á los ingleses, pero es imposible no estimarlos.

El gobierno de Malta es duro y estrecho; no es

digno de los ingleses, que han enseñado la libertad al mundo, tener en una de sus posesiones dos clases de hombres, los ciudadanos y los libertos.

El gobierno provincial y los parlamentos locales se asociarian fácilmente en las colonias inglesas á la alta representacion de la madre patria. Los gérmenes de libertad y de nacionalidad, respetados en los pueblos sometidos, son para el porvenir gérmenes de virtud, de fuerza, de dignidad para la humanidad entera. La sombra del pabellon inglés no deberia cubrir mas que hombres libres.

1 de Agosto, á las 12 de la noche.

Despues de haber partido esta mañaua con una mar picada, un calmazo absoluto nos ha sorprendido á doce leguas de la costa, y todavía dura: ningun viento en el cielo, salvo algunas brisas perdidas que vienen de cuando en cuando á arremolinar las velas de los dos buques, y que les hacen espedir una palpitation sonora, un latido irregular, semejante al convulsivo batir de las alas de un pájaro que se muere; el mar está liso y terso como la hoja de un sable; ni una arruga riza su superficie, pero de trecho en trecho, y á grandes distancias se advierten anchas ondulaciones cilíndricas que se deslizan bajo el buque y le bambolean como un terre-

moto. Toda la mole de los palos, de las vergas, de las obenques, de las velas, rechina y tiembla como bajo un viento muy pesado. No avanzamos una línea en una hora; las cáscaras de naranja que Julia tira al mar flotan sin declinacion al rededor del bergantin, y el timonero mira indiferente las estrellas, sin que la barra haga desviarse su mano distraida. Hemos soltado el cable de remolque que nos sujetaba á la fragata inglesa, porque como ninguno de los dos buques atienden á la faena, hubieran podido estrellarse uno contra otro en las tinieblas.

Ahora estamos sobre quinientos pasos de la fragata. Las lámparas encendidas brillan por las troneras en el fondo de los espaciosos camarotes de los oficiales que coronan su popa. Un fanal, que la vista puede confundir con uno de los luceros del firmamento, sube y se ata á la punta del palo de mesana para reunirnos por la noche; y mientras nuestros ojos están clavados en aquel faro flotante que debe guiarnos, una deliciosa música sale de repente del luminoso seno de la fragata y resuena bajo una nube de velas, como bajo las sonoras bóvedas de una iglesia.

Así varían y se suceden las armonías por espacio de muchas horas, derramando á lo lejos, sobre aquel mar encantado y dormido, todos los acentos que hemos oido en las mas deliciosas horas de nues-

tra vida. Todas las reminiscencias melodiosas de nuestras ciudades, de nuestros teatros, de nuestros cantares campestres, asaltan nuestro pensamiento para trasportarle á unos tiempos que ya pasaron, á unos seres separados ahora de nosotros por la muerte ó por el espacio!

Mañana, dentro de algunas horas tal vez, los terribles rugidos del huracan que hace crugir los mástiles, los repetidos embates de las olas sobre los huecos costados de la nave, el cañonazo de socorro, el trueno, las voces convulsivas de dos elementos en guerra, y del hombre que lucha contra su furor combinado, sucederá á esta música serena y magestuosa.

Estos sentimientos se agitan en todos los corazones, y un completo silencio reina en ambos puentes. Cada cual recuerda algunas de aquellas notas significativas y grabadas por una fuerte impresion en la memoria, que ha oido en otro tiempo en alguna circunstancia feliz ó triste de la vida de su corazon; cada cual piensa mas tiernamente en los seres que ha dejado en su patria. Se siente un vago temor de aquel desafio con que parece que el hombre provoca á las tempestades: semejantes momentos son aquellos que debe uno escribir en su pensamiento para siempre, pues contiene en algunos minutos mas impresiones, mas colores, mas vida que años enteros trascurridos en las prosaicas vicisitudes de la vida comun. El corazon está lle-

no y quisiera rebosar; entónces el hombre mas vulgar se siente poeta en todas las fibras; entónces lo finito y lo infinito penetran por todos los poros; entónces se quiere estallar delante de Dios, ó revelar solamente à un corazon simpático, ó á todos los hombres, en la lengua de los espíritus, lo que pasa en el espíritu; entónces se improvisarian divinos cantares de la tierra y del cielo... ¡Ah! ¡Si se supiera una lengua! Pero no hay lengua, sobre todo para nosotros franceses; no, no hay lengua para la filosofia, el amor, la religion, la poesía; las matemáticas son la lengua de este pueblo; sus palabras son secas, puntuales, descoloridas como cifras.—Vamos á dormir.

Las 2 de la madrugada del mismo dia.

No puedo dormir; he sentido demasiado; vuelvo á subir sobre cubierta;—pintemos;—la luna ha desaparecido sobre la anaranjada bruma que vela el horizonte sin otros límites. Es de noche, pero es de noche en el mar, es decir, en un elemento trasparente que refleja la menor claridad del firmamento, que parece que conserva una luminosa impresion del dia. Esta noche no es negra, es solamente pálida y aljofarada como el color de un espejo cuando se pone la luz al lado ó detras de él. Tambien el

aire parece muerto ó dormido sobre esa soñolienta capa de las olas. Ni un rumor, ni un soplo, ni siquiera una vela que resuene contra la verga, ni una espuma que zumbe y trace la estela del bergantin en sus costados, que tambien parecen dormidos.

Contemplaba yo esa muda escena de sosiego, de vacío, de silencio y de serenidad; respiraba ese ambiente tibio y ligero del que no siente el pecho ni el calor, ni la frescura, ni el peso, y me decia:—Tal debe ser el aire que se respira en el pais de las almas, en las regiones de la inmortalidad, en aquella atmósfera divina donde todo es inmutable, voluptuoso y perfecto.

Veamos otro aspecto del cielo.—Yo habia olvidado la fragata inglesa, pues miraba hácia el lado opuesto; allí estaba en el mar, à algunas brazas de nosotros; volvíme por casualidad, mis ojos cayeron sobre aquel magestuoso coloso que reposaba inmóvil, inmenso, sin el menor balance de su quilla, como sobre un pedestal de mármol.

La gigantesca y negra mole del buque se destacaba en sombra de la plateada superficie del agua y se dibujaba sobre el fondo azul del cielo, del aire y del mar; ni un resuello de vida salia de aquel magestuoso edificio; nada indicaba á la vista ni al oido que estuviere animado por tanta inteligencia y vida, poblado de tantos seres pensadores y activos; se le hubiera podido tomar por uno de aque-

llos grandes despojos de las tempestades, flotando sin timon, que el navegante encuentra con espanto en las soledades del mar del Sud, y donde no queda una sola voz para decir como pereció la nave; asiento mortuorio y sin fecha, que el mar deja fluctuar antes de tragársela.

Encima del sombrío cuerpo del buque, la nube de todas sus velas estaba agrupada pintorescamente y piramidaba al rededor de sus mástiles, alzándose de piso en piso, de verga en verga, recortadas en mil estrañas formas, desarrolladas en anchos y profundos pliegues, semejantes à las numerosas y altas torrecillas de un castillo gótico, agrupadas al rededor de la gran torre del homenaje; no tenían ni el movimiento, ni el color brillante y dorado de las velas vistas de léjos en el mar durante el dia; inmóviles, mates y teñidas por la noche de un color gris apizarrado, parecían una inmensa bandada de murciélagos ó de pájaros desconocidos de los mares, posados, apiñados unos contra otros en la copa de un árbol gigantesco, y suspendidos de su tronco despojado á la luz de la luna en una noche de invierno. La sombra de aquellas nubes de velas descendía sobre nosotros y nos ocultaba la mitad del horizonte; jamas vision del mar mas colossal y estraña se apareció en un ensueño á la fantasía de Osian. Toda la poesía de las olas estaba allí: la línea azul del horizonte se confundía con la

del cielo, todo lo que reposaba encima y debajo tenía la apariencia de un solo fluido etéreo en que nadábamos. Todo aquel ámbito vago sin cuerpo y sin límites abultaba el efecto de aquella gigantesca aparicion de la fragata sobre las olas, y sumergia la vista y el alma en la misma ilusion. Pareciame que la fragata, la pirámide aérea de su velámen y nosotros tambien nos hallábamos alzados, arrebatados, como cuerpos celestes, en los líquidos abismos del éter, no sostenidos sobre objeto alguno, cerniéndonos en virtud de una fuerza interna sobre el azulado vacío de un firmamento universal.

Así pasamos varios dias y varias noches en alta mar,—bonanza perfecta, cielo de fuego;—las olas giran inmensas del golfo Adriático al mar de Africa, como vastos cilindros ligeramente estriados y dorados por la mañana, y por la tarde, semejantes á las columnas de los templos de Roma ó de Pesto.

Paso los dias sobre cubierta; escribo algunos versos á M. de Montherot, mi cuñado:

¡Oh amigo! Mas que amigo, por la sangre
Y por el alma hermano, que lloroso
Sobre el mar con los ojos me seguías;
Cruzando con la mente los espacios
Y el dilatado mar que nos separa,

¡Pienso en tí! Los momentos deleitosos
 Que pasábamos juntos, á la márgen
 De nuestros arroyuelos, sombreados
 Por los pomposos sauces y los tilos
 Perpetuamente en mi memoria viven.
 Pienso en nuestros paseos solitarios,
 En vuestras dulces pláticas, cortadas
 Por tus versos tal vez, ya por los míos;
 —Por tus versos, relámpagos del alma,
 Que sin esfuerzo brotan de tu lira,
 Y que sembrando vas por tu camino,
 Como esas gotas, llanto de la aurora,
 Que á el alba toda la campiña esmaltan,
 Que un rio inmenso formarían juntas,
 Mas que bajo los piés caen silenciosas
 Y entre aromas el sol y el viento aspiran.
 A otros tiempos, amigo, otros cuidados;
 A cada fruto su estacion: de niño,
 En la feliz edad, en que una madre
 A su amante regazo nos estrecha;
 Cuando el llanto y la risa en nuestro rostro
 Por la mas leve causa se suceden,
 Yo tambien á los niños, mis iguales,
 En su language y juegos imitaba.
 En los primeros meses de las flores,
 Cuando la savia de los troncos brota,
 En el márgen del río que fecunda
 Los campos do nací, la verde rama
 Iba á cortar del inclinado sauce.

Con mi aliento sus jugos calentando,
 Entera la corteza desprendía,
 De un soplo la animaba, y al instante
 Un blando y triste acento en la espesura
 Empezaba á sonar. Aquel acento
 Que no ajustaba el arte á su medida,
 No era mas que un rumor vano, un murmullo
 Suave y vagoroso, semejante
 A esas voces del viento y de las aguas
 Que halagan el oído dulcemente,
 Sin que en ellos busquemos un sentido;
 Mero preludio de temprano ingenio,
 Que al canto y á las lágrimas se ensaya!

¡Ya ese tiempo pasó; ya el medio día
 De mi vida ha llegado, y he sufrido,
 Y mi espíritu en mí grande se ha hecho!
 Aquellas cañas frágiles, juguetes
 De mi infancia, el aliento, que me oprime
 No pueden contener: no hay lengua, ritmo,
 Ni guerrero clarín, ni arpa sagrada,
 Que el soplo de mi alma no rompiera
 Mil y mil veces con su recio impulso.
 ¡Todo á su llama se derrite, todo
 A su terrible embate se doblega!
 Para eeshalar su acento impetuoso
 Ha renunciado á los mortales verbos,
 Cuyos frágiles símbolos haría
 Con su choque estallar. Si los usara,

Resonarian cual la voz del trueno,
 Como la luz del rayo brillarian,
 Y los hombres las frentes inclinando,
 Aterrados clamaran:—“¡Oh Dios mio,
 Que nos hable mas quedo, ò perecemos!”

Ya no les habla, no; se habla á sí mismo
 En la mística lengua sin palabras,
 En el supremo verbo que ninguna
 Mano carnal ha escrito, en que habla al alma
 El alma, y á la mente habla la mente!
 De las humanas lenguas olvidado
 Así su adusta soledad consuela!
 Siempre dentro de mí ruge y se agita
 Como un mar en continuo movimiento;
 Hace en mis sienes martillar mi sangre;
 Y resonar así cual de desecha
 Tempestad, rauda vuelo, cual torrente
 De abismos en abismos derrumbado,
 Cúal los ecos del rayo en las montañas,
 Como la voz de los furiosos cierzos
 Que del Líbano al mar se precipitan,
 O como los embates con que fiero
 Sobre enhiesto peñon la marejada
 Sube, monte de agua, y baja, espuma.
 Esas son, esas son las solas voces
 Que lo que siento en mí decir podrian!

No esperes, pues, de mí versos sujetos
 A la comun medida, en que la idea
 Cual de un arco sonoro desprendida
 Vibra sobre sonidos semejantes,
 Dócil sierva de armónicos caprichos.
 Ese eco frío de los versos, ora
 A mi oido repugna, y si el recuerdo
 De los pasados tiempos se despierta
 En mi mente tal vez; si desde el mundo
 Desierto de este límpido Oriente
 Se torna á tí, risueño mi semblante;
 Si pienso en mis amigos, que esta aurora
 Cual yo verán, y quiere todavía
 Confundirse mi alma con las suyas,
 Con otra voz mi corazon amante
 Les envía y les pide sus recuerdos.
 ¡La oracion es mi voz! Voz soberana,
 Lengua alada y sublime, que confunde
 Todos los corazones que se aman
 En un solo suspiro; que visibles
 A los ojos del alma hace, y presentes
 Ante Dios á mil seres adorados,
 Dispersos por los ámbitos del mundo.
 ¡Lenguage universal que al cielo llega,
 Inestinguible incienso que perfuma
 Al que le da y á aquel que lo recibe!

Así mi corazon se comunica
 Contigo; las palabras de la tierra

Son á mis ojos vanidad, son nada.
 Y si la causa del desprecio quieres
 Saber con que las miro, sigue ahora
 Mi vela que los céfiros impelen,
 Y ven á este teatro donde el mundo
 Algun dia pasó, donde el desierto
 Sobre el borrado imperio hora florece,
 Entre las sepulturas de los dioses,
 De los héroes y sabios, tres escenas
 Tan solo á ver y á contemplar tres noches.

Acababa yo apénas de ausentarme
 Del suelo cuyo estruendo á gran distancia
 Acosa sobre el mar al pasagero:
 De esa Europa decrepita do todo
 Cruje, y se desmorona y lucha; en donde
 Dos opuestos espíritus se arrojan
 Templos y tronos, leyes y costumbres,
 Con su perpetua lid abriendo paso
 A la mente de Dios, que aun no penetran.
 Mi nave que invisible mano impele
 Por la mar espumante resbalaba.
 Doce veces el sol teñido habia
 De púrpura y de oro el Occidente,
 Y doce, como un águila de fuego,
 Su velo desde Oriente habia lanzado.
 Los palos y las velas de mi nave
 Duermen; muerde la arena el ancla aguda,
 ¡Y en Aténas estoy!

Era la hora
 En que esa gran ciudad, en otros tiempos
 Tan bulliciosa, del descanso breve
 De la nocturna oscuridad saliendo,
 Ya gloriosa, ya infame, se llenaba
 De inmensa muchedumbre, semejante
 Del revuelto oceano á la marea.
 Distintas ambiciones impulsaban
 A unos á la virtud, á otros al crímen.
 Pericles iba al foro; á las riberas
 Temístocles; los héroes á las armas,
 Al Pórtico filósofos y sabios.
 Aristides y Sócrates, el uno
 Al ostracismo y á la muerte el otro,
 Miétras se agita el pueblo á la ventura
 Hoy criminal, mañana arrepentido.
 Al pié del Partenon que un turco guarda,
 A la naciente luz tiende la vista.

Del alto Citeron parte la aurora;
 De cien peladas cumbres el contorno
 Su luz va á herir, resbala en sus laderas,
 Y de Iliso se estiende hasta los mares,
 Sin que ningun objeto la colore,
 O en el mar, ó en los campos la refleje.
 Ni fúlgidas ciudades á lo lèjos,
 Ni al aura matinal humo ondeante,
 Ni chozas en las faldas de los montes,
 Ni una flor, ni en las aguas una barca.

La luz sobre aquel suelo estéril, muerto,
 Sin rebatar en él tambien cae muerta:
 Solo el mas alto rayo de la aurora
 Hierre el soberbio Partenon, y luego
 Por sus negras almenas resbalando,
 Donde duerme el genízaro tendido
 Con la pipa en la mano, cual si fuera
 A llorar la cornisa destruida,
 Va á morir sobre el templo de Teseo!
 Dos destellos de luz en dos ruinas
 Es todo cuanto hoy dice: "Allí está Aténas!"

6 de agosto 1832, en alta mar.

El 6 á medio dia, divisamos bajo las blancas nubes del horizonte las desiguales cimas de los montes de Grecia; el cielo estaba pálido y gris como sobre el Támesis ó el Sena en el mes de Octubre; una borrasca rasga, en el Poniente, la negra cortina de nieblas que arrastra sobre el mar;—estalla el trueno, brotan los relámpagos, y una seria b. i. sa de Sudeste nos trae la frescura y la humedad de nuestros vientos lluviosos de otoño.

El huracan nos arroja fuera de nuestro rumbo y nos hallamos muy cerca de la costa de Navarino; distinguimos los dos islotes que cierran la entrada de

su puerto y la hermosa montaña de dos cumbres que corona á Navarino. Allí fué donde el cañon de Europa gritó no ha mucho tiempo á la Grecia resucitada: la Grecia ha respondido mal; emancipada del poder de los turcos por el heroismo de sus hijos y por la asistencia de la Europa, ahora es víctima de sus propios furros: ha derramado la sangre de Capo de Istria, que habia consagrado su vida á su causa: el asesinato de uno de sus primeros ciudadanos abre mal una era de resurreccion y de virtud. Es doloroso que el pensamiento de un gran crimen sea uno de los primeros que asaltan el ánimo á la vista de aquel suelo, adonde se va á buscar imágenes de patriotismo y de gloria.

A medida que se acerca el buque al golfo de Modon, las costas del Peloponeso se destacan y se articulan, saliendo de la flotante niebla que las rodea. Aquellas orillas, de que los viajeros hablan con desprecio, me parecen, por el contrario, perfectamente dibujadas por la naturaleza, pues presentan grandes cortes de montañas y una graciosa ondulacion de líneas: trabajo me cuesta desprender de ellas mis ojos. La escena está vacía, pero llena de lo pasado; la memoria lo puebla todo. Ese grupo negrozco de collados, de cabos, de valles, que la vista abarca desde aquí en su conjunto, como una pequeña isla sobre el océano, y que no es mas que un punto en el mapa, ha pro-

La luz sobre aquel suelo estéril, muerto,
 Sin rebatar en él tambien cae muerta:
 Solo el mas alto rayo de la aurora
 Hierre el soberbio Partenon, y luego
 Por sus negras almenas resbalando,
 Donde duerme el genízaro tendido
 Con la pipa en la mano, cual si fuera
 A llorar la cornisa destruida,
 Va á morir sobre el templo de Teseo!
 Dos destellos de luz en dos ruinas
 Es todo cuanto hoy dice: "Allí está Aténas!"

6 de agosto 1832, en alta mar.

El 6 á medio dia, divisamos bajo las blancas nubes del horizonte las desiguales cimas de los montes de Grecia; el cielo estaba pálido y gris como sobre el Támesis ó el Sena en el mes de Octubre; una borrasca rasga, en el Poniente, la negra cortina de nieblas que arrastra sobre el mar;—estalla el trueno, brotan los relámpagos, y una seria b. i. sa de Sudeste nos trae la frescura y la humedad de nuestros vientos lluviosos de otoño.

El huracan nos arroja fuera de nuestro rumbo y nos hallamos muy cerca de la costa de Navarino; distinguimos los dos islotes que cierran la entrada de

su puerto y la hermosa montaña de dos cumbres que corona á Navarino. Allí fué donde el cañon de Europa gritó no ha mucho tiempo á la Grecia resucitada: la Grecia ha respondido mal; emancipada del poder de los turcos por el heroismo de sus hijos y por la asistencia de la Europa, ahora es víctima de sus propios furros: ha derramado la sangre de Capo de Istria, que habia consagrado su vida á su causa: el asesinato de uno de sus primeros ciudadanos abre mal una era de resurreccion y de virtud. Es doloroso que el pensamiento de un gran crimen sea uno de los primeros que asaltan el ánimo á la vista de aquel suelo, adonde se va á buscar imágenes de patriotismo y de gloria.

A medida que se acerca el buque al golfo de Modon, las costas del Peloponeso se destacan y se articulan, saliendo de la flotante niebla que las rodea. Aquellas orillas, de que los viajeros hablan con desprecio, me parecen, por el contrario, perfectamente dibujadas por la naturaleza, pues presentan grandes cortes de montañas y una graciosa ondulacion de líneas: trabajo me cuesta desprender de ellas mis ojos. La escena está vacía, pero llena de lo pasado; la memoria lo puebla todo. Ese grupo negrozco de collados, de cabos, de valles, que la vista abarca desde aquí en su conjunto, como una pequeña isla sobre el océano, y que no es mas que un punto en el mapa, ha pro-

ducido él solo mas ruido, mas gloria, mas esplendor, mas virtudes y mas crímenes que continentes enteros. Ese monton de islas y de montañas, de donde salian casi á la vez Milciades, Leónidas, Trasíbulo, Epaminondas, Demóstenes, Alcibiades, Pericles, Platon, Aristides, Sócrates, Fídias; ese suelo que devoraba los ejércitos de dos millones de hombres de Xerjes, que enviaba sus colonias á Bisanancio, á Asia, á Africa; que creaba ó renovaba las artes del espíritu y las de la mano, y las elevaba en siglo y medio á aquel punto de perfeccion en que llegan á ser tipos y no se pasa mas allá; aquel suelo, cuya historia es nuestra historia, cuyo Olimpo es todavía el cielo de nuestra imaginacion; aquel suelo de donde tendieron su vuelo la filosofia y la poesía hácia lo restante del globo, y adonde vuelven sin cesar, como criaturas á su cuna, ahí está! Cada nueva ola me impele hácia él: ya le toco. Su aparicion me conmueve profundamente, mucho ménos sin embargo de lo que me conmoveria si todos esos recuerdos no estuvieran ajados en mi pensamiento á fuerza de haber pasado y repasado por mi memoria ántes de que los comprendiese mi mente. La Grecia es para mí como un libro cuyas bellezas están desvirtuadas para nosotros, porque nos le hacen leer ántes de poder comprenderle.

No todo, empero, está desencantado; todavía queda para todos esos grandes nombres algun eco

en mi corazon: un no sé qué de dulce, de santo, de perfumado, sube con esos horizontes á mi alma, y doy gracias á Dios por haber visto en mi paso por la tierra, ese pais *de los hacedores de grandes cosas*, como llamaba Epaminondas á su patria.

Durante toda mi juventud he deseado hacer lo que hago, ver lo que veo: un deseo satisfecho en fin, es una felicidad. Siento á la vista de esos horizontes en que tantas veces he pensado, lo que toda mi vida he sentido con la posesion de todo lo que he deseado ardientemente,—un placer sereno y contemplativo que se replega en sí mismo; un reposo del espíritu y del alma que se paran un momento, que se dicen:—parémonos aquí y goce-mos; pero en el fondo esos placeres del espíritu y de la imaginacion son muy frios. No es esa la felicidad del alma; esta no reside mas que en el amor humano ó divino, siempre en el amor.

La misma fecha, por la tarde,

Navegamos deliciosamente con un viento favorable que nos impele entre el cabo Matapan y la isla de Cérigo.

Un pirata griego se acerca á nosotros mientras la fragata está á algunas leguas en alta mar, persiguiendo á un buque sospechoso. El bergantin griego no dista de nosotros mas que 120 brazas;

todos subimos à cubierta y nos preparamos al combate; se cargan los cañones, se cubre el puente de fusiles y pistolas. El capitán intima al comandante del bergantín griego que se retire; este, viendo veinticinco hombres bien armados en nuestro puente, se decide à no aventurar el abordage. Se aleja, vuelve segunda vez y casi toca à nuestro buque; vamos à hacer fuego, pero se retira, y por espacio de un cuarto de hora se queda à cosa de un tiro de pistola: asegura que es, como nosotros, un buque mercante que vuelve al Archipiélago. Observo su tripulación; en mi vida he visto caras en que el crimen, el asesinato y el pillage estuviesen escritos en caracteres mas horribles. Se ven quince ó veinte bandoleros, unos en traje albanès, otros con harapos de vestimentas europeas, sentados, tendidos ú ocupados à bordo en la faena: todos están armados de pistolas y de cuchillos, en cuyos mangos relucen cinceladuras de plata. Se ve una lumbrada sobre el puente, donde dos viejas están cociendo pescado; una muchacha de quince à diez y seis años aparece de cuando en cuando entre aquellas mugeres,—figura celestial, aparicion angélica en medio de aquellas fachas infernales. Una de las viejas la empuja muchas veces al entrepuente, adonde baja llorando; suscítase una quimera, à la cuenta por este motivo, entre algunos marineros. Veo desenvainar y blandir dos cuchillos; el capitán, que está fumando indolentemente su pipa reclinado so-

bre la barra del timon, se precipita entre los dos facinerosos y tira à uno al suelo; todo se sosiega; la muchacha griega sube à cubierta, enjuga sus ojos con las largas trenzas de su cabello y se sienta al pié del palo mayor. Una de las viejas se arrodilla detras de ella y peina la larga melena de la muchacha. El viento refresca: el pirata griego endereza el rumbo hácia Cérigo; en un momento se cubre de velas, y pronto no es mas que un punto blanco en el horizonte.

Nos ponemos en facha para aguardar la fragata, que dispara un cañonazo para avisarnos: al cabo de pocas horas, se reune con nosotros. El pirata griego, à quien perseguia, se le ha escapado, entrando en una de aquellas ensenadas inaccesibles de la costa, donde siempre se refugian en semejantes casos.

El mismo día, à las 11.

Siempre que una fuerte impresion conmueve mi alma, experimento la necesidad de decir, de escribir à alguno lo que siento, de hallar en alguna parte una repeticion de mi alegría, un eco de lo que me ha herido. El sentimiento aislado no es completo; el hombre ha sido creado doble.

¡Ah! cuando tiendo ahora la vista en derredor de

mí, encuentro ya mucho vacío. Julia y Mariana (1) lo llenan todo ellas solas, pero Julia es todavía tan niña que no le digo mas que lo que está al alcance de su edad. Ella es todo el porvenir, y pronto será todo el presente para nosotros; pero lo pasado ¿dónde está ya?

La persona que mas hubiera gozado con mi felicidad en este momento es mi madre: en todo lo que me sucede, favorable ó adverso, mi pensamiento se vuelve involuntariamente hácia ella. Creo oirla, verla, hablarle, escribirle. Una persona de quien uno se acuerda tanto, no está ausente; lo que vive tan completa, tan poderosamente en nosotros, no ha muerto para nosotros. ¡Siempre le reservo su parte, como miétras vivía, de todas mis impresiones, que tan pronto y tan enteramente se convertían en impresiones tuyas; que se embellecían, se coloraban, se inflamaban en su radiante imaginación, imaginación que siempre tuvo diez y seis años! La busco mentalmente en la modesta y piadosa soledad de Milly, donde nos crió á mí y á mis hermanas, donde pensaba en nosotros miétras que nos separaban las vicisitudes de mi juventud: la veo aguardando, recibiendo, leyendo, comentando mis cartas, saboreando mas que yo mismo mis impresiones. ¡Vano sueño! ya no está allí; ahora habita el mundo

(1) Madama de Lamartine.

de las realidades; nuestros sueños fugitivos no son ya nada para ella; pero su espíritu está con nosotros, nos visita, nos sigue, nos protege; *nuestra conversacion está con ella en las regiones eternas.*

Así he perdido ántes de la edad madura la mayor parte de los seres que he amado y que mas me han amado en este mundo. Mi vida amante se ha concentrado, mi corazón no tiene ya mas que algunos corazones para refugiarse; mis recuerdos no tienen ya mas que sepulturas donde posarse sobre la tierra; vivo mas con los muertos que con los vivos; si Dios descargase todavía dos ó tres de esos golpes en derredor de mí, conozco que me desprendería enteramente de mí mismo, porque no me contemplaría ya, no me amaría ya en los demas,—y solo en los demas me es posible amarme.

Cuando era muy jóven me amaba en mí; la infancia es egoísta. Eso era regular entonces, á diez y seis ó diez y ocho años, cuando todavía no me conocía, cuando todavía conocía ménos la vida; pero ahora he vivido demasiado, he conocido demasiado para apegarme á esta forma de existencia que se llama el *yo humano*. ¿Qué es un hombre, Dios mio? ¿Qué miseria es dar la menor importancia á lo que siento, á lo que pienso, á lo que escribo! ¿Qué lugar ocupó en las cosas? ¿Qué vacío dejaré en el mundo? Un vacío de algunos dias en uno ó dos corazones; un

puesto al sol; mi perro que me buscará; algunos árboles quehe amado y que se admirarán de no verme volver bajo su sombra,—¡y nada mas! Y luego todo eso pasará à su vez. No se empieza á sentir la vanidad de la ecsistencia sino desde el dia en que no es ya uno necesario á nadie, desde la hora en que ya no se puede ser querido: la única realidad de este mundo,—siempre me lo ha dicho el corazon—¡es el amor! el amor bajo todas sus formas.

7 de agosto, á las seis de la tarde.

Allí están las elevadas costas de la Laconia, á algunos tiros de cañon de nuestros ojos. Las seguimos impelidos por una fresca brisa, y parece que se deslizan magestuosamente delante de nosotros. Apoyado sobre el antepecho del buque, mis miradas estudian, para retenerlas en la memoria, esas formas clásicas de las montañas de Grecia, que se desarrollan tambien como olas de piedra y de tierra, se alzan, se bajan, se agrupan delante de mí como las nubes de la patria de su alma delante de la mente de Osian. Empleo una ó dos horas en pasar en silencio esa revista de las colinas y de los nombres sonoros de esa tierra muerta. Los montes Cromios, donde nace el Eurotas, lanzan á los aires sus redondeadas cumbres; el disco del sol descende sobre ellas y las hiere como cimborios

de cobre dorado; inflama en derredor de sí su lecho de nubes; aquellas cimas aparecen transparentes como el aire que las rodea, y del que cuesta trabajo distinguir las; juraria uno que ve al trasluz el resplandor de otro sol ya puesto, ó la inmensa reverberacion de un incendio lejano.

Una de esas montañas, entre otras, presenta á nuestros ojos la forma de una media luna volcada; parece que se hiende á medida para abrir un sulco aéreo al astro del dia que gira allí entre el polvo de oro del vapor que sube á él. Las crestas mas cercanas que el sol ha traspasado ya, se tiñen de púrpura amorotada ó de color de lila pálido, y nadan en una atmósfera tan rica como la paleta de un pintor; mas cerca de nosotros todavía, otras colinas, cubiertas ya de la sombra de la tarde, parecen vestidas de negras selvas; en fin, las que forman el primer plano, las que casi tocamos con la mano y cuyas faldas lava la espuma del mar, están sumergidas en tinieblas; la vista no distingue en ellas mas que algunas ensenadas donde se refugian los numerosos piratas de estas costas, y algunos promontorios que sostienen, como Napoli de Malvasia, ciudades ó fortalezas sobre su escarpada cima. Esa montañas, vistas así desde el puente de un buque, á esta hora en que la noche las rodea de sus mil ilusiones de color, son acaso las mas hermosas formas terrestres que ja-

mas han contemplado mis ojos; --y luego el buque flota tan blandamente inclinado como un balcon movedizo sobre el mar, que murmulla acariciando su quilla; el aire está tan tibio y perfumado; las velas espiden tan bellos sonos á cada bocanada de la brisa de la tarde! Casi todo lo que amo está aquí á mi lado, tranquilo, feliz, en seguridad, mirando, gozando conmigo. Julia y su madre están apoyadas junto á mí en los obenques. El rostro de la niña relumbra á todos los aspectos, á todos los nombres, á todos los hechos históricos que su madre le va refiriendo; sus ojos vagan con los nuestros sobre todas esas escenas cuyos maravillosos dramas le son ya conocidos! Hay génio en su mirada; en ella se ve el pensamiento profundo, vivo, caliente, rápido, de un alma que se abre como una flor bajo el alma ardiente y amante de su madre; parece que goza tanto como nosotros, y sobre todo porque nos ve interesados y contentos, porque el alma de esa niña vive de la nuestra; una lágrima se asoma á sus ojos si me ve triste y meditabundo; sus facciones son un reflejo simultáneo de las mías, y la sonrisa de todas nuestras alegrías no espera nunca una sonrisa semejante sobre sus labios. ¡Qué hermosa está así!

Muchas veces he visto, y bajo todos sus aspectos, las montañas de Roma y de la Sabinia; estas las sobrepujan en variedad de grupos, en magestad

de formas, en espléndido brillo de matices: sus líneas son infinitas: se necesitaría un tomo para decir lo que un cuadro diría en una sola mirada, pero para ser vistas en toda su belleza imaginaria, es preciso verlas así al declinar la tarde; entónces se las ve vestidas, como en su juventud, de bosques y verdes praderas, y de cabañas rústicas y de baños y pastores; las sombras las encapotan; no tienen otros vestidos, así como la historia de los hombres que las han ilustrado necesita las nubes de lo pasado y los prestigios de la distancia para cautivar y seducir nuestros pensamientos; nada debe verse á la plena luz del sol, á la claridad de lo presente; en este triste mundo nada es completamente bello mas que lo que es ideal; la ilusion en todas las cosas es un elemento de belleza, escepto en virtud y en amor.

La misma fecha, á las ocho de la noche.

El viento refresca; vogamos con un mar sereno delante de la embocadura de varios golfos: nos acercamos al cabo San Angelo, antiguo cabo Malia; pronto llegaremos á él.

8 de Agosto, por la mañana.

Nos ha faltado el viento: hemos pasado la noche sin avanzar, á corta distancia del cabo Malia.

La misma fecha, á las doce del día.

Una templada brisa nos echa hácia el cabo. La fragata que nos remolca abre delante de nosotros un camino liso y murmurante, por el que volamos sobre sus huellas entre copos de espuma que su quilla hace rebotar huyendo. El capitán Lyons, que conoce aquellas aguas, quiere hacernos disfrutar de la vista del cabo y de las tierras, pasando á cien toesas, cuando mas, de la costa.

En la estremidad del cabo San Angel ó Malia, que avanza mucho en el mar, empieza el estrecho paso que los marinos tímidos evitan, dejando la isla de Cérigo á su izquierda. Ese cabo es el cabo de las tempestades para los marineros griegos: solo los piratas arrostran sus peligros, porque saben que allí no los perseguirán. El viento cae de ese cabo con tanto peso é ímpetu sobre el mar, que muchas veces arroja piedras rodadas de la montaña hasta sobre el puente de los buques.

En la escarpada é inaccesible pendiente de la roca que forma el diente del cabo, diente aguzado por los huracanes y por la espuma de las olas, la casualidad ha suspendido tres peñascos desprendidos de la cima y parados en la mitad de su camino: allí se ven como un nido de aves marinas inclinado sobre el espumante abismo de los mares. Un poco de tierra rojiza, detenida también por aquellas tres desiguales peñas, da raíz á cinco ó seis higueras achaparradas, que penden con sus tortuosos ramos y sus anchas hojas grises sobre la estrepitosa sima que ruge girando á sus piés. El ojo no puede divisar ningún sendero, ninguna pendiente practicable por donde pueda llegarse á aquella aislada muestra de vegetación: sin embargo, se distingue una casita baja junto á las higueras, casa gris y sombría como la roca que le sirve de base y con la que se la confunde á primera vista. Encima del techo chato de la casita se alza un pequeño arco ovalado vacío, como encima de la puerta de los conventos de Italia; una campana pende de él; á la derecha se ven unas ruinas antiguas de ladrillos, en que están abiertos tres arcos, que conducen á un terrado que se estiende delante de la casa. Una águila hubiera temido labrar su nido en semejante sitio, sin un tronco de árbol, sin una mata para guarecerse del viento que ruge siempre, del eterno ruido del mar que se estrella en la peña, de su espuma, que lame sin cesar su pálida pared,

bajo un cielo siempre ardiente. ¡Pues bien! un hombre ha hecho lo que la misma ave hubiera osado apenas hacer; un hombre ha elegido ese asilo. Allí vive: nosotros le vimos; es un ermitaño. Doblábamos el cabo tan de cerca que distinguíamos su larga barba blanca, su báculo, su rosario, su capucha de fieltro pardo; semejante à la de los marineros en invierno. Hincóse de rodillas mientras pasábamos, vuelto de cara al mar, como si hubiera implorado el auxilio del cielo por unos estrangeros desconocidos en aquel peligroso paso. El viento, que se escapa con furor de las gargantas de la Laconia, apénas se ha doblado la roca del cabo, empezaba à resonar en nuestras velas, à cimbrar y hacer titubear los dos buques, y à cubrir el mar de espuma en cuanto alcanzaba la vista. Un nuevo mar se abrió delante de nosotros; el hermitaño subió, para seguirnos mas de léjos con la vista, sobre la cresta de una de las tres peñas, y allí le distinguimos de rodillas é inmóvil, mientras estuvimos à la vista del cabo.

¿Qué hombre es ese? Preciso es que tenga una alma muy bien templada para haber elegido esa horrible morada; preciso es que tenga un corazon y unos sentidos muy ávidos de fuertes y eternas sensaciones, para vivir en ese nido de buitre, solo, con el horizonte sin límites, los huracanes y los rugidos del mar: su único espectáculo es, de cuando, un buque pasa, los crugidos de los mástiles, la

rasgadura de las velas, el cañonazo de socorro, los clamores de los marineros sin esperanza.

Esas tres higueras, ese pequeño campo inaccesible, ese espectáculo de la lucha convulsiva de los elementos, esas impresiones ásperas, severas, meditativas en el alma, son uno de los sueños de mi infancia y de mi juventud. Por efecto de un instinto que el conocimiento de los hombres ha confirmado con el tiempo, nunca he colocado la ventura mas que en la soledad; solamente que, entónces colocaba en ella el amor, y ahora colocaria el amor, Dios y el pensamiento: ese desierto suspendido entre cielo y el mar, sacudido por el incesante choque de los vientos y de las olas, seria todavía uno de los encantos de mi corazon:—Esa es la actitud del ave de las montañas tocando todavía con el pié la aguda cima de la roca, y batiendo ya las alas para lanzarse mas arriba à las regiones de la luz. No hay ningun hombre bien organizado que no llegase à ser, en semejante morada, ó un santo, ó un gran poeta, uno y otro tal vez.... pero ¡qué recio sacudimiento de la vida no ha eido menester para darme à mí semejantes pensamientos y semejantes deseos! ¡Y para reducir à ese estado à otros hombres que veo en él! Dios lo sabe. Sea de esto lo que fuere, no puede ser un hombre vulgar el que ha sentido la delicia y la necesidad de asirse, como la pendiente enredadera, à las paredes de semejan-

te abismo, y mecerse en ellas durante toda una vida al estruendo de los elementos, á la terrible armonía de las tempestades, solo con su idea delante de la naturaleza y delante de Dios.

La misma fecha.

A algunas leguas del cabo, la mar aparece mas bella. Ligeras embarcaciones griegas, sin puente, y cubiertas de velas, pasan junto á nosotros en los profundos valles de las olas, llenas de mugeres y de niños que van á vender á Hydra canastillos de melones y de uvas. El menor soplo de viento las hace inclinarse sobre la mar hasta bañar en él sus velas. No tienen para defenderse de la marejada mas que un lienzo estirado que eleva algunos piés el bordo espuesto á las olas; muchas veces no las ocultan el agua y la espuma, y luego suben como un corcho flotando en el mar. ¡Qué vida! Esa es la vida de casi todos los griegos; su elemento es el mar; lo mismo juegan en él que el hijo de nuestras aldeas entre las malezas de nuestras montañas. El destino del pais esta escrito por la naturaleza; —es el mar.

La misma fecha.

Ahí estan las lejanas cimas de la isla de Creta que se alzan á nuestra derecha; allí el Ida, cubierto de nieves, que aparece como las altas velas de un buque en el mar.

Entramos en un espacioso golfo, que es el de Argos; navegamos viento en popa con la rapidez de una bandadade gaviotas; las rocas, las montañas, las las islas de las dos orillas huyen como sombrías nubes delante de nosotros. La noche cae, ya vemos el fondo del golfo, y eso que tiene diez leguas de profundidad; los mástiles de las tres escuadras fondeadas delante de Nauplia se dibujan como una selva de invierno sobre el fondo del cielo y de la llanura de Argos. Pronto es completa la oscuridad; brillan varias hogueras en las faldas de las montes y en los bosques, donde los pastores griegos guardan sus rebaños; los buques disparan el cañonazo de la noche. Vemos brillar sucesivamente todas las troneras de esos sesenta buques anclados como las calles de una gran ciudad iluminadas por sus faroles; entramos en ese laberinto de naves, y vamos á anclar, ya enteramente de noche cerrada, cerca de un castillejo que protege la rada de Nauplia enfrente de la ciudad y bajo la sombra del castillo de Palamida.

9 de agosto.

Me levanto con el sol para ver en fin de cerca el golfo de Argos, Nauplia, la capital actual de la Grecia. ¡Triste y completo desengaño! Nauplia es un miserable lugaron, construido en la orilla de un estrecho y profundo golfo, en una márgen de tierra rodeada de las altas montañas que cubren toda esta costa; las casas no tienen ningun carácter extranjero, y todas ofrecen la forma de las mas vulgares habitaciones de los lugares de Francia ó de Saboya. La mayor parte están derruidas, y las tapias derribadas por el cañon de la última guerra, yacen todavía tendidas en medio de los escombros. Dos ó tres casas nuevas, revocadas de colores chillones, se alzan sobre el muelle, y algunos cafés y tiendas de madera avanzan sobre cimientos de estacadas en el mar; esos cafés y esos balcones sobre el agua están cubiertos de algunos centenares de griegos vestidos al uso de su país, con mucha elegancia, pero muy sucios; están sentados, ó tendidos en las tablas ó en la arena, formando mil grupos pintorescos. Todas las fisonomías son hermosas, pero tristes y feroces; la carga de la ociosidad pesa en todas sus actitudes. La holgazanería de los napolitanos es dulce, serena y

alegre; es la indolente indiferencia de la felicidad; la holgazanería de los griegos es pesada, tétrica y sombría: es un vicio que se castiga á sí mismo. Apartamos los ojos de Nauplia, admiramos la hermosa fortaleza de Palamida, que reina sobre todo la montaña que domina la ciudad; las murallas almenadas se parecen á los dientes de un peñasco natural.

Pero ¿dónde está Argos? Una vasta llanura, estéril y desnuda, cortada por frecuentes pantanos, se extiende y se comba en el fondo del golfo, limitada por todos lados por cordilleras de montañas grises. Al fin de esa llanura, á cosa de dos leguas en el interior de las tierras, se ve un collado que sostiene algunas murallas fortificadas sobre su cima y que protege bajo su sombra una aldea arruinada: esa aldea es Argos. A su lado está el sepulcro de Agamenon. Pero ¿qué me importan Agamenon y su imperio? Esas anticuallas históricas y políticas han perdido el interes de la juventud y de la verdad. Quisiera ver solamente un valle de la Arcadia; prefiero un árbol, un manantial bajo una peña, una adelfa en la orilla de un rio, bajo el ojo derruido de un puente entapizado de parietaria, al monumento de uno de esos reinos clásicos que nada recuerdan ya á mi mente mas que el tedio que me han causado en mi niñez.

10 de agosto.

Hemos pasado dos dias en Nauplia: Julia me inquieta de nuevo, y me detengo todavía algunos dias para aguardar á que esté completamente restablecida; estamos en tierra en un cuarto de una mala posada, enfrente de un cuartel de tropas griegas. Los soldados pasan todo el dia tendidos á la sombra de las tapias arruinadas, en medio de las calles y de las plazas del pueblo; sus trages son lujosos y pintorescos; sus semblantes llevan el sello de la miseria, de la desesperacion y de todas las pasiones feroces que enciende y fomenta la guerra civil en esas almas incultas. La mas complea anarquía reina actualmente en la Morea; cada dia una faccion triunfa de otra, y continuamente oimos los tiros de los Kleftos, de los Colocotroni, que se baten al otro lado del golfo contra las tropas del gobierno. Cada correo que baja de la montaña trae la noticia del incendio de una ciudad, del saqueo de una llanura, de la matanza de una poblacion por uno de los partidos que despedazan su propia patria. No se puede salir de las puertas de Nauplia, sin esponerse al fuego de los insurgentes. El príncipe Karadja tiene la bondad de proponerme una escolta de sus palíkaros para

ir á visitar el sepulcro de Agamenon, y el general Corbet, que manda las tropas francesas, me hace el favor de ofrecerse á añadir á ella un destacamento de sus soldados; pero lo rehuso por no esponer, por una vana curiosidad, la vida de algunos hombres, cosa que nunca me perdonaria.

12 de agosto, 1832.

He asistido esta mañana á una sesion del parlamento griego. La sala es un sotechado de madera; las paredes y el techo son de tablas de pino mal unidas entre sí: los diputados están sentados en bancos al rededor de un terrado de arena, y hablan desde su asiento.

Nos sentamos, para verlos llegar, sobre un monton de piedras, á la puerta de la sala, y van llegando sucesivamente á caballo, acompañados cada cual de una escolta, mas ó ménos numerosa, segun su importancia personal. El diputado se apea de su caballo, y sus palíkaros, magníficamente armados, van á agruparse á alguna distancia en el pequeño llano que rodea la sala. Ese llano presenta la imagen de un campamento ó de una caravana.

La actitud de esos diputados es marcial y soberbia; hablan sin confusion, sin interrumpirse, con acento conmovido, pero firme, mesurado y armo-

nioso. No son esas ya aquellas fisonomías feroces que azustan en las calles de Nauplia; son los caudillos de un pueblo heróico, que todavía tienen en la mano su fusil ó el sable con que acaban de pelear por su independenciam, y que deliberan juntos sobre los medios de asegurar el triunfo de su libertad; el parlamento es un consejo de guerra.

No puede imaginarse nada mas sencillo y al mismo tiempo mas imponente que el espectáculo de esa nacion armada, deliberando de esa suerte sobre las ruinas de su patria bajo un techo de tablas alzado en campo raso, mientras los soldados acicalan sus armas á la puerta de ese senado, y relinchan los caballos impacientes por volver á sus montañas. Hay cabezas admirables por su hermosura y su espresion de inteligencia y de heroismo entre esos gefes: tales son las de los montañeses. Los griegos traficantes de las islas se reconocen fácilmente por sus facciones mas afeminadas y por la astuta espresion de sus fisonomías. El comercio y la ociosidad de sus ciudades han hecho desaparecer la nobleza y la energía de sus semblantes, para grabar en ellos el sello de la habilidad vulgar y de la astucia que los caracterizan.

18 de Agosto, 1832.

Hermosa funcion dada á su bordo por el almirante Hotham, que manda el apostadero inglés en la rada de Nauplia. Nos hace visitar su navío de tres puentes, *el San Vicente*, y hace ejecutar para nosotros el simulacro de un combate naval. Un navío montado por mil seiscientos hombres, y visto así en el momento del combate, es la obra maestra de la inteligencia humana.

El almirante es un sugeto escelente, cuya fisonomía y modales reunen aquella rara mezcla de la nobleza del antiguo guerrero y de la bondadosa dulzura del filósofo, carácter comun de las hermosas fisonomías de los hombres de la aristocracia inglesa. Nos propone uno de sus buques de guerra para acompañarnos hasta Esmirna: no lo admito, y reclamo la misma bondad del almirante Hugon, que manda la escuadra francesa. Este tiene la bondad de darnos el bergantin *el Genio*, mandado por el capitan Cuneo de Ornano, pero no nos escoltará mas que hasta Ródas.

Cómo en casa de M. Rouen, ministro de Francia en Grecia, empleo que yo debí ocupar en tiempo de la Restauracion. Me felicita de no haberle obtenido. M. Rouen, que ha pasado en Nauplia todos

los malos dias de la anarquía griega, suspira por salir de donde está; pero se consuela de la severidad de su destierro, acogiendo con suma bondad á sus paisanos, y representando con una finura y una cordialidad sin iguales, la alta proteccion de la Francia en un país que es preciso amar en su pasado y en su porvenir.

15 de Agosto, 1832.

No escribo nada; mi alma està marchita y triste como el horrible país que me rodea; riscos pelados, tierra rojiza ó negra, arbustos rastreros y empolvados, llanuras pantanosas donde el helado cierzo, aun en el mes de Agosto, silba sobre dilatados jarales, —y nada mas. Este suelo de Grecia no es mas que la mortaja de un pueblo; esto se parece á un antiguo sepulcro, despojado de sus huesos, y cuyas piedras mismas están dispersadas y ennegrecidas por los siglos. ¿Dónde está la hermosura de esa Grecia tan ponderada? ¿Dónde está su cielo dorado y trasparente? Todo aparece mustio y nebuloso como en un desfiladero de la Saboya ó de Auvernia en los últimos dias de otoño. La violencia del viento del Norte que penetra con estremitosas oleadas hasta el fondo del golfo en que estamos anclados, nos impide partir.

18 de Agosto, en el mar, fondeados delante de los jardines de Hydra.

En fin, partimos anoche con una buena brisa de Sudeste, dormimos en nuestras hamacas. A las 7 estamos fuera del golfo; el mar está hermoso y hierre armoniosamente las paredes del bergantin. Estamos en el canal que se prolonga entre la tierra firme y la isla de Hydra y Sepezzia.

Hácia medio dia, nos echa el viento á la costa del continente enfrente de Hydra. Terribles vendabales que parten de todos los puntos del compas, hacen peligrosa la faena. Se nos rasgan las velas, y estamos á pique de que se nos rompan los mástiles; por espacio de tres horas luchamos sin tregua contra furiosos huracanes; los marineros están rendidos de cansancio; el capitan parece inquieto por la suerte del buque; en fin, consigue llegar al abrigo de una costa elevada y á un fondeadero conocido de los marinos, enfrente de una graciosa colina llamada los jardines de Hydra, donde echamos el ancla á una milla de la playa y no lejos del bergantin de guerra *el Genio*, que ha seguido el mismo rumbo.

Dia de descanso en un mar siempre agitado, y bajo los vendabales que silban en nuestros mástiles:

los malos dias de la anarquía griega, suspira por salir de donde está; pero se consuela de la severidad de su destierro, acogiendo con suma bondad á sus paisanos, y representando con una finura y una cordialidad sin iguales, la alta proteccion de la Francia en un país que es preciso amar en su pasado y en su porvenir.

15 de Agosto, 1832.

No escribo nada; mi alma està marchita y triste como el horrible país que me rodea; riscos pelados, tierra rojiza ó negra, arbustos rastreros y empolvados, llanuras pantanosas donde el helado cierzo, aun en el mes de Agosto, silba sobre dilatados jarales, —y nada mas. Este suelo de Grecia no es mas que la mortaja de un pueblo; esto se parece á un antiguo sepulcro, despojado de sus huesos, y cuyas piedras mismas están dispersadas y ennegrecidas por los siglos. ¿Dónde está la hermosura de esa Grecia tan ponderada? ¿Dónde está su cielo dorado y trasparente? Todo aparece mustio y nebuloso como en un desfiladero de la Saboya ó de Auvernia en los últimos dias de otoño. La violencia del viento del Norte que penetra con estremitosas oleadas hasta el fondo del golfo en que estamos anclados, nos impide partir.

18 de Agosto, en el mar, fondeados delante de los jardines de Hydra.

En fin, partimos anoche con una buena brisa de Sudeste, dormimos en nuestras hamacas. A las 7 estamos fuera del golfo; el mar está hermoso y hierre armoniosamente las paredes del bergantin. Estamos en el canal que se prolonga entre la tierra firme y la isla de Hydra y Sepezzia.

Hácia medio dia, nos echa el viento á la costa del continente enfrente de Hydra. Terribles vendabales que parten de todos los puntos del compas, hacen peligrosa la faena. Se nos rasgan las velas, y estamos á pique de que se nos rompan los mástiles; por espacio de tres horas luchamos sin tregua contra furiosos huracanes; los marineros están rendidos de cansancio; el capitan parece inquieto por la suerte del buque; en fin, consigue llegar al abrigo de una costa elevada y á un fondeadero conocido de los marinos, enfrente de una graciosa colina llamada los jardines de Hydra, donde echamos el ancla á una milla de la playa y no lejos del bergantin de guerra *el Genio*, que ha seguido el mismo rumbo.

Dia de descanso en un mar siempre agitado, y bajo los vendabales que silban en nuestros mástiles:

—bajamos á la costa, que es el mas hermoso punto que hemos visitado hasta ahora en Grecia. Altas montañas dominan el pais; todavía ofrecen algunas capas de tierra, algunos prados de un verde pálido en sus cóncavas laderas;—bajan blandamente y esconden su pié en algunos bosques de olivos; mas lejos se extienden en suave declive hasta el canal de Hydra que corre à su pié, como un ancho rio mas bien que como un mar. Allí descansa la vista sobre una ó dos quintas rodeadas de jardines ó huertos; se ven tierras cultivadas, grupos de castaños y encinas verdes, rebaños, algunos aldeanos griegos que labran la tierra; soltamos nuestros perros y cazamos todo el dia en la montaña, no sin fruto.

La ciudad de Hydra, que cubre toda la pequeña isla de este nombre, brilla al otro lado del canal, blanca, resplandeciente, tersa como un peñasco tajado de ayer. Esta isla no ofrece una pulgada de tierra à la vista; todo es piedra; la ciudad lo cubre todo; las casas se alzan perpendicularmente unas sobre otras, refugio de la libertad del comercio, de la opulencia de los griegos durante el dominio de los turcos. Se puede medir la civilizacion creciente ó decreciente de una nacion por los aspectos de sus ciudades y de sus aldeas; cuando la seguridad y la independencia aumentan, las ciudades bajan de las montañas á las llanuras; cuando renacen la anarquía y la tiranía, vuelven à subir á los montes ó se

refugian sobre los riscos del mar. En la edad media, en Italia, en el Rhin, en Francia, las ciudades eran nidos de águila en las puntas de inaccesibles rocas.

La misma fecha.

La noche està serena. Pasamos una tarde deliciosa sobre cubierta. Mañana saldremos si no sopla el cierzo con la misma violencia que hoy.

19 de Agosto 1832, en alta mar.

Hemos levantado el ancla á las tres de la madrugada. Un viento regular nos ha dejado acercarnos á la punta del continente que se avanza en el mar de Aténas; pero allí nos ha acometido una nueva tempestad, mas violenta todavía que la de la víspera, y hemos estado separados un momento de los dos buques que navegaban de conserva con nosotros. El mar se puso terrible; rodabamos de un abismo à otro; las vergas entraban en el agua y la espuma bañaba el puente. El capitan se obstina en doblar el cabo, y lo consigue al fin de muchas horas de impotentes faenas; ya estamos en alta mar, pero el viento es tan recio, que el bergantín deriva considerablemente; tenemos que endere-

—bajamos á la costa, que es el mas hermoso punto que hemos visitado hasta ahora en Grecia. Altas montañas dominan el pais; todavía ofrecen algunas capas de tierra, algunos prados de un verde pálido en sus cóncavas laderas;—bajan blandamente y esconden su pié en algunos bosques de olivos; mas lejos se extienden en suave declive hasta el canal de Hydra que corre à su pié, como un ancho rio mas bien que como un mar. Allí descansa la vista sobre una ó dos quintas rodeadas de jardines ó huertos; se ven tierras cultivadas, grupos de castaños y encinas verdes, rebaños, algunos aldeanos griegos que labran la tierra; soltamos nuestros perros y cazamos todo el dia en la montaña, no sin fruto.

La ciudad de Hydra, que cubre toda la pequeña isla de este nombre, brilla al otro lado del canal, blanca, resplandeciente, tersa como un peñasco tajado de ayer. Esta isla no ofrece una pulgada de tierra à la vista; todo es piedra; la ciudad lo cubre todo; las casas se alzan perpendicularmente unas sobre otras, refugio de la libertad del comercio, de la opulencia de los griegos durante el dominio de los turcos. Se puede medir la civilizacion creciente ó decreciente de una nacion por los aspectos de sus ciudades y de sus aldeas; cuando la seguridad y la independencia aumentan, las ciudades bajan de las montañas á las llanuras; cuando renacen la anarquía y la tiranía, vuelven à subir á los montes ó se

refugian sobre los riscos del mar. En la edad media, en Italia, en el Rhin, en Francia, las ciudades eran nidos de águila en las puntas de inaccesibles rocas.

La misma fecha.

La noche està serena. Pasamos una tarde deliciosa sobre cubierta. Mañana saldremos si no sopla el cierzo con la misma violencia que hoy.

19 de Agosto 1832, en alta mar.

Hemos levantado el ancla á las tres de la madrugada. Un viento regular nos ha dejado acercarnos á la punta del continente que se avanza en el mar de Aténas; pero allí nos ha acometido una nueva tempestad, mas violenta todavía que la de la víspera, y hemos estado separados un momento de los dos buques que navegaban de conserva con nosotros. El mar se puso terrible; rodabamos de un abismo à otro; las vergas entraban en el agua y la espuma bañaba el puente. El capitan se obstina en doblar el cabo, y lo consigue al fin de muchas horas de impotentes faenas; ya estamos en alta mar, pero el viento es tan recio, que el bergantín deriva considerablemente; tenemos que endere-

zar la proa hácia las montañas que se dibujan al otro lado del mar de Aténas. Andamos diez millas en una nube de polvo húmedo y bajo los copos de espuma que saltan de la proa y de los dos costados del buque. De cuando en cuando el horizonte se despeja y nos deja vislumbrar el cabo Colona, que ya blanquea delante de nosotros. Esperamos llegar á la noche á fondear al pié de aquellas columnas, y á saludar la memoria del digno Platon, que iba á meditar dos mil años ántes que nosotros sobre ese mismo promontorio de *Sunio*. Mis miradas no se apartan de las montañas de Aténas, de donde nos rechaza la tempestad; en fin, al declinar el sol, el viento cede, y damos una abordada sobre la isla de Egina: caemos casi en calma al abrigo de la isla y de la costa del continente, y entramos al anochecer en otro golfo formado por la isla y por las hermosas márgenes de Corinto. La mar está como un espejo, y nos parece que navegamos sobre un rio sin olas, cuya insensible corriente nos lleva al fondeadero. Echamos el ancla en el momento en que la noche cae en un inmenso y encantado lago, que rodean sombrías montañas, y donde la luna que se alza del horizonte hiere con su blanca luz el Acrópolis de Corinto y las columnas del templo de Egina. Estamos á algunos centenares de pasos de la isla, enfrente de unos jardines sombreados por hermosos plátanos: algunas casas blancas bri-

llan en medio de la verdura.—Descanso y cena tranquilos sobre cubierta despues de un dia de afanes y de peligros;—vida de los viajeros y del hombre sobre la tierra.

A nuestra derecha, la isla de Egina, suavizando sus negras y rápidas vertientes, estiende sobre un golfo una lengua de tierra sembrada de algunos cipreses, de vides y de higueras: la ciudad la termina; su situacion es ménos singular que la de las pocas ciudades griegas que hemos visto hasta ahora: el gimnasio elevado por Capo de Istria blanquea en medio:—su museo,—no voy á verle...estoy harto de museos,—cementerio de las artes;—los fragmentos desprendidos de su puesto, de su destino y del conjunto, son cuerpos muertos; polvo de mármol que ya no tiene vida.—Bajo solo á tierra y paso dos horas deliciosas en un jardin de cipreses y naranjos perteneciente á Georgio-Bey, de Hydra. A las diez vuelvo al buque; al bajar la escalera, hallo la mitad del puente literalmente cubierta de sandias y de melones, de inmensos canastos llenos de uvas de todas formas y de todos colores, de las cuales hay racimos que pesan de tres á cuatro libras, de higos del Atica, y de todas las flores que pueden dar la estacion y el clima. Me dicen que es un regalo del gobernador de Egina, Nicolas Scuffo, que habiendo sabido la víspera por mi piloto griego, mi paso por el golfo, ha ido

á visitarme en una barca llena de frutas y flores; ha reconocido en mi nombre el de un amigo de la Grecia, y me ha traído la primera prenda de aquella prosperidad que tantos corazones generosos han deseado para ella! Ha anunciado que volvería al anochecer. Pido un bote al capitán Cuneo de Ornano y voy á Egina á dar las gracias al gobernador; le encuentro en el mar y volvemos juntos á bordo. Es persona muy apreciable, de excelente conversacion; hablamos de la Grecia, de su estado futuro y de su crisis presente; veo con dolor que el sentimiento religioso está apagado en Grecia: el clero ignorante es despreciado; el espíritu mercantil no tiene bastante virtud para resucitar á un pueblo. . . . Tiemblo por este; á la primera crisis europea se descompondrá de nuevo. Sucede aquí lo mismo que en Italia; hay los hombres mas inteligentes y mas valerosos; hombres, individualidades brillantes, pero sin un lazo comun:—¡hay griegos y no hay nacion!

Salimos de Egina el 18 al medio día y vemos al sol apagarse en el valle dorado que se abre bajo el istmo de Corinto, entre el Acro-Corinto y las montañas del Atica; inflama toda esta parte del cielo, y aquí es donde por primera vez hallamos aquel esplendor del firmamento que comunica su encanto y su gloria al Oriente. Salamina, tumba de la armada de Xerjes, está á pocos pasos delante de nosotros; costa gris, tierra negruzca, sin mas

atractivo que su nombre:—su batalla naval y la memoria de Temístocles, hacen al marino saludarla con respeto. Las montañas del Atica alzan sus negras cimas encima de Salamina; y á la derecha, sobre una de las menguantes cumbres de Egina, el templo de Júpiter Panhelio, dorado por los últimos rayos del día, se alza sobre aquella escena, una de las mas hermosas de la naturaleza histórica, y derrama su religioso recuerdo sobre aquella memoria de los sitios y de los tiempos; el pensamiento religioso de la humanidad se mezcla á todo y lo consagra todo; pero la religion de los griegos, religion del entendimiento y de la imaginacion, y no del corazon, no produce en mí la menor impresion; se sabe que aquellos dioses del pueblo no eran mas que el capricho de la poesía y del arte, dioses fingidos y soñados;—nada grave hay en ella, nada real, nada sacado de las profundidades de la naturaleza y del alma humana, ántes de Sócrates y Platon! ¡Allí empieza la religion de la razon! Luego viene el cristianismo que recibió de su Divino fundador el secreto y la clave del destino humano! . . . Los siglos de barbarie que tuvo que cruzar para llegar á nosotros, le han alterado y desfigurado muchas veces; pero si hubiera caído sobre Platones y Pitágoras ¿adónde no habriamos llegado?—Pero llegaremos, gracias á él, por él, con él.

Renace la calma, y nadamos seis horas sin mo-

vimiento por las transparentes aguas y en los colorados vapores del mar de Aténas. El Acrópolis y el Partenon, semejantes á un altar, se alzan á tres leguas delante de nosotros, desprendidos del monte Penfólico, del monte Himeto y del monte Anquesmo:—en efecto, Aténas es un altar á los dioses, el mas hermoso pedestal en que han podido los siglos pasados colocar la estatua de la humanidad! En el dia su aspecto es sombrío, triste, negro, árido, desolado; un peso sobre el corazon: nada vivo, verde, gracioso, animado; naturaleza agotada que Dios solo podria vivificar: la libertad no bastará á conseguirlo:—para el poeta y para el pintor, está escrito sobre esas montañas estériles, sobre esos cabos coronados de templos derruidos, sobre esos arenales pantanosos ó pedregosos, á quienes ya no quedan mas que nombres sonoros, está escrito: “Se acabó.”—Suelo apocalíptico que parece herido por alguna maldición divina, por alguna gran palabra de un profeta; Jerusalen de las naciones, donde ni aun queda un sepulcro! Tal es la impresion que producen Aténas y todas las orillas del Atica, de las islas y del Peloponeso.

Llegamos al Pireo á las ocho de la mañana el 19 de Agosto, y echamos el ancla. Tomamos en la playa caballos y un borrico, al que hago poner una silla de muger para Julia, y echamos á andar. Por espacio de media legua, el terreno,

aunque de buena calidad, está enteramente inculto y pelado; los turcos, durante la guerra, destruyeron todo el bosque de olivos que se estendia hasta el mar, y del que solo subsisten algunos troncos negros; luego entramos en el bosque de olivos y de higueras que rodea el grupo de las colinas de Aténas, como una verde faja.—Seguimos los cimientos, evidentes todavía, de la larga muralla, construida por Temístocles, que unia la ciudad al Pireo.—Algunas fuentes turcas, en forma de pozos, rodeados de pilones rústicos, de piedra sin labrar, se ven de trecho en trecho.—Varios labradores griegos y algunos soldados turcos están tendidos junto á las fuentes y se dan recíprocamente á beber.—En fin, pasamos bajo las altas murallas y las negras rocas que sirven de pedestal al Partenon, el cual no nos parece que se agranda, sino que se achica á medida que nos acercamos á él.—El efecto de ese edificio, el mas bello que la mano del hombre ha erigido sobre la tierra, en opinion de todos los siglos, no corresponde en nada á lo que de él se espera, visto así; y las pomposas palabras de los viajeros, pintores ó poetas, se le caen á uno tristemente sobre el corazon cuando ve esa realidad tan diferente de sus imágenes.

No parece que le han dorado los rayos petrificados del sol de Grecia; no se lanza en los aires como una isla aérea que sostiene un monumento di-

vino; no brilla de léjos sobre el mar y sobre las tierras como un faro que dice: ¡Aquí está Aténas! ¡Aquí el hombre ha echado el resto de su ingenio y desafiado á los siglos!—No, nada de todo eso.—Ve uno alzarse sobre su cabeza algunas tapias viejas y negruzcas, señaladas con manchas blancas. Esas manchas son mármol, restos de los monumentos que coronaban ya el Acrópolis, antes de su restauracion por Pericles y Fidias. Esas tapias, flanqueadas de trecho en trecho por otras tapias que las sostienen, están coronadas por una torre cuadrada bizantina y por almenas venecianas, y circundan un alto cerro que contenia casi todos los monumentos sagrados de la ciudad de Teseo. En el extremo de este cerro, del lado del mar Egeo, se presenta el Partenon ó el templo de Minerva, vírgen que salió de la cabeza de Júpiter.—Este templo, cuyas columnas son negruzcas, está salpicado de manchas blancas,—cicatrices de las balas turcas ó del martillo de los iconoclastas.—Su forma es un cuadrilongo; parece demasiado bajo y pequeño para su situacion monumental, no dice por sí mismo:—Yo soy, soy el Partenon, no puedo ser otra cosa.—Tiene uno que preguntárselo á su guía, y cuando ha respondido, todavía duda uno; mas adelante, al pié del Acrópolis, pasa uno por debajo de una puerta oscura y baja, junto á la cual están tendidos algunos turcos desarrapados al lado de sus ricas y hermosas armas, y se halla uno en Aténas.

—El primer monumento digno de atencion, es el templo de Júpiter Olimpico, cuyas magníficas columnas se alzan solas sobre una plaza desierta y desnuda, á la derecha de lo que fué ántes Aténas, digno pórtico de la ciudad ruinosa! A algunos pasos de allí entramos en la ciudad, es decir, en un intricado laberinto de senderos estrechos y sembrados de tapias desmoronadas, de tejas rotas, de piedras y de mármoles hacinados; unas veces bajando al patio de una casa arruinada, otras subiendo la escalera y aun al tejado de otra; entre aquellas paredes chicas, blancas, vulgares, se ven algunas miserables y súcias viviendas en que están metidas y como enterradas algunas familias de labradores griegos.—Aquí y allí, algunas mugeres notables por los ojos negros y la graciosa boca de las atenienses, salian al ruido de las pisadas de nuestros caballos á los dinteles de sus puertas, se nos sonreian con bondad y asombro y nos enviaban el gracioso saludo del Atica:—“¡Bien venidos, señores estrrangeros, á Aténas!” Llegamos, al cabo de un cuarto de hora de camino, siempre por entre las mismas eseenas de desolacion y los mismos montones de paredones y techos derruidos, á la modesta habitacion de M. Gaspari, agente del consulado de Grecia en Aténas, á quien por la mañana habia yo enviado la carta que me recomendaba á su bondad,—carta inútil por cierto, pues la bondad es el carácter distintivo de casi todos nuestros agentes en

países extranjeros. M. Gaspari nos recibió como á amigos desconocidos, y miéntras enviaba á su hijo á buscar una casa para nosotros entre las ruinas del pueblo, una de sus hijas, ateniense linda y graciosa, imágen de aquella hermosura hereditaria de las mugeres de su patria, nos servia con agasajo y modestia zumo de naranja helado en vasos de barro poroso, de formas antiguas. Despues de haber refrescado y descansado un momento en aquel humilde asilo de una sencilla y cordial hospitalidad, que le es á uno tan dulce encontrar bajo un cielo ardiente, á ochocientas leguas de su patria, despues de un dia de tempestad, de sol y de polvo, M. Gaspari nos condujo á la otra parte de la ciudad, atravesando las mismas ruinas, hasta una casa blanca y aseada, donde un italiano, el señor***, ha establecido una posada. Varios cuartos, blanqueados con cal* y decentemente amueblados, un patio refrescado por una fuente y un poco de sombra, al pié de la escalera una hermosa leona de mármol blanco, frutas y verduras en abundancia, miel del Hymeto, calumniada por M. de Chateaubriand, criados griegos que entienden el italiano, listos é inteligentes; todo esto tenia doble valor para nosotros, en medio de la desolacion y de la absoluta desnudez de Aténas.

No se hallaria mejor posada en un camino de Italia, de Inglaterra ó de Suiza. ¡Ojalá se sostenga y prospere esta, para consuelo y bienestar de

los futuros viageros! Pero por desgracia, cuarenta y ocho dias hacia que ningun extranjero cruzaba sus umbrales ni turbaba su silencio.

Por la tarde M. Gropius tiene la suma bondad de ponerse á nuestra disposicion para enseñarnos y comentarnos las bellezas de Aténas. No ménos felices que M. Chateaubriand, conducido entre las ruinas de Aténas por M. Fauvel, nosotros tuvimos en M. Gropius un segundo Fauvel, que se ha hecho ateniense hace treinta y dos años, y que construye, como su maestro, la morada de su ancianidad entre estas reliquias de una ciudad donde ha pasado su juventud, y á la que ayuda, en cuanto puede, á salir por centésima vez de entre su poético polvo.—Cónsul de Austria en Grecia, hombre de erudicion y de talento, M. Gropius une al mas concienzudo y profundo conocimiento de la antigüedad aquel carácter de candor y gracia inofensiva que es el tipo de los verdaderos y dignos hijos de la Alemania sàbia. Injustamente atacado por lord Byron en sus mordaces notas sobre Aténas, M. Gropius no pagaba ofensa con ofensa á la memoria de gran poeta; solo sentia que hubiese arrastrado su nombre de edicion en edicion, y entregádole al rencor de los fanáticos ignorantes de la antigüedad; pero no ha querido justificarse, y cuando ha estado uno en los sitios, y ha sido testigo de los constantes esfuerzos que hace este hombre ilustre para restituir una palabra á una inscripcion,

un fragmento estraviado á una estatua, ó una forma y una fecha á un monumento, de antemano está uno seguro de que M. Gropius jamas ha profanado lo que adora, ni hecho un tráfico vil del mas noble y desinteresado de los estudios; el estudio de las antigüedades.

Con un hombre así los dias valen por años para el viagero ignorante como yo.—Supliquéle que pasase por alto todas las antigüedades dudosas, todas las celebridades de convencion, todas las bellezas sistemáticas: aborrezco la mentira y el esfuerzo en todo, pero especialmente en admiracion: no quiero ver mas que lo que Dios ó el hombre han hecho bello; la belleza presente, real, palpable, que habla á los ojos y al alma, y no la belleza de sitio y de época;—la belleza histórica ó crítica quédese para los sabios.—Nosotros, poetas, necesitamos una belleza evidente y sensible;—no somos seres de abstraccion, sino hombres de naturaleza y de instinto:—así he recorrido varias veces la ciudad y los campos de Roma; así he visitado los mares y las montañas; así he leído á los filósofos, á los historiadores y á los poetas; así he visitado á Atenas.

Hacia una tarde hermosísima: el sol abrasador declinaba ahogado en una bruma morada sobre la negra y angosta barra que forma el istmo de Corinto, y heria con sus últimos destellos luminosos las almenas del Acrópolis, que se redondean, como la

media naranja de una torre, sobre el ancho y ondeante valle donde duerme silenciosa la sombra de Atenas. Salimos por senderos sin nombre y sin huellas, atravesando á cada instante brechas de tapias, de huertas ó casas sin techos, ó escombros amontonados sobre el polvo blanco de la tierra de Atica; á medida que bajábamos hácia el fondo del desierto y profundo valle á que dan sombra el templo de Teseo, el Pnix, el Areópago y la colina de las Ninfas, descubrimos una mas vasta estension de la ciudad moderna, que se desplegaba á nuestra izquierda, semejante en todo á lo que ántes habíamos visto.—Confuso, vasto, desordenado, triste hacinamiento de casas derruidas, de paredones en pié, de techos desmoronados, de huertos y de patios saqueados, de rimeros de piedras amontonadas estorbando el paso y rodando bajo los piés; todo esto de color de ruinas recientes,—de ese color gris, frio, pálido, sin consistencia, que no tiene siquiera para la vista la santidad del tiempo ni la gracia de las ruinas.—Ninguna vegetacion, salvo tres ó cuatro palmas semejantes á minerales turcos en pié sobre la ciudad destruida; aquí y allí algunas casas de formas vulgares y modernas; recientemente construídas por algunos europeos ó algunos griegos de Constantinopla.—Casas de nuestros lugares de Francia y de Inglaterra, tejados elevados sin gracia, ventanas numerosas y estrechas;—ausencia de azoteas, de líneas arquitect-

tónicas, de decoraciones:—posadas para la vida, construidas con la prevision de una nueva destruccion;—pero nada de aquellos palacios que un pueblo civilizado alza con confianza para sí y para las generaciones venideras.—En medio de todo ese caos, algunas tapias de estadio, pero raras, algunas columnas negruzcas del Arco de Adriano ó de Lazora, el cimborio de la torre de los Vientos ó de la Linterna de Diógenes, llaman la vista y no la paran.—Delante de nosotros se agrandaba y se desprendia del cerro gris donde tiene asiento, el templo de Teseo, aislado, descubierto por todas partes, en pié todo entero sobre su pedestal de peñascos:—aquel templo, el mas bello segun la ciencia, despues del Partenon, de cuantos erigió la Grecia á sus dioses ó á sus héroes.

A medida que me acercaba, convencido por la lectura de la belleza del monumento, me admiraba de sentirme frio y estéril: mi corazon queria comoverse, mis ojos querian admirar;—¡nada!—Solo sentia lo que se siente á la vista de una obra sin defectos, un placer negativo,—pero no una impresion real y vehemente, una delicia nueva, poderosa, involuntaria.—Ese templo es demasiado pequeño; es un verdadero juguete del arte! No es un monumento para los dioses, para los hombres, para los siglos. Solo tuve un momento de éxtasis, y fué euando sentado en el ángulo occidental

del templo, en sus últimos escalones, mis miradas abarcaron á la vez, con la magnífica armonía de sus formas y la magestuosa elegancia de sus columnas, el espacio vacío y mas sombrío de su pórtico, y en su friso interior los admirables bajo-relieves de los combates de los Centauros y de los Lapitas; y encima, por la abertura del centro, el cielo azul y resplandeciente, derramando su mística y serena luz sobre las cornisas y las formas salientes de los bajo-relieves, que entónces parecian vivir y moverse. Solo los grandes artistas en todos géneros tienen ese don de vida,—¡ay! ¡a sus espensas!—En el Partenon no quedan ya mas que dos figuras, Marte y Venus, medio aplastadas por dos enormes fragmentos que han resbalado sobre sus cabezas; pero esas dos figuras valen para mí, en escultura, mas que todo lo que he visto en mi vida: viven como jamas han vivido el lienzo ó el mármol.—Sufre uno del peso que las oprime; quisiera uno aligerar sus miembros, que parece que se doblegan y se esfuerzan bajo aquella mole; se conoce que el cincel de Fidias temblaba, ardia en su mano cuando esas sublimes figuras nacian bajo sus dedos.—Se conoce,—y no es una ilusion, sino la verdad, ~~verd~~ dolorosa!—que el artista infundia su propia individualidad, su propia sangre, en las formas, en las venas de los seres que creaba, y que lo que se ve palpitar en esas formas vivas, en esos miembros prontos á moverse, en

esos labios prontos á hablar, es una parte de su vida.

No, el templo de Teseo no es digno de su fama; no vive como monumento, no dice nada de lo que debe decir; hay en él belleza sin duda, pero belleza fria y muerta, de la cual solo el artista debe levantar la mortaja y sacudir el polvo; yo por mí la admiro y me voy sin ningun deseo de volverla á ver. Las hermosas piedras de la columnata del Vaticano, las magestuosas y colosales sombras de San Pedro de Roma jamas me han dejado salir sin sentimiento, sin esperanza de volverlas á ver.

Mas arriba subiendo una negra colina cubierta de cardos y de gujarros rojizos, se llega al Pnyx, teatro de las asambleas borrascosas del pueblo de Aténas y de las inconstantes ovaciones de sus oradores y de sus favoritos.—Enormes pedazos de piedra negra, algunos de los cuales tienen hasta doce ó trece piés cúbicos, descansan unos encima de otros, y sostenian el terrado donde se reunia el pueblo. Mas arriba aún, y hasta una distancia como de á cincuenta pasos, se ve un enorme peñon cuadrado en el que están labrados unos escalones que sin duda servian al orador para subir á aquella tribuna que señoreaba el pueblo, la ciudad y el mar: esto no tiene ningun carácter de la elegancia del pueblo de Pericles.—Parece cosa de Roma:—los recuerdos que esto ofrece son bellos.—Desde aquí hablaba

Demóstenes, y agitaba ó serenaba á esa mar popular, mas tempestuosa que el mar Egeo, al que tambien podia oír bramar á sus espaldas. Sentéme allí solo y pensativo y allí me estuve hasta mas del anochecer, reanimando sin esfuerzos toda aquella historia, la mas hermosa, la mas bella, la mas palpitante de todas las historias de hombres que han manejado la espada ó la palabra. ¡Qué tiempo aquel para el genio! ¡y qué de genio, de grandeza, de sabiduría, de luz, y aun de virtud, (porque por entónces murió Sócrates) para aquel tiempo! Este momento se le parece, en Europa, y sobre todo en Francia, la Aténas vulgar de los tiempos modernos.... ¡Pero solo la flor de Francia y de Europa es Aténas; la masa es bárbara todavía! Supongámos á Demóstenes hablando su lengua ardiente, sonora, colorada, á una reunion popular de nuestras ciudades actuales; ¿quién lo comprenderia (1)?—La desigualdad de la educacion y de las luces el grande obstáculo á nuestra civilizacion comple-

(1) Aquí el pensamiento del autor está claro; pero la prisa y el desaliño con que redactó estos apuntes, le hacen decir literalmente una simpleza. Es evidente que si Demóstenes resucitara y se pusiera á hablar griego en las calles de Paris, solo le entenderian tal cual sábio helenista. Lo que quiso y debió decir el autor es, que un orador moderno, con las mismas dotes que Demóstenes, no seria tan comprendido por sus compatriotas, como lo era por los suyos el célebre orador griego.

ta moderna. ¡El pueblo es señor, pero no es capaz de serlo; esta es la razón porque destruye en todas partes, y no hace en ninguna nada bello, duradero, magestuoso! Todos los atenienses comprendían á Demóstenes, sabían su lengua, juzgaban bien su legislación y sus artes.—Era un pueblo de hombres escogidos; tenía las pasiones del pueblo, sin tener su ignorancia, cometía crímenes y no hacía majaderías.—En el día no es así, y he aquí por qué la democracia, necesaria en derecho, parece imposible en la realidad en las grandes poblaciones modernas. El tiempo solo puede hacer á los pueblos capaces de gobernarse por sí mismos. Su educación se hace por medio de las revoluciones.

La suerte del orador, como Demóstenes ó Mirabeau, los dos únicos hombres dignos de este nombre, es mas seductora que la del filósofo ó el poeta; el orador participa á la vez de la gloria del escritor y del poder de las masas sobre los cuales obra;—es el filósofo-rey, si es filósofo; pero su terrible arma, el pueblo, se rompe entre sus manos, le hiere y le mata;—y luego lo que hace, lo que dice, lo que agita en la humanidad, pasiones, principios, intereses pasajeros, no es duradero, no es eterno por su naturaleza;—el poeta por el contrario, y entiendo por poeta á todo el que crea ideas en bronce, en piedra, en prosa, en palabras ó en ritmos; el poeta no agita mas que lo que es imperecedero en la naturaleza y en el corazón humano:—los tiempos pa-

san, las lenguas se desgastan, pero él vive siempre todo entero, siempre *tan él*, tan grande, tan nuevo, tan poderoso, sobre el alma de sus lectores: su suerte es ménos humana, pero mas divina! Es superior al orador.

Lo hermoso, lo grande seria reunir los dos destinos: ningun hombre lo ha hecho; pero no hay sin embargo ninguna incompatibilidad entre la acción y el pensamiento, es una inteligencia completa: —la acción es hija del pensamiento,—pero los hombres, envidiosos de toda preeminencia, jamas conceden dos poderes á una misma cabeza;—¡la naturaleza es mas liberal!—Los hombres proscriben del dominio de la acción al que descuella en el de la inteligencia y la palabra: —no quieren que Platon haga leyes reales, ni que Sócrates gobierne una aldea.

Envié á pedir al bey turco, Jusuf-Bey, comandante del Atica, permiso para subir á la ciudadela con mis amigos y visitar el Partenon.—Me despachó un janízaro para acompañarnos y salimos el 20, á las cinco de la mañana, acompañados de M. Gropius.—Todo se acalla ante la impresión incomparable del Partenon, de ese templo de los templos construidos por Setino, decretado por Pericles, decorado por Fídias;—tipo único y esclusivo de lo bello, en las artes de la arquitectura y de la escultura,—especie de revelación divina de la belleza ideal, recibida un día por el pueblo artista por es-

celencia, y trasmitida por él á la posteridad, en pedazos de mármol imperecederos y en esculturas que vivirán eternamente.—Este monumento, tal cual estaba con el conjunto de su situacion, de su natural pedestal, de sus escaleras decoradas de estatuas sin rivales, de sus grandiosas formas, de su ejecucion acabada en todos los pormenores, de su materia, de su color, de su luz petrificada; este monumento confunde, hace siglos, la admiracion sin saciarla, cuando se ve de él lo que yo he visto solamente, con sus magestuosos pedazos mutilados por las bombas venecianas, por la esplosion del polvorin bajo Morosini, por el martillo de Teodoro,—por los cañonazos de los turcos y de los griegos;—sus enormes columnas tendidas en el pavimento, sus capiteles derruidos, sus triglifos rotos por los agentes de lord Elgin, sus estatuas arrebatadas por buques ingleses;—lo que de él queda es suficiente para que yo sienta que ese es el mas hermoso poema escrito en piedra sobre la faz de la tierra; pero, tambien lo siento, es demasiado pequeño: su efecto está destruido.—Paso horas deliciosas tendido á la sombra de las propíleas, fijos los ojos en el ruinoso frontispicio del Paternon; percibo la antigüedad toda entera en la obra mas divina que ha producido;—¡lo demas no merece la palabra que lo describe! El aspecto del Partenon hace aparecer, mas que la historia, la colosal grandeza de un pueblo. ¡Pericles no debe morir! ¡Qué civilizacion tan sobrehumana

la que halló un grande hombre para decretar, un arquitecto para concebir, un escultor para decorar, estatuarios para ejecutar, jornaleros para construir, un pueblo para costear, y ojos para comprender y admirar semejante edificio! ¿Dónde, cuándo se volverán á hallar una época y un pueblo semejantes? Nada lo anuncia. A medida que el hombre envejece, pierde la savia, el fuego, el desinterés necesarios para las artes!—Las Propíleas,—el templo de Erecteo ó el de las Cariátides están al lado del Partenon.—Son obras maestras, pero están como ahogadas en esa otra grande obra maestra; el alma, herida con demasiada fuerza á la vista del primero de esos edificios, no tiene ya energía para admirar los demas, ¡es preciso ver é irse!—llorando ménos sobre la devastacion de esa obra sobrehumana del hombre que sobre la imposibilidad para el hombre de igualar jamas su sublimidad y su armonía;—esa es una de aquellas revelaciones que el cielo no envia dos veces á la tierra:—es como el poema de Job ó el Cantar de los cantares, como el poema de Homero ó la música de Mozart! Esas cosas se hacen, se ven, se oyen, y luego no se vuelven á hacer, á ver, ni á oír hasta la consumacion de los siglos:—¡felices los hombres por quienes pasan esas divinas inspiraciones!—¡Mueren, pero han probado al hombre lo que puede ser el hombre! ¡Y Dios los llama á sí para celebrarle en otros sitios y en una

lengua mas poderosa todavía!—Ando errante todo el dia; silencioso, entre estas ruinas, y vuelvo á la posada, deslumbrados los ojos con aquellas formas y aquellos colores, lleno el corazon de recuerdos y admiracion.—El género gótico es bello, pero le faltan el órden y la luz,—el órden y la luz, los dos principios de toda creacion eterna!—Adios para siempre al género gótico.

De todos los libros que pueden hacerse, el mas difícil, en mi concepto, es una traduccion. Ahora bien, viajar es traducir; es traducir á la vista, á la mente, al alma del lector, los sitios, los colores, las impresiones, los sentimientos que la naturaleza ó los monumentos humanos dan al viagero. Es preciso saber, juntamente ver, sentir y espresar; y espresar, ¿cómo? no con líneas y colores, como el pintor, cosa fácil y sencilla; no con sonidos, como el músico, sino con palabras, con ideas, que no encierran ni sonidos, ni líneas, ni colores. Estas reflexiones hacia yo, sentado en las gradas del Partenon, teniendo delante de mis ojos Atenas y el bosque de olivos del Pireo y el azul mar de Egeo, y sobre mi cabeza la magestuosa sombra del friso del templo de los templos.—Quería llevarme para mí un recuerdo escrito de aquel momento de mi vida! Sentía que aquel caos de mármol, tan sublime, tan pintoresco en mis ojos, se desvanecería de mi memoria, y quería poder volver á hallarle cuando qui-

siera en la vulgaridad de mi vida futura.—Escribamos, pues; lo que voy á escribir no será el Partenon, pero será á lo ménos una sombra de esa gran sombra que se alza hoy sobre mí.

De en medio de las ruinas que fueron Atenas, y que los cañones de los griegos y de los turcos han pulverizado y sembrado en todo el valle y sobre las dos colinas donde se estendia la ciudad de Minerva, se alza una montaña tajada perpendicularmente por todos lados.—Rodéanla inmensas paredes, que formadas en su base con fragmentos de mármol blanco, y mas arriba con restos de frisos y de columnas antiguas, rematan por algunos puntos en almenas venecianas. Aquella montaña se parece á un magnífico pedestal, labrado por los mismos dioses para asentar sobre él sus altares. Su cima, allanada para recibir las áreas de aquellos templos, no tiene arriba de quinientos piés de longitud sobre dos ó trescientos de anchura, y domina todas las colinas que formaban el suelo de Atenas antigua y las vegas del Pentélico, la corriente del Iliso, la llanura de Pireo, la cordillera de valles y cimas que se redondea y se estiende hasta Corinto, y el mar, en fin, sembrado de las islas de Salamina y de Egina, donde brillan en la altura los frontispicios del templo de Júpiter Panhelenio.—Ese horizonte es admirable todavía, ahora que todas esas colinas están peladas y reflejan, como un bronce pulimentado, los rayos reverberados del

sol de Atica.... pero ¡qué horizonte debía tener desde allí Platon á la vista, cuando Aténas viva y vestida de sus mil templos inferiores, zumbaba á sus piés como una colmena demasiado llena; cuando la gran muralla del Pireo trazaba hasta el mar una calle de piedra y de mármol llena de movimiento, y por donde la poblacion de Aténas discurría en todas direcciones como una marejada; cuando el Pireo mismo, y el puerto de Falera, y el mar de Atenas y el golfo de Corinto estaban cubiertos de bosques de mástiles ó de relucientes velas; cuando las laderas de todas las montañas, desde las que ocultan á Maraton hasta el Acrópolis de Corinto, anfiteatro de cuarenta leguas de semicírculo, estaban salpicadas de selvas, dehesas, olivos y viñas, y las aldeas y las ciudades decoraban por todas partes aquel espléndido ceñidor de montañas!

Desde aquí veo los mil caminos que bajaban de aquellas montañas, trazados en las vertientes del Himeto, en todas las sinuosidades de las gargantas y de las vegas que van todas, como cauces de torrentes, á desembocar en Atenas,—oigo los ruidos que se alzan de ellas, los martillazos de los jornaleros en las canteras de mármol del monte Pentélico, el ruido de las piedras que ruedan por las pendientes de sus precipicios, y todas aquellas voces que llenan de vida y de bullicio las cercanías de una gran capital.—Por el lado de la ciu-

dad, veo subir por la vía sacra, labrada en la vertiente misma del Acrópolis, la religiosa poblacion de Aténas, que va á implorar á Minerva y á hacer humear el incienso de todas sus divinidades domésticas en el sitio mismo en que estoy sentado ahora y donde respiro el polvo solo de aquellos templos.

Reconstruyamos el Partenon, cosa fácil, pues no ha perdido mas que su friso y sus compartimentos interiores: las paredes exteriores cinceladas por Fidias, las columnas ó los fragmentos de las columnas subsisten todavía. El Partenon estaba enteramente construido con mármol blanco, llamado mármol pentélico, del nombre de la vecina montaña de donde se sacaba:—consistía en un cuadrilongo rodeado de un peristilo de cuarenta y seis columnas de orden dórico —Cada columna tiene seis piés de diámetro en su base, y treinta y cuatro de elevacion.—Las columnas asientan sobre el pavimento mismo del templo y no tienen base.—En cada estremidad del templo ecsiste ó ecsistia un pórtico de seis columnas.

La dimension total del edificio era de doscientos veinte y ocho piés de longitud, sobre doscientos de anchura: su altura era sesenta y seis piés. No presentaba á la vista mas que la magestuosa sencillez de sus líneas arquitectónicas:—era un solo pensamiento de piedra, uno é inteligible de una sola mirada, como el pensamiento antiguo.—Era

preciso acercarse para contemplar la riqueza de los materiales y la inimitable perfeccion de los adornos y de los pormenores.—Pericles habia querido hacer de él tanto una reunion de las obras maestras del ingenio y de la mano del hombre, como un homenaje á los dioses;—ó mas bien, era el ingenio griego todo entero, ofreciéndose bajo aquel emblema, como un homenaje à la divinidad. Los nombres de todos los que han labrado una piedra, ó modelado una estatua del Partenon, se han hecho inmortales.

Olvidemos lo pasado, y contemplémosle tal cual está ahora, al cabo de dos mil años que llevan de estarle hollando los siglos, la guerra de las religiones bárbaras y pueblos estúpidos.

Solo faltan algunas columnas, que se ven derribadas en brillantes y enteros pedazos, sobre el pavimento ó en los templos vecinos; algunas, como los grandes robles del bosque de Fontainebleau, han quedado inclinadas sobre las otras columnas; otras han resbalado desde lo alto del parapeto que ciñe el Acrópolis, y yacen, en enormes fragmentos quebrantados, unas sobre otras, como en una cantera las piedras que ha desechado el arquitecto.—Sus lados están dorados por aquella corteza de sol que los siglos estienden sobre el mármol: sus rajadas aparecen blancas como marfil ^{el mar} abrasado de ayer. Hacia esta parte del templo forman un caos reluciente de mármol de todas formas, de todos colores, ti-

rado, amontonado en el mas extraño y magestuoso desórden; de léjos, creeria uno ver la espuma de enormes oleadas que van á estrellarse en un cabo batido por los mares. La vista no acierta á arrancarse de aquellas ruinas; uno las contempla, las sigue, las admira, las compadece con aquel sentimiento que inspirarian unos seres que hubieran tenido ó que tuvieran todavía el sentimiento de la vida. Es el mas sublime efecto de ruinas que jamas han podido producir los hombres, porque es la ruina de lo mas bello que han hecho jamas!

Si se entra bajo el peristilo y bajo los pórticos, todavía puede uno creerse en el momento en que se estaba acabando de construir el edificio; las paredes interiores están tan bien conservadas, la faz de los mármoles está tan reluciente y tan tersa, las columnas están tan derechas, las partes conservadas del edificio tan admirablemente intactas, que todo parece que está saliendo de manos del artífice; solamente que el espléndido azul del cielo es único techo del Partenon, y que por entre las grietas de las paredes la vista penetra hasta el inmenso y voluminoso horizonte del Atica. Todo el suelo en derredor está atestado de fragmentos de escultura ó de pedazos de arquitectura, que parece que aguardan la mano que debe levantarlos á su sitio en el monumento que los espera.

Los piés tropiezan á cada paso en las obras

maestras del cincel griego; uno las coge y luego las tira, para coger otras mas curiosas; hasta que se cansa uno de este inútil afan: todo aquello no es mas que obras maestras pulverizadas.—Las pisadas se imprimen en un polvo de mármol; acaba uno por mirarle con indiferencia, y queda insensible y mudo, sumergido en la contemplacion del conjunto y en los mil pensamientos que salen de cada una de aquellas ruinas. Estos pensamientos son de la misma naturaleza que la escena en que se respiran; son graves como aquellas ruinas de los tiempos pasados, como aquellos magestuosos testigos de la vanidad de las cosas humanas, pero serenos como el cielo que está sobre nuestras cabezas; están inundados de una luz armoniosa y pura, son elevados como ese pedestal de la Crópolis, que parece que domina la tierra, resignados y religiosos como ese monumento erigido á un pensamiento divino, que Dios ha dejado desmoronarse para dar cabida á mas divinos pensamientos!

No siento aquí tristeza en mí; el alma está ligera, aunque pensativa; mi mente abarca el órden de las voluntades divinas, de los destinos humanos; admira que le haya sido dado al hombre elevarse á tanta altura en las artes y en una civilizacion material; concibe que Dios haya roto luego ese admirable molde de un pensamiento incompleto; que la unidad de Dios, reconocida en fin, por Sócrates

en estos mismos sitios, haya retirado el soplo de vida de todas aquellas religiones que habia producido la imaginacion de los primeros tiempos; que esos templos se hayan desplomado sobre sus Dioses;—la idea del Dios único, encerrada en el entendimiento humano, vale mas que todos esos templos de mármol, donde no se adoraba mas que su sombra. Esta idea no tiene necesidad de templos contruidos por la mano del hombre; la naturaleza entera es el templo en que adora. A medida que las religiones se espiritualizan, los templos desaparecen; la misma religion cristiana que ha construido el género gótico para animarle con su aliento, deja irse arruinando poco á poco sus admirables basílicas. Los millares de estatuas de sus semidioses van bajando por grados de sus aéreos zócalos al rededor de sus catedrales:—ella también se trasforma, y sus templos van quedando mas desnudos, y siendo mas sencillos, á medida que ella por su parte se despoja de las supersticiones de sus siglos de tinieblas, y reasume mas el gran pensamiento que propagó sobre la tierra, pensamiento del Dios único, probado por la razon y adorado por la virtud!

VISITA AL BAJA.

El 20 por la tarde, fuí á dar gracias á Jusuf, bey de Negroponto y de Atenas. Entré en un patio moruno; las anchas galerías de los dos pisos estaban sostenidas por columnitas de mármol negro. Habia en medio del patio una fuente vacia, y cuerdas al rededor. Subí una escalera de madera, á cuyo pié estaban formados varios spahys (1), y me introdujeron en la habitacion del bey. En el fondo de una espaciosa y rica habitacion decorada de ensambladuras de pequeños compartimentos sembrados de flores, de arabescos y oro, en el rincon de un ancho divan de casimir de las Indias, estaba sentado el bey á la manera turca;—su cabeza estaba entre las manos de su barbero, bizarro mancebo vestido con un riquísimo trage militar y con soberbias armas en la cintura; ocho ó diez esclavos, en varias actitudes, estaban diseminados en la estancia. El bey mandó que se me pidiese perdon de haberse dejado sorprender en el momento de estarse afeitando la cabeza, y me hizo sentar en el divan no lejos de él:—sentéme en efecto y empezó la conversacion.

Hablamos del objeto de mi viage, del estado de

(1) Soldados de caballería entre los turcos.

la Grecia, de los nuevos límites señalados por la conferencia de Lóndres, de las negociaciones terminadas de M. Stratford Canning, cosas que el bey parecia ignorar profundamente, y sobre las que me preguntaba con el mas vivo interes. Pronto un esclavo que traia en la mano una larga pipa, cuya boquilla era de ámbar amarillo y cuyo tubo estaba cubierto de seda rizada, se acercó á mí á pasos contados y mirando al suelo; luego que hubo calculado esactamente entre sí la distancia rigurosa desde el punto del piso donde dejaba la pipa hasta mi boca, la dejó en el suelo, y andando circularmente para no torcerla, se llegó á mí, dando un rodeo y me puso, inclinándose, la boquilla de ámbar en las manos al alcance de mis labios. Inclinéme á mi vez hácia el bajá, que me volvió mi saludo, y empezamos á fumar. Un galgo blanco de Atenas, con la cola y las patas pintadas de amarillo, dormia á los piés del bey: cumplimentéle por la hermosura de aquel animal y le pregunté si era cazador, á lo que me respondió que no; pero que su hijo, que se hallaba á la sazón en Negroponto, era muy apasionado á aquel ejercicio; añadió que me habia visto pasar por las calles de Atenas con un galgo blanco tambien, pero de raza mas pequeña, y que le habia parecido incomparablemente hermoso, y que, si yo tenia varios, seria para él la mayor satisfaccion poseer uno como el mio. Prometíle de vuelta en mi patria enviarle

uno, en señal de recuerdo y gratitud de sus bondades, en Aténas. Otro esclavo trajo entónces el café en unas tazitas muy chicas de China, metidas en unas especies de marcelinas de filigrana.

La fisonomía de aquel turco tenia el carácter que luego he reconocido en todas las caras de los musulmanes que he tenido ocasion de ver en Siria y en Turquía; — nobleza, dulzura, y aquella serena y sosegada resignacion que da á esos hombres la doctrina de la predestinacion, y á los verdaderos cristianos la fé en la Providencia; — en unos y en otros ecsiste el mismo culto á la voluntad divina, — uno llevado hasta el error, hasta lo absurdo, — otro, expresion triste y verdadera de la universal y misericordiosa sabiduría que preside al destino de todo lo que se ha dignado crear. Si una conviccion pudiera ser una virtud, el fatalismo, ó mas bien, el providentismo, seria la mia! Yo creo en la accion completa, siempre en actividad, siempre presente, de la voluntad de Dios. — El mal solo se opone en nosotros á que esa voluntad divina produzca siempre el bien! Desde el momento en que nuestro destino está alterado, malogrado, pervertido, si lo consideramos bien, reconocerémos siempre que es por efecto de una ~~voluntad~~ ^{voluntad} nuestra, de una voluntad humana, es decir, corrompida y perversa; si dejéramos obrar á la sola voluntad siempre buena, seriamos siempre buenos y siempre felices! ¡El mal

no ecsistiria! ¡Esos dogmas del Coran no son mas que el cristianismo alterado; pero esa alteracion no ha podido desnaturalizarlo! ¡Ese culto está lleno de virtudes, y amo á ese pueblo porque es el pueblo de la oracion!

22 de Agosto 1832.

Vivas inquietudes por la salud de mi hija; — triste paseo al templo de Júpiter Olimpico, y al Stadi. Hemos bebido agua del fangoso é infecto arroyo, que es el Iliso! Apenas tiene bastante profundidad para cubrir mi mano. — Esterilidad, desnudez, color de escoria de hierro, derramados sobre toda esa campiña de Aténas! ¡Oh campos de Roma, sepulturas doradas de los Escipiones, verde y sombría fuente de Egeria! ¡Qué diferencia! ¡Y cuán superior es tambien el cielo de Roma á este cielo decantado del Atica!

23 de Agosto 1832.

Salimos por la noche. — Bella aurora bajo el bosque de olivos, del Pireo, al ir al mar.

El bergantin de guerra *el Genio*, capitan Cuneo de Ornano nos aguardaba, y levantamos el ancla. —

uno, en señal de recuerdo y gratitud de sus bondades, en Aténas. Otro esclavo trajo entónces el café en unas tazitas muy chicas de China, metidas en unas especies de marcelinas de filigrana.

La fisonomía de aquel turco tenia el carácter que luego he reconocido en todas las caras de los musulmanes que he tenido ocasion de ver en Siria y en Turquía; — nobleza, dulzura, y aquella serena y sosegada resignacion que da á esos hombres la doctrina de la predestinacion, y á los verdaderos cristianos la fé en la Providencia; — en unos y en otros ecsiste el mismo culto á la voluntad divina, — uno llevado hasta el error, hasta lo absurdo, — otro, expresion triste y verdadera de la universal y misericordiosa sabiduría que preside al destino de todo lo que se ha dignado crear. Si una conviccion pudiera ser una virtud, el fatalismo, ó mas bien, el providentismo, seria la mia! Yo creo en la accion completa, siempre en actividad, siempre presente, de la voluntad de Dios. — El mal solo se opone en nosotros á que esa voluntad divina produzca siempre el bien! Desde el momento en que nuestro destino está alterado, malogrado, pervertido, si lo consideramos bien, reconocerémos siempre que es por efecto de una ~~voluntad~~ *voluntad* nuestra, de una voluntad humana, es decir, corrompida y perversa; si dejéramos obrar á la sola voluntad siempre buena, seriamos siempre buenos y siempre felices! ¡El mal

no ecsistiria! ¡Esos dogmas del Coran no son mas que el cristianismo alterado; pero esa alteracion no ha podido desnaturalizarlo! ¡Ese culto está lleno de virtudes, y amo á ese pueblo porque es el pueblo de la oracion!

22 de Agosto 1832.

Vivas inquietudes por la salud de mi hija; — triste paseo al templo de Júpiter Olimpico, y al Stadi. Hemos bebido agua del fangoso é infecto arroyo, que es el Iliso! Apenas tiene bastante profundidad para cubrir mi mano. — Esterilidad, desnudez, color de escoria de hierro, derramados sobre toda esa campiña de Aténas! ¡Oh campos de Roma, sepulturas doradas de los Escipiones, verde y sombría fuente de Egeria! ¡Qué diferencia! ¡Y cuán superior es tambien el cielo de Roma á este cielo decantado del Atica!

23 de Agosto 1832.

Salimos por la noche. — Bella aurora bajo el bosque de olivos, del Pireo, al ir al mar.

El bergantin de guerra *el Genio*, capitan Cuneo de Ornano nos aguardaba, y levantamos el ancla. —

Una fresca brisa del Norte nos pone en tres horas delante del cabo Sunio, cuyas amarillas columnas vemos señalar en el horizonte, la estampa siempre viva, el verbo de la filosofía griega, de aquel Platon, de quien yo seria discípulo, si Cristo no hubiera hablado, ni vivido, ni padecido, ni perdonado al espirar.

Noche terrible pasada en medio de las Cícladas. —El viento cede al amanecer. — Hermosa y dulce navegacion hasta la tarde:—á la noche, furiosos vendabales entre la isla de Amorgos y la de Stampalia. —Gemido doloroso del buque; sordos embates de la marejada en la popa. —Vaivenes que nos echan ya sobre una ola, ya sobre otra. —Paso la noche velando á la niña y paseándome sobre cubierta. ¡Noche dolorosa! ¡Cuántas veces me estremezco pensando que he confiado tantas vidas á un solo azar! ¡Qué ventura la mia si un espíritu celestial llevase á Julia bajo las serenas sombras de Saint-Point! ¡Mi propia vida, medio gastada ya, ha perdido mas de la mitad de su valor para mí! ¡pero esa otra vida, mia tambien, que brilla en esos hermosos ojos, que palpitan en su pecho juvenil, me es cien veces mas cara que la mia propia! ¡Por ella sobre todo ruego al sopio que levanta las olas, que no se ensañe en esa cuna que tan imprudentemente le he confiado! —Sin duda oye mi ruego; las olas se serenán, el dia aparece, las islas huyen

á nuestras espaldas, Rodas se muestra á la derecha, en la brumosa lontananza del horizonte de Asia; y las altas cimas de la costa de Caramania, blancas como la nieve de los Alpes, se elevan resplandecientes encima de las flotantes nubes de la noche. — ¡Ya veo en fin el Asia!

La impresion que produce su vista escede á la de los horizontes de la Grecia! ¡Siente uno un aire mas suave; el mar y el cielo están teñidos de un color azul mas sereno y mas pálido; la naturaleza se dibuja en masas mas magestuosas! ¡Respiro y conozco que entro en una region mas vasta! La Grecia es pequeña, —nudosa, pobre; —es el esqueleto de un enano! — ¡Ese otro es el de un gigante! —Negras selvas cubren las laderas de los montes de Marmoriza, y se ven de lejos caer torrentes blanqueados con la espuma en las profundas barrancas de la Caramania.

Rodas sale, como un ramillete de verdura, del seno de las olas; los ligeros y graciosos minaretes de sus blancas mezquitas se alzan encima de sus bosques de palmas, de algarrobos, de sicomoros, de plátanos, de higueras, y atraen de lejos las miradas del navegante sobre aquellos deliciosos retiros de los cementerios turcos, donde todas las noches se ve á los musulmanes, tendidos sobre el césped de las sepulturas de sus amigos, fumar y hablar tranquilamente como centinelas que esperan á que vayan á relevarlas, como hombres indo-

lentes que gustan de echarse en sus camas y ensayar el sueño ántes de la hora del último reposo. A las diez de la mañana, nuestro bergantín se halla de repente rodeado de cinco ó seis fragatas turcas que cruzan á toda vela por delante de Rodas; —una de ellas se acerca al alcance de la voz y nos pregunta en frances quiénes somos:—nos saludan cortesmente, y pronto echamos el ancla en la rada de Rodas, en medio de treinta y seis buques de guerra del capitan-bajá, Halil Bajá. —Dos buques de guerra franceses, uno de vapor, el *Esfinge*, mandado por el capitan Sarlat, y el otro, una corbeta, el *Acteon*, mandado por el capitan Vaillant, están fondeados no léjos de nosotros. Los oficiales vienen á nuestro bordo á pedirnos noticias de Europa. Por la tarde damos las gracias al comandante del bergantín el *Genio*, M. de Ornano, que se vuelve con el *Acteon*.—Continuaremos solos nuestra navegacion hácia Chipre y la Siria.

Pasamos dos dias en Rodas recorriendo esta primera ciudad turca:—carácter oriental de los mercados, tiendas moriscas de madera tallada;—calle de los caballeros, donde todas las casas conservan todavía intactos, sobre el portal, los escudos de las antiguas casas de Francia, de España, de Italia y de Alemania.—Rodas conserva hermosos restos de sus antiguas fortificaciones; la rica vegetacion de Asia que las corona y las rodea les

comunica la belleza que tienen las de Malta:—una Orden que pudo dejarse arrojarse de tan magnífica posesion recibia el golpe mortal! El cielo parece que ha querido hacer de esta isla un puesto avanzado sobre el Asia:—una potencia europea que fuera dueña de ella poseeria justamente la llave del Archipiélago, de la Grecia, de Esmirna, de los Dardanelos, del mar de Egipto y del mar de Siria.—No conozco en el mundo una posicion militar marítima mas ventajosa, ni un cielo mas hermoso, ni un suelo mas risueño y fecundo.—Los turcos han impreso en esta isla ese carácter de inaccion é indolencia que llevan adonde quiera que van! Todo está allí en la inercia y en una especie de miseria;—pero ese pueblo, que no crea nada, que no renueva nada, tampoco rompe ni destruye cosa alguna; deja á lo ménos á la naturaleza obrar libremente en rededor suyo; respeta los árboles hasta en medio de las calles y de las casas que habita; agua y sombra, el murmullo que adormece y la frescura voluptuosa, son sus primeras, sus únicas necesidades.—Así es que apenas se acerca uno, en Europa ó en Asia, á un pais poseido por los musulmanes, le reconoce uno de léjos por el rico y sombrío velo de verdura que flota sobre él;—árboles para sentarse á su sombra, surtidores, manantiales para meditar á su blando rumor, silencio y mezquitas de ligeros minaretes, alzándose á cada paso de un suelo piadoso,—esto es

todo lo que necesita ese pueblo, que no sale de esta dulce y filosófica apatía mas que para montar sus caballos del desierto y volar sereno á la muerte por su profeta y por su Dios. El dogma del fatalismo ha hecho de los turcos el pueblo mas valiente del mundo; y aunque la vida es para él leve y dulce, la que le promete el Coran en premio de una vida sacrificada es á tal punto mas deliciosa todavía, que solo necesita hacer un pequeñísimo esfuerzo para lanzarse desde este mundo al mundo celestial que ve delante de sí radiante de hermosura, de holganza y de amor! ¡Su religion es la religion de los héroes! pero esa religion palidece en la fé del musulman, y el heroismo se apaga con la fé que es su principio; à medida que los pueblos vayan creyendo ménos, sea en un dogma, sea en una idea, morirán ménos voluntaria y ménos noblemente.—Sucederá como en Europa: ¿para qué morir si la vida vale mas que la muerte, si ninguna inmortalidad se gana inmolándose á un deber? Así es que la guerra va á disminuir y á acabar en Europa, hasta que una fé cualquiera se reanime y hable en el corazon del hombre con mas fuerza que el vil instinto de la vida.

Hehiceras figuras de mugeres vistas por la noche sentadas en las azoteas á la luz de la luna. Sus ojos son los de las italianas; pero mas dulces, mas tímidos, mas penetrados de ternura y de amor; su talle es el de las griegas, pero mas redondeado,

mas flexible, con movimientos mas suaves y graciosos. Su frente es espaciosa, tersa, blanca, lisa como la de las hermosas mugeres de Inglaterra ó de Suiza; pero la línea regular, recta y ancha de la nariz, da mas magestad y nobleza antigua á sus fisonomías. Los escultores griegos hubieran sido mucho mas perfectos, si hubieran tomado por modelo á las mugeres del Asia!—Y luego es cosa tan dulce para un europeo, acostumbrado á las caras cansadas, á la fisonomía trabajada y contractada de las mugeres de Europa, y sobre todo de las mugeres de los salones, ver en fin caras tan sencillas, tan puras, tan serenas como el mármol que acaba de salir de la cantera! ¡Caras que no tienen mas que una sola espresion, el reposo y la ternura, y en las cuales el ojo lee tan pronto y tan fácilmente como en las letras mayúsculas de una magnífica edicion de lujo!

La sociedad y la civilización son evidentemente enemigas de la belleza física. Multiplican demasiado las impresiones y los sentimientos, y como la fisonomía recibe y conserva involuntariamente su estampa, se complica y se altera en su esencia, [adquiere un no sé qué de confuso é incierto, que destruye su sencillez y su encanto:—es una lengua que tiene demasiadas voces y que ya no se entiende porque es demasiado rica.

las islas peladas, mustias y pobres del Archipiélago;—es el casco de una de aquellas islas encantadas donde la antigüedad habia colocado la escena de uno de sus mas poéticos cultos:—verdad es que, impaciente por llegar á Asia, no he visitado mas que con la vista los puntos lejanos y pintorescos de que se dice está llena la isla.—A mi regreso pienso detenerme en ella un mes y recorrer despacio las montañas de Chipre.

La isla es fértil en todas sus partes; naranjas, aceitunas, uvas, higos, vino, algodón, todo se da en este suelo, hasta la caña de azúcar. Esta tierra de promision, este hermoso reino para un caballero de las cruzadas, ó para un general de Bonaparte, mantenia en otro tiempo hasta dos millones de habitantes; en el dia no contiene mas que treinta mil habitantes griegos y algunos turcos. Nada seria mas fácil que apoderarse de esta soberanía; un aventurero lo conseguiria sin dificultad con un puñado de valientes y algunos millones de piastras; la empresa mereceria la pena de intentarse, si hubiera probabilidad de conservar lo adquirido; pero la Europa, que tiene tanta necesidad de colonias, se opone á que se las den; las rivalidades de las potencias ausiliarian á los turcos, sembrarian la discordia en la nueva conquista, y el conquistador experimentar la suerte del rey Teodoro.—¡Qué lástima! Esto no es mas que un hermoso sueño, y ocho dias lo convertirian en una hermosa realidad.

A la vela, 23 de Septiembre, 1832.

Dimos la vela anoche á las doce: nuestros amigos de Chipre, MM. Bottu y Perthier pasaron la noche con nosotros sobre cubierta en el bergantin, y no se retiraron hasta las doce, dejándonos los mas vivos sentimientos de gratitud por las bondades que han tenido con nosotros. Singular destino es el del viajero; por todas partes va sembrando afectos y recuerdos, dulces ó tristes; nunca deja un sitio sin el deseo y la esperanza de volver á él para ver á los que pocos dias antes no conocia. Cuando llega, todo le es indiferente en la tierra por donde tiende la vista; cuando se va, siente que hay ojos y corazones que le siguen desde la playa que ve alejarse detras de sí. El tambien fija en ella sus miradas y deja en ella algo de su propio corazon; luego el viento le impele hácia otro horizonte, donde van á renovarse para él las mismas escenas, las mismas impresiones. Viajar es multiplicar con la llegada y la partida, con los conocimientos y las despedidas, las impresiones que los sucesos de una vida sedentaria no ofrecen sino de tarde en tarde; es experimentar cien veces en el año un poco de lo que se experimenta en la vida ordinaria, conociendo, amando y perdiendo á seres que la Providencia ha puesto en nuestro camino.

Partir, es como morir cuando se dejan esos países lejanos á donde el destino no conduce dos veces al viajero. Viajar, es reasumir una larga vida en pocos años; es uno de los mas recios ejercicios que el hombre puede dar á su corazón como á su pensamiento. El filósofo, el hombre político, el poeta, deben haber viajado mucho. Mudar de horizonte moral es mudar de pensamiento.

3 de Septiembre, 1832.

Nos despertamos en alta mar: ya no vemos las altas costas de esa isla, ni la redonda cumbre del Olimpo. El mar está sereno como un gran lago; una densa y argentada bruma ciñe por todas partes el horizonte. Una débil brisa, lenta y desigual, viene de cuando en cuando á morir en nuestras anchas velas: un sol de plomo quema las tablas de nuestro puente, que regamos para refrescarlas. Los marineros están tendidos en los barotes y en las jarcias, sin palabra, sin movimiento, chorreándoles el sudor de las frentes. El aire falta á la respiración;—es un verdadero incendio en el mar: parece que se respira anticipadamente la húmeda ardiente reverberación de las arenas del desierto, del que todavía estamos sin embargo á ciento cincuenta leguas. Así se pasan las horas. No tiene una fuerza para hablar ni aun para leer.

Entreabro de cuando en cuando la Biblia para buscar en ella lo relativo al Líbano, primeras cumbres que deben en breve herir nuestra vista. Leo la historia de Heródes en el historiador Josefo.

4 de Septiembre, 1832.

La misma ausencia de viento; el mismo incendio del cielo. La mar humea de calor, y sus aguas muertas están veladas por una niebla que no agita ningun viento. Espiamos hasta donde alcanza la vista las ligeras arrugas que trazan en su superficie algunas brisas perdidas; vemos una de ellas acercarse lentamente al bergantín, animando un poco el color del mar, é hinchando un poco al fin nuestras velas: el bajel cruge y levanta un poco de espuma hácia la proa. Los pechos se dilatan; todos se acercan al bordo por donde sopla la brisa. Siente uno deslizarse un poco de frescura sobre su frente, bajo los mechones húmedos de su cabello, y luego todo vuelve al calmazo y al horno acostumbrados. El agua que bebemos está tibia; nadie tiene aliento para comer. Si este estado se prolongase, el hombre no viviría mucho tiempo; por fortuna ya no nos quedan mas que seis semanas de estos calores, que acaban á mediados de Octubre.

Partir, es como morir cuando se dejan esos países lejanos á donde el destino no conduce dos veces al viajero. Viajar, es reasumir una larga vida en pocos años; es uno de los mas recios ejercicios que el hombre puede dar á su corazón como á su pensamiento. El filósofo, el hombre político, el poeta, deben haber viajado mucho. Mudar de horizonte moral es mudar de pensamiento.

3 de Septiembre, 1832.

Nos despertamos en alta mar: ya no vemos las altas costas de esa isla, ni la redonda cumbre del Olimpo. El mar está sereno como un gran lago; una densa y argentada bruma ciñe por todas partes el horizonte. Una débil brisa, lenta y desigual, viene de cuando en cuando á morir en nuestras anchas velas: un sol de plomo quema las tablas de nuestro puente, que regamos para refrescarlas. Los marineros están tendidos en los barotes y en las jarcias, sin palabra, sin movimiento, chorreándoles el sudor de las frentes. El aire falta á la respiración;—es un verdadero incendio en el mar: parece que se respira anticipadamente la húmeda ardiente reverberación de las arenas del desierto, del que todavía estamos sin embargo á ciento cincuenta leguas. Así se pasan las horas. No tiene una fuerza para hablar ni aun para leer.

Entreabro de cuando en cuando la Biblia para buscar en ella lo relativo al Líbano, primeras cumbres que deben en breve herir nuestra vista. Leo la historia de Heródes en el historiador Josefo.

4 de Septiembre, 1832.

La misma ausencia de viento; el mismo incendio del cielo. La mar humea de calor, y sus aguas muertas están veladas por una niebla que no agita ningun viento. Espiamos hasta donde alcanza la vista las ligeras arrugas que trazan en su superficie algunas brisas perdidas; vemos una de ellas acercarse lentamente al bergantin, animando un poco el color del mar, é hinchando un poco al fin nuestras velas: el bajel cruge y levanta un poco de espuma hácia la proa. Los pechos se dilatan; todos se acercan al bordo por donde sopla la brisa. Siente uno deslizarse un poco de frescura sobre su frente, bajo los mechones húmedos de su cabello, y luego todo vuelve al calmazo y al horno acostumbrados. El agua que bebemos está tibia; nadie tiene aliento para comer. Si este estado se prolongase, el hombre no viviría mucho tiempo; por fortuna ya no nos quedan mas que seis semanas de estos calores, que acaban á mediados de Octubre.

4 de Septiembre por la noche.

Desde las cinco hasta las ocho de la noche, viento fresco que soplabá del golfo de Alejandreta, nos ha hecho andar algunas leguas. Debemos estar con corta diferencia á mitad de camino entre la isla de Chipre y las costas de Siria; acaso mañana al despertarnos estaremos á la vista de las costas.

5 de Septiembre, 1832.

He oido al despertarme el ligero murmullo producido por la estela del buque cuando anda, y me he dado prisa á subir á cubierta para ver las costas, pero aun no se divisaba nada. Las corrientes, frecuentes en este mar, podian habernos llevado muy léjos de nuestra estima; acaso estábamos á la altura de las costas bajas de la Idumea ó del Egipto. Todos estábamos con la mayor impaciencia.

La misma fecha, á las dos de la tarde.

El capitán del bergantín ha reconocido las cimas del monte Líbano, y me llama para enseñármelas, pero yo las busco en vano en la inflamada bruma donde me las indica su dedo: nada veo mas que la trasparente niebla que levanta el calor y encima algunas capas de nubes de un color blanco mate. Él insiste, y vuelvo á mirar, pero siempre en vano; todos los marineros me enseñan sonriendo el Líbano; el capitán no comprende como no le veo como él.—Pero ¿dónde le busca vd.? me dice: no lo busque vd. tan léjos: aquí, mas cerca, sobre nuestras cabezas.—En efecto, alcé los ojos hácia el cielo y ví la blanca y dorada cuesta del Sannin que se alzaba en el firmamento encima de nosotros.—La bruma del mar me impedía ver su base y sus vertientes: solo su cabeza aparecía radiante y serena entre el azul del cielo. Aquella fué una de las mas magníficas y dulces impresiones que he experimentado en el trascurso de mis largos viages: ya veía en fin la tierra adonde tendian entónces todos mis pensamientos, como hombre y como viajero, —la tierra sagrada, la tierra adonde iba desde tan léjos á buscar los recuerdos de la humanidad primitiva;—y sobre todo, la tierra adonde iba por úl-

timo á hacer descansar en un clima delicioso, á la sombra de los naranjos y de las palmeras, los objetos que mas amaba en este mundo, mi esposa y Julia. No dudo que uno ó dos años pasados bajo aquel hermoso cielo robusteceria la salud de Julia que, de seis meses á esta parte, me da algunas veces funestos presentimientos: saludo esas montañas de Asia como un asilo adonde Dios la lleva para sanarla; una secreta y profunda alegría llena mi corazon, y no puedo desprender mis ojos del monte Líbano.

Comemos á la sombra del toldo estendido sobre el puente. La brisa continúa y se reanima á medida que declina el sol; á cada momento corremos á la proa para medir la marcha del buque por el ruido que hace hendiendo la mar: en fin, el viento refresca; las alas se rizan; largamos cinco nudos de hora en hora; las laderas de las altas montañas cortan la niebla y se nos salen al encuentro como aereos cabos: empezamos á distinguir los profundos y negros valles que se abren en las costas; las barrancas blanquean, las peñas de las crestas se destacan á la vista; los primeros collados que arancan de la inmediacion del mar redondean sus contornos; poco á poco creemos reconocer á algunos pueblecillos en las faldas de las colinas, y grandes monasterios que coronan, como góticos castillos, las cimas de los montes intermedios. Ca-

da objeto que alcanzamos con la vista es una alegría en el corazon; todos estamos sobre cubierta: cada uno hace observar á su vecino un objeto en que no habia reparado; uno ve los cedros del Líbano, como una mancha negra en el costado de una montaña; otro como una torre en la cumbre de los montes de Trípoli; algunos creen distinguir la espuma de las cascadas en las pendientes de los precipicios.—Quisiera uno poder ántes de la noche arribar á aquella playa tan anhelada; temblamos de que en el momento de asirla, un calmazo aduerma nuestro buque durante largos dias sobre esas olas que nos impacientan, ó que nos venga de la costa un viento contrario que nos rechace al mar de Candia: ese mar de Siria, golfo inmenso, rodeado de las altas cimas del Líbano y del Tauro, es pérfido para los marinos:—no hay en él mas que temporales ó calmazos y corrientes que arrastran invenciblemente al buque muy léjos de su rumbo; y luego, no hay puertos en las costas; es preciso fondear en radas peligrosas á grande distancia de la playa; una marejada casi constante trabaja esas radas y corta las anclas; no estaremos tranquilos y seguros de haber llegado hasta que saltemos á tierra. ~~Miéntas así discurriamos y titubeábamos entre la esperanza y el temor, cae la noche de repente, no como en nuestros climas, con la lentitud y la gradacion de un crepúsculo, sino como un telon que se corre entre el cielo y la tierra. Todo~~

se apaga; todo se borra en los negros costados del Líbano, y ya no vemos mas que las estrellas, entre las cuales se balancean nuestros mástiles. El viento cae tambien, la mar duerme, y todos bajamos cada cual á nuestro camarote, en la inseguridad de nuestra suerte de mañana.

Yo no dormia; mi espíritu estaba agitado:—oía, por entre las mal trabadas tablas que separaban mi cuarto del de Julia, el resuello de mi hija dormida, y todo mi corazón reposaba sobre ella: pensaba que mañana tal vez, yo dormiria tambien mas tranquilo por esa vida tan cara que me arrepentia de haber aventurado así sobre el mar,—que una tempestad podia arrebatar en flor.—Rogaba á Dios en mi pensamiento que me perdonase esta imprudencia, que no me castigase por haberme confiado demasiado en él, por haberle pedido mas de lo que tenia derecho para pedirle. Luego me tranquilizaba y me decia á mí mismo:—Esa niña es un ángel visible que protege juntamente su propio destino y todos los nuestros: el cielo nos tomará en cuenta su inocencia y su pureza por rescate; nos llevará al puerto, nos volverá á la patria á causa de ella. Ella habrá visto, en la mas hermosa edad de la vida, en esa edad en que todas las impresiones se incorporan, por decirlo así, con nosotros, y llegan á ser los elementos mismos de nuestra existencia; ella habrá visto lo mas bello

que hay en la naturaleza, en la creacion; los recuerdos de su infancia serán los maravillosos monumentos, las obras maestras de las artes en Italia:—Atenas y el Partenon quedarán impresos en su memoria, como lugares paternos; las hermosas islas del Archipiélago, el monte Tauro, las montañas del Líbano, Jerusalem, las Pirámides, el desierto, las tiendas del Arabe, las palmeras de la Mesopotamia, serán cosas que contará en su edad avanzada: Dios le ha dado la hermosura, la inocencia, el génio, y un corazón en el que todo se enciende en sentimientos generosos y sublimes:—¡así le habré dado yo lo que podia añadir á esos dones celestiales, el espectáculo de las escenas mas maravillosas, mas encantadas de la tierra! ¡Qué será á veinte años! ¡Todo habrá sido ventura, piedad, cariño y maravillas en su vida!—¡Oh! ¡Quién será digno de completarla con el amor?—Y yo lloraba y oraba con fervor y confianza, porque nunca puedo tener un sentimiento fuerte en el corazón, sin que tienda al Infinito, sin que se resuelva en un himno ó en una invocacion al que está al fin de todos nuestros sentimientos, al que los produce y los absorbe todos,—á Dios.

Quando iba á dormir, oí sobre el puente algunos pasos precipitados como para una faena, lo que me admiró, porque hacia tiempo que el silencio era completo, y el mar no espedia mas que un

ligero estremecimiento de las olas, que me anunciaba que el bergantin seguía navegando. Pronto oí los sonoros eslabones de la cadena del ancla desarrollarse pesadamente del cabestante; luego sentí que aquel golpe seco que hace vibrar todo el buque cuando el ancla ha rodado hasta el fondo sólido y muerde en fin, la arena ó las yerbas marinas. Levantéme y abrí mi estrecha ventana; ya habíamos llegado: estábamos en la rada delante de Berut. Veía algunas luces diseminadas en una playa distante; oía los ladridos de los perros en la costa, que fué el primer ruido que me llegó de la tierra de Asia; verdaderamente me regocijó el corazón. Eran las doce de la noche: dí gracias à Dios y me dormí dulce y profundamente: nadie sino yo se había despertado debajo de cubierta.

6 de Septiembre, 1832, á las nueve de la mañana.

Estábamos delante de Berut, una de las ciudades mas pobladas de la costa de Siria, llamada antiguamente Berite, hecha colonia romana bajo Augusto, que le dió el nombre de *Felix Julia*: atravesados; poco á poco creamos reconocer á algunos pueblecillos en las faldas de las colinas, y grandes monasterios que coronan, como góticos castillos, las cimas de los montes intermedios. Ca-

declive hácia el mar; algunos brazos de tierra ó de peñascos avanzan dentro de las olas, sustentando fortificaciones turcas del efecto mas pintoresco; cierra la rada una lengua de tierra que defiende el mar de los vientos de Este; toda esa lengua de tierra, igualmente que las colinas circunvecinas, están cubiertas de la mas rica vegetacion; por todas partes se ven plantadas moreras, elevadas de piso en piso sobre terrados artificiales; los algarrobos de sombría verdura y magestuosa copa, las higueras, los plátanos, los naranjos, los granados y otra multitud de árboles y arbustos agenos de nuestros climas, estienden, en todos los puntos de la ribera cercanos al mar, el armonioso velo de sus diversos follages; mas léjos, en las primeras pendientes de las montañas, los bosques de olivos tiñen el pais con su verdura gris y cenicienta; á cosa de una legua del pueblo, empiezan á alzarse las altas montañas de las cordilleras del Líbano, abriendo aquí sus profundas gargantas donde la vista se pierde en las tinieblas de la distancia, derramando allí sus anchos torrentes, que son rios, y tomando diferentes direcciones, unas hácia Tiro y Sidon, otras hácia Trípoli y Latakia, y sus desiguales cimas, perdidas entre las nubes ó blanqueadas por la

(1) Pipas persas mas complicadas que las ordinarias.—N. del T.

ligero estremecimiento de las olas, que me anunciaba que el bergantin seguía navegando. Pronto oí los sonoros eslabones de la cadena del ancla desarrollarse pesadamente del cabestante; luego sentí que aquel golpe seco que hace vibrar todo el buque cuando el ancla ha rodado hasta el fondo sólido y muerde en fin, la arena ó las yerbas marinas. Levantéme y abrí mi estrecha ventana; ya habíamos llegado: estábamos en la rada delante de Berut. Veía algunas luces diseminadas en una playa distante; oía los ladridos de los perros en la costa, que fué el primer ruido que me llegó de la tierra de Asia; verdaderamente me regocijó el corazón. Eran las doce de la noche: dí gracias à Dios y me dormí dulce y profundamente: nadie sino yo se había despertado debajo de cubierta.

6 de Septiembre, 1832, á las nueve de la mañana.

Estábamos delante de Berut, una de las ciudades mas pobladas de la costa de Siria, llamada antiguamente Berite, hecha colonia romana bajo Augusto, que le dió el nombre de *Felix Julia*: atravesados; poco á poco creamos reconocer á algunos pueblecillos en las faldas de las colinas, y grandes monasterios que coronan, como góticos castillos, las cimas de los montes intermedios. Ca-

declive hácia el mar; algunos brazos de tierra ó de peñascos avanzan dentro de las olas, sustentando fortificaciones turcas del efecto mas pintoresco; cierra la rada una lengua de tierra que defiende el mar de los vientos de Este; toda esa lengua de tierra, igualmente que las colinas circunvecinas, están cubiertas de la mas rica vegetacion; por todas partes se ven plantadas moreras, elevadas de piso en piso sobre terrados artificiales; los algarrobos de sombría verdura y magestuosa copa, las higueras, los plátanos, los naranjos, los granados y otra multitud de árboles y arbustos agenos de nuestros climas, estienden, en todos los puntos de la ribera cercanos al mar, el armonioso velo de sus diversos follages; mas léjos, en las primeras pendientes de las montañas, los bosques de olivos tiñen el pais con su verdura gris y cenicienta; á cosa de una legua del pueblo, empiezan á alzarse las altas montañas de las cordilleras del Líbano, abriendo aquí sus profundas gargantas donde la vista se pierde en las tinieblas de la distancia, derramando allí sus anchos torrentes, que son rios, y tomando diferentes direcciones, unas hácia Tiro y Sidon, otras hácia Trípoli y Latakia, y sus desiguales cimas, perdidas entre las nubes ó blanqueadas por la

(1) Pipas persas mas complicadas que las ordinarias.—N. del T.

multitud de árabes en todo el esplendor de sus brillantes trages y de sus lujosas armas. Véase en él un movimiento tan activo como en los muelles de nuestras grandes ciudades marítimas; multitud de buques europeos estaban anclados junto á nosotros en la rada, y las chalupas cargadas de mercancías de Damasco y de Bagdad, iban y venian sin cesar de la playa á los buques; las casas de la ciudad se alzaban confusamente agrupadas, sirviendo los tejados de unas azoteas á otras; aquellas casas de tejados horizontales, y algunas con balaustradas almenadas, aquellos agimeces dobles, aquellas rejas de madera pintada que los cerraban herméticamente como un velo de los zelos orientales; aquellas copas de las palmeras que parecía que brotaban de las piedras y que se alzaban hasta por cima de los tejados como para llevar un poco de verdura á la vista de las mugeres prisioneras en los harenes, todo aquello cautivaba nuestros ojos y nos anunciaba el Oriente; oíamos el agudo chillido de los árabes del desierto que disputaban en los muelles; y los ásperos y lúgubres gemidos de los camellos que ecshalan gritos de dolor cuando se los hace doblar las rodillas para recibir sus cargas. Ocupados en contemplar ~~con el espectáculo~~ tan nuevo y sorprendente para nosotros, no pensábamos en bajar á nuestra nueva patria; el pabellon de Francia ondeaba sin embargo en la punta de un palo sobre una de las casas mas elevadas de la ciudad, y pare-

cia que nos brindaba á ir á descansar bajo su sombra, de nuestra larga y ardua navegacion.

Pero llevábamos demasiada gente y demasiado bagage para resolernos á desembarcar ántes de haber reconocido el pais y elegido una casa, si podíamos hallar una. Dejé á mi muger, á Julia y á dos de mis compañeros de viage en el bergantín é hice botar la chalupa el agua para ir á la descubierta.

A los pocos minutos, una hermosa oleada ancha y plateada me echó á la playa, y varios árabes, remangados los pantalones hasta el muslo, me llevaron en brazos hasta la entrada de una calle oscura y rápida que conducia al consulado de Francia. El cónsul, M. Guys, para quien traia cartas, y á quien ví en Marsella, no habia llegado todavía á su destino; hallé en su lugar M. Jorelle, agente del consulado y dragoman de Francia en Siria, jóven cuya agraciada y bondadosa fisonomía nos previno en su favor, y cuyas bondades con nosotros, durante nuestra larga residencia en Siria, justificaron aquella primera impresion. Ofreciéonos una parte de la casa del consulado para primer asilo, y nos prometió hacer buscar una habitacion en las cercanías del pueblo, donde podíamos sentar nuestros reales. En pocas horas, las chalupas de varios buques y los esportilleros de Berut, bajo la vigilancia de los genízaros del consulado, acabaron de de-

sembarcar nuestra gente y nuestras provisiones de todos géneros, y ántes del anocheer ya estábamos todos en tierra, alojados interinamente, y colmados de atenciones y de agasajos por M. y madama Jorelle. Cierto que es un momento delicioso aquel en que, despues de una larga y borrascosa travesía, recién llegado á un pais desconocido, echa uno la vista desde lo alto de una azotea perfumada y risueña, al elemento que acaba en fin de dejar por mucho tiempo, al bergantin que le ha llevado en medio de las tempestades, y que todavia se mece en una rada ondeante, sobre la umbrosa y serena campiña que le rodea, sobre todas esas escenas de la vida en tierra, que tan dulces parecen cuando se ha estado privado de ellas mucho tiempo:—hay algo de sentimiento de la convalescencia, despues de una larga enfermedad, en la impresion de las primeras horas, de los primeros dias pasados en tierra, despues de una navegacion. Toda la tarde hemos disfrutado esas deliciosas impresiones. Madama Jorelle, jóven y hermosa señora, natural de Alepo, ha conservado el rico y noble trage de las mugeres árabes,—el turbante, la chaqueta bordada, el puñal en la cintura. No nos cansábamos de admirar aquella ~~gracia~~ ~~que~~ ~~realzaba~~ su hermosura, enteramente oriental.

Cuando llegó la noche, nos sirvieron una cena á la europea, en un kiosko cuyas anchas ventanas

enrejadas se abrian sobre el puerto, y donde el fresco viento de la marina agitaba la llama de las bujías; hice abrir una caja de vinos de Francia, que añadí á aquel festin de la hospitalidad, y así pasamos nuestra primera noche, hablando de las dos patrias que dejábamos y que íbamos á buscar: una pregunta sobre Francia respondia á una pregunta sobre el Asia. Julia jugaba con las largas trenzas de algunas mugeres árabes ó de algunas esclavas negras que vinieron á visitarnos, admiraba aquellos trages nuevos para ella; su madre trenzaba los largos rizos de su rubia cabellera á imitacion de las damas de Berut, ó le ponía su chal, á manera de turbante en la cabeza. Nada he visto mas hechicero, entre todas las caras de muger que se me han quedado impresas en la memoria, que la cara de Julia tocada de aquella suerte con el turbante de Alepo, con la gorrita de oro cincelado, de donde caian franjas de perlas y cadenas de zequies de oro, con las trenzas de su pelo pendientes sobre sus hombros, y con aquella mirada atónita, alzada sobre su madre y sobre mí, y aquella sonrisa que parecia decirnos:—¡Gozad, y ved cuan hermosa estoy así!

Despues de haber hablado cien veces de la patria y citado todos los nombres de sitios y de personas que un recuerdo comun podia hacer interesantes para nosotros; luego que nos hubimos dado

todos los informes mutuos que podian importarnos, se habló de poesía: Madama Jorelle me pidió que le hiciese oír algunos trozos de poesía francesa, y nos tradujo algunos fragmentos de poesía de Alepo. Díjeme que la naturaleza es siempre mas poética que los poetas, y que ella, en aquel momento, á aquella hora, en aquel hermoso sitio, á la luz de la luna, con aquel traje estrangero, con aquella pipa oriental en la mano, y aquel puñal con mango de diamantes en la cintura, era un objeto de poesía mas bello que todos los que habiamos recorrido con el pensamiento,—y como me respondiese que le seria muy agradable tener un recuerdo de nuestro viage que enviar á su padre, á Alepo, en algunos versos hechos para ella, me retiré un momento y le presenté los versos siguientes, que no tienen mas mérito que el sitio en que fueron escritos y el sentimiento de gratitud que me los inspiró.

¿Tú? ¿tú á mi númen le pides
Incienso de poesía?

¿Tú á los vientos del desierto,

Hija de Oriente, nacida,

~~Flores de Alepo, y de Palmira,~~ (1)

A todas preferiria,

Para ecshalar en su cáliz

(1) Nombre del ruiseñor en Oriente.

Sus lánguidas melodías?
¿Se le vuelve su fragancia
Al bálsamo que la espira?
¿Que le den rayos de luz
La alba oriental necesita,
O el nocturno firmamento
Estrellas de oro infinitas?
No, no hacen falta aquí versos;
Mas si tu mirada aspira
A contemplar lo mas bello
Que tiene la poesía,
En el agua de esa fuente (1)
Contémplate tú à tí misma;
¿No tiene imágen el verso
Que con tu beldad compital
Cuando de noche, del kiosko
Junto á la enrejada ojiva,
Que da á la luz de la luna
Paso y al aura marina,
Te sientas en las esteras
Esmaltadas en Palmira,
Do humea el amargo moka
En labradas marcelinas:
Cuando tu mano á tus labios
Entreabiertos apriesima
Ese tubo de jazmin

(1) Todos los patios de las casas en Oriente tienen un surtidor de agua en medio y un pilon de mármol.

Que aureos flecos atavían,
 Y aspirando los aromas
 De las rosas purpurinas,
 Haces murmurar el agua
 En el fondo de tu pipa:—
 Cuando la ondeante nube,
 Que te cerca y te acaricia
 Con sus fragantes vapores,
 A enagenarte principia,
 Y los lejanos ensueños
 De nuestras antiguas dichas,
 Se nos figura que nadan
 En el aire que respiras;
 Cuando del árabe errante
 La ardiente yegua nos pintas,
 Tascando el freno espumoso
 Bajo tu mano de niña,
 E igual el oblicuo rayo
 Que tus bellos ojos vibran,
 El dulce y ardiente rayo
 De su triunfante pupila;
 Cuando en tu brazo arqueado,
 Cual asa de urna antigua,
 Tu frente meditabunda
 Dulcemente se inclina,
 Y del astro de la noche
 Bajo la vislumbre viva,
 Del puñal que al lado ciñes,
 Los puros diamantes brillan,

No hay nada, nada en los sonos
 Con que los hombres se esplican,
 Ni de los bardos, cual yo,
 En la frente pensativa;
 Nada en los tiernos acentos
 Que un alma pura suspira,
 Tan poético y tan bello,
 Cual tú, bellísima Siria:
 Ya pasé la edad feliz
 En que la flor de la vida
 El amor, se abre en el alma,
 Y la perfuma y reanima;
 Ya mi corazon no tiene
 En mi pecho que la admira,
 Mas que un rayo sin calor
 Para la beldad divina;
 Ya por el tiempo entibiado,
 Su amor en la arpa se cifra.—
 Mas en mi edad juvenil,
 Cuántos versos dado habria,
 ¡Ah! por una sola de esas
 Ondeantes nubecillas,
 Que lentamente se ecshalan
 De tu boca distraida,
 O por ver bajo mi dedo
 La hechicera forma fija,
 Que un invisible pincel
 Encierra en oscuras líneas,
 Cuando la luz de la luna

Que de lleno te ilumina,
Sobre la pared, en sombra,
Tu gallardo talle imita.

No acertábamos á arrancarnos á aquella primera escena de la vida árabe; en fin, fuimos por primera vez, al cabo de tres meses, á descansar en camas y á dormir sin temor de las olas (1). Un viento impetuoso bramaba en el mar, sacudia las paredes de la alta estancia en que estábamos acostados, y nos hacia sentir mas deliciosamente lo que vale una morada tranquila despues de tantas sacudidas. Yo pensaba con indecible placer que Julia y mi muger estaban ya, en fin, por mucho tiempo á cubierto de todo peligro, y combinaba en mi acalorada fantasía los medios de prepararles una residencia agradable y segura miéntras yo proseguia mi viage por estos sitios que al fin tocaban mis piés.

(1) Ligeró descuido del autor, en no acordarse que se detuvo algunas noches en Malta, en Aténas, en Rodas y en Chipre, segun resulta de su diario. Sin duda quiso decir que por primera vez descansaba libre de todo cuidado, y del afán de conseguir este epíteto de feliz á causa de la fertilidad de sus cercanías, de su incomparable clima y de la magnificencia de su situacion. La ciudad ocupa una graciosa colina que descende en suave

7 de Septiembre, 1832.

Me he levantado con el alba, he abierto la persiana de madera de cedro, única cerradura de las alcobas en este hermoso clima, y he echado mi primera mirada sobre el mar y sobre la brillante cordillera de las costas que se estienden, rodeándose desde Berut hasta el cabo de Batrun, á mitad del camino de Trípoli.

Jamas vista alguna de montañas me ha producido una impresion semejante. El Líbano tiene un caracter que no he hallado en los Alpes ni en el Taurus; es la mezcla de la imponente sublimidad de las líneas y de las cumbres, con la gracia de los pormenores y la variedad de las tintas; es una montaña solemne como su nombre; son los Alpes bajo el cielo del Asia, hundiendo sus aereas cimas en la profunda serenidad de un eterno resplandor. Parece que el sol reposa eternamente sobre los ángulos dorados de aquellas crestas; la blancura deslumbradora de que las impregna, se deja confundir con la de las nieves que duran hasta en el rigor del verano sobre la repercusion del sol, se parecen á nuestros Alpes cubiertos de nieves eternas.

El muelle de Berut, que las olas lavan sin cesar, y á veces cubren de espuma, estaba lleno de una

pieza á declinar, para dejar al monte Tauro echar sus raíces en las llanuras de Alejandreta.

Unas veces las cordilleras del Líbano se alzan casi perpendicularmente sobre el mar, con pueblecillos y grandes monasterios suspendidos sobre sus precipicios, otras se separan de la playa, forman inmensos golfos y dejan verdosas marcas ó linderos de arena dorada entre ellas y las olas. Numerosas velas surcan aquellos golfos y van á abordar á las muchas radas que hay en la costa. El mar presenta allí la tinta mas azul y sombría, y aunque casi siempre hay marejada, las olas, que son grandes y anchas, ruedan formando vastos pliegues sobre las arenas y reflejan las montañas como un espejo sin mancha: aquellas olas derraman por todas partes en la costa un murmullo sordo, armonioso, confuso, que sube hasta bajo la sombra de las vides y de los algarrobos, y llena las campiñas de vida y sonoridad. A mi izquierda, la costa de Berut era muy baja, y la formaba una continuidad de pequeñas lenguas de tierra alfombradas de verdura y defendidas de las olas solamente por una línea de peñascos y arrecifes cubiertos casi todos de ruinas antiguas. Mas léjos, colinas de arena roja como la de los desiertos de Egipto, sorprendente para nosotros, no pensábamos en bajar á nuestra nueva patria; el pabellon de Francia ondeaba sin embargo en la punta de un palo sobre una de las casas mas elevadas de la ciudad, y pare-

tre sus troncos diseminados, va à descansar en las laderas de otra cordillera del Líbano, y hasta en el promontorio a avanzado en que estaba fundada la ciudad de Tiro (Hoy Sour).

Cuando me volvía hácia el lado opuesto al mar, veía los altos minaretes de las mezquitas, como columnas aisladas, alzarse en el aire azul y ondeante de la mañana; las fortalezas morunas que dominan la ciudad y cuyos muros rajados dan raiz a un bosque de plantas rastreras, de higueras silvestres y de alelíes; luego los almenages ovalados de las murallas; luego las cimas iguales de los campos plantados de moreras; aquí y allí los techos horizontales y las paredes blancas de las quintas ó de las cabañas de los ganaderos sirios; y en fin, mas allá las convadas praderas de las colinas de Berut, bases todas de pintorescos edificios, de conventos griegos, de conventos de maronitas, mezquitas turcas, y alfombradas de follage y de espacios cultivados como las mas fértiles colinas de Grenoble ó de Chambéry. Por fondo de todo esto, siempre el Líbano; el Líbano que toma mil curvas, que se agrupa en gigantescas moles, que derrama sus grandes sombras ó hace relumbrar sus altas nieves sobre todas las escenas de aquel horizonte.

mas del pueblo, donde podriamos sentar nuestros reales. En pocas horas, las chalupas de varios buques y los esportilleros de Berut, bajo la vigilancia de los genizaros del consulado, acabaron de de-

La misma fecha.

He pasado el dia entero recorriendo las cercanías de Berut, y buscando un sitio de reposo para establecer en él una casa.

He alquilado cinco casas que forman un grupo, y que reuniré por medio de escaleras de madera, galerías y pasadizos. Aquí cada casa no se compone mas que de una cueva que sirve de cocina, y de una pieza en donde duerme toda la familia, por numerosa que sea: en un clima como este, la verdadera casa es el tejado construido en forma de azotea: allí es donde las mugeres y los niños pasan el dia, y muchas veces la noche. Delante de las casas, entre los troncos de algunas moreras ó de algunos olivos, el árabe construye un fogon con tres piedras, y allí es donde su muger le hace la comida: se tiende una estera sobre un palo que va desde la tapia de la casa hasta las ramas del árbol, y debajo de aquel sotechado se evacuan todos los quehaceres. ~~Las mugeres~~ ~~los niños~~ su hermosura, enteramente oriental.

Quando llegó la noche, nos sirvieron una cena à la europea, en un kiosko cuyas anchas ventanas

otras, como en nuestros lugares del mediodía; los domingos por la mañana, se reunen las muchachas en las puertas de las cabañas.

La misma fecha, por la tarde.

Todo el dia se ha empleado en descargar el bergantín y en llevar de la ciudad à nuestra casa de campo los bagages de nuestra caravana. Cada uno de nosotros tendrá su cuarto: un ancho campo de moreras y de naranjos se estiende al rededor de las cinco casas reunidas, y ofrece à cada uno algunos piès de terreno para pasear delante de la puerta, y un poco de sombra para respirar. He comprado esteras de Egipto y alfombras de Damasco, para que nos sirvan de camas y de divanes. He hallado carpinteros árabes muy activos y diligentes que ya han puesto manos à la obra para hacernos puertas y ventanas, y esta noche irémos ya à dormir en nuestra nueva habitacion.

Despues de haber hablado cien veces de la patria y citado todos los nombres de sitios y de personas que un recuerdo comun podia hacer interesantes para nosotros; luego que nos hubimos dado

La misma fecha.

He pasado el dia entero recorriendo las cercanías de Berut, y buscando un sitio de reposo para establecer en él una casa.

He alquilado cinco casas que forman un grupo, y que reuniré por medio de escaleras de madera, galerías y pasadizos. Aquí cada casa no se compone mas que de una cueva que sirve de cocina, y de una pieza en donde duerme toda la familia, por numerosa que sea: en un clima como este, la verdadera casa es el tejado construido en forma de azotea: allí es donde las mugeres y los niños pasan el dia, y muchas veces la noche. Delante de las casas, entre los troncos de algunas moreras ó de algunos olivos, el árabe construye un fogon con tres piedras, y allí es donde su muger le hace la comida: se tiende una estera sobre un palo que va desde la tapia de la casa hasta las ramas del árbol, y debajo de aquel sotechado se evacuan todos los quehaceres. ~~Las mugeres~~ ~~los niños~~ su hermosura, enteramente oriental.

Quando llegó la noche, nos sirvieron una cena à la europea, en un kiosko cuyas anchas ventanas

otras, como en nuestros lugares del mediodía; los domingos por la mañana, se reunen las muchachas en las puertas de las cabañas.

La misma fecha, por la tarde.

Todo el dia se ha empleado en descargar el bergantín y en llevar de la ciudad à nuestra casa de campo los bagages de nuestra caravana. Cada uno de nosotros tendrá su cuarto: un ancho campo de moreras y de naranjos se estiende al rededor de las cinco casas reunidas, y ofrece à cada uno algunos piès de terreno para pasear delante de la puerta, y un poco de sombra para respirar. He comprado esteras de Egipto y alfombras de Damasco, para que nos sirvan de camas y de divanes. He hallado carpinteros árabes muy activos y diligentes que ya han puesto manos à la obra para hacernos puertas y ventanas, y esta noche irémos ya à dormir en nuestra nueva habitacion.

Despues de haber hablado cien veces de la patria y citado todos los nombres de sitios y de personas que un recuerdo comun podia hacer interesantes para nosotros; luego que nos hubimos dado

aldea, que refleja el resplandor del sol y atrae las miradas. Las laderas de los collados relucen como oro; son unas paredes de arcilla amarillenta, rajadas por los terremotos, y cada partícula de las cuales refleja y vibra la luz. Encima de esos primeros collados, las gradas del Líbano se ensanchan á tal punto, que hay mesetas de una ó dos leguas, —desiguales, partidas, surcadas de barrancas; de profundos cauces de torrentes, de negras gargantas en que se pierde la vista. Despues de esas mesetas, empiezan á alzarse casi perpendicularmente las altas montañas; sin embargo, se ven las manchas negras de los cedros y de los pinos que las cubren, y algunos conventos inaccesibles, algunos lugares desconocidos que parecen inclinados sobre sus derrumbaderos. En la cumbre mas aguda de esa segunda cordillera, multitud de árboles, que parecen gigantescos, forman como una cabellera rala sobre una frente calva. Desde aquí se distinguen sus desiguales y dentadas copas, que parecen almenas sobre lo alto de una ciudadela.

Detras de esas segundas cordilleras se alza en fin, el verdadero Líbano: no se puede distinguir si sus vertientes son rápidas ó suaves, si están peladas ó cubiertas de vegetación: la distancia es de

Y del astro de la noche
Bajo la vislumbre viva,
Del puñal que al lado ciñes,
Los puros diamantes brillan,

las rodea, y sus crestas inflamadas que se confunden con las nubes purpurinas de la mañana y que flotan como islas inaccesibles en las olas del firmamento.

Si nuestras miradas bajan de ese sublime horizonte de las montañas, no hallan por do quiera donde posarse, como no sea sobre magestuosas gavillas de palmeras, plantadas aquí y allá en la campiña junto á las casas de los árabes, sobre las verdes ondulaciones de las copas de los pinos *Laryx*, sembrados como ramilletes de verdura por el llano, ó en las vertientes de las colinas, sobre los setos de nópalos ó de otros frutales, cuyas pesadas hojas caen como decoraciones de piedra sobre las tapias bajas que sostienen los terrados. Esas mismas tapias están á tal punto entapizadas de líquenes en flor, de yedras, de parrizas, de plantas bulbosas, esmaltadas de flores de todos matices, de racimos de todas formas, que no se pueden distinguir las piedras con que están labradas;—son unas verdaderas paredes de verdura y de flores.

En fin, junto á nosotros, dos ó tres casas semejantes á las nuestras, y medio cubiertas por las copas de naranjos en flor y llenos de fruto, nos ofrecen esas escenas animadas y pintorescas que

La hechicera forma fija,
Que un invisible pincel
Encierra en oscuras líneas,
Cuando la luz de la luna

miramos. Debajo de nuestra misma azotea, dos familias árabes, padres, hermanos, mugeres y niños, comen á la sombra de un pequeño plátano en el dintel de sus casas, y á pocos pasos mas allá, debajo de otro árbol, dos jóvenes sirias, de incomparable hermosura, se están vistiendo á la vista de todos y cubren su cabello de flores blancas y coloradas: una de ellas tiene el pelo tan largo y tan espeso que la cubre enteramente, como las ramas de un sauce lloron cubren todo el tronco; solo se ven, cuando sacude aquella ondeante melena, su hermosa frente y sus ojos radiantes de inocente contento, que penetran un instante aquel velo natural. Parece que goza de ver nuestra admiracion; le echo un puñado de *gharis*, moneditas de oro con que las mugeres sirias se hacen collares y brazaletes ensartándolas con un cabo de seda:—junta las manos y las pone sobre su cabeza para darme gracias, y entra en la estancia baja para enseñárselas á su madre y á su hermana.

12 de Setiembre, 1832.

Habil. ~~de~~
su hermosura, enteramente oriental.

Quando llegó la noche, nos sirvieron una cena á la europea, en un kiosko cuyas anchas ventanas

habla el frances y el italiano, y es ademas uno de los hombres mas amables é inteligentes que he encontrado en mis viages: sin su asistencia y la de M. Jorelle, hubiéramos tenido mil dificultades para completar nuestro establecimiento en Siria: uno y otro nos proporcionan criados, unos griegos, y otros árabes:—compro primeramente seis caballos árabes de segunda raza, y los instalo, como hacen las gentes del pais, al sol, en un prado, delante de la puerta, sujetas las piernas en una argolla de hierro y atados á una estaca clavada en el suelo. Hago levantar una tienda junto á los caballos para los *sais* ó palafreneros árabes. Estos hombres parecen buenos é inteligentes; por lo que hace á los caballos, á los dos dias nos conocen y nos siguen como perros. Habib-Bárbara nos presenta á su muger y á su hija, á quien va á casar dentro de pocos dias: nos convida á la boda, y curiosos de observar una boda siria, aceptamos, y Julia prepara sus regalos para la novia. Yo le regalo un relojito de oro de que he traido provision para casos de esta especie, y ella añade á mi agasajo una cadenita de perlas. Montamos á caballo para reconocer las cercanías de Berut: madama Jorelle lleva un soberbio potro árabe, con arreos de terciopelo.

Despues de haber hablado cien veces de la patria y citado todos los nombres de sitios y de personas que un recuerdo comun podia hacer interesantes para nosotros; luego que nos hubimos dado

mi muger; mando hacer sillas y frenos árabes para catorce caballos.

A cosa de media legua de la ciudad, por la parte del Levante, el emir Fakardin ha plantado un bosque de pinos quitasoles en un prado arenoso, que se estiende entre el mar y la llanura de Bagdhad, lindo pueblecillo árabe situado al pié del Líbano; se dice que el emir plantó ese magnífico bosque para oponer una barrera á la invasion de las inmensas colinas de arena roja que se alzan un poco mas léjos y amenazaban sepultar á Berut, y todos sus ricos plantíos. El bosque es verdaderamente soberbio; los troncos de los árboles tienen sesenta y ochenta piés de altura, y estienden de uno á otro sus anchas copas inmóviles que cubren de sombra un espacio inmenso; mil senderos de arena se deslizan entre los troncos de los pinos y ofrecen un piso suavísimo á las pisadas de los caballos. Lo restante del terreno está cubierto de una ligera alfombra de césped sembrada de florecillas de un color rojo brillantísimo; las cebollas de flor de jacintos silvestres son tan gordas, que no se aplastan bajo las herraduras de los caballos. Por entre las columnatas de esos troncos de pinos, se ven á un lado los blancos y rojizos mogotes de arena que ocultan el mar.

A todas preferiria,
Para eshalar en su cáliz

(1) Nombre del ruiseñor en Oriente.

ó quince aldeas árabes sembradas en las últimas faldas del Líbano, y en fin, los grupos del Líbano, que forman el último término de esta escena. La luz es tan trasparente y el aire tan puro que se distinguen, à muchas leguas de elevacion, las formas de los cedros ó de los algarrobos sobre las montañas ó las grandes águilas que nadan, sin mover las alas, en el oceano del éter. Este bosque de pinos es sin duda el punto mas magnífico que he visto en mi vida. El cielo, las montañas, las nieves: el horizonte azul del mar, el rojo y fúnebre horizonte del desierto de arena; las serpeantes líneas del rio; las copas aisladas de los cipreses; los racimos de las palmeras esparcidas por las campiñas; el gracioso aspecto de las cabañas cubiertas de naranjos y de vides, cuyas ramas y cuyos vástagos caen sobre los tejados; el aspecto severo de los altos monasterios maronitas formando grandes manchas de sombra ó anchos rios de luz en las cinceladas laderas del Líbano; las caravanas de camellos cargados de géneros de Damasco, que pasan silenciosamente entre los árboles; los grupos de pobres judíos montados en burros, que llevan dos chicos en cada brazo; las mugeres embozadas en velos blancos á caballo andando al son del pífan

entreabiertos á presuma

Ese tubo de jazmin

(1) Todos los patios de las casas en Oriente tienen un surtidor de agua en medio y un pilon de mármol.

algunos ginetes árabes corriendo el *dgerid* (1) al rededor de nosotros en ligeros caballos cuyas crines barren literalmente la arena; varios grupos de turcos sentados delante de un café de enramada y fumando sus pipas ó haciendo oracion; un poco mas léjos las desiertas colinas de arena sin fin que se tiñen de oro á los rayos del sol de la tarde, y donde el viento levanta nubes de polvo inflamado; en fin, el sordo bramido del mar, que se mezcla al armónico son del viento en las copas de los pinos y al canto de millares de pájaros desconocidos:—todo esto ofrece á la vista y al pensamiento la mezcla mas sublime, mas dulce y mas melancólica, juntamente, que jamas ha embriagado mi alma. Iré con frecuencia á ese bosque.

16 de Septiembre, 1832.

Hemos pasado todos estos dias en el placer del conocimiento general que teniamos que adquirir de los hombres, de las costumbres, de los sitios, y en los entretenidos pormenores de un establecimiento en el seno de un pais enteramente nuevo. Nuestras cinco casas se han convertido, con la asisten-

Y del astro de la noche
Bajo la vislumbre viva,
Del puñal que al lado ciñes,
Los puros diamantes brillan,

deliciosamente hemos habitado en las montañas de Luca ó en las costas de Liorna, en otros tiempos. Cada uno de nosotros tiene su cuarto y una sala, precedida de un terrado lleno de flores, es el centro de reunion. En él hemos hecho poner divanes, y colocar en estantes nuestra biblioteca del buque; mi muger y Julia han pintado al fresco las paredes, han colocado sobre una mesa de cedro sus libros, sus bastidores, sus almohadillas, y todas esas chucherías de señora que adornan, en Londres y en Paris, los veladores de mármol y de caoba; allí nos reunimos en las horas ardientes del dia, porque por la tarde nuestro salon es la azotea, y en ella recibimos las visitas de todos los europeos á quienes el comercio con Damasco, cuya escala es Berut, fija en este hermoso pais. El gobernador egipcio Ibrahim-Bajá, ha venido á ofrecernos con una cortesía y una cordialidad mas que europeas, su proteccion y sus servicios para nuestra residencia en [el campo, y para los viages que queramos emprender. Hoy le he tenido á comer; es persona que no haria un papel desairado en ninguna reunion de hombres. Antiguo soldado del bajá de Egipto, tiene á su amo, y sobre todo, á Ibrahim, esa ciega confianza

La hechicera forma fija,
Que un invisible pincel
Encierra en oscuras líneas,
Cuando la luz de la luna

algunos ginetes árabes corriendo el *dgerid* (1) al rededor de nosotros en ligeros caballos cuyas crines barren literalmente la arena; varios grupos de turcos sentados delante de un café de enramada y fumando sus pipas ó haciendo oracion; un poco mas léjos las desiertas colinas de arena sin fin que se tiñen de oro á los rayos del sol de la tarde, y donde el viento levanta nubes de polvo inflamado; en fin, el sordo bramido del mar, que se mezcla al armónico son del viento en las copas de los pinos y al canto de millares de pájaros desconocidos:—todo esto ofrece á la vista y al pensamiento la mezcla mas sublime, mas dulce y mas melancólica, juntamente, que jamas ha embriagado mi alma. Iré con frecuencia á ese bosque.

16 de Septiembre, 1832.

Hemos pasado todos estos dias en el placer del conocimiento general que teniamos que adquirir de los hombres, de las costumbres, de los sitios, y en los entretenidos pormenores de un establecimiento en el seno de un pais enteramente nuevo. Nuestras cinco casas se han convertido, con la asisten-

Y del astro de la noche
Bajo la vislumbre viva,
Del puñal que al lado ciñes,
Los puros diamantes brillan,

deliciosamente hemos habitado en las montañas de Luca ó en las costas de Liorna, en otros tiempos. Cada uno de nosotros tiene su cuarto y una sala, precedida de un terrado lleno de flores, es el centro de reunion. En él hemos hecho poner divanes, y colocar en estantes nuestra biblioteca del buque; mi muger y Julia han pintado al fresco las paredes, han colocado sobre una mesa de cedro sus libros, sus bastidores, sus almohadillas, y todas esas chucherías de señora que adornan, en Londres y en Paris, los veladores de mármol y de caoba; allí nos reunimos en las horas ardientes del dia, porque por la tarde nuestro salon es la azotea, y en ella recibimos las visitas de todos los europeos á quienes el comercio con Damasco, cuya escala es Berut, fija en este hermoso pais. El gobernador egipcio Ibrahim-Bajá, ha venido á ofrecernos con una cortesía y una cordialidad mas que europeas, su proteccion y sus servicios para nuestra residencia en [el campo, y para los viages que queramos emprender. Hoy le he tenido á comer; es persona que no haria un papel desairado en ninguna reunion de hombres. Antiguo soldado del bajá de Egipto, tiene á su amo, y sobre todo, á Ibrahim, una ciega confianza

La hechicera forma fija,
Que un invisible pincel
Encierra en oscuras líneas,
Cuando la luz de la luna

hijos de un sentimiento religioso y no de un interés personal. Ibrahim-Bajá es el destino, es Alá para sus oficiales; Napoleon no era mas que la gloria y la ambicion para los suyos. Ha bebido con gusto vino de Champaña, y se ha prestado á todos nuestros usos como si nunca hubiera conocido otros; las pipas y el café tomados repetidas veces, nos han entretenido toda la tarde. Le he entregado una carta para Ibrahim-Bajá, en que le anuncio la llegada de un viagero europeo al pais sometido á sus armas, y le pido la proteccion que debe esperarse de un hombre que pelea por la causa de la civilizacion europea. Ibrahim pasó hace poco tiempo por aquí con su ejército; ahora está por la parte de Homs, ciudad grande entre Alepo y Damasco, en el desierto; ha dejado pocas tropas en Siria; las principales ciudades, como Berut, Saïdo, Jafa, Acre, Trípoli, están ocupadas, de acuerdo con Ibrahim, por los soldados del emir Beschir, ó gran príncipe de los drusos, que reina sobre el Líbano. Este príncipe no ha resistido á Ibrahim, ha abandonado la causa de los turcos, en apariencia á lo ménos, despues de la toma de San Juan de Acre por Ibrahim, y confunde sus tropas con las del bajá. Si Ibrahim...

lo pueblo á los drusos, los metualis, los maronitas, los sirios y los árabes que viven bajo su dominio; tiene hijos, guerreros como él, á quienes envia á gobernar las ciudades que le ha confiado Ibrahim; uno de sus hijos está acampado á un cuarto de milla de aquí, en la llanura que linda con el Líbano, con quinientos ó seiscientos ginetes árabes. Irémos á verle, pues nos ha enviado un emisario para felicitarnos por nuestra llegada.

Un árabe me contaba hoy la entrada de Ibrahim en la ciudad de Berut. A corta distancia de la puerta, miéntras atravesaba una hondonada, cuyos lados están cubiertos de plantas rastreras y de arbustos entretregidos, salió de entre las malezas una serpiente enorme y se adelantó lentamente, rastreando sobre la arena, hasta debajo de los piés del caballo de Ibrahim; el caballo, asustado, se puso de manos, y como algunos esclavos que seguian á pié al bajá se precipitaron para matar á la serpiente, Ibrahim les hizo ademán de que se estuviesen quedos y desenvainando su alfange, cortó la cabeza del reptil que se esgrimia contra él, y holló su cuerpo bajo los piés de su caballo: la multitud prorumpió en un grito de admiracion, é Ibrahim, le... La cornue... bre las cumbres mas altas. La cornue... lla á la vista en una longitud de sesenta leguas por lo ménos, desde el cabo de Saïde, la antigua Sidon, hasta las cercanías de Latakia, donde em-

sentido profético y moral:—¿es un recuerdo confuso de aquella primera lengua mas perfecta que entendian en otro tiempo los hombres, lengua en la que toda la naturaleza se esplicaba por medio de toda la naturaleza? ¿Es una vivacidad de imaginacion, mas grande, que busca entre las cosas correlaciones que no le es dado percibir? No sé, pero me inclino á la primera interpretacion; la humanidad no tiene instintos sin motivos, sin objeto, sin causa; el instinto de la adivinacion ha atormentado á todas las edades y á todos los pueblos, sobre todo á los pueblos primitivos, luego la adivinacion ha debido ó podria tal vez ecsistir; pero es una lengua cuya clave ha perdido el hombre al salir de aquel estado superior, de aquel Eden del que todos los pueblos conservan una tradicion confusa: entónces sin duda, la naturaleza hablaba mas alto y mas claro á su espíritu; el hombre concebía la oculta relacion de todos los hechos naturales, y su encadenamiento podia conducirle á la percepcion de verdades ó de sucesos futuros, porque el presente es siempre el gérmen generador é infalible del porvenir:—no se trata mas que de verle y de comprenderle.

Las mujeres están allí todo el día sentadas en el suelo ocupadas en peinar sus largos cabellos, en trenzarlos, en lavar sus velos, tejer sus sedas, dar de comer á sus gallinas, ó jugar y departir unas con

17 de Septiembre, 1832.

Siempre continuamos la misma vida: el día se pasa en hacer y recibir visitas de árabes y de francos, y en recorrer los deliciosos alrededores de nuestro retiro:—hemos hallado las mas amables bondades en los cónsules europeos de Siria, concentrados todos en Berut á causa de la guerra. El cónsul de Cerdeña, el señor Bianco; el de Austria, el señor Laurella; los cónsules de Inglaterra, MM. Farren y Abost, nos han puesto en muy poco tiempo, en relacion con todos los árabes que pueden ayudarnos en nuestros proyectos de viages por el interior. Es imposible hallar mejor acogida y mas hospitalidad. Algunos de estos caballeros habitan hace muchos años la Siria y están en relacion con familias árabes de Damasco, de Alepo, de Jerusalem, las cuales las tienen con los principales gefes de los árabes de los desiertos que vamos á recorrer; así vamos formando anticipadamente una cadena de recomendaciones, de relaciones y de hospitalidad sobre diferentes líneas que podrian conducirnos hasta Bagdad.

Nada mas delicioso que la mañana que sigue á la primera noche que hemos pasado en nuestra casa. Nos hemos hecho llevar el almuerzo á la mas

criado en Siria, está muy versado en la lengua árabe y en los varios dialectos de las regiones que vamos á recorrer. Desde hoy se instala en mi casa, y le entrego el gobierno de toda la parte árabe de mi servidumbre. Compónese esta de un cocinero árabe de Alepo, llamado Abulias; de un jóven sirio del país, llamado Elías, que por haber servido ya á algunos cónsules, sabe un poco de italiano y de frances; de una doncella siria, que habla tambien el frances, y que servirá de intérprete para las mugeres; en fin, de cinco ó seis palafreneros griegos, árabes y sirios, destinados á cuidar nuestros caballos, á clavar las tiendas y á servirnos de escolta en nuestros viages.

La historia de nuestro cocinero árabe es demasiado singular para que no conservemos su memoria.

Era cristiano, jóven è inteligente; habia establecido en Alepo un pequeño comercio de tegidos del país, que él mismo iba á vender montado en un borrico, entre las tribus de árabes errantes que van los inviernos á acamparse en los llanos de las inmediaciones de Antioquía. Su comercio prosperaba, però como su calidad de infiel le daba algunas inquietudes, juzgó acertado asociarse con un árabe mahometano. Lleva solo golpe: empiezan por enormes collados, semejantes à inmensos peñones, unos redondos, otros cuadrados; un poco de vegetacion cubre sus cimas, y cada una de ellas sostiene ó un monasterio, ó una

ro estaba enamorado de una jóven griega-siria, no querian concedérsela sino á condicion de dejar à Alepo y de ir á establecerse en las cercanías de Saide, donde vivia la familia de su hermosa querida, y fuéle preciso liquidar su caudal, con cuyo motivo se suscitó una quimera entre los dos socios para el repartimiento de las riquezas adquiridas entre ambos. El árabe mahometano tendió una emboscada al pobre Abulias; apostó testigos ocultos que, en una disputa con su asociado, le oyeron blasfemar de Mahoma, crimen mortal para un infiel: Abulias fué conducido á presencia del bajá y condenado á la horca.

Ejecutóse la sentencia, pero habiéndose roto la cuerda, el pobre Abulias cayó al pié del patíbulo, y lo dejaron por muerto en la plaza de las ejecuciones de muerte. Como los parientes de su novia habian obtenido que se les entregase el cadáver para enterrarle, con arreglo á los ritos de su religion, se llevaron el cuerpo à su casa, y advirtiéndose que Abulias daba señal de vida, le hicieron volver en sí, le escondieron en un sótano por algunos dias, y enterraron un ataúd vacío para no dar ninguna sospecha á los turcos; pero estos se habian maliciado la superchería, y de nuevo fué preso Abulias una noche, en el momento en que

parte, y el bajá, en virtud de un contesto del Coran, que era favorable al acusado, le ofreció la alternativa de ser ahorcado segunda vez, ó hacerse turco. Abulias prefirió esto último y practicó por algun tiempo el islamismo. Luego que se olvidó su aventura y no quedó duda de la sinceridad de su conversion, halló medio de escaparse de Alepo y de embarcarse para Chipre, donde de nuevo se hizo cristiano: casóse con la muger á quien amaba, púsose bajo la proteccion de los franceses, y pudo volver impunemente á Siria, donde continuaba su tráfico de buhonero, entre los drusos, los maronitas y los árabes. Este era el hombre que necesitábamos para viajar por aquellos países. Su habilidad en punto á cocina consistia en encender lumbré en el campo con arbustos espinosos ó boñiga seca de camello; en colgar una olla de cobre de dos estacas que se cruzan en su estremidad superior, y en hacer cocer arroz y gallinas, ó pedazos de carnero, en dicha olla. Tambien calienta en el fogon guijarros redondos, y cuando están casi incandescentes, los baña con una pasta de harina de cebada que él mismo amasa, y ese es nuestro pan.

17 de setiembre, 1832.

Hoy la muger y la hija de un jeque árabe de las cercanías han convidado á mi muger y á Julia á pasar el dia en el baño, que es la diversion de las mugeres del Oriente entre sí: un baño se anuncia con quince dias de anticipacion, como un baile en Europa. He aquí la descripcion de esa fiesta, tal cual me la ha hecho mi muger.

Las salas de baño son un sitio público cuya entrada les está vedada á los hombres todos los dias hasta cierta hora, para reservársele á las mugeres y todo el dia, cuando se trata de un baño para una novia, como el que voy á describir. Las salas están escasamente alumbradas por pequeñas claraboyas, cubiertas de vidrios iluminados; su pavimento es de mármoles de varios colores, trabajados con mucho primor: tambien las paredes están cubiertas de mármoles formando mosaicos, ó esculpidos en molduras ó columnillas moriscas. En esas salas el calor está graduado;—las primeras, á la temperatura del aire exterior, las segundas tibias, las otras sucesivamente mas calientes

dragoman ó intérprete en la persona de M. Mazoyer, jóven de origen frances, pero que, nacido y

parte, y el bajá, en virtud de un contesto del Coran, que era favorable al acusado, le ofreció la alternativa de ser ahorcado segunda vez, ó hacerse turco. Abulias prefirió esto último y practicó por algun tiempo el islamismo. Luego que se olvidó su aventura y no quedó duda de la sinceridad de su conversion, halló medio de escaparse de Alepo y de embarcarse para Chipre, donde de nuevo se hizo cristiano: casóse con la muger á quien amaba, púsose bajo la proteccion de los franceses, y pudo volver impunemente á Siria, donde continuaba su tráfico de buhonero, entre los drusos, los maronitas y los árabes. Este era el hombre que necesitábamos para viajar por aquellos países. Su habilidad en punto á cocina consistia en encender lumbre en el campo con arbustos espinosos ó boñiga seca de camello; en colgar una olla de cobre de dos estacas que se cruzan en su estremidad superior, y en hacer cocer arroz y gallinas, ó pedazos de carnero, en dicha olla. Tambien calienta en el fogon guijarros redondos, y cuando están casi incandescentes, los baña con una pasta de harina de cebada que él mismo amasa, y ese es nuestro pan.

17 de setiembre, 1832.

Hoy la muger y la hija de un jeque árabe de las cercanías han convidado á mi muger y á Julia á pasar el dia en el baño, que es la diversion de las mugeres del Oriente entre sí: un baño se anuncia con quince dias de anticipacion, como un baile en Europa. He aquí la descripcion de esa fiesta, tal cual me la ha hecho mi muger.

Las salas de baño son un sitio público cuya entrada les está vedada á los hombres todos los dias hasta cierta hora, para reservársele á las mugeres y todo el dia, cuando se trata de un baño para una novia, como el que voy á describir. Las salas están escasamente alumbradas por pequeñas claraboyas, cubiertas de vidrios iluminados; su pavimento es de mármoles de varios colores, trabajados con mucho primor: tambien las paredes están cubiertas de mármoles formando mosaicos, ó esculpidos en molduras ó columnillas moriscas. En esas salas el calor está graduado;—las primeras, á la temperatura del aire exterior, las segundas tibias, las otras sucesivamente mas calientes

dragoman ó intérprete en la persona de M. Mazoyer, jóven de origen frances, pero que, nacido y

hay un pilon labrado en mitad de las salas; solamente hay espitas siempre abiertas que vierten sobre el pavimento de mármol como hasta media pulgada de agua: el agua se escapa luego por tarreas y se renueva sin cesar. Lo que se llama baños en el Oriente no es una inmersión completa, sino una aspersion sucesiva, mas ó ménos caliente, y la impresion del vapor sobre el cútis.

Doscientas mugeres de la ciudad y de los alrededores estaban convidadas aquel dia al baño, entre ellas varias jóvenes europeas; todas llegaron embozadas en la inmensa sábana de lienzo blanco que cubre enteramente el soberbio traje de las mugeres, cuando salen. Todas iban acompañadas de sus esclavas negras, ó de sus criadas libres; á medida que iban llegando, se reunian en grupos, se sentaban sobre esteras ó almohadones dispuestos en el primer vestibulo, sus criadas les quitaban el lienzo que las cubria, y aparecian en toda la rica y pintoresca magnificencia de sus vestidos y de sus joyas. Estos vestidos tienen mucha variedad en cuanto al color de las telas y el número y brillo de los adornos; pero son muy informes en el corte.

Consisten en un pantalon con anchos pliegues de raso listado, anudado á la cintura con una faja de seda. Ganó con la asociación su comercio, y Abulias se halló, al cabo de pocos años, uno de los mercaderes mas acreditados del pais; pe-

los pechos, dejándolos descubiertos; las mangas son estrechas debajo del sobaco, y están abiertas desde el codo hasta la muñeca, dejando pasar una camisa de gasa de seda que cubre el pecho. Llevan por encima de esta saya una chaqueta de terciopelo de color brillante, forrada de piel de armiño ó de marta, y bordada de oro en todas las costuras, con las mangas igualmente abiertas.

El pelo se divide en mitad de la cabeza; una parte cae sobre el cuello; lo demas está trenzado y cae hasta los piés, alargado con otras trenzas de seda negra que imitan el pelo, de cuyas puntas penden otras trencillas de plata ú oro que con su peso las hacen flotar al rededor del talle; toda su cabeza está ademas sembrada de cadenillas de perlas, de zequíes de oro ensartados y de flores naturales, todo ello revuelto y tirado con increíble profusion.

Este lujo bárbaro produce el efecto mas pintoresco en las jóvenes de quince á veinte años; en lo alto del cráneo, algunas mugeres se ponen ademas un gorrito de oro cincelado en forma de copa volcada; de su centro salia una orla de oro que sostiene un moño de perlas, que ondea sobre la parte posterior de la cabeza.

Se escapaba por las puertas de la ciudad, y su calzado es unas do á presencia del bajá, contóle como se habia salvado, independientemente de toda voluntad de su

Los brazos están cubiertos de manijas de oro, de plata, de perlas; la garganta, de una multitud de collares que forman un tejido de oro ó de perlas sobre los pechos descubiertos.

Cuando estuvieron reunidas todas las mugeres, resonó una música bárbara: varias mugeres, con la parte superior del cuerpo envuelta en una simple gasa roja, lanzaban chillidos agudos y lastimeros y tocaban el pífano y el tamboril; aquella música, que no cesó en todo el día, daba á aquella escena de placer y de diversion un carácter de algazara y frenesí enteramente selvático.

Cuando se presentó la novia, acompañada de su madre y de sus amigas, y vestida con tanta magnificencia que su cabellera, su cuello, sus brazos y su pecho desaparecían enteramente bajo un flotante velo de guirnalda, de piezas de oro y de perlas, todas las bañadoras se apoderaron de ella y le fueron quitando, uno á uno todos sus vestidos; entre tanto las demás se dejaban desnudar por sus esclavas, y en seguida, empezaron las diferentes ceremonias y palabras, cada vez mas estravagantes, de una sala á otra; tomaron los baños de vapor, luego los baños de ablucion, luego hicieron correr sobre las mugeres las aguas perfumadas y untuosas; luego, en fin, principiaron los juegos, y todas aquellas mugeres hicieron con

nos pueblecillos en las faldas de las colinas, y grandes monasterios que coronan, como góticos castillos, las cimas de los montes intermedios. Ca-

agua á la cara; y la música aullaba cada vez mas estrepitosa, cada vez que alguna de aquellas travесuras provocaba las ruidosas carcajadas de las muchachas árabes. En fin, salieron del baño; las esclavas y las doncellas trenzaron de nuevo los cabellos húmedos de sus amas, les prendieron los collares y los brazaletes, les pusieron las sayas de seda y las chaquetas de terciopelo, tendieron cogines sobre las esteras en las salas, despues de haber enjugado el piso, y sacaron de los canastos y de los envoltorios de seda las provisiones dispuestas para lo colacion,—pasteles y dulces de toda especie, en que los turcos y los árabes son excelentes, sorbetes, guas de azahar y todas aquellas bebidas heladas de que hacen uso los orientales á todas horas del día: tambien trageron pipas y *narguiles* (1) para las mugeres de alguna edad; una nube de humo aromático llenó y oscureció la atmósfera; el café, servido en tazitas de china metidas en marcelinas de filigrana de oro y plata, no cesó de circular, y las conversaciones se animaron; luego entraron las bailarinas, que ejecutaron, á los sonidos de aquella misma música, las danzas egipcias y las monótonas evoluciones de la Arabia. Así se pasó todo el día, y solo hácia el anochecer aquella multitud de mu-

(1) Pipas persas mas complicadas que las ordinarias.—V. del T.

geres fué acompañando á la novia hasta casa de su madre. Esta ceremonia del baño suele hacerse algunos dias ántes del de la boda.

20 de Septiembre, 1832.

Ya que he completado nuestro establecimiento, me ocupo en organizar mi caravana para el viage al interior de la Siria y la Palestina. He comprado catorce caballos árabes, unos del Líbano, otros de Alepo y del desierto; he mandado hacer las sillas y los frenos al uso del pais, ricos y adornados de franjas de seda y de hilillo de oro y de plata. El respeto que se obtiene de los árabes está en proporcion directa del lujo que se ostenta; es preciso deslumbrarlos para herir su imaginacion y viajar con entera seguridad entre sus tribus; hago preparar nuestras armas y compro otras mas hermosas para armar á nuestros carvas. Estos carvas son unos turcos que reemplazan á los genizaros que la Puerta concedia en otro tiempo á los embajadores ó á los viajeros, quienes queria proteger, y que reunen el caracter de soldados al de magistrados; vienen á corresponder á los cuernos de gendarme de los Estados de Europa. Cada cónsul tiene uno ó dos de ellos, agregados á su persona; viajan á caballo con ellos, los anuncian en las ciudades por

donde deben pasar; van á visitar al jeque, al bajá, al gobernador; van á hacer desalojar y á disponer para ellos la casa de la ciudad ó de los pueblos que han elegido; protegen con su presencia y su autoridad toda caravana á que se los agrega;—llevan vestidos mas ó ménos espléndidos, segun el lujo ó la importancia de la persona que los emplea. Los embajadores ó los cónsules europeos son los únicos extranjeros que están autorizados para tenerlos; pero, gracias á los empeños de M. Jorelle y á la bondad del gobernador egipcio de Berut, se me han concedido varios. Dejaré algunos en casa para el servicio de mi muger y de mi Julia, y para su seguridad cuando tengan que salir, y me llevo al mas jóven, entendido y valiente de todos, para que vaya al frente de nuestro destacamento. Estos hombres son humildes, serviciales, atentos, y no ecsigen casi nada mas que hermosas armas, hermosos caballos y hermosos trages; viven, como casi todos los árabes que tengo á mi servicio, de tortas de harina de cebada y de fruta, duermen á cielo raso debajo de las moreras de los huertos ó en una tienda que he hecho levantar junto al sitio en que están los caballos.

El cónsul de Cerdeña, el señor Bianco, á quien vemos todos los dias como á un amigo de muchos años, nos facilita todos estos arreglos interiores, que me tendrán tranquilo por mi muger y mi hija

durante mi ausencia, y contribuirán tambien á nuestra propia seguridad en el camino, compro varias tiendas, y él me presta la mejor de las suyas.

22 de Septiembre, 1832.

Los terribles calores de Septiembre dilatan nuestra partida. Pasamos los dias haciendo y recibiendo visitas de todos nuestros vecinos, griegos, árabes, maronitas, y formando relaciones que deben hacernos grata esta residencia. En ninguna parte, halláramos en Europa, mas bondades que las que nos han prodigado aquí: estos pueblos no están acostumbrados á ver mas que á europeos dados al comercio, y cuyas relaciones tienen todas un objeto interesado; no comprenden al principio que se venga á habitar y á viajar entre ellos, únicamente para conocerlos y admirar su hermosa naturaleza y sus monumentos derruidos; empiezan por recelarse de las intenciones de un viajero, y como las tradiciones les hacen creer que en todas las ruinas están enterrados grandes tesoros, creen que tenemos el secreto de desenterrarlos y que este es el objeto de nuestros gastos y de nuestras fatigas: pero cuando una vez se ha logrado convencerlos de que no se viaja con esta mira, de que se va solamente á admirar la obra de Dios en las mas hermosas regiones del

mundo, á estudiar las costumbres, á ver y á amar á los hombres; cuando ademas se les ofrecen regalos sin pedirles en cambio mas que su amistad; cuando lleva uno consigo, como llevábamos nosotros, un médico y una botica, y se les distribuyen gratuitamente las recetas, las consultas y las medicinas; cuando ven que el extranjero que les llega es atendido y agasajado por los otros francos, que dispone de un hermoso buque, que le lleva á su arbitrio de un puerto á otro, y que no quiere cargarse con ningun objeto de comercio, su imaginacion concibe una idea de poder, de grandeza y desinterés que da al traste con todos sus sistemas, y pronto pasan de la desconfianza á la admiracion, y de la admiracion á una especie de cariño entusiasta.

Tal es su disposicion con respecto á nosotros. Todo el dia está lleno nuestro patio de árabes de las montañas, de monjes maronitas, de jeques drusos, de mugeres, de niños, de enfermos, que vienen ya de quince ó veinte leguas para vernos, pedirnos consultas y ofrecernos la hospitalidad, si queremos pasar por sus pueblos; casi todos hacen que los precedan regalos de vinos ó frutas del pais. Los recibimos bien, les hacemos tomar café, fumar, tomar sorbetes y helados: les doy en cambio de sus regalos, telas de Europa, algunas armas, un reloj, algunas hajas de poco valor, de que he traído gran provision, y se vuelven encantados de nuestra acogida.

y van á llevar á su tierra la reputacion del *emir Frangi*, (el príncipe de los Francos) que es el nombre que me han puesto, y el único con que soy conocido en todas las cercanías de Berut y aun en el pueblo; y como esta consideracion puede sernos de mucho provecho en nuestras correrías por esas montañas, M. Jorelle y los cónsules europeos tienen la bondad de no desengañarlos y de dejar pasar al humilde poeta por un personage poderoso en Europa.

Es imposible figurarse la rapidez con que circulan las noticias de boca en boca en la Arabia; ya se sabe en Damasco, en Alepo, en Latakié, en Saide, en Jerusalem, que ha llegado un estrangero á Siria y que va á recorrer estas regiones. En un pais donde hay poco movimiento en las cosas y en los ánimos, el mas pequeño suceso inusitado llega á ser de repente el objeto de todas las conversaciones; circula con la rapidez de la palabra, de una tribu á otra; la imaginacion sensible, eesaltada, de los árabes, lo abulta y lo colora todo, y en quince dias se forma una fama á cien leguas de distancia. Estas disposiciones de este pais, disposiciones de que lady Stanhope ha hecho esperiencia en otro tiempo, en circunstancias ~~parecidas á las mías,~~ nos son demasiado favorables para que nos quejemos de ellas: les dejamos que hagan y que digan, y acepto, sin desengañarlos, los títulos, las riquezas,

las virtudes imaginarias de que me ha dotado la imaginacion arabe, para deponerlos en seguida humildemente, volviendo á las justas proporciones de mi nativa medianía.

27 de Septiembre, 1832, torre de Facardin.

Hemos pasado todo el dia en la boda de la jóven siria-griega. La ceremonia empezó por una larga procesion de mugeres griegas, árabes, y sirias, que han venido, unas á caballo, otras á pié por los senderos de áloes y de moreras, á asistir á la novia durante este fatigoso dia. Ya de algunos dias y de algunas noches á esta parte, cierto número de esas mugeres no sale de la casa de Habib-Bárbara, ni cesa de prorumpir en gritos, cánticos y gemidos agudos y prolongados por el estilo de la gritería que arman los vendimiadores y los segadores en los collados de Francia en la época de la cosecha. Esos clamores, esos lamentos, esas lágrimas y esas alegrías de convencion deben impedir á la novia pegar los ojos algunas noches antes de la boda. Los viejos y los mozos de la familia del marido hacen otro tanto por su parte y no le dejan sosegar lo ménos en ocho dias. No puedo explicarme los motivos de este uso.

y van á llevar á su tierra la reputacion del *emir Frangi*, (el príncipe de los Francos) que es el nombre que me han puesto, y el único con que soy conocido en todas las cercanías de Berut y aun en el pueblo; y como esta consideracion puede sernos de mucho provecho en nuestras correrías por esas montañas, M. Jorelle y los cónsules europeos tienen la bondad de no desengañarlos y de dejar pasar al humilde poeta por un personage poderoso en Europa.

Es imposible figurarse la rapidez con que circulan las noticias de boca en boca en la Arabia; ya se sabe en Damasco, en Alepo, en Latakié, en Saide, en Jerusalem, que ha llegado un estrangero á Siria y que va á recorrer estas regiones. En un pais donde hay poco movimiento en las cosas y en los ánimos, el mas pequeño suceso inusitado llega á ser de repente el objeto de todas las conversaciones; circula con la rapidez de la palabra, de una tribu á otra; la imaginacion sensible, eesaltada, de los árabes, lo abulta y lo colora todo, y en quince dias se forma una fama á cien leguas de distancia. Estas disposiciones de este pais, disposiciones de que lady Stanhope ha hecho esperiencia en otro tiempo, en circunstancias ~~parecidas á las mías,~~ nos son demasiado favorables para que nos quejemos de ellas: les dejamos que hagan y que digan, y acepto, sin desengañarlos, los títulos, las riquezas,

las virtudes imaginarias de que me ha dotado la imaginacion arabe, para deponerlos en seguida humildemente, volviendo á las justas proporciones de mi nativa medianía.

27 de Septiembre, 1832, torre de Facardin.

Hemos pasado todo el dia en la boda de la jóven siria-griega. La ceremonia empezó por una larga procesion de mugeres griegas, árabes, y sirias, que han venido, unas á caballo, otras á pié por los senderos de áloes y de moreras, á asistir á la novia durante este fatigoso dia. Ya de algunos dias y de algunas noches á esta parte, cierto número de esas mugeres no sale de la casa de Habib-Bárbara, ni cesa de prorumpir en gritos, cánticos y gemidos agudos y prolongados por el estilo de la gritería que arman los vendimiadores y los segadores en los collados de Francia en la época de la cosecha. Esos clamores, esos lamentos, esas lágrimas y esas alegrías de convencion deben impedir á la novia pegar los ojos algunas noches antes de la boda. Los viejos y los mozos de la familia del marido hacen otro tanto por su parte y no le dejan sosegar lo ménos en ocho dias. No puedo explicarme los motivos de este uso.

Introducidos en los jardines de la casa de Habib, han hecho entrar á las mugeres en el interior de los divanes para dar el parabien á la novia, admirar su atavío y ver las ceremonias: á nosotros nos dejaron en el patio, ó nos hicieron entrar en un divan inferior, donde estaba servida una mesa á la europea, cargada de una multitud de frutas en dulce, de bizcochos y tortas, de licores y sorbetes, y toda la tarde se estuvo renovando esta colacion á medida que la despachaban los convidados, que eran muy numerosos. Yo logré por escepcion, introducirme hasta el divan de las mugeres en el momento en que el arzobispo griego daba la bendicion nupcial. La novia estaba de pié al lado del novio, cubierta desde la cabeza hasta los piés de un velo de gasa colorada bordada de oro: el sacerdote separó un instante el velo, y el jóven pudo vislumbrar por primera vez á la muger con quien iba á unir su vida, y que era admirablemente hermosa. La palidez de que cubrian sus mejillas el cansancio y la emocion, palidez realzada por los reflejos del velo colorado y los innumerables aderezos de oro, plata, perlas y diamantes de que estaba cubierta, y por las largas trenzas de su pelo negro que caian al rededor de su talle, sus pestañas pintadas de negro, igualmente que sus cejas y el borde de sus ojos, sus manos en que se veían las puntas de los dedos y de las uñas teñidas de en-

carnado, con el *kéné* (1) formando dibujos moriscos; todo daba á su hechicera hermosura un carácter de novedad y de solemnidad para nosotros, que nos dejó verdaderamente pasmados. Apenas tuvo tiempo su marido para mirarla; parecia rendido bajo el peso de las vigiliass y de las fatigas con que aquellos raros usos agotan hasta las fuerzas del mismo amor. El obispo tomó de manos de uno de sus sacerdotes una corona de flores naturales, la puso sobre la cabeza de la novia, la volvió á coger, la colocó sobre la cabeza del novio, otra vez la volvió á coger para ponerla sobre el velo de la esposa, y así la pasó varias veces de una cabeza á otra: luego les pusieron igualmente y les quitaron varias veces un anillo: partieron en seguida el mismo pan, bebieron el vino consagrado en la misma copa, hecho lo cual se llevaron á la novia á otras piezas, adonde solo las mugeres pudieron seguirla, para hacerla mudar de trage. El padre y los amigos del marido le llevaron por su parte al jardín, donde le hicieron sentarse al pié de un árbol, rodeado de todos los varones de su familia: entónces llegaron los músicos y los bailarines, y continuaron hasta despues de puesto el sol sus sinfonías bárbaras, sus agudos gritos y sus contorsiones al rededor del jóven, que se habia dormido al pié del

(1) En latin *lausonia*, planta polipétala, cuyo jugo tiene un color encarnado rojo y subido.—N. [del T.]

árbol y á quien sus amigos despertaban en vano á cada instante.

Cuando llegó la noche, le llevaron solo y en procesion hasta la casa de su padre: solo al cabo de ocho dias se le permitia al nuevo esposo ir á buscar á su muger y llevársela á su casa.

Las mugeres que atronaban con sus gritos la casa de Habib-Bàrbara, salieron tambien un poco mas tarde. No hay nada mas pintoresco que aquella inmensa procesion de mugeres y de muchachas vestidas del modo mas estraño y espléndido, cubiertas de brillantes pedrerías, rodeadas de sus criadas y sus esclavas, que llevaban hachas de pino resinoso para alumbrar su marcha, y prolongando así su luminosa fila por entre los largos y angostos senderos de àloes y de naranjos, en la orilla del mar, á veces en silencio, á veces prorumpiendo en gritos que resonaban hasta sobre las olas ó sobre los grandes plátanos del pié del Líbano. Volvimos á nuestra casa, inmediata á la quinta de Habib, dondo todavía oíamos el ruido de las conversaciones de las mugeres de la familia; subimos á nuestra azotea, y por largo rato seguimos con la vista aquellos fuegos errantes que circulaban por todas partes por entre los árboles en la llanura.

29 de Septiembre, 1832.

Se habla de una derrota de Ibrahim. Si el ejército egipcio llegase á experimentar un reves, la venganza de los turcos, oprimidos hoy aquí por los cristianos del Líbano, seria de temer, y podrian ocurrir graves escesos en las quintas y caseríos aislados particularmente como el nuestro. Me he decidido á alquilar tambien por precaucion, una casa en la ciudad; esta mañana hallé una que puede alojarnos á todos; se compone, como todos los palacios árabes, de un pasadizo oscuro que remata en la calle por una puerta de arco rebajado; este pasadizo conduce á un patio empedrado de mármol, y rodeado de divanes ó salas abiertas; en verano se pone un toldo sobre ese patio, y allí es donde están los árabes para recibir las visitas; un surtidor de agua corre y murmura en mitad del patio, y cuando no hay manantial, hay á lo ménos un pozo cerrado en uno de los ángulos; de ese patio se pasa á varias grandes piezas enlosadas de mosaicos ó de baldosas de mármol, y decoradas hasta una altura de como hasta dos piés, ó de mármol esculpido en nichos, ó de ensambladuras de cedro amarillo admirablemente labrado; para pasar de la primera parte de esos divanes á la se-

gunda hay que subir un escalon, y dicha segunda mitad está defendida por una balaustrada de madera primorosamente tallada; los esclavos y los criados están en la primera parte, de pié, con la taza de café, el sorbete ó la pipa en la mano; los amos están sentados sobre alfombras y reclinados sobre almohadones en la segunda:—en general, en el fondo de la pieza se halla una escalerita de madera escondida en la ensambladura y que conduce á una especie de tribuna elevada que ocupa el fondo de la estancia: esa tribuna da, á un lado, sobre la calle por ventanillas de arco diagonal guarnecidas de graciosos enrejados, y por el lado de la habitacion tiene tambien otros enrejados de madera en que los ebanistas del pais ostentan todo el arte de sus dibujos y de su ejecucion: esas tribunas son muy angostas, y no pueden contener mas que un divan cubierto de colchones y cogines de seda: allí es donde los turcos y los árabes ricos se retiran por la noche; los demas se contentan con echar almohadones en el suelo y sobre ellos duermen vestidos, sin mas manta ni sábana que las hermosas pieles que llevan generalmente.

Cinco ó seis piezas por este estilo hay en mi casa de la ciudad en el primer piso, y otras tantas en el segundo, ~~ademas de un gran número de pie-~~ ~~cecit~~ ~~as~~ ~~alt~~ ~~as~~ ~~é~~ ~~in~~ ~~de~~ ~~pend~~ ~~ientes~~ ~~para~~ ~~cri~~ ~~ados~~ ~~eu~~ ~~ro~~ ~~pe~~ ~~os~~; los jenizaros y los *sais* (criados árabes) duermen en la puerta de la calle, ó bajo el pasadizo ó

portal, ó en el patio; nunca se piensa en buscarles un sitio ó una cama; el pueblo aquí no tiene mas cama que el suelo y una estera de Egipto; la belleza del clima ha provisto á todo, y nosotros mismos experimentamos que no hay cielo de camas mas delicioso que este hermoso firmamento estrellado, adonde las ligeras brisas del mar traen un poco de frescura y brindan al sueño; hay poco ó ningun rocío, y basta cubrirse los ojos con un pañuelo de seda, para dormir á cielo raso sin ningun inconveniente.

Esta casa no es mas que una seguridad para mi muger y mi hija, en caso de retirarse Ibrahim Bajá; me he contentado con recoger las llaves, y no la ocupariamos sino en el caso de que el resto del pais fuese inhabitable. Bajo la garantía de los cónsules europeos, en una ciudad cerrada con murallas, y al lado de un puerto donde siempre están fondeados buques de todas las naciones, no puede haber peligro inminente para unos viajeros. He alquilado la casa de la ciudad por un año, á razon de mil piastras, es decir, sobre mil doscientos reales; las cinco casas reunidas no me cuestan mas que tres mil piastras, es decir, entre todo, unos cinco mil trescientos reales al año, por tener seis casas, de las cuales una sola, la de la ciudad, costaria por lo ménos mil duros en Europa.

Hay, en una legua de tierra, à la izquierda de la ciudad, una de las mas deliciosas habitaciones que pueden desearse en el mundo; pertenece à un rico comerciante turco, à quien he hecho proponer que me la ceda: no ha querido alquilármela; pero me ha ofrecido vendérmela por treinta mil pias-tras, es decir, sobre dos mil duros: se levanta en medio de un jardín muy espacioso, plantado de cedros, de naranjos, de vides, de higueras, y regado por una hermosa fuente de agua manantial; el mar la rodea por todos lados, y la espuma va à bañar el pié de las tapias; toda la hermosa rada de Berut se estiende à la vista con sus buques anclados, oyéndose desde allí el son del viento en las jarcias; la limita un antiguo castillo moruno que avanza dentro del mar, y está unida à hermosas praderas verdes por medio de puentes, y cuyas altas almenas se dibujan en sombra sobre el fondo de las nieves del Sannin, dejando ver en sus intervalos los centinelas de Ibrahim que se pasean por ellas mirando el mar.

La casa es mucho mas hermosa que la que acabo de alquilar. Todas las paredes están cubiertas de mármoles, admirablemente esculpidos; surtidores de agua eternos murmuran en medio de las piezas del piso bajo, y ~~largas balcones~~ enrejados y salientes que dan la vuelta à los pisos superiores, permiten à las mugeres pasar, sin ser vistas, los dias y las noches à cielo raso, y recrear sus mira-

das en el admirable espectáculo del mar, de las montañas y de las animadas escenas del puerto. El turco, dueño de la casa, me ha recibido perfectamente; me ha prodigado los sorbetes, las pipas y el café, y él mismo me acompañó à todas las piezas, despues de haber enviado à un eunuco negro à prevenir à sus mugeres que se retirasen à un pabellon del jardín; pero cuando llegamos à su habitacion ó harem, todavía no se habia ejecutado esta órden, y vimos cinco ó seis jóvenes, unas de quince à diez y seis años à lo mas, otras de veinte à treinta, en aquel lindo y hermoso trage de las mugeres árabes, y en todo el desórden de su atavío casero, que se levantaban precipitadamente de sus esteras y de sus divanes, las piernas al aire y descalzas, unas tapándose la cara con un velo, otras llevando en los brazos criaturas de pecho, con toda la vergüenza, con toda la confusion naturales en semejante sorpresa; metiéronse en un corredor oscuro y el eunuco se puso à la puerta. El comerciante árabe no pareció en manera alguna incomodado por aquella circunstancia, y visitamos todas las piezas interiores del harem, como hubiéramos podido visitar una casa de europeos.

VISITA A LADY ESTER STANHOPE.

Lady Ester Stanhope, sobrina del célebre ministro M. Pitt, despues de la muerte de su tio, dejó la Inglaterra y recorrió la Europa. Joven, hermosa y rica, en todas partes fué recibida con el agasajo y el interes que debian merecerle su clase, su caudal, su talento y su hermosura; pero siempre se negó á unir su suerte á la de sus mas dignos admiradores, y despues de haber pasado algunos años en las principales capitales de Europa, se embarcó con una numerosa comitiva para Constantinopla. Nunca se ha sabido el motivo de aquella espatriacion; unos la han atribuido á la muerte de un joven general inglés, muerto por entonces en España, y que un eterno dolor debia conservar siempre presente en el corazon de lady Ester; otros á una simple aficion á aventuras que el carácter animoso y emprendedor de aquella joven hacia probable en ella. Como quiera que sea, púsose en camino, pasó algunos años en Constantinopla y se embarcó en fin para la Siria en un buque ingles que llevaba tambien la mayor parte de sus tesoros, y valores inmensos en alhajas y regalos de toda especie.

Asaltó al buque una tempestad en el golfo de Macri, en la costa de Caramania, enfrente de la is-

la de Rodas, y fué á estrellarse en un arrecife á pocas millas de la playa. El buque se hizo pedazos y los tesoros de lady Stanhope fueron á fondo; ella se salvó de la muerte á duras penas, y fué llevada en una tabla á una islita desierta, donde pasó veinticuatro horas sin alimentos ni socorros, hasta que al fin unos pescadores de Marmoriza, que buscaban los despojos del naufragio, la descubrieron y la llevaron á Rodas, donde se hizo reconocer por el cónsul inglés. No entibió su resolucion aquel fatal suceso; volvióse á Inglaterra pasando por Malta, reunió los restos de su hacienda, vendió una parte de sus bienes, cargó un segundo buque de riquezas y de regalos para las regiones que se proponia recorrer, y se dió á la vela. Despues de una feliz travesía, desembarcó en Latakié, la antigua Laodicea, en la costa de Siria, entre Trípole y Alejandreta: establecióse en las cercanías, aprendió el árabe, se rodeó de todas las personas que podian facilitarle relaciones con las diferentes poblaciones árabes, drusas y maronitas del pais, y se preparó como yo, á hacer viages y descubrimientos en las partes ménos accesibles de la Arabia, de la Mesopotamia y del desierto.

Luego que se familiarizó bien con la lengua, el traje, las costumbres y los usos de los paises, organizó una numerosa caravana, cargó algunos camellos de ricos regalos para los árabes, y recorrió todas las partes de la Siria. Residió en Jerusa-

len, en Damasco, en Alepo, en Koms, en Balbek y en Palmira; hallándose en esta última residencia fué cuando las numerosas tribus de árabes errantes que le habian facilitado la entrada en aquellas ruinas, reunidas en número de cuarenta ó cincuenta mil personas, y prendadas de su hermosura, de su gracia y de su magnificencia, la proclamaron reina de Palmira, y le espidieron cédulas en virtud de las cuales todo europeo protegido por ella, podría visitar con toda seguridad el desierto y las ruinas de Balbeck y Palmira, con tal que se obligase á pagar un tributo de mil piastras. Este trato ecsiste todavía, y los árabes le cumplirían fielmente si se les diesen pruebas positivas de la proteccion de lady Stanhope.

Sin embargo, á su vuelta de Palmira, estuvo á punto de ser robada por una numerosa tribu de árabes, enemigos de los de Palmira. Avisóselo á tiempo uno de los suyos, y debió su salvacion y la de su caravana á una marcha forzada de noche, y á la velocidad de sus caballos, que anduvieron un espacio increíble por el desierto en veinticuatro horas. Volvió entónces á Damasco, donde residió algunos meses bajo la proteccion del bajá turco, á quien la Puerta la habia recomendado con empeño

Despues de una vida errante por todas las provincias del Oriente, lady Ester Stanhope se fijó por fin en una soledad casi inaccesible, en la cima de

una de las montañas del Líbano, cercana á Saide, la antigua Sidon. El bajá de San Juan de Acre, Abdala-Bajá, que le profesaba el mayor respeto y un afecto ilimitado, le concedió los restos de un convento y la aldea de Djioun, poblada por Drusos: lady Ester hizo construir varias casas rodeadas de una muralla, por el estilo de nuestras fortificaciones de la edad media, formó artificialmente un delicioso jardin al uso de los turcos, —jardin lleno de flores y de frutas, de emparrados y de kioskos enriquecidos con esculturas y pinturas arabescas,—aguas corrientes en targeas de mármol, surtidores de agua viva en medio de los kioskos,—bóvedas de naranjos de higueras y de limoneros. Allí vivió lady Stanhope algunos años con un lujo enteramente oriental, rodeada de gran número de dragomanes europeos ó árabes, de un numeroso séquito de mugeres, de esclavos negros, y en relaciones de amistad y aun de política con la Puerta, con Abdala-Bajá, con el emir Beschir, soberano del Líbano, y sobre todo, con los jeques árabes de los desiertos de Siria y de Bagdad.

Pronto su caudal, considerable todavía, disminuyó de resultas del trastorno de sus negocios ocasionado por su ausencia, y se halló reducida á seis ó siete mil duros de renta que todavía bastan en este pais para el tren de vida que lady Stanhope tiene precision de conservar. Con el tiempo las personas que la vinieron acompañando de Euro-

pa, murieron ó se ausentaron; la amistad de los árabes, que es preciso estar siempre fomentando con regalos, se entibió; las relaciones se hicieron ménos frecuentes, y lady Ester cayó en el completo aislamiento en que yo la encontré;—pero entón-ces cabalmente fué cuando mas manifestó el he-róico temple de su carácter, toda la energía, toda la constancia de resolución de aquella alma. No pensó en volverse atrás; no dió una sola lágrima al mundo ni á lo pasado; no flaqueó bajo el aban-dono, bajo el infortunio, bajo la perspectiva de la vejez y del olvido de los vivos; quedóse sola donde todavía está, sin libros, sin periódicos, sin cartas de Europa, sin amigos, hasta sin criados, rodeada solo de algunas negras y de algunos niños esclavos negros, y de cierto número de labradores árabes para cuidar su huerto, sus caballos, y atender á su seguridad personal. Se cree generalmente en el pais, y mis relaciones con ella me mueven á mí tambien á creer, que halla la fuerza sobrenatural de su alma y de su resolución, no solo en su ca-rácter, mas tambien en la ecsaltacion de sus ideas religiosas, en las que el iluminismo de Europa se halla confundido con algunas creencias orientales, y sobre todo, con las maravillas de la astrología. Sea como quiera, lady Stanhope es un gran nombre en Oriente, y un grande asombro para Europa (1).

(1) Hace algunos años que los periódicos ingleses y fran-ceses han anunciado la muerte de esta muger extraordinaria.
—N. del T.

Hallándome tan cerca de ella, deseaba verla, su pensamiento de soledad y meditacion tenia tanta simpatía aparente con mis propios pensa-mientos, que quise averiguar qué puntos de con-tacto habia tal vez entre nosotros; pero nada es mas difícil para un europeo, que ser admitido á su presencia, pues se niega á toda comunicacion con los viajeros ingleses, con las mugeres y hasta con los individuos de su familia. Poca esperanza tenia yo, pues, de serle presentado, y no llevaba ademas para ella ninguna carta de recomendacion; pero sa-biendo que conservaba algunas relaciones con los árabes de la Palestina y de la Mesopotamia, y que una recomendacion de su puño cerca de aque-llas tribus, podria serme de suma utilidad en mis futuras correrías, tomé el partido de enviarle un árabe portador de esta carta:

“Milady:

“Viajero como vd., estrangero como vd. en el Oriente, adonde como vd., solo vengo á buscar el espectáculo de su naturaleza, de sus ruinas y de las obras de Dios, acabo de llegar á Siria con mi familia, y contare en el número de los dias mas in-teresantes de mi viage, el dia en que conozca á una muger que es una de las maravillas de este Oriente que vengo á visitar.

“Si tiene vd. la bondad de recibirme, sírvase

hacerme saber el dia que mas le convenga, y decirme si debo ir solo, ó si puedo llevarle à vd. algunos de mis amigos que me acompañan, y que no apreciarían ménos que yo el honor de serle á vd. presentados.

“Deseo, milady, que esta súplica no fuerce en nada, su cortesía de vd. á concederme lo que pueda repugnar á sus hábitos de retiro absoluto. Comprendo hartó bien el precio de la libertad y el encanto de la soledad, para no comprender su negativa de vd. y para no respetarla.

“Quedo de vd., &c.”

No aguardé mucho tiempo la respuesta; el 30 á las tres de la tarde, el caballero de lady Stanhope, que es al mismo tiempo su médico, llegó á mi casa con órden de acompañarme á Djioun, residencia de aquella muger extraordinaria.

A las cuatro de la tarde nos pusimos en camino; yo, el doctor Leonardi, M. de Parseval, un criado y un guía, todos á caballo. Atravesé á media hora de Berut, un bosque de pinos magníficos, plantados por el emir Fakardin sobre un alto promontorio, cuya vista se estiende á la derecha sobre el tempestuoso mar de Siria, ~~y á la izquierda, sobre el~~ magnífico valle del Líbano,—punto de vista admirable, donde las riquezas de la vegetacion á el occidente, la vid, la higuera, la morera, el álamo piramidal; se unen à algunas enhiestas columnas de

palmeras del Oriente, cuyas anchas hojas hacia ondear el viento como un penacho sobre el fondo azul del firmamento. A pocos pasos de allí, se entra en una especie de desierto de arena roja acumulada en enormes y movibles olas como las del océano.—Hacia una tarde de recia brisa, y el viento las surcaba, las encrespaba, las revolvía como encrespa y revuelve las olas del mar.—Aquel espectáculo era nuevo y triste como una aparición del verdadero y vasto desierto que pronto iba yo á recorrer.—Ninguna huella de hombres ni de animales subsistía sobre aquella ondulosa arena; solo nos guiábamos por el rugido de las olas, á un lado y al otro por las transparentes cumbres del Líbano.—Pronto hallamos una especie de camino ó sendero sembrado de enormes peñones angulares.—Aquel camino, que sigue el mar hasta Egipto, nos condujo hasta una casa ruinada, resto de una antigua torre fortificada, donde pasamos las sombrías horas de la noche, tendidos sobre una estera y embozados en nuestras capas.—Apénas salió la luna, volvimos á montar á caballo.—Hacia una de aquellas noches en que el cielo está todo cubierto de estrellas, en que parece que la mas perfecta serenidad reina en aquellas profundidades etéreas que contemplamos desde esta tan baja hondura; pero donde la naturaleza al rededor nuestro parece que gime y se retuerce en sinietras convulsiones.—El desolado aspecto de la costa contribuía á agravar, hacia algunas leguas, es-

ta penosa impresion.—Habiamos dejado á nuestra espalda, con el crepúsculo, las hermosas laderas sombreadas, los verdes valles del Líbano.—Asperas colinas, sembradas de arriba á bajo de piedras negras, blancas y grises, reliquias de antiguos terremotos, se alzaban al lado de nosotros; á nuestra izquierda y á nuestra derecha, el mar agitado desde por la mañana por una sorda tempestad, desarrollaba sus ponderosas y amenazantes olas, que veíamos venir de lejos por la sombra que proyectaban delante de ellas, que azotaban luego la ribera, lanzando cada cual su trueno, y prolongaban en fin su ancha é hirviente espuma hasta el lindero de húmeda arena por donde caminábamos, inundando cada vez los cascotes de nuestros caballos y amenazando arrastrarnos consigo;—una luna, tan brillante como un sol de invierno, derramaba bastantes rayos de luz sobre el mar para descubrirnos su furor, y no suficiente claridad sobre el suelo que pisábamos para tranquilizar la vista en punto á los riesgos del camino.—Pronto el resplandor de un incendio se mezcló sobre la cima de las montañas del Líbano con las brumas blancas ó sombrías de la mañana, y derramó sobre toda aquella escena una tinta falsa y cenicienta, que no es ni el dia ni la noche, que no tiene ni el brillo del uno ni la serenidad de la otra; hora triste á la vista y al pensamiento, lucha de dos principios contrarios de que la naturaleza suele ofrecer

el doloroso espectáculo, y que con mas frecuencia hallamos en nuestro propio corazon.

A las siete de la mañana, con un sol abrasador, saliamos de Saide, la antigua Sidon, que se avanza sobre las olas como un glorioso recuerdo de una dominacion pasada, y trepábamos unos cerros calizos, desnudos, desgarrados, que, alzándose de piso en piso, nos llevaban á la soledad, que en vano buscábamos con los ojos. A cada cerro que subíamos, descubriamos otro mas alto que era preciso torcer ó subir; las montañas se encadenaban con las montañas, como los eslabones de una cadena, no dejando entre sí mas que profundas barrancas sin agua, blanqueadas, sembradas de peñones grises. Esas montañas están completamente despojadas de vegetacion y de tierras: son esqueletos de colinas que las aguas y los vientos han roído hace muchos siglos.—No me esperaba yo ciertamente hallar allí la morada de una muger que ha visitado el mundo, y que ha podido escoger su retiro en todo el universo.—En fin, desde lo alto de uno de aquellos pelados riscos tendí la vista sobre un valle mas profundo, mas ancho, limitado por todos lados por montañas mas magestuosas, pero no ménos estériles. En medio de aquel valle, como la base de una ancha torre, nacia la montaña de Djioun, y se redondeaba en bancos de rocas circulares que, adelgazándose á medida que se

acercaban á sus cimas, formaban en fin, un llano de algunos centenares de toesas de anchura, y se coronaban de una graciosa y verde vegetacion.— Una tapia blanca, flanqueada de un kiosko en uno de sus ángulos, rodeaba aquella masa de verdura.— Aquella era la morada de lady Ester: á las doce del dia llegamos á ella. La casa no es lo que se llama así en Europa,—no es siquiera lo que se llama casa en Oriente; es una estraña y confusa reunion de diez ó doce casitas; cada una de las cuales no contiene mas que una ó dos piezas en el piso bajo, sin ventanas, y separadas unas de otras por pequeños patios ó jardines, conjunto en un todo semejante al aspecto de esos pobres conventos que se hallan en Italia ó en España, sobre las altas montañas y pertenecen á órdenes mendicantes.— Segun su costumbre, lady Stanhope no se dejaba ver ántes de las tres ó las cuatro de la tarde, por lo que, para esperarla, nos llevaron á cada uno, á una especie de celda estrecha, sin luz y sin muebles. Sirviéronnos de almorzar, y nos tendimos sobre un divan aguardando á que se despertase la invisible señora de aquella romántica morada.— Quedéme dormido, y á las tres entraron á despertarme para anunciarme que ~~me esperaba milady.~~ ~~atravesé un patio, un jardin, un bellissimo kiosko,~~ luego dos ó tres corredores oscuros, y fuí introducido por un negrilla de seis á ocho años en el gabinete de lady Ester.—Reinaba en él una oscuri-

dad tan profunda, que apénas pude distinguir las facciones nobles, graves, dulces y magestuosas de la blanca figura que, en trage oriental, se levantó del divan y se adelantó alargándome la mano. Lady Ester parece tener unos cincuenta años; sus facciones son de aquellas que los años no pueden alterar; la frescura, los colores, la gracia se van con la juventud, pero cuando la belleza reside en la forma misma, en la pureza de las líneas, en la dignidad, en la magestad, en el pensamiento de un semblante de hombre ó de muger, la belleza cambia en las diferentes épocas de la vida, pero no pasa.— Tal es la de lady Stanhope.—Llevaba en la cabeza un turbante blanco, en la frente una venda ó tira de lana de color de púrpura que le caía por ambas sienes sobre los hombros. Un largo chal amarillo de Cachemira, un inmenso ropage turco de seda blanca, con mangas bobas, rodeaban toda su persona en sencillos y magestuosos pliegues, y solamente se veía en la abertura que dejaba aquella primera túnica sobre su pecho, un segundo vestido de tejido de lana de Persia, floreado, que subía hasta el cuello, prendido con un broche de perlas. Unos borceguies turcos de taflete amarillo bordado de seda, completaban aquel hermoso trage oriental que ella manejaba con la soltura y la gracia de una persona que nunca ha usado otro desde su juventud.

—De muy léjos ha venido vd. para ver á una ermitaña, me dijo; sea vd. bien venido; recibo pocos extranjeros, uno ó dos todo lo mas al año; pero su carta de vd. me ha gustado, y he deseado conocer á una persona que ama, como yo, á Dios, la naturaleza y la soledad. Una secreta voz me decia ademas que nuestras estrellas son amigas, y que nos convendríamos mútuamente: veo con placer que mi presentimiento no me ha engañado, y sus facciones de vd., el solo ruido de sus pisadas miéntras atravesaba vd. ese corredor, me han hecho conocerle á vd. lo bastante para que no me arrepienta de haber querido verle.—Sentémonos y hablemos.—Ya somos amigos.—¿Cómo, le dije, milady, honra vd. tan pronto con el título de amigo á un hombre cuyo nombre y cuya vida le son completamente desconocidos? vd. ignora quien soy yo.—Es verdad, repuso; no sé ni lo que vd. es segun el mundo, ni lo que ha hecho miéntras ha vivido entre los hombres; pero sé ya lo que es vd. delante de Dios. No me tome vd. por una loca, como me llama muchas veces el mundo; pero no puedo resistir á la necesidad de hablarle á vd. con el corazon en la mano. Hay una ciencia, perdida hoy en Europa, ciencia que nació en Oriente, donde nunca ha perecido y donde todavía vive.—Yo la poseo.—Yo leo en los astros.—Todos somos hijos de alguna de esas luminarias que presidieron á

nuestro nacimiento, y cuya feliz ó maligna influencia está escrita en nuestros ojos, en nuestras frentes, en todas nuestras facciones, en los lineamientos de nuestra mano, en la forma de nuestro pié, en nuestros ademanes, en nuestro porte; no hace mas que un minuto que le estoy viendo á vd., y sin embargo, le conozeo como si hubiéramos vivido juntos un siglo.—¿Quiere vd. que le revele á sí mismo?—¿Quiere vd. qué le prediga su destino?—Guárdese vd. de hacerlo, milady, le respondí sonriendo; no niego lo que ignoro; no aseguraré que en la naturaleza visible é invisible en que todo se enlaza, todo se encadena, séres de un orden inferior, como el hombre, no están bajo la influencia de séres superiores, como los astros ó los angeles; pero no tengo necesidad de su revelacion para conocerme á mí mismo,—corrupcion, debilidad, miseria!—Y en cuanto á los arcanos de mi destino futuro, temeria profanar á la Divinidad, que me los oculta, si se los preguntase á la criatura.—En punto á porvenir, no creo mas que en Dios, en la libertad y en la virtud.

No importa, me dijo, crea vd. lo que quiera; yo en cuanto á mí veo evidentemente que vd. ha nacido bajo la influencia de tres estrellas prósperas, poderosas y buenas que le han dotado de cualidades enteramente análogas, y le conducen á un fin que yo podria, si quisiera, indicar á vd. hoy mis-

mo.—Dios le trae á vd. aquí para iluminar su alma; vd. es uno de esos hombres de deseos y de buena voluntad que él necesita, como instrumentos, para las obras maravillosas que pronto va á consumir entre los hombres. —¿Cree vd. que ya haya llegado el reinado del Mesías?—He nacido cristiano, le dije; con esto le respondo á vd.—¿Cristiano! replicó frunciendo ligeramente el ceño;—yo tambien soy cristiana; pero el que vd. llama Cristo ¿no ha dicho:—“Yo os hablo todavía por parábolas, pero el que ha de venir despues de mí os hablará en espíritu y en verdad?”—¿Pues bien, ese es el que esperamos! ¿Ese es el Mesías que no ha venido aún, que no está léjos, que verémos con nuestros ojos, y para cuya venida todo se prepara en el mundo!—¿Qué responderá vd? ¿Y como podrá vd. negar ó retorcer las palabras mismas de su evangelio que acabo de citarle? ¿Qué motivos tiene vd. para creer en Cristo?

Permítame, vd., milady, repuse, que no entre con vd. en semejante discusion, en que tampoco entre con migo mismo.—Hay dos luces para el hombre; una que ilumina la mente, que está sujeta á la discusion, á la duda, y que muchas veces no conduce mas que al error y al estravío; otra que ilumina el corazon, y que nunca engaña, porque es justamente evidencia y conviccion, y para nosotros, míseros mortales, la verdad no es mas que una conviccion.

¡Dios solo posee la verdad de otro modo y como verdad; nosotros no la poseemos mas que como fé!
—Yo creo en Cristo, porque ha traído á la tierra la doctrina mas santa, mas fecunda, y mas divina que ha derramado jamas su luz sobre la inteligencia humana.—Una doctrina tan celestial no puede ser el fruto de la ilusion y de la mentira.—Cristo lo ha dicho como lo dice la razon.—Las doctrinas se conocen por su moral, como el árbol por sus frutos; los frutos del cristianismo, —hablo de sus frutos venideros, mas aún que de sus frutos ya recogidos y corrompidos, son infinitos, perfectos y divinos;— luego la doctrina en sí misma es divina;—luego su Autor es un verbo divino, como él se llamaba á sí mismo.—He aquí por qué soy cristiano, he aquí toda mi controversia religiosa conmigo mismo; con los demas no tengo ninguna; no se le prueba al hombre sino lo que ya cree.—Pero en fin, repuso lady Ester, ¿encuentra vd el mundo social, político y religioso bien ordenado? ¿Y no siente vd. lo que todos sienten, la falta, la necesidad de un revelador, de un redentor, del Mesías que aguardamos y que ya vemos en nuestros deseos?

—¡Oh! en cuanto á eso, le dije, esa es ya otra pregunta. Nadie mas que yo padece y gime oyendo el gemido universal de la naturaleza, de los hombres y de las sociedades: nadie declara mas sin rehusos los enormes abusos sociales, políticos y re-

ligiosos; nadie desea ni espera mas un reparador de esos intolerables males de la humanidad; nadie está mas convencido de que ese reparador ha de ser necesariamente divino! — Si á esto llama vd. esperar un Mesías, le espero como vd., y mas que vd., suspiro por su prócsima aparicion; como vd., y mas que vd., veo en las vacilantes creencias del hombre, en el tumulto de sus ideas, en el vacío de su corazon, en la depravacion de su estado social, en los repetidos sacudimientos de sus instituciones políticas, todos los síntomas de un trastorno, y por consiguiente de una cercana é inminente renovacion. Creo que Dios se manifiesta siempre en el momento preciso en que todo lo que es humano es insuficiente, en que el hombre confiesa que nada puede para sí mismo. A esa situacion ha llegado el mundo; creo, pues, en un Mesías cercano á nuestra época; pero en ese Mesías no veo á Cristo, que nada mas tiene que darnos en punto à virtud y verdad; veo al que Cristo ha anunciado que vendrá despues de él, — á ese Espíritu santo; siempre en accion, siempre asistiendo al hombre, siempre revelándole, segun el tiempo y las necesidades, lo que debe hacer y saber. — Que ese espíritu divino se encarne en un hombre ó en una doctrina, en un hecho, ó en una idea, poco importa; siempre es él; hombre ó doctrina, hecho ó idea, espero en él y le aguardo, y mas que vd., milady, le invoco! Ya ve

vd. que podemos entendernos, y que nuestras estrellas no son tan divergentes como ha podido hacérselo á vd. creer esta conversacion.

Sonrióse oyendo esto, y sus ojos, á veces algo sombríos miétras me oía confesarle mi racionalismo cristiano, se iluminaron con una ternura de mirada y una luz casi sobrenatural.

—Crea vd. lo que quiera, me dijo, no por eso deja vd. de ser uno de aquellos hombres que yo esperaba, que la Providencia me envia, y que tienen una gran parte de trabajo reservado en la obra que se prepara: pronto volverá vd. á Europa; la Europa acabó; la Francia solo tiene una gran mision que cumplir aún; vd. tendrá parte en ella, no sé todavía cómo, pero puedo decírselo á vd. esta noche, cuando haya consultado sus estrellas.

—Todavía no sé los nombres de todas; ahora veo mas de tres; cuatro distingo, acaso cinco, y, ¿qué sé yo? mas aún. Una de ellas es seguramente Mercurio, que da la claridad y el color à la inteligencia y à la palabra: vd. debe ser poeta: eso se lee en sus ojos de vd. y en la parte superior de su rostro; mas abajo, está vd. bajo el imperio de astros enteramente diferentes, casi opuestos; hay una influencia de energía y de accion; tambien hay algo de sol, añadió de repente, en la postura de su cabeza de vd. y en el modo como la inclina vd. sobre el hombro izquierdo. — Dé vd. gracias á Dios; hay po-

cos hombres que hayan nacido bajo mas de una estrella, pocos cuya estrella sea próspera, ménos aún, cuya estrella, aunque sea favorable, no esté equilibrada por el influjo maligno de una estrella opuesta: vd., por lo contrario, tiene muchas y todas están en armonía para servirle, y todas se ayudan entre sí en su favor. ¿Cuál es su nombre de vd.?—Se lo dije.—¡Nunca le habia oído (1)! repuso con el acento de la verdad.

—Hé ahí, milady, lo que es la gloria.—He compuesto algunos versos en mi vida que han hecho repetir un millon de veces mi nombre por todos los ecos literarios de Europa; pero ese eco es demasiado débil para atravesar sus mares y sus montañas de vd., y aquí soy un hombre enteramente nuevo, un hombre completamente desconocido, un nombre nunca pronunciado! Eso mismo me hace mas lisonjera la benevolencia que vd. me prodiga, pues no la debo mas que á vd. y á mí.

—Sí, me dijo, poeta ó no, vd. me es simpático y espero en vd.: ¡nos volveremos á ver, esté vd. seguro! Usted regresará al Occidente; pero no tardará mucho en volver á Oriente: esta es su patria de vd.

(1) Sin embargo, la carta que le escribió el autor, probablemente iria firmada. A la cñenta lady Ester, que, á lo que parece, estaba algo tocada de la cabeza, lo habria olvidado.—N. del T.

—Es á lo ménos, le dije, la patria de mi imaginacion.—No se ria vd., repuso; esta es la verdadera patria de vd., la patria de sus padres. Ahora estoy segura de ello; mire vd. su pié.—No veo en él, le dije, mas que el polvo de los senderos, que le cubre, y de que me avergonzaria en un salon de Europa.—No, no es eso, prosiguió:—mire vd. su pié:—ni yo mismo lo habia reparado.—Mire vd.: el empeine es muy elevado, y cuando el pié está posado en el suelo, deja entre el talon y los dedos un espacio suficiente para que pase el agua por él sin mojarle.—Ese es el pié del àrabe, el pié del Oriente; vd. es un hijo de estos climas, y ya está cercano el dia en que cada cual volverà á la tierra de sus padres.—Nos volveremos á ver.—Entre entónces un esclavo negro, y postrándose delante de ella, la frente sobre la alfombra y las manos sobre la cabeza, le dijo algunas palabras en àrabe.—Vaya vd., me dijo; ya está dispuesta la comida; coma vd. aprisa y vuelva pronto; voy á ocuparme en vd. y á ver mas claro en la confusion de mis ideas acerca de su persona y su porvenir de vd. Yo nunca como con nadie; vivo muy sóbriamente; pan y un poco de fruta, á las horas en que se deja sentir la necesidad, me bastan, y no debo poner á un huésped á mi régimen.—Condujéronme á una glorietta de jazmin y adelfa, á la puerta de sus jardines, donde estaba puesta una mesa para M. de Parceval y para mí, comimos muy aprisa, pero la-

dy Ester no esperó á que acabáramos, y envió á Leonardi á decirme que me aguardaba.—Acudí al instante y la encontré fumando una larga pipa oriental; me hizo traer otra. Ya estaba yo acostumbrado á ver fumar á las mugeres mas elegantes y hermosas del Oriente, y no me chocaban en manera alguna aquella graciosa é indolente actitud, ni aquel aromático humo que se echala en leves columnas de los labios de una hermosa, interrumpiendo la conversacion sin enfriarla.—Mucho tiempo hablamos así sobre el asunto favorito, sobre el tema único y misterioso de aquella muger extraordinaria, moderna maga, que recuerda enteramente las famosas magas de la antigüedad.—Circe de los desiertos.

Parecióme que las doctrinas religiosas de lady Ester eran una mezcla hábil, aunque confusa, de las diferentes religiones en medio de las cuales se ha condenado á vivir, misteriosa como los drusos, cuyo secreto místico ella sola acaso conoce en el mundo; resignada como el musulman, y fatalista como él; con el judío, aguardando el Mesías, y con el cristiano, profesando la adoracion de Cristo y la práctica de su caritativa moral. Añádase á esto los colores fantásticos y los sueños sobrenaturales de una imaginacion teñida de Oriente y acalorada por la soledad y la meditacion, algunas revelaciones, tal vez, de los astrólogos arabes, y se formará

una idea de aquel singular y sublime compuesto, que es mas cómodo llamar locura, que analizar y comprender.—No, esta muger no está loca.—La locura, que se escribe en caracteres harto evidentes en los ojos, no está escrita en su hermosa y recta mirada; la locura, que se revela siempre en la conversacion, cuyo hilo corta siempre con arranques bruscos, desordenados, escéntricos, no se percibe ni aun remotamente en la conversacion elevada, mística, nebulosa, pero sostenida, lógica y vigorosa de lady Ester.—Si yo hubiera de pronunciar un juicio, diria mas bien que es una locura voluntaria, estudiada, que se conoce á sí misma, y que tiene sus razones para parecer locura.—La poderosa admiracion que su genio ha ejercido y ejerce todavía sobre las poblaciones árabes que rodean las montañas, prueba suficientemente que esa supuesta locura no es mas que un medio. Los hombres de esta tierra de prodigios, estos hombres de las rocas y de los desiertos; cuya imaginacion es mas colorada y brumosa que el horizonte de sus arenales ó de sus mares, necesitan la palabra de Mahoma ó de lady Stanhope! ¡Necesitan el comercio de los astros, las profecías, los milagros, la segunda vista del genio!—Lady Stanhope ha comprendido, primeramente por la alta capacidad de su inteligencia verdaderamente superior; luego, tal vez, como todos los séres dotados de vastas facultades intelectuales, ha acabado por seducirse así misma, y por

ser la primera neófito del símbolo que se había creado para otros.

Tal es el efecto que esta muger ha producido sobre mí; no se la puede juzgar ni clasificar con una sola palabra; es una estatua de inmensas dimensiones que no se puede juzgar mas que desde su punto de vista.—No me sorprenderia que algun dia, no lejano, realizase una parte del destino que se promete á sí mismo, un imperio en la Arabia, un tróno en Jerusalem!—La menor conmocion política, en la region del Oriente que habita, podria elevarla hasta ese grado.—No tengo sobre ese punto, le dije, mas que una reconvenccion que hacer á su genio de vd., y es la de haber sido demasiado tímida con los sucesos y no haber empujado, bastante á su fortuna hasta donde podia conducir-la.—Vd. habla, me respondió, como un hombre que cree todavía demasiado en la voluntad humana, y no bastante en el irresistible imperio del destino solo; mi fuerza reside solo en él. Yo le espero, no le llamo; voy envejeciendo, mi caudal ha disminuido mucho, ahora me hallo sola y abandonada á mí misma sobre esta roca desierta, espuesta á ser presa del primer atrevido que quisiera forzar mis pñertas, rodeada de un puñado de criados infieles y de esclavos ingratos que me despojan todos los dias, y á veces amenazan mi vida; no hace mucho que se la debí á este puñal, del que tuve que servirme para defender mi pecho de un esclavo

negro á quien he criado! Pues bien, en medio de todas estas tribulaciones, soy feliz; á todo respondo con la palabra sagrada de los musulmanes: ¡Alá Kenin! ¡la voluntad de Dios! y aguardo con confianza el porvenir de que le he hablado á vd., y del que quisiera inspirarle la certidumbre que debe vd. tener.

Despues de haber fumado varias pipas y tomado varias tazas de café que nos traian los esclavos negros de cuarto en cuarto de hora:—Venga vd., me dijo, que quiero llevarle á un santuario donde no dejo penetrar á ningun profano; hablo de mi jardin.—Llegamos á él bajando unos escalones, y recorrí con ella, verdaderamente encantado, uno de los mas hermosos jardines turcos que he visto todavía en Oriente.—Sombríos emparrados cuyas bóvedas de verdura sostenian, como millares de arañas, las espléndidas uvas de la tierra prometida; kioskos en que los arabescos esculpidos se entrelazaban con los jazmines y las plantas rastreras enredaderas del Asia; estanques adonde un agua artificial, es cierto, iba desde una legua á murmurar y á alzarse en los caños de mármo; calles de arena ribeteadas de todos los árboles frutales de Inglaterra, de Europa, de aquellos hermosos climas; verdes praderas sembradas de arbustos, y de compartimentos de tiestos de mármo cubiertos de flores nuevas para mis ojos:—tal era aquel jardin. Sentámonos en varios de los kioskos que le ador-

nan, y nunca la inagotable conversacion de lady Ester perdió el tono místico y la elevacion de argumento que habia tenido por la mañana.

Una vez que el hado, me dijo en fin, le ha enviado á vd. aquí, y que una simpatía tan admirable entre nuestros astros me permite confiarle á vd. lo que ocultaria á tantos profanos, venga vd., que quiero hacerle ver con sus ojos un prodigio de la naturaleza, cuyo destino solo es conocido de mí y de mis adeptos;—las profecías del Oriente le habian anunciado hace muchos siglos, y vd. mismo va á juzgar si se han cumplido esas profecías.—Abrió, esto diciendo, una puerta del jardin que daba sobre un pequeño patio interior donde ví dos magníficas yeguas árabes de primera raza y de una rara perfeccion de formas.—Acérquese vd., me dijo y mire esa yegua baya; vea si la naturaleza no ha consumado en ella todo lo que está escrito acerca de la yegua que ha de llevar sobre sus lomos al Mesías:—nacerá ensillada.

Ví en efecto en aquel hermoso bruto un capricho de la naturaleza bastante singular para fomentar la ilusion de una credulidad vulgar entre pueblos semi-bárbaros:—La yegua tenia entre los cuartos delantero y trasero una cavidad tan espaciosa, y que imitaban tan perfectamente la forma de una silla turca, que se podia decir con verdad que habia nacido ensillada, y salvo la falta de los estribos, se la podia en efecto montar sin que necesita-

se una silla artificial:—aquella yegua bellísima por todo lo demas, parecia acostumbrada á la admiracion y al respeto que le manifestaba lady Stanhope y sus esclavos, y presentir la dignidad de su futura mision; nadie la ha montado nunca, y dos palafreneros árabes la cuidan y la vigilan constantemente, sin perderla de vista un solo instante. Otra yegua blanca, y en mi concepto infinitamente mas hermosa, divide, con la yegua del Mesías, el respeto y los cuidados de lady Stanhope; nadie la ha montado tampoco. Lady Ester no me dijo, pero me dió á entender que, aunque el destino de la yegua blanca era ménos santo, tenia tambien sin embargo un destino misterioso é importante, y creí comprender que lady Stanhope la reservaba para montarla ella el dia en que efectuase su entrada, al lado del Mesías, en la Jerusalem reconquistada. Despues de haber hecho pasear un rato aquellos dos hermosos animales por un prado fuera del recinto de la fortaleza, y gozado de la admirable flexibilidad y gracia de sus movimientos, volvimos al jardin, y reiteré á lady Ester mis instancias para que me permitiese, en fin, presentarle á M. de Parseval, mi amigo y mi compañero de viage, que me habia seguido, á pesar mio, á su casa, y que me esperaba en vano desde por la mañana, un favor de que estaba tan deseoso.—Consintió al cabo en ello, y los tres pasamos juntos la tarde y parte de la noche en el saloncito que ya

he descrito. Volvieron á aparecer el café y las pipas con la profusion propia del Oriente, y pronto se llenó la estancia de una humareda tal, que no veíamos á lady Stanhope sino al trasluz de una atmósfera semejante á la atmósfera mágica de las evocaciones. Habló con la misma energía, con la misma gracia, la misma facundia; pero con infinitamente ménos énfasis y misterio que cuando estaba sola conmigo, sobre asuntos ménos sagrados para ella.—Supongo, me dijo de pronto, que es vd. aristócrata; no lo dudo al verle á vd.—Se engaña vd., milady, le respondí. No soy ni aristócrata, ni demócrata; he vivido bastante para ver las dos caras de la medalla del hombre, y para hallarlas tan vanas una como otra; no soy ni aristócrata, ni demócrata; soy hombre, y partidario exclusivo de todo lo que puede mejorar y perfeccionar al hombre todo entero, ya haya nacido en lo alto, ya al pié de la escala social! No estoy ni por el pueblo, ni por los grandes, sino por la humanidad entera, y no creo que exista ni en las instituciones aristocráticas, ni en las instituciones democráticas, la virtud exclusiva de perfeccionar á la humanidad; esa virtud no reside mas que en una moral divina, fruto de una religion perfecta! ¡La civilizacion de los pueblos es su fé!—Verdad es eso, me respondió; pero sin embargo yo soy aristócrata á pesar mio, y vd. convendrá en que, si hay vicios en la aristocracia,

á lo ménos hay al lado de ellos altas virtudes para rescatarlos y compensarlos, al paso que en la democracia veo los vicios, y los vicios mas bajos y envidiosos; pero busco en vano las altas virtudes.—No es eso, milady, le dije; por ambas partes hay vicios y virtudes, pero en las altas clases, hasta esos mismos vicios tienen un lado brillante; en la clase inferior, por el contrario, esos vicios se manifiestan en toda su desnudez, y hieren mas el sentimiento moral en la mirada que los contempla; la diferencia está en la apariencia, y no en el hecho;—pero en realidad de verdad, el mismo vicio es mas vicio en el hombre rico, elevado é instruido, que en el hombre sin luces y sin pan,—porque en uno el vicio es de eleccion, en el otro, de necesidad:—despreciémosle pues, donde quiera, y mas aún en la aristocracia viciosa; y no juzguemos á la humanidad por clases sino por hombres; los grandes tendrian los vicios del pueblo si fueran pueblo, y los pequeños tendrian los vicios de los grandes, si fueran grandes! La balanza es igual, no pesemos.—¡Bien! será así, me dijo, pero déjeme vd. creer que es vd. aristócrata como yo; me seria doloroso creerle á vd. del número de esos jóvenes franceses que levantan la espuma popular contra todas las ilustraciones que han hecho Dios, la naturaleza y la sociedad, y que derriban el edificio para formarse, con sus ruinas, un pedestal para su envidiosa bajeza!—No, le dije, tran-

quilícese vd.; no soy de esos hombses; solo soy de los que no desprecian lo que esrá debajo de ellos en el órden social, aunque respetando siempre lo que está encima, pero cuyo deseo ó cuyo sueño seria llamar á todos los hombres, independientemente de su grado en las gerarquías arbitrarias de la política, à la misma luz, à la misma libertad y à la misma perfeccion moral! Y pues que vd. es religiosa, pues cree que Dios ama igualmente à todos sus hijos, y espera un segundo Mesías para enderezar todas las cosas, sin duda piensa vd. como ellos y como yo.—Sí, repuso; pero yo ya no me ocupo en política humana; ya he visto bastante, demasiado en los diez años que he pasado en el despacho de M. Pitt, mi tio, cuando todas las intrigas de Europa venian à resonar al rededor de mí;—jóven, he despreciado à la humanidad, y no quiero volver à oír hablar de ella: todo lo que hacen los hombres para los hombres es infructuoso, las formas me son indiferentes.—Y à mí tambien, le dije.—El fondo de las cosas es Dios y la virtud.—Esactamente, lo mismo pienso yo, le respondí, con que así no hablemos de ello, pues estamos de acuerdo.

Pasando á asuntos ménos graves, y bromeando sobre la especie de adivinacion que la hacia comprender á un hombre todo entero á la primera mirada y à la sola inspeccion de su estrella, puse su

sabiduría à prueba, y la consulté sobre dos ó tres viajeros conocidos mios, que en el discurso de quinze años la habian visitado: admiróme la perfecta lucidez de su juicio sobre dos de aquellos hombres. Analizó entre otros, con una prodigiosa perspicacia de inteligencia, el carácter de uno de ellos, que yo conocia perfectamente, carácter difícil de comprender á primera vista, grande, pero velado bajo las mas seductoras apariencias de bondadosa vulgaridad; y lo que mas me sorprendió, y me hizo admirar mas la inflexible memoria de aquella muger, fué que aquel viajero no habia pasado mas que dos horas con ella, y que habian trascurrido diez y seis años entre la visita de aquel hombre y la cuenta que yo le pedia de la impresion que su vista habia producido en ella.—La soledad concentra y robustece todas las facultades del alma.—Los profetas, los santos, los grandes hombres y los poetas, lo han comprendido maravillosamente,—y á toda su naturaleza les hace buscar el desierto ó el aislamiento entre los hombres.

Como siempre, el nombre de Bonaparte ocurrió en la conversacion.—Yo creía, le dije, que su fanatismo de vd. por ese hombre pondria una barrera entre nosotros.—No he sido fanática, me respondió, mas que de sus desgracias y de compasion hácia él.—Y yo tambien, repliqué, de modo que tambien en eso estamos de acuerdo.

No podia yo esplicarme cómo una muger religiosa y moral adoraba la fuerza sola sin religion, sin moral y sin libertad! Bonaparte fué un gran reconstructor, sin duda; rehizo el mundo social, pero no se cuidó mucho de los elementos con que le recomponia; amasó su estatua con barro é interes personal, en vez de labrarla en los sentimientos divinos y morales, la virtud y la libertad!

Así se nos pasó la noche recorriendo libremente y sin afectacion por parte de lady Ester todos los asuntos que trae una palabra y se lleva en la conversacion á la ventura. Conocia yo que ninguna cuerda faltaba á aquella alta y firme inteligencia, y que todas las teclas del clave espedian un sonido entonado, fuerte y lleno,—escepto tal vez la cuerda metafisica, que un esceso de tension y soledad habia desentonado ó elevado á un diapason demasiado alto para la inteligencia mortal.—Separámonos con sincero sentimiento por mi parte y con muestras del mismo por la suya.

—Nada de despedida, me dijo, nos volverémos á ver muchas veces en este viage, y mas aún en otros viages que vd. no proyecta siquiera todavía. Vaya vd. á descansar y acuérdesse de que deja una amiga en las soledades del Líbano.—Presentóme su mano, yo puse la mia sobre mi corazon, á la manera de los árabes, y nos retiramos.

Al dia siguiente, á las cuatro de la madrugada, estábamos M. de Parseval y yo á caballo en la es-

carpada pendiente que baja de su monasterio al profundo valle del torrente Belo; vadeamos sus aguas menguadas por los calores del verano, y empezamos á subir las altas montañas del Líbano, que separan á Djioun de Deir-el-Kammar, ó el convento de la Luna, palacio del emir Beschir, príncipe soberano de los drusos y de todas las montañas del Líbano. Lady Ester nos habia dado su médico para servirnos de dragoman, y uno de sus palafreneros árabes por guia.—Llegamos, al cabo de dos horas de camino, á un valle mas profundo, mas angosto y mas pintoresco que ninguno de cuantos habiamos ya recorrido. A derecha é izquierda se alzaban, como dos murallas perpendiculares, de tres á cuatrocientos piés de altura, dos cordilleras de montes, que parecian haber sido separadas recientemente una de otra por un martillazo del Hacedor de los mundos, ó acaso por el terremoto que sacudió el Líbano hasta en sus cimientos, cuando el Hijo del Hombre, entregando su alma á Dios, no léjos de aquellos mismos montes, eshaló aquel último suspiro que ahuyentó el espíritu de error, de opresion y de mentira, y esparció la verdad, la libertad y la vida sobre un mundo renovado.—Los gigantescos peñones, desprendidos de las dos laderas de las montañas, obrados como guijarros por la mano de los niños, en el cauce de un arroyo, formaban el cauce horrible, profundo, inmenso, erizado, de aquel torrente

en seco; algunas de aquellas piedras formaban moles mas elevadas y mas largas que altas casas. Unas estaban colocadas á plomo como cubos sólidos y eternos; otras, suspendidas sobre sus ángulos y sostenidas por la presion de otras peñas invisibles, parecia que estaban cayendo aún, y que rodaban siempre, y presentaban la imágen de una ruina en accion, de una caída incesante, de un caos de piedras, de una inagotable avalancha de peñascos:—peñascos de color fúnebre, gris, negros, jaspeados de fuego y de blanco, opacos:—olas petrificadas de un rio de granito; ni una gota de agua en los profundos intersticios de aquel cauce calcinado por el sol ardiente de la Siria;—ni una yerba, ni un tallo, ni una planta rastrera en aquel abismo ni en sus erizadas laderas; era aquello un tin oceano de piedras, una catarata de peñascos, á la que parecían prestar el movimiento de la fluidez, la diversidad de sus formas, la variedad de sus accidentes, la estrañeza de sus caídas, el juego de las sombras ó de la luz sobre su superficie. Si el Dante hubiera querido pintar en uno de los círculos de su infierno el infierno de las piedras, el infierno de la aridez, de la ruina, de la caída de las cosas, de la degradacion de los mundos, de la caducidad de las edades, esta es la escena que hubiera debido copiar simplemente:—esto es un rio de las últimas horas del mundo; cuando el fuego lo habrá consumido todo, y la tierra, abriendo sus

entrañas, no será mas que un mutilado monton de piedras calcinadas bajo las pisadas del terrible Juez que vendrá á visitarla.

Seguimos aquel valle de las lamentaciones por espacio de dos horas, sin que variase la escena mas que por los diversos circuitos que seguia el torrente entre las montañas, y por el modo mas ó menos terrible, como se agrupaban los peñascos en su pedregoso cauce. Jamas ese valle se borrará de mi imaginacion. Esta tierra ha debido ser la primera, la tierra de las poesías terribles y de las lamentaciones humanas; el patético y grandioso acento de las profecías se hace sentir aquí en su agreste, patética y grandiosa naturaleza. Todas las imágenes de la poesía bíblica están grabadas en letras mayúsculas en la arada frente del Líbano, y en sus valles, animados todavía, y en sus valles mudos y muertos. El espíritu divino, la inspiracion sobrehumana que derramó su aliento en las almas y en las arpas del poético pueblo, á quien Dios hablaba por símbolos é imágenes, heria así mas reciamente los ojos de los bardos sagrados desde su infancia, y los amamantaba con una leche mas sustanciosa que á nosotros, viejos y pálidos herederos de la arpa antigua; á nosotros, que no tenemos á la vista mas que una naturaleza graciosa, suave y cultivada, naturaleza civilizada y descolorida como nosotros.

A medio dia llegamos á las mas altas montañas

que teníamos que atravesar, y empezamos á bajar por los mas escarpados senderos, donde los piés de de nuestros caballos temblaban sobre las piedras movedizas que era lo único que nos separaba de los precipicios. Despues de una hora de bajada, vimos al revolver una colina, el palacio fantástico de Uptedin, cerca de Deir-el-Kamar. Prorumpimos en un grito de sorpresa y admiracion, y por un movimiento involuntario, paramos nuestros caballos para contemplar la escena nueva, pintoresca, oriental, que se abria ante nuestras atónitas miradas.

A pocos pasos de nosotros, una inmensa superficie de agua espumante salia de la esclusa de un molino, y caía, desde una altura de cincuenta á sesenta piés, sobre peñascos, que la quebrantaban en mil ramales; el ruido de aquella cascada y la frescura que esparcia en el aire, y que venia á humedecer nuestras abrasadas frentes, preparaba deliciosamente nuestros sentidos á la admiracion de que disfrutaban con encanto.—Encima de aquella cascada que se perdia en los abismos, cuyo fondo no podiamos ver, se abria en forma de embudo un espacioso y profundo valle, cultivado desde el pié hasta la cima, lleno de moreras, de viñas y de higueras, y cuyo suelo estaba todo alfombrado de la mas fresca y ligera verdura; varias lindas aldeas estaban suspendidas á manera de terrados en los declives de todas las montañas que rodeaban el

valle de Deir-el-Kammar.—Por un solo lado, el horizonte se entreabria y dejaba ver, por cima de las cumbres ménos elevadas del Líbano, el mar de Siria. ¡*Ecce mare magnum!*—dijo David, hé allí el gran mar azul con sus olas, y sus bramidos, y sus inmensos reptiles!—David estaba allí acaso, cuando lanzó esta poética exclamacion!—En efecto, se ve el mar de Egipto, teñido de un azul mas oscuro que el del cielo, y confundiéndose á lo léjos con el horizonte entre la vaporosa y morada bruma que vela todas las playas de esta parte del Asia. En el fondo de este inmenso valle, la colina de Dptedin, sobre la que se alza el palacio del emir, nacia y se elevaba como una inmensa torre, flanqueada de peñascos cubiertos de yedra, y dejando pender de sus hendeduras y de sus naturales almenas, penachos de verdura flotante. Aquella colina subia hasta el nivel del camino, verdadero precipicio en que estábamos nosotros suspendidos; un estrecho y rugiente abismo nos separaba de ella. En su cumbre, y á algunos pasos de nosotros, el palacio morisco del emir se estendía magistuosamente sobre toda la meseta de Dptedin, con sus torres cuadradas, horadadas con arcos diagonales almenados en su cima; las largas galerías, alzándose unas sobre otras, y presentando largas hileras de airosos y ligeros arcos, como los tallos de las palmeras que los coronaban con sus penachos aéreos; sus espaciosos patios descendian en inmen-

sos escalones, desde la cima de la montaña hasta los últimos muros de las fortificaciones; en la estrechidad del mas espacioso de aquellos patios, que veíamos á vista de pájaro, desde la altura en que estábamos colocados, la fachada irregular del palacio de las mugeres se presentaba á nosotros, adornado de ligeras y graciosas columnatas, cuyos troncos sutiles y de formas irregulares se alzaban hasta los tejados, y sostenian como un parasol los ligeros doseles de madera pintada que servian de pórtico á aquel palacio. Una escalera de mármol, decorada de balaustradas esculpidas formando arabescos, conducia de aquel pórtico á la puerta de aquel palacio de las mugeres; aquella puerta labrada, de madera de varios colores, encajada en mármol y coronada de inscripciones árabes, estaba rodeada de esclavos negros, magníficamente vestidos, armados de pistolas plateadas y de alfanges de Damasco, embutidos de oro y de cinceladuras; los espaciosos patios que hacian frente al palacio estaban llenos tambien de una muchedumbre de criados, de cortesanos, de sacerdotes, ó de soldados, con todos los variados y pintorescos trages que distinguen á las cinco poblaciones del Líbano:—El druso, el cristiano, el armenio, el griego, el maronita, el metualis.—Quinientos ó seiscientos caballos árabes estaban atados por la cabeza y los piés á unas cuerdas tendidas que atravesaban los patios, ensillados, con los frenos puestos, y cubiertos de

magníficas gualdrapas de todos colores; algunos grupos de camellos, unos tendidos, otros de pié, otros arrodillados para que los cargaran ó los descargaran; y en la azotea mas elevada del patio interior, varios jóvenes pages, corriendo á caballo unos tras de otros, se tiran el *dgerid*, se evitaban tendiéndose sobre sus caballos, volviañ á todo escape sobre su adversario desarmado, y hacian, con una gracia y un vigor admirables, todas las evoluciones que ecsige aquel juego militar.

Despues de haber contemplado algunos instantes aquella escena oriental, tan nueva para nosotros, nos acercamos á la inmensa y maciza puerta del primer patio del palacio, guardada por árabes armados de fusiles, y de largas espadas semejantes á largas y flexibles cañas.—Allí hicimos llevar al príncipe las cartas que llevábamos para él. Pocos momentos despues nos envió su primer médico, M. Bertrand, nacido en Siria, de una familia francesa y que ha conservado la lengua y el recuerdo de su patria.—Condújonos á la habitacion que nos ofrecia el emir, y varios esclavos llevaron nuestra comitiva y nuestros equipages á otra ala del palacio. Consistia nuestra habitacion en un lindo patio decorado con pilastras arabescas, con una fuente en medio, que corria en un ancho pilon de mármol; al rededor de aquel patio, tres piezas y un divan, es decir, una pieza mas espaciosa que las otras, for-

mada por una serie de arcos que se abren sobre el patio interior, y que no tiene ni puertas, ni cortinas que la cierren; es una transición entre la casa y la calle; que sirve de jardín á los perezosos musulmanes, y cuya inmóvil sombra reemplaza para ellos la de los árabes, que no tienen ni la industria de plantar, ni la fuerza de ir á buscar donde la naturaleza los ha hecho nacer para ellos. Nuestros cuartos, aunque en aquel magnífico palacio, hubieran parecido demasiado maltratados por el tiempo al mas pobre patán de nuestras cabañas; las ventanas no tenían vidrieras, lujo desconocido en el Oriente, á pesar de los rigores del invierno en estas montañas; ni camas, ni muebles, ni sillas; solo las paredes peladas, decrépitas, acerbilladas de nidos de ratones y de lagartos, y por piso, tierra, rastrillada, desigual, mezclada con paja picada.

Trajeron los esclavos unas esteras que tendieron sobre aquel piso, y unas alfombras de damasco, con que cubrieron aquellas esteras; luego trajeron una mesita de Belen, de madera embutida de nácar; esas mesitas no tienen medio pié de diámetro sobre la misma elevación; parecen un fragmento de columna truncada y no pueden sostener mas que una bandeja en que colocan los musulmanes los cinco ó seis platos de que se compone su comida.

La nuestra, puesta sobre aquella mesa, se com-

ponia de un *piló* (1), de un plato de leche aceda que se mezcla con aceite, y de calabacines rellenos con pedazos de carnero picado que se machacan con arroz cocido. Este es en efecto el manjar mas apetecido y sabroso que se puede comer en todo el Oriente; por bebida, agua pura, que se bebe en unas especies de jarras de barro con largos picos, que se pasan de mano en mano y de las que se hace caer en la boca entreabierta, sin que el barro toque á los labios (2). Ni cuchillos, ni cucharas, ni tenedores; se come con las manos, pero las continuas abluciones hacen ménos repugnante esta costumbre entre los musulmanes.

Apenas acabamos de comer, el emir nos envió á decir que nos aguardaba. Atravesamos un gran patio adornado de fuentes, y un pórtico formado por altas y sutiles columnas que arrancan desde el suelo y sostienen el techo del palacio.—Introdujéronnos en una hermosísima sala cuyo pavimento era de mármol y cuyos techos y paredes estaban pin-

(1) Llamán así los turcos (á lo ménos así pronuncian esta voz) á un plato de arroz mezclado con pedacitos de carnero, que es el uso de sus manjares mas usuales y apetitosos. Permítasenos usar esta voz que los franceses han adoptado (*pilaru*) y que nos evitará el repetir un circunloquio inútil.—N. del T.

(2) A lo que parece, los jarros que describe aquí el autor no son otra cosa mas que nuestros botijos ó alcarrazas.—N. del T.

tadas de vivos colores y elegantes arabescos por pintores de Constantinopla.—Varios surtidores de agua murmuraban en los ángulos de la estancia y en el fondo; detras de una columnata cuyos intercolumnios estaban enrejados y vidriados, se veía un enorme tigre, durmiendo con la cabeza apoyada sobre sus patas cruzadas.

La mitad de la estancia estaba llena de secretarios, con sus largas ropas y sus tinteros de plata metidos en el cinto á guisa de puñales; de árabes lujosamente vestidos y armados; de negros y de mulatos, aguardando las órdenes de su amo, y de algunos oficiales egipcios con chaquetas europeas y con el gorro griego de paño colorado con una gran borla azul que les cuelga hasta los hombros.—La otra estancia estaba elevada á cosa de un pié sobre el nivel de la primera, y le daba vuelta un ancho divan de terciopelo colorado, en la esquina del cual estaba sentado el emir con las piernas cruzadas.

Era aquel un hermoso anciano de ojos vivos y penetrantes, tez fresca y animada, barba entrecana y ondeante; un ropon blanco, ceñido con un cinturón de cachemira, le cubria de piés á cabeza y el espléndido mango de un puñal salía de entre los pliegues de su ropon á la altura del pecho, y presentaba una mazorca de diamantes del grueso de una naranja.

Saludámosle á la usanza del país, poniendo la mano primero en la frente y luego sobre el corazón; volvíonos nuestro saludo con afabilidad y sonriendo, y nos hizo señal de que nos acercáramos y nos sentáramos junto á él en el divan.—Un intérprete estaba de rodillas entre él y nosotros.—Tomé la palabra, y le manifesté el placer que experimentaba en visitar el interesante y hermoso país que él gobernaba con tanta firmeza y sabiduría, y le dije, entre otras cosas, que el mejor elogio que podía hacer de su administracion era hallarme allí; que la seguridad de los caminos, la riqueza de la agricultura, el orden y la paz de los pueblos eran elocuentes testimonios de la virtud y de la habilidad del príncipe. Dióme las gracias, y me hizo, acerca de Europa, y principalmente sobre su lucha entre turcos y egipcios, una multitud de preguntas que manifestaban juntamente todo el interes que tenia para él aquella cuestion, y sus conocimientos é inteligencia de los negocios, poco comunes en un príncipe del Oriente. Trajeron el café y las largas pipas de costumbre, que se renovaron con frecuencia y la conversacion prosiguió por espacio de una hora.

Encantado quedé de la sensatez, las luces y los modales nobles y dignos de aquel anciano príncipe, y al cabo de una hora me levanté para acompañarle á sus baños, que quiso enseñarnos él mis-

mo. Aquellos baños consisten en cinco ó seis salas con pavimentos de mármoles, y cuyas bóvedas y paredes estaban estucadas y pintadas al temple, con mucho gusto y elegancia, por pintores de Damasco. Multitud de surtidores de agua caliente, fria ó tibia, salian del pavimento y derramaban su temperatura en las salas. La última era un baño de vapor donde no pudimos estar ni un minuto. Varios esclavos blancos, muy bizarros, el tronco desnudo y las piernas rodeadas de un chal de seda cruda, estaban en aquellas salas, prontos á ejercer sus funciones de bañadores. El príncipe nos hizo proponer que nos bañásemos con él, pero no aceptamos, y le dejamos en manos de sus esclavos, que se preparaban á desnudarle.

De allí fuimos con uno de sus escuderos, á visitar los patios y las caballerizas, donde estaban atados sus magníficos caballos padres árabes. Es preciso haber visitado las caballerizas de Damasco, ó las del emir Beschir, para formarse una idea del caballo árabe. Este soberbio y gracioso bruto pierde mucha parte de su hermosura, de su manse-dumbre y de su forma pintoresca cuando se le trasplanta, de su pais natal, y de sus hábitos familiares, á nuestros climas frios y á la sombra y soledad de nuestras cuadras. Es preciso verle á la puerta de la tienda de los árabes del desierto, la cabeza entre los brazos, sacudiendo su larga melena negra, como un parasol móvil, y barriendo sus

omos tersos como cobre ó plata, con el tornatil látigo de su cola, cuya estremidad está siempre teñida de púrpura con el *hené*; es preciso verle vestido con sus espléndidas gualdrapas, recamadas de oro y de perlas; la cabeza cubierta de una redecilla de seda azul ó colorada, ó de hilillo de oro ó con agujetas sonoras y flotantes, que caen de su frente sobre su nariz, y que cubre y descubre sucesivamente, á cada ondulacion de su cuello, el globo inflamado, inmenso, inteligente, manso y altanero de sus ojos; es preciso verle, sobre todo allí, de dos á trescientos caballos; unos tendidos en el polvo del patio, otros trabados con maniotas de hierro y atados á largas cuerdas que atravesaban aquellos patios, otros escapados sobre la arena y saltando de un brinco las hileras de camellos que se oponian á sus libres carreras; estos llevados de la mano por jóvenes esclavos negros, vestidos de chaquetas de escarlata, y apoyando sus cariñosas cabezas en los hombros de aquellos muchachos; aquellos jugando entre sí, libres y sin bocado como potrillos en una dehesa, poniéndose de manos uno delante de otro, ó frotándose frente con frente, ó lamiéndose mutuamente su hermoso pelo reluciente y plateado; todos mirándonos con una atencion inquieta y curiosa, á causa de nuestros trages europeos y de nuestra lengua estrangera; pero familiarizándose pronto y viniendo graciosamente á tender su cuello á nuestras caricias y á las palmadas

que les dábamos en el cuello. Es cosa increíble la movilidad y la transparencia de la fisonomía de esos caballos cuando no se ha visto: todos los pensamientos se pintan en sus ojos y en el movimiento convulsivo de sus sienes, de sus labios, de su nariz, con tanta evidencia, con tanto carácter y movilidad, como las impresiones del alma en el rostro de un niño. Cuando nos acercábamos á ellos por primera vez hacían visages y gestos de repugnancia y curiosidad en un todo semejantes á los que hubiera podido hacer un hombre de impresiones vivas á la vista de un objeto imprevisible é inquietador; nuestro language sobre todo les chocaba en extremo, y el movimiento de sus orejas aguzadas y echadas hácia atrás ó tendidas hácia adelante, manifestaba su sorpresa y su inquietud:—lo que mas me admiró fué varias yeguas sin precio, reservadas para el mismo emir. Hice proponer por mi dragoman al escudero hasta diez mil piastras por una de las mas bonitas; pero por ningun precio se le decide á un árabe á deshacerse de una yegua de primera sangre, y nada pude comprar entónces.

Volvimos al anochecer á nuestra habitacion, adonde nos llevaron una cena semejante á la comida: varios oficiales del emir fueron á visitarnos de parte suya, y M. Bertrand, su primer médico, pasó la noche con nosotros. Gracias á un poco de italiano y de frances que habia conservado del re-

uerdo de su familia, pudimos conversar, y nos dió los mas interesantes pormenores acerca de la vida interior del emir de los drusos. Este príncipe, aunque de edad de setenta y dos años, habiendo perdido recientemente á su primer esposa, á quien debia toda su fortuna, acababa de contraer segundas nupcias: sentimos no poder ver á su nueva muger, que es, segun dicen, muy hermosa, y no tiene mas que quince años, es una esclava circasiana que el emir envió á comprar á Constantinopla, y á quien ha hecho abrazar el cristianismo ántes de casarse con ella, porque el emir Beschir es cristiano y aun católico, ó mas bien, es de todos los cultos oficiales de su pais; musulman para los musulmanes, druso para los drusos, cristiano para los cristianos. En su palacio hay varias mezquitas y una iglesia; pero hace algunos años, su religion de familia, la religion de su corazon, es el catolicismo. Su política y el terror que inspira su nombre son tales, que su fé cristiana no causa ni desconfianza ni despego á los árabes musulmanes, á los drusos, ni á los metualis que viven bajo su imperio; á todos administra justicia, y todos le respetan igualmente.

Acabada la cena, el emir nos envió algunos de sus músicos y cantores, que improvisaron versos árabes en honor nuestro. El emir tiene entre sus servidores algunos árabes únicamente consagrados á esta especie de ceremonias, que son esactamente lo que eran los trovadores de los castillos de la

edad media, ó en Escocia los poetas populares. En pié detras del almohadon del emir ó de sus hijos miéntras comen, cantan versos en alabanza de los amos á quienes sirven ó de los huéspedes á quien el emir quiere agasajar. Hicimos que nos tradujese M. Bertrand alguno de aquellos brándis poéticos, que eran en general muy insignificantes ó de pensamientos tan alambicados, que seria imposible traducirlos en ideas é imágenes apropiadas á nuestras lenguas de Europa.

Hé aquí el único pensamiento algo claro que hallo anotado en mi album:

“Vuestro bajel tenia alas, pero el caballo del árabe tiene alas tambien: su nariz, cuando vuela por las montañas, forma el rumor del viento en las velas del buque. El movimiento de su rápido galope es como el balance para el corazon de los débiles; pero regocija el corazon del árabe. ¡Ojalá sean para vos sus lomos un puesto de honor y os lleven con frecuencia al divan del emir.”

Entre los secretarios del emir hallé entónces uno de los mas grandes poetas de la Arabia; yo lo ignoraba, y solo mas adelante lo he sabido. Cuando supo por otros árabes de Siria que yo tambien era poeta en Europa, me escribió versos siempre impregnados de aquella afectacion y de aquel esmerado estudio, siempre echados à perder por aquellos retruécanos que son el carácter de las lenguas y de

las civilizaciones decrepitas; pero en los que se percibe no obstante una grande elevacion de ingenio y un órden de ideas muy superior á lo que nos figuramos en Europa.

Dormimos toda la noche sobre almohadones del divan tendidos sobre una estera, al rumor de los surtidores que murmuraban por todas partes en los jardines, en los patios y en las salas de aquella ala del palacio. Cuando amanecié, ví por entre las rejas á varios musulmanes que estaban haciendo oracion en el gran patio del palacio: tienden una alfombra en el suelo, para no estar en contacto con el polvo; están un momento de pié, luego inclinan todo el cuerpo de una vez, y tocan varias veces la alfombra con la frente, siempre vuelta la cara del lado de la mezquita; luego se echan boca abajo sobre la alfombra, golpean el suelo con la frente, se levantan y repiten muchas veces las mismas ceremonias, volviendo á las mismas actitudes y murmurando sus oraciones. Nunca he podido hallar ni aun asomos de ridiculez en esas actitudes, ni en esas ceremonias, por mas estrañas que le parezcan á nuestra ignorancia. La fisonomía de los musulmanes está á tal punto penetrada del sentimiento religioso que espresan con aquellos ademanes, que siempre he respetado profundamente su oracion; el motivo lo santifica todo. Adonde quiera que la idea divina desciende y obra en el hom-

bre, le imprime una dignidad sobrehumana. Se puede decir:

— Yo no imploro como tú, pero imploro contigo al padre comun, al padre en quien crees y á quien quieres reconocer y honrar; como tú, quiero reconocerle y honrarle bajo otra forma. No me toca á mí reirme de tí; á Dios le toca juzgarnos.

Pasamos la mañana visitando los palacios de los hijos del emir, que están á corta distancia del suyo, una pequeña iglesia gótica, en un todo semejante á nuestras iglesias modernas de los lugares de Francia ó de Italia, y los jardines del palacio. El emir Beschir ha hecho construir otro palacio de campo á cosa de una milla de Dptedin, que es casi el único término de sus paseos á caballo, y casi el único camino por donde un caballo, aunque sea árabe, puede galopar sin peligro; por todos los demas lados, los senderos que conducen á Dptedin son tan escarpados y están tan suspendidos á la vera de inmensos despeñaderos, que no se puede pasar por ellos, ni aun al paso, sin temblar.

Antes de salir de Dptedin y de Deir-el-Kammar, escribo unas notas verídicas y curiosas que he recogido en estos mismos sitios, relativas al anciano hábil y guerrero que acabamos de ver.

NOTAS ACERCA DEL EMIR BESCHIR.

Cuando murió el último descendiente del emir Fakardin, el mando de la montaña pasó á manos de la familia Chab, familia que no se halla establecida en el Líbano mas que desde cosa de unos ciento diez años á esta parte. Veamos lo que cuentan de ella las antiguas crónicas árabes del desierto de Damasco.

Hácia principios del primer siglo de la egira, en la época en que las armas de Abubeker invadieron la Siria, un hombre de gran valor, llamado Abdalla, vecino de la aldea de Bet-Chiabi, en el desierto de Damasco, se cubrió de gloria en el sitio de esta ciudad, y fué muerto bajo sus murallas: el general musulman colmó de beneficios á su familia, que entónces dejó la aldea de Bet-Chiabi para ir á establecerse en Housbaye, en el Anti-Líbano, donde todavía se halla el tronco primitivo de esta familia, de donde ha salido la rama que reina actualmente en el Líbano.

El emir Beschir, uno de los descendientes de Abdalla, quedó huérfano de tierna edad. Su padre, el emir Hassem, habia sido revestido del manto de kakem y habia recibido el anillo del mando cuando su tio, el emir Milhem, dejó los negocios de Estado

bre, le imprime una dignidad sobrehumana. Se puede decir:

— Yo no imploro como tú, pero imploro contigo al padre comun, al padre en quien crees y á quien quieres reconocer y honrar; como tú, quiero reconocerle y honrarle bajo otra forma. No me toca á mí reirme de tí; á Dios le toca juzgarnos.

Pasamos la mañana visitando los palacios de los hijos del emir, que están á corta distancia del suyo, una pequeña iglesia gótica, en un todo semejante á nuestras iglesias modernas de los lugares de Francia ó de Italia, y los jardines del palacio. El emir Beschir ha hecho construir otro palacio de campo á cosa de una milla de Dptedin, que es casi el único término de sus paseos á caballo, y casi el único camino por donde un caballo, aunque sea árabe, puede galopar sin peligro; por todos los demas lados, los senderos que conducen á Dptedin son tan escarpados y están tan suspendidos á la vera de inmensos despeñaderos, que no se puede pasar por ellos, ni aun al paso, sin temblar.

Antes de salir de Dptedin y de Deir-el-Kammar, escribo unas notas verídicas y curiosas que he recogido en estos mismos sitios, relativas al anciano hábil y guerrero que acabamos de ver.

NOTAS ACERCA DEL EMIR BESCHIR.

Cuando murió el último descendiente del emir Fakardin, el mando de la montaña pasó á manos de la familia Chab, familia que no se halla establecida en el Líbano mas que desde cosa de unos ciento diez años á esta parte. Veamos lo que cuentan de ella las antiguas crónicas árabes del desierto de Damasco.

Hácia principios del primer siglo de la egira, en la época en que las armas de Abubeker invadieron la Siria, un hombre de gran valor, llamado Abdalla, vecino de la aldea de Bet-Chiabi, en el desierto de Damasco, se cubrió de gloria en el sitio de esta ciudad, y fué muerto bajo sus murallas: el general musulman colmó de beneficios á su familia, que entónces dejó la aldea de Bet-Chiabi para ir á establecerse en Housbaye, en el Anti-Líbano, donde todavía se halla el tronco primitivo de esta familia, de donde ha salido la rama que reina actualmente en el Líbano.

El emir Beschir, uno de los descendientes de Abdalla, quedó huérfano de tierna edad. Su padre, el emir Hassem, habia sido revestido del manto de kakem y habia recibido el anillo del mando cuando su tio, el emir Milhem, dejó los negocios de Estado

por ir á acabar pacíficamente sus dias en el retiro; pero la administracion de Hassem fué inhábil, floja, y Milhem, precisado à tomar de nuevo el mando, tuvo que reparar las faltas de su sobrino y sosegar los disturbios que habia ocasionado su impericia.

Como ha dicho Volney, el poder pasó despues y sucesivamente, de Mansur à Jusef, padre el uno, é hijo el otro de Milhem. Cuando Jusef tomó el mando por primera vez, el emir Beschir no tenia mas que siete años: Jusef le agregó á su persona y le hizo criar con esmero: algunos años despues, habiendo reconocido en él un carácter vivo y alentado, le hizo tomar parte en los negocios de su gobierno.

En aquella época, Djezar, bajá de Acre, que habia sucedido á Dahoz, tenia cansada, hacia muchos años, la paciencia del emir Jusef, con ataques é impuestos eeshorbitantes. Estalló la guerra, pero Beschir no pudo seguir á su tio en aquella expedicion, y solo en 1784 tomó parte en otra que se efectuó contra el mismo Djezar-Bajá. El jóven Beschir, de edad entónces de veintiun años, corrió un gran peligro en la ciudad de Ride, de que se habian apoderado los drusos: perseguido por un cuerpo de tropas del bajá, y precisado á evacuar la ciudad, se halló en su retirada rodeado por el enemigo. La situacion era muy crítica; Beschir picó prestamente su caballo, dirigiéndole hácia una muralla, desde lo alto de la cual se arrojó bajo un

granizo de balas, que por fortuna no le alcanzaron, pero su caballo se mató en el salto.

De vuelta en el Líbano, el emir Beschir se dedicó esclusivamente à los negocios, y quiso restablecer el órden en la administracion del emir Jusef. Pronto se despertó la ambicion en su alma; acordóse de quien era hijo, y aunque pobre, aspiró al poder soberano; sus buenos modos y su valor le habian grangeado la amistad de muchas familias poderosas; trabajó por captarse la voluntad de otras á quienes tenia disgustadas la mala administracion del emir Jusef, y logró poner en sus intereses á una familia considerable y muy influyente, la de Kantar, cuyo gefe, el hombre mas hábil que habia entónces en el Líbano, era inmensamente rico y tenia el título de jeque Beschir, es decir, grande é ilustre. Solo le faltaba ya al emir una ocasion, y no tardó en presentarse.

Desde el año 1785, época en que Djezar-Bajá volvió á Jusef el mando de que le habia privado por espacio de mas de un año, las hostilidades habian cesado completamente entre aquellos dos príncipes. El emir Jusef enviaba todos los años á San Juan de Acre oficiales que le traian el mando con los cumplimientos acostumbrados; sin embargo, siempre temia que ocurriese alguna desavenencia entre él y el bajá, y con efecto así sucedió.

En 1789, estalló entre aquellos dos príncipes un

furioso rompimiento, y el emir Jusef, incapaz de resistir, resolvió abdicar. Beschir tenia mucho crédito; Jusef le queria bien; llamóle, pues, y le aconsejó que fuese à San Juan de Acre á pedir el anillo del mando. Beschir se negó al principio, y dió à entender à su tio que entónces tendria precision de alejarle de sus Estados, porque el bajá lo ecsigiria, y porque su presencia en el Líbano seria un eterno pábulo para el furor de las facciones. Jusef, al proponer aquel paso á su pariente, tenia dos motivos,—impedir que saliese el poder de su familia, y conservar el mando luego que Beschir hubiera allanado las dificultades, ya por via de conciliacion, ya por medio de las armas.

Insistió, pues, y mediante la promesa que hizo Jusef de dejar el pais, apénas el emir Beschir hubiese recibido el mando, salió el jóven príncipe para San Juan de Acre. Djezar-Bajá le recibió con bondad, le confió el mando del Líbano y le dió ocho mil hombres para establecer su autoridad y apoderarse del emir Jusef. Beschir, llegado que hubo al puente de Gese-Cadi, escribió secretamente à su tio, le comunicó las instrucciones que habia recibido del bajá, y le escitó á retirarse, con lo que el emir Jusef se replegó sobre Gibel, en el Kosruan, donde reunió sus partidarios. Beschir reunió à sus soldados, los que habia sacado de Acre y marchó contra Jusef, á quien encontró en el Kosruan; dióle una batalla, y le hizo perder mucha

gente; pero todavía pasaron muchos meses sin resultados definitivos.

Para ajustar aquellas desavenencias, envió Jusef à San Juan de Acre un espreso, que prometió al bajá un tributo mas crecido que el que pagaba Beschir, si queria volverle el mando. Djezar consintió en ello, le llamó à Acre, le entregó el mando y lo dió, para echar à Beschir, los mismos ocho mil hombres que habian peleado contra él. El emir Beschir se retiró al distrito de Mar-Meri, desde donde trabajó para derribar á su rival, ofreciendo todavía mas de lo que habia prometido el emir Jusef; aceptó el bajá y de nuevo tuvo que ceder el puesto; volvióse à Acre para intentar nuevos amaños; pero Beschir ofreció al bajá 4,000 bolsas (de sobre 600 rs. cada una), si daba muerte à Jusef, resuelto de este modo á acabar de una vez con los disturbios que tenian revuelta la montaña.

Hallábase entónces Djezar en Damasco. Su aduanero, (griego que poseía toda su confianza, y que era considerado, en su ausencia, como bajá de Acre) trató en su nombre é informó à su amo del convenio que habia ajustado. Djezar al principio aprobó mucho la proposicion, ratificó el empeño y mandó ahorcar al emir Jusef y à su ministro Gandar.

Apénas espidió Djezar aquella orden, se arrepintió de lo que habia hecho; parecióle que la enemistad de los dos príncipes era útil à sus intereses, y

envió una segunda orden que revocaba la primera; pero ya fuese porque llegase tarde, ya porque el ministro estuviese sobornado, el emir Jusef fué ahorcado. Irritado el bajá, pasó á Acre, se hizo dar cuenta del negocio, dijo que se se le habia engañado, é hizo ahogar á su aduanero, y con él á toda su familia, y á otras muchas personas acusadas de haber tomado parte en aquel manejo.

Confiscó Djezar los inmensos bienes de su favorito, y escribió una carta llena de reconvenciones al emir Beschir. El tono en que estaba concebido aquel pliego, manifestó al jóven príncipe que estaba comprometido; procuró justificarse cerca del bajá, quien disimuló hasta la época de la reeleccion del gobernador; entónces Djezar invitó al príncipe á pasar á San Juan de Acre á tomar la investidura.

Fué en efecto sin desconfianza con su ministro el jeque Beschir; pero no bien hubieron llegado cuando los sepultaron á ambos en un calabozo, donde sufrieron toda especie de calamidades por espacio de diez y ocho ó veinte meses. El objeto de Djezar, tratándolos de aquella suerte, era reducirlos á pagar un rico rescate; pero el príncipe no poseía nada, pues su gobierno habia durado harto poco para que hubiese podido allegar grandes riquezas: por fortuna su ministro era poderoso. Envió este secretamente cerca del bajá á la viuda de

un príncipe druso, llamado Sest-Habous, con la que habia tenido íntimas relaciones, y la encargó que ofreciese al bajá la suma ecsigida, y aparentase empeñar ademas sus propias alhajas para completar el rescate. Aquella muger era hermosa y astuta; halló al bajá en Acre, y le cautivó tan bien con las gracias de su persona y de su ingenio, que Djezar redujo considerablemente la suma que al principio habia ecsigido. El emir Beschir recibió de nuevo la investidura y volvió á la amistad del bajá.

Durante aquella cautividad, el hermano del emir Jusef y su primo el emir Kaidar de Bubda, se habian apoderado del poder, y habian tomado las medidas necesarias para impedir al emir Beschir que volviese á sus estados, si Djezar le ponía en libertad. Apénas salió de su prision, el príncipe, no conceptuando prudente volver á presentarse en medio de los suyos, envió á su ministro el jeque Beschir, para que sondeara el espíritu público, y se retiró á la aldea de Homs, para aguardar el efecto de sus negociaciones: trabajó ademas por captarse la voluntad del emir Abbets, príncipe druso de Solima, que hasta entónces se habia conservado neutral, y que gozaba de la mas alta consideracion entre los drusos y los cristianos, sobre todo, entre los del distrito de Marcaentre.

El emir Abbets, considerando justa la causa del

emir Beschir, tomó partido por él y le llamó á su palacio. Como las comunicaciones eran muy difíciles, trasmitióle su despacho por medio de un italiano, lego de un convento de Solima. Beschir pasó en medio de sus partidarios, cuyo número habia aumentado el Jeque Beschir con sus larguezas y su habilidad, cayó impetuosamente sobre el ejército de sus enemigos, le dispersó, se apoderó de los dos príncipes y los hizo ahorcar, sin mas forma de proceso.

Pacífico poseedor del poder, el emir Beschir se casó con la viuda de un príncipe turco, de la familia de Chab, como él, y á quien habia hecho morir dos años antes: aquel enlace le hizo dueño de inmensos bienes. Antes de casarse con aquella princesa, que era hermosísima, la hizo bautizar. Aquel matrimonio fué de los mas felices, y aunque á la edad de sesenta y ocho años la princesa estaba llena de achaques y sufría una parálisis que la privaba del uso de las piernas, ambos ofrecían sin embargo, el ejemplo del mas vivo cariño y de la mas perfecta union.

Al morir el emir Jusef dejó tres hijos de tierna edad. Giorgios-Bey y su hermano Abdalla los criaron con sumo amor, con la esperanza de que algun dia reanimarian el partido de Jusef y derribarian al emir Beschir; pero éste triunfó de todos aquellos obstáculos y disfrutó pacíficamente del poder hasta el año 1804.

Ocurrían por entónces en Egipto sucesos de la mas alta importancia: Bonaparte, recién llegado á Siria con un ejército, se acercaba á San Juan de Acre, que debia abrirle las puertas del Oriente. El general frances escitó con el mayor ahinco, por medio de despachos y de emisarios, al príncipe del Líbano á entrar en sus intereses y á ayudarle á hacerse dueño de la plaza, á lo que el emir respondió que estaba dispuesto á unirse á él; pero que no lo haria sino despues de la toma de Acre. Echaba en cara un dia al emir un frances el no haber abrazado con entusiasmo la causa del ejército frances, y de haber así tal vez, impedido la regeneracion del Oriente, á lo que él respondió: A pesar del vivo deseo que yo tenia de unirme al general Bonaparte, y á pesar de mi inveterado odio al bajá, pude abrazar la causa del ejército frances. Los quince ó veinte mil hombres que yo hubiera enviado de la montaña, en nada hubieran contribuido al logro del sitio. Si Bonaparte hubiera tomado la plaza sin mi asistencia, hubiera invadido la montaña sin disparar un tiro, porque los drusos y los cristianos lo deseaban con ardor, y por consiguiente yo hubiera perdido el mando; por el contrario, si yo hubiera ayudado al general Bonaparte y no hubiéramos tomado la plaza (lo que hubiera sucedido de cierto), el bajá de Acre me hubiera mandado ahorcar ó meter en un calabozo. ¿Quién me hubiera socorrido entónces? ¿Qué

proteccion hubiera yo implorado? ¿La de la Francia, que estaba tan léjos, que tenia que habérselas con la Inglaterra y con toda Europa, y que estaba ademas desgarrada por la guerra civil y las facciones?"

El general Bonaparte comprendió la posición del príncipe Beschir; y, en prueba de su amistad, le regaló una soberbia escopeta que Beschir ha conservado en memoria del gran capitán.

Antes de proseguir la historia de los sucesos que siguieron à la ruina del partido del emir Jusef, no estará de mas contar una aventura que acaso hizo al bajà Djezar tan feroz y cruel.

En los primeros años de su mando, iba un dia, segun la costumbre, al encuentro de la caravana que volvia de la peregrinacion de la Meca. (Despues, el bajà de Damasco quedó encargado de esta ceremonia, y el de Acre solo estuvo obligado à costear los gastos de la caravana, y à pagar un tributo à los àrabes del desierto). Los mamelucos à quienes, en su ausencia, habia confiado Djezar la custodia del serrallo, rompieron sus puertas y se entregaron à toda la brutalidad de sus pasiones: volvió el bajà, y lejos de huir al acercarse él, los mamelucos se apoderan del tesoro y cierran las puertas de la ciudad, resueltos à rechazar la fuerza con la fuerza. Con la escasa escolta que le acompañaba, Djezar no podia esperar vencerlos; sin embargo los mamelucos le enviaron à decir que

si queria dejarlos retirarse con sus armas y sus caballos, le abririan las puertas de la ciudad, y que si no, aceptaban la guerra y moririan con las armas en la mano primero que rendirse.

Djezar-Bajà no tenia tiempo que perder en reflexiones; sabia que era aborrecido por los turcos, lo mismo que por los cristianos, à causa de sus rapiñas; tampoco se le ocultaba que si el emir Jusef llegaba à tener noticia de su situacion, se coligaria con los mamelucos y le haria una guerra que podria serle fatal.

Concedió à los mamelucos lo que pedian y estos se alejaron rápidamente miéntras el bajà entraba en la ciudad. Apénas llegó Djezar à su palacio, envió à su caballería en persecucion de los fugitivos, pero en vano; los mamelucos llegaron sanos y salvos à Egipto. Djezar se vengó entónces en sus mugeres; hizolas azotar à todas, y luego mandó echarlas en una grande hoya y cubrirlas con cal viva, esceptuando solo de aquella atroz venganza à su favorita, à quien hizo ataviar con sus mas ricas joyas y galas, meter en una caja y arrojar al mar.

Este suceso escacerbó en extremo el carácter de Djezar. Avaro ya y rapaz, se hizo bárbaro y cruel, à tal punto, que no hablaba mas que de cortar narices y orejas, y sacar ojos. En el momento de su muerte, no pudiendo ya hablar ni decretar suplicios, hacia señal à los que le rodeaban, señalando la cabecera de su cabeza; afortunadamen-

te no se le entendió. Despues de su muerte se encontró una larga lista de personas á quienes habia condenado á morir para cuando recobrase la salud. Su ferocidad le siguió hasta el sepulcro.

Volvamos al principe Beschir. Apénas los hijos del emir Jusef fueron bastante grandes para disputar el poder, Georgios-Bey y Abdalla resolvieron llevar sus proyectos á ejecucion: aprovecharon un momento de tibieza entre Djezar y el principe Beschir, y sublevaron el partido de sus pupilos. El emir, cogido de improviso, tuvo que retirarse al Huran, é invocó la mediacion del bajá, cuya avaricia y rapacidad lisonjeó cual hábil cortesano: el Djezar intervino é impuso un tratado que concilió á los dos partidos, pero que favorecia mucho mas á Beschir, á quien daba el pais de los drusos, dejando á los hijos de Jusef el de Gibel y de Kosruan.

Pocos años se observó aquel tratado. Los hijos de Jusef buscaban todos los medios posibles de derribar á su enemigo; como eran los mas fuertes, lo consiguieron, y como no quisiera Djezar dar oídos á las representaciones de Beschir, sancionó la usurpacion, con lo que no le quedó mas arbitrio al emir que echarse en los brazos del virey de Egipto.

Hallábase por entónces el almirante inglés Sidney-Smith con algunas naves en las aguas de Siria; Beschir le suplicó que le recibiese á su bordo y le llevase á Egipto. Despues de haber pasado

algunos meses en el mar, y de haber tocado en Chipre, Esmirna, Candia y Malta, desembarcó en Alejandría, donde fué á verse con el virey, seguido de algunos amigos leales.

Recibióle el virey del modo mas lisonjero, tratóle con todas las atenciones debidas á su desgracia, le colmó de regalos y le hizo volver á Siria en uno de los buques del almirante Sidney-Smith, con una carta para Djezar, llena de reconvenções y de amenazas, en las que le intimaba la órden de restablecer en su mando al emir Beschir.

El virey era poderoso; el Djezar-Bajá se dió prisa á obedecer, porque el tono del despacho le hizo conocer que no podia perdonar medio para satisfacer al príncipe Beschir. Intimó pues á los hijos de Jusef, que no se atrevieron á oponer ninguna resistencia, que se conformasen en todo al tratado, y hasta su muerte la mas profunda paz reinó en ambos partidos.

No confiaba, sin embargo enteramente el emir Beschir, en la sola proteccion de Mehemet-Ali; veia aumentar por dias el partido de los tres príncipes, y temia sucumbir bajo alguna trama, porque conocia la ardiente sed de venganza que los animaba contra él: la habilidad de sus ministros Georgios-Bey y Abdalla daba nueva fuerza á sus temores, por lo que resolvió acabar de una vez con ellos con un golpe decisivo, capaz de imprimir el terror en el alma de sus enemigos. Aprovechó,

para consumir su proyecto, el momento de la investidura de Soliman-Bajà, que sucedia à Djezar. En aquella época, todo parecia sosegado en el Líbano; los tres príncipes gobernaban en paz sus provincias, y parecian someterse francamente á la supremacía que concedia el tratado á su enemigo, miéntras que sus ministros lo preparaban todo secretamente para un nuevo ataque.

El emir Beschir tomó la delantera. Instruido por sus satélites del momento favorable, llamó á Giorgios-Bey à Deir-el-Kammar so pretexto de tratar de negocios; al mismo tiempo su hermano, el emir Hassem, se precipita sobre Gibel, se apodera de los príncipes y hace ahorcar á Abdalla: los tres hermanos fueron llevados á Yong-Michael, donde les sacaron los ojos: sus bienes fueron confiscados en beneficio del emir Beschir. A la nueva de estos sucesos, Giorgios-Bey se precipitó desde una ventana de su prision, y se mató, lo que no impidió al emir hacerle ahorcar para escarmiento de sus enemigos. Cinco gefes de Deir-el-Kammar, todos de la casa de Gruimbelad-el-Bescantar, acusados de haber ayudado á los príncipes vencidos, fueron ajusticiados y se les confiscaron sus bienes.

Efectuadas estas sangrientas ejecuciones, alzóse el príncipe Beschir con la autoridad suprema en todo el Líbano, dando á su hermano Hassem el mando del Kosruan, cuya capital era Gazyr; pero

como muriese poco tiempo despues, se acusó al emir Beschir de haberle envenenado, porque le atribuia proyectos ambiciosos. Esta sospecha era infundada, y como tal la consideraron todos.

Hácia el año 1819, los países de Gibel-Biscarra, de Gibes y de Kosruan se insurreccionaron con motivo de una contribucion que escitó el descontento general. Los rebeldes, por dictámen del obispo Jusef, resolvieron ir á atacar al emir Beschir al país de los drusos, donde se hallaba á la sazón. El príncipe, sin dar á los insurgentes tiempo para reunir sus fuerzas, les salió al encuentro al frente de un pequeño cuerpo de ejército, despues de haber mandado á su lugar teniente general, el jeque Beschir, que le siguiese con tres mil hombres que reunió a la ligera. El emir entró en el país de Gibes, y se acampó en un valle del Distrito de Augusta, entre Djani y el territorio de Guzyr. A la noche y á la mañana siguientes recibió un vivo tiroteo de varios destacamentos enemigos que ocupaban las alturas: su tienda quedó acribillada de balas, y á pesar de las instancias de su hijo Halil, no quiso mudar de posición. Conforme fué entrando el día, fué aumentando la violencia del ataque, tanto que Beschir creyó que los rebeldes habian recibido algun gran refuerzo y querian cerrarle el paso; entónces se levantó de la alfombra en que habia estado sentado durante todo el tiroteo, montó á caballo y cargó vigorosamente a!

enemigo, seguido de su pequeña escolta. Al verle, los insurgentes se dispersaron sin resistencia, y llegó á Gibes, donde dictó medidas enérgicas para impedir que tomase cuerpo la faccion rebelde.

Su lugar teniente general el jeque Beschir, que le seguia á jornadas cortas, pasó el rio del Perro, y se apoderó, con sus tres mil hombres, de las dos primeras aldeas del Kosruan, el Yong-Michael y el Yong-Monsbak, que se encontraban á su paso; el mismo dia en que efectuó aquella ocupacion, los puestos avanzados prendieron á un sacerdote que llevaba despachos al obispo Jusef, y habiéndolos leído el jeque Beschir, presentó su alfanje al que se los habia traido y le mandó que degollase al sacerdote y le enterrase en el sitio en que habia sido preso.

Pocas horas despues, otro mensajero secreto experimentó la misma desastrosa suerte.

Al dia siguiente, el jeque Beschir se puso en marcha, invadió sin obstáculo el Kosruan, é hizo ahorcar á todos los que el emir Beschir habia inscrito en una lista que le envió: así llegó hasta Gibel-Biscarra, donde se reunió con el príncipe que venia Gibel. Nueve dias se detuvo el emir Beschir en aquella provincia, durante los cuales acabó de sofocar la rebelion, haciendo ahorcar y degollar á todos los rebeldes de distincion de los tres distritos de Gibes, de Kosruan y de Gibel-Biscarra:

á otros muchos se les dieron crueles palizas, y se les escigieron cuantiosos rescates.

Entre estos infelices habia un pobre viejo de setenta y cinco años, condenado á pagar setenta bolsas, y como no las tenia, su hijo le escribió que iba á tomarlas á préstamo, suplicándole que le autorizase á ello, á lo que respondió el anciano que no pagaria nada, añadiendo algunas espresiones para el príncipe. Interceptóse la carta y el anciano fué condenado al tormento llamado perrillos (1), y no pudiendo resistir á tantos dolores, y habiendo sucumbido á los veinte dias, su hijo heredó la pena del padre, se le confiscaron sus bienes en beneficio del emir, y solo se le dejaron mil piastras.

El emir Beschir subió á Eden, pasó los Cedros, y bajó á Balbeck por el otro lado de la montaña, mientras que el jeque Beschir ocupaba la provincia insurreccionada. Al llegar á Balbeck, mandó el príncipe á su lugar teniente general que volviese por el mismo camino que habia traido, y echase sobre las tres provincias una contribucion de 400 bolsas (de quinientas piezas cada una.)

Milagroso seria que con 3,000 hombres hubiese podido el príncipe del Líbano, sofocar una sedicion

(1) Tormento que se daba en las coyunturas de las manos y de los piés.—*N. del T.*

en tres provincias tan dilatadas, si no se considerase que las insurrecciones eran parciales, y que el partido de Beschir en aquellas provincias cooperó mucho á su triunfo.

En aquel intervalo, el bajá de Damasco habia enviado al Bkaa un aga (1) encargado de recoger, segun la costumbre, las cosechas de las tierras que estaban bajo la dependencia de su bajalato.

Penetró aquel oficial en la aldea de Haunie que dependia del principado del Líbano, y echó contribuciones de cabezas de ganado y de dinero; los vecinos, resueltos á no pagarlas, avisaron al príncipe Beschir, quien escribió al aga manifestándole su descontento; pero este no hizo ningun caso de sus representaciones, cometió las mas escandalosas rapiñas, y se volvió á Damasco; el príncipe Beschir irritado, dió parte al bajá de Acre, espresando con la mayor energía su resentimiento. Abdalla, fuese por consideracion á Beschir, fuese por rencor personal contra el aga, escribió al bajó de Damasco que le castigara severamente; este respondió en términos evasivos, admirándose del interes que se tomaba el bajá de Acre en un asunto que concernia á gente cristiana, y Abdalla comunicó aquella respuesta á Beschir, escitándole á tomar venganza del bajá de Damasco. Reunió el príncipe del Lí-

(1) Especie de gobernador.—*N. del T.*

bano á la ligera diez mil hombres, y se dirigió sobre Damasco; el bajá le salió al encuentro, y habiéndose trabado varias veces la batalla entre ambos ejércitos, siempre salió victorioso el príncipe Beschir.

Entre tanto Abdalla fulminó un firman falsificado que declaraba al bajá de Damasco destituido de su bajalato, que quedaba reunido al de Acre; pero habiéndose dirigido el bajá de Damasco á los bajás vecinos y á la corte de Constantinopla, esta condenó á muerte al bajá de Acre y destituyó de su gobierno al príncipe Beschir: ya estaba el emir en las puertas de Damasco cuando llegó el firman; vió entónces que el de Abdalla era supuesto, y conceptuó prudente retirarse á la provincia de Deir-el-Kammar, desde donde, sabiendo que le estaba reservada la misma suerte de Abdalla, fué á refugiarse en las cercanías de Berut, pidiendo al gobernador que le recibiese con su escolta, cosa que se negó este, diciendo que la presencia del emir en la ciudad ocasionaria una sedicion. Habiendo entónces el príncipe hecho saber á su hermano el emir Abets, á quien habia dejado el mando de la montaña, que queria volver á sus Estados y probar la via de las armas contra los bajás enviados por la Sublime Puerta, su hermano le respondió que la montaña carecia de víveres y de dinero, y que le aconsejaba con vivo empeño que no acometiese un proyecto tan arriesgado.

En aquel apurado trance, volvió de nuevo el príncipe los ojos á Egipto, y se dirigió á un franco, rogándole que le facilitase los medios de salir de Siria. M. Aubin le hizo embarcar, entre Berut y Saide, en un buque francés que daba la vela para Alejandría. Despues de su partida el jeque Beschir y su hermano el emir Abets se unieron con los bajás coligados y solicitaron el mando de la montaña, lo cual fué el origen de las divisiones que desgarraron el Líbano en 1823.

Las tropas combinadas pusieron sitio á S. Juan de Acre en Julio de de 1822, y le continuaron sin resultado hasta Abril de 1823, época en que le levantaron: entónces el jóven bajá de Acre, sumamente avaro, discurrió un medio de dispensarse de pagar el tributo que debía á la Puerta. Para esto, hizo asesinar, cerca de Latakié, á los oficiales que llevaban el tributo, se hizo devolver el dinero por los asesinos, y luego se quejó á la Puerta del asesinato cometido sobre sus agentes y del robo de un tributo perteneciente al Gran Señor, esperando, con tan odiosa conducta, escimirse del tributo y comprometer al bajá de Latakié, á quien el Gran Señor enviaria el cordon, reuniendo su bajalato al de Acre; pero Abdalla-Bajá se engañó.

Noticioso el Gran Señor de la perfidia del bajá de Acre, pidió su cabeza por segunda vez;— pero ¿què podian contra Acre los bajás de Damasco, de

Alepo y de Adana con un ejército de 12,000 hombres de todas armas, mal disciplinado, sin artillería que pudiese abrir una brecha, sin tener mas que algunas piezas de grueso calibre, á que no correspondia el tamaño de las balas, 3 ó 4,000 ginetes sin bagages, y una infantería que pasaba el dia y la noche fumando bajo las tiendas? Así fué que Abdalla-Bajá fué dueño de la primera plaza fuerte del Oriente, y se preparó con confianza á una defensa vigorosa.

Una corbeta inglesa, anclada en la rada, ofreció un oficial de su bordo para dirigir la artillería de los tiradores. Aceptaron los bajás, y pusieron las piezas bajo su mando; pero al cabo de tres dias vió que jamas tomarian la plaza con turcos que no querian acercarse á las murallas con sus cañones, único medio sin embargo de abrir brecha.

A pesar del ejército de los bajás, Abdalla continuó en posesion de su gobierno. Nada tenia que temer, por el lado de tierra, de parte de unas tropas tan mal organizadas, y respondia á sus cañonazos con descargas de mosquetería, para mostrar cuanto despreciaba sus ataques. Tenia buenos soldados, bien pagados; los víveres y las municiones de guerra llegaban con abundancia en buques, ya de Europa, ya de Asia, y aún se sospechó que andaba en tratos con los griegos de la Morea.

El emir Beschir que, en aquella época, estaba

ya bajo la proteccion del virey de Egipto, seguia una correspondencia regular con Abdalla, quien, por medio de Mehemet-Alí, solicitó la paz y su perdon de la Puerta. Si el bajá no tenia nada que recelar por el lado de tierra, debia temer que el divan de Constantinopla, bloqueando la plaza por mar, interceptase sus comunicaciones con los paises extranjeros, lo que hubiera reducido á su pueblo al hambre, insurreccionado sus tropas, y le hubiera obligado á él à tender el cuello al cordon de la Sublime Puerta. El divan le perdonó, sabiendo que Abdalla podia entregar la plaza á los insurgentes de la Morea; pero le condenó à una multa de tres mil bolsas y á pagar los gastos de la guerra:

El virey, obtenido ya el perdon de Abdalla-Bajá, pidió tambien y obtuvo el del emir Beschir, que recobró su mando, y se aprovechó de aquella circunstancia para hacer conocer su crédito al divan, y para tomar una influencia inmediata sobre el príncipe del Líbano, cuyos intereses políticos se hallan hoy unidos à los de Mehemet-Alí.

A fines del año de 1823, el emir Beschir desembarcó en S. Juan de Acre para ajustar con Abdalla los gastos del sitio de la plaza, y fijar la suma á que debia ascender su parte en la deuda.

De vuelta en el Líbano echó una contribucion de mil bolsas, pues se hallaba bastante necesitado

de resultas de su destierro y de los gastos que le habia ocasionado su residencia en Egipto. Tambien su pueblo estaba empobrecido, y no queriendo el emir indisponerle contra él con un impuesto tan considerable, resolvió hacérsele pagar á su antiguo lugar-teniente general, el jeque Beschir, á fin de vengarse así de los tratos que habia tenido con su hermano Abets para quitarle el mando de la montaña. El jeque Beschir se negó á pagar, y se retiró al Karan, provincia del Líbano; luego volvió á su palacio de Moctura, desde donde se concertó con el príncipe Abets para derribar á Beschir, y aun logró hacer entrar en la conspiracion á tres jóvenes hermanos del príncipe, que hasta entonces se habian estado quietos en sus provincias.

Aquella conspiracion hubiera podido ser fatal al emir Beschir sin el auxilio de Abdalla-Bajá.

El jeque Beschir fué perseguido y preso en las llanuras de Damasco, con una escolta de doseientas personas; fácilmente hubiera podido salvarse; pero habiéndole asegurado un oficial turco, en nombre del bajá de Damasco, que el príncipe del Líbano le perdonaba, se puso en sus manos, y fué conducido à Damasco, donde le despojaron de sus vestidos, le ataron las manos, una sobre el pecho y otra sobre la espalda, y le metieron en una cárcel, donde pasó muchos meses: formósele causa en Constantinopla, y fué condenado á muerte. Cuando le

presentaron el cordon ni siquiera mudó de color, y solo pidió hablar al bajá y al príncipe; respondióle que era inútil, que ni uno ni otro podían ya hacer nada, mediando una sentencia emanada de Constantinopla. Entónces el jeque Beschir se sometió á su destino; le ahorcaron, luego le cortaron la cabeza, y su cuerpo descuartizado fué arrojado á los perros.

Ejecutóse esta horrible sentencia á principios de 1824. Los tres hermanos del príncipe fueron presos despues; cortóseles la lengua y se les sacaron los ojos; luego los desterraron con sus familias, cada cual á una aldea, distantes uno de otro. Desde entónces reinó la tranquilidad en el Líbano, y los Chab, gozaron en paz del poder, merced á la activa policía que estableció el emir en su gobierno y á la amistad de Abdalla-Bajá, que no ignoraba sin embargo, las íntimas relaciones que unian al gran príncipe con Mehemet-Alí.

Tal es la política que ha seguido hasta el día el emir Beschir, y todo anuncia que la seguirá todavía con buen resultado en la nueva crisis en que le ha colocado la lucha de Mehemet-Alí contra el imperio Otomano; el emir no ha tomado ninguna parte en la guerra hasta el momento en que Ibrahim-Bajá, vencedor de San Juan de Acre, ha enviado á Abdalla-Bajá, vencido y prisionero, á su padre á Egipto, y ha entrado en Siria; entónces el

príncipe del Líbano ha debido declararse: segun la costumbre de los orientales, ha visto el dedo de Dios en la victoria, y se ha puesto del lado del vencedor: sin embargo, lo ha hecho como a pesar suyo y reservándose los medios de reconciliarse con la Puerta. Es de creer que si Ibrahim-Bajá experimentase reveses, el emir Beschir se declararia por los turcos, y los ayudaria a aniquilar a los árabes; Ibrahim, que sospecha esta política de dos caras, compromete cuanto puede al príncipe: le ha obligado a darle a uno de sus hijos y algunos de sus mejores ginetes, para acompañarle hácia la parte de Homs, y sus otros hijos, abandonando la montaña, gobiernan militarmente, en nombre de los egipcios, las principales ciudades de la Siria.

La cabeza del emir Beschir pende del triunfo de Ibrahim de Homs; si este es vencido, la reaccion de los turcos contra los cristianos del Líbano y contra el mismo príncipe, será implacable; por otra parte, si Ibrahim permanece dueño de la Siria, no podrá ver mucho tiempo sin zelos un poder independiente del suyo, y procurará ó destruirle por medio de la política, ó derribarle para siempre acabando con la familia de Chab. Si el emir Beschir fuera mas jóven y mas activo, podría resistir a estas dos agresiones, y constituir por mucho tiempo y acaso para siempre, su dominio y el de sus hijos en la parte mas inaccesible, mas poblada

y rica de la Siria; los montañeses que manda son valerosos, inteligentes, disciplinados; los caminos para llegar al centro del Líbano, son intransitables; los maronitas, que son muy numerosos en el Líbano, se sacrificarían por el emir, en virtud del lazo común del cristianismo, y por el odio y el terror del dominio turco.

El único obstáculo para la creación de un poder nuevo en aquellos países, es la diferencia de religión entre los maronitas, los drusos y los metualis, que pueblan en número casi igual, las montañas sometidas á la autoridad del emir; el más firme vínculo de nacionalidad, es la comunidad de las ideas religiosas, ó por mejor decir, lo ha sido hasta aquí. La civilización, a medida que progresa, reduce el pensamiento religioso al individualismo, y otros intereses comunes forman la nacionalidad; como estos intereses son menos graves que el interés de religión, las nacionalidades van debilitándose,—porque ¿qué cosa hay más fuerte para el hombre que el sentimiento religioso, que su dogma, que su fé íntima? Ese sentimiento es la voz de su inteligencia, es el pensamiento en que resume todos los demás; costumbres, leyes, patria, todo reside para un pueblo en su religión; eso es lo que motiva, en mi concepto, que sea tan difícil que el Oriente se constituya en una sola y gran nación; por eso se desmorona el imperio turco. No se ven signos de una existencia común, síntomas de

una nacionalidad posible, mas que en las partes del imperio en que están aglomeradas las tribus de un mismo culto,—entre la raza griega, asiática, entre los armenios, entre los búlgaros y entre los servios;—fuera de ahí, se ven hombres, pero no se ve nación.

8 de Octubre, 1832.

Hoy he bajado las últimas pendientes del Líbano que van de Deir-el-Kammar al Mediterráneo, y he venido a pasar la noche en un kan aislado de estas montañas.

A las cinco de la mañana montábamos a caballo en el patio del palacio del emir. Al salir de la puerta del palacio, se empieza por bajar a un sendero labrado en la peña y que gira alrededor del cerro de Dptedin. A derecha é izquierda de estos senderos, los cuadros de tierra que sostienen los terrados artificiales están plantados de moreras, y admirablemente cultivados; la sombra de los árboles y de las vides cubre por do quiera el suelo, y numerosos arroyos, dirigidos por los árabes cultivadores, bajan de lo alto del monte a dividirse en targeas y a regar el pié de los árboles y los huertos. La gigantesca sombra del palacio y de las azoteas de Dptedin se estiende sobre toda esta es-

y rica de la Siria; los montañeses que manda son valerosos, inteligentes, disciplinados; los caminos para llegar al centro del Líbano, son intransitables; los maronitas, que son muy numerosos en el Líbano, se sacrificarían por el emir, en virtud del lazo común del cristianismo, y por el odio y el terror del dominio turco.

El único obstáculo para la creación de un poder nuevo en aquellos países, es la diferencia de religión entre los maronitas, los drusos y los metualis, que pueblan en número casi igual, las montañas sometidas á la autoridad del emir; el más firme vínculo de nacionalidad, es la comunidad de las ideas religiosas, ó por mejor decir, lo ha sido hasta aquí. La civilización, a medida que progresa, reduce el pensamiento religioso al individualismo, y otros intereses comunes forman la nacionalidad; como estos intereses son menos graves que el interés de religión, las nacionalidades van debilitándose,—porque ¿qué cosa hay más fuerte para el hombre que el sentimiento religioso, que su dogma, que su fé íntima? Ese sentimiento es la voz de su inteligencia, es el pensamiento en que resume todos los demás; costumbres, leyes, patria, todo reside para un pueblo en su religión; eso es lo que motiva, en mi concepto, que sea tan difícil que el Oriente se constituya en una sola y gran nación; por eso se desmorona el imperio turco. No se ven signos de una existencia común, síntomas de

una nacionalidad posible, mas que en las partes del imperio en que están aglomeradas las tribus de un mismo culto,—entre la raza griega, asiática, entre los armenios, entre los búlgaros y entre los servios;—fuera de ahí, se ven hombres, pero no se ve nación.

8 de Octubre, 1832.

Hoy he bajado las últimas pendientes del Líbano que van de Deir-el-Kammar al Mediterráneo, y he venido a pasar la noche en un kan aislado de estas montañas.

A las cinco de la mañana montábamos a caballo en el patio del palacio del emir. Al salir de la puerta del palacio, se empieza por bajar a un sendero labrado en la peña y que gira alrededor del cerro de Dptedin. A derecha é izquierda de estos senderos, los cuadros de tierra que sostienen los terrados artificiales están plantados de moreras, y admirablemente cultivados; la sombra de los árboles y de las vides cubre por do quiera el suelo, y numerosos arroyos, dirigidos por los árabes cultivadores, bajan de lo alto del monte a dividirse en targeas y a regar el pié de los árboles y los huertos. La gigantesca sombra del palacio y de las azoteas de Dptedin se estiende sobre toda esta es-

cena, y le sigue a uno hasta el pié de este cerro, donde empieza uno a subir otra montaña que sostiene en su cumbre la ciudad de Deir-el-Kammar: en un cuarto de hora de camino llegamos allá. Deir-el-Kammar es la capital del emir Beschir y de los drusos; la ciudad encierra una poblacion de diez a doce mil almas; pero escepto un antiguo edificio adornado de esculturas moriscas y de altos balcones en un todo semejante a los restos de uno de nuestros castillos de la edad media, Deir-el-Kammar nada tiene de ciudad, y ménos de capital, parece un miserable lugaron de Saboya ó de Auvernia.

Acababa de amanecer cuando le atravesamos; las manadas de yeguas y de camellos salian de los patios de las casas, se derramaban por las plazas y las calles no empedradas de la ciudad: en una plaza algo mas espaciosa que las otras, estaban levantadas algunas tiendas de zingaros ó gitanos; hombres, niños, mugeres medio desnudos ó embizados en la inmensa manta de lana blanca que es su único vestido, estaban acurrucados, alrededor de una hoguera, y se peinaban unos a otros, ó buscaban los insectos que los devoraban.

Algunos árabes al servicio del emir pasaban a caballo con su magnífico trage, con armas soberbias en la cintura y una lanza de doce a quince piés de largo en la mano. Unos iban a llevar al

emir nuevas del ejército de Ibrahim; otros bajaban hácia la costa para transmitir las órdenes del príncipe a los destacamentos mandados por sus hijos y que están acampados en el llano. Nada es mas imponente y rico que el trage y la armadura de estos guerreros drusos. Su turbante inmenso, y sobre el cual serpentean, en graciosas vueltas, chales de colores brillantes, proyecta sobre su tostado rostro y sus negros ojos una sombra que realza la magestad y agreste energía de sus fisonomías; largos bigotes cubren sus labios y les caen por ambos lados de la boca: una especie de tunicela corta y de color rojo es una vestimenta uniforme para todos los drusos y para todos los montañeses; esta túnica, segun la importancia y la riqueza del que la lleva, está tegida con algodón y oro, ó solamente con algodón y seda, y elegantes dibujos en que la diversidad de los colores contrasta con el oro ó la plata del tegido, brillan sobre el pecho ó sobre la espalda. Inmensos pantalones de pliegues cubren las piernas; los piés van calzados con borceguies de taflete rojo y pantuflas de taflete amarillo por encima del borceguí: sobre los hombros llevan una chaqueta forrada de pieles, con las mangas colgando, como nuestros húsares.

Una faja de seda ó de taflete, semejante a la de los albaneses, rodea el cuerpo con sus numerosos pliegues y sirve al jinete para llevar sus armas: siempre se ven los puños de dos kangians ó yata-

ganes, puñales y alfanges cortos de los orientales, salir de aquel cinturón y brillar sobre el pecho; generalmente las culatas de dos ó tres pistolas embutidas de plata ó de oro, completan aquel arsenal portátil: todos los árabes llevan además una lanza muy larga y de madera muy dura, delgada y flexible, como una caña. Esta lanza, su arma principal, está adornada de borlas flotantes y de flecos y cordones de seda; la llevan generalmente en la mano derecha, la punta hácia arriba, y el cuento casi tocando al suelo; pero cuando lanzan sus caballos a galope, la vibran horizontalmente, y en sus juegos militares la arrojan a una distancia enorme y van a recogerla inclinándose hasta el suelo. Antes de arrojarla, le imprime largo rato un movimiento de oscilación que da mucha fuerza al tiro y le hace alcanzar al blanco que designan. Gran número de estos ginetes hallamos en todo el día: el emir Beschir nos había dado además algunos para guiarnos y hacernos fiesta: todos nos saludaron con suma cortesía y pararon sus caballos para cedernos el paso.

A cosa de dos millas de Deir-el-Kammar se disfrutaban unas de las más hermosas vistas del Líbano que es posible imaginar. A un lado sus profundas gargantas a las que vamos a bajar, se abren de repente bajo nuestras pisadas; al otro, el castillo de Dptedin se alza en la cima de su cerro, vestido de verdura y surcado de espumantes aguas, y

enfrente las montañas que bajan gradualmente hasta el mar, unas negras, otras bañadas de luz, se desarrollan como una catarata de colinas y van á esconder sus piés ya en las verdes orillas de los bosques de olivos que cubren las llanuras de Sidon, ya en las playas de arena de color de ladrillo, en las costas de Berut. Aquí y allí, el color de las laderas de aquellas montañas y las líneas variadas de su inmenso horizonte en declive, están cortadas por cimas de cedros, de abetos ó pinos de anchas copas, y en sus bases ó en sus altas cumbres brillan numerosas aldeas.

El mar termina este horizonte; uno sigue con la vista, como en un inmenso mapa ó en un plano de relieve, las recortaduras, los sesgos, las ondulaciones de las costas, de los cabos, de los promontorios, de los golfos de su litoral, desde el Carmelo hasta el cabo Batrum, en una estension de cincuenta leguas. El aire es tan puro que cree uno que en pocas horas de bajada llegaría a puntos de que le separan tres ó cuatro días de camino. A estas distancias el mar se confunde de tal modo, a primera vista, con el firmamento, que linda con el horizonte, que no se pueden distinguir al principio los dos elementos, y que parece que la tierra nada en un inmenso y doble oceano: solo fijando con más atención sus miradas en el mar, y viendo brillar las velitas blancas sobre su superficie azul, puede uno

explicarse lo que ve. Una bruma ligera y mas ó ménos dorada, ondea en la estremidad de las olas y separa el cielo y el agua. A veces, leves nieblas levantadas de las vertientes de las montañas por las brisas de la mañana, se desprendian como blancas plumas que un pajarillo hubiera dado al viento, y caian en el mar, ó se evaporaban en los rayos del sol que empezaba á abrasarnos. Dejamos con sentimiento aquella magnífica escena, y empezamos á bajar por un sendero tal, que jamas he visto otro mas peligroso en los Alpes. El declive es casi perpendicular, el sendero no tiene dos piés de ancho; por un lado le ciñen precipicios sin fondo, y por otro tapias de peñascos: la superficie del sendero está cubierta de piedras movedizas y tan alisadas por las aguas y por las herraduras de los caballos y los piés de los camellos, que estos animales tienen que buscar con sumo cuidado los sitios donde han de poner los piés, y como siempre los sientan en los mismos puntos, han acabado por abrir en la piedra cavidades donde se encaja su casco ó su pezuña á algunas pulgadas de profundidad, y solo merced á esas cavidades que ofrecen un punto de resistencia, pueden sostenerse los animales. De cuando en cuando se hallan escalones labrados tambien en la peña á dos piés de altura, ó pedazos de granito redondo por cima de los cuales no se puede pasar, y que es preciso torcer con gravísimo peligro; tales son casi todos los caminos

en esta parte del Líbano. De trecho en trecho las laderas de las montañas se separan ó se achatan, y se anda con mas comodidad sobre capas de polvo amarillo, de greda ó de tierra vegetal: no se concibe como semejante pais está poblado de tan gran número de hermosos caballos y cómo es tan habitual su uso. Ningun árabe, por mas miserable que sea su lugar ó su casa, sale como no sea á caballo, y continuamente los veiamos bajar ó subir con la mayor indiferencia, con la pipa en la boca, por derrumbaderos por donde apénas podrian trepar los corzos de nuestras montañas.

Al cebo de hora y media de bajada, empezamos á entrever el fondo de la garganta que teniamos que atravesar y seguir. Un rio resonaba en sus profundidades, veladas todavía por la niebla de sus aguas y por las copas de los nogales, de los algarrobos, de los plátanos y de los álamos de Persia que crecian en las últimas pendientes de la barranca: hermosas fuentes salian a la derecha del camino de las grutas de peñas entapizadas con mil plantas rastreras desconocidas, ó del seno de las herbosas praderas salpicadas de flores de otoño. Pronto descubrimos una casa, entre los árboles, en la márgen del rio ó del torrente que vadeamos; allí nos detuvimos para que descansaran los caballos, y para disfrutar un momento de una de las mas extraordinarias perspectivas que hemos encontrado en nuestra escursion.

La garganta á cuyo fondo habíamos bajado, estaba llena toda entera por las aguas del rio, que hervian al rededor de algunas moles de peñascos derrumbados en su cauce. De trecho en trecho, algunas islas de tierra vegetal daban pié á gigantescos álamos que se alzaban á una altura prodigiosa y proyectaban su sombra piramidal sobre las laderas de la montaña en que estábamos sentados. Las aguas del rio se encajonaban á la izquierda entre dos paredes de granito que parecian haber rajado para abrirse calle; aquellas paredes se alzaban á cuatrocientos ó quinientos piés, y juntándose por su estremidad superior, parecian un inmenso arco que el tiempo hubiera hecho desplomarse sobre sí mismo. Allí, anchas copas de pinos de Italia se estendian como matas de alelíes sobre las ruinas de las tapias viejas, y su color verde sombrío se destacaba sobre el vivo y crudo azul del cielo. A la derecha, la garganta serpenteaba por espacio de un cuarto de milla entre márgenes ménos escarpadas y angostas; las aguas del rio se estendian en libertad, abrazando una multitud de islitas ó de verdes promontorios; todas aquellas islas, todas aquellas lenguas de tierra estaban cubiertas de la mas rica y graciosa vegetacion. Aquella era la primera vez que yo veia el álamo desde que dejé las orillas del Ródano y del Saona. Este hermoso árbol tendia su pálido y móbil velo sobre todo aquel valle del rio; pero como allí no le

poda ni le planta la mano del hombre, crece en grupos y estiende libremente sus ramas con mucha magestad, diversidad de formas y gracia que en nuestros climas. Entre los grupos de esos árboles y algunos otros grupos de juncos y espadañas que cubrian tambien las islas, veiamos los machones arruinados de un añoso puente construido por los antiguos emires del Líbano y desmoronado hace siglos.

Mas allá de los machones de ese puente arruinado, abrirse del todo la garganta sobre una inmensa escena interior de valles, llanuras y colinas sembradas de aldeas habitadas por los drusos, y todo estaba rodeado como un anfiteatro, por una cordillera circular de altas montañas:—aquellas colinas eran casi todas verdes y estaban cubiertas de bosques de pinos. Las aldeas, suspendidas unas encima de otras, parecia á la vista que se tocaban; pero luego que hubimos atravesado algunas, reconocimos que la distancia entre una y otra era considerable por la aspereza de los senderos y por la necesidad de bajar y subir los profundos barrancos que las separan.

Aldea hay de aquellas desde la cual se puede oír fácilmente la voz de un hombre que habla en otra aldea, y sin embargo se necesita una hora para ir desde una á otra. Lo que todavía hacia mas pintoresco el efecto de aquel hermoso pais eran dos vastos monasterios plantados, como dos fortalezas

en las cimas de dos colinas, detras del rio, y que parecian dos colosos de granito ennegrecido por el tiempo: uno está habitado por maronitas que se consagran á la instruccion de los jóvenes árabes destinados al sacerdocio: el otro estaba desierto, y habia pertenecido en otro tiempo á la congregacion de los lazaristas del Líbano;—a la sazón servia de asilo y de refugio á dos jóvenes jesuitas enviados allí por su orden, á solicitud del obispo maronita para dar reglamentos y modelos á los maestros árabes: allí viven en una completa soledad, en la pobreza y en la práctica de una santidad ejemplar. (Mas adelante los he conocido). El uno está aprendiendo el árabe y procura inútilmente convertir á algunos drusos de las aldeas vecinas; es un hombre de mucho talento y saber; el otro se ocupa en la medicina, y recorre el país, distribuyendo medicamentos gratuitos: ambos son queridos y respetados por los drusos y aún por los metualis; pero no pueden esperar ningun fruto de su residencia en Siria. El clero maronita es muy adicto á la iglesia romana; sin embargo, este clero tiene sus tradiciones, su independencia, su disciplina propia, que no dejaria invadir por el espíritu de los jesuitas; él es la verdadera autoridad espiritual, el gobernador de las almas en todo el Líbano; pronto tendria rivales en corporaciones europeas, activas y militantes, y esta rivalidad le inquietaria con razon.

Despues de haber descansado media hora en aquel sitio encantado, volvimos a montar a caballo y empezamos a subir la escarpada cuesta que se alzaba delante de nosotros. El sendero era cada vez mas áspero a medida que se elevaba sobre la última cordillera del Líbano, que nos separaba de las costas de Siria; pero conforme íbamos subiendo, el aspecto del inmenso valle que dejábamos a nuestra derecha, iba siendo mas imponente y grandioso.

El rio que habiamos dejado en el sitio donde habiamos hecho alto, serpenteaba en medio de aquella llanura ligeramente ondulada con numerosos collados y á veces se estendia en grandes charcas de agua azul y brillante como los lagos de Suiza. Las colinas negras, coronadas en sus cimas de grupos de pinos, interrumpian á cada paso su corriente y la dividian á nuestros ojos en mil luminosos ramales. De escalon en escalon, frecuentes cerros, que arrancaban del llano, se alzaban, se acumulaban, se apoyaban unos sobre otros, todos cubiertos de brezos en flor, y salpicados de trecho en trecho, de copudos árboles que proyectaban anchas sombras sobre sus laderas. Grandes bosques de cedros y abetos descendian mas arriba de las altas cumbres, é iban á morir en especillos y claros al rededor de las numerosas aldeas drusas, cuyas azoteas, cuyos galcones y ventanas en arco diagonal, veiamos alzarse entre la verdura de los pinos. Los habitan-

tes, cubiertos de su airosa capa de escarlata y la frente ceñida con su turbante de anchos pliegues rojos, subían á sus azoteas para vernos pasar, y daban nuevo realce con el brillo de sus vestidos y la magestad de sus actitudes al efecto grandioso, singular, pintoresco del pais. En todas partes manaban hermosas fuentes turcas a la entrada ó á la salida de aquellas aldeas; las casadas y las doncellas que iban á buscar agua en sus largas y angostas cántaras, estaban agrupadas al rededor de los pilones y separaban una punta de sus velos para entrevernos. La poblacion nos ha parecido soberbia; hombres, mugeres, niños, todos tienen el color de la fuerza y de la salud. Las mugeres son hermosísimas; todas las fisonomías llevan estampado el sello de la altivez y de la nobleza sin espresion de ferocidad.

En todas partes nos saludaban con bondad y cortesía: en todos aquellos pueblos nos ofrecieron la hospitalidad: no la aceptamos en ninguna parte y continuamos subiendo, por espacio de tres horas, escarpadas pendientes entre bosques de abetos. Llegamos por fin á la última cresta blanca y pelada de las montañas, y el inmenso horizonte de la costa de Siria se desarrolló de repente ante nuestros ojos, presentándonos un aspecto del todo distinto del que veíamos hacia muchos dias: aquel era el horizonte de Nápoles visto desde la cumbre

del Vesubio ó desde las alturas de Castellamare. El inmenso mar estaba á nuestros piés, sin límites ó solo con algunas nubes aglomeradas en la estremidad de sus olas: bajo aquellas nubes hubiera podido creerse que se veía una tierra, la tierra de Chipre, que está á treinta leguas mas adentro, el monte Carmelo á la izquierda, y á una distancia á que apénas alcanzaba la vista, á la derecha, la interminable sucesion de las costas de Berut, de Trípoli, de Siria, de Latakíé, de Alejandreta; en fin, confusamente, y bajo las doradas brumas de la tarde, algunas resplandecientes agujas del monte Tauro; pero podia ser ilusion, porque la distancia es enorme. Inmediatamente bajo nuestros piés empezaba la bajada; primero entre las rocas y los brezos secos de la cumbre en que estábamos colocados, luego, cada vez ménos áspera, desarrollándose de cima en cima entre pedregosos collados y verdes copas sombrías de pinos, cedros, robles y algarrobos; luego, por declives mas suaves, entre la verdura mas pálida y amarilla de los plátanos y de los sicomoros: luego seguían en fin colinas grises cubiertas de olivos: todo iba á rematar y morir en la estrecha llanura que separa al Líbano del mar. Allí, en los cabos, se veían antiguas torres morunas que guardan la ribera; en el fondo, golfos, ciudades ó pueblecillos con sus tapias brillantes bajo los rayos del sol, sus enseñas

abiertas entre la arena, y sus barcas atracadas en la playa, ó saliendo de los puertos ó entrando en ellos á toda vela. Saide y Berut sobre todo, rodeadas de sus ricas llanuras de olivos, de limoneros, de moreras, con sus minaretes, sus cimborios de las mezquitas, sus castillos y sus murallas almenadas, salian de aquel oceano de colores y líneas, y fijaban las miradas en dos puntos avanzados en las olas. Mas allá de la llanura de Berut, el gran Líbano, interrumpido por el curso del rio, empezaba de nuevo á elevarse, primero amarillo y dorado como las columnas de Pesto; luego gris, sombrío, mate; luego verde y negro en la region de las selvas; luego en fin alzando sus agujas de nieve que parecian fundirse en la transparencia del cielo y donde los blancos rayos de la luz dormian en una eterna serenidad, sobre capas de eterna blancura. No tienen un horizonte semejante Nápoles ni Sorrento, Roma ni Albano.

Despues de haber bajado cosa de dos horas, hallamos un kam aislado bajo magníficos plátanos á la vera de una fuente. Es preciso describir de una vez para siempre lo que se llama un kan en la Siria y en general en todos los paises de Oriente:— Es una cabaña cuyas tápias son de piedras mal unidas entre sí, sin argamasa, y que dan paso al viento ó á la lluvia; estas piedras están generalmente ennegrecidas por el humo del fogon que filtra

continuamente por sus rendrijas. Las paredes tienen de siete á ocho piés de altura, y están cubiertas de algunas piezas de madera sin labrar, con la corteza y las principales ramas del árbol: el techo está formado con fagotes secos y retamas; el piso no está empedrado, y segun la estacion, es una capa de polvo ó de barro. Uno ó dos postes sirven de sosten al techo de enramada, y de ellos se cuelgan la capa ó las armas del viagero. En un rincon hay un pequeño fogon levantado sobre algunas piedras en bruto; en él arde continuamente una lumbrada de carbon, y hay una ó dos cafeteras de cobre, siempre lleno del café espeso y farinaceo, refresco habitual y única necesidad de los turcos y de los árabes. Generalmente hay dos piezas semejantes á la que acabo de describir. Uno ó dos árabes están autorizados, en virtud de un censo que pagan al bajá, á hacer los honores de esa hospitalidad y á vender café y las tortas de harina de cebada á las caravanas. Cuando el viagero llega á la puerta de estos kanes, se apea del camello ó del caballo, hace bajar las esteras y las alfombras de Damasco que han de servirle de cama; se estienden en un rincon de la estancia, se sienta sobre ellas, pide café, hace encender su pipa, ó su narguilé, y espera á que sus esclavos hayan cogido un poco de madera seca para prepararle su comida, que consiste comunmente en dos ó tres tortas apénas cocidas, sobre un guijarro puesto á la lumbre,

y en algunos pedazos de carnero picado que se cuecen en una olla de cobre con arroz. Las mas de las veces no se halla ni arroz ni carnero en el kan, y hay que contentarse con tortas y excelente agua muy fresca, que nunca falta en las cercanías de los kanes.

Los criados, los esclavos, los mukres (conductores de los camellos) y los caballos se quedan á cielo raso al rededor del kan. Generalmente hay en las inmediaciones algun árbol famoso y secular que sirve de léjos de punto de reconocimiento á la caravana; casi siempre es una inmensa higuera-sicomoro, árbol que nunca he visto en Europa; es tan grande como los mas gruesos robles y vive mas todavía; su tronco suele tener hasta treinta ó cuarenta piés de circuito, y á veces mucho mas: sus ramas, que empiezan á abrirse á quince ó veinte piés del suelo, se estienden horizontalmente, primero á una distancia inmensa, luego las ramas superiores se van agrupando en conos cada vez ménos anchos, y presentan de léjos la forma de nuestras hayas. La sombra de estos árboles, que la Providencia parece haber puesto en estos sitios de trecho en trecho como nubes hospitalarias sobre el suelo abrasador del desierto, se estiende a una gran distancia del tronco, y no es raro ver hasta sesenta camellos y caballos y otros tantos árabes acampados durante el ardor del dia bajo el abrigo de uno solo de esos árboles; pero en esto, como en

todo, se ve con dolor esa habitual desidia de los orientales y de su gobierno. Estos plátanos, que deberian conservarse con particular cuidado, como posadas naturales, para las necesidades de las caravanas, están abandonados a la estúpida imprevision de los que se guarecen bajo su sombra; los árabes encienden la lumbre al pié del sicomoro, y la mayor parte de estos hermosos árboles tienen el tronco todo ennegrecido y tajado por la llama de las hogueras. Nuestra pequeña caravana se estableció debajo de uno de aquellos magestuosos sicomoros, y pasamos la noche embozados en nuestras capas y tendidos sobre una estera en un rincón del kan.

4 de Octubre, 1832.

Salimos esta mañana del kan, y al cabo de algunas horas de camino por las rápidas pendientes del Líbano, llegamos a las graciosas aldeas que se hallan a mitad de la cuesta. Allí desaparece toda la aspereza de las montañas, y se anda por espacio de dos horas, en medio de los collados mas risueños y mejor cultivados que es posible imaginar. Este pais se parece a la Toscana: pequeñas tápias sostienen por todas partes azoteas de tierra, donde las vides y los árboles se entrelazan cubriendo de sombra, sin impedirles florecer cosechas de to-

y en algunos pedazos de carnero picado que se cuecen en una olla de cobre con arroz. Las mas de las veces no se halla ni arroz ni carnero en el kan, y hay que contentarse con tortas y escelente agua muy fresca, que nunca falta en las cercanías de los kanes.

Los criados, los esclavos, los mukres (conductores de los camellos) y los caballos se quedan á cielo raso al rededor del kan. Generalmente hay en las inmediaciones algun árbol famoso y secular que sirve de léjos de punto de reconocimiento á la caravana; casi siempre es una inmensa higuera-sicomoro, árbol que nunca he visto en Europa; es tan grande como los mas gruesos robles y vive mas todavía; su tronco suele tener hasta treinta ó cuarenta piés de circuito, y á veces mucho mas: sus ramas, que empiezan á abrirse á quince ó veinte piés del suelo, se estienden horizontalmente, primero á una distancia inmensa, luego las ramas superiores se van agrupando en conos cada vez ménos anchos, y presentan de léjos la forma de nuestras hayas. La sombra de estos árboles, que la Providencia parece haber puesto en estos sitios de trecho en trecho como nubes hospitalarias sobre el suelo abrasador del desierto, se estiende a una gran distancia del tronco, y no es raro ver hasta sesenta camellos y caballos y otros tantos árabes acampados durante el ardor del dia bajo el abrigo de uno solo de esos árboles; pero en esto, como en

todo, se ve con dolor esa habitual desidia de los orientales y de su gobierno. Estos plátanos, que deberian conservarse con particular cuidado, como posadas naturales, para las necesidades de las caravanas, están abandonados a la estúpida imprevision de los que se guarecen bajo su sombra; los árabes encienden la lumbre al pié del sicomoro, y la mayor parte de estos hermosos árboles tienen el tronco todo ennegrecido y tajado por la llama de las hogueras. Nuestra pequeña caravana se estableció debajo de uno de aquellos magestuosos sicomoros, y pasamos la noche embozados en nuestras capas y tendidos sobre una estera en un rincón del kan.

4 de Octubre, 1832.

Salimos esta mañana del kan, y al cabo de algunas horas de camino por las rápidas pendientes del Líbano, llegamos a las graciosas aldeas que se hallan a mitad de la cuesta. Allí desaparece toda la aspereza de las montañas, y se anda por espacio de dos horas, en medio de los collados mas risueños y mejor cultivados que es posible imaginar. Este pais se parece a la Toscana: pequeñas tápias sostienen por todas partes azoteas de tierra, donde las vides y los árboles se entrelazan cubriendo de sombra, sin impedirles florecer cosechas de to-

do género. Estas colinas están salpicadas de aldeas donde todo anuncia el orden, la paz, el trabajo, la riqueza; las casas, ó por mejor decir, los castillos de los jeques, los dominan como nuestros castillos góticos dominaban en otro tiempo nuestras villas y lugares: inmensos conventos de monjes maronitas ocupan la cima de los collados como fortalezas. Se ve entrar y salir a los monges que conducen el arado por los campos, ó van a recoger la hoja de las moreras. Los árabes, sin distincion de secso, van a trabajar tranquilamente a los prados, y nos miran pasar sonriéndose como admirados de nuestros trages europeos. El jeque y sus principales servidores, están generalmente sentados sobre una alfombra á la puerta de su castillo ó bajo un gran sicomoro en mitad del camino; el jeque está fumando y nos hace un saludo poniendo la mano sobre su corazon y diciéndonos: *¡Sala el kaer!* ¡Bendito sea el dia para vosotros, viageros!

Llegamos en fin al llano, que atravesamos bajo una bóveda de verdura formada por los largos cañaverales, las palmas, las higueras, las vides y las moreras de que está cubierto. De cuando en cuando una casa aislada del cultivador árabe, ó greco-sirio sale de aquella espesa enramada; los muchachos juegan con los carneros de Siria, de ancha cola, delante de la puerta; hermosas jóvenes, con la cara descubierta, llevan sus cántaros de

agua sobre la cabeza, y el padre y la madre trabajan al pié de las moreras, en aquellas hermosas telas de seda de mil colores, cuyos hilos atan de un árbol y que tejen andando a su sombra. La Escocia, la Sajonia, la Soboya, la Suiza, no presentan al viagero mas escenas de vida, de ventura y de paz que las faldas de estas montañas del Líbano, donde no se espera uno encontrar mas que tribus bárbaras.

5 de Octubre, 1832.

He hallado a mi muger y a mi hija en buena salud, y ocupadas en adornar y hermosear nuestra residencia de invierno. He pasado algunos dias con ellas ántes de salir para la Palestina y el Egipto. Ibrahim-Bajá ha alcanzado una victoria decisiva en Homs, avanza hácia la Caramaña, y pasará el Tauro arrollando a los turcos; ya no hay ninguna inquietud en cuanto a la seguridad y tranquilidad de este pais: viajaré sin ningun cuidado por lo que mas amo en este mundo. Nuestros nuevos amigos de Berut, los señores Dianco, Jorelle, Faren, Laurella, Abost, proveerán, en mi ausencia, a cuanto pueda ocurrir. Voy a organizar definitivamente mi caravana, y me pondré en camino, apénas la primer lluvia calme el calor de treinta grados que hace ahora en la costa de Siria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

agua sobre la cabeza y al rodeo y la noche
tan al pie de las montañas en algunas
las de ser de mil colores, en los días
brul y que se elevando a un
poco la altura, la noche se
en el viaje, me acordé de
de sea que las cosas de
no, donde no se ve
tribas de las

El hallazgo de los
y ocupados en
residencia de
con ella, hasta
de la noche en
y pasados

una mañana
había en el
unos cuantos
de la noche
de la noche
determinar
mismo agente
entre otros que

entre una
pecadores
el mundo
tránsito
guerra
de el kan
es el kan

**VIAGE DE BERUT,
ATRAVESANDO LA SIRIA Y LA PALESTINA,
A JERUSALEN.**

8 de Octubre, 1832, á las tres de la tarde.

Me pongo en camino con diez y ocho caballos de comitiva ó de bagages, que forman la caravana.— Hacemos noche en el kan, á tres horas de Berut, siguiendo el mismo camino ya descrito para ir á visitar á lady Stanhope.— Al dia siguiente salimos á las tres de la madrugada, atravesamos á las cinco el rio Tamur, el antiguo Tamyris; sus márgenes están cubiertas de adelfas en flor.— Seguimos la orilla del mar, cuyas olas lavan con su espuma los cascacos de nuestros caballos, hasta Saide, la antigua Sidon, hermosa sombra todavía de la ciudad destruida, de la que ha perdido hasta el nombre:— Ninguna reliquia conserva de su pasada grandeza. Un espolon circular, formado con enormes peñas,

ciñe una darsena atascada de arena, y algunos pescadores con sus hijos, metidos en el agua hasta el muslo, empujan al mar una barca sin arboladura ni velámen, única imágen marítima de esta segunda reina de los mares. En Saide nos apeamos en el kan francés, inmenso palacio de nuestro antiguo comercio en Siria, donde nuestros cónsules reunian á todos los nacionales bajo el pabellon de Francia. Ya no hay aquí comercio, ni franceses; solo queda en Saide, en el inmenso kan desierto, un antiguo y respetable agente de Francia, M. Giraudin, que le habita hace cincuenta años, en medio de su fama enteramente oriental, y que nos recibe como se recibe á un viagero compatriota, en el pais donde se ha conservado en toda su primitiva pureza la antigua hospitalidad:—comemos y dormimos algunas horas con esta escelente familia:—dulzuras de la hospitalidad recibida así, inesperada y prodigada;—los hijos de la casa nos presentan el aguamanil:—la madre y las mugeres de los dos hijos en pié, se ocupan en el servicio de la mesa.—A las cuatro, montamos á caballo, escoltados por los hijos y los amigos de la familia Giraudin.—Carreras de djerid, ejecutadas por uno de ellos, montado en un soberbio caballo árabe. A dos horas de Saide, nos despedimos y les damos las gracias por sus bondades.—Caminamos todavía dos horas, y dormimos bajo nuestras tiendas, junto á una hermosa fuente en la orilla del mar, llamada el

Kantara,—un árbol gigantesco da sombra á toda la caravana.—Jardin delicioso que baja hasta las olas del mar. Una inmensa caravana de camellos sesteá al rededor nuestro en el mismo campo.

Pasamos la noche bajo la tienda:—relinchos de los caballos, gritos de los camellos, humo de las hogueras, resplandor trasparente de la lámpara al trasluz de la listada lona del pabellon.—Pensamientos de la vida tranquila, del hogar, de la familia, de los amigos ausentes que se agolpan en la imaginacion, miétras reclino mi pesada y abrasada frente en la silla de montar que me sirve de almohada.—Por la mañana, miétras las mukres y los esclavos ensillan los caballos, dos ó tres árabes arrancan las estacas de la tienda: sacuden la estaca que sirve de columna; cae, y las anchas y tendidas lonas, que cubrian a toda una familia de viageros, resbalan y caen tambien al suelo formando un lío de lienzo que un camellero coge debajo del brazo y suspende del albardon de su macho; no queda en el sitio vacío donde estaba uno establecido un momento ántes, como en una morada permanente, mas que una hoguera abandonada que humea todavía y pronto y se apaga al sol; verdadera, solemne y viva imágen de la vida, empleada muchas veces en la Biblia, y que me ha hecho grande impresion siempre que se ha ofrecido á mi vista.

Salimos de Kantara ántes de amanecer.—Subimos algunos cerros áridos y pedregosos que se internan formando promontorios en el mar: luego, desde lo alto del último y del mas elevado de aquellos cerros se me aparece Tiro, al cabo de su vasta y estéril colina.—Entre el mar y las últimas alturas del Líbano que van aquí declinando rápidamente, se tiende una llanura de sobre ocho leguas de longitud sobre una ó dos de anchura; la llanura, de color amarilla, está pelada, cubierta de arbustos espinosos, que pacen al paso los camellos de las caravanas. Esta llanura lanza dentro del mar una península avanzada, separada del continente por una calzada cubierta de una arena dorada, traída por los vientos de Egipto. Tiro, hoy llamada Sour por los árabes, se halla en la estremidad mas aguda de este promontorio, y parece que sale del seno de las olas;—de léjos, todavía se la tomara por una ciudad hermosa, nueva, blanca y viva, mirándose en el mar;—pero no es mas que una bella sombra que se desvanece cuando uno se acerca.—Algunos centenares de casas ruinosas y casi desiertas, donde los árabes reúnen por la noche los grandes rebaños de carneros y de cabras negras, notables por sus largas orejas pendientes, que desfilan delante de nosotros en el llano: he aquí la Tiro de hoy! Ya no tiene puerto sobre el mar, ni caminos sobre la tier-

ra:—hace mucho tiempo que las profecías se han cumplido para ella.

Caminábamos en silencio, ocupados en contemplar aquel luto y aquel polvo de un imperio que íbamos pisando.—Seguíamos un sendero en medio de la campiña de Tiro, entre la ciudad y las grises y peladas colinas con que remata el Líbano a la vera de esta llanura. Llegábamos a la altura misma de la ciudad, y tocábamos un monton de arena que parece hoy ser su único antemural entre tanto que la sepulte. Iba yo pensando en las profecías, y buscaba en mi memoria algunas de las elocuentes amenazas que el espíritu divino inspiró á Ezequiel, y no hallaba en palabras, pero sí en la miserable realidad que tenía a la vista. Algunos versos míos escritos al salir de Francia para visitar el Oriente, se agolpaban solo a mi memoria.

No he oído resonar bajo los cedros
La voz de las naciones; sobre Tiro
No he visto desprenderse en raudo giro,
De Dios á la suprema intimacion,
Las proféticas águilas del Líbano!
Donde Palmira fué no he reclinado
Mi sien; bajo mi pié no ha resonado
El imperio vacío de Memnon.

Tenia delante de mí el negro Líbano; pero la imaginacion me ha engañado, me decía yo a mí

mismo; no veo ni las águilas, ni los buitres que debían, para que se cumpliesen las profecías, bajar sin cesar de las montañas para devorar siempre ese cadáver de ciudad maldita de Dios y enemiga de su pueblo. En el momento en que estaba haciendo esta reflexión, un bulto negro, singular, inmóvil, apareció a nuestra izquierda, en la cima de un peñon perpendicular que avanza por aquel sitio en la llanura hasta sobre el camino de las caravanas.

Mirado con atención, aquel bulto parecía un conjunto de cinco estatuas negras de piedra, colocadas sobre el peñon como sobre un pedestal; pero en vista de algunos movimientos casi insensibles de aquellas figuras colosales, creímos, al acercarnos, que eran cinco árabes beduinos, vestidos con sus sacos de pelo de cabra negra, que nos miraban pasar desde aquella altura: en fin, cuando no estuvimos mas que a unos cincuenta pasos del peñon, vimos a una de aquellas figuras abrir dos anchas alas y sacudirlas, contra sus costados con un ruido semejante al de una vela que se despliega al viento, y reconocimos cinco águilas de las mas grandes que he visto nunca en los Alpes ó en nuestras casas de fieras.

No echaron á volar, no se conmovieron al acercarnos; posadas, como reinas de aquel desierto, en las orillas del peñon, miraban a Tiro como una ra-

lea que les pertenecía y a la que iban a volver: parecía que la poseían por derecho divino, — instrumentos de una órden que ejecutaban, de una venganza profética que tenían mision de cumplir sobre los hombres y a pesar de los hombres. No podia yo cansarme de contemplar aquella profecía, en accion, aquel maravilloso cumplimiento de las amenazas divinas de que nos hacia ser testigos la casualidad. Nunca cosa alguna mas sobrenatural habia herido mis ojos y mi mente, y me era preciso un esfuerzo de mi razon para no ver, detras de las cinco gigantescas águilas, la grande y terrible figura del poeta de las venganzas, de Ezequiel, alzándose por cima de ellas y señalándoles con los ojos y con el dedo la ciudad que Dios les daba para pasto, miéntras que el viento de la cólera divina agitaba su blanca barba y brillaba el fuego de la cólera celeste en sus ojos de profeta. Parámonos a cuarenta pasos; las águilas no hicieron mas que volver desdeñosamente la cabeza para mirarnos tambien; en fin, dos de los nuestros se destacaron de la caravana y corrieron a galope, con las escopetas en la mano, hasta el mismo pié de la peña: todavía no huyeron. — Algunos tiros disparados con bala les hicieron tender su pesado vuelo; pero volvieron al fuego y se cernieron largo rato sobre nuestras cabezas, sin que las alcanzasen las balas, como si nos dijeran: "Nada podeis, porque somos las águilas de Dios."

Entonces reconoí que la imaginacion poética me habia revelado las águilas de Tiro, ménos verdaderas, ménos bellas y ménos sobrenaturales todavía de lo que eran en realidad, y que hay en las *mens divinior* de los poetas, aun los más oscuros, algo de aquel instinto adivinador y profético que dice la verdad sin saberla.

Llegamos á medio dia, despues de una caminata de siete horas, en medio de la llanura de Tiro, á un sitio llamado los Pozos de Salomon.—Todos los viajeros los han descrito: —son tres depósitos de agua límpida y corriente que sale, como por encantamiento, de un terreno bajo, seco y árido á dos millas de Tiro; todos aquellos depósitos, elevados artificialmente á cosa de unos veinte piés sobre el nivel del llano, están llenos hasta los bordes y rebosan sin cesar: la corriente de las aguas mueve ruedas de molinos:—las aguas van á Tiro por acueductos medio antiguos, medio modernos, de bellissimo efecto en el horizonte.—Es fama que Salomon hizo construir estos tres pozos para recompensar á Tiro y á su rey Hiram, por los servicios que habia recibido de su marina y de sus artífices para la construccion del templo.

Hiram habia llevado los mármoles y los cedros del Líbano. Esos inmensos pozos tienen cada uno por lo ménos de sesenta á ochenta piés de circuito; no se conoce su profundidad, y uno de ellos no tiene fondo: nadie ha podido nunca saber por

qué misterioso conducto les llega el agua de las montañas: se hace muy creíble, escaminándolos bien, que son unos vastos pozos artesianos, inventados mucho ántes de su reinvenzion por los modernos.

Partida de los pozos de Salomon á las cinco;—caminata de dos horas por la llanura de Tiro;—llegada al pié de una alta montaña tajada sobre el mar y que forma el cabo ó Razel-Abiad; la luna se alzaba encima de la negra cumbre del Líbano, á nuestra izquierda, y no á bastante altura todavía para iluminar sus vertientes: su luz caia dejándonos en sombra, sobre inmensos peñones blancos donde se refractaba como una llama sobre mármol:—aquellos peñones, caidos hasta en medio de las olas, rompian su brillante espuma que casi saltaba hasta donde estábamos nosotros; el sordo y alternado rumor de la marejada estrellándose en el cabo resonaba solo, y sacudia á cada embate la estrecha cornisa por donde andábamos suspendidos sobre el precipicio; á lo lejos, el mar brillaba como una inmensa sábana de plata, y de trecho en trecho algun sombrío cabo se avanzaba en su seno ó alguna profunda caverna penetraba en las desgarradas faldas de la montaña; la llanura de Tiro se estendia á nuestras espaldas; todavía la distinguíamos confusamente por las franjas de arena amarilla y dorada que dibujaban sus contornos entre el mar y la tierra; la sombra de Tiro se veia en la es-

tremidad de un promontorio, y la casualidad sola, sin duda, habia encendido una claridad en sus ruinas, que de lejos hubiera podido tomarse por un faro;—pero era el faro de su soledad y de su desamparo, que no guiaba á ninguna nave, que no iluminaba mas que nuestros ojos y solo atraia una mirada de compasion sobre unas ruinas. Aquel camino sobre el precipicio, con todos los accidentes variados, sublimes, solemnes, de la noche, de la luna, del mar y de los abismos, duró todavía cosa de una hora,—una de las horas mas hondamente impresas en mi memoria que Dios me ha permitido contemplar en su tierra! Sublime puerta para entrar al dia siguiente en el suelo de los milagros! En esa tierra del testimonio, toda estampada aún con las huellas de la antiguo y del nuevo comercio entre Dios y el hombre!

Cuando bajamos de la cima de aquel cabo, tuvimos la misma perspectiva que nos habia pasmado al subir; precipicios igualmente profundos, tan sonoros, tan espumantes, tan sembrados de anchas quebraduras de la roca viva y blanca, se abrian bajo nuestros piés y bajo nuestras miradas; la marejada se estrellaba en las peñas con el mismo estruendo que nos acompañó en toda la longitud de la tempestussa costa de Siria, como la llaman las antiguas poesías hebráicas; la luna, mas elevada en el cielo, iluminaba mas aquella escena juntamente tumultuosa y solitaria, y la espaciosa llanura de To-

lemaida se abria delante de nosotros; eran las nueve de la noche, en el mes de Octubre; nuestros caballos, rendidos de una caminata de trece horas, apoyaban lentamente sus ferrados cascos en las puntiagudas y relucientes rocas que forman los únicos caminos en Siria, irregulares gradas de piedra, en que no se atreveria á aventurarse ninguna caballería en Europa; nosotros mismos, abrumados de cansancio y enagenados sobre todo por la grandeza del espectáculo y de los recuerdos que se habian agolpado á nuestra mente todo aquel dia, caminábamos silenciosamente á pié, llevando del freno nuestros caballos, y echando una mirada, ya sobre aquel mar que tendríamos que atravesar para volver á ver nuestros propios rios y nuestras propias montañas; ya sobre la cima negra, larga y sin ondulacion del monte Carmelo, que empezaba á destacarse en los últimos limites del horizonte.

Llegamos a una especie de kan, es decir, a una casa medio destruida, donde un pobre árabe cultivaba algunas higueras y calabazas silvestres entre las grietas de las peñas, junto a una fuente; el kan estaba ocupado por unos camelleros de Naplusa, que acarreaban trigo a Siria para el ejército de Ibrahim; la fuente estaba agotada por los calores del otoño, pero sin embargo plantamos nuestras tiendas en un terreno cubierto de guijas redondas y movedizas; atamos nuestros caballos a la estaca, y bebimos, con parsimonia, algunas gotas de agua

fresca que quedaba en nuestras jarras de los pozos de Salomon.-- Desde que se pasa la llanura de Tiro y las últimas vertientes de las montañas, el agua empieza a escasear; las fuentes están a cinco ó seis horas de distancia unas de otras, y muchas veces, cuando se llega a ellas, no se halla, en el cauce del manantial, mas que un légamo seco y ardiente que conserva la estampa de las pisadas de los camellos y de las cabras que se han abrevado en él últimamente.

El 11 levantamos las tiendas al resplandor de mil estrellas que se reflejaban en las olas estendidas a nuestros piés; bajamos por espacio de una hora las últimas colinas que forman el cabo Blanco ó Bar-el-Abiad; y entramos en la llanura de Acre, la antigua Tolemaida.

El sitio de Acre, por Ibrahim-bajá, habia reducido recientemente la ciudad á un monton de escombros, bajo los cuales de diez á doce mil muertos estaban enterrados con millares de camellos. Ibrahim, vencedor, é impaciente por poner su importante conquista á cubierto de una reaccion de la fortuna, se ocupaba en levantar los muros y la ciudad de Acre:—todos los dias se desenterraban de entre aquellos escombros centenares de muertos medio consumidos; las eshalaciones pútridas, los cadáveres apiñados, habian corrompido el aire de toda la llanura, pasamos lo mas léjos posible de

aquellas ruinas, y fuimos á hacer alto á medio dia, en la aldea árabe de las aguas de Acre, bajo un huerto de granados, higueras y moreras, y cerca de los molinos del Bajá; á las cinco nos volvimos á poner en camino para ir á acamparnos en un bosque de olivos, en las cimas de las primeras colinas de Galilea.

El 12 proseguimos nuestro viage al primer albor del dia; cruzamos primero una colina plantada de olivos y de encinas, derramadas en grupos y podadas por el diente roedor de las cabras y de los camellos. Cuando llegamos a la espalda de aquella colina, la Tierra Santa, la tierra de Canaan, apareció toda entera delante de nosotros: la impresion fué grande, agradable y profunda; no era lo que veiamos esa tierra pelada, pedregosa, estéril, esa colmena de montes bajos y descarnados que nos pintan como la tierra de promision sobre la palabra de algunos escritores preocupados ó de algunos viajeros impacientes por llegar y escribir, que no han visto, de los inmensos y variados dominios de las doce tribus, mas que el sendero de roca que conduce, de sol a sol, de Jafá a Jerusalem;—engañado por ellos, yo no esperaba mas que lo que describen, es decir, un pais sin estension, sin horizonte, sin valles, sin llanuras, sin árboles y sin agua;—tierra combada por algunos cerros grises ó blancos donde el árabe ladrón se escoude en la sombra de algunas barrancas para despojar al

pasajero; —tal es, acaso, el camino de Jerusalem á Jafa; —pero he aquí la Judea, tal cual la hemos visto, el primer día, desde lo alto de las colinas que limitan la llanura de Tolemaida; tal cual luego la hemos hallado del otro lado de las colinas de Zabulon, de las de Nazaret, y del pié del Monte-el-Rocio-del-Hermon, ó del monte Carmelo; tal cual la hemos recorrido en toda su longitud y en toda su variedad; desde las alturas que señorean à Tiro y Sidon, hasta el lago de Tiberiades, y desde el monte Tabor hasta las montañas de Samaria y de Naplusa, y desde allí hasta las murallas de Sion.

Aquí ante todas cosas vemos la llanura de Zabulon, estamos colocados entre dos ligeras ondulaciones de tierra, dignas apenas del nombre de colinas; el hueco que dejan entre sí estendiéndose delante de nosotros, forma el sendero por donde caminamos; este sendero está trazado por las pisadas de los camellos que apelmasan su polvo hace cuatro mil años, y por los anchos y profundos agujeros que el peso de sus piés, siempre asentados en el mismo punto, ha abierto en una roca blanca y quebradiza, siempre la misma desde el cabo de Tiro hasta las arenas del desierto Líbico. A derecha é izquierda, las redondas laderas de las dos colinas están sembradas aquí y allí, de veinte en veinte pasos, por especillos de variados arbustos que nunca pierden sus hojas; à una distancia algo mayor, se alzan árboles de nudoso tronco, nervu-

idas y entrelazadas ramas, follage inmóvil y sombrío; casi todos son encinas de una especie particular, cuyo tronco es mas airoso y ligero que el de las encinas de Europa, y cuyas hojas, aterciopeladas y redondas, no tienen los diente-cillos de la hoja de la encina comun; el algarrobo, el terebinto, y mas rara vez el plátano y el sicomoro, completan la vestidura de aquellas colinas: no conozco los otros árboles por sus nombres; algunos tienen la hoja de los abetos y de los cedros; otros, y estos son los mas hermosos, parecen inmensos sauces por el color de su corteza, la gracia de su follage, el decia matiz amarillento de aquel follage; pero los esceden sobre toda proporción en estension, corpulencia y altura.—Las mas numerosas caravanas pueden encontrarse al rededor de su tronco colosal, y acamparse juntas, con sus bagajes y sus camellos, bajo su sombra; en los anchos y frecuentes espacios que dejan en claro esos diversos árboles en las faldas de las colinas, bancos de rocas blanquecinas, y mas comunmente de un color gris azulado, sajan la tierra y se muestran al sol, como los vigorosos músculos de una fuerte armazon humana, que se articulan mas salientes en la vejez, y parecen próximos á rasgar la piel que los cubre: —pero entre aquellos bancos ó aquellos pedazos de peña, una tierra negra, ligera y profunda, vegeta sin cesar y produciria continuamente trigo, cebada y maiz por poco que se le labrase, como produce

selvas de espinosos brezos, de granados silvestres, de rosas de jericó y enormes cardos cuyo tallo se eleva á la altura de la cabeza del camello. Una vez descrita una de estas colinas, el lector puede hacer cuenta que las conoce todas, salvo las formas; y la imaginacion puede presentarse su efecto, á medida que las ve citadas en el paisaje de la Tierra Santa. Caminábamos, pues, entre dos de aquellas colinas, y empezábamos á bajar ligeramente dejando el mar y la llanura de Tolemaida a nuestra espalda, cuando vimos la primera llanura de la tierra de Canaan, que era la llanura de Zabulon, el jardín de la tribu de este nombre.

A derecha é izquierda, delante de nosotros, los dos collados que acabábamos de atravesar se separaban graciosamente, formando curvas semejantes, parecidas a dos olas moribundas que se confunden suavemente y se abren con armónico movimiento delante de la proa de un buque; el espacio que dejan entre sí, y que iba ensanchándose por grados, era como una ensenada poco profunda que introducía la llanura entre las montañas; aquella ensenada ó aquel golfo de tierra lisa y fértil, formaba pronto un valle mas ancho, y en el punto donde las dos colinas que le rodeaban todavía remataban enteramente, aquel valle se perdía en un llano ligeramente ovalado, cuyas dos agudas estremidades se internaban bajo la sombra de otras dos hileras de colinas. Aquella llanura puede tener, á

lo que parece a ojo, cosa de legua y media de anchura, sobre una longitud de tres a cuatro leguas. Desde la altura en que estábamos colocados, en el desembocadero de las colinas de Acre, nuestras miradas bajaban a ella naturalmente, seguian involuntariamente sus flexibles sinuosidades, y penetraban con ella hasta en las mas angostas ensenadas que formaba, deslizándose entre las raices de las montañas que la limitan. A la izquierda, las altas cimas doradas y cinceladas del Líbano lanzaban airosa y atrevidamente sus pirámides en el sombrío azul de un cielo matinal; a la derecha, la colina en que estábamos se alzaba insensiblemente, alejándose de nosotros, y yendo como a anudarse con otros collados, formaba diversos grupos de elevaciones, unas áridas, otras cubiertas de olivos é higueras, y sosteniendo en su cima una aldea turca, cuyo blanco minarete contrastaba con la sombría columnata de cipreses que rodea casi siempre la mezquita; pero enfrente, el horizonte que limitaba la llanura de Zabulon, y que se extendía delante de nosotros en un espacio de tres a cuatro leguas, formaba una perspectiva de colinas, de montañas, de valles, de cielo, de luz, de vapores y de sombra, dispuestos con tal armonía de colores y de líneas, colocados en tan bello orden, enlazados con tan graciosa simetría, y variados por efectos tan diversos, que mi vista no acertaba a desprenderse de ellos, y que, no hallando nada en

mis recuerdos de los Alpes, de la Italia, ó de Grecia, a que poder comparar aquel mágico conjunto, exclamé: "Eso es el Puzino ó Claudio de Lorena."

Nada en efecto puede igualar la grandiosa suavidad de ese horizonte de Canaan, sino el pincel de los dos pintores á quienes el genio divino de la naturaleza reveló su hermosura. No se hallará ese concierto de lo grande y de lo bello, de lo fuerte y de lo gracioso, de lo pintoresco y de lo fértil, mas que en los países imaginados de aquellos dos grandes hombres, ó en la inimitable naturaleza del hermosísimo país que teníamos delante, y que la misma mano del Gran pintor supremo dibujo é iluminó para que fuese morada de un pueblo todavía pastor y todavía inocente. Primeramente, al pié de las montañas, y á cosa de media legua en la llanura, una loma, enteramente desprendida de todos los collados circunvecinos, salia, por decirlo así, de la tierra, como un pedestal natural, destinado únicamente por la naturaleza á sostener una ciudad fortificada. Sus laderas se alzaban casi perpendicularmente desde el nivel del llano hasta la cima de esa especie de altar de tierra; se parecían esactamente á las murallas de una plaza de guerra, trazadas y levantadas por mano de los hombres.

La misma cima, en vez de ser desigual y comba, como todas las cimas de colinas ó de montañas, estaba nivelada como para servir de asiento á

algo de qué debía coronarse cuando llegase el pueblo para cuya morada estaba destinada. En todas las encantadoras llanuras del país de Canaan, he visto, luego, esas mismas lomas en forma de altares cuadrangulares ú oblongos, evidentemente destinados á proteger las primeras moradas de una nacion tímida y débil, y su destino está tan bien escrito en su forma aislada y estraña, que su mole sola impide engañarse y creer que fueron fabricadas por el pueblo que las cubrió con sus ciudades. — ¿Pero una nacion tan reducida hubiera podido nunca levantar tantas ciudadelas de tierra tan enormes, que las armas de Jerjes no hubieran bastado á formar una sola? A cualquiera fé á que se pertenezca, es preciso ser ciego para no reconocer un destino especial y providencial ó natural en esas fortalezas elevadas á la embocadura y en el remate de casi todas las llanuras de la Galilea y de la Judea. Detras de aquella loma, donde la imaginacion reconstruye sin dificultad una ciudad antigua con sus murallas, sus basiones y sus torres, las primeras colinas subian gradualmente de la llanura ostentando, como manchas grises y negras en sus laderas, bosques de olivos ó de encinas.

Entre aquellas colinas y unas montañas más altas y sombrías á que servian de bases, y que las señoreaban magestosamente, algun torrente se derrumbaba sin duá, ó algun profundo lago se evaporaba á los prinros ardores del sol de la ma-

ñana, porque un vapor blanco y azulado se extendía en aquel espacio vacío, y velaba ligeramente, y como para hacerle parecer mas distante, el segundo término de montañas, bajo aquella trasparente cortina que rasgaban de trecho en trecho algunas madejas de rayos de la aurora. Mas léjos y mas arriba aún, una tercera cordillera de montañas, enteramente sombría, subia en grupos redondeados y desiguales, y daba a aquel suave paisaje aquella tinta de magestad, de fuerza y de gravedad que debe hallarse en todo lo que es bello como elemento ó como contraste. De distancia en distancia, aquella tercera cordillera estaba cortada, y dejaba huir el horizonte y la mirada sobre una vasta lontananza de un cielo plateado, salpicado de algunas nubecillas ligeramente rosadas; en fin, detras de aquel magnífico anfiteatro, dos ó tres cumbres del lejano Líbano se alzaban como promontorios avanzados en el cielo, y como eran las primeras que recibian la luminosa lluvia de los primeros rayos del sol suspendido encima de ellas, parecian a tal punto transparentes, que se creía ver al trasluz temblar la claridad del cielo que nos ocultaban.

Añádase á este espectáculo la serena y caliente bóveda del firmamento, y el color límpido de la luz y la firmeza de las sombras que caracteriza una atmósfera de Asia; colóque en la llanura un kan, ó inmensas filas de vacas rjas, de camellos blancos, de cabras negras, quivan con lentos pasos a

buscar una agua rara, pero tersa y sabrosa; representémonos algunos ginetes árabes en sus ligeros corceles cruzando la llanura resplandecientes con sus armas plateadas y sus vestidos de escarlata; algunas mugeres de las aldeas vecinas vestidas con sus largas túnicas de color azul celeste, de un ancho cinturon blanco cuyas puntas les arrastran, y de un turbante azul adornado con randas de zequies de Venecia ensartados; añadamos aquí y allí en las faldas de las colinas algunas aldehuelas turcas y árabes, cuyas paredes, del color de las peñas, y las casas sin tejados, se confunden con los peñascos de la colina misma; representémonos algunas nubes de humo azulado alzándose de trecho en trecho entre los olivos y los cipreses, que rodean aquellas aldeas; algunas piedras, en forma de dornajos (sepulturas de los patriarcas), algunos pedazos de columnas de granito, algunos capiteles esculpidos al rededor de las fuentes, y tendremos la pintura mas exacta y mas fiel de la deliciosa llanura de Zabulon, de la de Nazaret, de la de Sáfora, y de la del Tabor.

Un pais como este, poblado por una nacion nueva y judia, cultivado y regado por manos inteligentes, fecundado por un sol del trópico, y que produce espontáneamente todas las plantas necesarias ó deliciosas para el hombre, desde la caña de azúcar y la banana hasta la viña y la espiga

de los climas templados, hasta el cedro y el abeto de los Alpes; un pais como este, repito, seria hoy todavía la tierra de promision, si la Providencia le volviese un pueblo y la política le permitiese gozar sosiego y libertad.

De la llanura de Zabulon pasamos, subiendo unos pequeños cerros, mas áridos que los primeros, á la aldea de Séfora, la antigua Séfora de la Escritura, la antigua diocesana de los romanos,—la ciudad mas grande de Palestina, en los tiempos de Heródes Agripa, despues de Jerusalem.

Gran número de peñones, labrados para sepulturas, nos trazaban el camino hasta la cima de la loma donde estaba asentada Séfora; llegado que hubimos á la última altura, vimos una columna de granito aislada, todavía en pié é indicando el sitio donde hubo un templo; hermosos chapiteles labrados, yacian por el suelo al pié de la columna, é inmensos pedazos de piedras talladas, sacadas de algunos grandes monumentos romanos, andaban esparcidos por todos lados, y servian de límites á los campamentos de los árabes, hasta cosa de una milla de Séfora, donde nos detuvimos para la parada de medio dia: una fuente de agua excelente é inagotable corre allí para los habitantes de dos ó tres valles, rodeada de algunos huertos de higueras y de granados; sentámonos á su sombra y aguardamos mas de una hora antes de poder abrevar nuestra caravana, tan grande era el número de reba-

ños de vacas y de camellos que llevaban á ella los pastores árabes de todos los puntos del valle:—innumerables hileras de cabras negras y de vacas surcaban la llanura y las laderas de las colinas que suben hácia Nazaret.

Tendíme, embozado en mi capa, á la sombra de una higuera, á corta distancia de la fuente, y contemplé largo rato aquella escena de los antiguos dias. Nuestros caballos andaban diseminados al rededor nuestro, sujetos los piés con dos maniotas, sus sillas turcas sobre el lomo, la crin pendiente, la cabeza baja, y buscando la sombra de su propia crin; —nuestras armas, sables, fusiles, pistolas, estaban suspendidas sobre nuestras cabezas de las ramas de los granados y de las higueras; — varios árabes beduinos, cubiertos de una sola pieza de lienzo estirado, negro y blanco, de pelo de cabra, estaban sentados en corro no léjos de nosotros y nos contemplaban con mirada de buitre. Las mugeres de Séfora, vestidas esactamente como las mugeres de Abraham y de Isaac, con una túnica azul anudada en medio del cuerpo, y con otra túnica blanca cayendo graciosamente sobre la primera, traian sobre sus cabezas, tocadas con un turbante azul, las urnas vacias tendidas, ó las llevaban llenas y derechas tambien sobre la cabeza, sosteniéndolas con ambas manos como cariátides del Acrópolis; otras muchas, en el mismo trage, lavaban en la fuente y se reian entre sí mirándonos; otras en fin, atavia-

das con trages mas ricos y cubierta la cabeza de sartas de piastras ó de zequies de oro, bailaban bajo un ancho granado, á corta distancia de la fuente y de nosotros; su danza muelle y lenta, no era mas que una ronda monótona, acompañada de cuando en cuando de algunos pasos sin arte, pero no sin gracia. La muger ha sido criada graciosa; las costumbres y los trages no pueden alterar en ella ese encanto de la hermosura, del amor, que la rodea y la revela donde quiera: estas mugeres árabes no llevaban velo como todas las que habíamos visto hasta entónces en Oriente, y sus facciones, aunque ligeramente pintadas (*tatouées*), tenían una delicadeza y una regularidad que las distinguían de la raza turca: continuaron bailando y cantando todo el tiempo que duró nuestra parada, y no pareció que las ofendiese la atención con que observábamos su baile, su canto y sus trages. Dijéronnos que estaban reunidas allí para esperar los regalos de boda que un jóven árabe habia ido a comprar a Nazaret para una doncella de Séfora, su novia, y en efecto el mismo dia hallamos los regalos en el camino: consistían en un tamiz para cerner la harina y separarla del salvado, una pieza de tela de algodón y otra de un tejido mas rico para hacer un vestido a la novia.

Aquel dia empezaron en mí impresiones nuevas y enteramente distintas de las que hasta entónces me habia inspirado mi viage;—habia viajado con

los ojos, el pensamiento y el espíritu, pero no con el alma y el corazón como al tocar la tierra de los prodigios, la tierra de Jehová y de Cristo! La tierra cuyos nombres todos habian tartamudeado mil veces mis labios infantiles; cuyas imágenes todas habian colorado, las primeras, mi juvenil y tierna imaginación; la tierra de donde habian mandado para mí, mas tarde, las lecciones y las dulzuras de una religion, segunda alma de nuestra alma; sentí en mí como si algo muerto y frio acabase de reanimarse y entibiarse, sentí lo que se siente reconociendo, entre mil caras desconocidas y estrañas, el semblante de una madre, de una hermana, ó de una muger querida!—Lo que se siente al salir a la calle para entrar en un templo; algo de arrobado, de dulce, de íntimo, de tierno y de consolador que no se experimenta en otras partes.

El templo para mí era aquella tierra de la Biblia; del Evangelio donde acababa de imprimir mis primeras pisadas! Imploré à Dios en silencio en el secreto de mi pensamiento: dile gracias por haberme permitido vivir bastante para ir á ver aquel santuario de la tierra santa; y desde aquel dia, durante todo el discurso de mi viage por Judea, Galilea y Palestina, las impresiones poéticas materiales que recibia del aspecto y del nombre de los sitios, estuvieron mezcladas para mí de un sentimiento mas vivo de respeto, de ternura, y como de

recuerdo; mi viage fué muchas veces una plegaria, y los dos entusiasmos mas naturales á mi alma, el entusiasmo de la naturaleza y el de su Autor, se hallaron casi todas las mañanas en mí tan frescos y tan vivos como si tantos años de desencanto y desecamiento no los hubieran hollado y rehollado en mi pecho! Sentí que todavía era hombre comparciendo ante la sombra del Dios de mi juventud! —Visitando los sitios consagrados por uno de aquellos misteriosos acontecimientos que han cambiado la faz del mundo, se experimenta algo parecido á lo que siente el viagero que sube con gran trabajo la corriente de un vasto rio como el Nilo ó el Ganges, para ir á descubrirle y contemplarle en su ignoto y escondido manantial; parecíame á mí tambien, miéntras subia las últimas colinas que me separaban de Nazaret, que iba á contemplar en su misterioso manantial, esa vasta y fecunda religion que, hace cerca de dos mil años, se ha abierto su cauce en el universo, desde lo alto de los montes de Galilea, y ha abrevado á tantas generaciones humanas con sus puras y vivificadoras aguas! Allí estaba el manantial, allí, en el hueco de aquella peña que pisaban mis piés; aquella colina, cuyas últimas gradas iba yo cruzando, habia llevado en sus entrañas la salvacion, la vida, la luz, la esperanza del mundo; allí, á pocos pasos de donde yo estaba, habia nacido entre los hombres el hombre-modelo para sacarlos, con su palabra y

con su ejemplo, del océano de error y de corrupcion en que iba á perecer sumergido el linage humano. Si consideraba aquel espectáculo como filósofo, veia allí el punto de partida del mas grande acontecimiento que ha agitado jamas el mundo moral y político, acontecimiento cuyo rechazo imprime solo todavía un resto de movimiento y de vida al mundo intelectual! ¡Allí era donde habia salido de la oscuridad, de la miseria y de la ignorancia, el mas grande, el mas justo, el mas sabio, el mas virtuoso de todos los hombres; aquella era su cuna! ¡Aquel era el teatro de sus obras y de sus dulcísimas predicaciones! ¡De allí salió, jóven todavía, con algunos hombres oscuros é ignorantes, á quienes imprimió la confianza de su génio y el denuedo de su mision, para ir á sabiendas á arrostrar un órden de ideas y de cosas, no bastante fuerte para resistirle, pero sí bastante para hacerle morir! . . . ¡De allí, digo, salió para ir con confianza á conquistar la muerte y el imperio universal de la posteridad! De allí fluyó el cristianismo, fuente oscura, gota de agua inapercibida en el hueco del peñasco de Nazaret, donde no hubieran podido apagar su sed dos gorriones, que un rayo del sol hubiera podido absorber, y que hoy, como el grande oceano de los espíritus, ha colmado todos los abismos de la humana sabiduría y bañado con sus inacabables aguas lo pasado, lo presente y

lo venidero. Por tanto, aún cuando no hubiera creído en la divinidad de aquel acontecimiento, mi alma se hubiera sentido fuertemente conmovida al acercarse á su primer teatro, y hubiera descubierto mi cabeza é inclinado mi frente bajo la oculta y fatálica voluntad que hizo nacer tantas cosas de tan débil é insensible principio.

Pero considerando el cristianismo con ojos de cristiano, allí estaba, allí, bajo aquel cielo azul, en el fondo de aquel angosto y sombrío valle, á la sombra de aquella pequeña colina, cuyas añosas rocas parecían aún todas rajadas por efecto del estremecimiento de júbilo que experimentaron concibiendo y llevando en sus entrañas al Verbo niño, ó del estremecimiento de dolor que sintieron sepultando al Verbo muerto; allí estaba, allí, el punto sagrado y fatal del globo, elegido por Dios en la eternidad para hacer descender á la tierra su verdad, su justicia y su amor encarnado en un Niño-Dios; allí era donde el aliento divino había bajado á su hora sobre una pobre cabaña, morada del humilde trabajo, de la sencillez de espíritu y del infortunio; allí era donde animó en el seno de una Virgen inocente y pura, un ser dulce, tierno y misericordioso como ella, doliente, destinado a la paciencia y al gemido como el hombre, — poderoso, sobrenatural, justo y fuerte como un Dios; allí fué donde el Dios-hombre pasó por nuestra gnorancia, nuestra debilidad, nuestro trabajo

y nuestras miserias, durante los oscuros años de su vida ignorada, y donde había, en cierto modo, ejercitado la vida y practicado la tierra ántes de instruir la con su palabra, de sanarla con sus prodigios y de regenerarla con su muerte; allí fué donde se abrió el cielo y lanzó sobre la tierra su espíritu encarnado, su Verbo fulminante para consumir hasta el fin de los tiempos la iniquidad y el error, probar como á la lumbre del crisol nuestras virtudes y nuestros vicios, y encender delante del Dios único y santo el incienso que nunca debe apagarse, el incienso del altar renovado, el perfume de la caridad y de la virtud universales.

Miéntas estaba yo engolfado en estas reflexiones, cabizbajo y cargada la frente de otros mil pensamientos mas graves todavía, ví á mis piés, en el fondo de un valle abierto en forma de estanque ó de lago de tierra, las casas blancas y graciosamente agrupadas de Nazaret, en las dos orillas y en el fondo de esa hondonada. La iglesia griega, el alto minarete de la mezquita de los turcos, y las largas y anchas tapias del convento de los padres latinos se dejaban distinguir á primera vista; algunas calles formadas por casas ménos espaciosas, pero de una forma elegante y oriental, se extendían alrededor de aquellos edificios, y animados de un rumor y de un movimiento de vida. En todo el circuito del valle de Nazaret, algunos espejillos

de altos nopales espinosos, de higueras despojadas de sus hojas de otoño, y de granados de ligero follage de una delicada verdura amarillenta, estaban esparcidos de trecho en trecho á la ventura, como flores de los campos alrededor de un rústico altar. Solo Dios sabe lo que pasó entónces en mi corazon; pero por un movimiento espontáneo, y por decirlo así, involuntario, me hallé á los piés de mi caballo, de rodillas en el polvo, en una de las azules y polvorosas peñas del escarpado sendero que bajábamos. Así permanecí algunos minutos en una muda contemplacion, durante la cual todos los pensamientos de mi vida de hombre escéptico y de cristiano se agolpaban de tal suerte en mi cabeza que me era imposible discernir claramente uno solo: solo estas palabras se echaban de mis labios: *Et verbum caro factum est, et habitavit in nobis.* Pronunciélas con el sentimiento sublime, profundo y agradecido que encierran, y aquel sitio las inspira tan naturalmente, que quedé sorprendido, al llegar por la noche al santuario de la iglesia latina, hallándolas grabadas en letras de oro, sobre la mesa de mármol del altar subterráneo en la casa de María y de José.— Luego bajando religiosamente la cabeza hácia aquella tierra que habia producido á Cristo, la besé en silencio, y mojé con algunas lágrimas de arrepentimiento, de amor y de esperanza, aquel suelo que ha visto derramar tantas y que tantas ha secado, pidiéndole un poco de verdad y de amor.

Llegamos al convento de los padres latinos de Nazaret en el momento en que los últimos resplandores de la tarde doraban todavía apenas las altas tápias amarillas de la iglesia y del monasterio. Una ancha puerta de hierro se abrió delante de nosotros; por ella entraron nuestros caballos resbalando y haciendo resonar bajo las herraduras de sus cascos, las relucientes y sonoras losas del antepatio del convento. Cerróse la puerta detras de nosotros, y nos apeamos de nuestros caballos junto á la misma entrada de la iglesia donde estuvo en otro tiempo la humilde casa de aquella Madre que prestó su seno al huésped inmortal, que dió su leche á un Dios. El superior y el padre guardian estaban ausentes uno y otro; algunos hermanos napolitanos y españoles, ocupados en cerner el trigo del convento bajo el portal, nos recibieron con bastante frialdad, y nos llevaron á un vasto corredor en el cual se abren las celdas de los hermanos y los cuartos destinados á los extranjeros. Allí aguardamos largo rato la llegada del cura de Nazaret, que nos colmó de atenciones, y nos hizo preparar á cada uno un cuarto y una cama. Cansados de la caminata y de los sentimientos del dia, nos tendimos en nuestras camas, dejando para el dia siguiente el ver los sitios consagrados, y no queriendo desflorar el conjunto de nuestras impresiones con un primer vistazo echado á la ligera sobre los cantes Lugares, cuyo recinto habitábamos ya.

Muchas veces me levanté de noche para elevar mi alma y mi voz hácia Dios, que eligió en aquel sitio al que debia traer su Verbo al universo.

Al día siguiente, un padre italiano nos condujo á la iglesia y al santuario subterráneo que fué en otro tiempo la casa de la santa Vírgen y de San José. La iglesia es una ancha y alta nave de tres pisos: ocupa el superior el coro de los padres de la Tierra Santa, que comunica con el convento por una puerta trasera: el inferior está ocupado por los fieles; comunica con el coro y con el altar mayor por medio de una hermosa escalera de dos ramales y de balaustradas doradas. De esta parte de la iglesia y debajo del altar mayor, una escalera de pocas gradas conduce á una capillita y á un altar de mármol iluminados con lámparas de plata, colocados en el sitio mismo en que la tradicion supone que se verificó la Anunciacion. Este altar está elevado bajo la bóveda, medio natural, medio artificial, de una peña á la que estaba contigua, sin duda, la casa santa. Detras de aquella primera bóveda, dos altares subterráneos mas oscuros servian, dicen, de cocina y de sótano á la santa familia. Estas tradiciones, mas ó menos fieles, mas ó menos alteradas por la piadosa necesidad de credulidad popular; ó por el deseo natural en todos estos frailes, poseores de tan preciosa reliquia, de aumentar su interes multiplicando sus pormenores, han añadido acaso, algu-

nas invenciones benévolas al poderoso recuerdo del sitio; pero no es dudoso que el convento, y sobre todo la iglesia, fueron construidos primitivamente en el lugar mismo que ocupó la casa del divino heredero de la tierra y del cielo. Cuando su nombre se difundió como la luz de una nueva aurora, poco tiempo despues de su muerte; cuando todavía vivian su madre y sus discípulos, es seguro que debieron trasmitirse unos á otros el culto de amor y de dolor que les habia dejado la ausencia del Divino Maestro, é ir ellos mismos muchas veces y conducir á los nuevos cristianos á los sitios donde habian visto vivir y habian oido hablar á aquel á quien ya adoraban como á un Dios. Ninguna devocion humana podria conservar tan fielmente la tradicion de un sitio caro á sus recuerdos como la conservó la devocion de los fieles y de los mártires.

En punto á la esactitud de los principales sitios de la redencion, podemos fiarnos en el fervor de un culto naciente y en la vigilancia de un culto inmortal. Caimos de rodillas sobre aquellas piedras, bajo aquella bóveda, testigos del mas incomprendible misterio de la caridad divina en favor del hombre, é hicimos oracion.—El entusiasmo de la oracion es tambien un misterio entre el hombre y Dios; como el pudor, tiende un velo sobre el pensamiento, y oculta á los hombres lo que no es mas que para el cielo. Tambien visitamos el vasto y

cómodo convento, edificio semejante á todos los conventos de Francia ó de Italia, y donde los padres latinos ejercen tan libremente, y con tanta seguridad y publicidad, las ceremonias de su culto como pudieran hacerlo en una calle de Roma, capital del cristianismo. Mucho se ha calumniado, sobre ese punto á los musulmanes: la tolerancia religiosa, mas diré, el respeto religioso, están profundamente introducidos en sus costumbres. Son ellos tan religiosos, y tan celosos de la libertad de los ejercicios de su culto, que la religion de los otros hombres es lo último á que se atreven á atentar. Tienen á veces una especie de horror hacia una religion cuyo símbolo ofende á la suya; pero no aborrecen y desprecian mas que al hombre que no implora al Omnipotente en ninguna lengua; á esos hombres no los comprenden, tan presente está siempre á su espíritu el pensamiento evidente de Dios y tanto llena su alma.—Quince ó veinte padres españoles é italianos viven en este convento, ocupados en cantar las alabanzas del Niño-Dios, y las glorias de su Madre, en el templo mismo donde vivieron pobres é ignorados. Uno de ellos, á quien llaman el cura de Nazaret, está especialmente encargado de los cuidados de la comunidad cristiana del pueblo, que cuenta de siete á ochocientos cristianos católicos, dos mil griegos cismáticos, algunos maronitas y solo un millar de musulmanes.

Los padres nos llevaron en el discurso del dia á las iglesias maronitas, á la antigua sinagoga donde Jesus niño iba á instruirse, como hombre, en la ley que debia purificar un dia, y al taller donde San José ejercia su humilde oficio de carpintero. Observamos con sorpresa y placer las muestras de deferencia y respeto que los vecinos de Nazaret, hasta los turcos, dan siempre á los padres de la Tierra Santa. Un obispo, en las calles de una ciudad católica, no se veria ni mas honrado, ni tratado mas afectuosamente que se ven estos religiosos aquí. La persecucion está mas distante del sacerdote en las costumbres del Oriente que en las de Europa, y si desea el martirio, no es aquí adonde debe venir á buscarle.

12 de Octubre, 1832.

Salimos á las cuatro de la madrugada para el Monte Tabor, sitio designado de la trasfiguracion, cosa improbable, porque en aquella época la cima del Tabor estaba cubierta por una ciudadela romana. La situacion aislada y la elevacion de aquella hermosa montaña, que sale, como un ramillete de verdura, de la llanura de Esdraelon, hizo que se eligiera en los tiempos de S. Gerónimo, para teatro de aquella sagrada escena. En la cumbre se ha erigido una capilla, á donde los peregrinos van

cómodo convento, edificio semejante á todos los conventos de Francia ó de Italia, y donde los padres latinos ejercen tan libremente, y con tanta seguridad y publicidad, las ceremonias de su culto como pudieran hacerlo en una calle de Roma, capital del cristianismo. Mucho se ha calumniado, sobre ese punto á los musulmanes: la tolerancia religiosa, mas diré, el respeto religioso, están profundamente introducidos en sus costumbres. Son ellos tan religiosos, y tan celosos de la libertad de los ejercicios de su culto, que la religion de los otros hombres es lo último á que se atreven á atentar. Tienen á veces una especie de horror hácia una religion cuyo símbolo ofende á la suya; pero no aborrecen y desprecian mas que al hombre que no implora al Omnipotente en ninguna lengua; á esos hombres no los comprenden, tan presente está siempre á su espíritu el pensamiento evidente de Dios y tanto llena su alma.—Quince ó veinte padres españoles é italianos viven en este convento, ocupados en cantar las alabanzas del Niño-Dios, y las glorias de su Madre, en el templo mismo donde vivieron pobres é ignorados. Uno de ellos, á quien llaman el cura de Nazaret, está especialmente encargado de los cuidados de la comunidad cristiana del pueblo, que cuenta de siete á ochocientos cristianos católicos, dos mil griegos cismáticos, algunos maronitas y solo un millar de musulmanes.

Los padres nos llevaron en el discurso del dia á las iglesias maronitas, á la antigua sinagoga donde Jesus niño iba á instruirse, como hombre, en la ley que debia purificar un dia, y al taller donde San José ejercia su humilde oficio de carpintero. Observamos con sorpresa y placer las muestras de deferencia y respeto que los vecinos de Nazaret, hasta los turcos, dan siempre á los padres de la Tierra Santa. Un obispo, en las calles de una ciudad católica, no se veria ni mas honrado, ni tratado mas afectuosamente que se ven estos religiosos aquí. La persecucion está mas distante del sacerdote en las costumbres del Oriente que en las de Europa, y si desea el martirio, no es aquí adonde debe venir á buscarle.

12 de Octubre, 1832.

Salimos á las cuatro de la madrugada para el Monte Tabor, sitio designado de la trasfiguracion, cosa improbable, porque en aquella época la cima del Tabor estaba cubierta por una ciudadela romana. La situacion aislada y la elevacion de aquella hermosa montaña, que sale, como un ramillete de verdura, de la llanura de Esdraelon, hizo que se eligiera en los tiempos de S. Gerónimo, para teatro de aquella sagrada escena. En la cumbre se ha erigido una capilla, á donde los peregrinos van

á oír el santo sacrificio; ningun sacerdote reside en ella; la sirven los de Nazaret. Llegado que hubimos al pié del Tabor,—soberbio cono de una regularidad perfecta, cubierto por todas partes de plantas y encinas,—nos extravió el guía. Me siento solo, bajo una hermosa encina, con corta diferencia, en el sitio donde Rafael coloca en su cuadro los discípulos deslumbrados por la claridad de arriba, y espero que el padre haya celebrado la misa. Nos le anuncian desde lo alto con un pistoletazo, á fin de que podamos arrodillarnos en las gradas naturales de aquel altar gigantesco, delante de aquel que erigió el altar y estendió la esplendente bóveda del cielo que le cubre.

Al medio dia salimos para el Jordan y el mar de Galilea.—Cruzamos á la una las colinas bajas y bastante sombreadas, en que estriban las faldas del Tabor.—Entramos en un gran llano de ocho leguas de largo sobre igual anchura por lo ménos. Se ve en medio un kan arruinado de arquitectura de la edad media.—Atravesamos algunas aldeas de pobres árabes que cultivan el llano; cada aldea tiene un pozo situado á alguna distancia, y algunas higueras y granados plantados no léjos del pozo. Esta es la única señal de bienestar. Las casas no pueden distinguirse sino acercándose mucho: son unas especies de chozas de seis á ocho piés de altura, á manera de cubos de barro amasado con paja picada que forma el tejado en figura de azotea.—Estos

terrados sirven de patio: allí está todo su ajuar, una manta y una estera.—Casi siempre están allí los niños y las mugeres; estas no van tapadas y llevan lábios teñidos de azul, lo mismo que los párpados; tambien se pintan ligeramente al rededor de los lábios y sobre las mejillas. No llevan mas vestido que una camisa azul prendida con una faja blanca sobre las caderas; todas tienen la apariencia de la miseria y del dolor. Los hombres van cubiertos con una capa sin costura, de una especie de paño burdo, listado de negro y blanco, sin ninguna forma, y con los brazos, las piernas y el pecho al aire. Despues de haber atravesado por espacio de seis horas, aquella llanura amarillenta y pedregosa, pero fértil, vemos el terreno rebajarse poco á poco bajo nuestros piés, y descubrimos el inmenso valle del Jordan y los primeros resplandores azulados del hermoso lago de Genezaret ó del mar de Galilea, como le llaman los antiguos y el Evangelio. Pronto se desarrolla todo entero á nuestros ojos, rodeado por todas partes, escepto hácia el Mediodía, de un anfiteatro de altas montañas grises y negras. En su estremidad meridional, é inmediatamente bajo nuestros piés, se estrecha y se abre para dejar salir el rio de las Profecías y el rio del Evangelio, el Jordan!

El Jodan sale del lago serpeando, se desliza por la llanura baja y pantanosa de Esdraelon, á cosa de cincuenta pasos del lago, y pasa hirviendo un

poco y haciendo oír su primer murmullo bajo los ruinosos arcos de un puente de arquitectura romana, hácia donde nos dirigimos por una pendiente rápida y pedregosa para ir á saludar sus aguas consagradas en los recuerdos de dos religiones: á los pocos minutos llegamos á sus márgenes; nos apeamos de nuestros caballos y nos bañamos la cabeza, los piés y las manos en sus aguas dulces, tibias y azules como las del Ródano cuando salen del lago de Ginebra. El Jordan, en aquel sitio, que debe ser poco mas ó ménos la mitad de su carrera, no mereceria el nombre de rio en un pais de mas espaciosa dimensiones; pero sin embargo excede con mucho al Eurotas, al Cefiso y á todos esos rios cuyos nombres fabulosos é históricos resuenan desde la infancia en nuestra memoria y nos presentan una imágen de fuerza, de rapidez y de abundancia que destruye la vista de la realidad.

El Jordan, aun aquí, es mas que un torrente; aunque al fin de un otoño sin lluvia, revuelve lentamente, en un cauce de sobre cien piés de ancho, una sábana de agua de dos ó tres piés de profundidad, clara, límpida, trasparente, tanto que pueden contarse las guijas del fondo, y de uno de aquellos hermosos colores de agua que reproduce todo el profundo color de un firmamento de Asia —todavía mas azul que el cielo, como una imágen mas bella que el objeto, como un espejo que colora lo que refleja. A veinte ó treinta pasos de

sus aguas, la playa, que ahora deja en seco, está sembrada de piedras rodadizas, de juncos y de algunas matas de ogiacanta todavía en flor.

Esta playa tiene de cinco á seis pies de profundidad debajo del nivel de la llanura, y manifiesta la dimension del rio en la estacion ordinaria de la crecida de las aguas. Ésta dimension, en mi concepto, debe ser de ocho á diez piés de profundidad, sobre ciento á ciento veinte de anchura. Es mas angosto, mas alto y mas bajo en la llanura; pero entonces está mas encajonado y mas hondo, y el sitio donde le contemplábamos es uno de los cuatro vados que tiene el rio en toda su carrera. Bebí en la palma de mi mano agua del Jordan, esa agua que tantos poetas divinos han bebido ántes que yo, esa agua que corrió sobre la inocente cabeza de la víctima voluntaria! Aquella agua me pareció perfectamente dulce, de un sabor agradable y de una rara tersura:— la costumbre que se contrae en Oriente de no beber mas que agua, y de beberla á menudo, hace al paladar excelente juez de las cualidades de una agua nueva. No le faltaria al agua del Jordan mas que una de estas cualidades, la frescura:—estaba tibia, y aunque una caminata de once horas sin sombra, bajo un sol devorante, habia abrasado mis labios y mis manos, ellos y ellas experimentaban una impresion de calor al tocar el agua de aquel rio.

Como todos los viajeros que van, arrostrando tantas fatigas, distancias y peligros, á visitar en su soledad ese rio, en otro tiempo rey, llené algunas botellas con agua de su corriente para llevárselas á algunos amigos ménos felices que yo, y llené mis pistoleras de guijarros que cogí en las orillas de su corriente. ¡Ah! ¡Ojalà hubiera podido llevar tambien la santa y profética inspiracion con que abrevaba en otro tiempo á los bardos de sus sagradas orillas, y sobre todo un poco de aquella santidad y de aquella pureza de espíritu y de corazon que contrajo sin duda bañando al mas puro y santo de los hijos de los hombres!—Volví luego a montar á caballo; ví á la vuelta algunos de los ruinosos pilares que sostenian el puente ó acueducto de que ántes he hablado:—nada ví mas que la masonería degradada de todas las construcciones romanas de aquella época, ni mármol, ni escultura, ni inscripciones;—ningun ojo subsistia, pero todavía estaban en pié diez machones; y se distinguian los cimientos de otros cuatro ó cinco:—el espacio entre cada dos manchones era de sobre diez piés,—lo que se aviene bien con la dimension de ciento veinte piés que, á ojo, creo deber dar al Jordan.

Por lo demas, lo que escribo aquí de la dimension del Jordan, no tiene por objeto mas que satisfacer la curiosidad de las personas que desean representarse medidas esactas aun de las imágenes mismas de sus pensamisntos, y no prestar armas á

los enemigos ó á los defensores de la fé cristiana, armas miserables por ambas partes. ¿Qué importa que Jordan sea un torrente ó un rio? ¿Que la Judea sea un monton de piedras estériles, ó un jardin delicioso? ¿Que esta montaña no sea mas que una colina, y tal reino una provincia? Esos hombres que se encarnizan, se enconan sobre semejantes cuestiones, son tan insensatos como los que creen haber destruido una creencia de dos mil años, cuando han procurado laboriosamente dar un mentís á la Biblia y un bofeton á las profecías.

¿No seria cosa de creer, viendo esas grandes luchas sobre una palabra mal comprendida ó mal interpretada por ambas partes, que las religiones son cosas geométricas que se demuestran con una cifra ó se destruyen con un argumento; y que generaciones enteras de creyentes ó de incrédulos están aguardando el fin de la discusion para pasarse al partido del mejor lógico y del anticuario mas erudito, é ingenioso? ¡Estériles disputas, que ni seducen ni convierten á nadie! Las religiones no se prueban, no se demuestran, no se establecen, no se arruinan con la lógica! ¡Son, de todos los arcanos de la naturaleza y de la mente humana, el mas misterioso é inesplicable! ¡Son de instinto y no de raciocinio! ¡Como los vientos que soplan del Oriente ó del Occidente; pero cuya causa ni cuyo punto de partida conoce nadie; soplan, solo Dios sabe de donde, solo Dios sabe por qué,

solo Dios sabe por cuántos siglos y sobre qué regiones del globo! Son, porque son; no se toman no se dejan á voluntad, sobre la palabra de tal ó cual boca; forman parte del corazon mismo, mas aun que del espíritu del hombre.—¿Qué hombre dirá:—soy cristiano porque tengo tal respuesta perentoria, en tal libro, ó tal objecion insoluble en tal otro? Todo hombre sensato a quien se le pida, cuenta de su fé responderá:—soy cristiano porque la fibra de mi corazon es cristiano, porque mi madre me ha hecho mamar una leche cristiana; porque las simpatías de mi alma y de mi mente, están por esa doctrina, porque respiro el aire de mi tiempo, sin preveer que respirará el porvenir.

Veíanse dos aldeas en las escarpadas márgenes del lago de Genesaret,—una á un cuarto de hora de marcha, en frente de nosotros al otro lado del Jordan; la otra, á algunos centenares de toesas sobre nuestra izquierda y en la misma orilla del rio. No sabiamos por qué casta de árabes estaban pobladas aquellas aldeas y nos habian prevenido que estuviésemos ojo alerta y contásemos con alguna sorpresa de parte de los árabes del Jordan, que no toleran que atraviere nadie impunemente sus llanuras y su rio. Llevábamos buenos caballos, buenas armas, y la rápida é inesperada conquista de la Siria por Mehemet-Alí habia sobrecojido y aterrado de tal suerte á los árabes, que el momento no podia ser mas oportuno para intentar atrevidas es-

curSIONES en su territorio; ellos no sabian quiénes éramos, por qué caminábamos con tanta confianza por su pais, y naturalmente podian suponer que nos seguian fuerzas superiores á las que ellos podian desplegar contra nosotros; el miedo de mañana, el temor de una pronta venganza aseguraba pues nuestro viage. Con esta idea, fuí á acamparme valerosamente en el centro mismo de la última aldea árabe de que he hablado, y cuyo nombre ignoro; está construida, si puede llamarse construccion á un informe hacinamiento de piedra y de barro, en la estremidad misma de la elevada playa que domina el mar de Galilea. Miétras que nuestros árabes disponian nuestras tiendas, bajé solo la escarpada pendiente que conduce al lago; bañábala murmurando y la ceñía de una franja de ligera espuma que se desvanecia y se volvia á formar á cada subida de sus rápidas y menudas oleadas, semejantes á las olitas de un mar sosegado y profundo que van á morir sobre la arena en el confin de un estrecho golfo; apenas tuve tiempo para bañarme en sus aguas, teatro de tantas acciones del gran poema moral moderno. el Evangelio, y de coger para mis amigos de Europa algunos puñados de sus conchitas; ya el sol habia descendido detras de las altas cimas volcánicas y negras de la meseta de Tiberiades, y algunos árabes que me habian visto bajar solo y rondaban por la playa, podian caer en la tentacion de acometerme; con mi escopeta al

hombro fuí derecho hácia ellos; miráronme y me saludaron poniendo la mano sobre su corazon:—volví á nuestras tiendas; nos tendimos en nuestras esteras, reuidos de cansancio, pero con las armas al lado, para estar en pié á la primera alarma; nada turbó el silencio y el sueño de aquella hermosa noche, durante la cual estuvimos arrullados por el blando y halagueño rumor de las olas del mar de Jesucristo que iban á espirar en sus orillas; por el viento que soplaba, con armoniosas bocanadas, entre las cuerdas tendidas de nuestras tiendas, y por los piadosos sentimientos y los sagrados recuerdos que cada uno de aquellos rumores despertaba en nosotros:—al dia siguiente, al alba, cuando salimos de las tiendas para ir á bañarnos de nuevo en el lago, no vimos mas que las mugeres de los árabes, peinando sus largos cabellos negros en las azoteas de sus chozas, algunos pastores ocupados en ordeñar para nosotros, vacas y cabras, y los niños encueros de la aldea que jugueteaban familiarmente con nuestros caballos y nuestros perros; los gallos cantaban, los chiquillos lloraban, las madres cunaban ó daban de mamar á sus hijos como en una tranquila aldea de Francia ó de Suiza. Dímonos el parabien de habernos aventurado á recorrer una parte de la Galilea tan temida y tan poco conocida, y no dudamos que la misma pacífica acogida halláramos en el interior del pais si queríamos internarnos en la Arabia: teníamos todos los medios de

atravesar con seguridad la Samaria y el territorio de Naplusa, la antigua Sichem, gracias á M. Cotafago, que es todo poderoso en este pais, y que nos ofrecia hacernos anunciar por sus numerosos amigos árabes y acompañar por su propio hermano.

Inquietudes personales me precisan á renunciar á este camino y á volver á tomar el de Nazaret y el monte Carmelo, donde espero hallar espesos y cartas de Berut.

Sin embargo, montamos á caballo para costear hasta el fin del mar de Tiberiades, las sagradas orillas del hermoso lago de Genezaret. La caravana se alejaba silenciosa de la aldea en que habíamos dormido, y caminaba por la márgen occidental del lago, á pocos pasos de sus aguas, por una playa de arena y guijas, sembrada de trecho en trecho de algunas matas de ogiacanta y arbustos de hojas ligeras y festoneadas que dan una flor parecida á las lilas.

A nuestra izquierda, una cordillera de cerros perpendiculares, negros, pelados, cortados por hondas barrancas, salpicadas de inmensas piedras volcánicas, se estendia en toda la longitud de la ribera que íbamos costeano, y avanzando en forma de promontorio sombrío y pelado, casi hasta la mitad del mar, nos ocultaba la ciudad de Tiberiades y el fondo del lago por el lado del Líbano. Ninguno de nosotros hablaba; todos los pensamientos eran íntimos, agitados, profundos, tan alto alzaban la

voz los recuerdos sagrados en el alma de cada uno de nosotros. En cuanto á mí, jamas ningun sitio de la tierra habló á mi corazon mas fuerte y deliciosamente. Siempre he tenido sumo placer en recorrer la escena fisica de los sitios habitados por los hombres á quienes he conocido, admirado, querido ó respetado, entre los vivos como entre los muertos. El pais que un grande hombre ha habitado y preferido durante su travesía por la tierra, me ha parecido siempre la mas segura y viva reliquia de él,—una especie de manifestacion material de su genio, una muda revelacion de una parte de su alma, un comentario animado y sensible de su vida, de sus obras y de sus pensamientos. Joven, he pasado horas solitarias y contemplativas, tendido bajo los olivos que dan sombra á los jardines de Horacio, enfrente de las deslumbradoras cascadas de Tibur; muchas veces me he tendido por la tarde al murmullo del hermoso mar de Nápoles, bajo las pendientes ramas de las vides, junto al sitio donde quiso Virgilio que descansasen sus cenizas, porque era el sitio mas hermoso y mas dulce en que descansaron en vida sus miradas. ¡Cuántas mañanas y cuantas tardes he pasado años despues sentado al pié de los hermosos castaños, en aquel vallecito de las *Charmetes*, donde el recuerdo de Juan Jacobo Rousseau me llamaba y me retenia por el simpático atractivo de sus impresiones, de sus sueños, de sus desgracias

y de su génio! Y lo mismo con otros muchos escritores ó grandes hombres, cuyo nombre ó cuyos escritos han resonado profundamente en mi alma. He querido estudiarlos, conocerlos en los sitios que los habian producido ó inspirado; y casi siempre una mirada inteligente descubre una analogía secreta y profunda entre la patria y el grande hombre, entre la escena y el actor, entre la naturaleza y el genio que ella formó é inspiró; — pero no era ya un grande hombre ó un gran poeta aquel cuya morada favorita en la tierra estaba yo visitando;—era el Hombre de los hombres, el Hombre divino, la naturaleza y el genio y la virtud hechos carne; la Divinidad encarnada, cuyas huellas iba yo á adorar en las mismas riberas donde imprimió mas, en las olas mismas que le sostuvieron, en las colinas donde se sentaba, en las piedras donde reclinaba su frente. Con sus ojos mortales vió este mar, estas olas, estas colinas, estas piedras, ó mas bien este mar, estas colinas, estas piedras le vieron; cien veces pisó este camino por donde yo andaba respetuosamente; sus piés levantaron este polvo que levantaban los míos; durante los tres años de su mision divina, va y viene sin cesar de Nazaret á Tiberiades, de Jerusalem a Tiberiades; se pasea en las barcas de los pescadores por el mar de Galilea; calma sus tempestades; sube sobre sus olas dando la mano á su apóstol de poca fé como yo, —mano celestial de que tengo mas necesidad que él en tempestades.

tades de opiniones y de pensamientos, mas terribles que las otras.

La grande y misteriosa escena del Evangelio pasa casi toda sobre este lago, y en sus orillas y en las montañas que le circundan y le ven. Ahí está Emau, donde escogió á la ventura sus discípulos entre los últimos de los hombres, para dar testimonio de que la fuerza de su doctrina reside en ella misma, y no en sus impotentes órganos. Allí está Tiberiades donde se aparece á S. Pedro y funda en tres palabras la eterna gerarquía de su Iglesia. Allí está Cafarnaum; allí la montaña donde pronuncia el sublime sermón de la montaña;—allí la otra donde dice las nuevas beatitudes segun Dios;—allí aquella donde esclama: *Misereor super turbam!* y multiplica los panes y los paces, como su palabra engendra y fortalece la vida del alma: allí está el golfo de la pesca milagrosa, —aquí está todo el Evangelio, en fin, con sus dulcissimas parábolas y sus tiernas y deliciosas imágenes que nos aparecen tales cuales aparecian á los oyentes del divino Maestro, cuando les señalaba con el dedo el cordero, la majada, el buen pastor, el lirio del valle;—he aquí en fin, el suelo que Cristo prefirió en la tierra, el que él eligió para primera escena de su misterioso drama; donde durante su vida oscura de treinta años, tenia sus padres, y sus deudos, y sus amigos segun la carne; donde esta naturaleza,

cuya clave poseia, le aparecia con mas encantos; esas son las montañas donde miraba como nosotros, salir y ponerse el sol que tan rápidamente media sus dias mortales;—aquí venia á descansar, á meditar, y á orar, á amar á los hombres y á Dios.

SIRIA.—GALILEA.

15 de Octubre, 1832.

El mar de Galilea, cuya anchura es de una legua poco mas ó ménos, en la estremidad meridional por donde llegamos á él, se ensancha al principio insensiblemente hasta la altura de *Emau*, estremidad del promontorio que nos ocultaba la ciudad de Tiberiades; luego, de repente, las montañas que le encajonan hasta allí, se abren en anchos golfos por ambos lados, y le forman un espacioso pilon casi redondo, donde se dilata y se desarrolla en un cauce de sobre doce ó quince leguas de circuito.—Este pilon no es regular en su forma, las montañas no bajan por todas partes hasta sus ondas;—unas veces se apartan á alguna distancia de la ribera, y dejan entre ellas y este mar una pequeña llanura baja, fértil y verde como las llanuras de Genezaret; ora se separan y se entrecienden para de-

tades de opiniones y de pensamientos, mas terribles que las otras.

La grande y misteriosa escena del Evangelio pasa casi toda sobre este lago, y en sus orillas y en las montañas que le circundan y le ven. Ahí está Emau, donde escogió á la ventura sus discípulos entre los últimos de los hombres, para dar testimonio de que la fuerza de su doctrina reside en ella misma, y no en sus impotentes órganos. Allí está Tiberiades donde se aparece á S. Pedro y funda en tres palabras la eterna gerarquía de su Iglesia. Allí está Cafarnaum; allí la montaña donde pronuncia el sublime sermón de la montaña;—allí la otra donde dice las nuevas beatitudes segun Dios;—allí aquella donde esclama: *Misereor super turbam!* y multiplica los panes y los paces, como su palabra engendra y fortalece la vida del alma: allí está el golfo de la pesca milagrosa, —aquí está todo el Evangelio, en fin, con sus dulcisimas parábolas y sus tiernas y deliciosas imágenes que nos aparecen tales cuales aparecian á los oyentes del divino Maestro, cuando les señalaba con el dedo el cordero, la majada, el buen pastor, el lirio del valle;—he aquí en fin, el suelo que Cristo prefirió en la tierra, el que él eligió para primera escena de su misterioso drama; donde durante su vida oscura de treinta años, tenia sus padres, y sus deudos, y sus amigos segun la carne; donde esta naturaleza,

cuya clave poseia, le aparecia con mas encantos; esas son las montañas donde miraba como nosotros, salir y ponerse el sol que tan rápidamente media sus dias mortales;—aquí venia á descansar, á meditar, y á orar, á amar á los hombres y á Dios.

SIRIA.—GALILEA.

15 de Octubre, 1832.

El mar de Galilea, cuya anchura es de una legua poco mas ó ménos, en la estremidad meridional por donde llegamos á él, se ensancha al principio insensiblemente hasta la altura de *Emau*, estremidad del promontorio que nos ocultaba la ciudad de Tiberiades; luego, de repente, las montañas que le encajonan hasta allí, se abren en anchos golfos por ambos lados, y le forman un espacioso pilon casi redondo, donde se dilata y se desarrolla en un cauce de sobre doce ó quince leguas de circuito.—Este pilon no es regular en su forma, las montañas no bajan por todas partes hasta sus ondas;—unas veces se apartan á alguna distancia de la ribera, y dejan entre ellas y este mar una pequeña llanura baja, fértil y verde como las llanuras de Genezaret; ora se separan y se entrecienden para de-

jar penetrar sus olas azules en golfos abiertos á su pié y cubiertos de su sombra.

La mano del pintor mas suave no dibujaria contornos tan redondeados, mas indecisos y mas variados que los que su mano creadora ha dado á estas aguas y á estas montañas; no parece sino que ha preparado la escena evangélica para la obra de gracia, de paz, de reconciliacion y de amor, que debia una vez realizarse en ella! En el Oriente, desde las cimas del Jelboe que se entreven al lado del Mediodía; hasta las cimas del Líbano que se descubren al norte, una cordillera apretada, pero ondulosa y flexible, cuyos sombríos eslabones parecen de cuando en cuando prontos á soltarse y aun se rompen á veces aquí y allí para dejar pasar un pedazo de cielo.

No rematan estas montañas en su cima aquellos dientes agudos, aquellos riscos aguzados por las tempestades, que presentan sus puntas desgastadas al rayo y á los vientos, y dan siempre al aspecto de las grandes cordilleras algo de decrepito, de terrible, de ruinoso que entristece el corazon elevando el pensamiento.

Achícanse muellemente en cumbres mas ó ménos anchas, mas ó ménos rápidas, vestidas, unas de algunas encinas diseminadas, otras de verdosas malezas;—estas de una tierra pelada, poco fértil, que todavía ofrece rastros de un cultivo variado;—otras en fin, de solo la luz de la tarde ó de la mañana

que resbala sobre su superficie y las colora de un amarillo claro; ó de una tinta azul y morada mas rica que cuantas pudiera representar el pincel.—Sus faldas, aunque no dejan paso á ningun verdadero valle, no forman una muralla siempre igual; de trecho en trecho están rajadas por anchas y hondas barrancas, como si las montañas hubieran estallado bajo su propia pesadumbre, y los naturales accidentes de la luz y de la sombra hacen de esas barrancas sendas manchas luminosas, ó con mas frecuencia oscuras, que atraen la vista, y rompen la uniformidad de los contornos y del color.—Mas abajo, como que se hunden sobre sí mismas, y avanzan aquí y allí en el lago cerros circulares,—suave y graciosa transicion entre sus cimas y las aguas que las reflejan. Casi en ningun punto, por el lado del oriente, traspasa el peñasco la capa vegetal de que están cubiertas, y así esta Arcadia de la Judea reúne siempre á la magestad y á la gravedad de los paises montañosos, la imágen de la fertilidad y de la abundancia de los llanos. ¡Si cayeran todavía en su seno los rocíos del *Hermon!*—En el confin del lago, hácia el norte, esta cordillera de montañas se rebaja alejándose; á lo lejos se distingue una llanura que va á morir en las olas, y en la estremidad de esta llanura, una masa blanca de espuma que parece rodar desde bastante altura en el mar:—prodúcela el Jordan, que se precipita allí en el lago, que atraviesa sin mezclar sus aguas

con las suyas, y va á salir de él sereno, silencioso y puro en el sitio donde le hemos descrito. Toda esta estremidad norte del mar de Galilea está ceñida de una cenefa de campos que parecen cultivados; distínguense en ellos los bálagos amarillos de la última cosecha, y vastos prados de juncos que los árabes cultivan donde quiera que se halla un manantial para regar su pié.

Por el lado occidental, ya he pintado las cordilleras de cerros volcánicos que seguimos desde el alba, y que reinan uniformemente hasta Tiberiades.—Regueros de negras piedras, vomitadas por las bocas todavía entreabiertas de un centenar de conos volcánicos, surcan á cada instante las escarpadas pendientes de esta sombría y fúnebre cuesta. Solo variaban el camino para nosotros la forma singular y los estraños colores de las altas masas de lava endurecida que estaban esparcidas alrededor nuestro, y los restos de murallas, de puertas de ciudades destruidas, y de columnas caídas en el suelo que á cada paso atrevesaban nuestros caballos.—Las orillas del mar de Galilea, por este lado de la Judea, no eran, por decirlo así, mas que una sola ciudad.—Estas ruinas multiplicadas delante de nosotros, y la multitud de las ciudades, y la magnificencia de construccion que manifiestan sus fragmentos mutilados, me recuerdan el camino que rodea el pié del monte Vesuvio, desde Castellamare á Portici.

Como allí, las orillas del lago de Genecaret, parecían coronadas por ciudades, en vez de mieses y selvas.—Al cabo de dos horas de camino, llegamos á la estremidad de un promontorio que avanza en el lago, y la ciudad de Tiberiades se presentó de repente delante de nosotros, como una brillante y viva aparicion de una ciudad de dos mil años.—El pueblo cubre la falda de una colina negra y pelada, que se inclina rápidamente hácia el lago; rodádola una alta muralla cuadrada manqueada por quince ó veinte torres almenadas. Las puntas de los dos blancos minarettes se alzan solas encima de aquellos muros y de aquellas torres, y todo lo restante de la ciudad parece que se esconde del árabe detras de aquellas altas murallas, y no presenta á la vista mas que la bóveda baja y uniforme de sus techos grises, semejantes á la concha recortada de una tortuga.

Allí nos paramos, en el baño mineral turco de Emao.—Cúpula aislada y rodeada de soberbios restos de baños romanos ó hebreos.—Nos establecemos en la sala misma del baño.—Pilon lleno de agua corriente de temperatura de 100 grados de Fahrenheit.—Nos bañamos.—Dormimos una hora.—Volvemos á montar á caballo.—Tempestad en el lago, que yo deseaba mucho presenciar.—Agua verde como las hojas del junco que le rodea.—Espuma lívida y esplendente.—Olas bastante altas y muy apiñadas.—Gran ruido de las oleadas sobre

los guijarros volcánicos que arrastran; pero ninguna barca en peligro ni à la vista.—No hay una sola en el lago.—Entramos en Tiberiades con borrasca y lluvia veraniega.—Nos refugiamos en la iglesia latina.—Hacemos traer lumbre, y encendemos una fogata en medio de la iglesia desierta, la primera iglesia del cristianismo.

El interior de Tiberiades no merece siquiera esta rápida ojeada: sucio y confuso conjunto de algunos centenares de casucas, semejantes à las chozas árabes de barro y paja.—Nos saludan en italiano y en alemán varios judíos polacos y alemanes que, hácia el fin de sus días, y cuando ya no tienen nada que esperar mas que la incierta hora de la muerte vienen à pasar sus últimos momentos en Tiberiades, en las orillas de su mar, en el corazón mismo de su querida patria, à fin de morir bajo su sol, y de ser enterrados en su suelo, como Abraham y Jacob. —¡Dormir en la tierra paterna!—¡Testimonio del inextinguible amor de la patria!—En vano sería negarlo.—Hay simpatía, hay afinidad entre el hombre y la tierra de que fué formado, de donde ha salido.—Es bien hecho, es cosa dulce de volverle à su sitio este poco de polvo que se le ha tomado por algunos días.—Haced, oh Dios mío, que yo duerma también en la tierra y junto al polvo de mis padres!

Nueve horas de camino sin descanso nos vuelven à Nazaret por Cana, teatro del primer milagro del

Salvador.—Linda aldea turca, graciosamente inclinada sobre las dos márgenes de un valle de tierra fértil, rodeado de colinas cubiertas de nópalos, de encinas y de olivos:—alrededor se ven granados, palmas, higueras.—Alrededor de los pilones de la fuente se agrupan mugeres y ganados.—Casa de San Bartolomé, apóstol, en la aldea.—Al lado está la casa donde se efectuó el milagro del agua convertida en vino;—está arruinada y à teja vana.—Los religiosos enseñan las vasijas que contuvieron el vino del prodigio.—Bordaduras monacales que en todas partes desfigurán la sencilla y rica tela de las tradiciones religiosas.

Después de haber descansado y bebido un rato en la orilla de la fuente de Cana, proseguimos nuestro camino, à la luz de la luna, hácia Nazaret. Atravesamos algunas llanuras bastante bien cultivadas, y luego una serie de collados cubiertos de verdura que se elevan à medida que se van acercando à Nazaret. Al cabo de tres horas y media de camino, llegamos à las puertas del convento latino de Nazaret, donde nos reciben de nuevo.

Al despertarme, quedé asombrado al oír una voz que me saludaba en italiano; era la de un antiguo vice-cónsul de Francia en S. Juan de Acre, M. Cattafago, personage muy conocido y muy importante en toda la Siria, donde su título de agente de los europeos, su amistad con Abdallá, bajá de Acre, su comercio y sus riquezas, le han hecho

célebre y poderoso: todavía es cónsul de Austria en S. Juan de Acre. Su vestido correspondía á su doble naturaleza de árabe y de europeo; llevaba un gaban rojo forrado de piel de armiño y un inmenso sombrero de tres picos, signo distintivo de los agentes franceses en Oriente; este sombrero data del tiempo de la guerra de Egipto, reliquia religiosamente conservada de algun general de brigada de Bonaparte; no se pone en la cabeza mas que en las ocasiones oficiales, en las audiencias del bajá, ó cuando pasa por el país algun europeo, á quien se cree hacer ver en él sus dioses penates. M. Cattafago era un viejecito, de fisonomía árabe, vivaz, penetrante, traviesa; sus ojos llenos de un fuego mitigado por la benevolencia y la cortesía, iluminaba su semblante con los destellos de una inteligencia superior. A la primera ojeada se concebía el ascendiente que semejante hombre habia debido tomar sobre árabes y turcos, que en general carecen de aquel principio de actividad que chispeaba en las miradas y se descubria en los movimientos y en los ademanes de M. Cattafago. Llevaba en la mano un paquete de cartas para mí, que acababa de recibir de la costa de Siria, por un correo de Ibrahim-Bajá, y una serie de periódicos franceses que él recibe:—habia creído con razon que sería una sorpresa muy grata para un viajero francés hallar así en medio del desierto, y á mil leguas de su patria, noticias frescas de Europa.

Leí las cartas, que me daban algunas inquietudes sobre la salud de Julia. M. Cattafago se retiró, suplicándome que fuese á almorzar á un pabellon que ha construido en Nazaret, y donde pasa solo los ardientes dias del verano, y abrí los periódicos. Mi nombre fué lo primero que me saltó á los ojos:—víle estampado en un folletin del Diario de los Debates, donde se citaban unos versos que dirigí á Walter Scott al salir de Francia. Fijé la atención en aquellos versos, cuyo triste é inquieto sentido se avenia tan bien con la escena en donde me los presentaba la casualidad, escena de las mas grandes revoluciones de la mente humana, escena donde el espíritu de Dios agitó tan profundamente á los hombres, y de donde tendió su vuelo sobre el mundo la idea renovadora del cristianismo, como una idea, hija tambien del cristianismo, agitaba la otra márgen de esos mares de donde me volvian mis acentos.

Del inmenso teatro do el destino

Al hombre agita, espectador cansado,

Nos dejas en un áspero camino.

Ni supremo profeta, ni inspirado

Bardo, tienen ahora las naciones,

Que camine á su frente ó á su lado.

Al empuje de indómitas facciones,

Los reyes de sus tronos han caido,
Que respetaron cien generaciones.

Dura un día de un gefe preferido
El mando, y otro al punto le seduce:
Dura un mes el reinado de un partido.

Todo del pensamiento al soplo cede,
Y nadie firmemente, nadie encima
Del monte del poder tenerse puede.

El lanza á los mas fuertes á la cima,
Mas, heridos de un vértigo en la altura,
Caen derrumbados en profunda sima.

En vano invoca y encontrar procura
El mundo un salvador: en su carrera
Nos arrebatá el tiempo con presura.

Juega un niño sin miedo en la ribera,
Y en las aguas tambien del mar sin ceño:
Mas ¿quién á sus furiosos resistiera?

¡Cuando es grande una época, pequeño
Es todo hombre! Hoy todos, uno á uno,
Ser grandes quieren, mas con vano empeño.

¡Mira! reyes, soldados, juez, tribuno....
En todos el Señor pone su mano
Y no escoge entre todos á ninguno.

Rápido meteoro, el soberano
Poder hiere y devora, y arruina,
Con sus escombros al linage humano.

¡Ah! la palabra, inspiracion divina,
Ha soplado del mar en el abismo
Y una nueva creacion en él germina.

Abandonado el hombre ya á sí mismo,
Con el afan de todos solo espera
Salir de su presente parasismo.

Todo! de un nuevo piélago la fiera,
Marejada; del cielo y del navío
La situacion que sin cesar se altera;

Esas inmensas olas que bravío
Va el mar en nuestras frentes desplomando;
Ese horizonte lívido y sombrío,

Todo anuncia que el hombre está doblando;
Un cabo de furiosas tempestades,
Y de una nueva humanidad pasando
El trópico entre escasas claridades!

Volví á leer estos versos como si hubieran sido de
otro, tan completamente se me habian borrado de
la memoria, y de nuevo hirió mi mente el senti-
miento que me los habia inspirado, aquel senti-

miento del temblor general de las cosas, del vértigo, del deslumbramiento universal del espíritu humano que corre con demasiada rapidez para darse cuenta de su mismo progreso; pero que tiene el instinto de un término nuevo, desconocido, adonde Dios le lleva por la senda áspera y llena de derribaderos de las catástrofes sociales. Admiré también aquel maravilloso poder de la locomoción del pensamiento humano, de la prensa y del diario, por medio de los cuales un pensamiento que se me había ocurrido, seis meses antes, en una alameda de Saint-Point, iba á encontrarse conmigo, como un hijo que busca á su padre, y á despertar los antiguos ecos de Nazaret con los sonidos de una lengua ya universal.

20 de Octubre, 1832.

He almorzado en el pabellon de M. Cattafago, con un hermano suyo y algunos árabes. Recorro de nuevo las cercanías de Nazaret, y visito en la montaña la piedra adonde Jesus iba, segun las tradiciones, á comer con sus primeros discípulos. M. Cattafago me da cartas para San Juan de Acre y para el muzlin de Jerusalem.

El 21, á las seis de la tarde, salimos de Nazaret. Todos los padres españoles é italianos del convento, reunidos en el patio, se agolpan alrede-

dor de nuestros caballos, y nos ofrecen unos, votos y oraciones por nuestro buen viage, otros, provisiones frescas, excelente pan cocido la noche anterior, aceitunas y chocolate de España. Doy quinientas piastras al superior en pago de su hospitalidad, lo que no impide á algunos padres jóvenes españoles deslizarme por lo bajo sus solicitudes al oido, y recibir furtivamente algunos puñados de piastras para comprar tabaco y los demas regalillos monacales con que distraen su soledad.

Los viajeros han hecho una pintura novelesca y falsa de estos conventos de la Tierra Santa; nada hay ménos religioso ni ménos poético que los tales conventos, vistos de cerca. El pensamiento que ha dirigido su institucion es grande y bello: unos hombres se arrancan á las dulzuras de la civilizaci6n de Occidente para ir á esponer su existencia, ó ir á pasar una vida de privaciones y de martirio entre los perseguidores de su culto, en los sitios mismos donde han consagrado la tierra los misterios de su religion: ayunan, velan, hacen oracion en medio de las blasfemias de los turcos y de los árabes, para que un poco de incienso cristiano humee todavía en los puntos donde nació el cristianismo. Son los guardas custodios de la cuna y de la sepultura sagradas: el ángel del juicio final los hallará solos en este sitio, como aquellas santas mugeres que velaban y lloraban junto al sepulcro vacío.

miento del temblor general de las cosas, del vértigo, del deslumbramiento universal del espíritu humano que corre con demasiada rapidez para darse cuenta de su mismo progreso; pero que tiene el instinto de un término nuevo, desconocido, adonde Dios le lleva por la senda áspera y llena de derribaderos de las catástrofes sociales. Admiré también aquel maravilloso poder de la locomoción del pensamiento humano, de la prensa y del diario, por medio de los cuales un pensamiento que se me había ocurrido, seis meses antes, en una alameda de Saint-Point, iba á encontrarse conmigo, como un hijo que busca á su padre, y á despertar los antiguos ecos de Nazaret con los sonidos de una lengua ya universal.

20 de Octubre, 1832.

He almorzado en el pabellon de M. Cattafago, con un hermano suyo y algunos árabes. Recorro de nuevo las cercanías de Nazaret, y visito en la montaña la piedra adonde Jesus iba, segun las tradiciones, á comer con sus primeros discípulos. M. Cattafago me da cartas para San Juan de Acre y para el muzlin de Jerusalem.

El 21, á las seis de la tarde, salimos de Nazaret. Todos los padres españoles é italianos del convento, reunidos en el patio, se agolpan alrede-

dor de nuestros caballos, y nos ofrecen unos, votos y oraciones por nuestro buen viage, otros, provisiones frescas, excelente pan cocido la noche anterior, aceitunas y chocolate de España. Doy quinientas piastras al superior en pago de su hospitalidad, lo que no impide á algunos padres jóvenes españoles deslizarme por lo bajo sus solicitudes al oido, y recibir furtivamente algunos puñados de piastras para comprar tabaco y los demas regalillos monacales con que distraen su soledad.

Los viajeros han hecho una pintura novelesca y falsa de estos conventos de la Tierra Santa; nada hay ménos religioso ni ménos poético que los tales conventos, vistos de cerca. El pensamiento que ha dirigido su institucion es grande y bello: unos hombres se arrancan á las dulzuras de la civilizaci6n de Occidente para ir á esponer su existencia, ó ir á pasar una vida de privaciones y de martirio entre los perseguidores de su culto, en los sitios mismos donde han consagrado la tierra los misterios de su religion: ayunan, velan, hacen oracion en medio de las blasfemias de los turcos y de los árabes, para que un poco de incienso cristiano humee todavía en los puntos donde nació el cristianismo. Son los guardas custodios de la cuna y de la sepultura sagradas: el ángel del juicio final los hallará solos en este sitio, como aquellas santas mugeres que velaban y lloraban junto al sepulcro vacío.

Todo esto es bello y grande en el pensamiento; pero en la realidad es preciso descartar de ello casi todo lo grandioso. Ante todas cosas advertimos que no hay persecucion, que ya no hay martirio: alrededor de esos hospicios, una poblacion cristiana está á las órdenes y al servicio de los frailes de estos conventos: los turcos no los molestan en manera alguna, antes por el contrario los protegen, como que son el pueblo mas tolerante de la tierra, y el que mejor comprende el culto y la oracion en cualquier lengua y bajo cualquier forma que se le presenten: solo aborrecen el ateismo, que les parece, con razon, una degradacion de la inteligencia humana, un insulto á la humanidad mucho mas que al ser evidente, Dios.

Estos conventos, están ademas, bajo la temida é inviolable proteccion de las potencias cristianas, representadas por sus cónsules. A la primera queja de un superior, el cónsul escribe al bajá, é inmediatamente se hace justicia. Los frailes que he visto en la Tierra Santa, léjos de presentarme la imágen del largo martirio con que se los honra, me han parecido los habitantes mas felices, mas respetados y mas temidos de estas próvincias; ocupan unas especies de fortalezas, semejantes á nuestros antiguos castillos de la edad media; estas moradas son inviolables, y están cercadas de murallas, y cerradas con purrtas de hierro, que no se abren mas que para la poblacion católica de las

cercanías, que acude á asistir á los oficios, á recibir un poco de instruccion devota y á pagar en respeto y amor á los frailes el salario del altar. Nunca he salido acompañado de uno de estos padres por las calles de cualquier pueblo de Siria, sin que los niños y las mugeres fuesen á inclinarse bajo la mano del religioso, y á besar aquella mano y la orla de su hábito. Los turcos mismos, léjos de insultarlos, mostraban participar del general respeto que inspiraban.

Ahora, veamos quienes son esos frailes. Por lo comun, son unos pobres hijos de labradores de España y de Italia, que entraron jóvenes en los conventos de su patria, y que, fastidiados de la vida monástica, han deseado variarla, á lo ménos, con el aspecto de paisés nuevos, y pedido ser enviados á la Tierra Santa. Su residencia en las casas de su Orden establecidas en Oriente, no dura en general mas que dos ó tres años: un buque va á recogerlos y lleva otros hermanos para reemplazarlos. Los que aprenden el árabe y se consagran al servicio de la poblacion católica de las ciudades pasan en ellas mas tiempo y aun á veces toda su vida. Sus ocupaciones y vida son la de nuestros párrocos de aldea; pero están rodeados de mas veneracion y amor. Los otros se quedan encerrados en el recinto de su convento, ó pasan, para hacer su peregrinacion, de una casa á otra, ya á Nazaret,

ya á Belen, algunas veces á Roma, otras á Jafa ó al convento de San Juan, en el desierto: sus únicas ocupaciones son los oficios de la Iglesia y pasear por los huertos ó las azoteas del convento. Nada de libros, nada de estudios, ninguna ocupacion útil: el tedio los devora; el interior del convento hierve en chismes y cábalas; los españoles maldicen de los italianos, y estos de los españoles. Poquísimo nos edificó el modo como hablaban unos de otros los frailes de Nazaret: no hallamos ni uno solo que pudiese sostener la menor conversacion razonable, ni aun sobre los asuntos que su vocacion debia hacerles familiares: ningun conocimiento tienen de la antigüedad sagrada, de los Padres, de la historia de los sitios que habitan: todo se reduce para ellos á cierto número de tradiciones populares y ridículas que se trasmiten sin escámen, y que dan á los viajeros como las han recibido de la ignorancia y la credulidad de los árabes cristianos del pais. Todos suspiran por el momento de su libertad y vuelven á Italia ó á España sin ningun fruto para sí ni para la religion. Por lo demas, los graneros del convento están bien provistos; las bodegas contienen los mejores vinos que produce aquella tierra: ellos solos saben hacerle. De dos en dos años llega buque de España que lleva al padre superior los caudales que les envian las potencias católicas España, Portugal é Italia: esta suma, aumentada con las piadosas li-

mosnas de los cristianos de Egipto, de Grecia, de Constantinopla y de Siria, les suministra, á lo que he oido, una renta de sobre millon y medio de reales, que se reparte ente los diferentes conventos, con arreglo al número de frailes y las necesidades de la comunidad. Las fábricas están bien conservadas, y todo indica el bienestar y aun la riqueza relativa en las casas que he visitado.

Pero no he visto ningun escándalo en las casas de los religiosos que he visitado en la Tierra Santa. La ignorancia, el ocio, el fastidio, hé aquí las tres plagas que convendria y se podia desterrar de ellas.

Estos hombres me han parecido sencillos y sinceros, pero fanáticamente crédulos: algunos, en Nazaret, me han parecido unos verdaderos santos animados de la fé mas ferviente y de la mas activa caridad,—humildes, mansos, sufridos, servidores voluntarios de sus hermanos y de los extranjeros. Llevo impresas sus fisonomías de paz y de candor en mi memoria, y su hospitalidad en mi corazon. Tambien conservo sus nombres;—pero ¿qué les importa que sus nombres circulen por la tierra, con tal que el cielo los conozca, y que sus virtudes queden sepultadas en la sombra del claustro donde se complacen en ocultarlas?

La misma fecha.

A la salida de Nazaret, costeamos una montaña cubierta de higueras y de nópalos. A la izquierda se abre un frondoso y verde valle; un lindo caserío, que recuerda á la vista nuestras quintas de Europa, està asentado solo en una de las faldas de este valle: pertenece á un comerciante árabe de San Juan de Acre. Los europeos no corren ningun peligro en las cercanías de Nazaret; una poblacion casi toda cristiana está á su servicio. En dos horas de camino llegamos á una série de vallecitos que circulan graciosamente entre collados cubiertos de hermosas selvas de encinas, que separan la llanura de Kaifá del país de Nazaret y del desierto del monte Tabor. El monte Carmelo, alta cordillera de montañas que arranca desde la corriente del Jordan y va á rematar perpendicularmente sobre el mar, empieza á destacar á nuestra izquierda. Su línea superior, de un color verde oscuro, se dibuja sobre un cielo de un azul sombrío en el que ondean calientes vapores como el vapor que sale de la boca de un horno: sus escarpadas laderas están sembradas de una robusta vegetacion, dominada de trecho en trecho por las airosas capas de las encinas; grises peñones, tallados por la natura-

leza en formas estrañas y colosales, traspasan de cuando en cuando esta verdura y reflejan los esplendentes rayos del sol. Tal era el aspecto que teniamos á nuestra izquierda hasta donde alcanzaba la vista; á nuestros piés, los valles que seguíamos descendian en suaves declives y empezaban á abrirse sobre la hermosa llanura de Kaifá: subiamos los últimos picos que nos separaban de ella, y no la perdiamos de vista un momento mas que para volverla á hallar en breve. Estos cerros entre la Palestina y la Siria marítima, son uno de los sitios mas amenos y solemnes juntamente que hemos contemplado en nuestro viage. De trecho en trecho, las selvas de encinas abandonadas á su sola vegetacion forman estensos claros, cubiertos de una yerba tan tupida como en nuestras paredes de Occidente; detras, la cima del Tabor se alza como un magestuoso altar coronado de verdes guirnaldas en un cielo de fuego; mas lejos la cima azul de los montes de Gelboé y de las colinas de Samaria, tiembla en la vaghezza del horizonte. El Carmelo tiende su sombría cortina de anchos pliegues sobre uno de los lados de la escena, y la vista, siguiéndole, llega hasta el mar que lo termina todo, como el cielo en los hermosos paises. ¡Cuántos sitios he elegido allí, en mi pensamiento para construir una casa, una fortaleza agrícola, y fundar una colonia, con algunos amigos de Europa y algunos centenares de esos jóvenes desheredados de

todo porvenir en nuestros países demasiado llenos! La hermosura de los sitios y del cielo, la prodigiosa fertilidad del suelo, la variedad de los productos equinociales que se pueden aquí pedir á la tierra; la facilidad de proporcionarse trabajo á bajo precio; la procsimidad de dos inmensas praderas, fecundas, regadas é incultas; la cercanía del mar para la esportacion de los géueros; la seguridad que fácilmente se obtendria contra los árabes del Jordan, alzando ligeras fortificaciones á la salida de las gargantas de estas colinas, todo me hizo elegir esta parte de Siria para la empresa agrícola y civilizadora que luego he decidido plantear.

La misma fecha, al anochecer.

Nos ha sorprendido una tempestad en medio del dia:—pocas he visto tan terribles. Las nubes se han elevado perpendicularmente, como torres, encima del monte Carmelo; pronto han cubierto toda la larga cresta de esta cordillera; la montaña, un momento antes tan serena y esplendente, se ha sumergido poco á poco en rodantes olas de tinieblas surcadas de trecho en trecho por regueros de fuego. Todo el horizonte se ha rebajado en pocos momentos y se ha estrechado sobre nosotros: el trueno no tenia sucesivos rumores, era un solo

estampido magestuoso, continuo y atronador como el estruendo de las olas en la orilla del mar, durante una recia tempestad. Los relámpagos chorreaban verdaderamente como arroyos de lumbre del cielo, sobre las negras laderas del Carmelo; los robles de la montaña y los de las colinas donde estábamos todavía, se doblaban como juncos; el viento que salia de los desfiladeros y de las cavernas nos hubiera tumbado, si no nos hubiéramos apeado de nuestros caballos, y no hubiéramos hallado un poco de abrigo detras de las paredes de un peñasco, en el cauce desecado de un torrente. Las hojas secas, levantadas por la borrasca, giraban sobre nuestras cabezas como nubes, y las ramas de los árboles llovian al rededor nuestro. Acordéme de la Biblia y de los prodigios de Elias, el profeta esterminador en su montaña; su gruta no estaba distante.

No duró la tempestad mas que media hora; bebimos el agua de la lluvia, recojida en las mantas de fieltro de nuestros caballos. Descansamos algunos momentos, á cosa de mitad del camino de Nazaret á Caifá, y proseguimos nuestra marcha dando vuelta al pié del monte Carmelo, teniendo á nuestra izquierda la montaña, y una espaciosa llanura con un rio á la derecha. El Carmelo, que seguíamos así durante unas cuatro horas de camino, nos presentó por todas partes el mismo aspecto severo y solemne; es una pared gigantesca y casi perpendicular, cubierta por dó quiera de una capa

de arbustos y de yerbas aromáticas. En ningun punto se vé la roca pelada; algunos fragmentos, desprendidos de la montaña, han resbalado hasta la llanura:—son como ciudadelas dadas por la naturaleza para servir de base y de abrigo á aldeas de árabes cultivadores. Solo hallamos una de esas aldeas, à cosa de dos horas antes de distinguir la ciudad de Kaifá. Las casas son bajas, sin ventanas, y están cubiertas de un terrado que las guarece de la lluvia: encima, los árabes levantan, con ramas sostenidas con troncos de árboles, un segundo piso de verdura que habitan en verano.—Aquellos terrados estaban cubiertos de hombres y mugeres que nos miraban pasar, llenándonos de injurias. El aspecto de esta poblacion es feroz, pero nadie se atrevió á bajar del cerro para insultarnos mas de cerca.

A las siete, nos acercábamos á Kaifá, cuyas cúpulas, minaretes y blancas murallas forman, como en todas las ciudades del Oriente, un aspecto brillante y alegre à cierta distancia. Kaifá se alza al pié del Carmelo, sobre una playa de arena blanca en la orilla del mar: esta ciudad forma la estremidad de un arco, cuya estremidad opuesta es San Juan de Acre. Las separa un golfo de dos leguas de ancho; este golfo es una de las mas deliciosas riberas del mar en que puede descansar la vista de los marinos. San Juan de Acre, con sus fortifi-

caciones acribilladas por el cañon de Ibrahim-Bajá y de Napoleon, con el calado cimborio de su mezquita derruida, con las velas que entran y salen de su puerto, atrae los ojos sobre uno de los puntos mas importantes é ilustrados por la guerra: en el fondo del golfo se ve una espaciosa llanura cultivada;—el monte Carmelo proyectando su gran sombra sobre esta llanura;—luego Kaifá, como una hermana de San Juan de Acre, abrazando el otro lado del golfo, y avanzando en el mar con su pequeño muelle, en el que se mecen algunos bergantines árabes;—encima de Kaifá, un bosque de gruesos olivos; mas arriba aún, un camino labrado en la roca, que remata en la cima del tope del Carmelo;—en él dos vastos edificios coronan la montaña, —uno, casa de recreo de Abdallá, bajá de Acre; —otro, convento de los religiosos del monte Carmelo, construido recientemente con las limosnas de la cristiandad, y coronado por una ancha bandera tricolor, para anunciarnos el asilo y la proteccion de los franceses; un poco mas abajo que el convento, inmensas cavernas abiertas en el granito de la montaña, que son las famosas grutas de los profetas. Tal es el paisage que nos llama la atencion al entrar en las polvorosas y angostas calles de Kaifá. Los habitantes atónitos miraban desfilar nuestra larga caravana. A nadie conociamos; ningun asilo, ninguna hospitalidad teniamos derecho á reclamar. La casualidad nos hizo encontrar à un

jóven piamontes, que hacia veces de vice-cónsul en Kaifá, desde la toma y destruccion de Acre. M. Bianco, cónsul de Cerdeña en Siria, le habia escrito sin que lo supiéramos, recomendándonos á él para el caso de que pasásemos por Kaifá. Llegóse á nosotros, nos preguntó nuestros nombres, y nos condujo á la puerta de la casita arruinada donde vivia con su madre y dos hermanas jóvenes. Dejamos nuestros caballos y nuestros árabes acamparse en la orilla del mar, junto á la ciudad, y entramos en la casa del Sr. Malagamba, que así se llama este jóven y amable vice-cónsul, el único europeo que queda en este campo de batalla desolado, desde la completa ruina de Acre por los egipcios.

Un pequeño patio, una escalera de madera, conducen á una azotea cubierta de hojas de palmera; detras de esta azotea, hay dos cuartos desmantelados y rodeados solamente de un divan, único mueble indispensable del pobre, como del rico, en todo el Oriente;—algunos tiestos de flores en la azotea;—una pajarera poblada de lindas palomas grises, criadas por las hermanas del señor Malagamba;—varias tablas alrededor de las paredes en que están colocadas con órden tazas, pipas, copillas de licor, pebetes de plata para los perfumes, y crucifijos de madera, embutidos de nacar, hechos en Belén:—tal era todo el mueblage de aquella pobre casa, donde una familia solitaria representa, por mil

piastras de sueldo (sobre mil doscientos reales) una de las potencias de nuestra Europa.

Madama Malagamba, la madre, nos recibió con las ceremonias acostumbradas en el pais; presentónos los perfumes y las aguas de olor, y apénas estábamos sentados en el divan, enjugándonos el sudor de las frentes, cuando sus dos hijas, dos celestiales apariciones, salieron de la pieza inmediata y nos presentaron agua de azahar y dulces secos en bandejas de porcelana de la China. Tal es el imperio de la hermosura sobre nuestra alma que, aunque devorados por la sed y rendidos por una caminata de doce horas, nos hubiéramos quedado en muda contemplacion delante de aquellas dos preciosas criaturas, sin llevar el vaso á nuestros labios, si la madre no hubiera instado á aceptar lo que nos presentaban sus hijas. Allí estaba el Oriente todo entero, tal cual yo me le imaginaba en mis juveniles años, llena la fantasía de las encantadas imágenes de sus novelistas y de sus poetas. Una de las hermanas era todavía muy niña; no era mas que el gracioso acompañamiento de la mayor, como aquellas imágenes que reflejan otra. Despues de habernos ofrecido todos los agasajos de la hospitalidad, la mas sencilla y poética sin embargo, las dos hermanas fueron tambien á sentarse junto á su madre en el divan, en frente de nosotros. ¡Ojalá me fuera dado poder representar con palabras aquel cuadro, para conservarle en estas notas

como lo veo en mi pensamiento! Pero tenemos en nosotros la facultad de sentir la belleza en todos sus matices, en todas sus delicadezas, en todos sus misterios, y no tenemos mas que una palabra vaga y abstracta para decir qué es la hermosura. Este es el triunfo de la pintura; ella espresa con un rasgo, conserva siglos y siglos la arrebatadora impresion de un rostro de muger, de quien el poeta solo puede decir: *Es hermosa*, y es preciso creerle sobre su palabra — pero su palabra no pinta.

Estaba, pues, la doncella sentada en la alfombra, con las piernas cruzadas á la manera oriental, apoyado el codo sobre la rodilla de su madre, el rostro un poco inclinado hácia atras, ora alzando sus azules ojos para espresar á su madre el candoroso asombro que le causaba nuestro aspecto y nuestras palabras, ora fijándolos en nosotros con graciosa curiosidad, luego bajándolos involuntariamente y ocultándolos bajo la larga seda de sus negras pestañas, miétras que un nuevo carmin coloraba sus mejillas ó vagaba en sus labios una ligera sonrisa mal contenida. Nuestro singular atavío era nuevo para ella, y la estrañeza de nuestros usos la tenia en continua admriacion; en vano su madre la hacia señas, para que no manifestase su sorpresa, por miedo de ofendernos; la sencillez y el candor de sus impresiones se revelaban á pesar suyo, en aquel rostro de diez y seis años, y su alma se pintaba en cada espresion de sus facciones con tal

gracia, con tal transparencia, que se veía su pensamiento bajo su cútis antes de que ella misma lo sospechase. Los pocos rayos del sol que se deslizan por entre la sombra sobre una agua límpida, son ménos móviles y diáfanos que aquella fisonomía, de la que no podíamos desprender nuestros ojos, y cuyo solo aspecto, que ninguno de nosotros olvidará jamas, nos hacia ya descansar de todas nuestras fatigas.

La señorita Malagamba tiene aquel género de hermosura que no se puede encontrar mas que en el Oriente: — la forma perfecta, como lo es en la estatua griega; — el alma revelada en la mirada, como en las razas del Mediodía; — y la sencillez en la espresion, como no ecsiste mas que entre los pueblos primitivos: cuando estas tres condiciones de la hermosura se reunen en una muger, y se armonizan en un rostro con la primera flor de la adolescencia; cuando el pensamiento vagaroso y errante en la mirada ilumina dulcemente con sus húmedos rayos unos ojos que se dejan leer hasta el fondo del alma, porque la inocencia no sospecha que baya que ocultar nada; cuando la delicadeza de los contornos, la pureza virginal de las líneas, la elegancia y la morbidez de las formas revelan á la vista aquella voluptuosa sensibilidad del ser nacido para amar, y mezclan de tal suerte el alma y los sentidos que no sabe uno, cuando los contempla,

si siente ó sí admira, entónces la hermosura es completa, y se experimenta, á su aspecto, aquella cumplida satisfaccion de los sentidos y del corazon, aquella armonía de goces que no es lo que llamamos amor; pero que es el amor de la inteligencia, el amor del artista, el amor del genio á una obra perfecta. Se dice uno á sí mismo: aquí se está bien, —y no puede arrancarse de aquel sitio donde acaba de sentarse con indiferencia; tan cierto es que lo bello es la luz del espíritu y el invencible atractivo del corazon!

Su traje oriental realzaba singularmente los encantos de su persona; sus largos cabellos, de un color rubio subido y ligeramente dorados, estaban prendidos en mil trenzas que caian por ambos lados sobre sus espaldas desnudas; una confusa mezcla de perlas, de zequies de oro ensartados, de flores blancas y coloradas, cubria sus cabellos, como si una mano llena de estos objetos se hubiera abierto á la casualidad sobre aquella cabeza, y hubiera deramado sobre ella sin eleccion aquella lluvia de flores y joyas: todo le sentaba bien,—nada puede deslucir una cabeza de quince años: su pecho estaba descubierto, segun la costumbre de las mugeres de Arabia; una túnica de muselina bordada de flores de plata, estaba ceñida con un chal alrededor de su cintura; sus brazos estaban metidos en las mangas flotantes y abiertas hasta el codo de una chaqueta de paño verde, cuyas dos solapas pen-

dian libremente sobre las caderas; anchos pantalones de mil pliegues completaban aquel traje, y ceñian sus piernas desnudas encima de los tobillos dos manijas de plata cincelada: una de aquellas manijas estaba adornada de cascabelillos de plata, cuyo ruido acompañaba el movimiento de sus piés. Ningun poeta ha pintado jamas tan hechicera aparicion: la Aidé de lord Byron, en Don Juan, tiene algo de la señorita de Malagamba; pero dista muchísimo de aquella perfeccion, de gracia, de inocencia, de dulce turbacion, de voluptuosa languidez y de espléndida serenidad que se confunden en aquel semblante todavía infantil.

La grabo en mi memoria para pintarla mas adelante, como el tipo de la belleza y del amor puros, en el poema en que quiero consagrar mis impresiones.

Hermoso cuadro hubiera podido hacer un pintor, si hubiera habido alguno entre nosotros, copiando aquella escena de viage. Nuestros vestidos turcos, ricos y pintorescos; nuestras armas de todas especies, tiradas por el suelo alrededor nuestro; nuestros lebreles tendidos á nuestros piés; aquellas tres mugeres sentadas al uso oriental en frente de nosotros sobre una alfombra de Alepo; sus actitudes llenas de sencillez, de originalidad y de molicie, la espresion de sus fisonomías miéntas yo les contaba mis viages, ó comparábamos nuestros usos de Europa con el género de la hospitali-

dad que nos ofrecian; los pebetes de perfumes que ardian en un rincon embalsamando el aire de la tarde; las formas antiguas de los vasos en que se nos ofrecian los sorbetes ó las bebidas aromatizadas; todo esto en medio de una estancia desmantelada, abierta sobre el mar, y donde las ramas de una palmera que habia en el patio se introducian por anchas aberturas sin ventana. Siento no llevar este recuerdo para mis amigos como lo llevo en mi imaginacion.

Madama Malagamba, la madre, es griega y natural de la isla de Chipre, donde se casó, á la edad de catorce años, con el señor Malagamba, acaudalado comerciante franco, que era al mismo tiempo cónsul en Larnaca. Desgracias y revoluciones arruinaron al señor Malagamba, por lo que fué á solicitar un empleo de agente consular en Acre, donde murió, dejando á su muger y cuatro hijos en la mayor miseria. ¡Su hijo, mozo notable por su honradez y su inteligencia, fué empleado por algunos cónsules, y obtuvo en fin el destino de agente consular de Cerdeña en Kaifá: con los escasos emolumentos de este precario empleo mantiene á su madre y á sus hermanas. La hermana mayor de la señorita Malagamba, no menos hermosa que la que tanto hemos admirado, inspiró, nos han dicho, una pasion tan viva á un jóven religioso del convento de Kaifá, que se fugó en un buque inglés, abrazó la religion protestante á fin de poder pe-

dirla en matrimonio, y probó todos los medios de robarla bajo diferentes disfraces: todavía, en la época de nuestra residencia, se le creia escondido en algun pueblo de la costa de Siria para ejecutar su proyecto; pero las autoridades turcas vigilaban la seguridad de aquella familia, y si los frailes, que ejercen sobre los religiosos de su Orden la justicia mas arbitraria é inflexible, llegasen á descubrir al fugitivo, expiaria en un eterno cautiverio el insensato amor que encendió en su corazon aquella fatal hermosura. No vimos á aquella hermana.

Acercábase la noche, y era preciso en fin arrancarnos al encantamiento de aquella recepcion, é ir á buscar un asilo en el convento del monte Carmelo: el señor Malagamba habia ido á anunciar á los padres los numerosos huéspedes que les llegaban. Pusímonos en pié y no tuvimos mas remedio para obedecer á los usos del país, que dejar á la señora y la señorita Malagamba acercar sus labios á nuestras manos, y volvimos á montar á caballo.

El monte Carmelo empieza á elevarse á algunos minutos de camino de Kaifá; subímosle por un camino bastante bueno, labrado en la peña;—cada paso que dábamos nos descubria un horizonte nuevo en el mar, en los collados de la Palestina y en las playas de la Idumea. A mitad del camino, encontramos uno de los padres del Carmelo, que, ha

ce cuarentaa años, habita una casilla que sirve de hospicio para los pobres en la ciudad de Kaifá, y que sube y baja dos veces por dia la montaña para ir à hacer oracion con sus hermanos. La dulce espresion de serenidad de alma y de alegría de corazon que brillaba en todas sus facciones, nos produjo una vivísima impresion;—esas espresiones de felicidad sosegada é inalterable nunca se encuentran mas que en los hombres de sencilla y trabajosa vida y de generosas resoluciones. La escala de felicidad es una escala descendente; mucha mas se halla en las humildes situaciones de la vida que en las posiciones elevadas. Dios da á los unos en felicidad interior lo que da á los otros en brillo, renombre y caudal. Mil veces he hecho la prueba de esta verdad;—entremos en un salon, busquemos el hombre cuyo rostro respira mayor suma de contentamiento íntimo, y preguntemos su nombre;—de cierto es un desconocido pobre y desatendido del mundo: dó quiera y en todo se revela la Providencia.

A la puerta del hermoso monasterio que se alza en la actualidad, todo construido de nuevo, y resplandeciente de blancura, en la mas aguda punta del tope del Carmelo, nos estaban aguardando dos padres, únicos moradores de aquel vasto y magnífico retiro de cenobitas. Recibiéronnos como á paisanos y amigos: pusieron á nuestra dispo-

sicion tres celdas provistas cada cual de una cama, mueble raro en Oriente, de una silla y de una mesa: nuestros árabes se establecieron con nuestros caballos en los espaciosos patios interiores del monasterio. Sirviéronnos una cena compuesta de pescado fresco y de verduras cultivadas entre las peñas de la montaña. Pasamos una noche deliciosa, despues de tantas fatigas, sentados en los anchos balcones que señorean el mar y las cavernas de los profetas. Una luna serena flotaba sobre las olas cuyo murmullo y cuya frescura subian hasta nosotros. Prometímonos pasar en aquel asilo todo el dia siguiente, para que descansasen nuestros caballos y renovar nuestras proviciones, supiéramos á entrar en un pais nuevo donde ya no hallariamos pueblos ni aun aldeas, y muy rara vez manantiales de agua dulce, y veíamos estenderse delante de nosotros cinco dias de desierto.

22 de Octubre de 1832.

Día de descanso pasado en el monasterio del monte Carmelo ó empleado, en recorrer los puntos bellos de la montaña y las grutas de Elias y de los profetas. La principal de estas grutas, evidentemente labrada por mano del hombre en la roca mas dura, es una sala de prodigiosa elevacion; no

ce cuarentaa años, habita una casilla que sirve de hospicio para los pobres en la ciudad de Kaifá, y que sube y baja dos veces por dia la montaña para ir à hacer oracion con sus hermanos. La dulce espresion de serenidad de alma y de alegría de corazon que brillaba en todas sus facciones, nos produjo una vivísima impresion;—esas espresiones de felicidad sosegada é inalterable nunca se encuentran mas que en los hombres de sencilla y trabajosa vida y de generosas resoluciones. La escala de felicidad es una escala descendente; mucha mas se halla en las humildes situaciones de la vida que en las posiciones elevadas. Dios da á los unos en felicidad interior lo que da á los otros en brillo, renombre y caudal. Mil veces he hecho la prueba de esta verdad;—entremos en un salon, busquemos el hombre cuyo rostro respira mayor suma de contentamiento íntimo, y preguntemos su nombre;—de cierto es un desconocido pobre y desatendido del mundo: dó quiera y en todo se revela la Providencia.

A la puerta del hermoso monasterio que se alza en la actualidad, todo construido de nuevo, y resplandeciente de blancura, en la mas aguda punta del tope del Carmelo, nos estaban aguardando dos padres, únicos moradores de aquel vasto y magnífico retiro de cenobitas. Recibiéronnos como á paisanos y amigos: pusieron á nuestra dispo-

sicion tres celdas provistas cada cual de una cama, mueble raro en Oriente, de una silla y de una mesa: nuestros árabes se establecieron con nuestros caballos en los espaciosos patios interiores del monasterio. Sirviéronnos una cena compuesta de pescado fresco y de verduras cultivadas entre las peñas de la montaña. Pasamos una noche deliciosa, despues de tantas fatigas, sentados en los anchos balcones que señorean el mar y las cavernas de los profetas. Una luna serena flotaba sobre las olas cuyo murmullo y cuya frescura subian hasta nosotros. Prometímonos pasar en aquel asilo todo el dia siguiente, para que descansasen nuestros caballos y renovar nuestras proviciones, supiéramos á entrar en un pais nuevo donde ya no hallariamos pueblos ni aun aldeas, y muy rara vez manantiales de agua dulce, y veíamos estenderse delante de nosotros cinco dias de desierto.

22 de Octubre de 1832.

Dia de descanso pasado en el monasterio del monte Carmelo ó empleado, en recorrer los puntos bellos de la montaña y las grutas de Elias y de los profetas. La principal de estas grutas, evidentemente labrada por mano del hombre en la roca mas dura, es una sala de prodigiosa elevacion; no

tiene mas vista que el mar sin límites, y no se oye en ella mas ruido que el de las olas que se estreñan sin cesar en la vertiente del monte. Las tradiciones dicen que aquella era la escuela donde Elías enseñaba las ciencias de los misterios y de las altas poesías. Admirablemente elegido estaba el sitio, y la voz del anciano profeta, maestro de toda una innumerable generacion de profetas, debia resonar magestuosamente en el hueco seno de la montaña que surcaba con tantos prodigios, y à la que ha dejado su nombre! La historia de Elías es una de las maravillosas historias de la antigüedad sagrada.

Elías es el gigante de los bardos sagrados. Cuando lee uno su vida y sus terribles venganzas, parece que aquel hombre tenia por alma el rayo del Señor, y que el elemento en que fué arrebatado al cielo era su elemento natural.—Magnífica figura, lírica ó épica para el poema de los antiguos misterios de la civilizacion judáica.—En todo, la época de los profetas, considerada históricamente, es una de las épocas ménos inteligibles de la vida de ese pueblo fugitivo: se ve sin embargo, y sobre todo en la época de Elías, la clave de aquella singular organizacion del cuerpo de los profetas, que evidentemente era una clase santa y letrada, siempre en oposicion con los reyes;—tribunos sagrados del pueblo, que le sublevaban ó le sosegaban con cantos, parábolas y amenazas;—que for-

maban facciones en Israel, como la palabra y la prensa las forman entre nosotros;—que guerrearban unos contra otros, primero con el filo de su palabra, luego con la lapidacion ó la espada,—que se esterminaban de la faz de la tierra, como vemos á Elías esterminarlos á centenares;—que luego subcumbia á su vez, abriendo paso á otros bomina-dores del pueblo. Jamas la poesía, propiamente tal, ha hecho un papel tan grande en el drama político, en las destinos de la civilizacion: la razon ó la pasion, segun que eran falsos ò verdaderos profetas, no hablaba por sus bocas, mas que la enérgica y armoniosa lengua de las imágenes. No habia entre ellos oradores como en Atenas ó en Roma; ¡el orador es demasiado hombre! — no habia mas que himnos y lamentaciones; el poeta es divino.

¡Qué imaginacion ardiente, acalorada, delirante, no supone en semejante pueblo semejante dominio de la palabra cantada! Y ¿cómo admirarse de que independientemente del alto sentido religioso que encerraban aquellas poesías, hayan sido un monumento tan acabado, tan inimitable, de genio y de gracia?—El premio de los poetas entonces era la sociedad misma. Su inspiracion les sometia el pueblo, al que impulsaban, á merced de su albedric, al crimen ó al heroismo; hacian temblar á los reyes culpables, les echaban la ceniza á la frente, ó despertaban el patriotismo en el pecho de sus con-

ciudadanos, los hacian triunfar de sus enemigos, ó les recordaban en el desierto y la esclavitud, las colinas de Sion y la libertad de los hijos de Dios. Me admira que, entre todos los grandes dramas que la poesía moderna ha sacado de la historia de os judíos, no haya concebido todavía ese maravilloso drama de los profetas, — bellísimo canto de la historia del mundo.



La misma fecha.

Vuelvo de pasearme solo por las embalsamadas pendientes del Carmelo. Estaba yo sentado á la sombra de un madroño, un poco mas abajo del sendero tajado que sube á la cima de la montaña y remata en el convento, mirando el mar que me separa de tantas cosas y tantos seres que he conocido y amado, pero que no se separa de mi recuerdo. Recorria en mi imaginacion mi vida anterior, recordaba horas semejantes pasadas en tantas playas diversas y con pensamientos tan diferentes; preguntábame si era yo en efecto quien estaba en aquella aislada cima del monte Carmelo, á pocas leguas de la Arabia y del desierto, y por qué estaba allí, — y dónde iba, — y dónde volveria, — y qué mano me conducia, — y qué buscaba á sabiendas, ó sin saberlo, en aquellas eternas correrías por el an-

cho mundo. Costábame trabajo recomponer un solo ser de mí mismo con las fases tan opuestas é imprevistas de mi breve existencia; pero las impresiones tan vivas, tan lúcidas, tan presentes, de todos los seres que he amado y perdido, resonaban todas con una profunda angustia en el mismo corazón y harto me probaban que esa unidad, que yo no hallaba en mi vida, se hallaba toda entera en mi corazón! y sentia humedecerse mis ojos contemplando lo pasado donde no veia ya mas que cinco ó seis sepulturas, donde cinco ó seis veces se habia hundido mi felicidad. Luego, obedeciendo á mi instinto, cuando mis sensaciones son demasiado vehementes y están á punto de anonadar mi pensamiento, las elevo con un impulso religioso hácia Dios, hácia ese infinito que lo recibe todo, lo absorbe todo, lo vuelve todo; yo le imploraba, me sometia á su voluntad siempre buena, y le decia:—Todo va bien, pues tú lo has querido; aquí estoy aún; continua conduciéndome por tus caminos y no por los míos; llévame donde quieras y como quieras, con tal de que yo me sienta conducido por tí, — con tal de que te reveles de cuando en cuando en mis tinieblas con uno de esos rayos del alma que nos manifiestan, como el relámpago, un horizonte de un momento en medio de nuestra profunda noche; — con tal de que yo me sienta sostenido por esa esperanza inmortal que has dejado en la tierra como una voz de los que ya no están en ella; — con

tal de que yo los halle en tí, y me reconozcan y nos amemos en aquella inefable unidad que formariamos tú, ellos y nosotros! Eso me basta para seguir avanzando, para caminar hasta el fin por este sendero que parece que no le tiene ... pero haz que la senda no sea demasiado áspera para piés ya heridos!

Levantéme mas aligerado y me puse á coger puñados de yerbas aromáticas que embalsaman todo el Carmelo: con ellas hacen los padres del convento una especie de té, mas perfumado que la yerba buena y la salvia de nuestros huertos. Me han distraído de mis pensamientos y de mi herborización las pisadas de dos borricos cuyas herraduras resonaban sobre las tersas rocas del sendero. Dos mugeres, embozadas de piés, á cabeza en un gran lienzo blanco, iban sentadas en los borricos; un mancebo llevaba del ronzal al primero de aquellos animales, y dos árabes iban detras á pié, cargada la cabeza con anchos canastos de junco, tapados con servilletas de muselina bordada:—eran el señor Malagamba, su madre y su hermana, que subian al monasterio para ofrecerme provisiones de viage que nos habian preparado la noche antes. Uno de los cestos estaba lleno de molletes dorados como oro, y de un sabor exquisito, precioso hallazgo en un pais donde el pan es desconocido: el otro contenia toda especie de frutas, algunas botellas de excelentes vinos de Chipre y del Líbano, y aque-

llos innumerables dulces, delicias de los orientales. Recibí con gratitud el presente de aquellas amables señoras. Envió á los árabes á llevar las cestas al monasterio, y nos sentamos á hablar un momento de las desgracias de madama Malagamba. El sitio era delicioso; estábamos bajo dos ó tres grandes olivos que sombreaban el estanque en que se ha labrado la fuente del profeta Elias, cayendo de roca en roca en un pequeño barranco, del monte Carmelo. Los árabes habian estendido las mantas de sus burros sobre el cespéd que rodea la fuente, y las dos mugeres, que se habian echado sus largos velos á la espalda, sentadas en el divan del viagero, á la orilla del agua, en su mas rico y vistoso trage, formaban un grupo digno del ojo de un pintor. Yo estaba sentado en frente de ella, en una cornisa del peñasco de donde caía el manantial. Muchas lágrimas regaron las mejillas de madama Malagamba recordando delante de mí la época de sus prosperidades, y su caída en el infortunio, y sus presentes miserias, y su fuga de San Juan de Acre, y sus maternales cuidados por el porvenir de su hijo y de sus hermosas hijas.

La señorita Malagamba escuchaba aquellas razones con la serena indiferencia de la primera juventud; divertíase en reunir en ramilletes las flores sobre que estaba sentada: solamente cuando la voz de su madre se alteraba hablando, y caían algunas lágrimas de sus ojos, su hija le pasaba el brazo al

rededor del cuello y enjugaba su llanto con el pañuelo de musolina bordado de plata que tenia en la mano; luego, cuando volvía á asomarse la sonrisa al rostro de su madre, tornaba á su distraccion infantil y de nuevo casaba los colores de su ramillete. Prometí á aquellas pobres mugeres acordarme de ellas y de su hospitalidad tan inesperada cuando volviese á Europa, y solicitar de mis amigos en Turin algun ascenso para el jóven agente consular de Kaifá: con esto volvió la esperanza, aunque muy lejana é incierta, al corazon de madama Malagamba, y la conversacion tomó otro giro. Hablamos de las costumbres del pais y la monotonía de la vida de las mugeres árabes, cuyos hábitos se ven tambien precisadas á contraer las europeas que viven en Arabia; pero la señorita Malagamba y su madre, nunca habian conocido otro género de vida, y ántes bien se admiraban de lo que yo les contaba de Europa. Vivir para un solo hombre y de un solo pensamiento en el interior de sus estancias; pasar un dia en un divan trezándose el cabello, disponiendo con gracia las numerosas joyas con que se engalanan; respirar el aire fresco de la montaña ó del mar desde lo alto de una azotea, ó por entre el enrejado de una ventana; dar algunos pasos bajo los naranjos y los granados de un jardincillo para ir á pensar á la orilla de un estanque que un surtidor anima con su murmullo; cuidar de la casa, hacer con sus manos

la masa del pan, el sorbete, los dulces; una vez por la semana, ir á pasar el dia en el baño público, en compañía de todas las muchachas del pueblo, y cantar algunas estrofas de los poetas árabes acompañándose con la vihuela; esta es toda la vida del Oriente para las mugeres.

La sociedad no ecsiste para ellas; así es que no tienen ninguna de esas pasiones facticias del amor propio que produce la sociedad, son esclavas del amor mientras son jóvenes y hermosas, y mas adelante, esclavas de los cuidados domésticos y de sus hijos. ¿No vale esta civilizacion tanto como otra? Mientras estábamos así departiendo sobre diferentes objetos, mi dragoman, joven nacido en Arabia y muy versado en las letras árabes, me buscaba por los alrededores del monasterio y me descubrió junto á la fuente;—traíame otro joven árabe que habia sabido mi llegada á Kaifá y que habia venido de San Juan de Acre para hacer conocimiento con un poeta del Occidente. Aquel joven, nacido en el Líbano y criado en Alepo, era célebre ya por su númen poético; muchas veces habia yo oido hablar de él y me habia hecho traducir algunas de sus composiciones: á la sazón me traía varias, de las que mas adelante daré la traduccion. Sentóse con nosotros junto á la fuente, y hablamos bastante tiempo con ayuda de mi dragoman; pero se hacia tarde, y era preciso separarnos.—Pues que estamos

aquí dos poetas, le dije, y que nos reúne la suerte desde dos puntos del mundo tan distantes, en un sitio tan encantador, á una hora tan hermosa, y en presencia de una beldad tan perfecta, deberíamos consagrar, cada uno en nuestra lengua, con algunos versos, nuestro encuentro y las impresiones que nos inspira este momento. Sonrióse y sacó de su cinto el tintero y la pluma de caña, tan inseparables de un escritor árabe como lo es el sable de un guerrero: ambos nos retiramos á algunos pasos para ir á meditar un momento nuestros versos. El acabó mucho ántes que yo: hé aquí sus versos y los míos: en ambos se reconocerá el carácter de las dos poesías, pero escuso advertir cuanto pierden todas las lenguas pasando á otra.

“En los jardines de Kaifá hay una flor que el rayo del sol busca por entre el enrejado que forman las hojas de la palmera.

“Esta flor tiene ojos mas dulces que la gacela, ojos que se parecen á una gota de agua del mar en una concha.

“Esta flor tiene un perfume tan penetrante que el jeque que huye ante la lanza de otra tribu, en su yegua mas rápida que la caída de las aguas, la huele al paso y se detiene para respirarla.

“El viento de Simoun arrebató de los vestidos del viajero todos los demás perfumes, pero nunca arrebató del corazón el olor de esa flor maravillosa.

“Se encuentra al márgen de una fuente que corre sin murmullo á sus piés.

“Niña; dime el nombre de tu padre, y te diré como se llama esa flor.”

Hé aquí los que yo compuse é hice al instante que tradujese al árabe un dragoman:

Fuente, cuando á tu orilla va á sentarse;
Pensativa, en la sombra. Lila bella,
Y sobre tí inclinada,
En tu agua azul se mira,
Y su semblante se refleja en ella
Como en el golfo inmóvil una estrella;

Un temblor tus dormidas aguas riza;
No se ven de tu fondo las arenas,
Ni los flexibles juncos;
De encantos y de luz toda te llenas,
Y la vista, que un dulce echizo ofusca;
¡Oh fuente! solo en tí su cielo busca!

Porque entónces bellísimos objetos
Reflejas solamente: ojos azules
Como esas florecillas
Que esmaltan tu ribera entre rosados
Labios risueños, dientes nacarados:
Globos, que un blando aliento,
Agita en compasado movimiento:

Cabellos enlazados entre flores,
 Que hacen pender su peso; brazaletes
 Que de sus brazos el carmin realzan;
 Perlas que bajo el agua pura brillan,
 Y que asir uno se imagina en vano,
 Como su arena de oro, con la mano,

Sobre esa sombra yo la mano tiendo
 Por miedo de que el viento la disipe,
 Y envidiosos mis labios de su orilla,
 Quieren beber el agua venturosa
 Que reflejan la imágen deliciosa.

Pero cuando risueña se levanta
 Lila, y sigue à su madre solo queda
 En aquel ántes encantado sitio

Un agua triste, oscura:

La pruebo, y es amarga: de su seno
 Deslucen el cristal la alga y el cieno.

¡Oh niña! lo que en esas aguas causas,
 Siempre causó en mi alma la hermosura:

Cuando su dulce rayo la ilumina
 De claridad y júbilo se inunda;

Mas ¡ay! cuando se aleja,
 En tinieblas tristísimas la deja.

Pero era el caso que la hermosa niña para quien acabábamos de componer estos versos en francés y en árabe literal, no entendia el francés ni el árabe, y solo un poco el italiano.

23 de Octubre, 1832.

Al salir el sol hemos dejado, repuestos y alegres, el convento del Monte Carmelo y sus dos excelentes religiosos, y nos hemos encaminado por ásperos senderos que bajan de la cima al mar. Ahí, hemos entrado en el desierto que se estiende entre el mar de Siria, cuyas costas aquí son en general llanas, arenosas y están cortadas en pequeños golfos; y las tierras que son una continuacion del Monte Carmelo. Estas tierras que van descendiendo con insensible gradacion, á medida que se acercan á la Galilea, son negras y áridas y con frecuencia hienden las peñas la capa de tierra y de arbustos que les queda: su aspecto es sombrío y monótono; no tienen mas que su vestidura de luz esplendente y la ideal magestad de lo pasado que las rodea; de trecho en trecho, la cordillera que forma por espacio de diez leguas, se interrumpe y se entreabre á la vista algun valle poco profundo; en el fondo, ó en las laderas de uno esos valles vemos distintamente los restos de una fortaleza y una gran

Cabellos enlazados entre flores,
 Que hacen pender su peso; brazaletes
 Que de sus brazos el carmin realzan;
 Perlas que bajo el agua pura brillan,
 Y que asir uno se imagina en vano,
 Como su arena de oro, con la mano,

Sobre esa sombra yo la mano tiendo
 Por miedo de que el viento la disipe,
 Y envidiosos mis labios de su orilla,
 Quieren beber el agua venturosa
 Que reflejan la imágen deliciosa.

Pero cuando risueña se levanta
 Lila, y sigue à su madre solo queda
 En aquel ántes encantado sitio

Un agua triste, oscura:

La pruebo, y es amarga: de su seno
 Deslucen el cristal la alga y el cieno.

¡Oh niña! lo que en esas aguas causas,
 Siempre causó en mi alma la hermosura:

Cuando su dulce rayo la ilumina
 De claridad y júbilo se inunda;

Mas ¡ay! cuando se aleja,
 En tinieblas tristísimas la deja.

Pero era el caso que la hermosa niña para quien acabábamos de componer estos versos en francés y en árabe literal, no entendía el francés ni el árabe, y solo un poco el italiano.

23 de Octubre, 1832.

Al salir el sol hemos dejado, repuestos y alegres, el convento del Monte Carmelo y sus dos excelentes religiosos, y nos hemos encaminado por ásperos senderos que bajan de la cima al mar. Ahí, hemos entrado en el desierto que se estiende entre el mar de Siria, cuyas costas aquí son en general llanas, arenosas y están cortadas en pequeños golfos; y las tierras que son una continuacion del Monte Carmelo. Estas tierras que van descendiendo con insensible gradacion, á medida que se acercan á la Galilea, son negras y áridas y con frecuencia hienden las peñas la capa de tierra y de arbustos que les queda: su aspecto es sombrío y monótono; no tienen mas que su vestidura de luz esplendente y la ideal magestad de lo pasado que las rodea; de trecho en trecho, la cordillera que forma por espacio de diez leguas, se interrumpe y se entreabre á la vista algun valle poco profundo; en el fondo, ó en las laderas de uno esos valles vemos distintamente los restos de una fortaleza y una gran

aldea árabe que se estiende bajo los muros del castillo; el humo de las casas se eleva y serpea á lo largo de las faldas del Carmelo, y largas hileras de camellos, de cabras negras y de vacas rojas, se prolongan desde la aldea hasta la llanura que atravesamos; algunos árabes á caballo, armados con lanzas y sin mas vestido que su manta de lana blanca, los brazos y las piernas al aire, caminan al frente, y á los lados de esas caravanas de pastores que van á llevar los ganados al único manantial que que hemos encontrado hace cuatro horas. Los manantiales fueron descubiertos y labrados en otro tiempo por los habitantes de los pueblos, situados todos en la orilla del mar; hace siglos que los árabes actuales han abandonado estos pueblos; ya no queda en ellos mas que la fuente, y todos los dias hacen este viage de una hora ó dos para ir á buscar agua y dar de beber á sus reves. Hemos caminado todo el dia sobre restos de murallas, y sobre mosaicos que atraviesan la arena; el camino está sembrado de ruinas que atestiguan el esplendor y las inmensas poblaciones de estas riberas en remotos tiempos.

Teniamos desde por la mañana en el horizonte delante de nosotros, en la orilla del mar, una inmensa columna que reverberaba los rayos del sol, y que parecia agrandarse y salir de las olas á medida que avanzábamos. Cuando nos acercamos, reconocimos que aquella columna es una masa con-

fusa de magníficas ruinas pertenecien á diversas épocas: primeramente distinguimos una inmensa muralla, semejante en todo, por su forma, su color y el corte de las piedras, á una pared del coliseo de Roma. Esta muralla de prodigiosa altura, se alza sola y sesgada, sobre un monton de otras ruinas de construcciones griegas y romanas; pronto descubrimos, mas allá, los restos elegantes y calados, como un encage de piedra de un monumento moruno, iglesia ó mezquita, ó acaso uno y otro sucesivamente; luego una serie de ruinas en pié, y bien conservadas, de otras muchas construcciones antiguas; el camino de arena que seguian nuestros camellos nos conducian bastante cerca de aquellas curiosas reliquias de lo pasado, cuya ecsistencia, nombre y fecha ignorábamos completamente.

Acaso de media milla, de aquel grupo de monumentos, la costa del mar se eleva y la arena se convierte en peña; esta en todas partes ha sido tajada por mano de los hombres sobre una estension de como hasta una milla de circuito,—formando una especie de ciudad primitiva labrada en la roca ántes de que los hombres aprendiesen el arte de arrancar la piedra á la tierra y de construirse viviendas sobre su superficie:—en efecto, es una de aquellas ciudades subterráneas de que hablan las mripreas historias, ó cuando menos, una de aquellas vastas *Necrópolis*, ciudades de los muertos, que surcaban en todos sentidos la tierra ó las peñas en los alrededores de las grandes ciudades

de los vivos; pero la forma de los peñascos y de las innumerables cavernas abiertas en sus laderas indica, mas bien, à mi juicio, la morada de los vivos. Estas cavernas son espaciosas y sus puertas muy altas; à ellas conducen numerosas y anchas escaleras; tambien hay ventanas abiertas en la peña viva para dar luz à aquellas. Habitaciones, y dichas puertas y ventanas dan sobre calles talladas profundamente en las entrañas de la colina. Hemos seguido muchas de estas hondas y anchas calles, donde se ven carriles que indican las huellas de las ruedas de los carros. Una multitud de águilas, de buitres é innumerables bandadas de estorninos se elevaban, al acercarnos, de entre las sombras de aquellos peñascos socavados:—arbustos rastreros, flores parietarias, grupos de mirtos y de higueras han echado raíces en el polvo de aquellas calles de piedras, y alfombran aquellas largas galerías. En algunos sitios los antiguos moradores habian hendido enteramente la colina con el cincel, y abierto canales que dejan llegar el agua del mar y permiten à la mirada abarcar una parte del golfo que forma detras de la ciudad: este conjunto presenta un pais de un carácter enteramente nuevo, juntamente grave y duro con el peñasco, risueño y luminoso como aquellas lontananzas aéreas sobre el azul del mar, y como aquellos bosques de plantas nacidas espontáneamente en las hendiduras del garito. Anduvimos algun tiempo por aquellos

maravillosos laberintos, y llegamos en fin, alpié de la gran muralla y de los monumentos morunos que teniamos delante de nosotros; allí nos detuvimos un instante para deliberar. Aquellas ruinas tienen mala reputacion; pues sirven con frecuencia de emboscada à algunas cuadrillas de árabes ladrones que roban y asesinan à las caravanas: en Kaifá nos habian prevenido que las evitásemos ó las pasásemos en órden de batalla, y sin permitir à ninguno de los nuestros que se separase del cuerpo de la caravana. La curiosidad habia vencido; no habiamos podido resistir al deseo de visitar unos monumentos desconocidos à la historia antigua y moderna; ignorábamos si estaban desiertos ó habitados. Llegado que hubimos al pié de los muros que todavía los rodean, vimos la brecha por donde; teniamos que penetrar:—en el mismo instante apareció un grupo de árabes à caballo y con lanzas, en la arena que nos separaba de la entrada, y cargó sobre nosotros. Sorprendiônos su embestida pero íbamos preparados: llevábamos en la mano nuestras escopetas de dos cañones cargadas y amartilladas, y pistolas en la cintura; avanzamos hácia los árabes y se pararon de repente; yo me destacué de la caravana, mandando que siguiesen todos sobre las armas, y me adelanté con mis dos compañeros y mi dragoman; parlamentamos, y el jeque, con sus principales ginetes, nos escoltó hasta la brecha, dando órden à los árabes del interior

de respetarnos y permitirnos visitar los monumentos; con todo conceptué prudente no dejar entrar con nosotros mas que una parte de los míos; los demas quedaron acampados á un tiro de fusil del collado, prontos á acudir á nuestro auxilio si hubiéramos caído en una celada. No era inútil esta precaucion, porque hallamos en el interior de las murallas una poblacion de dos á trescientos árabes beduinos contando las mugeres y los niños; no hay mas que un boquete para salir de aquellas ruinas, y fácilmente hubiéramos sido cogidos y acuchillados, sino hubiera tenido á raya á aquellos bárbaros la fuerza que nos quedaba fuera y que podian suponer mas considerable de lo que realmente era; habiamos cuidado de no presentar toda nuestra gente, y algunos camelleros se habian quedado de intento detras, acampados en un cerro, donde se los podia ver.

Apenas penetramos por la brecha, nos hallamos en un dédalo de senderos que daban vuelta alrededor de los restos derruidos de la gran muralla y de los otros edificios antiguos que descubriamos sucesivamente. Aquellos senderos ó aquellas calles no tenian ninguna abertura regular; el pié de los árabes, de los camellos y de las cabras los habia trazado á la ventura entre aquellos escombros: Las familias de la tribu no habian edificado nada, ni hecho otra cosa mas que aprovecharse de todas las cavidades que la caída de las piedras gigantes habia formado aquí y allí para hospedarse en

ellas, unas á la sombra misma de las cañas de las columnas ó de los capiteles detenidos en su caída por otras ruinas; otras, debajo de un pedazo de lienzo de pelo de cabra negra, tendido de un pilar á otro, á manera de techo. El jeque mismo, sus mugeres y sus hijos, que ocupaban sin duda el palacio del pueblo, tenian todos su habitacion á la entrada del mismo, en los escombros de un templo romano, sobre un cerro muy elevado, encima del sendero por donde entrábamos, y formaba su casa un inmenso pedazo de piedra esculpida que pendia casi perpendicularmente, apoyado por uno de sus ángulos en otras peñas rodadas de tropel y como paradas en su caída. Aquel caos de piedras parecia que verdaderamente se estaba desplomando todavía y amagaba aplastar á las mugeres y á los hijos del jeque que mostraban sus cabezas por cima de nosotros, fuera de aquella caverna artificial. Las mugeres no estaban tapadas; su único vestido era una camisa de algodón azul que deja el pecho y las piernas descubiertas, y ceñida al cuerpo con un cinturón de cuero. Aquellas mugeres nos parecieron hermosas, á pesar de los anillos que les pendian de las narices, y de las estrañas pinturas que manchaban sus mejillas y sus pechos. Los niños estaban en cueros, sentados ó montados en las peñas talladas que formaban la azotea de aquellas espantosas moradas; y algunas cabras negras, de largas orejas colgantes, habian trepado al lado

de aquellos chiquillos sobre la puerta de las grutas, y nos miraban pasar ó brincaban sobre nuestras cabezas cruzando de una á otra peña el profundo sendero por donde caminábamos. Vimos algunos camellos tendidos de trecho en trecho en los huecos formados entre las ruinas, y alzando sus cabezas pensativas y serenas por cima de los troncos de columnas y de capiteles derruidos. A cada paso variaba la escena y atraía mas vivamente nuestra atencion. Un pintor hallaria mil asuntos desconocidos, del efecto mas pintoresco, en la forma siempre nueva é inesperada en que están mezcladas y confundidas las viviendas de la tribu con los restos de los teatros, de los baños, de las iglesias y de las mezquitas que cubren aquel rincón de tierra. Cuanto menos ha trabajado el hombre para crearse un asilo en aquel caos de una ciudad derribada, cuanto mas improvisadas están aquellas habitaciones por la singular casualidad de la caída de los monumentos, mas tambien la escena es poética y sorprendente. Varias mugeres ordeñaban sus cabras en las gradas del anfiteatro; manadas de carneros saltaban uno á uno de la ventana en arco diagonal (ojiva) del palacio de un emir ó de una iglesia gótica de la época de las cruzadas. Algunos jeques sentados fumaban sus pipas bajo la cincelada bóveda de un arco romano, y los camellos estaban atados por el roncal á las columnillas morunas de la puerta de un harem. Apeámo-

nos para visitar circunstanciadamente las principales ruinas: los árabes nos opusieron grandes dificultades cuando manifestamos la voluntad de entrar en el recinto del gran templo que está en el extremo de la ciudad sobre un peñasco á la orilla del mar: nos fué preciso tener una nueva disputa en cada patio, en cada tapia que teníamos que pasar para penetrar en él; hasta tuvimos que emplear la amenaza para obligarlos á cedernos el paso. Las mugeres y los niños se alejaron lanzándonos imprecaciones; el jeque se retiró un momento, y los demas árabes mostraron en sus rostros y ademanes todas las señales del descontento; pero el aire de indecision y timidez mal disfrazada que vimos tambien en ellos, nos animó á insistir, y entramos, medio de grado, medio por fuerza, en el interior de aquel monumento, el último y el mas admirable de todos.

No puedo decir lo que es; de todo hay en su construccion, en su forma, y en sus ornatos; me inclino á creer que es un templo antiguo que los cruzados convirtieron en iglesia en la época en que poseyeron á Cesarea de Siria y las playas circunvecinas, y que despues los árabes han convertido en mezquita. El tiempo, que se burla de las obras y de los pensamientos de los hombres, le convierte ahora en polvo, y la rodilla del camello se dobla actualmente sobre aquellas losas donde sucesivamente se han hincado las rodillas de tres ó cuatro

generaciones religiosas delante de diferentes dioses. Las bases del edificio son evidentemente de arquitectura griega de una época de decadencia; en el arranque de las bóvedas, la arquitectura toma el tipo moruno; ventanas primitivamente corintias han sido convertidas con mucho arte y gusto en ventanas con agimeces con leves columnillas: lo que subsiste de las bóvedas está bordado de arabescos de una delicadeza y de un primor exquisito.

El edificio tiene ocho caras, y cada una de las entradas producidas por esta forma octógona contenía sin duda un altar, à juzgar por los nichos que decoran la parte de las paredes donde debían estar apoyados aquellos altares. También la parte central del edificio estaba ocupada por un altar principal, lo que fácilmente se adivina en vista de la elevación del terreno en aquel punto del templo, elevación producida sin duda por los escalones que rodeaban el altar. Las tapias de esta iglesia están medio derruidas, y ofrecen brechas por donde se estiende la vista hasta el mar y los escollos que le costean; multitud de plantas rastreras penden en penachos de enramada y flores desde lo alto de las bóvedas desgarradas, y miles de pajarillos de collar rojo, y nubes de golondrinas azules trinaban en aquellos bosques aéreos ó revoloteaban á lo largo de las cornisas. La naturaleza prosigue su himno en el punto donde el hombre ha acabado el su-

yo. Luego que salimos de aquel templo desconocido, recorrimos á pié las diferentes calles del pueblo, ballando á cada paso curiosas ruinas é inesperadas escenas formadas por aquella mezcla de costumbres salvages con los hermosos testimonios de las civilizaciones muertas. Vimos un gran número de mugeres y muchas árabes ocupadas, en los pequeños patios de sus chozas, en las diferentes faenas de la vida pastoril; unas tejían telas de piel de cabra; otras estaban empleadas en moler la cebada ó hacer cocer el arroz; —generalmente son muy hermosas, altas, robustas, tienen la tez quemada por el sol; pero parecen sanas y vigorosas. Sus negros cabellos estaban cubiertos de piastras de plata ensartadas; tenían pendientes y collares guardados con el mismo adorno; prorumpían en gritos de sorpresa viéndonos pasar, y nos seguían hasta otras casas. Ninguno de los árabes nos ofreció el menor regalo, por lo que no creímos deber ofrecérselos nosotros, y salimos con precaución del recinto del pueblo. Nadie de la tribu nos siguió y fuimos á plantar nuestras tiendas á un cuarto de legua de la gran muralla, en el fondo de un pequeño golfo rodeado también de tapias antiguas, y que fué en otro tiempo el puerto de esta ciudad desconocida. El calor era de treinta y dos grados; bañámonos en el mar á la sombra de un antiguo muelle que todavía no se han llevado completamente las olas, mientras que nuestros saís levanta-

ban nuestras tiendas, daban un poco de cebada á nuestros caballos y encendian la lumbre junto á un arco que sirvió sin duda de entrada á aquel puerto.

Los árabes dan á este sitio un nombre que significa *peñasco cortado*. Los cruzados le llaman en sus crónicas Castel peregrino ó *castillo de los peregrinos*; pero no he podido descubrir el nombre de la ciudad intermedia, griega, judía ó romana, á que pertenecian los grandes restos que nos habian atraído. Al dia siguiente continuamos costeando las orillas del mar hasta Cesarea, á donde llegamos hácia el medio dia, despues de haber cruzado por la mañana un rio que los árabes llaman Zirka, y que es el rio de los cocodrilos de Plinio.

Cesarea, la antigua y espléndida capital de Heródes, no tiene ya ni un solo habitante; sus murallas, reedificadas por san Luis durante su cruzada, están sin embargo intactas, y todavía hoy servirian de escelentes fortificaciones á una ciudad moderna. Cruzamos por un puente de piedra el profundo foso que la rodea, y entramos en el laberinto de piedras, de cuevas entreabiertas, de restos de edificios, de fragmentos de mármol y de pórfido de que está atestado el solar de la antigua ciudad; hicimos salir tres chacales del seno de los escombros que resonaban bajo las pisadas de nuestros caballos; buscábamos la fuente que nos habian indicado, y que con dificultad hallamos en la estremidad

oriental de aquellas ruinas, y nos acampamos junto á ella. Hácia el anochecer llegó á aquel sitio un pastorcillo árabe con un innumerable rebaño de vacas negras, de carneros y de cabras; cosa de dos horas pasó ocupado constantemente en sacar agua de la fuente para abreviar sus reses que aguardaban con paciencia su turno, y se retiraban en orden despues de haber bebido, como si hubieran ido dirigidas por mayores. Aquel muchacho, enteramente desnudo, iba montado en un borrico; salió el último de las ruinas de Cesarea, y nos dijo que todos los dias acudia de aquella suerte, de sobre dos leguas, á llevar al abrevadero los ganados de su tribu, establecida en la montaña: aquel fué el único encuentro que tuvimos en Cesarea, en aquella ciudad donde Heródes, segun el testimonio de Josefo, acumuló todas las maravillas de las artes griegas y romanas, donde abrió un puerto artificial que servia de abrigo á toda la marina de Siria. Cesarea es la ciudad donde San Pablo estuvo prisionero y pronunció, para su defensa y la del cristianismo naciente, aquella hermosa arenga conservada en el capítulo 26 de los Hechos de los apóstoles. Cornelio el centurion y Felipe el Evangelista eran de Cesarea, y en el puerto de esta ciudad fué tambien donde se embarcaron los apóstoles para ir á sembrar la palabra evangélica por Grecia é Italia.

Pasamos la tarde recorriendo las ruinas de la ciudad, y recogiendo fragmentos de esculturas, que luego tuvimos que dejar en su sitio por falta de medios de transporte.—Hermosa noche al abrigo del acueducto de Cesarea.

Continuamos nuestro camino atravesando un desierto de arena cubierto en algunos puntos de arbustos y aun de bosques de encinas que sirven de asilo à los árabes. M. de Parseval se duerme à caballo; la caravana le deja atras; lo echamos de ver; suenan à lo lejos dos tiros; partimos à galope para acudir en su auxilio, disparando algunos pistoletazos para espantar à los árabes; por fortuna no habia sido acometido y habia disparado sus dos tiros sobre unas gacelas que cruzaban el llano. Llegamos por la tarde, sin haber hallado una sola gota de agua, junto à la aldea àrabe llamada El-Mukhalin: un inmenso sicomoro colocado como una tienda natural en la falda de una pelada y polvorosa colina nos atrae y nos sirve de abrigo. Nuestros árabes van à la aldea à preguntar el camino de la fuente; se le indican, y todos acudimos à ella. Bebemos, nos bañamos la cabeza y los brazos, y volvemos al campamento, donde nuestro cocinero ha encendido lumbre al pié del sicomoro, cuyo tronco està ya calcinado por las sucesivas lumbres de los millares de caravanas que sucesivamente han disfrutado de su sombra: todas nuestras tiendas y todos nuestros caballos están à cubierto

bajo sus inmensas ramas. El jeque de El-Mukhalid viene à traerme melones, se sienta bajo mi tienda, y me pide noticias de Ibrahim-Bajá, y algunos remedios para él y para sus mugeres: le doy algunas gotas de agua de colonia y le convido à cenar con nosotros. Acepta, y nos cuesta no poco trabajo sacudirnos de él.

Hace una noche calurosísima; no puedo respirar bajo la tienda; me levanto y voy à sentarme junto à la fuente, debajo de un olivo. La luna iluminaba toda la tierra de Galilea que ondula graciosamente en el horizonte, à cosa de dos leguas del sitio en que estoy acampado; es la mas hermosa línea de horizonte que jamas he visto. Los primeros ramos de lila de Persia que penden en racimos por primavera no tiene un matiz morado mas fresco y lozano que estas montañas à la hora à que las contemplo. A medida que la luna asciende y se acerca à ellas, su matiz se oscurece y se va haciendo mas purpureo; sus formas parecen móviles como las de las grandes olas que se ven en plena mar al ponerse el sol en una serena tarde. Todas estas montañas tienen ademas un nombre y una tradicion en la primera historia que nuestros ojos infantiles han leído sobre las rodillas de nuestra madre. Sé que la Judea està allí, con sus prodigios y sus ruinas; que Jerusalem està sentada detras de uno de aquellos cerros; que ya no me sepa-

ran de ella mas que algunas horas de camino y que casi toco á uno de los mas deseados términos de mi largo viage.

Gozo de este pensamiento, como goza el hombre siempre que toca á uno de los objetos, aunque sean insignificantes, que le ha señalado una pasion cualquiera; empleo una ó dos horas en gravar aquellas líneas, aquellos colores, aquel cielo trasparente y rosado, aquella soledad, aquel silencio, en mi memoria. La humedad de la noche cae y moja mi capa; vuelvo á la tienda y me duermo. Hacia apenas una hora que estaba dormido, cuando me despertó un ligero rumor; me incorporo y miro en derredor de mí. Una de las puntas de la lona que formaba la tienda estaba levantada para dejar entrar la brisa de la noche; la luna iluminaba de lleno el interior;—veo un enorme chacal que entraba cautelosamente y me miraba con ojos de fuego;—cogí mi escopeta y asustado por el movimiento, huyó á todo correr. Volvíme á dormir. Despertado segunda vez, veo al chacal á mis piés, olfateando mi capa, y prócsimo á asir mi hermoso galgo que dormia sobre la misma estera que yo,—hermoso animal que no se ha separado de mí hace ocho años y que yo defenderia como una parte de mi vida, á riesgo de mi persona. Por fortuna le habia cubierto con una punta de mi capa, y dormia tan profundamente que nada habia oido, ni sospechaba el ries-

go que corria: si tardo un segundo en despertarme, el chacal asia de él y se lo llevaba para devorarlo en su madriguera. Lanzo un grito, y se despiertan mis compañeros; ya estaba yo fuera de la tienda y habia disparado un tiro, pero el chacal estaba lejos, y al dia siguiente ningun rastro de sangre probaba que se hubiese satisfecho mi venganza.

Partimos á la luz de los primeros rayos que blanquean las colinas de Judea; seguimos una serie de ondulosos collados fuera de la vista del mar; el calor nos fatiga mucho, y el mas profundo silencio reina en toda la caravana; á las once llegamos, rendidos de sed y de cansancio, junto á las escarpadas orillas de un rio que estiende sus sombrias aguas entre dos márgenes coronadas de largas espadañas:—es preciso tocar sus aguas para verlas. Manadas de búfalos silvestres están tendidas en los juncos y en el rio y levantan sns cabezas por cima del agua; así pasan inmóviles las mas ardientes horas del dia. Nos miran sin hacer un movimiento; vadeamos el rio y llegamos á un kan abandonado: los árabes llaman en el dia á este rio *Nahr-el-Arsuf*. Por aquí debia estar situada la antigua Apolonia, á ménos que determine su situacion otro rio que atravesamos una hora despues y que se llama ahora *Nahr-el-Petras*.

Nos tendemos sobre nuestras estereras, en las fres-

cas y oscuras cuevas que son lo único que queda del antiguo kan. Apenas estábamos sentados alrededor de un plato de arroz frio que nos había traído el cocinero para almorzar, cuando una enorme serpiente de ocho piés de largo y gruesa como el brazo, salió de uno de los boquetes de la tapia y vino á desarrollarse entre nuestras piernas; precipitámonos huyendo de ella hácia la entrada del subterráneo; pero ella llegó antes que nosotros, y se perdió lentamente, haciendo vibrar su cola, como la cuerda de un arco, entre las espadañas que coronaban el rio. Su piel era de un bellissimo azul turquí. Resistíase nos volver á nuestro refugio; pero el calor era tan recio que hubimos de resignarnos, y nos dormimos, teniendo por cabecera nuestras sillas de montar, sin pensar en las malas visitas de aquella especie que podian turbar nuestro sueño.

A las cuatro de la tarde volvemos á montar á caballo, veo sobre un cerrillo á corta distancia del rio, un ginete árabe, con una escopeta en la mano, y acompañado por un esclavo mozo á pié. Parecia que iba de caza; á cada instante paraba su caballo y nos miraba desfilas con muestras de indecision é interes: de pronto parte á galope, se adelanta hácia mí y dirigiéndome la palabra en italiano, me pregunta si no soy el viagero que está recorriendo la Arabia, y cuya prócsima llegada á Jafa han anunciado los cónsules europeos: me nom-

bro, se apea del caballo y quiere besarme la mano. —Yo soy, nos dijo, el hijo de M. Damiani, vicecónsul de Francia en Jafa. Prevenido de la llegada de vd. por cartas que ha traído de Saide un buque inglés, vengo hace algunos dias á cazar gacelas por este lado para descubrirlos á vdes. y llevarlos á casa de mi padre. Nuestro apellido es italiano, y nuestra familia oriunda de Europa, aunque está establecida en Arabia desde tiempo inmemorial; somos árabes, pero tenemos un corazon francés; y mirariamos como un baldon y como un insulto á nuestros sentimientos que aceptasen vdes. la hospitalidad en otra casa que en la nuestra. Acuérdense vdes. de que nosotros somos los primeros que los hemos tocado, y de que, en Oriente, el primero que toca á un extranjero, tiene el derecho de ser su huésped: se lo prevengo á vd., añadió, porque otras muchas casas de Jafa han sabido que vienen vdes. por cartas que ha traído el mismo buque, y van á salirles á vdes. al encuentro apénas mi esclavo haya auunciado en el pueblo que se acercan vdes. —Apenas acabó su discurso, dijo algunas palabras en árabe al esclavo, y este, montando en la yegua de su amo, desapareció en un momento detras de los cerros de arena que limitaban el horizonte. Hice dar á M. Damiani uno de los caballos de mano que llevaba de repuesto, y tomamos lentamente el camino de Jafa, que todavía no veíamos. Al cabo de dos horas de mar-

cha, vimos al otro lado de un gran río que aun nos faltaba cruzar, como hasta unos treinta ginetes, cubiertos con los mas ricos trages y espléndidamente armados, montados en bellísimos caballos árabes que caracoleaban por la playa del río: lanzaron sus caballos hasta la corriente, prorumpiendo en alta gritería y disparando pistoletazos para saludarnos;—eran los hijos, deudos y amigos de los principales vecinos de Jafa que nos salieron al encuentro. Todos ellos se acercaron á mí, me hicieron su cumplido, al que respondí por conducto de mi dragoman, ó bien en italiano á los que entendían esta lengua; colocáronse en derredor nuestro, y corriendo aquí y allí por la arena, nos dieron el vistoso espectáculo de una de aquellas carreras de *djerid*, en que los ginetes árabes despliegan todo el vigor de sus caballos y toda la destreza de sus brazos. Acercámonos á Jafa, y la ciudad empezaba á alzarse delante de nosotros sobre un collado que se avanza dentro del mar: el aspecto que presenta es verdaderamente mágico cuando se llega á ella por este lado del desierto. Al poniente baña los pies de la ciudad el mar, que siempre despliega allí inmensas oleadas espumosas sobre los arrecifes que forman el circuito de su puerto; por el lado del norte, que era por el que llegábamos, está rodeada de jardines deliciosos, que parece que salen por encantamiento del desierto, para coronar y sombrear sus murallas: se anda bajo la alta y

aromática bóveda de una selva de palmeras, de granados cubiertos de sus estrellitas coloradas, de cedros marítimos de hoja de encaje, de naranjos, de higueras, limoneros grandes como nogales de Europa, y doblegándose bajo el peso de sus frutos y de sus flores; el aire no es mas que un perfume agitado y difundido por la brisa del mar; el suelo está todo alfombrado de azahar, y el viento le barre como en nuestros países barre las hojas secas en otoño; de trecho en trecho, fuentes turcas de mosaico de mármoles de varios colores, con tazas de cobre atadas con cadenas, ofrecen su agua limpia al transeunte, y están siempre rodeadas de un grupo de mugeres que se lavan los pies y cogen agua en urnas de formas antiguas. La ciudad eleva sus altos minaretes, sus azoteas almenadas, sus agimeces morunos, del seno de aquel océano de arbustos embalsamados, y se desprende, al oriente, del fondo blanco de arena que estiende inmediatamente detras de ella el inmenso desierto que la separa de Egipto. Junto á una de aquellas fuentes descubrimos de pronto una tercera cabalgata, á cuya cabeza se adelantaba un caballero en una yegua blanca, M. Damiani el padre, agente consular de varias naciones europeas, y uno de los personajes mas importantes de Jafa. Su traje grotesco nos hizo sonreir; llevaba un viejo gaban azul celeste, forrado de armiño, y ceñido con un cinturón de seda carmesí; sus piernas desnudas

salian de un ancho pantalon de muselina sucia, y cubria su cabeza un inmenso sombrero de tres picos, pulimentado por los años y empapado de sudor y de polvo, que atestiguaba numerosos servicios durante la campaña de Egipto; pero la excelente acogida y patriarcal hospitalidad de nuestro antiguo vice-cónsul atajaron la sonrisa en nuestros labios y no dejaron cabida en nuestros corazones mas que para la viva gratitud que le manifestamos. Acompañábanle varios de sus yernos hijos y nietos, todos á caballo como él: uno de sus nietos, muchacho de doce á catorce años, que cacaroleaba en una yegua árabe, sin brida, alrededor de su abuelo, es sin duda la mas admirable figura de niño que he visto en mi vida.

M. Damiani echó á andar delante de nosotros, y nos condujo en medio de una inmensa poblacion apiñada al rededor de nuestros caballos, hasta la puerta de su casa, donde nuestros nuevos amigos nos saludaron y nos dejaron al cuidado de nuestro huésped.

La casa de M. Damiani es pequeña, pero está admirablemente situada en lo mas alto de la ciudad, señoreando los tres horizontes del mar, de la costa de Gaza y de Ascalon hácia el Egipto, y de la playa de Siria por el lado del Norte. Los cuartos están rodeados y coronados de azoteas descubiertas, por donde circula la brisa marina, y desde

donde se descubre, á diez leguas en el mar, la menor vela que cruza el golfo de Damietta. Estos cuartos no tienen ventanas; el clima hace que sean supérfluas. El aire tiene siempre el temple tibio de nuestros mas hermosos dias de primavera; una mala pantalla es el único obstáculo que se interpone al paso del sol. Se dividen con las aves del cielo aquellas moradas que el hombre se ha preparado; y en el salon de M. Damiani, en las especies de bazares de madera que se estienden alrededor de la estancia, centenares de golondrinas de collar rojo estaban posadas al lado de las porcelanas de la China, de las tazas de plata y de los tubos de pipas que decoran las cornisas: todo el dia revoloteaban encima de nuestras cabezas, é iban, durante la cena, á suspenderse hasta sobre los brazos de cobre de la lámpara que alumbraba la mesa.

La familia se compone de M. Damiani el padre, figura indecisa entre el patriarca y el mercader italiano, pero en que predomina el patriarca;— de madama Diamani la madre, hermosa árabe, madre de doce hijos, pero que todavía conserva en sus formas y en su cutis el brillo y la frescura de la belleza turca; de varias jóvenes, casi todas de notable hermosura, y de tres hijos, de los cuales ya conocemos al mayor: los otros dos fueron para nosotros igualmente obsequiosos y útiles. Las mugeres no subian á las habitaciones; solo una vez se

presentaron vestidas de ceremonia y cubiertas de sus mas ricas joyas, y una sola vez se sentaron á la mesa con nosotros: lo restante del tiempo, estaban ocupadas en prepararnos las comidas en un patio interior, donde las veiamos siempre al salir y al volver á la casa. Los jóvenes, criados en el respeto que las costumbres orientales imponen á los hijos hácia los padres, tampoco se sentaban nunca con nosotros á la mesa: estaban en pié detras de su padre y cuidaban de que nada faltase á los convidados.

Apénas entramos en la casa, recibimos la visita de un gran número de personas del pueblo que acudieron á darnos el parabien por nuestra llegada y á ofrecernos sus servicios: tomamos el café, trajeron pipas, y pasamos la tarde entre las conversaciones, interesantes para nosotros, que provocaba nuestra curiosidad. El gobernador de Jafa, á quien envié á saludar por medio de mi intérprete, no tardó en venir en persona á visitarnos: era un joven y bizarro árabe, vestido con suma riqueza, y cuyos modales y lenguaje revelaban una nobleza de corazón y una refinada elegancia de hábitos. Pocas cabezas de hombre mas hermosas he visto en mi vida: su barba negra y muy cuidada descendia en lucientes ondas y se estendia en forma de abanico sobre su pecho; su mano, en cuyos dedos brillaban enormes diamantes, revolvía continuamente las olas de aquella hermosa barba, y pasaba y repasaba sin

cesar sobre ella para alisarla y peinarla; su mirada era soberbia, dulce y franca, como la de todos los turcos en general:—se conoce que estos hombres no tienen nada que ocultar;—son sinceros porque son fuertes, son fuertes porque nunca se apoyan sobre sí mismos y sobre una vana habilidad, sino siempre sobre la idea de Dios que lo dirige todo, sobre una Providencia á que dan el nombre de fatalidad. Pongamos á un turco entre diez europeos, y siempre le reconoceremos por la elevacion de la mirada, la gravedad del pensamiento impresa en sus facciones por la costumbre, y la noble sencillez de la espresion. El gobernador habia recibido de Mehemet-Alí y de Ibrahim-Bajá cartas que me recomendaban eficazmente á él: hícele leer otra de Ibrahim que yo llevaba conmigo, y cuyo tenor era el siguiente:

“Me han informado de que nuestro amigo (aquí mi nombre) ha llegado de Francia con su familia y varios compañeros de viage, para recorrer los países sometidos á mis armas y conocer nuestras leyes y costumbres. Es mi voluntad que tú, y todos mis gobernadores de ciudad ó de provincia, los comandantes de mis escuadras, los generales y oficiales que mandan mis ejércitos, le deis todas las muestras de amistad, le hagais todos los servicios que me impone mi afecto á él y á su nacion:—le proporcionaréis, si lo pide,

“ las casas, los caballos, los víveres que necesite para él y para su comitiva. Le facilitaréis los medios de visitar todas las partes de nuestros estados que de ese ver; le dareis escoltas tan numerosas cual lo escija su seguridad, de que respondéis con vuestra cabeza; y aun si llegase el caso de que experimentase dificultades para penetrar en ciertas provincias de nuestro dominio, por oposicion de los árabes, pondréis en movimiento vuestras tropas para asegurar sus escursiones, &c. &c.”

Puso el gobernador esta carta sobre su frente despues de haberla leído, y me la entregó: preguntóme qué debia hacer para ejecutar cumplidamente la voluntad de su amo, y se informó de los sitios á donde deseaba ir. Nombré á Jerusalem y la Judea — Al oír esto él, sus oficiales, los señores Damiani, los padres del convento de la Tierra Santa en Jafa, que se hallaban presentes, se mostraron atónitos y me dijeron que era cosa imposible; que la peste acababa de declararse, con suma intensidad en Jerusalem, en Belen y en todo el camino, y que la habia hasta en Ramla, primer pueblo que hay que atravesar para ir á Jerusalem; que el bajá acababa de poner en cuarentena cuanto venia de Palestina; que suponiendo que yo fuese bastante temerario para penetrar en ella, y bastante feliz para libertarme de la peste, acaso no podria volver á Siria en muchos meses; que, en fin, los conventos, donde los estrangeros recibian la hospitalidad

en la Tierra Santa, estaban todos cerrados; que no nos recibirian en ninguno, y que era preciso de toda precision remitir á otra época y á una estacion mas favorable el viage que proyectaba por el interior de la Judea.

Mucho me affigieron estas nuevas; pero no alteraron mi resolucion. Respondí al gobernador que, aunque nacido en una religion distinta de la suya, no adoraba ménos que él la soberana voluntad de Alá; que su culto se llamaba fatalidad y el mio Providencia; pero que estas dos palabras diferentes no espresaban mas que una misma idea. ¡Dios es grande, Dios es árbitro! ¡Alá Kerim! — ¡Que yo habia venido de tan lejos, atravesando tantas mares, tantas montañas y tantas llanuras para visitar las fuentes de donde emanó el cristianismo sobre el mundo, y comparar los sitios con las historias; que estaba demasiado adelantado para retroceder y remitir á la inseguridad de los tiempos y de las cosas un proyecto casi-realizado; que la vida de un hombre no es mas que una gota de agua en el mar, un grano de arena en el desierto, y no merecia la pena de contarse; que ademas, lo que estaba escrito estaba escrito, y que si Alá queria preservarme de la peste en medio de los apestados de Judea, tan fácil le seria como preservarme de las olas en medio de la tempestad, ó de las balas de los árabes en las orillas del Jordan; que por consiguiente, persistia en mi proyecto de penetrar en el interior y aun de entrar

en Jerusalem, cualquiera que fuese el peligro para mí; pero lo que yo podia decidir de mí, no podia ni queria decidirlo de los demas, y así dejaba á todos mis amigos, á todos mis criados y á los árabes que me acompañaban, en libertad de seguirme ó de quedarse en Jafa, como mas les acomodase: entónces el gobernador puso en las nubes mi sumision á la voluntad de Alá, me dijo que no permitiría que yo me espusiese solo á los peligros del camino y de la peste, y que iba á hacer escoger entre las tropas de la guarnicion de Jafa, algunos soldados valerosos y disciplinados que pondria enteramente bajo mi mando y que protegerian mi caravana durante la marcha y mis tiendas durante la noche, para preservarnos del contacto con los apestados: tambien despachó en el mismo instante un ordenanza al gobernador de Jerusalem, su amigo, para anunciar mi viage, y recomendarme á él: en seguida se retiró. Deliberamos entónces mis amigos y yo, y hasta los criados asistieron á aquel consejo, sobre lo que cada cual pensaba hacer. Despues de titubear un poco, todos unánimemente resolvieron probar la fortuna y correr el azar de la peste, antes que renunciar á ver á Jerusalem. Resolvióse la partida para el dia siguiente; acostámonos en las esteras y en los divanes de la sala de M. Damiani, y nos despertamos al son de los gorgoros de las innumerables golondrinas que

revoloteaban sobre nuestras cabezas por la estancia.

Empleamos el dia en pagar las visitas que habiamos recibido, al gobernador, y al superior del convento de la Tierra Santa en Jafa, venerable religioso español que habita esta ciudad desde la época en que vinieron á ella los franceses, y que nos certificó la verdad del envenenamiento de los apestados.

Jafa ó Yafa, la antigua Jofé de la Escritura, es uno de los mas antiguos y célebres puertos del universo. Plinio habla de esta ciudad como de un pueblo antdiluviano. En él fué donde, segun las tradiciones, Andrómeda fué aherrojada en la peña y espuesta al monstruo marino;—donde Noé construyó el Arca;—donde esportaban los cedros del monte Líbano por órden de Salomon, para la construccion del templo. Jonás, el profeta, se embarcó aquí ochocientos sesenta y dos años antes de Jesucristo. San Pedro resucitó aquí á Tabita. San Luis fortificó la ciudad en tiempo de las cruzadas. En 1799, Bonaparte la tomó por asalto y pasó á cuchillo á los prisioneros turcos. En el dia tiene un mal puerto para las barcas solamente y una rada muy peligrosa, como vimos por experiencia en nuestro segundo viage por mar. Hay en Jafa de cinco á seis mil habitantes turcos, árabes, armenios, griegos, católicos y maronitas, cada una de estas comuniones tiene en el pueblo una

iglesia. El convento latino es magnífico, y todavía le estaban hermoseando cuando pasamos; pero no probamos la hospitalidad de aquellos religiosos: sus espaciosas habitaciones no se abrieron ni para nosotros, ni para ninguno de los extranjeros que hallamos en Jafa. Desiertos se están mientras que los peregrinos buscan con afán el abrigo de algún miserable kan turco, ó la oscura hospitalidad de algún pobre techo de un judío ó de un armenio en Jafa.

Apenas sale uno de los muros de Jafa, entra en el gran desierto de Egipto. Decidido entonces á ir al Cairo por aquel camino, hice partir un correo para El-Arich, con objeto de alquilar allí dromedarios para pasar el desierto: así puede andarse el camino de Jafa al Cairo en doce ó quince días, pero ofrece grandes privaciones y muchas dificultades. Las órdenes del gobernador de Jafa y la bondad de los principales vecinos del pueblo relacionados con los Gaza y El-Arich las allanaron considerablemente para mí.

El gobernador nos envió algunos ginetes y ocho peones elegidos entre la gente mas bizarra y atenta del depósito de tropas egipcias que le quedaban: aquella misma noche se acamparon á nuestra puerta. Al rayar el alba estábamos á caballo. En la puerta de la ciudad, por el lado de Ramla, hallamos una multitud de ginetes de todas las nacio-

nes que habitan en Jafa; corrieron al djerid, el redor nuestro, y nos acompañaron hasta una magnífica fuente, rodeada de sicomoros y palmeras, que se encuentran á una hora de camino: allí descargaron sus pistolas para hacernos fiesta y se volvieron al pueblo. Es imposible describir la novedad y la magnificencia de vegetacion que se despliega á ambos lados de este camino al salir de Jafa: á derecha é izquierda, todo es un bosque variado con todos los árboles frutales y todos los arbustos floridos del Oriente. Este bosque, dividido en compartimentos por setos de mirtos, de jazmines y de granados, está regado por arroyos emanados de las hermosas fuentes turcas de que he hablado. En cada una de aquellas cercas se ve un pabellon abierto ó una tienda, bajo los cuales la familia que los posee va á pasar algunas semanas en primavera ó en otoño: tres estacas y un pedazo de lienzo forman una quinta para aquellas felices familias. Las mugeres duermen sobre esteras ó almohadones bajo la tienda, y los hombres á cielo raso bajo la bóveda de los limoneros y de los granados. Los melones, las sandias, los higos de treinta y dos especies que abundan en aquellos sitios encantados, abastecen las mesas; apenas se añade de cuando en cuando á estos manjares un cordero criado por los muchachos, y del que se hace, como en los tiempos de la Biblia, el sacrificio en los dias solemnes. Jafa es el punto de todo

el Oriente que un amante de la naturaleza y de la soledad debería elegir para pasar los inviernos. El clima es la transición mas indecisa entre los desiertos abrasadores del Egipto y las lluvias de la costa de Siria, en otoño. Si yo fuera dueño de elegir mi residencia, habitaria el pié del Líbano, Saide, Berut ó Latakié en primavera y otoño; las alturas del Líbano durante los calores del verano, refrescados por los vientos del mar, por el soplo que sale del valle de los cedros y por la cercanía de las nieves; y en invierno, los jardines de Jafa. Jafa tiene en su cielo y en su suelo un no sé qué de mas grandioso, mas solemne y mas colorado que ninguno de cuantos sitios he recorrido. Allí la vista no se posa mas que sobre un mar sin límites y azul como su cielo; sobre los inmensos arenales del desierto de Egipto, donde solo corta de trecho en trecho el horizonte el perfil de un camello que avanza ondeante como una ola; y sobre las verdes y amarillas cimas de los innumerables bosques de naranjos que se apiñan al rededor de la ciudad. Todos los trages de los habitantes ó de los viajeros que animan sus caminos son pintorescos y estraños; ya se ven beduinos de Jericó ó de Tiberiades, embozados en su gran manta de lana blanca; ya Armenios con largas ropas listadas de azul y blanco; ya judíos de todas las partes del globo y con todos los vestidos del mundo, caracterizados solamente por sus largas barbas y por la

nobleza y magestad de sus facciones;—pueblo-rey, mal habituado á su esclavitud, y en cuyas miradas se descubre el recuerdo y la seguridad de grandes destinos, detras de la aparente humillacion de la apostura y de la decadencia de la situacion presente; ya soldados egipcios con chaquetas coloradas, y enteramente semejantes á nuestros quintos franceses por la vivacidad de los ojos y la rapidez del porte: se ve que el genio y la actividad de un grande hombre se han comunicado á ellos y los animan para un objeto desconocido:—en fin, agás turcos que pasan altaneros por el camino, montados en caballos del desierto y seguidos de árabes y de esclavos negros;—pobres familias de peregrinos griegos sentados en la esquina de una calle, comiendo en una cuenca el arroz ó la cebada cocidos, que economizan para llegar hasta la ciudad santa;—y pobres mugeres judías, medio vestidas, sucumbiendo bajo la enorme carga de un saco de andrajos, y arreando borricos cuyos dos canastos á modo de aguaderas van llenos de chiquillos de todas edades:—pero volvamos á nosotros.

Caminábamos alegremente, probando á veces la velocidad de nuestros caballos contra la de los que montaban los señores Damiani, y los hijos del vice-cónsul de Cerdeña. Estos dos jóvenes, hijos de un rico comerciante árabe de Ramla, establecido ahora en Jafa, habian querido acompañarnos hasta Ramla, y por la mañana habian enviado sus

esclavos para prepararnos la casa de su padre y la cena. Seguianos ademas otro personage que se habia agregado voluntariamente á nuestra caravana y que nos sorprendió por la estraña magnificencia de su trage europeo:—era un jovencito de veinte á veinticinco años, de cara jovial y grotesca, pero que parecia listo y travieso. Llevaba un inmenso turbante de muselina amarilla, un casacon verde á la antigua, con cuello derecho y anchos faldones, bordados de grandes galones en todas las costuras; pantalones muy estrechos de terciopelo blanco, y botas de campana adornadas con un par de espuelas con cadenillas de plata. Llevaba una cuchilla turca, y un par de pistolas con embutidos de plata le salian del cinto sobre el pecho.

Habia salido de Italia en su niñez, é impelido á Egipto por no sé qué oleada de la fortuna, hallábase, hacia algunos años, en Jafa ó en Ramla ejerciendo su arte en las montañas de Judea á expensas de los jeques y de los beduinos. Su conversacion nos divirtió mucho, y de buena gana me le hubiera llevado conmigo á Jerusalem, y á las montañas del mar Muerto, que parecia conocer perfectamente; pero habiendo vivido muchos años en el Oriente, habia contraido el invencible terror de la peste habitual en los francos, y ninguna de mis ofertas consiguió seducirle.

En tiempos de peste, me dijo, ya no soy médico;

no conozco contra ella mas que un remedio, que es huir bastante aprisa, bastante lejos, y estar ausente bastante tiempo para que no pueda alcanzarle á uno el mal. Parecia que nos miraba con lástima, como á víctimas predestinadas á ir á buscar la muerte en Jerusalem; y de tantos como éramos, á muy pocos esperaba ver de regreso.—Hace algunos dias, me dijo, me hallaba en Acre; un viagero que volvia de Belen llamó á la puerta del convento de los padres de S. Francisco; le abrieron: eran siete. Dos dias despues, las puertas del convento estaban tapiadas por órden del gobernador; el peregrino y los siete religiosos habian muerto en veinticuatro horas.

Empezábamos ya á divisar la torre y los minaretes de Ramla que se alzaban delante de nosotros de en medio de un bosque de olivos cuyos troncos son tan gruesos como los de nuestros mas añosos robles.

Ramla, antiguamente Rama Efraim, es la antigua Arimatia del Nuevo Testamento; contiene sobre dos mil familias. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, fundó en ella un convento latino que todavía subsiste; los armenios y los griegos poseen tambien en esta ciudad un convento para socorro de los peregrinos de sus naciones que van á la Tierra Santa. Las antiguas iglesias han sido convertidas en mezquitas; en una de estas se halla la sepultura de mármol blanco del mameluco Ayud-Bey,

que huyó de Egipto á la llegada de los franceses, y murió en Ramla. Al entrar en el pueblo, nos informamos de si ejercia ya en él la peste sus estragos: dos religiosos recién llegados de Jerusalem, acababan de morir el mismo dia: el convento estaba en cuarentena. Nuestros nuevos amigos de Jafa nos llevaron á su casa, situada en medio de la ciudad. Un árabe, antiguo calderero, segun dicen, pero amable y excelente sugeto, habitaba la mitad de aquella casa y ejercia las funciones de agente consular por no sé qué nacion de Europa, lo que le autorizaba á tener una bandera europea sobre el tejado de su casa, que es la mas segura salvaguardia contra las tropelías de los turcos y de los árabes. Una excelente cena nos estaba aguardando; tuvimos el placer de hallar sillas, camas, mesas y todos los utensilios de Europa, y todavía nos llevamos una provision de pan tierno que debimos á la bondad de nuestros huéspedes. A la mañana siguiente, nos despedimos de todos nuestros amigos de Jafa y de Ramla, y partimos escoltados solamente por nuestros ginetes y nuestros peones egipcios. En este orden establecí la marcha de nuestra caravana: dos ginetes nos precedían á unos cincuenta pasos para apartar á los árabes ó á los peregrinos judios que hubiéramos podido hallar, y tenerlos á cierta distancia de nuestros hombres y de nuestros caballos;— á derecha é izquierda, á nuestros costados, iban los soldados á pié: nosotros

caminábamos uno á uno en hilera, sin romper la fila, llevando los bagages en medio: un puñado de nuestros mejores ginetes formaba la retaguardia, con orden de no dejar ni hombre ni mulo rezagado. A la vista de un cuerpo de árabes sospechosos, la caravana debia hacer alto y formarse en batalla, mientras que los ginetes, los intérpretes y yo iríamos á efectuar un reconocimiento: de este modo poco teníamos que temer de los beduinos y de la peste, y debo decir que nuestros soldados egipcios, nuestros ginetes turcos y mis propios árabes, observaron este orden de marcha con un escrúpulo de obediencia y atencion que hubiera hecho honor al cuerpo mejor disciplinado de Europa: por espacio de mas de veinticinco dias de camino le conservamos, y en las posiciones mas embarazosas. Ninguna reprimenda tuve que dirigir á nadie, y á estas medidas debimos nuestra salvacion.

A poco de ponerse el sol, llegamos al cabo de la llanura de Ramla, junto á una fuente labrada en la peña, que riega un pequeño sembrado de calabazas silvestres. Estábamos al pié de las montañas de Judea; un vallecito, de unos cien pasos de anchura, se abria á nuestra derecha; bajamos á él:— allí empieza el dominio de los árabes bandoleros de aquellas montañas. Como la noche se acercaba, conceptuamos prudente sentar nuestro campamento en aquel valle y plantamos nuestras tiendas á

unos doscientos pasos de la fuente. Pusimos una avanzadilla en un cerro que domina el camino de Jerusalem, y mientras nos disponian la cena, fuimos á cazar perdices por unos collados inmediatos: matamos algunas, é hicimos levantarse, del seno de las peñas, una multitud de pequeñas águilas que las habitan: alzábanse girando y gritando sobre nuestras cabezas, y volvian sobre nosotros despues que habiamos disparado sobre ellas. Todos los animales tienen miedo del fuego y de la esplosion de las armas; solo el águila parece que las desdeña y juega con el peligro, ya porque le desconozca, ya porque le desprecie. Desde lo alto de uno de estos collados, he admirado la pintoresca perspectiva de nuestro campamento, con nuestros piquetes de ginetes árabes sobre el cerro, nuestros caballos atados aquí y allí al rededor de nuestras tiendas, nuestros camelleros sentados en el suelo y ocupados en limpiar nuestros arneses y nuestras armas, y la llama de nuestra lumbrada, clareándose al trasluz de la lona de una de nuestras tiendas y ecshalando su leve humo azul en columna que inclinaba el viento. ¡Cuánto me gustaria esta vida nómade bajo un cielo como este, si pudiese uno llevar consigo á todos los que ama y echa de ménos en la tierra! La tierra entera pertenece á los pueblos pastores y errantes como los árabes de Mesopotamia. Mas poesía hay en uno de sus dias que en años enteros de nuestras vidas de las ciudades.

Pidiendo demasiadas cosas á la vida civilizada, el hombre se clava á la tierra, y no puede desprenderse de ella sin perder esas innumerables superfluidades que la costumbre ha convertido para él en necesidades. Nuestras casas son cárceles voluntarias. Yo quisiera que la vida fuese un viage sin fin, como este; y si no me ligasen á Europa íntimos afectos, le continuaria cuanto alcanzasen mis fuerzas y mis facultades.

Estábamos en los confines de las tribus de Efrain y de Benjamin. El pozo junto al cual estaban alzadas nuestras tiendas, se llama todavía el Pozo de Job.

Salimos ántes de amanecer: seguimos, por espacio de dos horas, un valle angosto, estéril y pedregoso, célebre por las fechorias de los árabes. Este es, de todas las cercanías, el sitio mas espuesto á sus embestidas, á él pueden llegar por una multitud de vallecitos sinuosos, ocultos por la espalda de las colinas desiertas, ponerse de emboscada detras de las peñas y de los arbustos, y caer de improviso sobre las caravanas. El célebre Abugosh, caudillo de las tribus árabes de estas montañas, tiene la llave de estos desfiladeros que conducen á Jerusalem; los abre y los cierra á su arbitrio, y tiraniza á los viageros. Su cuartel general está á pocas leguas de nosotros, en la aldea de Jeremías. A cada instante nos aguardamos á ver asomar sus ginetes:—á nadie hallamos, escepto á un jóven aga,

pariente del gobernador de Jerusalem, montado en una yegua hermosísima, y acompañado de siete ú ocho ginetes. Saludónos cortesmente, y se hizo à un lado con su comitiva para dejarnos pasar, sin tocar à nuestros caballos ni à nuestros vestidos.

A cosa de una hora de Jeremías, el valle se estrecha todavía mas, y el camino está cubierto de árboles. Allí hay una antigua fuente y los restos de un kiosko arruinado; se sube durante una hora por un sendero escarpado y desigual, labrado en la peña, en medio de los bosques, y de repente ve uno à sus piés la aldea y la iglesia de Jeremías, en el reverso de la colina. La iglesia, ahora mezquita, parece haber sido construida con magnificencia en tiempo del reino de Jerusalem, bajo los Lusíñanes: el pueblo se compone de cuarenta ó cincuenta casas; bastante espaciosas, suspendidas en la vertiente de los collados que ciñen el valle. Algunas higueras diseminadas y varias viñas, anuncian una especie de cultivo: vemos rebaños esparramados alrededor de las casas: algunos árabes, vestidos con magníficos caftanes, fuman sus pipas en la azotea de la casa principal, à cien pasos del camino por donde bajamos: de quince à veinte caballos, ensillados y embridados, están atados en el patio de la casa. Apenas nos ven los árabes, bajan de la azotea, montan à caballo y se dirigen hácia nosotros à paso corto: nos encontramos en una grau plaza

inculca, que hace frente al pueblo, y que dan sombra cinco ó seis hermosas higueras.

Eran el famoso Abugosh y su familia: adelantóse solo con su hermano hácia mí: su comitiva se quedó detras: al instante mandé tambien pararse à la mia, y me acerqué con mi intérprete. Despues de los saludos de costumbre y de los interminables cumplimientos que preceden à toda conversacion con los árabes, preguntóme Abugosh si no era yo el emir franco que su amiga, lady Stanhope, la reina de Palmira, habia puesto bajo su proteccion, y en cuyo nombre le habia enviado la soberbia chaqueta de paño de oro que llevaba puesta, y que me enseñó con orgullo y gratitud. No tenia yo noticia de aquella dádiva de lady Stanhope hecha en mi nombre tan bondadosamente; pero respondí que era en efecto el extranjero que aquella ilustre señora habia confiado à la generosidad de sus amigos de Jeremías; que iba à visitar toda la Palestina, donde estaba reconocido el dominio de Abugosh, y que le suplicaba que espidiese las órdenes necesarias para que no tuviese lady Stanhope reconvenccion alguna que hacerle. Oido esto, apeóse de su caballo, igualmente que su hermano; llamó à varios ginetes de su séquito y los mandó que trajesen esteras, alfombras y cogines, que hizo tender à la sombra de una corpulenta higuera, en el campo mismo en que estábamos, y nos rogó con tan vivas instancias que nos apeásemos tambien y nos sen-

tásemos en aquel rústico divan, que nos fué imposible negarnos á complacerle. Como habia peste en Jeremías, Abugosh, que sabia que los europeos estaban en cuarentena, cuidó de no tocar nuestros vestidos, y estableció su divan y el de sus hermanos en frente de nosotros, á cierta distancia; por nuestra parte solo aceptamos las esteras, porque se asegura que no comunican el contagio. Trajeren café y sorbetes. Tuvimos una conversacion bastante larga todos en general; luego me suplicó Abugosh que mandase á mi gente retirarse, y él hizo lo mismo con la suya, para comunicarme algunos informes secretos que no puedo repetir aquí. Despues de haber hablado así algunos minutos, hicimos que se acercasen nuestras respectivas comitivas.

—¿Conocen mi nombre en Europa? me preguntó.

—Sí, le respondí; unos dicen que sois un bandido, que roba y mata las caravanas, que reduce á esclavitud á los francos y es un feroz enemigo de los cristianos; otros aseguran que sois un príncipe valiente y generoso, que reprime los robos de los árabes de las montañas, da seguridad á los caminos, protege á las caravanas y es el amigo de todos los francos que merecen su amistad.

—¿Y vos, me dijo riendo, qué diréis de mí?

—Diré lo que he visto, le respondí, que sois tan poderoso y hospitalario como un príncipe de los francos; que os han calumniado, y que mereceis

tener por amigos á todos los europeos, que como yo, han experimentado vuestra bondad y la proteccion de vuestro alfange.

Abugosh pareció encantado de oír estas palabras: su hermrna y él me hicieron una multitud de preguntas acerca de los usos de los europeos, sobre nuestros trages y sobre nuestras armas, que admiraban mucho, y luego nos despedimos. En el momento de separarnos, mandó à un sobrino suyo y à algunos de sus ginetes que se pusiesen à la cabeza de nuestra caravana y no se moviesen de mi lado en todo el tiempo que me detuviese en Jerusalem ó en las cercanías:—dile las gracias y seguimos adelante.

Abugosh reina de hecho sobre unos cuarenta mil árabes de las montañas de la Judea, desde Ramla hasta Jerusalem, desde Hebron hasta las montañas de Jericó: este dominio, que se ha perpetuado en su familia hace algunas generaciones, no tiene mas título que su mismo poderío. En Arabia, no se discute el origen ó la legitimidad del poder; se le reconoce y se le acata mientras existe. Una familia es mas antigua, mas numerosa, mas rica, mas valiente que las otras; el gefe de esta familia adquiere naturalmente mas influjo sobre la tribu; la tribu misma, mejor gobernada, mas hábil ó valerosamente conducida á la guerra, llega à ser dominante sin oposicion: tal es el ori-

gen de todas esas supremacías de gefes y de tribus que en todas partes se reconocen en Asia. El poder se forma y se conserva como una cosa natural: todo emana de la familia, y una vez reconocido y patentizado en las costumbres y en los hábitos, el hecho de aquel ascendiente, nadie le disputa; la obediencia es en cierto modo filial y religiosa: Es preciso que ocurran grandes sucesos é inmensos infortunios para derribar á una familia; y esta nobleza, por decirlo así voluntaria, se conserva durante siglos. No se comprende bien el régimen feudal sino despues de haber visitado estos paises; aquí se ve como se formaron, en la edad media, todas aquellas familias, todos aquellos poderes locales que reinaban sobre castillos, sobre aldeas, sobre provincias. Este es el primer grado de la civilizacion: á medida que la sociedad se perfecciona, poderes mas grandes absorben esos pequeños poderes; los ayuntamientos nacen para proteger el derecho de las ciudades contra el ascendiente, ya en decadencia, de las casas feudales. Elévanse los grandes tronos que destruyen á su vez todos los privilegios municipales sin utilidad; luego vienen las otras fases sociales cuyos fenómenos son innumerables y no nos son aún todos conocidos.

Pero mucho nos hemos separado de Abugosh y de su pueblo de bandidos organizados. Su sobrino iba delante de nosotros por el camino de Jerusalem. A cosa de una milla de Jeremias, dejó

el camino y torció á la derecha, por unos senderos de peñascos que surcan una montaña cubierta de mirtos y de terebintos, que seguimos. Las noticias de Jerusalem que nos habia dado Abugosh eran de tal naturaleza que habia para nosotros imposibilidad absoluta de entrar en aquella ciudad, donde por instantes aumentaba la peste; todos los días morian de sesenta á ochenta personas: todos los hospicios, todos los conventos estaban cerrados. Habiamos tomado la resolucion de ir primeramente al desierto de San Juan Bautista, á cosa de dos leguas de Jerusalem, en las montañas mas escarpadas de la Judea, pedí allí un asilo de algunos días en el convento de los religiosos latinos que residen en aquella soledad, y obrar luego con arreglo á las circunstancias, y aquel camino era el que nos hacia tomar Abugosh. Despues de haber andado unas dos horas por caminos horrorosos y bajo un sol abrasador, hallamos á la espalda de la montaña una fuentequilla y la sombra de algunos olivos, donde hicimos alto. El sitio era sublime! dominábamos el negro y profundo valle de Terebinto, donde David, con su honda, mató al gigante filisteo. La posicion de los dos ejércitos está á tal punto descrita en la circunscripcion del valle y (en el declive y la disposicion del terreno, que no puede la vista titubear. El torrente en seco, en cuya orilla cogió David la piedra, trazaba su línea blanquecina en medio del angosto valle, y

señalaba, como en la narracion de la Biblia, la separacion de los dos campamentos. Yo no llevaba ni una Biblia, ni un viage á la mano, ni nadie para darme la clave de los sitios y el nombre antiguo de los valles y de las montañas, pero mi imaginacion de niño se habia representado tan vivamente y con tanta verdad la forma de los sitios, el aspecto físico de las escenas del Viejo y del Nuevo Testamento; con el testo y las estampas de los libros sagrados, que al instante reconocí el valle de Terebinto y el campo de batalla de Saúl. Cuando llegamos al convento, los padres no hicieron mas que confirmarme la esactitud de mis previsiones. Mis compañeros de viage no podian creerlo: lo mismo me habia sucedido en Séfora, en medio de las colinas de Galilea, donde señalé con el dedo y designé por su nombre un cerro coronado por un castillo ruinoso, como el sitio probable del nacimiento de la Virgen.

Al dia siguiente me sucedió tambien lo mismo con la morada de los Macabeos en *Modin*; pasando al pié de una árida montaña en cuya cima se se veian algunos restos de un acueducto, reconocí la sepultura de los últimos grandes ciudadanos del pueblo judío, y decia la verdad sin saberlo. La imaginacion del hombre es mas verdadera de lo que se cree; no siempre construye con sueños, antes bien procede por medio de asimilaciones ins-

tintivas de cosas y de imágenes que le dan resultados mas seguros y mas evidentes que la lógica y la ciencia. Escepto los valles del Líbano, las ruinas de Balbek, las orillas del Bósforo en Constantinopla, y el primer aspecto de Damasco, desde lo alto del anti-Líbano, casi nunca he hallado un sitio ó una cosa cuya primera visita no fuese para mí como un recuerdo! ¿Hemos vivido dos veces ó mil veces? ¿no es acaso nuestra memoria mas que un espejo empañado que reaviva el soplo de Dios? ¿O bien tenemos en nuestra imaginacion, la facultad de presentar y de ver antes de que veamos realmente? ¡Problemas sin solucion!

A las dos de la tarde, bajamos las escarpadas pendientes del valle de Terebinto, pasamos en seco el cauce del torrente, y subimos por escaleras labradas en la peña, á la aldea árabe de San Juan Bautista, que vemos delante de nosotros. Algunos árabes, de fisonomía feroz, nos miran desde las azoteas de sus casas; los niños y las mugeres se agolpan en derredor nuestro en las estrechas calles del pueblo; los religiosos asustados por el tumulto que ven desde lo alto de su tejado, por el número de caballos y de nuestros hombres y por la idea de la peste que les llevamos, se niegan á abrir las puertas de hierro del monasterio. Volvemos atras para ir á acamparnos en una colina inmediata á la aldea, maldiciendo la dureza de corazon de los frailes, y envío

á mi dragoman à parlamentar de nuevo con ellos y á dirigirles las reconvenções que merecen. Entre tanto, la poblacion toda entera sale de las casas; los jeques nos rodean y mezclan sus ásperos gritos á los relinchos de nuestros caballos asustados; una horrible confusion reina en nuestra caravana: amartillamos nuestras escopetas. El sobrino de Abugosh, subido en el tejado inmediato al convento, se dirige ora á los religiosos, ora al pueblo: al cabo obtenemos por capitulacion la entrada en el convento: una pequeña puerta de fierro se abre para nosotros; pasámos encorvándonos uno á uno; despues de descargar nuestros caballos, que hacemos pasar detras de nosotros. El sobrino de Abugosh y sus ginetes árabes se quedan fuera y se acampan á la puerta; los religiosos, pálidos y turbados tiemblan de tocarnos; los tranquilizamos dándoles nuestra palabra de que no hemos comunicado con nadie desde Jafa, y de que no entraremos en Jerusalem miéntras estemos en el asilo que nos conceden. Con esta seguridad los semblantes irritados se serenán; nos introducen en los espaciosos corredores del monasterio; cada uno de nosotros es conducido á una celdilla provista de una cama y de una mesa, y adornada con algunas estampas españolas de asuntos devotos. Hacen que se acampen nuestros soldados, nuestros árabes y nuestros caballos en un huerto inculto del convento;

les tiran la cebada y la paja por encima de las tapias; matan para nosotros, en la calle carneroe y un becerro, enviados de regalo por Abugosh, y miéntras mi cocinero árabe prepara, con los hermanos legos, nuestra comida en la cocina del convento, cada uno de nosotros va á descansar algunos instantes en su celda, refrescada por la brisa de las montañas, ó á contemplar la estraña vista que rodea el monasterio.

El convento de San Juan en el desierto es una dependencia del convento latino de la Tierra Santa en Jerusalem; aquellos religiosos que por su edad, sus achaques ó su aficion al retiro consienten gustosos en hacerse cenobitas, son enviados á esta casa. La fábrica es grande y hermosa, y está rodeada de huertas talladas en la peña, de patios, de lagares para hacer el escelente vino de Jerusalem: unos veinte religiosos habria euando fuimos; casi todos eran españoles muy viejos que habian pasado la mayor parte de su vida en el ejercicio de las funciones de cura, ya en Jerusalem, ya en Belen, ya en las demas ciudades de Palestina. Algunos eran novicios recién llegados de sus conventos de España; los ocho ó diez dias que pasamos con ellos nos dejaron la mejor impresion de su carácter, de su caridad y de la pureza de su vida. El padre superior, sobre todo, es el mas cumplido dechado de las virtudes de un cristiano; sencillez, man-

sedumbre, humildad, paciencia inalterable, complacencia siempre halagüeña, celo siempre oportuno, infatigables desvelos por los hermanos ó los extranjeros sin acepcion de clase ó de riqueza, fé natural, militante y contemplativa juntamente; serenidad de humor, de palabra y de semblante que ninguna desazon podia nunca alterar:—es uno de aquellos raros ejemplos de lo que puede producir la perfeccion del principio religioso sobre el alma de un hombre:—el hombre no existe en él mas que en su forma visible:—el alma está ya trasformada en algo sobrehumano, angélico, deificado, que huye de la admiracion pero que la arranca. Todos quedamos igualmente pasmados, amos y criados, cristianos y árabes, de la santidad comunicativa de aquel escelente religioso: parecia que su alma se habia derramado sobre todos los padres y los hermanos del convento, porque, en grados diferentes, admiramos en todos un poco de las prendas del superior; y aquella casa de caridad y de paz nos ha dejado un recuerdo indeleble. El estado monacal, en la época en que vivimos, ha repugnado siempre profundamente á mi inteligencia y á mi razon; pero el aspecto del convento de San Juan Bautista seria muy propio para destruir estas repugnancias si no fuera una escepcion, y si lo que es contrario á la naturaleza, á la familia, á la sociedad, pudiese nunca ser una institucion justificable. Los conventos de la Tierra Santa no están

sin embargo en este caso; son útiles al mundo por el asilo que ofrecen á los peregrinos de Occidente, por el ejemplo de las virtudes cristianas que pueden dar á los pueblos que desconocen aquellas virtudes; en fin, por las relaciones que ellos solos conservan entre ciertas partes de Oriente y las naciones de Occidente.

Despertáronnos los padres hácia el anochecer para llevarnos al refectorio donde sus criados y los nuestros nos habian dispuesto la comida. Esta comida, como la de todos los dias que pasamos en aquel convento, consistia en tortillas, pedazos de carnero ensartados en un pincho de hierro y asados, y en *piló* de arroz. Diéronnos por primera vez, escelente vino blanco de los viñedos de las cercanías, único vino que se conoce en Judea. Los padres del desierto de San Juan Bautista son los únicos que saben hacerle, y ellos abastecen á todos los conventos de Palestina; compré un barrilito que envié á Europa. Durante la comida, todos los religiosos se paseaban en el refectorio, hablando con nosotros; el padre superior cuidaba de que nada nos faltase, nos servia muchas veces con sus propias manos, é iba á buscar, en las alacenas del convento, los licores, el chocolate y todas las golosinas que le quedaban de la remesa del último buque que habia llegado de España. Despues de la cena, subimos con ellos á las azoteas del mo-

nasterio, que es el paseo habitual de los religiosos en tiempo de peste, y así suelen estarse encerrados durante algunos meses del año;—por lo demas, nos decian, esta reclusion nos es menos dura de lo que vdes. ereen, porque nos autoriza á cerrar nuestras puertas de hierro á los árabes del país, que siempre nos están importunando con sus visitas y sus pedigüerías. Cuando no hay cuarentenas, siempre está el convento atestado de esos hombres insaciables, y preferimos la peste á la necesidad de verlos.

Luego que los conocí, comprendí perfectamente aquella preferencia.

La aldea de San Juan del desierto está situada sobre un cerro rodeado por todos lados de profundos y sombríos valles cuyo fondo no se alcanza á distinguir: las laderas de estos valles, que por todas partes hacen frente á las ventanas del convento, están tajadas casi perpendicularmente en el peñasco gris que les sirve de base. En estos peñascos se ven hondas cavernas labradas por la naturaleza, y que los solitarios de los primeros siglos ahondaron todavía mas para vivir en ellas como las águilas ó las palomas. De trecho en trecho en pendientes un poco menos ásperas, se ven algunos plantíos de viñas que se alzan sobre los troncos de pequeñas higueras y caen rastreando sobre la roca. Tal es el aspecto de todas estas so-

ledades. Una tinta gris, salpicada de manchas verdes amarillentas, cubre todo el paisage; desde el tejado del convento, la vista se estiende en todas direcciones sobre abismos sin fondo; algunas pobres casas de árabes mahometanos y cristianos están agrupadas sobre los peñascos, á la sombra del monasterio. Estos árabes son los hombres mas feroces y pérfidos del mundo; reconocen la autoridad de Abugosh. El nombre de Abugosh hace temblar á los frailes, quienes no podian comprender por qué poder de seducción ó de autoridad nos habia recibido tan bien aquel caudillo y dádonos por guia su propio sobrino; sospechaban en esto alguna gran combinacion diplomática, y no cesaban de pedirme mi proteccion cerca del tirano de sus tiranos. Recogímonos al caer la noche y seguimos paseando largo rato por el corredor del convento en dulces pláticas con el escelente superior y los buenos padres españoles. Todo les cogia de nuevo; ninguna noticia de Europa penetra en aquellas inaccesibles montañas. No podian comprender la nueva revolucion francesa:—en fin, decian, con tal que el rey de Francia sea católico y que la Francia siga protegiendo los conventos de la Tierra Santa, todo va bueno. Hiciéronnos ver su iglesia, lindísima navecilla, construida en el sitio donde nació el precursor de Cristo, y adornada con un órgano, como tambien con varios cuadros medianos de la escuela española.

Al día siguiente no pudimos resistir al deseo de echar á lo méuos desde lejos una mirada sobre Jerusalem.

Hicimos nuestras condiciones con los padres; convínose en que dejaríamos en el monasterio una parte de nuestra gente, de nuestros caballos y de nuestros bagages; en que no llevaríamos con nosotros mas que los ginetes de Abugosh, los soldados egipcios y los criados árabes, indispensables para cuidar nuestros caballos de montar; en que no entraríamos en la ciudad; en que nos limitaríamos á darle la vuelta, evitando todo contacto con los habitantes; en que dado caso de que, por cualquier accidente, tuviésemos con ellos algun contacto, no escigiríamos volver á entrar en el convento, retirariamos nuestros efectos y nuestra gente, y nos acampariamos en las cercanias de Jerusalem. Aceptadas estas condiciones y sin mas prenda que nuestra palabra y nuestra veracidad, nos pusimos en marcha.

JERUSALEN.

El 28 de Octubre, salimos á las cinco de la mañana del desierto de S. Juan Bautista. Esperamos la aurora á caballo, en el patio del convento, rodeado de altas tapias, para no comunicar, en las tinieblas, con los árabes y los turcos apestados del pueblo y de Belen. A las cinco y media nos ponemos en camino; subimos una montaña toda sembrada de enormes rocas grises, apiñadas unas sobre otras, como si las hubiera partido un martillo.—Algunas vides rastreras, cuyas hojas ha amarilleado el otoño, se ven en pequeños campos desmontados en los intervalos de los peñascos, y enormes torres de piedras, semejantes á aquellas de que habla el *Cantar de los cantares*, se alzan en estas viñas;—multitud de higueras, cuya cima está ya despojada de hojas, rodean estos viñedos, y dejan caer sus negros higos sobre la roca.

Al día siguiente no pudimos resistir al deseo de echar á lo méuos desde lejos una mirada sobre Jerusalem.

Hicimos nuestras condiciones con los padres; convínose en que dejaríamos en el monasterio una parte de nuestra gente, de nuestros caballos y de nuestros bagages; en que no llevaríamos con nosotros mas que los ginetes de Abugosh, los soldados egipcios y los criados árabes, indispensables para cuidar nuestros caballos de montar; en que no entraríamos en la ciudad; en que nos limitaríamos á darle la vuelta, evitando todo contacto con los habitantes; en que dado caso de que, por cualquier accidente, tuviésemos con ellos algun contacto, no escigiríamos volver á entrar en el convento, retirariamos nuestros efectos y nuestra gente, y nos acampariamos en las cercanias de Jerusalem. Aceptadas estas condiciones y sin mas prenda que nuestra palabra y nuestra veracidad, nos pusimos en marcha.

JERUSALEN.

El 28 de Octubre, salimos á las cinco de la mañana del desierto de S. Juan Bautista. Esperamos la aurora á caballo, en el patio del convento, rodeado de altas tapias, para no comunicar, en las tinieblas, con los árabes y los turcos apestados del pueblo y de Belen. A las cinco y media nos ponemos en camino; subimos una montaña toda sembrada de enormes rocas grises, apiñadas unas sobre otras, como si las hubiera partido un martillo.—Algunas vides rastreras, cuyas hojas ha amarilleado el otoño, se ven en pequeños campos desmontados en los intervalos de los peñascos, y enormes torres de piedras, semejantes á aquellas de que habla el *Cantar de los cantares*, se alzan en estas viñas;—multitud de higueras, cuya cima está ya despojada de hojas, rodean estos viñedos, y dejan caer sus negros higos sobre la roca.

A nuestra derecha, el Desierto de San Juan, donde resonó la voz,—*vox clamavit in deserto*,—se abre, como un inmenso abismo, entre cinco ó seis altas y negras montañas, y en el intervalo que dejan sus pedregosas cumbres, el horizonte del mar de Egipto, cubierto de una bruma negruzca, se entreabre á nuestra vista;—á nuestra izquierda, y muy junto á nosotros, se ve una ruina de torre ó de castillo antiguo, en la cima de un cerro muy elevado, que se va despojando de verdura como todo o que lo rodea, se distinguen algunas otras ruinas, semejantes á los arcos de un acueducto, que bajan de aquel castillo; en la vertiente de la montaña, algunas cepas crecen á su pié y estienden sobre aquellos arcos derruidos algunas bóvedas de verdura amarilla y pálida: uno ó dos terebintos crecen aislados en aquellas ruinas, que son las del *Modin*, el castillo y la sepultura de los últimos hombres heróicos de la historia sagrada,—los Macabeos.—Dejamos á nuestra espalda aquellas ruinas resplandecientes bajo los rayos del sol matinal;—estos rayos no están fundidos, como en Europa, en una vaga y confusa claridad, en una irradiacion espléndida y universal; se vibran desde lo alto de las montañas que nos ocultan á Jerusalen, como dardos de fuego, de diversos matices, reunidos en su centro, y separándose en el cielo á medida que se alejan de aquel; unos son de un color azul lige-

ramente argentado, otros de un blanco mate; estos de un rosa delicado y descolorido en sus bordes, aquellos de un color de fuego ardiente y cálido como las llamas de un incendio,—divididos, y sin embargo, armoniosamente acordados por medio de tintas sucesivas y degradadas:—parecen un brillante arco-íris, cuyo círculo se hubiera roto en el firmamento y que se diseminase en los aires:—esta es la tercera vez que este hermoso fenómeno de la aurora ó de la postura del sol se nos presenta bajo este aspecto, desde que estamos en la region montañosa de la Galilea y de la Judea: estas son la aurora y la tarde, tales cuales las representan los antiguos pintores, imágen que le parecería falsa á quien no hubiese sido testigo de la realidad.—A medida que avanza el dia, el brillo distinto y el color cerúleo ó inflamado de cada una de estas barras luminosas, disminuye y se funde en el brillo general de la atmósfera,—y la luna, que estaba suspendida sobre nuestras cabezas, rosada aún y de color de fuego, se desvanece, toma una tinta nacarada, y se hunde en la profundidad del cielo como un disco de plata, cuyo color palidece á medida que se sumerge en una agua profunda.

Después de haber subido una segunda montaña, mas alta y mas pelada aún que la primera, el horizonte se abre de repente sobre la derecha, y deja ver todo el espacio que se estiende entre las últi-

mas cumbres de la Judea donde estamos, y la alta cordillera de las montañas de Arabia. Este espacio está inundado ya por la luz ondeante y vaporosa de la mañana; despues de las colinas inferiores que están bajo nuestros piés, cubiertas de pedazos de peñas grises, la vista no distingue ya nada mas que aquel espacio deslumbrador y tan semejante á un vasto mar, que la ilusion fué completa para nosotros, y creimos discernir aquellos intervalos de sombra oscura, y de láminas mates y plateadas que el dia naciente hace brillar ó sombrear en un mar sereno. En las orillas de aquel oceano imaginario, un poco á la izquierda de nuestro horizonte, y á cosa de una legua de nosotros, el sol brillaba sobre una torre cuadrada, sobre un alto minarete, y en las anchas tapias amarillas de algunos edificios que coronan la cima de una colina baja, y cuya base nos ocultaba la colina misma; pero en algunas puntas de los minaretes, en algunas almenas de los muros mas elevados, y en la negra y azul cima de algunas cúpulas que piramidaban detras de la torre y del gran minarete, se reconocia una ciudad, de la que solo podiamos descubrir la parte mas elevada, y que descendia sobre las faldas del collado; aquella ciudad no podia ser otra sino Jerusalem; nos creiamos todavía mas distantes de ella, y cada uno de nosotros, sin atreverse á consultar al guía, por miedo de ver destruida su ilusion, gozaba en silencio de aquella primera

mirada, echada á hurtadillas sobre la ciudad, y todo me inspiraba el nombre de Jerusalem! Ella era; desprendíase amarilla sobre el fondo azul del firmamento y sobre el fondo negro del monte de los Olivos. Paramos nuestros caballos para contemplarla en aquella misteriosa y esplendente aparicion cada paso que teniamas que dar, bajando á los sombríos y profundos valles que estaban bajo nuestros piés, iba de nuevo á ocultarla á nuestros ojos; detras de aquellas elevadas murallas y de aquellos cimborios de Jerusalem, una alta y ancha colina se alzaban en segunda línea mas sombría que la que sostenía y ocultaba la ciudad; aquella segunda línea limitaba para nosotros el horizonte.

El sol dejaba en sombra su ladera occidental; pero hiriendo con sus rayos verticales su cima, semejante á una ancha cúpula, parecia hacer nadar su trasparente cima en la luz, y no se reconocia el indeciso límite de la tierra y del cielo mas que por algunos negros y corpulentos árboles, plantados sobre la cima mas elevada, y por entre los cuales hacia pasar el sol sus rayos; aquella era la montaña de los Olivos; aquellos olivos eran los mismos antiguos testigos de tantos dias escritos en la tierra y en el cielo, regados con lágrimas divinas, con el sudor de sangre y con tantas otras lágrimas y con tantos otros sudores desde la noche que los hizo sagrados. Distinguíanse confusamente algunos otros que formaban manchas sombrías en sus laderas;

luego, los muros de Jerusalem cortaban el horizonte y ocultaban el pié de la montaña sagrada; mas cerca de nosotros, é inmediatamente bajo nuestros ojos, nada se veía mas que el desierto de piedras que sirve de ingreso á la ciudad de piedras:—aquellas piedras enormes y todas de una tinta uniforme, de un gris ceniciento, se estienden sin interrupcion desde el punto en que estamos hasta las puertas de Jerusalem. Las colinas bajan y suben; estrechos valles circulan y serpentean entre sus raices; tambien de trecho en trecho se estienden algunas vegas, como para engañar el ojo del hombre y premoterle la vegetacion y la vida; pero todo es de piedra, colinas, valles y llanuras,—todo es una sola capa de diez á doce pies de profundidad de rocas unidas y que solo ofrecen bastante intervalo entre sí para que rastreen los reptiles y para romper la pierna del camello que se mete en aquellas grietas. Si la imaginacion se representa enormes tapias de piedras coloradas, como las del Coliseo ó de los grandes teatros romanos, desmoronándose de una sola vez, y cubriendo, con sus inmensos y fundidos paredones, la tierra que los sostiene, tendrá una idea exacta de la cepa y de la naturaleza de las rocas que cubren por todas partes estas últimas murallas de la ciudad del desierto. Quanto mas se acerca uno, mas se agolpan y se elevan las piedras, como eternas avalanchas, prontas á tragarse al pasajero. Los últimos pasos que se dan antes de

descubrir á Jerusalem, se dan en medio de una inmóvil y fúnebre calle de esas peñas que se alzan diez piés sobre la cabeza del viagero, y no dejan ver mas que la parte del cielo que está encima de ellas; estábamos en aquella última y lúgubre calle por ella, andábamos, hacia un cuarto de hora, cuando separándose de repente los peñascos á derecha é izquierda, nos dejaron frente á frente con los muros de Jerusalem, con los que ya estábamos tocando sin sospecharlo. Un espacio vacío de algunos centenares de pasos se estendia solamente entre la puerta de Belen y nosotros; este espacio, árido y ondulado, como aquellos glacia que rodean de lejos las plazas fuertes de Europa, y desolado como ellos, se abria á la derecha formando un estrecho valle que descendia en suave declive, y á la izquierda presentaba cinco añosos troncos de olivos medio tendidos bajo el peso del tiempo y de los soles:—árboles, por decirlo así, petrificados como los estériles campos de donde han salido dificultosamente. La puerta de Belen, dominada por dos terres coronadas de almenas góticas, pero desierto y silenciosa como aquellas antiguas puertas de los castillos abandonados, está abierta delante de nosotros.

Quedámonos inmóviles algunos minutos contemplándola; ardíamos en deseos de atravesarla; pero la peste estaba en su mas alto periodo de intensidad en Jerusalem, y no nos habian recibido en el

convento de San Juan Bautista del Desierto, sino mediante formal promesa de no entrar en la ciudad. No entramos, — y torciendo à la izquierda, bajamos lentamente siguiendo las altas murallas, construidas en el mårgen de un profundo barranco ó de un foso donde veíamos de trecho en trecho las piedras fundamentales de la antigua cerca de Heródes. A cada paso encontrábamos los cementerios turcos, blanqueados por monumentos funerales, coronados por un turbante; estos cementerios, cuyas soledades poblaba todas las noches la peste, estaban llenos aquí y allí de grupos de mugeres turcas y árabes que iban à llorar sus maridos ó sus padres. Algunas tiendas estaban plantadas sobre las sepulturas, y siete ú ocho mugeres sentadas ó de rodillas, teniendo en los brazos hermosos niños à quienes daban de mamar, eshalaban por intervalos lamentos acompasados, cantos ú oraciones fúnebres, cuya religiosa armonía se armonizaba maravillosamente con la desolada escena que teníamos à la vista. Aquellas mugeres no estaban tapadas con sus velos; algunas eran hermosas; tenían à su lado canastillos llenos de flores artificiales y pintadas con brillantes colores que plantaban en derredor de las sepulturas, regándolas con su llanto. Inclinábanse de cuando en cuando hácia la tierra, recién movida, y cantaban al muerto algunos versículos de su rezo, haciendo como que le hablaban al oído; luego, quedando en silencio pe-

gada la oreja al monumento, parecia que aguardaban ú oían la respuesta. Aquellos grupos de mugeres y de niños, sentados para llorar allí todo el dia, eran la única señal de vida y de habitacion humana que nos apareció durante nuestro circuito al rededor de las murallas; por lo demas, ningun rumor, ningun humo se elevaba, — y algunas palomas, volando de las higueras à las almenas, y de las almenas à las orillas de las piscinas santas, eran el único movimiento y el único murmullo de aquel mudo y vacio recinto.

A mitad de camino de la cuesta que nos conducia al Cedron y al pié del monte de los Olivos, vimos una profunda gruta, abierta, no léjos de los fosos de la ciudad, bajo un cerro de roca amarillenta. No quise detenerme en aquel sitio; queria ver primeramente à Jerusalem y nada mas que à ella toda entera, abrazada de una sola mirada con sus valles y sus colinas, su Josafat y su Cedron, su templo y su sepulcro, sus ruinas y su horizonte!

Pasamos en seguida délante de la puerta de Damasco, lindísimo monumento del gusto árabe, flanqueado de dos torres; abierta por un ancho, alto y elegante arco diagonal, y almenado con almenas arabescas en formas de turbantes de piedra: luego torcimos à la derecha junto al ángulo de los muros de la ciudad que forma por el lado del Norte un cuadro regular, y teniendo à nuestra izquier-

da el profundo y oscuro valle de Getsemaní, cuyo fondo ocupa y llena el torrente en seco, del Cedron; seguimos, hasta la puerta de San Esteban, un sendero angosto, tocando con las murallas, interrumpido por dos hermosas piscinas, en una de las cuales sanó Cristo al paralítico. Este sendero está suspendido sobre una márgen estrecha que domina el principio de Getsemaní y el valle de Josafat; en la puerta de San Esteban, se interrumpe en su direccion á lo largo de los terrados verticales que sostenian el templo de Salomon, y sostienen hoy la mezquita de Omar, y una rápida y ancha cuesta descende de repente á la izquierda hácia el puente que cruza el Cedron y conduce á Getsemaní y al huerto de los Olivos. Pasamos este puente, y nos apeamos de nuestros caballos enfrente de un hermoso edificio de arquitectura compuesta, pero de un carácter severo y antiguo, que está como sepultado en lo mas hondo del valle de Getsemaní y ocupa toda su anchura. Aquella es la sepultura supuesta de la Virgen, Madre de Cristo; pertenece á los armenios, cuyos conventos han sido los mas castigados por la peste. No entramos pues en el santuario mismo del sepulcro, y me contenté con arrodillarme en la grada de mármol del patio que precede á aquel lindo templo, é invocar á aquella cuyo piadoso y tierno culto enseña en temprana edad toda madre á su hijo; cuando me levanté, ví

detras de mí sobre una fanega de estension, tocando por un lado á la elevada orilla del torrente del Cedron, y por la otra alzándose suavemente junto á la base del monte de los Olivos: una pequeña tapia de piedras sin mortero rodea este campo, y ocho olivos á treinta ó cuarenta pasos unos de otros le cubren casi todo entero con su sombra. Estos olivos son de los mas corpulentos árboles de su especie que he visto en mi vida; la tradicion hace ascender su edad hasta la memorable época de la agonía del Hombre-Dios, que los eligió para ocultar sus divinas angustias. Su aspecto confirmaria en caso de necesidad la tradicion que los venera; sus inmensas raices seculares, han levantado la tierra y las piedras que las cubrian, y alzándose bastantes piés sobre el nivel del suelo, presentan al peregrino asientos naturales donde puede arrodillarse ó sentarse para recoger los santos pensamientos que descienden de sus silenciosas cimas. Un tronco nudoso, retorcido, arado por la vejez como por profundas arrugas, se eleva en ancha columna sobre aquellos grupos de raices, y como agobiado y vencido por el peso de los años, se inclina á derecha ó á izquierda, y deja pender sus vastos ramos entretrojidos, que cien veces ha podado el hacha para rejuvenecerlos. De aquellos ramos viejos y pesados, que se inclinan sobre el tronco, salen otros mas jóvenes, que se elevan un poco hácia el cielo, y de donde se escapan algunos tallos de

uno ó dos años, coronados de algunos grupos de hojas, y ennegrecidos por algunas aceitunillas azules que caen, como celestiales reliquias, sobre los piés del viagero cristiano. Separéme de la caravana que se habia quedado al rededor de la sepultura de la Virgen, y me senté un momento sobre las raíces del mas solitario y añoso de aquellos olivos; su sombra me ocultaba los muros de Jerusalem, su ancho tronco me sustraía á las miradas de los pastores que apacentaban negras ovejas en la falda del monte de los Olivos. No tenia yo á la vista mas que el profundo y desgarrado barranco del Cedron y las copas de algunos otros olivos que cubren en este sitio toda la anchura del valle de Josafat. Ningún rumor se alzaba del cauce del torrente en seco; ninguna hoja temblaba en el árbol; cerré un momento los ojos; trasportéme mentalmente á aquella noche, víspera de la redencion del linage humano, en que el mensajero divino bebió hasta las heces el caliz de la agonía, ántes de recibir la muerte de mano de los hombres en galardón de su celeste mensage. Pedí mi parte de aquella salvacion que vino á traer al mundo á tan alto precio; representéme el oceano de angustias que debió nundar el corazón del hijo del hombre cuando contempló con una sola mirada todas las miserias, todas las tinieblas, todas las amarguras, todas las vanidades, todas las iniquidades de la suerte del hombre; cuando quiso levantar él solo aquella pe-

sada carga de crímenes y de desgracias bajo la cual la humanidad toda entera pasa encorvada y gimiendo en este estrecho valle de lágrimas; cuando comprendió que no se le podia traer siquiera una verdad y un consuelo nuevo al hombre sino á precio de su vida; cuando, retrocediendo de espanto ante la sombra de la muerte que siente ya sobre sí, dijo á su Padre: "Pase este cáliz lejos de mí!"— Y yo, hombre miserable, ignorante y débil, tambien podia esclamar al pié del árbol de la flaqueza humana:— Señor, haced que todos esos cálices de amarguras se alejen de mí y derramadlos en aquel cáliz bebido ya por todos nosotros! El tenia fuerza para apurarle hasta las heces;—él os conocia, él os habia visto;—él sabia por qué iba á beberle; él sabia qué vida inmortal le esperaba en el fondo de su sepultura de tres dias;—pero yo, Señor, qué sé, ¿qué conozco mas que el dolor que quebranta mi corazón, y la esperanza que él me ha enseñado?

Levantéme y admiré hasta qué punto aquel sitio habia sido divinamente predestinado y elegido para la escena mas dolorosa de la pasion del Hombre-Dios. Era un valle estrecho, encajonado, profundo; cerrado al Norte por alturas sombrías y pedregadas en que estaban las sepulturas de los reyes; sombreado al Oeste por la sombra de los adustos y gigantescos muros de una ciudad de iniquidades; cubierto al Oriente por la cima del monte de los

Olivos, y cruzado por un torrente que arrastraba sus amargas y amarillentas ondas sobre las quebrantadas peñas del valle de Josafat. A algunos pasos de allí, una negra y pelada roca se destaca, como un promontorio, del pié de la montaña, y suspendida sobre el Cedron y sobre el valle, sostiene algunas antiguas sepulturas de los reyes y los patriarcas, labradas en gigantesca y estraña arquitectura, y se lanza, como el puente de la muerte, sobre el valle de las lamentaciones!

En aquella época, sin duda, las faldas, hoy medio peladas, del monte de los Olivos, estaban regadas por el agua de las piscinas y por las corrientes olas del Cedron. Huertas de granados, de naranjos y de olivos cubrían de una sombra mas densa el angosto valle de Getsemani, que se abre, como un nido de dolor, en el fondo mas estrecho y tenebroso del de Josafat. El hombre de oprobio, el hombre de dolor podia esconderse allí como un criminal, entre las raices de algunos árboles, entre las rocas del torrente, bajo las triples sombras de la ciudad, de la montaña y de la noche; podia oír desde allí las secretas pisadas de su madre y de sus discípulos que pasaban por el camino buscando à su hijo y à su maestro; los confusos rumores, las estúpidas aclamaciones de la ciudad que se alzaban sobre su cabeza para regocijarse de haber vencido la verdad y expulsado à la justicia; y el gemido del Cedron que corria bajo sus piés, y que pronto iba à ver su ciudad derribada y sus

manantiales destruidos por la ruina de una nacion culpable y ciega. ¿Podia escoger mejor Cristo el lugar de sus lágrimas? ¿Podia regar con el sudor de su sangre una tierra mas trabajada por miserias, mas abrevada de tristezas, mas empapada en lamentaciones?

Volví à montar à caballo, y, volviendo à cada instante la cabeza para ver algo mas del valle y de la ciudad, subí en un cuarto de hora la montaña de los Olivos; cada paso que daba mi caballo por el sendero que conduce à su cima, me descubria un barrio, un edificio mas de Jerusalem. Llegué à la cumbre coronada por una mezquita ruinosas que cubre el sitio donde Cristo se elevó al cielo despues de su resurreccion; torcí un poco à la derecha de aquella mezquita para llegar junto à dos columnas rotas, tendidas por el suelo, al pié de algunos olivos, sobre una meseta que mira al mismo tiempo à Jerusalem, à Sion, à los valles de San Sabá que conducen al mar Muerto, y al mismo mar Muerto que brilla desde allí entre las cimas de las montañas y el horizonte inmenso y surcado por cumbres diversas que remata en las sierras de Arabia. Allí me senté;—hé aquí la escena que tenia delante.

La montaña de los Olivos, en cuya cima estoy sentado, descende en áspera y rápida pendiente, hasta el profundo abismo que la separa de Jerusalem y que se llama el valle de Josafat. Desde

el fondo de este sombrío y estrecho valle cuyas pedradas laderas están salpicadas de piedras negras y blancas, piedras fúnebres de la muerte, se alza una inmensa y ancha colina cuya rápida inclinación se parece á la de un alto murallon desmoronado; ningún árbol puede plantar en ella sus raíces, ningún musgo puede siquiera enganchar en ella sus filamentos; la pendiente es tan pina que la tierra y las piedras ruedan por ella sin cesar, y no presenta á la vista mas que una superficie del polvo árido y desecado, semejante á montones de cenizas tirados desde lo alto de la ciudad. Hacia la mitad de esa colina ó baluarte natural, altas y fuertes murallas de piedras anchas y no labradas en su faz exterior toman arranque ocultando sus cimientos romanos y hebráicos bajo aquella misma ceniza que cubre su pié, y se alzan aquí cincuenta, ciento, y mas léjos, de dos á trescientos piés sobre esta base de tierra.

Las murallas están cortadas por tres puertas de la ciudad, de las cuales dos están tapiadas; la única abierta delante de nosotros parece tan vacía y desierta como si solo diese entrada á una ciudad no habitada. Los muros se alzan todavía encima de aquellas puertas y sostienen un ancho y vasto terrado que se estiende sobre los dos tercios de la longitud de Jerusalem, por el lado que mira al Oriente; este terrado puede tener á ojo mil piés de largo sobre quinientos á seiscientos de ancho; está

casi perfectamente nivelado, salvo en su centro, donde se ahueca insensiblemente, como para recordar á la vista el valle poco profundo que separaba en otro tiempo la colina de Sion del valle de Jerusalem. Esta magnífica meseta, preparada sin duda por la naturaleza, pero evidentemente acabada por mano de los hombres, era el sublime pedestal sobre el cual se elevaba el templo de Salomon; en el día sostiene dos mezquitas turcas; una, El-Sakara, en el centro de la meseta, en el solar mismo donde debia estenderse el templo; la otra, en la estremidad sudeste de la meseta, contigua á los muros de la ciudad. La mezquita de Omar, ó El-Sakara, admirable edificio de arquitectura árabe, es una mole de piedra de mármol de inmensas dimensiones, de ocho lados; cada lado está decorado con siete arcos que rematan en ogiva ó arco diagonal; encima de este primer órden de arquitectura, hay un tejado en forma de azotea, de donde arranca otro órden de arcos mas estrechos, terminados por una graciosa cúpula cubierta de cobre, dorado en otro tiempo.

Las tapias de la mezquita están revocadas de esmalte azul; á derecha é izquierda se estienden anchas paredes terminadas por ligeras columnatas moriscas, correspondientes á las ocho puertas de la mezquita; mas allá de estos arcos desprendidos de todo el edificio, continúan las mesetas y rematan, una en la parte norte de la ciudad, otra en los mu-

ros por el lado del Mediodía. Altos cipreses diseminados como á la casualidad, algunos olivos, verdes y graciosos arbustos, que crecen aquí y allí entre las mezquitas, realzan su elegante arquitectura y el brillante color de sus paredes con la forma piramidal y la sombría verdura que se dibujan sobre la fachada de los templos y de las cúpulas de la ciudad.

Mas allá de las dos mezquitas y del solar del templo, Jerusalem toda entera se estiende y brota, por decirlo así, delante de nosotros, sin que el ojo pueda perder ni un tejado, ni una sola piedra de su recinto, y como el plano de una ciudad en relieve presentado por un artista sobre una mesa. Esta ciudad, no como nos la han presentado, informe y confuso monton de ruinas y de cenizas, sobre el cual se ven algunas cabañas de árabes, ó algunas tiendas de beduinos; no como Atenas, caos de polvo y de tapias derruidas, donde el viagero busca en vano la sombra de los edificios, el vestigio de las calles;—la vision de una ciudad, pero ciudad brillante de luz y de color!—presentando noblemente á las miradas sus muros intactos y almenados, su mezquita azul con sus columnatas blancas, sus millares de cúpulas resplandecientes, sobre las cuales la luz de un sol de otoño cae y rebota en vapor que deslumbra; las fachadas de sus casas teñidas, por el tiempo y por los veranos, del color amarillo y dorado de los edificios de Pesto ó de Ro-

ma; sus viejas torres, guardas de sus murallas, á que no falta ni una piedra, ni una tronera, ni una almena; y en fin, en medio de aquel oceano de casas y de aquella muchedumbre de pequeñas cúpulas que las cubren, un cimborio negro y rebajado, mas ancho que los otros, dominado por otro cimborio blanco,—el Santo Sepulcro y el Calvario,—están confundidos y como ahogados en el inmenso laberinto de cimborios, de edificios y de calles que los rodean, y es difícil darse cuenta así de la situacion del Calvario y de la del Sepulcro, que con arreglo á las ideas que nos da el Evangelio, deberian hallarse sobre una colina apartada fuera de las murallas, y no en el centro de Jerusalem! La ciudad, estrechada por el lado de Sion, se habrá ensanchado sin duda por el lado del Norte, para abarcar, en su recinto, los dos sitios que hacen su baldon y su gloria, el sitio del suplicio del Justo y el de la resurreccion del Hombre-Dios.

Hé aquí la ciudad desde lo alto de la montaña de los Olivos! No tiene horizonte detras de sí, ni por el lado del Occidente, ni por el del Norte: la línea de sus muros y de sus torres, las agujas de sus numerosos minaretes, los arcos de sus brillantes cimborios; se recortan duramente sobre el azul de un cielo de Oriente; y la ciudad, así sostenida y presentada sobre su ancha y elevada base, parece que brilla todavia con todo el antiguo esplendor de sus profecías, ó que no espera mas que una palabra

para salir espléndida, magnífica, de sus diez y siete ruinas sucesivas, y ser aquella *Jerusalen nueva que sale del seno del desierto, brillante de claridad!*

Esta es la mas esplendente vision que puede tener la vista de una ciudad que ya no ecsiste, porque parece que es todavia y que brilla como una ciudad llena de juventud y de vida; y sin embargo, si se la mira con mas atencion, se ve que ya no es en efecto, mas que una hermosa vision de la ciudad de David y de Salomon. Ningun rumor se eleva de sus plazas y de sus calles; ya no hay caminos que conduzcan á sus puertas del Oriente ó del Occidente, del Mediodia ó del Septentrion; no hay mas que algunos senderos que serpentean á la ventura entre los peñascos, donde solo se encuentran algunos árabes medio desnudos, montados en sus borricos, y algunos camelleros de Damasco, ó algunas mugeres de Belen ó de Jericó, que llevan sobre la cabeza un cesto de uvas de Engaddi, ó un canastillo de palomas que van á vender por la maña bajo los terebintos, fuera de las puertas de la ciudad. Todo el dia estuvimos sentados en frente de las puertas principales de Jerusalen; dimos vuelta á las murallas, pasando por delante de las otras puertas de la ciudad. Nadie entraba, nadie salia; ni aun un mendigo estaba sentado junto á los pozos; el centinela no se mostraba en el dintel; nada vimos, nada oimos; —el mismo vacío, el mismo silencio reinaban á la entrada de un pueblo de treinta

mil almas durante las doce horas del dia, cual si hubiéramos pasado por delante de las puertas muertas de Pompeya ó de Herculano! Solo vimos cuatro entierros salir en silencio de la puerta de Damasco, y encaminarse á lo largo de los muros hácia los cementerios turcos;—y de la puerta de Sion, cuando pasamos por ella, mas que un pobre cristiano que habia sucumbido á la peste aquella mañana, y que cuatro sepultureros llevaban al cementerio de los griegos. Pasaron junto á nosotros, tendieron el cuerpo del apestado en la tierra, cubierto con sus vestidos, y se pusieron a cavar en silencio su último lecho, bajo los piés de nuestros caballos. La tierra en derredor de la ciudad estaba recién removida por semejantes sepulturas que la peste multiplicaba por dias, y el único rumor sensible, fuera de las murallas de Jerusalen, era la monótona lamentacion de las mugeres turcas que lloraban sus muertos! No sé si la peste era la única causa de la desnudez de los caminos y de aquel profundo silencio, alrededor de Jerusalen y dentro de ella: no lo creo, porque los turcos y los árabes no huyen de los azotes de Dios, convencidos de que en todas partes pueden herirlos y de que no hay camino para escapar de ellos.

Sublime razon por su parte, pero que los conduce á funestas consecuencias.

A la izquierda de la meseta, del templo y de

los muros de Jerusalem, la colina que sustenta la ciudad se aplanan de repente, se ensancha y se desarrolla á la vista en suaves declives, sostenidos de trecho en trecho por algunos terrados de piedras rodadizas. Esta colina sostiene en su cima, á unos cien pasos de Jerusalem, una mezquita y un grupo de edificios turcos bastante semejantes á una aldea de Europa, coronada por su iglesia y su campanario.

¡Aquello es Sion! ¡el palacio! ¡la sepultura de David! ¡Aquel es el lugar de sus inspiraciones y de sus delicias, de su vida y de su descanso! ¡lugar doblemente sagrado para mí, para mí, cuyo corazón ha conmovido tantas veces, cuyo pensamiento ha arrebatado tantas también aquel divino cantor! ¡David es el primero de los poetas del sentimiento! ¡es el rey de los líricos! Jamás ha echado la fibra humana conciertos tan íntimos, tan penetrantes, tan graciosos! ¡Jamás el pensamiento del poeta se ha dirigido á tanta altura! ¡Jamás el alma del hombre se ha derramado delante del hombre y delante de Dios en expresiones y sentimientos tan tiernos, tan simpáticos y patéticos! ¡Los más secretos gemidos del corazón humano han hallado todas sus voces y sus notas en los labios y en el arpa de aquel hombre! y si nos trasladamos á la remota época en que resonaban tales cantos sobre la tierra; si consideramos que entonces la poe-

sía lírica de las naciones más cultas no cantaba más que el vino, el amor, la sangre y las victorias de las musas y de los corceles en los juegos de la Elide, se siente uno penetrado de profundo asombro al oír los místicos acentos del rey profeta que habla al Dios creador como un amigo á su amigo, que comprende y alaba sus maravillas, que admira sus justicias, implora sus misericordias, y parece un eco anticipado de la poesía evangélica, repitiendo las dulces palabras de Cristo antes de haberlas oído. Profeta ó no, según le considere un filósofo ó un cristiano, ninguno de ellos podrá rehusar al poeta-rey una inspiración que no fué dada á ningún otro hombre! ¡Lean otros á Horacio ó á Píndaro después de haber leído un salmo! Yo por mí, no puedo:

Yo, humilde poeta de un siglo de decadencia y de silencio; yo, si hubiera vivido en Jerusalem, hubiera elegido el lugar de mi residencia y la loma de mi descanso precisamente donde David eligió el suyo en Sion: esta es la más hermosa vista de la Judea, y de la Palestina y de la Galilea. Jerusalem está á su izquierda con el templo y sus edificios, sobre los cuales podía estenderse la mirada del rey ó del poeta sin ser visto. Delante de él, fértiles jardines, en suaves declives, podían conducirle hasta el fondo del cauce del torrente cuya espuma y cuya voz amaba.

Mas abajo, el valle se abre y se estiende, sombreado por higueras, granados y olivos;—á alguno de estos peñascos suspendidos sobre el agua corriente; á alguna de estas sonoras grutas, refrescadas por el aliento y el murmullo de las aguas; al pié de algunos de estos terebintos, abuelo del terebinto que me cubre, venia sin duda á esperar el astro que le inspiraba tan melodiosamente! ¡Ah! ¡ojalá me fuera dado hallarle para cantar las tristezas de mi corazon y las del corazon de todos los hombres, en esta edad inquieta, como él cantaba sus esperanzas en una edad de juventud y de fé! Pero ya no hay cantos en el corazon del hombre, porque la desesperacion no canta; y mientras no descienda un nuevo rayo de luz sobre la tenebrosa humanidad de nuestros tiempos, las liras permanecerán mudas y el hombre pasará en silencio entre dos abismos de duda, sin haber amado, ni orado, ni cantado!

Pero volvamos al palacio de David; tiende sus miradas sobre el valle entonces verde y regado de Josafat; una ancha abertura en las colinas del Este conduce de declive en declive, de cima en cima, de ondulacion en ondulacion hasta el mar Muerto, que refleja allà abajo los rayos de la tarde, en sus densas y perezosas aguas, como un denso espejo de Venecia que da una tinta mate y aplomada á la luz que resbala sobre él. No es esto lo que el pensamiento se figura, un lago petrificado en un horizonte tris-

te y sin color; es, desde aquí, uno de los mas hermosos lagos de Suiza ó de Italia, dejando dormir sus tranquilas aguas entre la sombra de las altas montañas de Arabia, que se estienden como los Alpes, hasta perderse de vista detras de sus olas, entre las cimas airosas, piramidales, cónicas, ligeras y esplendentes de las últimas montañas de la Judea. Tal es la vista de Sion.—Pasemos adelante.

Otra escena del paisaje de Jerusalem hay que yo quisiera gravarme á mí mismo en la memoria, pero no tengo ni pincel ni color:—esa escena es la del valle de Josafat, valle célebre en las tradiciones de tres religiones, donde los judíos, los cristianos y los mahometanos colocan de comun acuerdo la terrible escena del juicio supremo.

¡Valle que ha visto ya en sus bordes la mas grande escena del drama evangélico,—las lágrimas, los gemidos y la muerte de Cristo!

¡Valle por donde todos los profetas han pasado sucesivamente, lanzando un grito de tristeza y de horror que parece que retumba en él todavía!

¡Valle que debe oír una vez el grande estruendo del torrente de las almas girando de Dios, y presentándose espontáneamente á su fatal juicio!

El mismo día.

Volvemos sin haber violado ninguna condicion del pacto ajustado con los religiosos, al convento de S. Juan en el desierto. Nos reciben con una confianza y una caridad que nos enternecen, porque si no fuéramos hombres de honor, si uno de nuestros árabes solamente hubiera burlado nuestra vigilancia y comunicado con los apestados, acaso llevaríamos la muerte al convento.

29 de Octubre 1832.

Salimos á las cinco de la mañana del desierto de S. Juan con todos nuestros caballos, escoltas, árabes de Abugosh y cuatro ginetes enviados por el gobernador de Jerusalem. Establecemos nuestro campamento á dos tiros de fusil de las murallas, al lado del cementerio turco, todo cubierto de tiendecillas adonde las mugeres van á llorar. Estas tiendas están llenas de mugeres, de niños y de esclavos, que llevan canastillos de flores que plantan por el día al rededor de la sepultura. Nuestros ginetes de Naplusa entran solos en la ciudad y van á avisar nuestra llegada al gobernador. Mién-

tras llevan nuestro mensaje, nos quitamos los zapatos, las botas y las trabillas de paño, que pueden comunicarnos la peste, y nos calzamos unas babuchas de taflete; nos untamos con aceite y con ajos, preservativo que he discurrido recordando el hecho reconocido en Constantinopla que los aceites están ménos sujetos al contagio. Al cabo de media hora vemos salir por la puerta de Belen al kiaya del gobernador, al intérprete del convento de los frailes latinos, cinco ó seis ginetes vestidos con brillantes trages y llevando bastones de puños de oro y plata, y en fin nuestros propios ginetes de Naplusa y algunos jóvenes pages tambien á caballo. Salímosles al encuentro, se forman en dos hileras á nuestros lados y entramos por la puerta de Belen: tres apestados, muertos la noche anterior, salian por ella en el mismo instante, y por un momento los que los llevan nos disputan el paso bajo la sombría bóveda de la entrada de la ciudad. Inmediatamente despues de haber pasado aquella bóveda, nos hallamos en una encrucijada compuesta de pequeñas y miserables casas, y de algunas huertas incultas, cuyas tapias están desmoronadas. Seguimos un momento el camino mas ancho de aquella encrucijada, que nos conduce á una ó dos callejuelas oscuras, estrechas y sucias, y en las que no vemos mas que entierros que pasan precipitadamente arrimándose á las tapias, á la voz y bajo el baston levantado de los genízaros del gobernador. De

El mismo día.

Volvemos sin haber violado ninguna condicion del pacto ajustado con los religiosos, al convento de S. Juan en el desierto. Nos reciben con una confianza y una caridad que nos enternecen, porque si no fuéramos hombres de honor, si uno de nuestros árabes solamente hubiera burlado nuestra vigilancia y comunicado con los apestados, acaso llevaríamos la muerte al convento.

29 de Octubre 1832.

Salimos á las cinco de la mañana del desierto de S. Juan con todos nuestros caballos, escoltas, árabes de Abugosh y cuatro ginetes enviados por el gobernador de Jerusalem. Establecemos nuestro campamento á dos tiros de fusil de las murallas, al lado del cementerio turco, todo cubierto de tiendecillas adonde las mugeres van á llorar. Estas tiendas están llenas de mugeres, de niños y de esclavos, que llevan canastillos de flores que plantan por el día al rededor de la sepultura. Nuestros ginetes de Naplusa entran solos en la ciudad y van á avisar nuestra llegada al gobernador. Mién-

tras llevan nuestro mensaje, nos quitamos los zapatos, las botas y las trabillas de paño, que pueden comunicarnos la peste, y nos calzamos unas babuchas de taflete; nos untamos con aceite y con ajos, preservativo que he discurrido recordando el hecho reconocido en Constantinopla que los aceites están ménos sujetos al contagio. Al cabo de media hora vemos salir por la puerta de Belen al kiaya del gobernador, al intérprete del convento de los frailes latinos, cinco ó seis ginetes vestidos con brillantes trages y llevando bastones de puños de oro y plata, y en fin nuestros propios ginetes de Naplusa y algunos jóvenes pages tambien á caballo. Salímosles al encuentro, se forman en dos hileras á nuestros lados y entramos por la puerta de Belen: tres apestados, muertos la noche anterior, salian por ella en el mismo instante, y por un momento los que los llevan nos disputan el paso bajo la sombría bóveda de la entrada de la ciudad. Inmediatamente despues de haber pasado aquella bóveda, nos hallamos en una encrucijada compuesta de pequeñas y miserables casas, y de algunas huertas incultas, cuyas tapias están desmoronadas. Seguimos un momento el camino mas ancho de aquella encrucijada, que nos conduce á una ó dos callejuelas oscuras, estrechas y sucias, y en las que no vemos mas que entierros que pasan precipitadamente arrimándose á las tapias, á la voz y bajo el baston levantado de los genízaros del gobernador. De

trecho en trecho, se ven algunos vendedores de pan y de fruta, cubiertos de andrajos, sentados á la puerta de unos puestecillos, con sus cestos sobre las rodillas y pregonando sus mercancías como en los mercados de nuestras grandes ciudades. De cuando en cuando, una muger tapada con su velo se asoma á la ventana con rejas de madera de aquellas casas, un niño sobre una puerta baja y sombría, y va á comprar, para la familia, la provision del dia. Por donde quiera estas calles están obstruidas con escombros y basureros, y sobre todo con montones de trapos de paño y de algodón teñidos de azul que el viento barre como las hojas secas, y cuyo contacto no podemos evitar:—por medio de estas inmundicias y de estos trapos, de que está cubierto el piso de las ciudades de Oriente, es como mas se comunica la peste. Hasta ahora no vemos en las calles de Jerusalem, nada que anuncie la morada de una nacion; ninguna señal de riqueza, de movimiento, de vida; el aspecto exterior nos habia engañado, como tantas veces nos habia sucedido ya en otras ciudades de Grecia ó de la Siria. La mas miserable aldea de los Alpes ó de los Pirineos, las mas sucias callejuelas de nuestros arrabales abandonados á las últimas clases de nuestras poblaciones de jornaleros, tienen mas aseo, lujo y elegancia que estas calles desiertas de la reina de las ciudades; solo encontramos algunos beduinos, montados en yeguas árabes, cuyo pié resbala ó se mete en los agujeros de que es-

tá lleno el empedrado. Estos hombres no tienen el porte noble y caballeresco de los jeques árabes de la Siria y del Líbano; su fisonomía es feroz, sus ojos son de buitre, su trage de bandoleros.

Despues de haber circulado un buen rato por estas calles, todas semejantes, detenidos de cuando en cuando por el intérprete del convento latino, que enseñándonos una casa turca medio demolida, una antigua puerta de madera rajada, los escombros de una ventana moruna, nos decia:—Esa es la casa de la Verónica, la puerta del Judío Errante, la Ventana del pretorio;— palabras que solo producian en nosotros una triste impresion, pues las desmentia el aspecto evidentemente moderno, y la fragante inverosimilitud de aquellas arbitrarias demostraciones, piadosos fraudes de que nadie es culpable, porque datan de no sé quien, y porque se repiten tal vez hace siglos á los peregrinos, cuya ignorante credulidad las ha inventado,—nos enseñan en fin el convento latino, pero no podemos entrar en él:—los religiosos están en cuarentena y el convento está cerrado en tiempo de peste. Una casita que depende de él está únicamente abierta á los estrangeros bajo la direccion del religioso, cura de Jerusalem; no tiene mas que uno ó dos cuartos, y cabalmente están ocupados. Nos introducen en un pequeño patio cuadrado, ceñido por todos lados de altas galerías en arco que sostiene azoteas, y que es el patio de un convento: los

religiosos vienen á las azoteas y departen algunos momentos con nosotros en español y en italiano. Ninguno de ellos habla francés; los que vemos son casi todos ancianos, de fisonomía dulce, venerable y feliz; nos acogen con alegría y cordialidad, y muestran sentir mucho que la calamidad reinante les vede toda comunicacion con unos huéspedes espuestos, como nosotros, á adquirir y á comunicar la peste. Les damos noticias de Europa, y ellos nos ofrecen los auxilios que suministra su país. Un carnicero mata dos carneros para nosotros en el patio: nos bajan panes tiernos con una cuerda, desde lo alto de las azoteas: del mismo modo recibimos de ellos una provision de cruces, de rosarios, y otras devotas curiosidades, de que siempre tienen almacenes copiosamente provistos; les entregamos en cambio algunas limosnas y cartas que nos han dado para ellos sus amigos de Chipre y de Siria. Cada objeto que pasa de nosotros á ellos empieza por ser sometido á una rigorosa fumigacion, luego se mete en agua fria y se encarama en fin á lo alto de la azotea en una palangana de cobre atada á una cuerda. Estos pobres religiosos parecen mas aterrados que nosotros del peligro que los rodea; tantas veces han experimentado que la mas ligera imprudencia en la observancia de las reglas sanitarias se llevaba en pocas horas un convento entero, que las observan con rigurosa fidelidad. No pueden comprender como nos

hemos metido por nuestro gusto en este océano de contagio tan peligroso. El cura de Jesusalen, por el contrario, obligado por su oficio á correr la suerte de sus feligreses, quiere persuadirnos de que no hay peste.

Al cabo de media hora de conversacion con aquellos religiosos, la campana los llama á misa. Dámosles las gracias; nos desean un feliz viage, enviamos á nuestro campamento las provisiones y los víveres que nos hemos proporcionado, y salimos del patio del convento.

Despues de haber bajado algunas otras calles semejantes á las que acabo de describir, nos ballamos en una pequeña plaza, abierta al norte sobre el fondo del cielo y de la colina de los Olivos; á nuestra izquierda, llegamos bajando algunos escalones á un atrio descubierto, sobre el cual daba la fachada de la iglesia del Santo Sepulcro. Esta iglesia ha sido descrita tantas veces y tan bien, que no la describiré de nuevo:—es, en el exterior sobre todo, un vasto y hermoso monumento de la época bizantina; su arquitectura es grave, solemne, grandiosa y rica, para el tiempo en que se construyó:—es un digno pabellon puesto por la piedad de los hombres sobre el sepulcro del Hijo del hombre. Comparando esta iglesia con lo que produjo la misma época, se la encuentra superior á todo. Santa Sofia, mucho mas colosal, es mu-

cho mas bárbara en su forma; por fuera, no es mas que una montaña de piedras flanqueada de colinas de piedras; el Santo Sepulcro, por el contrario, es una cúpula aerea, cincelada, en que el sábio y gracioso corte de las puertas, de las ventanas, de los capiteles y de las cornisas, añade al conjunto el inestimable realce de un trabajo hábil, en que la piedra se ha convertido en encaje para ser digna de entrar en aquel monumento erigido al mas grande pensamiento humano, en que el pensamiento mismo que le ha erigido está escrito en los pormenores como en el total del edificio. Verdad es que la iglesia del Santo Sepulcro no está hoy tal cual Santa Elena, madre de Constantino, la construyó; los reyes de Jerusalem la retocaron y la embellecieron con ornatos de aquella arquitectura semi-occidental, semi-moruna, cuyo gusto y modelos hallaron en Oriente; pero tal cual aparece en el dia, por fuera, con su mole bizantina y sus decoraciones griegas, góticas y arabescas, hasta con las desgarraduras, llagas del tiempo y de los bárbaros, que están impresas en su fachada, no forma contraste con el pensamiento que se lleva á ella, con el pensamiento que espresa; no se experimenta á su aspecto aquella penosa impresion de una grande idea mal espresada, de un gran recuerdo profanado por la mano de los hombres; al contrario, se dice uno involuntariamente:—Esto es lo que yo esperaba. El hombre ha hecho todo lo

mas que ha podido: el monumento no es digno de la sepultura, pero es digno de esta raza humana que ha querido honrar aquel gran sepulcro; y se entra en el vestibulo envobedado y sombrío de la nave bajo el influjo de esta primera y grave impresion.

A la izquierda, entrando en aquel vestibulo en que se abre el atrio mismo de la nave en el hueco de un ancho y profundo nicho en que habia estatuas antiguamente, los turcos han establecido su divan: ellos son los guardas del Santo Sepulcro, que ellos solos tienen derecho de cerrar ó abrir. Cuando yo pasé, cinco ó seis venerables turcos de larga barba estaban sentados en aquel divan cubierto de ricas alfombras de Alepo, sobre las cuales se veian en derredor de ellos tazas de café y pipas; saludáronnos con afable dignidad, y dieron orden á uno de los vigilantes de acompañarnos á todos los puntos de la iglesia. Nada ví en sus semblantes, en sus espresiones ó en sus ademanes, de aquella irreverencia de que se los acusa: ellos no entran en la iglesia, se están á la puerta y hablan á los cristianos con la brevedad y el respeto que comportan el lugar y el objeto de la visita. Posesores, por la guerra, del monumento sagrado de los cristianos, no le destruyen, no arrojan sus cenizas al viento, antes bien le conservan y mantienen en él un orden, una policia y una silenciosa reverencia de que las comuniones cristianas que se

le disputan, están en verdad muy distantes de dar el ejemplo.

Cuidan de que la reliquia comun de todos los que llevan el nombre de cristianos se conserve ile-
sa para todos, á fin de que cada comunion goce á su vez, del culto que quiere tributar al Santo Sepulcro. Sin los turcos, este sepulcro que se disputan los griegos y los católicos, y las innumerables ramificaciones de la idea cristiana, hubiera sido ya cien veces un objeto de lucha entre aquellas comuniones rencorosas y rivales, hubiera ido pasando esclusivamente de una á otra, y sin duda, hubiera estado cerrado á los enemigos de la comunion triunfante. No veo en esto motivo para acusar é injuriar á los turcos. Esa supuesta intolerancia brutal de que los acusan los ignorantes, no se manifiesta mas que con la tolerancia y el respeto á lo que veneran y adoran los otros hombres. Donde quiera que el musulman ve la idea de Dios en el pensamiento de sus hermanos, se inclina y respeta: cree que la idea santifica la forma, y es, en realidad, el único pueblo tolerante. Pregúntense de buena fé los cristianos qué hubieran hecho si los azares de la guerra hubieran puesto en sus manos la Meca ó la Kaba: ¿dejarían á los turcos acudir de todos los puntos de Europa y Asia á venerar en paz los monumentos conservados del islamismo?

En el remate de aquel vestíbulo, nos hallamos

bajo la ancha cúpula de la iglesia. El centro de esta cúpula, que las tradiciones locales suponen ser el centro de la tierra, está ocupado por un pequeño monumento encerrado en el grande, como una piedra preciosa engastada en otra. Este monumento interior es un cuadrilongo, adornado con algunas pilastras, una cornisa y una cúpula de mármol, todo ello de mal gusto y de un dibujo duro y estravagante; reconstruyóle en 1817 un arquitecto europeo, á espensas de la iglesia griega que lo posee ahora. En todo el circuito de este pabellon interior del sepulcro, reina el vacío de la gran cúpula exterior; por él se circula libremente, y se hallan, de pilar en pilar, espaciosas y profundas capillas dedicadas cada cual á uno de los misterios de la pasion de Cristo; todas encierran algunos testimonios reales ó supuestos de las escenas de la Redencion; la parte de la iglesia del Santo Sepulcro que no está bajo la cúpula, está esclusivamente reservada á los griegos cismáticos; un tabique de madera pintada y cubierto de cuadros de la escuela griega, divide esta nave de la otra. A pesar de la estraña profusion de malas pinturas y de adornos de todos géneros de que están recargados el altar y las paredes, su conjunto es de un efecto grave y religioso; se conoce que la oracion, bajo todas formas, ha invadido aquel santuario y acumulado todo lo que unas generaciones supersticiosas, pero fervientes, han creído tener verdadera-

mente precioso; una escalera labrada en la roca conduce desde allí á la cima del Calvario, donde se clavaron las tres cruces; el Calvario, el Sepulcro y otros muchos puntos del drama de la Redención se hallan de esta suerte reunidos bajo el techo de un solo edificio de regular estension: esto parece poco conforme á los textos de los evangelios, y muy distante está uno de esperarse hallar la sepultura de José de Arimatea labrada en la peña fuera de los muros de Sion, á cincuenta pasos del Calvario, lugar de las ejecuciones de muerte, encerrado en el recinto de las murallas modernas; pero tales son las tradiciones y han prevalecido. El entendimiento no arguye sobre semejante escena por algunos pasos de diferencia entre las verosimilitudes históricas y las tradiciones; fuese aquí ó allá, lo cierto es que no fué léjos de los sitios que nos designan. Despues de un momento de meditacion profunda y silenciosa, consagrada, en cada uno de aquellos sitios sagrados, á la memoria que recordaba, volvimos á bajar al recinto de la iglesia, y penetramos en el monumento interior que sirve de cortina de piedra ó de cobertor al sepulcro: está dividido en dos santuarios; en el primero se halla la piedra donde estaban sentados los ángeles cuando respondieron á las santas mugeres: *Ya no está aquí, ha resucitado*; el segundo y último santuario encierra el sepulcro, cubierto tambien de una especie de sarcófago de mármol

blanco, que rodea y oculta enteramente á la vista la sustancia misma de la roca primitiva en que estaba abierto el sepulcro. Lámparas de oro y de plata, siempre ardiendo, alumbran esta capilla, en la que arden perfumes dia y noche; el aire que se respira allí es tibio y balsámico; entramos en ella uno á uno, separadamente, sin permitir á ninguno de los vigilantes del templo que entrase con nosotros, y separado del primer santuario por una cortina carmesí:—no queriamos que ninguna mirada turbase la solemnidad del lugar ni la intimidad de las impresiones que podria inspirar á cada uno, segun su pensamiento y segun la medida y la naturaleza de su fé en el gran suceso que recuerda aquella sepultura; todos pasamos en ella cosa de un cuarto de hora y ninguno salió con los ojos secos. Cualquiera que sea la forma que las meditaciones interiores, la lectura de la historia, los años, las vicisitudes del corazon y del entendimiento del hombre, hayan dado al sentimiento religioso en su alma, ya hayan conservado la letra del cristianismo y los dogmas de su madre, ya no profese mas que un cristianismo filosófico y segun la mente; ya sea Cristo para él un Dios crucificado, ya no vea en él mas que al mas santo de los hombres divinizado por la virtud, inspirado por la verdad suprema y muriendo por dar testimonio á su Padre; que Jesus sea á sus ojos el hijo de Dios ó el hijo del hombre, la divinidad hecha hombre, ó la humanidad

divinizada, siempre el cristianismo es la religion de sus recuerdos, de su corazon y de su imaginacion, pues no ha podido evaporarse hasta tal punto al viento del siglo y de la vida, que el alma en que penetró algun dia no conserve su primer olor, y que el aspecto de los sitios y de los monumentos visibles de su primer culto no rejuvenezca en él sus impresiones, y no le imprima un solemne sacudimiento. Para el cristiano ó para el filósofo, para el moralista ó para el historiador, esta sepultura es el límite que separa dos mundos, el antiguo y el nuevo; es el punto de partida de una idea que ha renovado el universo, de una civilizacion que lo ha trasformado todo, de una palabra que ha resonado sobre todo el globo:—esta sepultura es la tumba del antiguo mundo y la cuna del mundo nuevo; ninguna piedra en la tierra ha sido el cimiento de un edificio tan vasto; ninguna sepultura ha sido tan fecunda; ninguna doctrina enterrada tres dias ó tres siglos ha quebrantado de un modo tan victorioso el peñasco que el hombre habia sellado sobre ella, ni ha dado un mentís á la muerte con una tan brillante y perpetua resurreccion!

Entré á mi vez y el último en el Santo Sepulcro, lleno el espíritu de estas ideas inmensas, agitado el corazon por las mas íntimas impresiones que son un misterio entre el hombre y su alma, entre el insecto pensador y el creador:—estas impre-

siones no se escriben, —se eeshalan con el humo de las devotas lámparas, con los perfumes de los incensarios, con el vago y confuso murmullo de los suspiros; caen con las lágrimas que se agolpan á los ojos al recuerdo de los primeros nombres que hemòs tartamudeado en nuestra infancia, del padre y de la madre que nos los han enseñado, de los hermanos y de las hermanas, de los amigos con quienes los hemòs murmurado; todas las impresiones piadosas que han conmovido nuestra alma en todas las épocas de la vida, todas las oraciones que han salido de nuestro corazon y de nuestros labios al nombre de aquel que nos enseñó á implorar á su Padre y al nuestro; todas las alegrías, todas las tristezas del pensamiento cuyo lenguaje fueron aquellas oraciones, se despiertan en el fondo del alma y producen, con su estruendo, con su confusion, aquel deslumbramiento de la inteligencia, aquel enterneamiento del corazon, que no buscan palabras, y que se resuelven en el llanto de los ojos, en los sollozos del pecho, en una frente que se inclina y en una boca que se estampa silenciosamente en la losa de un sepulcro. Largo rato estuve así implorando al cielo, al Padre, allí, en el sitio mismo donde la mas bella de las plegarias subió por primera vez al cielo; orando por mi padre aquí abajo, por mi madre en otro mundo, por todos los que ecsisten ó ya no ecsisten; pero con quienes nunca se ha roto el lazo invisible:—la co-

munion del amor existe siempre; el nombre de todos los seres que he conocido, que he amado y que me han amado, pasó de mis labios sobre la losa del Santo Sepulcro. Solo despues oré por mí; mi oracion fué ardiente y grave; pedí verdad y valor delante de la sepultura del que mas verdad reveló al mundo, y murió con mas valor por aquella verdad de la que Dios le habia hecho el Verbo: siempre me acordaré de las palabras que murmuré en aquella hora de crisis para mi vida moral. Acaso mi plegaria fué atendida: una gran luz de razon y de conviccion se derramó en mi inteligencia y separó mas claramente el dia de la noche, los errores de las verdades: hay momentos en que los pensamientos del hombre, largo tiempo vagos y dudosos, flotantes como las olas sin cauce, acaban por llegar á una playa donde se estrellan y vuelven sobre sí mismos con formas nuevas y una corriente contraria á la que los impulsó hasta entonces; aquel fué para mí uno de estos momentos: el que sondea los pensamientos y los corazones lo sabe y tal vez lo comprenderé yo mismo algun dia. Aquel fné un misterio en mi vida, que se revelará con el tiempo.

La misma fecha.

Al salir de la iglesia del Santo Sepulcro, seguimos la via dolorosa, de la que M. de Chateaubriand ha dado un itinerario tan poético. Nada hay en ella que hiera la mente, nada que pueda probarse; nada verosimil;—solo se ven en ella construcciones modernas que los frailes dan á los peregrinos por incontestables vestigios de las varias paradas de Cristo. No siquiera puede quedar una duda, y toda confianza en aquellas tradiciones locales queda destruida de antemano por la historia de los primeros años del cristianismo, en que Jerusalem no conservó piedra sobre piedra, en que los cristianos fueron luego desterrados de la ciudad por muchos años. Jerusalem, à escepcion de sus piscinas y de las sepulturas de los reyes, no conserva ningun monumento de ninguna de aquellas grandes épocas; algunos puntos son solamente reconocibles, como el solar del templo, dibujado por sus terrados, y donde se alza hoy la inmensa y hermosa mezquita de Omar-el-Sakara; el monte de Sion ocupado por el convento de los armenios y la sepultura de David, aun todavia es muy difícil determinar con certeza estos puntos. Salvo las tapias de los terrados sobre el valle de Josafat, nin-

guna piedra manifiesta su fecha en su forma y en su color; todo es polvo ó todo es moderno. La mente vaga incierta por el horizonte de la ciudad, sin saber donde posarse; pero la ciudad toda entera, dibujada por la colina circunscrita que la sostiene, por los diferentes valles que la circundan, y sobre todo por el profundo valle del Cedron, es un monumento en que no puede engañarse la vista; allí seguramente estaba situada Sion,—extraño y desgraciado asiento para la capital de un gran pueblo;—es mas bien la fortaleza natural de un pequeño pueblo, arrojado de la tierra, y refugiándose con su templo en un suelo que nadie tiene intereses en disputarle,—sobre rocas que ningun camino puede hacer accesibles, en valles sin agua, en clima áspero y estéril; sin mas horizonte que las montañas calcinadas por el fuego interno de los volcanes, las montañas de Arabia y de Jericó, y un mar corrupto, sin playas y sin navegacion: ¡el mar Muerto!

Tal es la Judea, tal es la patria de ese pueblo cuyo destino es estar proscrito en todas las épocas de su historia, y á quien las naciones han disputado hasta esa capital de sus proscripciones, colocada, como un nido de águila en la cima de ese grupo de montañas; y sin embargo, aquel pueblo llevaba consigo la grande idea de la unidad de Dios, y lo que habia de verdad en esta idea elemental

bastaba para separarle de los otros pueblos, y para hacerle mirar con orgullo sus proscripciones, y con confianza sus doctrinas providenciales.

La misma fecha.

Despues de haber recorrido los diferentes barrios de esta ciudad, todos tan desnudos, tan miserables, tan desmantelados como los que atravesamos al entrar, bajamos por el lado de la famosa mezquita que ocupa el solar del templo de Salomon. El gobernador de Jerusalem tiene su serrallo en un edificio contiguo á las tapias y á los jardines de la mezquita. Fuímos á hacerle una visita de gratitud. El patio del serrallo estaba rodeado de calabozos enrejados, donde vimos algunas caras de bandidos de Jericó y de Samaria, que aguardaban su libertad ó el sable del bajá. Ginetes tendidos al pié de sus caballos, jeques del desierto y árabes de Naplusa estaban agrupados aquí y allí en las escaleras ó bajo los sotechados aguardando la hora del divan. El gobernador, al saber nuestra llegada, nos envió su hijo para decirnos que subiéramos: este, mozo de unos treinta años, es el mas hermoso de los árabes, y acaso de los hombres que he visto en mi vida:—la fuerza, la gracia, la inteligencia y la dulzura están mez-

eladas y como fundidas, con tal armonía en sus facciones, y brillan á la vez en su ojo azul con una evidencia tan activa, que todos quedamos atónitos á su aspecto.

Es un samaritano; el gobernador de Jerusalem, su padre, es el árabe mas poderoso de Naplusa. Perseguido por Abdalla, bajá de Acre, y muchas veces en guerra con él, durante el dominio de los turcos, habia tenido que refugiarse, con su familia, en las montañas al otro lado del mar Muerto; la victoria de Ibrahim-Bajá sobre Abdalla le habia permitido volver á su patria, en la que encontró de nuevo sus riquezas y su influencia; echó del país á sus enemigos, y el bajá de Egipto para suplir la influencia de sus tropas egipcias en Judea, le confió el gobierno de Samaria y de Jerusalem. No tenia mas tropas que algunos centenares de ginetes de su tribu, con ayuda de los cuales conserva el orden y el dominio de Ibrahim, sobre todas las poblaciones circunvecinas. Entramos en el divan, gran sala sin mas ornato que algunas alfombras sobre esteras, pipas y tazas de café por el suelo. El gobernador, rodeado de un gran número de esclavos, de árabes armados y de algunos secretarios de rodillas, escribiendo sobre sus manos; estaba ocupado en administrar justicia y despachar sus órdenes. Levantóse al acercarnos y nos salió al encuentro; hizo quitar del divan las

alfombras, espuestas á comunicar la peste, y les hizo sustituir esteras de Egipto que no la pegan. Sentámonos y nos presentaron las pipas y el café: mi dragoman le hizo en mi nombre los cumplimientos de costumbre, y yo mismo le dí las gracias por todos los cuidados que se habia servido tomarse por unos extranjeros, que como nosotros, visitasen sin peligro los lugares consagrados por su religion. Respondió con amable sonrisa que no hacia en ello mas que cumplir su deber; que los amigos de Ibrahim eran sus amigos, que respodia del último pelo de sus cabezas; que estaba pronto, no solo á hacer por mí lo que habia hecho, mas tambien á salir en persona con sus tropas, si yo se lo mandaba; y á acompañarme á donde quiera que ó mi curiosidad ó mi religion me inspirasen deseo de ir, en los límites de su gobierno; que tal era la orden del bajá. En seguida se informó de nosotros, de las noticias de la guerra y de la parte que las potencias de Europa tomaban por la fortuna de Ibrahim. Respondíle de un modo que satisfizo sus secretos pensamientos; que la Europa admiraba en Ibrahim-Bajá un conquistador civilizador; que, bajo este concepto, se interesaba por sus victorias; que ya era tiempo de que el Oriente participase de los beneficios de una administracion mejor; que el bajá de Egipto era el misionero armado de la civilizacion europea en Arabia; que su valor y la táctica que habia tomado de nosotros, le daban la seguridad d

vencer al gran-visir, que segun todas las apariencias, alcanzaria allí una gran victoria y marcharia sobre Consiantinopla; que no entraria en ella, porque los europeos no se lo permitirian aún; pero que ajustaria la paz con su mediacion, y conservaria la Arabia y la Siria en soberanía permanente. Esto era lo que le importaba al antiguo rebelde de Naplusa; bebia con los ojos mis palabras, y su hijo y sus amigos inclinaban sus cabezas sobre la mía para no perder una sola sílaba de aquella conversacion, que era para ellos el agüero de una larga y pacífica dominacion en Samaria. Cuando ví al gobernador tan bien dispuesto, le manifesté el deseo, no de entrar en la mezquita de Omar, pues sabia yo que semejante paso hubiera sido contrario á las costumbres del pais, sino de contemplarla por fuera.

Si vd. lo esige, me respondió, todo se le abrirá; pero me espondria á irritar profundamente á los musulmanes de la ciudad: todavía son muy ignorantes:—creen que la presencia de un cristiano en el recinto de la mezquita, les haria correr graves peligros, porque hay una profecía que dice: que todo lo que un cristiano pidiese á Dios en el interior de El-Sakara, lo obtendria,—y no les cabe duda de que un cristiano pediria la ruina de la religion del profeta y el esterminio de los musulmanes.

Yo por mí, añadió, no creo palabra de eso: todos los hombres son hermanos, aunque adoran, cada uno en su lengua, al Padre comun, que nada da á los unos á espensas de los otros; hace brillar su sol sobre los adoradores de todos los profetas; los hombres no saben nada, pero Dios lo sabe todo, Alá-Kerim, ¡Dios es grande! é inclinó la cabeza sonriendo. Líbreme Dios, le dije, de abusar de la hospitalidad de vdes., y de esponerle por satisfacer una vana curiosidad de viagero! Si yo estuviera en la mezquita de El-Sakara, no pediria á Dios el esterminio de ningun pueblo, sino la ilustracion y la felicidad de todos los hijos de Alá. Dicho esto nos levantamos; llevónos por un corredor á una ventana de su serrallo, que daba vistas sobre los patios exteriores de la mezquita. No pudimos abarcar su conjunto tan bien desde aquel sitio como desde lo alto del monte de los Olivos; no vimos mas que las paredes de la cúpula, algunos pórticos morunos de la mas elegante arquitectura, y la cima de los cipreses que crecen en los jardines interiores. Despedíme del gobernador, anunciándole que mi proyecto era pasar ocho ó diez días, acampado en las cercanías de la ciudad, y partir al dia siguiente para ir al mar Muerto, al Jordan, á Jericó, y hasta al pié de las montañas de la Arabia Petrea; que volveria á entrar varias veces en el recinto de Jerusalem, y que solo tenia que pedirle el número de ginetes suficiente para

nuestra seguridad en las diferentes escursiones que nos proponiamos hacer por Judea. Salimos de Jerusalem por la misma puerta de Belen, junto à la cual estaban levantadas nuestras tiendas aquel dia, y acabamos de visitar, por la tarde, todos los sitios notables ó consagrados al rededor de los muros de la ciudad.

La misma fecha.

Pasamos la tarde recorriendo las cuevas que se estienden al sud de Jerusalem, entre la sepultura de David y el valle de Josafat: estas cuevas son el único lado de la ciudad que presenta la apariencia de un poco de vegetacion. Al ponerse el sol, me siento en frente del collado de los Olivos, à cuatrocientos ó quinientos pasos encima de la fuente de Siloe, poco mas ó menos donde estaban los jardines de David: Josafat está à mis pies, las altas paredes de los terrados del templo están un poco encima de mí à mi izquierda: veo las cimas de los hermosos cipreses que alzan sus copas piramidales por cima de los pórticos de la mezquita El-Aksa, y las cúpulas de los naranjos que cubren la hermosa fuente del templo llamada la Fuente del Naranjo.

Esta fuente me recuerda una de las mas delicio-

sas tradiciones orientales inventadas, trasmitidas ó conservadas por los árabes:—veamos como cuentan que eligió Salomon el lugar de la mezquita:

“Jerusalem era un campo labrado: dos hermanos poseian la parte de terreno donde se alza ahora el templo; uno de aquellos hermanos era casado y tenia muchos hijos; el otro vivia solo: cultivaban juntos la tierra que habian heredado de su madre, y llegado que hubo la época de la siega, los dos hermanos ataron sus gavillas é hicieron con ellas dos montones iguales que dejaron en la era. Por la noche, el hermano soltero tuvo un buen pensamiento, y se dijo à sí mismo:—Mi hermano tiene muger é hijos que mantener, no es justo que mi porcion sea tan crecida como la suya; ea, cojamos en mi monton algunas gavillas que añadiré en secreto à las suyas; él no lo conocerá y no podrá rehusarlas. Y lo hizo como lo habia pensado. La misma noche, el otro hermano se despertó y dijo à su muger:—Mi hermano es mozo, vive solo y sin compañera, no tiene quien le asista en su trabajo y le consuele en sus afanes, y no es justo que tomemos del campo comun tantas gavillas como él, levantémonos y llevemos secretamente à su monton cierto número de gavillas; él no lo conocerá mañana y así no podrá rehusarlas. Y lo hicieron como lo habian pensado. Al dia siguiente, ambos hermanos acudieron à la era y quedaron muy sor-

prendidos de ver que los dos montones eran siempre iguales; ni uno ni otro podia explicarse interiormente aquel prodigio; lo mismo hicieron muchas noches seguidas, pero como cada cual llevaba al monton de su hermano el mismo número de gavillas, los montones eran siempre iguales, hasta que una noche, habiéndose puesto ambos en acecho para averiguar la causa de aquel milagro, se encontraron llevando uno y otro las gavillas que mutuamente se destinaban.

“Ahora bien, el lugar en que un pensamiento tan bueno se les ocurrió al mismo tiempo y con tanta perseverancia á dos hombres, debia ser un sitio agradable á Dios, y los hombres le bendijeron y le eligieron para edificar en él la casa del Señor.”

¡Qué encantadora tradicion! ¡cómo respira la candorosa bondad de las costumbres patriarcales! ¡cuán sencilla, antigua y natural es la inspiracion de consagrar á Dios un sitio donde la virtud ha germinado sobre la tierra! Centenares de leyendas de esta naturaleza he oido entre los árabes: en todas las partes de este Oriente se respira el aire de la Biblia.

El aspecto del valle de Josafat es conforme al destino que le asignan las ideas cristianas. Se parece á una vasta sepultura, demasiado estrecha sin embargo para las olas del linage humano que

en ella deben acumularse. Dominado por todos lados por monumentos fúnebres: encajonado en su estremidad meridional en el peñasco de Siloé, todo acribillado de hoyas sepulcrales como una colmena de la muerte, tiene de trecho en trecho por columnas tumulares las sepulturas de Josafat y la de Absalon, labradas piramidalmente en la peña viva, y sombreadas á un lado por las negras colinas del monte de las Ofensas, al otro por las paredes del templo derruido:—aquel fué un sitio naturalmente impregnado de un santo horror, destinado desde temprano á ser las gemonias de una gran ciudad, y donde la imaginacion de los profetas debió colocar sin esfuerzo las escenas de muerte, de resurreccion y de juicio. Generalmente nos figuramos el valle de Josafat como un vasto encajonamiento de montañas donde el Cedron, ancho y negro torrente de lúgubres aguas, gira con lamentables murmullos; donde anchas gargantas, abiertas sobre los cuatro vientos, se ensanchan para dejar pasar los cuatro torrentes de los muertos que vendrán del oriente y del occidente, del septentrion y del mediodia; donde las inmensas gradas de las colinas se dilatan en anfiteatro para dar cabida á los innumerables hijos de Adan, acudiendo á asistir, cada uno por su parte, al desenlace final del gran drama de la humanidad:—nada de esto es esacto. El valle de Josafat no es mas que un foso natural abierto entre dos collados de unos

cien pies de elevacion, uno de los cuales sostiene á Jerusalem y otro la cima del monte de los Olivos; las murallas de Jerusalem, desmoronándose, llenarian la mayor parte de él; ningun desfiladero tiene en él su embocadura; el Cedron, que sale de la tierra à algunos pasos encima del valle, no es mas que un torrente formado en invierno por las lluvias que chorrean de algunos prados de olivos, debajo de las sepulturas de los reyes, y le cruza un puente en mitad del valle, en frente de una de las puertas de Jerusalem; tiene algunos pasos de anchura, y el valle, en aquel punto, no es mas ancho que su rio. Aquel rio, sin agua, traza solamente un rápido cauce de guijarros blancos, en el fondo de aquella hondonada: el valle de Josafat, en una palabra, se parece en un todo, á uno de esos fosos abiertos al pié de las altas fortificaciones de una gran poblacion, adonde el basurero de la ciudad arrastra en invierno sus inmundicias, donde algunos pobres vecinos de los arrabales disputan un rincon de tierra á las fortificaciones para cultivar algunas verduras, y donde las cabras y los burros abandonados van á pastar, en las pendientes escarpadas, la yerba marchita por la basura y el polvo. Supongamos el suelo sembrado de losas sepulcrales pertenecientes à todos los cultos del mundo y tendremos à la vista el valle del Juicio.

La misma fecha.

Hé aquí la fuente de Siloé, el único manantial del valle; el manantial inspirador de los reyes y de los profetas; no sé como á tantos viajeros les ha sido difícil describirla, y como pueden disputar todavía sobre el lugar que ocupaba. Aquí está toda llena de agua límpida y sabrosa, derramando su frescura en este aire abrasado y polvoroso del valle labrada al cabo de veinte escalones en la peña cuya cima sostenia el palacio de David, con su bóveda de grandes piedras, alisadas por los siglos, y entapizadas en sus juntas de húmedos musgos y eterna yedra. Las gradas de sus escaleras, desgastadas por el pié de las mugeres que acuden de la aldea de Siloé á llenar en ella sus cántaros, están relucientes como mármol. — Bajo á ella; me siento un momento en sus frescas losas; escucho para conservarle en la memoria, el leve rumor del manantial; lavo mis manos y mi frente en sus aguas; repito los versos de Milton para invocar, á mi vez, sus inspiraciones hace tanto tiempo mudas — este es el único sitio de las cercanías de Jerusalem donde el viajero halla agua para apagar su sed, y alguna verdura en que reclinar su frente. Algunos pequeños huertos, plantados de granados

y arbustos por los árabes de Siloé, estienden en derredor de la fuente un ramillete de verdura pálida, que aquella riega con lo sobrante de sus aguas. Allí acaba el valle de Josafat. Mas abajo, una pequeña llanura en suave declive dilata las miradas hasta las anchas y profundas gargantas de las montañas volcánicas de Jericó y de San-Saba, y el mar Muerto limita el horizonte.

Orillas del Jordan, mas allá de la llanura de Jericó, á algunas leguas del desembocadero del rio en el mar Muerto.

Salí de Jerusalem ayer, 30 de Octubre, á las siete de la mañana, con toda mi caravana,—seis soldados de Ibrahim-Bajá, el sobrino de Abugosh y cuatro ginetes de este caudillo, á mas de ocho ginetes árabes de Naplusa, enviados por el gobernador de Jerusalem. Hemos dado la vuelta á la ciudad, bajado al fondo del valle de Josafat, subido al monte de los Olivos, dejado á la derecha el *Mons offensionis*, atravesando, en su estremidad meridional, la cordillera que forma la continuacion de los montes de los Olivos, y luego que llegamos á la aldea de Betulia, poblada todavía por algunas familias árabes, reconocemos en ella los restos de un monumento cristiano. En el pueblo hay un buen manantial. Un árabe saca agua por espacio de una

hora para abreviar nuestros caballos y llenar nuestras jarras suspendidas de las sillas de nuestros mulos:—ya no se encuentra agua hasta Jericó, diez ó doce horas de marcha.

Salimos de Betulia á las cuatro de la tarde.— Bajada de dos horas por un camino ancho y de pendientes dispuestas artificialmente, labradas en las laderas perpendiculares de las montañas que se suceden sin interrupcion:—este es el único rastro de un camino que he visto en Oriente:—era el camino de Jericó y de las fértiles llanuras regadas por el Jordan: conducia á las posesiones de las tribus de Israel, á quienes habia tocado en heredamiento toda la corriente de este rio y la llanura de Tiberiades hasta las cercanías de Tiro y el pié del Líbano: conducia á Arabia, á Mesopotamia, y por allí á la Persia y las Indias, países con los cuales Salomon habia establecido sus grandes relaciones mercantiles. El fué, sin duda, quien creó este camino. Por estos valles fué tambien por donde pasó el pueblo judío, por primera vez, cuando bajó de la Arabia Petrea; atravesó el Jordan, y fué á apoderarse de su herencia. En saliendo de Betulia, ya no se encuentran ni casas, ni cultivo; las montañas están completamente despojadas de vegetacion: todas son rocas ó polvo de rocas que el viento sacude á su arbitrio; un matiz de ceniza negruzca cubre, como una fúnebre mortaja, toda aquella tierra. De trecho en trecho las montañas

se tajan en gargantas angostas y profundas,—abis-
mos á que ningun sendero conduce, donde el ojo
no ve mas que la eterna repeticion de las mismas
escenas que le rodean. Casi todas estas montañas
tienen la apariencia volcánica; las piedras arrastra-
das sobre sus laderas ó sobre el camino, por las
aguas de invierno, parecen pedazos de lava endure-
cida y rajada por los siglos: hasta se ve aquí y allí,
en las lontananzas, sobre algunos grupos de coli-
nas, aquella ligera tinta amarillenta y sulfurosa
que se distingue sobre el Vesuvio ó sobre el Etna.
Es imposible resistir mucho tiempo á la impre-
sion de tristeza y de horror que inspira aquel pai-
sage: es una opresion del pecho y una afliccion de
los ojos.

Cuando está uno en la cima de una de las mon-
tañas, y se abre un instante el horizonte á la mi-
rada, no se ven, en cuanto alcanza la vista, mas
que cordilleras negruzcas, cimas cónicas ó trunca-
das, amontonadas unas sobre otras y desprendién-
dose del crudo azul del firmamento; es un laberin-
to sin límites, de calles, de montañas de todas for-
mas, desgarradas, hendidas en gigantescos pedazos,
añadidas unas á otras por cordilleras de collados
semejantes, con barrancos sin fondo, donde se es-
pera oír á lo ménos el estruendo de un torrente,
pero donde nada se mueve; sin que se pueda descu-
brir un árbol, una yerba, una flor, un muzgo; rui-
nas de un mundo calcinado, ebullicion de una tier-

ra ardiendo, cuyos hervores petrificados han for-
mado estas olas de tierra y de piedra. A las seis
encontramos, en el fondo de un barranco, las ta-
pias de un mercado arruinado y un manantial pro-
tegido por una pequeña pared adornada con sen-
tencias del Coran. El manantial no vierte mas
que gota á gota su lluvia en el pilon de piedra;
en vano nuestros árabes arriman á él sus labios;
hacemos descansar un momento á nuestros caba-
llos á la sombra del mercado; hemos bajado tanto
tiempo, que nos creemos al nivel de la llanura de
Jericó y del mar Muerto; nos ponemos de nuev
en camino, rendidos ya del calor y del cansancio
del dia; nuestros ginetes árabes nos lisongean con
la esperanza de que en pocas horas estaremos en
Jericó; sin embargo el sol declina por minutos, y
el crepúsculo añade su horror al de las gargantas
en que nos hallamos. Al cabo de una hora de mar-
cha por el fondo de este valle, todavía nos halla-
mos en las escarpadas laderas de una nueva cor-
dillera que nos parece por fin la última antes de la
bajada á la llanura de Jericó; la noche nos oculta
enteramente el horizonte; solo tenemos bastante
luz para distinguir á nuestros piés los precipicios
sin fondo adonde nos haria despeñarnos el menor
resbalon de nuestros caballos; nuestras cántaras
están apuradas; uno de los samaritanos dice á nues-
tro dragoman que conoce una fuente en las cerca-
nías; nos decidimos á hacer alto donde estamos, si

en efecto puede hallarse un poco de agua; al cabo de media hora de espera, vuelve el samaritano diciendo que no ha podido encontrar la fuente; nos faltan cuatro horas de camino; colocamos á los árabes de Naplusa al frente de la caravana; cada ginete tiene orden de seguir paso á paso al que le precede, sin perder sus huellas; el mas profundo silencio reina en toda la compañía; la noche es tan oscura que no podemos divisar la cabeza de nuestros caballos; cada cual sigue á su delantero por el ruido de las pisadas; á cada instante la caravana entera se para porque los primeros ginetes sondan el sendero por miedo de precipitarnos en el abismo; todos nos apeamos para mayor seguridad; veinte veces tenemos que pararnos á los gritos que salen de la cabeza ó de la cola de la caravana;—ya rueda un caballo; ya se cae un hombre; muchas veces estamos á punto de pararnos enteramente y de aguardar, inmóviles en donde nos hallamos, á que pase aquella larga y profunda noche; pero la cabeza anda, y es preciso andar; al cabo de tres horas de semejante angustia oimos gran gritaría y tiros á la cabeza de la caravana: creemos que nos atacan los árabes de Jericó; todos nos preparamos á hacer fuego á bulto; pero de boca en boca sabemos que todo se reduce á que los naplusianos gritan de alegría y disparan sus escopetas porque hemos salido del mal paso; sentimos en efecto allanarse un poco el camino bajo nuestros piés; vuelvo

á montar á caballo; mi potro árabe, olfateando el agua en las cercanías, se alborota, y en la lucha se precipita conmigo en un barranco; nadie lo echa de ver, tal es la oscuridad; no suelto la brida, y afirmando en la silla, abandono al bruto á su instinto, sin saber si estoy sobre una cornisa, ó en el fondo de un barranco abierto en el llano; lánzase á galope y no se para hasta llegar á las orillas de un arroyo ancho, poco profundo y rodeado de arbustos espinosos; mientras bebe, oigo á mi izquierda los gritos y los pistoletazos de los árabes, que acaban de notar mi desaparicion y me buscan por el llano; veo brillar una hoguera por entre los arbustos, lanzo mi caballo en aquella direccion, y á los pocos minutos me hallo á la puerta de mi tienda, plantada á la márgen de aquel mismo arroyo:—Eran las doce de la noche: comimos un pedazo de pan empapado en el agua y nos dormimos sin saber donde estábamos, y no comprendiendo por qué prodigio habíamos pasado de repente de aquella soledad sin sombra y sin agua, á las orillas de un arroyo que, á la luz de nuestras hachas y de la hoguera de los árabes, nos aparecía como un arroyo de los Alpes, con su cortina de sauces y sus ramilletes de juncos y berros.

Si el Tasso hubiera tenido, como quiere M. Chateaubriand, la inspiracion de los sitios al escribir la *Jerusalen Lihertada*, (y confieso que, aunque muy

admirador del Taso, no es este el punto en que yo le elogiaria, porque es imposible haber comprendido ménos los sitios y faltado mas á la verdad de las costumbres,—pero ¿qué importan los sitios y las costumbres?—La poesía no está ahí, está en el corazon;) si hubiera tenido esa inspiracion, sin duda hubiera hecho llegar á la orilla de este arroyo à Herminia huyendo en su corcel abandonado á su impetu, y encontrar à aquel pastor, arcadio, y no árabe, de quien nos hace una descripcion tan hechicera.

Despertámonos, como ella, á los trinos de mil pajarillos volando por las ramas de los árboles, y al murmullo del agua, en su cauce de chinitas; salimos de las tiendas para reconocer el sitio adonde nos habia echado la noche. Las montañas de Judea, que cruzamos la víspera, quedaban al oriente à cosa de una legua de nuestro campamento; su cordillera, siempre estéril y dentada, se estendia hasta perderse de vista al Mediodia y al norte, y de distancia en distancia veiamos vastos desfiladeros que desembocaban en la llanura, y de donde salian bocanadas de vapores nocturnos como anchos rios, y se derramaban en sábanas de nieblas sobre las ondulosas arenas de las márgenes del lago Asfaltito. Al Occidente, un ancho desierto de arena nos separaba de las orillas del Jordan, que no podiamos discernir,—del mar Muerto y de las azules montañas de la Arabia Petrea. Aquellas mon-

tañas, vistas à aquella hora y á aquella distancia, nos parecian, por el juego de las sombras en sus grupas y en sus valles, cubiertas de inmensos bosques; los barrancos blanquecinos que las surean, imitaban, á punto de equivocarse, la caída y el brillo de las aguas de una cascada; pero todo era ilusion; cuando me acerqué, reconocí que solo presentaban, en grande, el mismo aspecto estéril y pelado de las montañas de la Judea. Al rededor nuestro, todo aparecia risueño y fresco, aunque inculto; el agua lo anima todo, hasta el desierto; y los ligeros arbustos que se veian derramados, como bosquecillos artificiales, en grupos de dos ó tres en sus orillas, nos recordaban los mas dulces sitios de la patria. Montamos à caballo; no debiamos estar mas que à una hora de Jericó, pero no veiamos ni tapias, ni humo en el llano; y no sabiamos adonde dirigirnos, cuando unos treinta ginetes beduinos, montados en soberbios caballos, desembocaron entre dos collados de arena y se acercaron á nosotros caracoleando:—eran el jeque y los principales vecinos de Jericó que, noticiosos de nuestra llegada por un árabe del gobernador de Jerusalem, nos buscaban en el desierto para reunirse à nuestra escolta. No conociamos á los árabes del desierto de Jericó mas que por la fama de feroces y ladrones que tienen en toda la Siria, y en el primer momento, estábamos muy dudosos de si venian á nosotros como amigos ó como ene-

migos; pero nada, en su conducta, durante muchos días que pasamos juntos, denotó una mala intencion de su parte. Domados por el terror del nombre de Ibrahim, cuyos emisarios creian ver en nosotros, nos dieron todo lo que puede ofrecer su país, el desierto libre, el agua de sus fuentes y un poco de cebada y de maiz para nuestros caballos. Dí gracias al jeque y á sus amigos por la escolta que venian á ofrecernos; se unieron á nuestra caravana, y corriendo aquí y allá á nuestros costados por los cerrillos de arena, aparecian y desaparecian con la rapidez del viento. Llamóme la atencion uno de sus caballos, admirable por sus formas y su ligereza, que era en el que cabalgaba el hermano del jeque, y encargué á mi dragoman que me le comprara á cualquier precio; pero como semejantes ofertas no pueden hacerse directamente sin una especie de ultrage á la delicadeza del dueño del caballo, se necesitaron muchos dias de negociaciones para hacerme posesor de aquel hermoso animal, que destinaba á mi hija, y que le regalé en efecto.

JERICO.

Al cabo de una hora de camino nos hallamos impensadamente al pié de las murallas de Jericó, de veinte piés de elevacion sobre quince ó veinte de anchura, formadas de fagotes de espinos acumulados unos sobre otros, y dispuestos con admirable industria para cerrar el paso á los ganados y á los hombres, fortificaciones que no se hubieran desmoronado al sonido de la trompeta; pero que la chispa del pastor ó la zorra de Sanson hubieran incendiado. Aquella fortaleza de espinos secos tenia dos ó tres anchas puertas siempre abiertas, y donde sin duda velaban siempre de noche los centinelas árabes. Al pasar delante de aquellas puertas, vimos sobre los anchos techos de algunas chozas de barro, todas las mugeres y los muchachos de la ciudad del desierto, agrupados en las mas pintorescas ac-

migos; pero nada, en su conducta, durante muchos días que pasamos juntos, denotó una mala intencion de su parte. Domados por el terror del nombre de Ibrahim, cuyos emisarios creian ver en nosotros, nos dieron todo lo que puede ofrecer su país, el desierto libre, el agua de sus fuentes y un poco de cebada y de maiz para nuestros caballos. Dí gracias al jeque y á sus amigos por la escolta que venian á ofrecernos; se unieron á nuestra caravana, y corriendo aquí y allá á nuestros costados por los cerrillos de arena, aparecian y desaparecian con la rapidez del viento. Llamóme la atencion uno de sus caballos, admirable por sus formas y su ligereza, que era en el que cabalgaba el hermano del jeque, y encargué á mi dragoman que me le comprara á cualquier precio; pero como semejantes ofertas no pueden hacerse directamente sin una especie de ultrage á la delicadeza del dueño del caballo, se necesitaron muchos dias de negociaciones para hacerme posesor de aquel hermoso animal, que destinaba á mi hija, y que le regalé en efecto.

JERICO.

Al cabo de una hora de camino nos hallamos impensadamente al pié de las murallas de Jericó, de veinte piés de elevacion sobre quince ó veinte de anchura, formadas de fagotes de espinos acumulados unos sobre otros, y dispuestos con admirable industria para cerrar el paso á los ganados y á los hombres, fortificaciones que no se hubieran desmoronado al sonido de la trompeta; pero que la chispa del pastor ó la zorra de Sanson hubieran incendiado. Aquella fortaleza de espinos secos tenia dos ó tres anchas puertas siempre abiertas, y donde sin duda velaban siempre de noche los centinelas árabes. Al pasar delante de aquellas puertas, vimos sobre los anchos techos de algunas chozas de barro, todas las mugeres y los muchachos de la ciudad del desierto, agrupados en las mas pintorescas ac-

titudes, que se apiñaban y se levantaban unos en brazos de otros para vernos pasar. Aquellas mugeres, cuyas espaldas y piernas iban desnudas, llevaban por único vestido un pedazo de tela de algodón azul, ceñida al talle con un cinturon de cuero; - los brazos y las piernas rodeadas de muchos brazaletes de oro y plata, el cabello revuelto y flotando sobre el cuello; algunas le llevaban trenzado y entretrejido con piastras y sequés, en inmensa profusion, que caian como una coraza sobre su pecho y sus hombros. Algunas habia singularmente hermosas; pero no tienen aquel aire de dulzura, de tímida modestia y voluptuosa languidez de las mugeres árabes de la Siria. No son mugeres, son las hembras de los bárbaros; tienen en los ojos y en la actitud el mismo fuego, la misma osadía, la misma ferocidad que el beduino. Entre ellas habia muchas negras, y no parecian esclavas: los beduinos se casan igualmente con las negras ó con las blancas, y el color no establece las clases; aquellas mugeres lanzaban ásperos gritos y se reian al vernos pasar; los hombres, por el contrario, parecia que reprobaban su indiscreta curiosidad, y solo nos manifestaban gravedad y respeto. No léjos de las murallas de espinos, pasamos por junto á dos ó tres casas de jeques, hechas con barro desecado al sol y de pocos piés de elevacion; la azotea, cubierta de alfombras y de esteras, es la pieza principal, y donde casi siempre está la familia dia y noche:

delante de la puerta hay un aneho banco de barro desecado donde se estiende un tapiz para el jefe, quien se establece en él desde por la mañana, rodeado de sus principales esclavos y visitado por sus amigos: el café y la pipa humean allí sin cesar. Un gran patio lleno de caballos, de camellos, de cabras y de vacas, rodea la casa: siempre hay dos ó tres hermosas lleguas ensilladas y puesto el freno para si quiere salir el amo.

Solo nos detuvimos algunos momentos junto al palacio de barro del jeque; quien nos ofreció agua, café, pipas, é hizo matar un becerro y varios carneros para nuestra caravana. Tambien recibimos de regalo granos de maiz tostados, pollos y sandias; luego salimos precedidos por el jeque, y unos quince ó veinte de los principales árabes de la ciudad; hallamos algunos sembrados de maiz y de mijo, bien cultivados en las cercanías de Jericó; algunos huertos de granados y de naranjos; varias hermosas palmeras rodean tambien las casas esparcidas al rededor de la ciudad; luego todo es desierto y arena. Este desierto es una inmensa llanura con muchas gradas que van bajando sucesivamente hasta el Jordan como verdaderos escalones naturales; los ojos no ven mas que una llanura lisa; pero despues de haber andado una hora, se halla uno de repente á la vera de uno de aquellos terrados; se baja una rápida cuesta, se anda toda-

vía una hora, luego llega una nueva cuesta y así sucesivamente. El piso es una arena blanca, sólida y cubierta de una corteza conereta y salina, producida, sin duda, por las nieblas del mar Muerto que, evaporándose, dejan aquella corteza de sal; no hay piedra ni tierra, escepto al acercarse à las orillas del rio ó de las montañas; por todas partes se tiene un horizonte bastante vasto, y desde muy léjos se puede distinguir un árabe galopando en el llano.

Como este desierto es el teatro de sus correrías, del pillage y destruccion de las caravanas que van de Jerusalem á Damasco, ó de Mesopotamia á Egipto, los árabes se han aprovechado de algunos cerros formados por la arena movediza, y han formado de esta suerte otros facticios para ocultarse de las miradas de las caravanas y observarlas desde mas léjos; abren un agujero en la arena en la cima de esos cerros, y en él se meten con sus caballos. Apenas divisan una presa, se abalanzan con la rapidez del halcon, van á avisar á su tribu y vuelven juntos al ataque; esta es su única industria, su única gloria; su civilizacion peculiar es el homicidio y el pillage, y tanta estima hacen ellos de sus triunfos en este género de proezas como nuestros conquistadores de la conquista de una provincia. Sus poetas, porque los tienen, celebran en sus versos estas escenas de barbarie, y trasmiten, de una á otra generacion, el recuerdo, glorioso para ellos, de su

valor y de sus crímenes. Los caballos sobre todo, tienen su parte de gloria en aquellas poéticas relaciones; he aquí una que nos contó en el camino el hijo del jeque:

“Un árabe y su tribu habian atacado en el desierto la caravana de Damasco; la victoria fué completa, y ya los árabes estaban cargando su rico botín, cuando la caballería del bajá de Acre, que acudia al encuentro de aquella caravana, se precipitó de improviso sobre los árabes victoriosos, dió muerte á muchos de ellos, hizo prisioneros á los demas, y habiéndolos amarrado con cuerdas, se los llevó á Acre para ofrecérselos en regalo al bajá. Abou-el-Masch, que así se llamaba el árabe de quien nos hablaba, habia recibido una bala durante el combate; como su herida no era mortal, los turcos le ataron sobre un camello, y habiéndose apoderado del caballo, se le llevaron tambien consigo. Al anochecer del dia en que debian entrar en Acre, se acamparon con sus prisioneros en las montañas de Safadt; el árabe herido tenia las piernas atadas con una correa y estaba tendido junto á la tienda donde dormian los turcos. Durante la noche, como el dolor de su herida le tenia despierto, oyó relinchar á su caballo entre los otros caballos maniatados al rededor de las tiendas, segun el uso de los orientales; reconoció su voz y no pudiendo resistir al deseo de ir á hablar todavia una

vez al compañero de su vida, logró á duras penas, arrastrándose sobre las manos y las rodillas llegar hasta su corcel. "Pobre amigo mio, le dijo, ¿qué harás entre los turcos? Te encarcelarán bajo las bóvedas de un kan con los caballos de un aga ó de un bajá; las mugeres y los niños no te llevarán la leche de camello, la cebada ó el maiz en la palma de la mano; no volverás á correr libre por el desierto como el viento de Egipto, no hendirás con el pecho el agua del Jordan que refrescaba tu pelo tan blanco como tu espuma; — ¡á lo ménos, si yo soy esclavo sé tú libre! Mira, vete, vuelve á la tienda que conoces, ve á decir á mi muger que Abou-el-Marsch no volverá nunca, y pasa tu cabeza entre las cortinas de la tienda para lamer la mano de mis hijuelos! Esto diciendo, Abou-el-Marsch habia roido con sus dientes la cuerda de pelo de cabra que sirve de trabas á los caballos árabes, y el animal quedó libre; pero viendo á su amo herido y atado á sus pies, el leal é inteligente corcel comprendió, con su instinto, lo que ninguna lengua podia explicarle; bajó la cabeza, olfateó á su amo y asiéndole con los dientes por la correa que llevaba á la cintura, partió á galope y lo llevó hasta sus tiendas. Al llegar, y depuesto que hubo á su amo en la arena á los pies de su muger y de sus hijos, el caballo espiró de cansancio; toda la tribu le lloró, los poetas le cantaron, y su nombre está constantemente en la boca de los arabes de Jericó."

Ninguna idea tenemos en Europa del grado de inteligencia y apego á que la costumbre de vivir con la familia, de ser acariciado por los niños, sustentado por las mugeres, reprendido ó animado por la voz del amo, pueden elevar el instinto del caballo árabe. El animal es, por su raza misma, mas inteligente y manso que las razas de nuestros climas; lo mismo sucede con todos los animales en Arabia: la naturaleza ó el cielo les han dado mas instinto, mas fraternidad para el hombre que en nuestros países: se acuerdan mas de los dias del Eden en que estaban sometidos voluntariamente al dominio del rey de la naturaleza. Yo mismo he visto muchas veces, en Siria, pájaros cogidos á la mañana por los muchachos y perfectamente domesticados por la tarde, sin tener ya necesidad de jaula ni de hilo en las patas para retenerlos con la familia que los adopta; antes bien, volando libres entre los naranjos y las moreras del huerto, y acudiendo á la voz á posarse en el dedo de los niños ó en la cabeza de las muchachas.

El caballo del jeque de Jericó, que compré y monté, me conocia al cabo de pocos dias, por su amo; ya no queria dejarse montar por nadie mas, y atravesaba toda la caravana para acudir a mi voz aunque mi lengua era estraña para él. Manso y cariñoso para mí, y acostumbrado á los cuidados de mis árabes, caminaba tranquilo y sosegado.

en su puesto en la caravana, mientras no halláramos mas que turcos, árabes vestidos á la turca, ó sirios; pero si, aun pasado un año, llegaba a ver un beduino, montado en un cabllo del desierto, de repente parecia otro animal; sus ojos se inflamaban, se hinchaba su cuello, su cola se alzaba y azotaba sus hijares como un látigo; se ponía de manos y así andaba muchos pasos: no relinchaba, pero escataba un grito belicoso como el de una trompeta de cobre, — un grito tal que espantaba a todos los caballos, que se paraban aguzando las orejas para escucharle.

La misma fecha.

Al cabo de cinco horas de marcha, durante las cuales parecia que el rio se iba siempre alejando de nosotros, llegamos á la última meseta, á cuyo pié debia correr aquel, pero aunque no estábamos ya mas que á dos ó trescientos pasos de él, no veíamos mas que el llano y el desierto delante de nosotros, y ninguna señal de valle ni de rio. Esta ilusion del desierto es, en mi concepto, lo que ha hecho decir y creer á algunos viajeros que le Jordan arrastra sus aguas fangosas por un cauce de guijarros y entre márgenes de arena en el desierto de Jericó. Aquellos viajeros no lograron

llegar hasta el rio, y viendo de lejos un vasto mar de arena, no pudiendo imaginarse que un fresco, profundo, frondoso y bello jardin se hallaba entre los mesetas de aquel monótono desierto, y cubria las márgenes del Jordan con cortinas de verdura que le envidiaria el mismo Támesis; y sin embargo así es la verdad.

Confundidos y encantados quedamos cuando llegado que hubimos al borde la última meseta que remata de repente siguiéndole una vega tajada verticalmente, tuvimos á la vista uno de los mas graciosos valles en que jamas han descansado nuestras miradas: precipitámonos á él al galope de nuestros caballos, atraidos por la novedad del espectáculo y por el halago de la frescura, de la humedad y de la sombra de que todo aquel valle estaba lleno; por donde quiera no se veian mas que praderas de la mas hermosa verdura, salpicadas de juncos en flor y plantas bulbosas cuyas anchas y brillantes corolas sembraban de estrellas de todos colores el cespèd y el pié de los árboles; — bosquecillos de arbustos de largos tallos flexibles, cayendo como penachos alrededor de sus multiplicados troncos; — grandes abedules de Paris, de ligero follage, no alzándose en pirámides como nuestros abedules podados, sino estendiendo libremente, por todos lados, sus nervudos miembros co-

mo los de las encinas, y cuya corteza, lisa y blanca, brillaba à los móviles rayos del sol matinal; bosques de sauces de todas especies y de grandes mimbrés, tan espesos que era imposible penetrar en ellos, tan apiñados estaban los árboles y tan intrincada red formaban las innumerables plantas rastreras que serpeaban à sus piés y se entretejían de una à otra rama.

Aquellos bosques se estendían hasta perderse de vista à los dos lados del río. Fué nos preciso aparearnos y establecer nuestro campamento en uno de los claros del bosque, para penetrar à pié hasta lo corriente del Jordan que oíamos sin verla. Avanzamos con trabajo, ya entre la maleza, ya entre las altas junqueras, hasta que hallamos al pié un sitio donde solo el césped rodeaba las aguas, y mojamos nuestros piés y nuestras manos en el río. Puede este tener de ciento à ciento veinte piés de anchura; su profundidad parece considerable, su corriente es rápida como la del Ródano en Ginebra; sus aguas son de un color azul pálido, y están ligeramente empañadas por la mezcla de las tierras grises que atraviesa y de las que à cada momento oíamos desmoronarse en las aguas enormes fragmentos; sus orillas son verticales, pero el río las llena hasta el pié de los juncos y de los árboles de que están cubiertas. Estos árboles, minados à cada instante por las aguas, dejaban pender

sobre ellas sus raíces; desarraigados muchas veces, y careciendo de apoyo en la tierra que se desmorona, se inclinan sobre las aguas con todas sus ramas y todas sus hojas que entran en ellas, y lanzan especies de arcos de verdura de una à otra margen.

De cuando en cuando uno de aquellos árboles es arrebatado con la porción del suelo que le sostiene, y boga todo hojoso sobre el río con sus enredaderas arrancadas y enganchadas à sus ramos, sus nidos sumergidos y sus pájaros todavía encaramados à sus ramas; varios vimos pasar en las pocas horas que pasamos en aquella encantadora vega. El bosque sigue todas las sinuosidades del Jordan, y por do quiera le teje una perpetua guirnalda de ramos y de hojas que se bañan en el agua y hacen murmurar sus ligeras olas. Una innumerable cantidad de pájaros habita aquellas impenetrables selvas. Los árabes nos previenen que no nos separemos de nuestras armas y que avancemos con cautela, porque aquellas espesuras son el asilo de algunos leones, onzas y panteras. Ninguno vimos, pero muchas veces oímos entre la maleza rugidos semejantes à los de estas fieras, y un ruido parecido al que hacen penetrando en lo intrincado de los profundos bosques. Recorrimos, durante una ó dos horas, las partes accesibles de la orilla de aquel hermoso río. En algunos sitios los árabes de las tribus salvages de las montañas de la Arabia Petrea,

à cuyo pié nos hallábamos, habian incendiado el bosque para penetrar en él ó para coger leña; veíanse muchos troncos calcinados solamente por la corteza; pero los nuevos retoños habian brotado alrededor de los árboles quemados, y las plantas rastroeras de aquel fértil suelo habian ya enlazado de tal suerte los árboles muertos y los nuevos, que el bosque ofrecia un aspecto mas original, sin ser por eso ménos grandioso y rico. Hicimos una amplia provision de ramas de sauces, de álamos, de todos los árboles de largo tronco y hermosa corteza, cuyos nombres ignoro, para hacer regalos á nuestros amigos de Europa, y volvimos al campamento que nuestros árabes habian trasladado á otra parte durante nuestra escursion por la orilla del rio.

Habian descubierto un sitio todavía mas gracioso y propio para platar nuestras tiendas que todos los que acabábamos de recorrer, que era una pradera cubierta de una yerba tan fina y tupida como si la hubiera pastado un rebaño de ovejas. De trecho en trecho, diseminados en aquella pradera algunos arbustos de ancha hoja, de algunos ramilletes de plátanos y sicomoros proyectaban una mancha de sombra sobre la yerba donde podíamos tendernos y poner los caballos al fresco. El Jordan, cuya corriente no distaba mas que uos veinte pasos, habia abierto un pequeño golfo poco profundo en medio del claro, y sus aguas iban allí

á girar al pié de dos ó tres altos abedules. Una suave pendiente conducia hasta el rio, y nos permitia conducir á él uno á uno nuestros caballos sedientos, é ir á bañarnos nosotros. Pusimos allí nuestras tiendas y nos detuvimos todo el dia.

Al dia siguiente, 2 de Noviembre, continuamos nuestro camino, dirigiéndonos hácia las mas altas montañas de la Arabia Petrea, dejando y volviendo á hallar el Jordan, segun las sinuosidades de su corriente, y acercándonos al mar Muerto. No lejos de la corriente del rio, en un punto del desierto que no sé como designar, se ven los restos todavía imponentes de un castillo de los cruzados, construido por ellos probablemente para guardar este camino. Estas ruinas no están habitadas y pueden servir de asilo á los árabes emboscados para despojar las caravanas: produce, en medio de aquellas olas de arena, el efecto de un casco de un buque, abandonado en el horizonte del mar. Al acercarse al mar Muerto, las ondulaciones del terreno disminuyen, la pendiente se inclina insensiblemente hácia lo orilla; la arena se hace esponjosa, y los caballos, cuyos piés se hundén á cada paso, avanzan á duras penas. Cuando vimos en fin la reverberacion de las aguas no pudimos contener nuestra impaciencia, partimos á galope para precipitarnos en las primeras olas que dormian delante de nosotros brillantes como plomo derretido so-

bre la arena. El jeque de Jericó y sus árabes, que continuaban siguiéndonos, creyendo que queríamos correr el djerid con ellos, partieron entonces al mismo tiempo en todas direcciones por la llanura, y volviendo sobre nosotros y prorumpiendo en gritos, blandian sus lanzas de caña como si hubieran querido traspasarnos con ellas; luego, parando de repente sus caballos y haciéndoles ponerse de manos, dejaban pasar y partían á escape para volver de nuevo. Llegué el primero, gracias á la ligereza de mi caballo turcomano; pero á treinta ó cuarenta pasos de las olas, el cauce de arena mezclada con tierra es tan húmedo y tiene un fondo tan pantanoso, que mi caballo se hundía hasta la barriga y temí sumergirme. Volví atrás y apeándome de mi caballo, nos acercamos á pié á la playa. Muchos viajeros han descrito el mar Muerto: yo no he anotado ni su peso específico, ni la cantidad de sal relativa que contienen sus aguas: no iba yo á buscar allí ni ciencia ni crítica; iba simplemente porque aquel mar estaba en mi camino, porque estaba en medio de un desierto famoso, y porque él también era famoso por haberse tragado las ciudades que se elevaron antiguamente allí donde yo veía extenderse sus olas inmóviles. Sus orillas son chatas por el lado de Levante y del Poniente; al Norte y al Mediodía, las altas montañas de Judea y de Arabia la ciñen y descenden casi hasta sus olas.

Las de Arabia sin embargo se alejan de ellas un poco mas, sobre todo por el lado de la desembocadura del Jordan, donde estábamos entonces. Estas orillas están enteramente desiertas; el aire es en ellas fétido y malsano: nosotros mismos experimentamos su influencia durante los dias que pasamos en aquel desierto. Una gran pesadez de cabeza y un sentimiento febril nos atacó á todos y no nos abandonó hasta que salimos de aquella atmósfera. No se ve en aquel mar ninguna isla; sin embargo, al ponerse el sol, creí desde lo alto de un cerro de arena distinguir dos en el confin del horizonte, hácia el lado de la Idumea: los árabes no lo saben. El mar tiene, en esta parte, treinta leguas de largo por lo ménos, y nunca se aventuran á seguir tan lejos su ribera. Ningun viajero ha podido nunca acometer una circunnavegacion del mar Muerto; ni aun ha sido visto nunca por su otra estremidad, ni por sus orillas de Judea y de Arabia. Creo que somos los primeros que hemos podido, en toda libertad, esplorarle bajo los tres aspectos; y si hubiéramos tenido algun tiempo á nuestra disposicion, nada nos hubiera impedido hacer venir tablas de pino del Líbano, de Jerusalem, ó de Jafa, hacer construir una chalupa y visitar en paz todas las costas de este maravilloso Mediterráneo. Los árabes, que generalmente no dejan á los viajeros acercarse, y cuyas preocupaciones se oponen á que nadie intente navegar en

aquel mar, estaban de tal modo sumisos á nuestras menores voluntades, que no hubieran opuesto ningun obstáculo á nuestra tentativa. Seguramente lo hubiera ejecutado si hubiera podido preveer la acogida que hallamos entre aquellos árabes; pero ya era tarde; hubiera sido preciso enviar á Jerusalem por carpinteros para construir la barca, lo que nos hubiera llevado, con la navegacion, por lo ménos tres semanas, y teníamos los dias contados: renuncié, pues, á ello con sentimiento. Un viagero, en las mismas circunstancias que yo, fácilmente podrá realizarlo, y derramar sobre este fenómeno natural y sobre esta cuestion geográfica, las luces que hace tanto tiempo solicitan la crítica y la ciencia.

El aspecto del mar Muerto no es triste, ni fúnebre, salvo para la imaginacion. A la vista, es un lago deslumbrador, cuya inmensa y plateada sábana de agua representa la luz y el cielo como un espejo de Venecia; hermosas montañas proyectan su sombra hasta sobre sus orillas: se dice que no hay pescados en su seno, ni pájaros en sus riberas:—no lo sé, no ví ni procelarias, ni gaviotas, ni aquellos hermosos pájaros blancos, semejantes á palomas marinas, que nadan todo el dia sobre las olas del mar de Siria y acompañan á los caiques sobre el Bósforo; pero á algunos centenares de pasos del mar Muerto, maté con mi escopeta unos pájaros parecidos á patos silvestres que se

alzaban de las pantanosas orillas del Jordan. Si el aire del mar fuera mortal para ellos, no irian tan cerca á arrostrar sus vapores mefíticos. Tampoco ví aquellas ruinas de ciudades devoradas que se ven, dicen, á poca profundidad debajo de las aguas: los árabes que me acompañaban aseguran que se descubren algunas veces. Mucho tiempo seguí las orillas de aquel mar, ya por el lado del Arabia, donde está la desembocadura del Jordan (este verdaderamente es allí, como lo describen los viageros, una charca de agua sucia en un cauce de barro), ya del lado de las montañas de Judea, donde las márgenes se elevan y toman á veces la forma de los ligeros méganos del Oceano. En todas partes nos ofreció la superficie del agua el mismo aspecto: brillo, azur é inmovilidad:—verdaderamente los hombres han conservado la facultad que Dios les dió en el Génesis de llamar á las cosas por sus nobres. Este mar es hermoso; resplandece, inunda, con la reflexion de sus aguas, el inmenso desierto que cubre; atrae la vista, conmueve la fantasía, pero está muerto; le faltan movimiento y ruido; sus aguas, demasiado pesadas para el viento, no se desarrollan en sonoras ondas, y jamas la blanca cintura de su espuma juega sobre las guijas de sus márgenes:—es un mar petrificado.

¿Cómo se ha formado? Probablemente, como dice la Biblia y como dice la verosimilitud; vasto

centro de las cordilleras volcánicas que se estien-
den de Jerusalem á Mesopotamia, y del Líbano á
la Idumea, un cráter se habrá abierto en su seno
en los tiempos en que siete ciudades poblaban su
llanura. Las ciudades serian destruidas por el ter-
remoto; el Jordan, que segun todas las probabilida-
des, corria entonces por estos llanos, é iba á de-
sembocar en el mar Rojo, atajado de repente por
los collados volcánicos salidos de la tierra, y pre-
cipitándose en los cráteres de Sodoma y Gomorra,
formaria este mar corrompido por la sal, el azufre
y el betun, alimentos ó productos ordinarios de los
volcanes; tal es el hecho, tal es la verosimilitud.
Esto nada añade ni quita á la accion de aquella
soberana y eterna voluntad que unos llaman mi-
lagro y otros naturaleza.—Naturaleza y milagro
¿no es todo uno? ¿Y qué otra cosa es el univer-
so mas que un milagro eterno y de todos los mo-
mentos?

La misma fecha.

Volvemos por la parte septentrional del mar
Muerto, del lado del valle de San Saba. El de-
sierto en esta parte es mucho mas escabroso; está
surcado de enormes olas de tierra y de arena que
á cada instante nos es preciso torcer ó salvar. La

hilera de nuestra caravana se dibuja ondulosamen-
te sobre la espalda de esas olas, como una larga
flota en un mar alborotado, cuyos diferentes bu-
ques se ven y se pierden vista sucesivamente en
los pliegues de la marejada. Al cabo de tres ho-
ras de camino, á veces por pequeñas llanuras don-
de corremos á galope, á veces á la vera de hondos
barrancos de arena donde ruedan algunos de nues-
tros caballos, vemos delante de nosotros el humo de
las casas de Jericó. Los árabes se destacan y huyen
hácia aquel humo: dos solamente se quedan con no-
sotros para enseñarnos el camino. Al acercarnos á
Jericó, los principales vecinos árabes vuelven á sa-
lirnos al encuentro. Nos acampamos en medio de
un prado á que dan sombra algunas palmeras y
por donde corre un riachuelo. Pronto están alza-
das nuestras tiendas, y hallamos una cena prepa-
rada, gracias á los regalos de todo género que han
traido los árabes á nuestro campamento. El ára-
be que montaba el hermoso caballo que yo desea-
ba adquirir, habia mostrado admirar el caballo
turcomano que yo habia montado la víspera. Há-
bilmente traída la conversacion sobre nuestros ca-
ballos mútuos, hacen los árabes el elogio de varios
de los míos: propóngole trocar el suyo por el caba-
llo turcomano; toda la tarde discutimos sobre lo que
le he de dar encima, y nada se decide aún. Cada
vez que me estiendo hasta el precio que pide, mani-
fieste un sentimiento tan grande de deshacerse de su

caballo, que vamos á acostarnos sin resolver nada. A la mañana siguiente, en el momento de la partida, ensillados y montados todos los caballos, vuelvo otra vez á la carga; determínase en fin, á montar mi caballo turcomano, le hace galopar por el llano, y seducido por las brillantes cualidades del animal, me envia el suyo con su hijo: le entrego novecientas piastras, monto á caballo y me pongo en camino. Parece que toda la tribu le ve partir con sentimiento: los niños le hablaban, las mugeres le señalaban con el dedo, el jeque volvía sin cesar á mirarle y á hacerle ciertos signos cabalísticos que los árabes tienen siempre la precaucion de hacer á los caballos que venden ó compran. El mismo animal parecia que comprendía la separacion, y bajaba tristemente su cabeza coronada de una soberbia crin, mirando á derecha é izquierda el desierto con ojos mustios é inquietos. El ojo de los caballos árabes es toda una lengua;—con sus hermosos ojos, cuya niña de fuego se desprende del fondo blanco, ancho y jaspeado de sangre, de la órbita, lo dicen y lo comprenden todo.

Hacia algunos dias que yo habia cesado de montar aquel de mis caballos que preferia á todos los demas. Por efecto de las innumerables supersticiones árabes hay setenta signos buenos ó malos para el horóscopo de un caballo, y esta es una ciencia que poseen casi todos los hombres del desier-

to. El caballo de que hablo, y al que puse el nombre de Líbano, porque le habia comprado en aquellas montañas, era un soberbio potro, alto, fuerte, valiente, infatigable y manso, y en quien jamas he reconocido la sombra de un resabio durante quince meses que le he montado; pero tenia en el pecho, en la disposicion accidental de su hermoso pelo gris ceniciento, una de aquellas espigas que los árabes han colocado en el número de los signos funestos. Ya me lo habian avisado al comprarle; pero le adquirí alegando esta razon muy sencilla y al alcance de aquellas gentes:—que un signo funesto para un mahometano era un signo favorable para un cristiano: nada habian hallado que responder, y montaba mi Líbano siempre que tenia que andar jornadas mas largas ó mas malas que las otras. Cuando nos acercábamos a una ciudad ó a una tribu, y nos salian al encuentro de la caravana los árabes ó los turcos, sorprendidos de la hermosura y vigor de Líbano, empezaban a darme el parabien y por admirarle con ojos de envidia; pero despues de algunos momentos de admiracion, el signo fatal, que sin embargo estaba algo encubierto por el pretal de seda y el amuleto suspendido al cuello que lleva todo caballo siempre, llegaba á descubrirse, y los árabes, acercándose á mí, mudaban de semblante, se me mostraban graves y afligidos, y me hacian señas de no volver á montar aquel caballo. Esto era poco importante en Siria; pero en

la Judea y en las tribus del desierto, temia que esto pusiese en lenguas mi consideracion y destruyese el respeto y prestigio de obediencia que nos rodeaban, por lo cual cesé de montarle y le hacia llevar de mano en mi comitiva. No dudo que debimos una gran parte de la deferencia y del temor con que siempre nos trataron, á la hermosura de los doce ó quince caballos árabes que montábamos ó que nos seguian. Un caballo en Arabia es el caudal de un hombre; tener un caballo lo supone todo, equivale á todo, y así se formaban una alta idea de un franco que poseia tantos caballos y tan hermosos como los de su jeque y los de bajá.

Volvemos á Jerusalem por aquel mismo valle que cruzamos de noche al llegar á ella. Antes de entrar en la primera garganta de las montañas, en una ancha y hermosa meseta que domina el llano, vemos evidentes vestigios de antiguas construcciones, y suponemos que aquel es el verdadero solar de la antigua Jericó. Se han necesitado grandes progresos de civilizacion para edificar las ciudades en los llanos:—casi nunca se engaña uno buscando las ciudades antiguas en las alturas.

En esta garganta coloca la tierna parábola del Samaritano la escena del homicidio y de la caridad. Parece que desde los tiempos del Evangelio estos valles tenian mala fama.

—Dia fatigoso por la monotonía de catorce horas de camino y por el excesivo ardor del sol re-

verberado por las escarpadas laderas de los valles; á nadie encontramos en estas catorce horas mas que á un pastor árabe que estaba apacentando un innumerable rebaño de cabras negras en la cima de un collado.

2 de Noviembre, acampado junto á la piscina de Salomon, bajo las murallas de Jerusalem.

Queriamos consagrar un dia á la oracion en aquel sitio hácia el cual todos los cristianos se vuelven orando, como los mahometanos se vuelven hácia la Meca. Rogamos al religioso que desempeñaba, él solo, el cargo de cura en Jerusalem, que celebrase, por nuestros parientes vivos y muertos, por nuestros amigos de todos los tiempos y de todos los lugares, por nosotros mismos, en fin, la conmemoracion del grande y doloroso sacrificio que regó aquel suelo con la sangre del Justo para hacer germinar en su seno la caridad y la esperanza: todos asistimos á la misa con los sentimientos que nuestros dolores, nuestros recuerdos, nuestras pérdidas, nuestros deseos y nuestras diversas medidas de piedad y creencia, nos inspiraban á cada cual: elegimos por templo y por altar la gruta de Getsemaní, en lo hondo del valle de Josafat:—á esta caverna del pié del monte de los Olivos se retiraba

la Judea y en las tribus del desierto, temia que esto pusiese en lenguas mi consideracion y destruyese el respeto y prestigio de obediencia que nos rodeaban, por lo cual cesé de montarle y le hacia llevar de mano en mi comitiva. No dudo que debimos una gran parte de la deferencia y del temor con que siempre nos trataron, á la hermosura de los doce ó quince caballos árabes que montábamos ó que nos seguian. Un caballo en Arabia es el caudal de un hombre; tener un caballo lo supone todo, equivale á todo, y así se formaban una alta idea de un franco que poseia tantos caballos y tan hermosos como los de su jeque y los de bajá.

Volvemos á Jerusalem por aquel mismo valle que cruzamos de noche al llegar á ella. Antes de entrar en la primera garganta de las montañas, en una ancha y hermosa meseta que domina el llano, vemos evidentes vestigios de antiguas construcciones, y suponemos que aquel es el verdadero solar de la antigua Jericó. Se han necesitado grandes progresos de civilizacion para edificar las ciudades en los llanos:—casi nunca se engaña uno buscando las ciudades antiguas en las alturas.

En esta garganta coloca la tierna parábola del Samaritano la escena del homicidio y de la caridad. Parece que desde los tiempos del Evangelio estos valles tenian mala fama.

—Dia fatigoso por la monotonía de catorce horas de camino y por el excesivo ardor del sol re-

verberado por las escarpadas laderas de los valles; á nadie encontramos en estas catorce horas mas que á un pastor árabe que estaba apacentando un innumerable rebaño de cabras negras en la cima de un collado.

2 de Noviembre, acampado junto á la piscina de Salomon, bajo las murallas de Jerusalem.

Queriamos consagrar un dia á la oracion en aquel sitio hácia el cual todos los cristianos se vuelven orando, como los mahometanos se vuelven hácia la Meca. Rogamos al religioso que desempeñaba, él solo, el cargo de cura en Jerusalem, que celebrase, por nuestros parientes vivos y muertos, por nuestros amigos de todos los tiempos y de todos los lugares, por nosotros mismos, en fin, la conmemoracion del grande y doloroso sacrificio que regó aquel suelo con la sangre del Justo para hacer germinar en su seno la caridad y la esperanza: todos asistimos á la misa con los sentimientos que nuestros dolores, nuestros recuerdos, nuestras pérdidas, nuestros deseos y nuestras diversas medidas de piedad y creencia, nos inspiraban á cada cual: elegimos por templo y por altar la gruta de Getsemaní, en lo hondo del valle de Josafat:—á esta caverna del pié del monte de los Olivos se retiraba

Cristo, segun las tradiciones, para sustraerse á veces á la persecucion de sus enemigos y á la importunidad de sus discípulos; allí se engolfaba en sus celestiales pensamientos y pedia á su Padre que el caliz demasiado amargo que él mismo habia llenado, como todos nosotros llenamos el nuestro pasase léjos de sus lábios; allí dijo á sus tres amigos, la víspera de su muerte, que se estuviesen á un lado y no se durmiesen, y tres veces tuvo que despertarlos; tan fácil es de adormecer el celo de la caridad humana; allí, en fin, pasó aquellas terribles horas de la agonía, lucha inefable entre la vida y la muerte, entre la voluntad y el instinto, entre el alma que quiere emanciparse y la materia que resiste porque es ciega;—allí sudó sangre y agua, y cansado de pelear consigo mismo sin que la victoria de la inteligencia diese paz á sus pensamientos, dijo aquellas palabras finales, aquellas palabras que reasume todo el hombre y todo Dios, aquellas palabras que han llegado á ser la sabiduría de todos los sabios, y que deberian ser al epitafio de todas las vidas, y la inscripcion única de todas las cosas creadas:—¡Padre mio! ¡hágase vuestra voluntad y no la mia!

El lugar de esta gruta abierta en el peñasco del Cedron, es uno de los mas probables y mejor justificado por el aspecto de los sitios, de todos los que la piadosa credulidad popular ha asignado á cada una de las escenas del drama evangélico. Aquel

es verdaderamente el valle sentado á la sombra de la muerte, el abismo escondido bajo los muros de la ciudad, el hueco mas profundo y verosimilmente entónces el mas evitado por los hombres, donde Cristo, que debia tener por enemigos á todos los hombres, porque veuia á atacar todas sus mentiras, debió buscar á veces un abrigo y recogerse en sí mismo para meditar, orar y sufrir! el torrente impuro del Cedron corre algunos pasos. Entónces no era mas que un basurero de Jerusalem: allí se repliega la colina de los Olivos para unirse con las colinas en que están las sepulturas de los reyes, y forma como un hondo recodo donde grandes masas de olivos, de terebintos y de higueras, y aquellos árboles frutales que el pobre pueblo cultiva siempre, en el polvo mismo del peñasco en las cercanías de una gran ciudad, debian ocultar la entrada de la gruta; aquel sitio, ademas, no se alteró ni dejó de ser reconocible con las ruinas que sepultaron á Jerusalem. Los discípulos que habian velado y orado con Cristo pudieron volver y decir, señalando el peñasco y los arboles:—¡Allí era!—Un valle no se borra como una calle, y el menor peñasco dura mas que el templo mas magnífico.

La gruta de Getsemaní y el peñasco que la cubre están rodeados ahora por las tapias de una capillita cerrada con llave, la cual llave permanece en poder de los religiosos latinos de Jerusalem. Esta gruta y los siete olivos del campo ve-

cino les pertenecen; la puerta labrada en la peña se abre sobre el patio de otro piadoso santuario que se llama el sepulcro de la Virgen; este pertenece á los griegos; la gruta es profunda y alta, y está dividida en dos cavidades que comunican entre sí por medio de una especie de pórtico subterráneo. Hay muchos altares labrados tambien en la roca viva, nadie ha desfigurado este santuario dado por la naturaleza, con tantos ornatos artificiales como todos los demas santuarios del Santo Sepulcro; la bóveda, el piso y las paredes son la roca misma, destilando todavía, como lágrimas, la humedad cavernosa de la tierra que lo rodea; solamente han aplicado, encima de cada altar, una mala representacion en láminas de cobre pintado de color de carne, y de tamaño natural, de la escena de la agonía de Cristo, con los ángeles que le presentan el cáliz de la muerte; si se arrancasen estas malas figuras que destruyen las que la imaginacion piadosa gusta de crear-se en la sombra de aquella gruta vacia; si dejaran á las miradas húmedas de llanto subir libremente y sin imágenes sensibles hácia el pensamiento de que está llena aquella noche, esta gruta seria la mas intacta y religiosa reliquia de las colinas de Sion; ¡pero es preciso que los hombres estropeen siempre un poco todo lo que tocan! ¡Ah! ¡Si hubieran alterado y estropeado solamente las piedras

y las ruinas de estas escenas visibles! Pero ¿qué no han hecho con los dogmas, las doctrinas, los ejemplos de aquella religion de razon, de sencillez, de amor y de humildad que el Hijo del hombre les enseñó á precio de su sangre? Cuando Dios permite que una verdad se caiga sobre la tierra, los hombres empiezan por maldecir y lapidar al que la trae, luego se apoderan de aquella verdad que no han podido matar con él, porque la verdad es inmortal; pero como la piedra preciosa que los malhechores arrebatan al peregrino celeste, la engastan en tantos errores que no es posible reconocerla, hasta que de nuevo brille la luz sobre ella, y separando al cabo de siglos el diamante de su cerco, dice la filosofia:—Hé aquí lo cierto, hé aquí lo falso: esta es la verdad, éste es el error! Esta es la razon porque todas las religiones tienen dos naturalezas cuya asociacion admira à las inteligencias:—una naturaleza popular, milagros, leyendas supersticiosas, vergonzosas: impura liga con que los siglos de ignorancia y de tinieblas empañan el pensamiento del cielo; una naturaleza racional y filosófica que se descubre espléndida é inmutable, borrando con la mano el orín humano, y que, presentada á la luz eterna é incorruptible, que es la razon, la refleja pura y entera, é ilumina toda cosa y toda inteligencia con aquella claridad de verdad y amor en el fondo de la cual se ve y se ama al *Ser evidente*, Dios!

La misma fecha.

Existe, no léjos de la gruta de Getsemaní, un rinconcillo de tierra sombreado todavía por siete olivos, que las tradiciones populares señalan como los mismos árboles bajo los cuales se tendió y lloró Jesus. Estos olivos, en efecto, llevan impresa realmente en sus troncos y en sus inmensas raíces, la fecha de los diez y ocho siglos que han trascurrido desde aquella gran noche. Estos troncos son enormes y están formados, como todos los de los dañados olivos, de un gran número de tallos que parece que se han incorporado al árbol, bajo la misma corteza, y forman como un haz de columnas reunidas. Sus ramas están casi desecadas, pero todavía dan algunas aceitunas. Cogimos las que habia en el suelo debajo de los árboles; hicimos caer algunas con piadosa discreción, y nos llenamos con ellas los bolsillos para llevárselas, como reliquias de aquella tierra, á nuestros amigos. Concibo que sea cosa dulce para el alma cristiana orar revolviendo entre los dedos los huesos de las aceitunas de aquellos árboles, cuyas raíces regó y fecundizó acaso Jesus con sus lágrimas cuando por última vez oró sobre la tierra. Si estos no son los mismos troncos, son

probablemente retoños de aquellos árboles sagrados; pero nada prueba que no sean idénticamente los mismos. He recorrido todas las partes del mundo donde nace el olivo; este árbol vive siglos, y en ninguna parte he hallado otros mas gruesos, aunque plantados en un terreno pedregoso y árido. En la cima del Líbano he visto cedros que las tradiciones árabes hacen ascender á los años de Salomon. No hay en esto nada imposible; la naturaleza ha dado á ciertos vegetales mas duración que á los imperios; ciertas encinas han visto pasar muchas dinastías, y la bellota que pisamos con desden, el hueso de aceituna que revuelvo entre mis dedos, la manzana de cedro que barre el viento, se reproducirán, florecerán y cubrirán todavía la tierra con su sombra, cuando los centenares de generaciones que nos siguen hayan devuelto á la tierra este puñado de polvo que una á una le van robando. Esto no es una señal de desprecio de la creación hácia nosotros: la importancia relativa de los seres no se mide por la duración, sino por la intensidad de su existencia: mas vida hay en una hora de pensamiento, de contemplación, de oración ó de amor, que en una existencia toda entera de hombre puramente física: mas vida hay en un pensamiento que recorre el mundo y sube al cielo en un espacio de tiempo inapreciable, en la millonésima parte de un segundo, que en los

diez y ocho siglos de vegetacion de los olivos que estoy tocando, ó en los dos mil quinientos años de los cedros de Salomon.

La misma fecha.

He almorzado, sentado en las gradas de la fuente de Siloé: he escrito algunos versos, y luego los he rasgado y tirado al manantial. La palabra es un arma mellada:—los mas hermosos versos son los que no se pueden escribir. Las palabras de toda lengua son incompletas, y cada dia el corazon del hombre halla, en los matices de sus sentimientos, y la imaginacion en las impresiones de la naturaleza visible, cosas que la boca no puede espresar por falta de voces. El corazon y el pensamiento del hombre son un músico precisado á ejecutar una música infinita en un clave que no tiene mas que algunas notas. Mas vale callar: el silencio es una hermosa poesía en ciertos momentos: el espíritu la oye y Dios la comprende: basta.

La misma fecha.

Al salir del valle de Josafat, paso por junto al sepulcro de Absalon, que es un pedazo de peña tajado en el cuerpo mismo de la montaña de Siloé, y que no se ha desprendido de la roca primitiva que le sirve de base. Tiene sobre treinta piés de elevacion y veinte de ancho en todas sus faces. Lo digo á bulto, porque no mido nada; la toesa no sirve mas que para el arquitecto. La forma es una base cuadrada con una puerta griega en medio, una cornisa corintia y una pirámide en la cima.

Ningun carácter ofrece, romano ni griego:—apariencia grave, estraña, monumental y nueva como los monumentos egipcios. Los judíos no tuvieron arquitectura propia; tomaron algo del Egipto y de la Grecia, y sobre todo, á lo que creo, de las Indias. La clave de todo está en las Indias; me parece que á ellas asciende la generacion de los pensamientos y de las artes. Ellas han producido la Asiria, la Caldea, la Mesopotamia, la Siria, las grandes ciudades del desierto, como Balbec, luego el Egipto, luego las islas, como Creta y Chipre; luego la Etruria; luego Roma; luego llegó la noche, y el cristianismo, incubado primeramente por la filosofía platónica, luego por la bárbara ignorancia de la edad media, ha producido nuestra ci-

vilizacion y nuestras artes modernas. Nosotros somos jóvenes y estamos pasando apenas á la edad viril. Un mundo nuevo en el pensamiento, en las formas sociales y en las artes, saldrá, probablemente dentro de pocos siglos, de la gran ruina de la edad media, á la que estamos asistiendo. Se conoce que el mundo moral lleva su fruto, cuyo alumbramiento se efectuará en las convulsiones y el dolor; la palabra escrita y multiplicada por la prensa, llevando la discusion, el ecsámen y la crítica sobre todo, llamando la luz de todas las inteligencias sobre cada punto de hecho ó de duda en el mundo, trae invenciblemente la edad de razon para la humanidad, la revelacion á todos por medio de todos;—la reverberacion de la luz divina, que es razon y religion, por todos los centros de la humanidad.

Esceleste libro podria hacerse con la historia del espíritu divino en las diferentes faces de la humanidad, con la historia de la divinidad en el hombre, en la que se hallaria este principio religioso obrando primeramente en los primitivos tiempos conocidos de la humanidad por los instintos y por los impulsos ciegos; luego, cantando por la voz de los poetas, *mens diviniór*; luego, manifestándose en las tablas de los legisladores, ó en las iniciaciones misteriosas de las teocracias, indias, egipcias, hebraicas. Cuando sus formas mitológicas se desvanecen del entendimiento humano, desgastadas por el tiempo,

agotadas por la credulidad de los hombres, se le veria, diseminado y esparcido en las grandes escuelas filosóficas de la Grecia y de la Asia-Menor y en las sectas pitagóricas, buscar en vano símbolos universales hasta que el cristianismo reasumió toda verdad especulativa y contestada en estas dos grandes verdades prácticas é incontestables: adoracion de un Dios único; caridad y fraternidad entre todos los hombres. La misma religion cristiana, oscurecida y mezclada con errores, como toda doctrina que ha llegado á ser popular, por las credulidades de los siglos que ha atravesado, parece destinada á trasformarse, á volver á salir mas racional y pura, de los superabundantes misterios en que la han envuelto, y á confundir sus divinas claridades con la de la religiosa razon que ella, la primera, ha hecho brotar y elevado á tanta altura sobre el horizonte de la humanidad.

La misma fecha.

Un poco encima del nacimiento del valle del Cedron, al Norte de Jerusalem, atravesamos algunos campos de una tierra rojiza y mas fértil, cubierta de un olivar. A cosa de quinientos pasos de la ciudad, nos hallamos á la orilla de una profunda cantera, á la cual bajamos. A la izquierda, un

gran pedazo de peña, ricamente labrado, se extendia en toda la anchura de la cantera, y dejaba ver debajo una estrecha abertura, medio cerrada por la tierra y las piedras desmoronadas: apénas podia un hombre deslizarse por ella á rastras. Penetramos por ella; pero como no teniamos yescas ni hachas, volvimos á salir al instante y no visitamos las estancias interiores, que son los sepulcros de los reyes. El friso magníficamente tallado y de la mas primorosa ejecucion griega, que reina sobre el peñasco exterior, asigna á esta decoracion de los monumentos la época mas floreciente de las artes en Grecia; sin embargo, data tal vez de Salomon porque ¿quién puede saber lo que este gran príncipe tomó del genio de las Indias ó del Egipto?

3 de Noviembre, 1832.

La peste que asola cada vez con mas intensidad á Jerusalem y sus cercanías, no nos permite entrar en Belen, cuyo convento y santuario están cerrados. Montamos, sin embargo, á caballo por la tarde, y despues de haber atravesado un llano de unas dos leguas, que se estiende al oriente de Jerusalem, llegamos á una altura á corta distancia de Belen y desde donde se descubre perfectamente todo este pueblecito. Apenas estábamos sentados

en ella, cuando una numerosa cabalgata de árabes belenitas llega y pide serme presentada: despues de los cumplimientos acostumbrados, me dicen que vienen diputados cerca de mí por la poblacion de Belen para hacerme disminuir el impuesto que Ibrahim-Bajá ha echado á su pueblo; que saben, por la fama y por los árabes de Abugosh, su gefe, que Ibrahim-Bajá es mi amigo y no me desairará seguramente si solicito su indulgencia para ellos. Como los árabes belenitas son la mas detestable raza de estos paises, siempre en guerra con sus vecinos, siempre tiranizando y saqueando el convento latino de Belen y del desierto de San Juan, les respondo con gravedad, dirigiéndoles severas reconvenciones por sus rapiñas; que tomaré en consideracion su solicitud y que la presentaré al bajá, pero á condicion de que respetarán á los europeos, á los peregrinos, y sobre todo á los conventos de Belen y del desierto de San Juan; y que si cometen la menor violacion del domicilio de aquellos pobres religiosos, la resolucion de Ibrahim es exterminarlos hasta el último, ó echarlos á los desiertos de la Arabia Petrea. Añado, y me parece que esto les hace una viva impresion, que si no bastan las fuerzas de Ibrahim-Bajá, los bajás de Europa están decididos á ir en persona á castigarlos: entre tanto, los escito á pagar el tributo. Desde aquel dia hasta el de mi partida, tuve constantemente en

gran pedazo de peña, ricamente labrado, se extendia en toda la anchura de la cantera, y dejaba ver debajo una estrecha abertura, medio cerrada por la tierra y las piedras desmoronadas: apénas podia un hombre deslizarse por ella á rastras. Penetramos por ella; pero como no teniamos yescas ni hachas, volvimos á salir al instante y no visitamos las estancias interiores, que son los sepulcros de los reyes. El friso magníficamente tallado y de la mas primorosa ejecucion griega, que reina sobre el peñasco exterior, asigna á esta decoracion de los monumentos la época mas floreciente de las artes en Grecia; sin embargo, data tal vez de Salomon porque ¿quién puede saber lo que este gran príncipe tomó del genio de las Indias ó del Egipto?

3 de Noviembre, 1832.

La peste que asola cada vez con mas intensidad á Jerusalem y sus cercanías, no nos permite entrar en Belen, cuyo convento y santuario están cerrados. Montamos, sin embargo, á caballo por la tarde, y despues de haber atravesado un llano de unas dos leguas, que se estiende al oriente de Jerusalem, llegamos á una altura á corta distancia de Belen y desde donde se descubre perfectamente todo este pueblecito. Apenas estábamos sentados

en ella, cuando una numerosa cabalgata de árabes belenitas llega y pide serme presentada: despues de los cumplimientos acostumbrados, me dicen que vienen diputados cerca de mí por la poblacion de Belen para hacerme disminuir el impuesto que Ibrahim-Bajá ha echado á su pueblo; que saben, por la fama y por los árabes de Abugosh, su gefe, que Ibrahim-Bajá es mi amigo y no me desairará seguramente si solicito su indulgencia para ellos. Como los árabes belenitas son la mas detestable raza de estos paises, siempre en guerra con sus vecinos, siempre tiranizando y saqueando el convento latino de Belen y del desierto de San Juan, les respondo con gravedad, dirigiéndoles severas reconvenciones por sus rapiñas; que tomaré en consideracion su solicitud y que la presentaré al bajá, pero á condicion de que respetarán á los europeos, á los peregrinos, y sobre todo á los conventos de Belen y del desierto de San Juan; y que si cometen la menor violacion del domicilio de aquellos pobres religiosos, la resolucion de Ibrahim es exterminarlos hasta el último, ó echarlos á los desiertos de la Arabia Petrea. Añado, y me parece que esto les hace una viva impresion, que si no bastan las fuerzas de Ibrahim-Bajá, los bajás de Europa están decididos á ir en persona á castigarlos: entre tanto, los escito á pagar el tributo. Desde aquel dia hasta el de mi partida, tuve constantemente en

mi séquito, á pesar de todas mis instancias para que me dejasen cierto número de jeques beduinos de Belen, de Hebron y del desierto de San Juan, que no cesaban de implorarme para la reduccion del tributo. De vuelta en el campamento, en el valle de la piscina de Salomon, bajo los muros de Sion, recibí la visita de Abugosh, que viene con su hermano y su tío á saber de mí. Le doy el café y la pipa, y conversamos una hora á la puerta de mi tienda, sentados cada uno bajo un olivo.

La misma fecha.

Un correo de Jafa me trae cartas de Europa y de Berut, y me las entrega bajo las murallas de Jerusalem. Estas cartas me tranquilizan en punto á la salud de mi hija; pero como Julia añade al pié de la carta de su madre, que no queria absolutamente que vaya á Egipto en aquel momento, cambio mi marcha; doy contra órden en punto á la caravana de camellos que encargué á El-Arisch, y me determino á volver por la costa de Siria.

Levantamos nuestras tiendas, envío un regalo de quinientas piastras al convento, á mas de las mil y quinientas que he pagado por rosarios, reliquias,

crucifijos, &c., &c., y de nuevo tomamos el camino del desierto de S. Juan.

El aspecto general de las cercanías de Jerusalem pueden pintarse en dos palabras:—montañas sin sombras, valle sin agua, tierra sin verdura, peñascos sin terror y sin grandiosidad:—algunos pedazos de tierra gris rajan la tierra desmenuzable y llena de grietas; de trecho en trecho una higuera; ya se ven una gacela ó un chacal deslizándose furtivamente entre las quebraduras de la roca; algunas vides rastrean sobre la ceniza gris ó rojiza del suelo; rara vez, un ramillete de pálidos olivos proyecta una pequeña mancha de sombra sobre las escarpadas laderas de una colina; en el horizonte, un terebinto ó un negro algarrobo se destaca triste y solo del azul del cielo; los muros y las torres grises de las fortificaciones de la ciudad aparecen á lo lejos sobre la cresta de Sion:—tal es la tierra. Un cielo alevado, puro, terso, profundo, donde jamas la menor nubecilla ondea ni se colora con la púrpura de la tarde ó de la mañana. Por el lado de la Arabia, un ancho abismo descende entre las negras montañas, y conduce las miradas hasta las olas deslumbradoras del mar Muerto y el horizonte morado de las cimas de los montes de Moab. Ni un soplo de viento murmura en las almenas ó entre las ramas secas de los olivos; ni una ave canta, ni un grillo chilla en el surco sin yerba:

un silencio completo, eterno; en la ciudad, en los caminos, en el campo.

Tal nos pareció Jerusalem durante todos los dias que pasamos bajo sus murallas: nunca oí mas rumores que el relincho de mis caballos que se impacientaban al sol, al rededor de nuestro campamento, y golpeaban el suelo con el casco, y de hora en hora el canto melancólico del muzlin gritando la hora desde lo alto de los minaretes, ó los acompañados lamentos de los plañideros turcos acompañando en largas filas a los apestados a los diferentes cementerios que rodean las murallas. Jerusalem, a donde se va a visitar un sepulcro, es positivamente el sepulcro de un pueblo; pero sepulcro sin cipreses, sin inscripciones, sin monumentos, cuya losa han quebrantado los hombres, y cuyas cenizas parece que cubren la tierra que le rodea, de luto, silencio y esterilidad. Muchas veces tendimos sobre ella nuestras miradas, al dejarla, desde lo alto de cada colina, de donde podíamos distinguirla todavía, y al fin vimos, por última vez, la corona de olivos que domina la montaña de este nombre y que por largo tiempo sobrenada en el horizonte despues que se ha perdido de vista la ciudad; luego se la ve irse desvaneciendo tambien en el cielo, y desaparecer como aquellas coronas de pálidas flores que se echan sobre un sepulcro.

Sin embargo, debíamos volver á Jerusalem; pero ¡ah! no con los mismos sentimientos; no ya para

llorar sobre las miserias de los demas, sino para llorar nuestras propias miserias, y hacer beber nuestras propias lágrimas a aquella tierra que tantas ha bebido y tantas ha enjugado.

Ayer planté mi tienda en un campo pedregoso, donde crecian algunos troncos de olivos nudosos y achaparrados, bajo los muros de Jerusalem, a algunos centenares de pasos de la torre de David, un poco encima de la fuente de Siloé que todavía corre sobre las desgastadas losas de su gruta, no léjos de la tumba del profeta-rey que tantas veces la cantó. Los altos y negros terrados que sustentaban en otro tiempo el templo de Salomon, se elevaban a mi izquierda, coronados por las tres azules cúpulas y por las ligeras y aéreas columnillas de la mezquita de Omar, que hoy señorea las ruinas de la casa de Jehová.

La ciudad de Jerusalem, asolada por la peste, estaba toda inundada en los rayos de un sol deslumbrador repercutados sobre sus mil cimborios, sobre sus blancos mármoles, sobre sus torres de piedra dorada, sobre sus murallas pulimentadas por los siglos y por los vientos salinos del lago Asphaltito; niñgun rumor se alzaba de su recinto mudo y muerto como el lecho de un agonizante; sus anchas puertas estaban abiertas y de cuando en cuando se veia el turbante blanco y el albornoz rojo del soldado árabe, guarda inútil de aquellas puertas abandonadas; nadie entraba, nadie salia

por ellas; el aura de la mañana levantaba sola el ondeante polvo de los caminos, y presentaba por un momento la imagen ilusoria de una caravana; pero cuando la bocanada de viento habia pasado é ido a morir silbando en las almenas de la torre de los Pisanos ó en las tres palmeras de Caifás, el polvo volvía a caer, el desierto aparecía de nuevo, y no resonaban las pisadas de ningun camello, de ningun mulo en las piedras del camino;—solamente de cuarto en cuarto de hora, las dos ferradas hojas de todas las puertas de Jerusalem se abrian, y veíamos pasar los muertos que la peste acababa de sacrificar, y que dos esclavos desnudos llevaban en unas andas a las sepulturas esparcidas en derredor nuestro. A veces una larga hilera de turcos, de árabes, de armenios y de judíos acompañaba al muerto, y desfilaba cantando entre los troncos de los olivos; luego volvía lenta y silenciosamente a la ciudad: mas generalmente los muertos iban sin séquito; y cuando los dos esclavos habian cavado a algunos palmos de profundidad la arena ó la tierra de la colina, y tendido al apeitado en su último lecho, se sentaban sobre el mismo túmulo que acababan de elevar, repartían entre sí los vestidos del difunto, y encendiendo sus largas pipas fumaban en silencio y miraban el humo de sus pipas subir en ligera columna azul, y perderse graciosamente en el aire límpido, vivo y trasparente de aquellos dias de otoño. A mis piés, el valle de

Josafat, se estendía como un vasto sepulcro, el Cedron desecado le surcaba con una grieta blanquecina, toda sembrada de gruesos guijarros, y las laderas de las dos colinas que le ciñen estaban todas blanqueadas con tumbas y turbantes labrados, monumento vulgar de los Osmanlis:—un poco á la derecha, la colina de los Olivos se rebajaba y dejaba, entre las cordilleras esparcidas de los conos volcánicos de las peladas montañas de Jericó y de San Sabá, estenderse y prolongarse el horizonte, como una luminosa calle entre las copas de desiguales cipreses; la vista se dirigía allí espontáneamente atraída por el cerúleo y aplomado brillo del mar Muerto, que relucía al pié de las gradas de aquellas montañas, y detras la cordillera azul de las montañas de la Arabia-Petrea limitaba el horizonte;—pero limitar no es la voz propia, porque aquellas montañas parecían transparentes como cristal, y se veía ó se creía ver al trasluz un horizonte vago é indefinido, estenderse aún y nadar en los ambientes vapores de un aire teñido de púrpura y de albayalde.

¶ Era la hora de medio dia, la hora en que el muzlin espía al sol en la mas alta galería del minarete, y canta la hora y la oracion de todas las horas: voz viva, animada, que sabe lo que dice y lo que canta, muy superior en mi concepto, á la voz sin conciencia de la campana de nuestras catedra-

les. Mis árabes habian dado la cebada en el morral de pelo de cabra á mis caballos, atados aquí y allí al rededor de mi tienda, sujetas las piernas con argollas de hierro; estos hermosos y mansos brutos estaban inmóviles, la cabeza inclinada y sombreada por su larga crin ondeante; su pelo gris, reluciente y humeante bajo los rayos de un sol de plomo. Los hombres se habian reunido á la sombra del mas ancho olivo; habian tendido en el suelo sus esteras de Damasco y estaban fumando, contándose las historias del desierto ó cantando versos de Antar.

Antar, el tipo del árabe errante, juntamente pastor, guerrero y poeta, que ha pintado el desierto todo entero en sus poesías nacionales, épico como Homero, triste como Job, amoroso como Teócrito, filósofo como Salomon; sus versos, que adormecen ó exaltan la imaginacion del árabe, tanto como el humo del *tombac* en el narguilé, resonaban en sonidos guturales en el animado grupo de mis saís; y cuando el poeta heria la cuerda sensible del corazon de aquellos hombres salvages, pero delicadamente organizados, se oia un ligero murmullo de sus labios; juntaban sus manos, las alzaban encima de sus sienes, é inclinando la cabeza; exclamaban: ¡Alá! ¡Alá! ¡Alá!

Mas adelante, el recuerdo de aquellas horas pasadas de aquella suerte escuchando unos ver-

sos que no podia comprender, me hizo buscar con empeño algunos fragmentos de poesías árabes populares, y sobre todo, del poema heróico de Antar. Logré proporcionarme cierto número de ellas, y me las hacia traducir por mi dragoman durante las noches de invierno que pasé en el Líbano. Ya empezaba yo á entender un poco el árabe, pero no bastante para leerlo; mi intérprete traducia los trozos del poema al italiano vulgar, y yo los traducia luego palabra por palabra al frances. Conservo estos ensayos poéticos desconocidos en Europa, y los insertaré al fin de esta obra; en ellos se verá que la poesía es de todos los sitios, de todos los tiempos y de todas las civilizaciones.

El poema de Antar es, como acabo de decir, la poesía nacional del árabe errante: —el libro santo de su imaginacion. ¡Cuántas otras veces he visto grupos de mis árabes, acurrucados por la noche al rededor de la hoguera de mi vivac, tender el cuello, prestar el oido, dirigir sus miradas de fuego hácia uno de sus compañeros que les recitaba algunos pasos de aquellas admirables poesías, mientras que la nube de humo que se alzaba de sus pipas, formaba sobre sus cabezas la atmósfera fantástica de los sueños, y nuestros caballos, la cabeza inclinada sobre ellos, parecian atentos ellos tambien á la voz monótona de sus amos. Sentábame no léjos del corro y escuchaba tambien, aunque no comprendia el sentido, —pero compren-

dia el sonido de la voz, el juego de las fisonomías, los estremecimientos de los oyentes; sabia que aquello era poesía, y me figuraba relaciones patéticas, dramáticas, maravillosas, que yo me recitaba à mí mismo. Así es como cuando escucho música melodiosa ó apasionada, creo oír las palabras, y como la poesía de la lengua cantada me revela y me habla la poesía de la lengua escrita.

—¿Qué mas diré?

—Nunca he leído poesía comparable à aquella poesía que oía en la lengua ininteligible para mí de aquellos árabes; como la imaginacion va siempre mas allá que la realidad, creía comprender la poesía primitiva y patriarcal del desierto; veía el camello, el caballo, la gacela; veía el jardín del desierto alzando sus copas de palmeras de un color verde amarillento, encima de las inmensas llanuras de arena roja; los combates de los guerreros, y las jóvenes hermosuras árabes robadas y recobradas en la refriega, y reconociendo à sus amantes en sus libertadores. Esto me recuerda que siempre he tenido mas placer en leer à un poeta extranjero en una detestable y ridícula traduccion, que en el mismo original,—y es porque el original mas bello deja siempre algo que desear en la espresion, y porque la mala traduccion no hace mas que indicar el pensamiento, el tema poético, y la imaginacion, bordando sobre aquel tema con palabras que supone tan transparentes como la idea,

goza un placer completo que se crea ella misma. Como el infinito está en el pensamiento, le supone en la espresion, y así el placer es infinito. Es preciso, para proporcionarse este placer, ser hasta cierto punto músico ó poeta: —pero ¿quién no lo es?

Antar, el héroe y el poeta del árabe errante, es porque conocido entre nosotros; conocemos mal su historia;—hasta ignoramos la época esacta de su existencia. Algunos sabios quieren que viviese en el sexto siglo de nuestra era: las tradiciones locales le dan mucha mas antigüedad. Antar, segun estas tradiciones sacadas en parte de su poema, era un esclavo negro que conquistó su libertad merced à sus proezas y à sus virtudes, y obtuvo à su querida Abla à fuerza de amor y de heroismo. El poema de Antar no está, como el de Homero, escrito enteramente en verso; está en prosa poética del árabe mas puro y clásico, interpolado con versos. Lo mas singular que hay en este poema es, que la parte de la narracion escrita en prosa es infinitamente superior à los fragmentos líricos intercalados entre ella. La parte poética tiene el carácter de afectacion, melindre y amaneramiento de las literaturas en decadencia; nada por el contrario es mas sencillo, mas natural, mas verdaderamente apasionado que el recitativo. Todo lo que he leído de las poesías árabes, antiguas ó modernas, participa mas ó ménos de esa fatal afecta-

cion de la poesía de Antar; redúcese, si no á juegos de palabras, á lo ménos á juegos de imágenes, mas propios para divertir el entendimiento que para conmovér el corazón. Siglos necesita el arte para llegar á la espresion sencilla y sublime de la naturaleza. Para los árabes, los versos no son todavía mas que un modo ingenioso de discretear:—esceptúo algunas poesías religiosas, escritas, hace unos treinta años, por un obispo maronita del monte Líbano:—he traído algunos fragmentos de ellas dignas de los sitios que las inspiraron y de los asuntos sagados á que aquel piadoso cenobita consagró esclusivamente su varonil ingenio. Estas poesías religiosas son mas solemnes é íntimas que ninguna de cuantas conozco en Europa;—hay en ellas algo del acento de Job, de la grandeza de Salomon y de la melancolía de David.

Siento que un orientalista ejercitado no traduzca para nosotros el poema de Antar todo entero, lo que valdria mas que un viage, porque nada refleja tanto las costumbres como un poema; ese poema rejuveneceria tambien nuestras propias inspiraciones á causa de los colores tan nuevos que Antar halló en sus soledades;—ademas, su lectura seria para nosotros entretenida como el Ariosto, patética como el Tasso. No puedo dudar que la poesía italiana del Ariosto y del Tasso es hermana de las poesías árabes; la misma alianza de ideas que produjo la Alhambra, Sevilla, Granada y alguna de

nuestras catedrales, produjo la *Jerusalen* y los bellísimos dramas del poeta de Reggio. Antar es mas interesante que las *Mil y una noches*, porque es ménos maravilloso: todo el interés está sacado del corazón del hombre y de las aventuras verdaderas ó verosímiles del héroe y de su amada. Los ingleses poseen una traducción casi completa de este delicioso poema; nosotros solo poseemos algunos hermosos fragmentos diseminados en nuestras revistas literarias. El lector podrá apénas entrever, entre las imperfecciones de los trozos colocados al fin de esta obra, las admirables bellezas del original.

A pocos pasos de mí, una jóven turca lloraba la muerte de su marido en uno de aquellos pequeños monumentos de piedra blanca, de que están salpicadas todas las colinas al rededor de Jerusalen; parecían tener apenas de diez y ocho á veinte años, y jamas ví tan hechicera imágen del dolor. Su perfil, que su velo echado hácia atras me deja entrever, tenia la pureza de líneas de las mas hermosas cabezas del Partenon; pero al mismo tiempo la mollicie, la suavidad y la graciosa languidez de las mugeres del Asia, belleza mucho mas femenina, mucho mas amorosa, mucho mas fascinadora para el corazón que la belleza severa y varonil de las estatuas griegas; su cabello, de un rubio dorado como el cobre de las estatuas antiguas, color muy estimado en aquel país del sol, del cual es como un reflejo permanente,—su cabello, todo entrenzado, caía en der,

redor de su cuerpo, y barria literalmente el suelo; su pecho estaba enteramente descubierto, segun la costumbre de las mugeres de aquella parte de Arabia: y cuando se bajaba para besar la piedra del turbante, ó para arrimar su oido á la tumba, sus dos pechos desnudos tocaban la tierra, y dejaban su molde en el polvo, como aquel molde del hermoso seno de Atala sepultada, que la arena del desierto dibujaba aún, en la admirable epopeya de M. de Chateaubriand. Habia cubierto con toda especie de flores la sepultura y la tierra en derredor; una hermosa alfombra de Damasco estaba tendida debajo de sus rodillas; sobre la alfombra habia algunos jarros de flores y un canastillo lleno de higos y de tortas de cebada, porque aquella muger debia pasar el dia llorando de aquella suerte. Un agujero abierto en la tierra, y que se suponía corresponder al oido del muerto, le servia de porta-voz hácia aquel otro mundo donde dormia aquel á quien iba á visitar. Inclinábase de cuando en cuando hácia aquella abertura, y cantaba junto á ella algunas palabras interpoladas con sollozos; luego arrimaba ella el oido, como si hubiera esperado la respuesta, y luego volvia á cantar llorando como ántes. Procuré comprender las palabras que cantaba y que llegaban hasta mí, pero mi dragoman árabe no pudo percibir las. ¡Cuánto lo siento! qué de secretos del amor ó del dolor! ¡Qué de suspiros animados con toda la vida de dos almas arrancadas una

á otra, debian contener aquellas palabras confusas y ahogadas en llanto! ¡Oh! si algo pudiera despertar jamas á un muerto, serian semejantes palabras murmuradas por semejante boca.

A dos pasos de aquella muger, bajo un pedazo de lienzo negro sostenido por dos cañas clavadas en el suelo, para servir de parasol, sus dos hijuelos estaban jugando con tres esclavas negras de Abisinia, acurrucadas como su ama sobre la arena cubierta con una alfombra. Aquellas tres mugeres, todas tres jóvenes y hermosas tambien, notables por las formas esbeltas y el perfil aguileño de los negros de la Abisinia, estaban agrupadas en diversas actitudes, como tres estatuas sacadas de un solo pedazo de piedra. La una tiene una rodilla en tierra, y sostenia sobre la otra rodilla á uno de los niños que tendia sus bracitos hácia el lado donde estaba llorando su madre; la otra tenia las piernas cruzadas y estaba sentada sobre sus talones, con las manos cruzadas como la Magdalena de Canova; la tercera estaba de pié un poco inclinada sobre sus compañeras y balanceándose á derecha é izquierda, mecía junto á su pecho, apenas formado, al mas chiquitin de los niños, al que en vano procuraba hacer dormir. Cuando los sollozos de la joven viuda llegaban hasta los niños, estos se echaban á llorar y las tres esclavas negras, despues de haber respondido con un sollozo al de su ama, empe-

zaban á entonar cantares monótonos y á hacer cariñitos á los niños para que callasen.

Era un domingo; á doscientos pasos de mí, detrás de las gruesas y altas murallas de Jerusalem, oía yo salir como á bocanadas, de la negra cúpula del convento griego, los lejanos y amortiguados ecos del oficio de vísperas. Los himnos y los salmos de David se alzaban al cabo de tres mil años, cantados por voces extranjeras y en una lengua nueva sobre aquellas mismas colinas que los inspiraron; y en las azoteas del convento, veía algunas figuras de frailes viejos de la Tierra Santa, ir y venir con su breviario en la mano, y murmurando aquellas oraciones murmuradas ya por tantos siglos en lenguas y ritmos diversos.

Y yo estaba allí también para cantar todas aquellas cosas; para estudiar los siglos en su cuna; para seguir hasta su fuente el curso desconocido de una civilización, de una religión para inspirarme con el espíritu de los sitios y el sentido oculto de las historias y de los monumentos, en aquellas playas que fueron el punto de partida del mundo moderno, y para nutrir, con una sabiduría más real y una filosofía más verdadera, la poesía grave y pensada de la época en que vivimos!

Aquella escena, colocada por casualidad á mi vista, y recogida en uno de mis mil recuerdos de viajes, me presentó los destinos y las fases casi

completas de todas las poesías: las tres esclavas negras adormecían á los niños con las canciones sencillas y sin pensamiento, de su país, representaba la poesía pastoril é instructiva de la infancia de las naciones; la joven viuda turca llorando por su marido y cantando sus sollozos á la tierra,—la poesía elegiaca y apasionada, la poesía del corazón; los soldados y los camelleros árabes recitando fragmentos bélicos amorosos y maravillosos de Antar, la poesía épica y guerrera de los pueblos nómades y conquistadores; los monges griegos cantando los salmos en sus azoteas solitarias, la poesía sagrada y lírica de las edades de entusiasmo y de renovación religiosa; y yo, meditando bajo mi tienda y recogiendo verdades históricas ó pensamientos sobre toda la tierra, la poesía de filosofía y de meditaciones, hija de una época en que la humanidad se estudia y se reasume á sí misma hasta en los cantos con que se solace.

Hé aquí la poesía toda entera en lo pasado; ¿pero en el porvenir? ¿qué será?.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

GETSEMANI [*]

LA MUERTE DE JULIA.

Hombre fuí de dolor desde la cuna:
 Mi pecho, en vez de sangre, anima el llanto.
 O mas bien, el Señor hasta el encanto
 De llorar me ha negado, y una a una
 Mis lágrimas en piedra ha convertido.
 En continua tristeza sumergido,

[*] Colocamos aquí, ántes de que el autor salga de Jerusa-
 len y de las grutas de Getsemaní, que acaba de describir, unos
 versos que compuso catorce meses despues de la pérdida de su
 hija única, versos cuya escena é imágenes se refieren á los si-
 tios que acaba de visitar. Estos versos que el autor ha tenido
 la bondad de permitirnos insertar en esta edicion, nunca se han
 publicado, ni aun se los ha leído él nunca á ninguno de sus
 mas íntimos amigos.

Cualquiera lo comprenderá al leerlos.—*Nota del editor
 francés.*

Mi corazon ya la ama;
 Mi miel es la amargura;
 A toda sepultura
 Un instinto hermanal siempre me llama:
 Toda desolacion a sí me inclina;
 No hay camino que grato a mi alma sea,
 ¡Ay! como en él no vea
 Una fúnebre cruz, una rüina!

Si encuentro una floresta
 Que cubre un puro cielo,
 O una playa repuesta,
 Paso y clamo con hondo descensuelo:
 —Sitio para el placer y la ventura;
 Mas no ¡oh dolor! para mi acerbo duelo!—
 Solo para el gemido
 Tiene un eco mi espíritu doliente;
 Mi corazon herido
 Su patria verdadera
 Halla dó quier que triste se lamente
 Una voz lastimera.
 Mi lecho mas preciado,
 Un suelo inculto fuera,
 Con llanto y con cenizas amasado.

¡Por qué? por qué? me preguntais.—Yo mismo
 Decirlo no pudiera:
 Si de este negro abismo
 Las olas revolviere.

Mi boca con sollozos respondiera:
 ¡Quién mi llagado corazón rasgara,
 Leer en él lograra!
 La muerte en cada fibra le ha herido
 Con su oculto veneno;
 Sus latidos son lentas agonías;
 Como las gemonias,
 De muertos está lleno.
 ¡Presa de la amargura,
 Mi alma es una inmensa sepultura!

Y así, cuando a los márgenes sagrados
 Fuí donde al Salvador morir le plugo,
 Los sitios no busqué santificados,
 Donde, humildes los pobres, su camino
 Alfombran con palmas;
 Donde el Verbo Divino
 Con su voz revelábase a las almas;
 Dó el Hosana sus pasos triunfadores
 Reverente seguía;
 Dó sus manos regadas con el llanto
 De las santas mugeres, los sudores
 De su frente enjugando.
 Y su afán y su ardor desvaneciendo,
 A todo tierno niño
 Con paternal cariño,
 Iban acariciando y bendiciendo.

“¡Llevadme, padre mío,
 “A los sitios llevadme dó se llora!
 “A aquel fúnebre huerto congrado,
 “Dó el Salvador del mundo, abandonado
 “Del Padre y de los hombres, sudar quiso.
 “Aquel sudor de sangre, que precede
 “Al momento postrero!
 “Idos, dejadme solo, porque quiero
 “Ver cuanta angustia puede
 “Padecer en una hora
 “Un alma sin consuelo, cual la mía.
 “¡Este es mi altar, mi culto es la agonía!”

Al pié del solitario
 Monte de los Olivos,
 Hay a la sombra de los altos muros
 De dó cayó Sion desmoronada,
 Un sitio a dó jamás los rayos puros
 Del sol descienden: casi desecada,
 Del Cedron la corriente
 Filtra allí lentamente
 Un agua escasa entre sus dos riberas:
 El Josafat allí, de sus colinas
 Con las mústias laderas,
 Se abre con un sepulcro: en vez de césped
 Hace la tierra germinar rüinas;
 Y las raíces de los viejos troncos,
 Que los siglos desgajan,
 Las blancas piedras de las tumbas rajan.

Abrese allí la garganta tenebrosa
 Adonde el Hombre del dolor, la angustia
 Probó del trance de la muerte, cuando
 Tres veces despertando,
 A sus tibios amigos les decía:
 "¡Velad, velad, velad en mi agonía!"
 Allí trémulo el labio se figura
 Que prueba todavía
 Del cáliz de amargura
 Las gotas en el suelo ensangrentado;
 Y todavía en el sudor helado
 Del fatal sacrificio,
 El enhiesto peñón está empapado.

En las manos la frente,
 Allí en la piedra me senté, pensando
 En lo que aquella víctima inocente
 Pensó en la soledad, y repasando
 En mi agitada mente,
 Todas las amarguras de mi vida.
 Luego, en fin, mis sentidos embotando
 Misterioso beleño,
 Esta ánima afligida
 Quedó en hondo letargo sumergida. . . .
 ¡Oh Dios mio! cuán triste fué mi sueño!
 Yo, no léjos de allí, dejado había,
 Bajo el ala materna
 Mi hija, mi cuidado, mi tesoro:

Su frente a cada Abril se embellecía
 Bajo sus trenzas de oro;
 Pero su alma tenía
 La edad en que el Señor à sí las llama.
 No podía su imágen desprenderse
 De ojos que alguna vez la contemplaron;
 Y nunca sin volverse,
 Para envidiar mi dicha
 Pasar los otros padres la miraron!

¡Ah! de mi larga tempestad la sola
 Reliquia era esa niña; el solo fruto
 De tantas dulces flores,
 Postrer vestigio ya de mis amores;
 Al partir, una lágrima, y un beso
 En el feliz momento del regreso;
 Una perpetua fiesta en mis hogares,
 Un destello del sol en mi ventana,
 Una ave que anidábase en mi pecho,
 Un aliento a compas junto a mi lecho,
 Una caricia y mil por la mañana!

¡Mas era! De mi madre era la imágen.
 En sus hermosos ojos,
 De aquella la mirada me volvía,
 Y mi tiempo pasado
 Por ella en porvenir me renacía,
 De suerte que mi dicha solo había
 De semblante cambiado.

Era su dulce acento
 El eco de diez años de ventura;
 En llanto de ternura
 Su mirada mis ojos inundaba;
 Su angélica hermosura
 De encanto el aire en derredor poblaba;
 Su sonrisa mi pecho iluminaba!

En cuantos pensamientos
 En mi rostro leía,
 El suyo se teñía;
 Como un reflejo sus azules ojos
 Eran ¡ay! de los míos:
 Todos mis sentimientos,
 Mis dichas, mis enojos,
 Pintábanse en su frente,
 Como una sombra en cristalina fuente.
 Mas cuanto se exhalaba de su pecho
 Era puro y suave,
 Y nunca de su rostro
 Era severa la espresion y grave,
 Sino cuando, cruzadas en las manos
 De su madre las suyas,
 Con la frente inclinada
 Imploraba al Señor arrodillada.
 Soñaba yo que à aquella sacra orilla
 Me habia acompañado,
 Y que alegre, encantado,

La tenia sentada en mi rodilla;
 Sus bellos piés ceñia con un brazo,
 Con el otro su cuello,
 Reclinada mi sien en su regazo,
 De su suelto cabello,
 Suavísimo tesoro,
 Besaba yo las largas hebras de oro
 Con ternura paterna;
 El marfil de sus dientes relucia
 Entre sos rojos labios que entreabria
 Una sonrisa eterna!

Para vibrar su corazon al mio
 Y filtrar en mi pecho su alma toda
 Como un puro rocío,
 Ni un punto de mis ojos apartaba
 Sus miradas suaves,
 Y ¡oh Dios! tú solo sabes
 Cuanto amor en el fuego se encerraba
 Con que mi corazon la cobijaba!
 Indecisos a fuerza de cariño,
 Do posarse mis labios no sabian
 Provocábalos ella, como un niño,
 Con júbilo inocente,
 Y a un tiempo a mis caricias se ofrecian,
 Su boca, sus mejillas y su frente.

Y en este corazon que tanto la ama,
 Yo decia al Señor: "¡Señor, Dios mío!

¡Ah! cuantos bienes para ella ansío,
 Bajo sus piés derrama!
 Dale toda mi parte de ventura,
 Y mientras me ilumine la luz pur
 De esos ojos, mi encanto,
 De amor y gratitud perpetuo canto
 Entonará mi labio en tu alabanza.
 ¡Ah! ¡cólmalá, Señor, de bendiciones,
 Haz por ella que en todas acasiones
 Frutos logre lá flor de su esperanza.
 Guárdale un nupcial lecho,
 Y de un esposo enamorado el pecho.”

Y mientras de esta suerte dirigia
 Mis súplicas al cielo, no advertia
 Que aquellos piés helábanse en mi mano,
 Y que su frente sobre mí inclinada
 Cada vez iba siendo mas pesada.
 ¡Julia! Julia! ¿por qué tu rostro muda?
 Por qué esa palidez? por qué tu frente
 Heladas gotas suda?
 ¡Deja esos juegos, ángel inocente!
 Háblame, Julia! tu halagüeño acento
 Vuelve a mi corazon su movimiento!
 Mas el azul matiz de los difuntos,
 Sus labios cadavéricos ceñía,
 Inmóviles y juntos;
 Apenas comenzaba,

En ellos la sonrisa se perdia:
 Su resuello salia
 Nas breve y presuroso, y de cansada
 Ave el ala batiente parecia.
 Junto a su corazon ouesto el oido
 Con indecibl angustia,
 Seguir queria su menor latido,
 Y cuando cayó en fin helada y mustia
 Y huyó su alma en su postrer aliento,
 ¡Ay! en aquel momento,
 Mi corazon murió en el pecho mio,
 Cual malogrado fruto que una madre
 En sus entrañas lleva muerto y frio!

Y ciñendo despues con brazo inerte
 Mas que mi vida, como un hombre que anda
 Herido ya de muerte,
 Me encaminaré al altar, y sobre el mármol
 Tendí el cadáver; sus cerrados ojos
 Selló la boca mia,
 Y tibia todavía
 Aquella frente inanimada estaba,
 Como de una avecilla que ha vivido
 Solo una aurora, el nido
 Que de dejar acaba!
 Y así sentí en una hora, ¡eterna hora!
 Pasar siglos de horror, mar de angustia;

Y de mi corazon ocupó el sitio
 Un inmenso dolor, y á Dios le dije:
 "Ella mi solo bien era, ¡Dios mio!
 Mis últimos amores
 Se habian concentrado
 De ese amor en la llama;
 Para mí reemplazaba, tú lo sabes,
 A cuanto ser amado
 Habíame la muerte arrebatado:
 Era el único fruto que en la rama
 Pendiente subsistía,
 Despues de un negro y borrascoso día!
 "De mi rota cadena
 Era el solo eslabon; en mi horizonte
 La sola lontananza azul, serena;
 Para que resonara mas suave
 Su nombre en mi morada,
 Un melodioso nombre le pusimos:
 En ella mi universo se cifraba;
 Era la voz que siempre me encantaba,
 El hechizo, el cuidado de mis ojos,
 Mi perpetua alegría,
 Y mi noche y mi día!
 "Era el espejo en donde
 Mi corazon amábase en su imagen:
 Mi feliz juventud fija en su frente,

De mi dicha un destello permanente;
 "En un puro semblante,
 Lleno de perfecciones,
 Compendiados, Señor, todos tus dones
 Dulce carga que amante
 A mi cuello su madre suspendía:
 Estrella que amorosa me miraba,
 Flor nacida en mi seno,
 Voz deliciosa en que mi voz vibraba,
 Vivo cielo sereno,
 Que me inundaba en deliciosa calma;
 Luz de mis ojos, vida de mi alma!
 ¡Oh implacable justicia! Toma! toma!
 Sacia esa eterna sed de angustia y muerte!
 Mil horribles tormentos padeciendo,
 Yo mismo en tu altar fúnebre la tiendo,
 Si ya este corazon atribulado,
 El cáliz ba apurado,
 Rómpele en fin... ¿Qué mas angustias quieres,
 ¡Ay! que despedazar mi pecho puedan?
 ¡Hija mia! mi vida!
 Ahí te veo tendida,
 Y de tí no me quedan
 Mas que estas trenzas de oro
 Que yo mismo corté sobre tu frente,
 Y que perpetuamente
 Mientras ecsista, bañara mi lloro.

Un sollozo, arrancado
 De lo mas hondo de mi pecho, entonces
 Me despertó; la piedra que de asiento
 Le servia á mi cuerpo aletargado,
 Goteaba un sudor frio, sangriento:
 El horror en mis párpados habia
 Dos lágrimas helado;
 Mi frente cual la nieve sentí fria
 De mi mano al contacto! No, su nido
 El águila tan rápida se lanza
 Como yo á mis hogares, dividido
 El pecho entre el temor y la esperanza.
 Llego en fin: de sollozos un doliente
 Eco, de mi desierto umbral salia:
 El amor suspendia
 Por mí su hora postrera,
 Y que aguardaba solo a que volviera
 Yo, para fallecer ¡ay! parecia!

Todo en mi árido hogar ora está muerto:

Siempre en llanto anegados
 Dos ojos siempre inconsolables veo.
 Voy sin saber adonde; ni un deseo,
 Ni una esperanza animan mi existencia,
 Los brazos abro en ciego desvarío,
 Y solamente abrazan el vacío.

Del hado la inclemencia
 Me quita hasta el consuelo
 De dirigir mis súplicas al cielo.

Mas Dios es quien te hiere, ¡oh alma mia!

No te quejes en vano:

Ten fortaleza, en tu Hacedor confia,

Y besa en tu dolor su santa mano! . . .

4 de Noviembre, 1882.

Hemos pasado la tarde y la noche en el desierto de S. Juan, despidiéndonos de nuestros excelentes religiosos, cuya memoria nos acompañará siempre; el recuerdo de las virtudes humildes y perfectas dura en el alma, como el perfume de los olores de un templo que se ha atravesado; entregamos á aquellos buenos padres una limosna apenas suficiente para indemnizarlos de los gastos que les habíamos ocasionado; contaron por nada el peligro que les habíamos hecho correr, y me suplicaron que los recomendase á la proteccion del terrible Abugosh, a quien debia volver a ver en Jeremías. Salimos antes de amanecer para evitar la importunidad de los beduinos de Belen y del desierto de S. Juan, que no se cansaban de seguirme y amenazaban a amenazarme. A las ocho de la mañana ya habíamos pasado las altas montañas que coronan la sepultura de los Macabeos, y estábamos sentados bajo las higueras de Jeremías, fumando una pipa y tomando café con Abugosh, su tío y sus

Un sollozo, arrancado
 De lo mas hondo de mi pecho, entonces
 Me despertó; la piedra que de asiento
 Le servia á mi cuerpo aletargado,
 Goteaba un sudor frio, sangriento:
 El horror en mis párpados habia
 Dos lágrimas helado;
 Mi frente cual la nieve sentí fria
 De mi mano al contacto! No, su nido
 El águila tan rápida se lanza
 Como yo á mis hogares, dividido
 El pecho entre el temor y la esperanza.
 Llego en fin: de sollozos un doliente
 Eco, de mi desierto umbral salia:
 El amor suspendia
 Por mí su hora postrera,
 Y que aguardaba solo a que volviera
 Yo, para fallecer ¡ay! parecia!

Todo en mi árido hogar ora está muerto:

Siempre en llanto anegados
 Dos ojos siempre inconsolables veo.
 Voy sin saber adonde; ni un deseo,
 Ni una esperanza animan mi existencia,
 Los brazos abro en ciego desvarío,
 Y solamente abrazan el vacío.

Del hado la inclemencia
 Me quita hasta el consuelo
 De dirigir mis súplicas al cielo.

Mas Dios es quien te hiere, ¡oh alma mia!

No te quejes en vano:

Ten fortaleza, en tu Hacedor confia,

Y besa en tu dolor su santa mano! . . .

4 de Noviembre, 1882.

Hemos pasado la tarde y la noche en el desierto de S. Juan, despidiéndonos de nuestros excelentes religiosos, cuya memoria nos acompañará siempre; el recuerdo de las virtudes humildes y perfectas dura en el alma, como el perfume de los olores de un templo que se ha atravesado; entregamos á aquellos buenos padres una limosna apenas suficiente para indemnizarlos de los gastos que les habíamos ocasionado; contaron por nada el peligro que les habíamos hecho correr, y me suplicaron que los recomendase á la proteccion del terrible Abugosh, a quien debia volver a ver en Jeremías. Salimos antes de amanecer para evitar la importunidad de los beduinos de Belen y del desierto de S. Juan, que no se cansaban de seguirme y amenazaban a amenazarme. A las ocho de la mañana ya habíamos pasado las altas montañas que coronan la sepultura de los Macabeos, y estábamos sentados bajo las higueras de Jeremías, fumando una pipa y tomando café con Abugosh, su tío y sus

hermanos. Abugosh me colmó de nuevas señales de atención y benevolencia; me ofreció un caballo, que rehusé, por no tener que hacerle otro regalo, porque aquel regalo hubiera parecido un reconocimiento del tributo que generalmente impone á los peregrinos, tributo de que los ha ecesimido Ibrahim; puse bajo su salvaguardia á los religiosos de S. Juan, de Belen y de Jerusalem. Luego he sabido que en efecto fué á libertarlos de las duras ecesigencias de los beduinos del desierto; no sospechaba él, sin duda, cuando yo le pedia su proteccion para unos pobres religiosos francos desterrados en sus montañas, que ocho meses despues habia él de enviar á implorar la mia para obtener la libertad de su propio hermano, conducido prisionero á Damasco, y que yo tendria la fortuna de serle útil á mi vez. Tomado el café, y repuestos nuestros caballos, volvimos á ponernos en camino, escoltados por la inmensa poblacion de Jeremías, y fuimos á acamparnos al otro lado de Samla, en un soberbio bosque de olivos que rodea la ciudad. Rendidos de cansancio, y sin víveres, hicimos pedir la hospitalidad de los religiosos de la Tierra Santa, quienes nos la negaron creyendonos apestados; quedámonos pues sin cenar, y nos dormimos al son del viento del mar meciendo las copas de los olivos. Allí fué donde la Virgen, S. José y el Niño pasaron la noche en el campo en su huida á Egipto.

Estos pensamientos hicieron que nos pareciese la cama ménos dura.

Salimos de Ramla á las seis de la mañana, y fuimos á almorzar á Jafa á casa de M. Damiani;— pasamos un dia descansado y disponiendo las provisiones para volver á Siria por la costa.

Nada es mas delicioso que estos viages en caravana cuando el pais es hermoso,—cuando los caballos bien descansados andan ligeramente al salir el sol por un terreno liso y arenoso; cuando los puntos de vista se suceden sin monotonía; cuando el mar, sobre todo, que nos envia al rostro la fresca ondulacion del aire, producida por sus leves y regulares oleadas, se desarrolla verde y azul á los piés de los caballos, y le arroja á uno de cuando en cuando las polvorosas gotas de su espuma; este era el placer que experimentábamos mientras íbamos costeando el bellissimo golfo que separa a Caifá de S. Juan de Acre.

El desierto formado por la llanura de Zabulon está escondido á la derecha por las altas junqueras y por las copas de las palmas que separan la playa de la tierra: se anda sobre una capa de arena blanca y menuda, regada continuamente por la marejada; el golfo, ceñido al oriente por la alta punta del cabo Carmelo, coronada por su monasterio, y al occidente por las blancas murallas ruinosas de San Juan de Acre, parece un vasto lago, donde cualquiera diria que las mas pequeñas bar-

cas pueden dejarse mecer impunemente por las olas, y sin embrigo no es así; la costa de Siria, en todas partes peligrosa, lo es aun mas en el golfo de Caifá: los buques que se refugian y echan el ancla en ella, para evitar los temporales, en un fondo de arena poco sólido, se ven con frecuencia arrojados á la costa, como lo atestiguaban demasiado á nuestra vista tristes y pintorescos despojos; la playa entera está rodeada de cascotes de buques perdidos, sepultados en la arena; algunos muestran todavía su alta proa destrozada donde las aves marinas hacen sus nidos; muchos tienen solamente sus mástiles fuera de la arena; estos árboles inmóviles y sin follage se parecen á aquellas cruces fúnebres que clavamos sobre las cenizas de los que ya no existen; algunos hay que tienen todavía sus vergas y sus jarcias, enmohecidas por el vapor salino del mar, colgando alrededor de los palos. Los arabes no osan tocar estas ruinas de los buques náufragos; es preciso que el tiempo y las tempestades del invierno se encarguen solos de llevar á cabo sus degradaciones, ó que la arena los vaya sepultando de dia en dia. Allí vimos, como en casi todos los otros mares de Siria, como los árabes cogen el pescado:—un hombre, llevando en la mano una pequeña red recogida, levantada encima de su cabeza y pronta á ser lanzada, se adelanta algunos pasos en el mar, y escoge la hora y el sitio en que el sol esta á sus espaldas é ilu-

mina las aguas sin deslumbrarle; así espera las olas que vienen, agolpandose, á estrellarse á sus piés en el escollo ó en la arena; lanza una mirada, penetrante y ejercitada en cada espuma, y si ve que trae pescado, tira su red en el momento mismo en que aquella se rompe y se llevaria lo que trae con su reflujo; la red cae, la ola se retira, y el pescado queda cogido.

Es preciso que la mar esté algo picada para que se verifique esta pesca en las costas de Siria; cuando la mar está en bonanza, el pescador no descubre nada en ella; las olas no son transparentes sino cuando se alzan al sol en la superficie del mar.

El hedor de los campos de batalla nos anuncia la cercanía de Acre, de cuyos muros no estábamos ya mas que a un cuarto de hora. Acre es un monton de ruinas; los cimborios de las mezquitas están acribillados, las murallas presentan inmensas brechas, las torres están derruidas en el puerto; acababa de sufrir un sitio de un año y los cuarenta mil héroes de Ibrahim acababan de tomarla por asalto.

En Europa se conoce mal la política del Oriente; se la suponen designios y no tiene mas que caprichos; planes, y no tiene mas que pasiones; un porvenir, y no tiene mas que el dia en que vive y el siguiente. Se ha visto en la agresion de Mehe-

met—Alí la premeditacion de una larga y progresiva ambicion, y no ha sido mas que un efecto del impulso de la fortuna que, paso a paso, le ha llevado casi involuntariamente hasta hacer titubear el trono de su señor, y conquistar una mitad de su imperio; un nuevo azar puede llevarle todavia mas adelante.

Veamos como nació el altercado;—Abdalla, bajá de Acre, mozo inconsiderado, elevado al gobierno de Acre por un capricho del favor y de la casualidad, se rebeló contra el Gran-Señor; vencido, imploró la proteccion del bajá de Egipto, que habia comprado su perdon del divan. Abdalla, olvidando en breve la gratitud que debia a Mehemet, se negó á cumplir ciertas condiciones juradas en la época de su desgracia. Ibrahim marcha contra él para obligarle á cumplirlas; encuentra en Acre una resistencia imprevista; su cólera se irrita; pide á su padre nuevas tropas; llegan, y de nuevo son rechazados. Mehemet—Alí se cansa y llama á su hijo con vivas instancias; el amor propio de Ibrahim resiste, y quiere morir bajo los muros de Acre ó someterla á su padre. Derriba en fin, á fuerza de hombres sacrificados, las puertas de la ciudad; Abdalla, prisionero, espera su sentencia de muerte; Ibrahim le llama á su tienda; le dirige algunos amargos sarcasmos, y le envia á Alejandria. En vez del cordon ó del sable, Mehemet Alí le envia su caballo, le hace entrar en triunfo,

le hace sentarse á su lado en el divan, le dirige elogios por su valor y lealtad al sultan, y le da un pasaporte, esclavos é inmensas rentas.

Abdalla merecia este tratamiento por su valor; encerrado en Acre con tres mil osmanlis, habia resistido un año á todas las fuerzas de Egipto por tierra y por mar; la fortuna de Ibrahim, como la de Napoleon, habia titubeado delante de aquel escollo; si el Gran Señor, solicitado en vano por Abdalla, le hubiera enviado algunas tropas á tiempo, ó hubiera solamente lanzado á los mares de Siria dos ó tres de aquellas hermosas fragatas que duermen inútiles al ancla delante de las caiques del Bósforo, Ibrahim estaba perdido, y hubiera tenido que volverse á Egipto con la conviccion de la impotencia de su cólera; pero la Puerta fué fiel á su sistema de fatalidad y dejó efectuarse la ruina de su bajá. Cayó el baluarte de la Siria, y cuando se despertó el divan, ya era tarde. Sin embargo, Mehemet—Alí escribia á su general que volviese; pero este, hombre de valor y de aventuras, quiso probar hasta el fin la debilidad del sultan y su propio destino, y avanzó. Dos brillantes y mal disputadas victorias, la de Homs en Siria y la de Kouia en el Asia Menor, le hicieron dueño absoluto de la Arabia, de la Siria y de todos aquellos reinos de Ponto, de Bitinia y de la Capadocia, que son hoy la Caramania. Todavia podia la Puerta cortarle la retirada, y, desembarcando tropas á sus

espaldas, recobrar las ciudades y provincias donde no podia dejar guarniciones suficientes; un cuerpo de seis mil hombres, colocado por ella en los desfiladeros del Tauro y de la Siria, haciendo de Ibrahim y de su ejército una presa segura, le perdía en medio de sus victorias: la armada turca era infinitamente mas numerosa que la de Ibrahim, ó por mejor decir, la Puerta tenia una armada inmensa y magnífica, é Ibrahim no tenia mas que dos ó tres fragatas; pero desde el principio de la campaña, Kalil-Bajá, jóven afeminado, favorito del gran Señor, y nombrado por él capitán-bajá, se retiró del mar delante de las flacas fuerzas de Ibrahim; yo le ví, con mis propios ojos, dejar la rada de Rodas y encerrarse en la Marmoriza, en la costa de Caramania, en el fondo del golfo de Maeri. Una vez metido con sus buques en aquel puerto cuyo canalizo es prodigiosamente angosto, Ibrahim, con dos buques, podia impedirle salir de él. No volvió á salir en efecto, y todo el invierno, durante el cual fueron mas importantes y decisivas que nunca las operaciones militares en las costas de Siria, las naves de Ibrahim recorrieron solas aquellas mares y le llevaron sin obstáculo refuerzos y municiones; y sin embargo Kalil-Bajá no era traidor ni cobarde, pero así van las cosas de un pueblo que permanece inmóvil cuando todo progresa en derredor de él; la fortuna de las naciones es su genio; el genio de los musulmanes tiembla ahora delante del úl-

timo de sus bajás. Bien conocido es el resto de aquella campaña que recuerda la de Alejandro; Ibrahim es incontestablemente un héroe, y Mehemet-Alí un grande hombre, pero toda su fortuna estriba sobre sus dos cabezas; en llegando á faltar esos dos hombres, se acabó el Egipto, se acabó el imperio árabe, se acabaron los Macabeos para el islamismo, y el Oriente vuelve à ser presa del Occidente por efecto de aquella invencible ley de las cosas que lleva el dominio adonde está la luz.

La misma fecha.

La arena que ciñe el golfo de San Juan de Acre iba siendo cada vez mas fétida: ya empezábamos á ver huesos de hombres, de caballos, de camellos, arrastrados á la playa, y blanqueando al sol, lavados por la espuma de las olas. A cada paso, aquellos despojos hacinados se multiplicaban á nuestra vista: pronto toda la cenefa del mar, entre la tierra y los arenales, pareció cubierta de ellos, y el ruido de las pisadas de nuestros caballos espantaba y hacia huir á cada instante bandadas de perros, de horribles chacales y de aves de rapiña, ocupadas hacia dos meses en roer los restos de un horrible festin que les habia preparado el cañon de Ibrahim y de Abdalla. Unos se llevaban en su fuga miembros de hombres mal

sepultados; otros, piernas de caballos á que aun estaba adherida la piel; algunas águilas, posadas sobre huesudas cabezas de camellos, se elevaban al acercarnos lanzando gritos de cólera, y volvian à cernerse, aun en medio de los tiros que les disparábamos, sobre su hedionda presa. Las altas yerbas, los juncos, los arbustos de la playa, estaban igualmente atestados de aquellos despojos de hombres ó de animales. No todo era el resultado de la guerra: el tifus, que talaba á Acre hacia muchos meses, sacrificaba lo que habian perdonado las armas; apenas quedaban mil doscientos ó mil quinientos hombres en una ciudad de doce à quince mil almas, y diariamente se arrojaban al campo ó al mar los cadáveres nuevos que el mar echaba al fondo del golfo ó que los chacales desenterraban en los campos. Llegamos hasta la puerta oriental de aquella desgraciada ciudad; el aire no se podia respirar; no entramos en el pueblo, pero torciendo á la derecha, siguiendo los muros derruidos donde trabajaban algunos esclavos, atravesamos el campo de batalla en toda su estension, desde los muros de la ciudad hasta la quinta de los antiguos bajás de Acre, construida en medio de una llanura á una ó dos horas de la orilla del mar. Al acercarnos á aquella quinta de magnífica apariencia, y flanqueada por elegantes kioskos de arquitectura india, vimos largos surcos un poco mas elevados que los que abre el ara-

do en nuestras tierras de labor; aquellos surcos podian tener media legua de longitud sobre igual anchura con corta diferencia; la cima del surco se eleva á unos dos piés sobre el nivel del suelo; aquel era el punto del campamento de Ibrahim y la sepultura de quince mil hombres que hizo enterrar en aquellas trincheras sepulcrales; largo rato caminamos con dificultad por aquel suelo que cubria apenas tantas víctimas de la ambicion y del capricho de lo que se llama un héroe.

Accelerábamos el paso de nuestros caballos, cuyos piés tropezaban continuamente en los cadáveres y rompián los huesos que habian descubierto los chacales, y fuimos á acamparnos á cosa de una hora de aquel funesto sitio, en un delicioso prado de aquella llanura, todo regado por agua corriente, sombreado por palmeras, naranjos y limoneros dulces, y fuera del viento de San Juan de Acre cuyas emanaciones nos persiguen. Aquellos árboles, que formaban un verdadero jardin en medio de la desnudez de la llanura de Acre, habian sido plantados por el penúltimo bajá, sucesor del famoso Djezzar-Bajá. Algunos pobres árabes, refugiados en chozas de tierra, nos suministraron naranjas, huevos y pollos: allí dormimos.

Al dia siguiente, M. de Laroyére pudo apenas levantarse de su estera y montar á caballo; todos sus miembros embotados por el dolor se negaban

al menor movimiento. Sintió los primeros síntomas del tífus, que sus conocimientos médicos le enseñaban à distinguir mejor que nosotros; pero como el sitio no ofrecia abrigo ni recursos para establecer á un enfermo, nos dimos prisa á alejarnos ántes de que el mal adquiriese mas gravedad, y fuimos á hacer noche á quince leguas de allí, en la llanura de Tiro, en las orillas de un rio rodeado de inmensas junqueras y no lejos de una ruina aislada que parece haber pertenecido á la época de los cruzados. El movimiento y el calor habian reanimado á M. de Laroyère: acostámosle bajo la tienda y fuimos á matar patos y gansos silvestres que se alzaban, como nubes, de entre los juncos á la orilla del rio; aquellas aves sustentaron todo aquel dia la caravana.

Al dia siguiente, encontramos en la orilla del mar, en un sitio delicioso, sombreado por cedros marítimos y magníficos plátanos, á un agá turco que volvía de la Meca con un numeroso séquito de hombres y de caballos. Establecimos debajo de un árbol junto á la fuente, no lejos de otro árbol donde estaba almorzando el agá: sus esclavos hacian pasear sus caballos, entre los cuales me llamó la atención un magnífico potro árabe, y encargué á mi dragoman que entrase en negociacion con el agá para comprarle. Enviamosle de regalo algunas de nuestras provisiones de camino y un par de pistolas de piston; él nos regaló en

cambio un alfouge de Persia. Hice pasar mis caballos delante de él para traer de un modo natural la conversacion sobre este asunto, y lo conseguimos, pero la dificultad consistia en proponerle que me vendiera el suyo. Mi dragoman le contó que uno de nuestros compañeros de camino estaba tan enfermo que no podia hallar un caballo que tuviese el paso bastante suave para él, con cuyo motivo dijo el agá que tenia uno en cuyo lomo se podia tomar una taza de café á galope, sin que se cayese ni una gota: aquel era precisamente el hermoso animal que yo habia admirado y que tanto deseaba adquirir para mi muger. Despues de muchos ambages y circunloquios, acabamos por entrar en trato, y me quedé con el cadallo, al que puse por nombre *El Kantarra*, en conmemoracion del sitio y de la fuente en que le compré. Montéle al instante mismo, para acabar la jornada, y en mi vida he montado caballo mas ligero; no se sentia ni el movimiento elástico de sus lomos, ni la reaccion de su casco sobre las piedras ni el mas leve peso de su cabeza sobre el bocado. Con el cuello corto y airoso, sacando los brazos como una gecela, creia uno montar una ave que volaba en vez de correr, tan insensible y rápido era su movimiento; así es que corria mas que ningun otro caballo árabe de cuantos he visto; su piel era de un color gris aljofarado: regalésele a mi muger, que no quiso montar ningun otro en todo

el tiempo que pasamos en Oriente. Siempre echaré de ménos aquel caballo completo:—habia nacido en el Khorassan, y no tenia mas que cinco años.

Al anochecer llegamos al pozo de Salomon; al dia siguiente temprano entrábamos en Saide, la antigua Sidon, escoltados por los Francos del pueblo y por el hijo de M. Giraudin, nuestro escelente vice-cónsul en este pueblo. Tambien hallamos en Saide á M. Cattafago, à quien conocimos en Nazaret, y à su familia; acababa de hacer construir una casa en aquella ciudad y se ocupaba en los preparativos del casamiento de una de sus hijas. Como la antigua Sidon no ofrece ya ningun vestigio de su pasada grandeza, no hicimos otra cosa mas que dejarnos agasajar por M. Giraudin, y nos entregamos al placer de hablar de Europa y del Oriente con aquel interesante y amabilísimo anciano. Patriarca en la tierra de los patriarcas, nos presentaba en sí y en su familia la imágen de todas las virtudes patriarcales cuyas costumbres nos recordaba tambien con las suyas.

El tifus se caracteriza con todos sus síntomas en la enfermedad cada vez mas seria de M. Laroyére. No pudiendo ya levantarse para montar á caballo, fletamos una barca en Saide para llevarle por mar à Berut; nos ponemos en camino con lo restante de la caravana; despacho un correo à lady Stanho-

pe para darle las gracias por lo mucho que ha tenido la bondad de hacer en mi favor cerca del caudillo Abugosh, y suplicarla que aproveche las ocasiones que se le presenten de anunciar mi próxima llegada á los árabes del desierto de Bka, de Balbeck y de Palmira.

5 de Noviembre.

Pasamos la noche en unas antiguas ruinas abandonadas en la orilla del mar: escribo por la noche algunos versos en las páginas de mi Biblia;—alegría por acercarnos à Berut despues de un viage tan felizmente llevado á cabo;—hallamos en el camino un ginete árabe portador de una carta de mi muger:—todo va bien, Julia disfruta de escelente salud;—me aguardan para ir á pasar algunos dias en el monasterio de Antura, en el Líbano, con el patriarca católico que ha venido en persona á convidarnos. A las cuatro de la tarde descarga una furiosa tempestad; las nubes se rasgan de repente encima de las montañas que están á nuestra derecha; el estruendo del flujo y del reflujo de aquellos pesados nubarrones contra los picos del Líbano que los desgarran, se confunde con el estruendo del mar, que parece una llanura de nieve revuelta por un furioso vendabal. La lluvia no cae, como

el tiempo que pasamos en Oriente. Siempre echaré de ménos aquel caballo completo:—habia nacido en el Khorassan, y no tenia mas que cinco años.

Al anochecer llegamos al pozo de Salomon; al dia siguiente temprano entrábamos en Saide, la antigua Sidon, escoltados por los Francos del pueblo y por el hijo de M. Giraudin, nuestro escelente vice-cónsul en este pueblo. Tambien hallamos en Saide á M. Cattafago, à quien conocimos en Nazaret, y à su familia; acababa de hacer construir una casa en aquella ciudad y se ocupaba en los preparativos del casamiento de una de sus hijas. Como la antigua Sidon no ofrece ya ningun vestigio de su pasada grandeza, no hicimos otra cosa mas que dejarnos agasajar por M. Giraudin, y nos entregamos al placer de hablar de Europa y del Oriente con aquel interesante y amabilísimo anciano. Patriarca en la tierra de los patriarcas, nos presentaba en sí y en su familia la imágen de todas las virtudes patriarcales cuyas costumbres nos recordaba tambien con las suyas.

El tifus se caracteriza con todos sus síntomas en la enfermedad cada vez mas seria de M. Laroyére. No pudiendo ya levantarse para montar á caballo, fletamos una barca en Saide para llevarle por mar à Berut; nos ponemos en camino con lo restante de la caravana; despacho un correo à lady Stanho-

pe para darle las gracias por lo mucho que ha tenido la bondad de hacer en mi favor cerca del caudillo Abugosh, y suplicarla que aproveche las ocasiones que se le presenten de anunciar mi próxima llegada á los árabes del desierto de Bka, de Balbeck y de Palmira.

5 de Noviembre.

Pasamos la noche en unas antiguas ruinas abandonadas en la orilla del mar: escribo por la noche algunos versos en las páginas de mi Biblia;—alegría por acercarnos à Berut despues de un viage tan felizmente llevado á cabo;—hallamos en el camino un ginete árabe portador de una carta de mi muger:—todo va bien, Julia disfruta de escelente salud;—me aguardan para ir à pasar algunos dias en el monasterio de Antura, en el Líbano, con el patriarca católico que ha venido en persona à convidarnos. A las cuatro de la tarde descarga una furiosa tempestad; las nubes se rasgan de repente encima de las montañas que están à nuestra derecha; el estruendo del flujo y del reflujo de aquellos pesados nubarrones contra los picos del Líbano que los desgarran, se confunde con el estruendo del mar, que parece una llanura de nieve revuelta por un furioso vendabal. La lluvia no cae, como

en Occidente, en gotas mas ó menos frecuentes, sino en arroyos continuos y pesados que golpean al hombre y al caballo como la mano de la tempestad; la luz ha desaparecido completamente; nuestros caballos andan entre torrentes mezclados con piedras arrastradas, y a cada instante se ven a pique de ser arrastrados al mar. Cuando se despeja el cielo, nos hallamos a la vera del plantío de los pinos de Facardin, a media legua del pueblo; —la patria es algo para los animales como para los hombres; aquellos de entre mis caballos que reconocen aquel sitio por habernos llevado a él muchas veces, aunque despeados por trescientas leguas del camino, relinchan, aguzan las orejas y brincan de alegría en la arena; —dejo á la caravana desfilar lentamente bajo los pinos; lanzo mi caballo *Líbano* al galope, y llego trémulo el corazón de inquietud y alegría, a los brazos de mi muger.

Julia estaba divirtiéndose en una casa inmediata con las hijas del príncipe de la montaña, nombrado gobernador de Berut durante mi ausencia; —me ha visto llegar desde lo alto del terrado, y al instante la veo venir exclamando:—¿Dónde está? ¿Es él?

Entra, se precipita en mis brazos, me cubre de caricias, luego corre por el cuarto, brillando en sus hermosos ojos lágrimas de alegría, levantando los brazos y repitiendo:—¡Oh! qué contenta estoy! ¡qué

contenta estoy!—vuelve y vuelve á sentarse en mis rodillas y á abrazarme una y mil veces. Habia en la estancia dos jóvenes padres jesuitas del Líbano visitando á mi muger y en largo rato no pude dirigirles una palabra de atencion; enmudecidos ellos tambien delante de aquella candorosa y vehemente niña hácia su padre, y ante el celeste brillo que el júbilo añadía á la hermosura de aquella cabeza radiante; permanecian en pié, llenos de admiracion; —nuestros amigos y nuestra comitiva llegan poco despues, y llenan con nuestros caballos y nuestras tiendas los campos de moreras.

Paso algunos dias de descanso y contento, recibiendo las visitas de nuestros amigos de Berut: los hijos del emir Beschir, que han bajado de las montañas, por órden de Ibrahim, para ocupar el pais, que amenaza sublevarse en favor de los turcos, están acampados en el valle de Nar-el-Keb á cosa de una hora de mi casa.

7 de Noviembre 1832.

El cónsul de Cerdeña, M. Bianco, relacionado hace muchos años con aquellos príncipes, nos convida a una comida que les da. Llegan vestidos con magníficos caftanes, todos tejidos de hilo de oro; sus turbantes se componen igualmente de las

mas ricas telas de Cachemira. El primogénito de los príncipes, que manda el ejército de su padre, lleva un puñal cuyo mango está todo embutido de diamantes de inestimable valor. Su séquito es numeroso y singular; en medio de un gran número de Musulmanes y de esclavos negros, se halla un poeta, enteramente semejante, por sus atribuciones, á los bardos de la edad media; su obligación consiste en cantar las virtudes y las hazañas de su amo, en componerle historias cuando le llama para matar el tedio, en estarse de pié detras de él á la mesa para improvisar versos, especies de brindis políticos en honor suyo ó de los convidados á quienes quiere agasajar el príncipe.

Tambien hay un capellan ó confesor maronita católico que nunca se aparta del príncipe, ni aun en la mesa, y que es el único á quien le está permitida la entrada en el harem; — aquel sacerdote es un fraile de fisonomía jovial y guerrera, en un todo semejante a lo que entendemos por un capellan de regimiento. Este á causa de su carácter eclesiástico, se sienta a la mesa; el poeta se queda en pié. Aquellos príncipes, y sobre todo el mayor, no parecen en manera alguna cortados de ver nuestros usos, ni por la presencia de las mugeres europeas; hablan con todos nosotros, con el mismo desembarazo, la misma finura de modales, la misma libertad que si se hubieran criado en la corte mas elegante de Europa. La civilizacion oriental

está siempre al nivel de la nuestra, porque es mas antigua, y originalmente mas pura y perfecta. Para un hombre despreocupado, no hay comparacion entre la nobleza, el decoro y la gracia severa de las costumbres árabes, turcas, indias, persas, y las nuestras; en nosotros se ven los pueblos jóvenes, que salen apenas de unas civilizaciones duras, groseras, incompletas: en ellos se ven los hijos de buena sangre, los pueblos herederos de la sabiduría y de la virtud antiguas. Su nobleza, que no es mas que la filiacion de las virtudes primitivas, está escrita en sus fuentes, y aun en sus trages: y luego es de advertir que no hay pueblo entre ellos. La civilizacion moral, la única que tomo en cuenta, está en todas partes al mismo nivel: el pastor y el emir son de la misma familia hablan la misma lengua, tienen los mismos usos y participan de la misma filosofía, de la misma grandeza de tradiciones, que es la atmósfera de un pueblo.

A los postres, los vinos de Chipre y del Líbano circulan con profusion; los árabes cristianos y la familia del emir Beschir, que es cristiana, ó cree serlo, los deben sin dificultad cuando llega el caso. Brindamos por la victoria de Ibrahim, por la emancipacion del Líbano, por la amistad de los Francos y de los árabes; luego, en fin, el príncipe propuso un bándis por las damas presentes al festin; en seguida su bardo empezó á improvisar por

orden del príncipe, y cantó en recitativo y á grito pelado, unos versos árabes cuyo sentido era poco mas ó menos el siguiente:

“Bebamos el jugo de Eden que embriaga y regocija el corazón del esclavo y del príncipe,—el vino de los majuelos que plantó el mismo Noé cuando la paloma, en vez del ramo de olivo, le trajo del cielo la cepa. Por la virtud de este vino, el poeta por un instante se convierte en príncipe, y el príncipe se convierte en poeta.

“Bebámosle en honor de estas jóvenes y hermosas Francas que vienen del país donde toda muger es reina. Los ojos de las mugeres de Siria son dulces, pero están velados. En los ojos de las hijas de Occidente hay mas embriguez que en la trasparente copa que estoy bebiendo.

“Beber vino y contemplar el rostro de las mugeres, es para el musulman pecar dos veces; para el árabe es gozar dos veces y bendecir á Dios de dos maneras.”

El mismo capellan pareció encantado de aquellos versos, y cantaba el estribillo del bardo riéndose y apurando su copa; el príncipe nos propuso el vistoso espectáculo de una caza de altanería, diversion habitual de todos los príncipes y jeques de Siria, de donde trajeron este uso á Europa los cruzados.

9 de Noviembre, 1832.

El clima, á escepcion de algunos vendabales en el mar y de algunas lluvias hácia el mediodía, es tan hermoso como en el mes de Mayo en Francia. Apenas empiezan las lluvias, empieza una nueva primavera; las paredes de los terrados que sostienen las laderas cultivadas del Líbano y las fértiles colinas de las cercanías de Berut se han cubierto hasta tal punto de vegetacion, en pocos dias, que la tierra desaparece enteramente bajo el musgo, la yerba, las enredaderas, y las flores; la cebada verde alfombra todas las campiñas, que no eran mas que polvo á nuestra llegada; las moreras, que están echando la segunda hoja, forman, al rededor de las casas, bosques impenetrables al sol; vense de trecho en trecho, los tejados de las casas diseminadas en el llano, que salen de aquel Océano de verdura, y las mugeres griegas y sirias con su rico y brillante traje, semejantes á reinas, que toman el aire en los pabellones de sus jardines; pequeños senderos encajonados en la arena conducen de una á otra casa, de una á otra colina, por entre aquellos jardines continuos que se estienden desde el mar hasta el pié del Líbano: siguiéndolos, se ha-

lla uno de repente, en los dinteles de aquellas casitas, las mas deliciosas escenas de la vida patriarcal;—matronas y doncellas, sentadas á la sombra de las moreras ó de las higueras, a su puerta, bordando ricos tapices de lana de brillantes colores;—otras, atando el cabo de un hilo de seda á árboles distantes, los devanan andando lentamente, y cantando, de un árbol a otro;—hombres andando por el contrario, hácia atrás, ocupados en tejer telas de seda, y tirando la lanzadera, que otro hombre les devuelve tirándola del mismo modo; los niños están tendidos en cunas de junco ó en esteras, á la sombra;—algunos están suspendidos de las ramas de los naranjos;—los corpulentos carneros de Siria, de inmensa y rozagante cola, demasiado pesados para poder moverse, están tendidos en unos hoyos que se abren de intento para ellos en la tierra fresca delante de la puerta; una ó dos hermosas cabras, de largas orejas, pendientes como la de nuestros perros de caza, y á veces una vaca, completan el cuadro campestre; el caballo del amo está siempre tambien allí, cubierto de su magnífico arreo, y pronto á ser montado; este caballo forma parte de la familia, y parece que se toma interés por todo lo que se hace y se dice al rededor de él;—su fisonomía se anima como la de un rostro humano; cuando un extranjero se presenta y le habla, aguzza las orejas, levanta los labios, arruga la nariz, tiende la cabeza al viento y olfatea al desconocido

que le acaricia; sus ojos dulces, pero profundos y pensativos, brillan, como dos ascuas, bajo la hermosa y larga crin de su frente. Las familias, griegas, sirias y árabes de cultivadores que habitan aquellas casas al pié del Líbano, nada tienen de selvático ni de bárbaro; mas instruidos que los patanes de nuestras provincias, todos saben leer, y todos entienden dos lenguas, el árabe y el griego; son mansos, pacíficos, laboriosos y sobrios; ocupados toda la semana en labrar la tierra ó la seda, descansan el domingo, asistiendo con sus familias á los largos y vistosos oficios del culto griego ó siríaco; luego vuelven á sus casas para comer un poco mejor que los dias de labor; las matronas y las doncellas, vestidas con sus mas ricas galas y el cabello trenzado y todo sembrado de azahar, de alelies y de claveles, se están sentadas sobre esteras en el portal de sus casas con sus vecinas y sus amigas. Seria imposible pintar con la pluma la hermosísima variedad de los grupos que forman aquellas mugeres en el campo: todos los dias veo allí caras de mugeres que el mismo Rafael no entrevió siquiera en sus sueños de artista. La belleza de aquellas mugeres es muy superior á la belleza italiana y griega; reúne la pureza de las formas, la delicadeza de los contornos, en una palabra, lo mas perfecto que nos han dejado el arte griego y el romano, pero singularmente realzado por una candidez primitiva y sencilla en la espresion,

por una serena y voluptuosa languidez, por una luz celestial que derrama sobre las facciones unos ojos azules rodeados de negras pestañas, y por una gracia en la sonrisa, una armonía en las proporciones, una blancura animada de color, una indecible transparencia de cutis, un barniz metálico en el cabello, una elegancia de movimientos, una singularidad de actitudes, y un metal claro y vibrante de la voz, que hacen de la jóven siria la húrta del pairaso de los ojos. Esas hermosuras admirables y variadas son tambien muy comunes; nunca ando una hora por el campo sin encontrarme algunas que van á las fuentes ó vuelven con sus urnas etruscas sobre el hombro, y con las piernas desnudas rodeadas de brazaletes de plata; los hombres y los muchachos van el domingo á sentarse, por todo descanso, sobre esteras tendidas al pié de algun corpulento sicomoro, no lejos de una fuente; allí se están inmóviles todo el dia, contando historias maravillosas, bebiendo de cuando en cuando una taza de café ó de agua fresca; otros se van á la cima de los collados, y allí se los ve tranquilamente agrupados entre sus viñas ó sus olivos, gozando con delicia de la vista del mar que señorean aquellas alturas, de la transparencia del cielo, del canto de las aves y de todos aquellos instintivos placeres del hombre puro y sencillo que nuestras poblaciones han perdido por la estrepitosa algazara de la taberna ó los vapores de las orgías. Jamas esce-

nas mas bellas de la creacion se vieron pobladas y animadas por mas puras y hermosas impresiones; la naturaleza aquí es un himno perpetuo a la bondad del Criador, y ningun tono falso, ningun espectáculo de miseria ó de vicio, turban, para el extranjero, la hechicera armonía de este himno;—hombres, mugeres, aves, brutos, árboles, montañas, mar, cielo, clima, todo es bello, todo es puro, todo es espléndido y religioso.

19 de Noviembre 1832.

Esta mañana fuí de madrugada con Julia á pasear por la colina que los griegos llaman San Dimitri, á cosa de una legua de Berút, en el camino del Líbano, y siguiendo oblicuamente la curva de la línea del mar. Dos de mis árabes nos acompañaban uno para guiarnos, y otro para ir al lado del caballo de Julia y recibirla en sus brazos si se alborotaba el caballo. Cuando las senderos eran demasiado rápidos, nos apeábamos un momento y recorriamos á pié los terrados naturales ó artificiales que forman una serie de escalones de verdura de todo el collado de San Dimitri. Muchas veces en mi niñez me he representado aquel paraiso terrenal, aquel Eden de que todas las naciones conservan un recuerdo, ya como un hermoso sueño, ya co-

por una serena y voluptuosa languidez, por una luz celestial que derrama sobre las facciones unos ojos azules rodeados de negras pestañas, y por una gracia en la sonrisa, una armonía en las proporciones, una blancura animada de color, una indecible transparencia de cutis, un barniz metálico en el cabello, una elegancia de movimientos, una singularidad de actitudes, y un metal claro y vibrante de la voz, que hacen de la jóven siria la húrta del pairaso de los ojos. Esas hermosuras admirables y variadas son tambien muy comunes; nunca ando una hora por el campo sin encontrarme algunas que van á las fuentes ó vuelven con sus urnas etruscas sobre el hombro, y con las piernas desnudas rodeadas de brazaletes de plata; los hombres y los muchachos van el domingo á sentarse, por todo descanso, sobre esteras tendidas al pié de algun corpulento sicomoro, no lejos de una fuente; allí se están inmóviles todo el dia, contando historias maravillosas, bebiendo de cuando en cuando una taza de café ó de agua fresca; otros se van á la cima de los collados, y allí se los ve tranquilamente agrupados entre sus viñas ó sus olivos, gozando con delicia de la vista del mar que señorean aquellas alturas, de la transparencia del cielo, del canto de las aves y de todos aquellos instintivos placeres del hombre puro y sencillo que nuestras poblaciones han perdido por la estrepitosa algazara de la taberna ó los vapores de las orgías. Jamas esce-

nas mas bellas de la creacion se vieron pobladas y animadas por mas puras y hermosas impresiones; la naturaleza aquí es un himno perpetuo a la bondad del Criador, y ningun tono falso, ningun espectáculo de miseria ó de vicio, turban, para el extranjero, la hechicera armonía de este himno;—hombres, mugeres, aves, brutos, árboles, montañas, mar, cielo, clima, todo es bello, todo es puro, todo es espléndido y religioso.

19 de Noviembre 1832.

Esta mañana fuí de madrugada con Julia á pasear por la colina que los griegos llaman San Dimitri, á cosa de una legua de Berút, en el camino del Líbano, y siguiendo oblicuamente la curva de la línea del mar. Dos de mis árabes nos acompañaban uno para guiarnos, y otro para ir al lado del caballo de Julia y recibirla en sus brazos si se alborotaba el caballo. Cuando las senderos eran demasiado rápidos, nos apeábamos un momento y recorriamos á pié los terrados naturales ó artificiales que forman una serie de escalones de verdura de todo el collado de San Dimitri. Muchas veces en mi niñez me he representado aquel paraiso terrenal, aquel Eden de que todas las naciones conservan un recuerdo, ya como un hermoso sueño, ya co-

mo una tradicion de un tiempo y de un pais mas perfectos; he seguido á Milton en sus deliciosas descripciones de aquella encantadora morada de nuestros primeros padres; pero esto, como en esta naturalza escede infinito á la imaginacion, Dios no ha concedido al hombre la facultad de alcanzar con su imaginacion la belleza de sus obras. Yo habia soñado el Eden, y ahora puedo decir que le he visto.

Luego que hubimos caminado media hora, bajo los arcos de nopalos que encajonan todos los senderos del llano, empezamos á subir por caminitos mas angostos y escarpados, que todos llegan á mesetas sucesivas, desde donde sucesivamente se va descubriendo mejor el horizonte de la campiña, del mar y del Líbano. Aquellas mesetas, de mediana anchura, están todas rodeadas de árboles desconocidos en nuestros climas, y cuya nomenclatura ignoro por desgracia; pero su tronco, la estension de sus ramas, las formas nuevas y estrañas de sus copas cónicas ó piramidales ó en forma de alas, dan á aquella cenefa de vegetacion una gracia y una novedad de aspecto que caracterizan muy bien el Asia. Su follage tambien tiene todas las formas y todos los matices, desde la negra verdura del ciprés hasta el verde gris del olivo, hasta el amarillo del limonero de la China, cada una de las cuales bastaria para guarecer del sol la frente de un niño, hasta las ligeras recortaduras del árbol del té, del granado y de otros innumerables arbus-

tos cuyas hojas se parecen á las del peregril, y forman como una leve cortina de encages vegetales. A lo largo de aquellas cenefas de arbolado reina una cenefa de verdura que se cubre de flores á su sombra. El interior de las mesetas está sembrado de cebada, y en algun rincon, dos ó tres copas de palmeras ó la sombría y redonda cúpula del colossal algarrobo, iudican el sitio donde un cultivador árabe ha construido su cabaña, rodeada de algunos majuelos, de un foso defendido por empalizadas verdes de higueras de la India, cubiertas de sus espinosos frutos, y de un pequeño huerto de naranjos sembrados de claveles y de alelies para adorno del cabello de sus hijas. Cuando por casualidad el sendero nos conducia á la puerta de aquellas casas hundidas, como nidos humanos, en aquellas olas de verdura, no veiamos en la fisonomía de sus felices y honrados moradores ni sorpresa, ni disgusto, ni cólera. Saludábannos, sonriéndose al ver la hermosura de Julia, con el piadoso saludo de los orientales: *Saba el Kair*, bendito sea el dia para vosotros. Algunos nos suplicaban que nos parásemos bajo sus palmeras; traian, con arreglo á sus facultades, una estera ó una alfombra, y nos ofrecian frutas, leche ó flores de su jardin: á veces aceptábamos y les prometiamos volver á llevarles á nuestra vez alguna cosa de Europa; pero su cortesía y su hospitalidad no eran en manera alguna interesadas. Esta gente quiere de veras

á los Francos, que saben curar todas las enfermedades, que conocen las virtudes de todas las plantas y adoran al mismo Dios que ellos.

De una de aquellas mesetas subiamos á otra, y siempre veíamos las mismas escenas, las mismas cercas de árboles, el mismo mosaico de vegetacion en el terreno que rodean; solamente que de meseta en meseta, el magnífico horizonte se ensanchaba, las mesetas inferiores se estendian como tableros de damas de todos colores, donde los setos de arbustos, aglomerados y agrupados por la óptica, formaban bosques y manchas sombrías bajo nuestros piés. Seguimos aquellas mesetas de colina en colina, bajando de cuando en cuando á los valles que la separan,—valles mil veces mas umbrosos, mas encantadores aún que las colinas,— todos velados por las cortinas de árboles de los terrados que los dominan, todos sepultados en aquellas olas de aromática vegetacion, pero todos sin embargo, con un estrecho boquete por donde se estendia la vista sobre el llano y el mar. Como el llano desaparece á causa de la elevacion de estos valles, parece que estos desembocan inmediatamente sobre la playa; sus árboles se destacan en negro sobre el azul de las olas, y á veces nos divertiamos, sentados al pié de una palmera, en ver las velas de los buques, que estaban en realidad á cuatro ó cinco leguas de nosotros, deslizarse lenta-

mente de un árbol á otro como si hubieran navegado por un lago, cuya inmediata margen formaban aquellos valles.

Llegamos en fin, por pura casualidad, al mas completo y encantado de aquellos paisages.

—Volveré á él muchas veces.

Fórmale un valle superior, abierto de oriente á occidente, y encajonado en los pliegues de la última cordillera de colinas que avanza sobre la gran vega por donde corre el NARTH-Berut. Nada puede describir la prodigiosa vegetacion que alfombra su fondo y sus laderas; aunque, por ambos lados, sus paredes son de piedra, están á tal punto cubiertas de líquenes de toda especie, tan empapadas de la humedad que destilan gota á gota, tan vestidas de brezos, de helechos y de arbustos arraigados en sus imperceptibles grietas, que es imposible imaginar que aquello que vegeta así es la roca viva. El piso es una tupida alfombra de uno ó dos pies de densidad, un terciopelo de vegetacion fecunda, matizada de tintas y de colores, sembrado por donde quiera de ramilletes de flores desconocidas, de mil formas, de mil colores, que ora duermen inmóviles como las flores pintadas en un lienzo tendido en nuestros salones; ora, cuando la brisa del mar se desliza por ellas, se levantan con yerbas y los ramos, de donde se escapan como la seda de un animal á

quien acariciamos á contra-pelo, se matizan de tintas ondeantes, y semejan un rio de verdura y flores. Entonces salen de aquella espesura bocanadas de deliciosos aromas, multitudes de insectos de alas de mil colores, innumerables pajarillos que van á posarse en los vecinos árboles; el aire está poblado de sus gorgoros que se responden, del zumbido de enjambres de abispos y de abejas y de aquel sordo murmullo de la tierra en primavera, que se toma, con razon tal vez, por el rumor sensible de las mil vegetaciones de su superficie. Las gotas de rocío de la noche caen de cada hoja, brillan sobre la yerba y refrescan el suelo de aquel pequeño valle á medida que el sol se eleva y empieza á hacer resbalar sus rayos sobre las altas cimas de los árboles y de las rocas que le rodean.

Almorzamos allí, sobre una piedra, á la entrada de una caverna donde se habian refugiado dos gacelas al ruido de nuestras pisadas. Nos guardamos muy bien de turbar el asilo de aquellos hermosos animales, que son á aquellos desiertos lo que el cordero es á nuestros prados, lo que las palomas domesticadas son á los tejados y á los patios de nuestras cabañas.

Todo el valle estaba tapizado con las mismas móviles cortinas de ramage, de musgo, de vegetacion; no podiamos reprimir una exclamacion á cada paso; no me acuerdo de haber visto nunca tanta vida en la naturaleza, acumulada y rebo-

sando en tan pequeño espacio. Seguimos aquel valle en toda su longitud, sentándonos de cuando en cuando donde la sombra nos parecia mas fresca, y dando aquí y allí una palmada en la yerba para hacer saltar las gotas de rocío, las bocanadas de aromas y las nubes de insectos que se alzaban de su seno como polvo de oro. ¡Cuán grande es Dios! ¡Cuán profunda é infinita debe ser la frente de donde emanan todas esas vidas, y esas bondades! Si hay tanto que ver y admirar en un solo pequeño rincon de la naturaleza, ¿qué será cuando se descorra el telon de los mundos para nosotros, y contemplemos el conjunto de la obra sin fin? Es imposible ver y reflexionar sin sentirse inundado de la evidencia interior en que se refleja la idea de Dios. Toda la naturaleza está sembrada de espléndidos fragmentos de aquel espejo en que se pinta Dios!

Al llegar hácia la embocadura occidental del valle, el cielo se ensancha, sus laderas se rebajan, su declive vá inclinándose ligeramente, las cimas, brillantes con la nieve del Líbano, se alzan en el cielo velado con ardientes vapores; baja uno con la mirada, desde aquellas nieves eternas á aquellas negras manchas de pinos, de cipreses ó de cedros, luego á aquellas profundas barrancas donde la sombra reposa como en su nido; luego, en fin, á aquellos picos de peñascos de color de oro, á cuyo pié se estienden los altos Maronitas y las aldeas de

los Drusos; todo acaba en una cenefa de selvas de olivos que mueren en los bordes de la llanura. La llanura misma, que se estiende entre las colinas donde estábamos y aquellas raices del alto Líbano puede tener una legua de anchura; como forma mucho recodos, no abarcábamos con la vista mas que sobre unas dos leguas de su longitud; lo restante nos lo ocultaban unos collados cubiertos de negros bosques de pinos. El NARTH-Berut, ó rio de Berut, que se escapa à algunas millas de allí de una de las mas profundas y pedregosas gargantas del Líbano, divide la llanura en dos. El rio corre graciosamente muy caudaloso, ya ceñido entre sus márgenes coronadas de juncos, semejantes á plantíos de azucar, ya extravasado en las verdes praderas, ó bajo los lentiscos, y dejando de trecho en trecho como pequeños lagos brillantes en el llano. Todas sus orillas están cubiertas de vegetacion, y distinguíamos en ellas manadas de cabras, búfalos negros, vacas blancas, borricos y caballos, esparcidos por aquellos prados, y muchos pastores árabes que vadeaban el rio montados en sus camellos. Véanse tambien mas lejos, en las primaveraes vertientes de las montañas, monges maronitas, vestidos con su hábito negro, con capucha de marinero, que conducian silenciosamente el arado bajo los olivos de sus tierras: de cuando en cuando se oia la campana de sus conventos que los llamaba á la oracion. Entonces paraban sus bueyes, soltaban

el arado, é hincándose de rodillas algunos minutos dejaban que respirase su ganado, mientras ellos elevaban sus almas al cielo. Avanzando todavia mas y principiando á bajar hácia el rio, descubrimos de repente el mar que nos habian ocultado hasta entonces las laderas del valle, y el desembocadero mas ancho del NARTH-Berut que se perdia en él. No lejos de aquel desembocadero, un puente romano casi arruinado, de arcos muy altos y sin antepecho, atraviesa el rio; una larga caravana de Damasco, que iba á Alepo, pasaba por él en aquel mismo instante; veíamos á los que la componian ir desfilando uno á uno, cuales montados en dromedarios, cuales á caballo, salir de los juncos que sombrean los estribos del puente, subir lentamente à lo alto de los ojos, destacarse allí un momento sobre el azul del mar con su cabalgadura y su extraño y vistoso traje, luego volver á bajar de aquella cima de ruinas y desaparecer con su larga fila de asnos y de camellos entre los cañaverales, las adelfas y los plátanos que cubren la otra margen del rio. Un poco mas lejos se les veia aparecer de nuevo en la playa arenosa adonde las altas oleadas arrastraban su franja de espuma hasta bajo los pies de las caballerías. Inmensos peñascos tajados perpendicularmente, de un cabo avanzado, los ocultaban en fin, y prolongándose en el mar, limitaban el horizonte por aquel lado. En el desembocadero del rio, el mar era de dos colo-

res, azul y verde á lo léjos, y estaba como salpicado de diamantes; amarillo y sin lustre en el punto en que las aguas del rio luchaban con sus olas, y las teñian con su arena de oro que arrastran sin cesar á aquella rada. Diez y siete buques, surtos en aquel golfo, se mecian peadamente sobre las densas oleadas que le surcan siempre, y sus mástiles se alzaban y se doblegaban como juncos al soplo de los vientos. Unos tenian sus mástiles pelados como árboles de invierno; otros, estendiendo sus velas para hacerlas secarse al sol, se asemejaban á aquellos grandes pájaros blancos de estos mares que se ciernen sin que se vean temblar sus alas. El golfo, mas brillante que el cielo que le cubre, reflejaba una parte de las nieves del Líbano, y los monasterios almenados, construidos en los picos de los promontorios. Algunas barcas de pescadores pasaban á todo trapo é iban á guarecerse en el rio. El valle bajo nuestros piés, las pendientes hácia el llano, el rio bajo los ojos piramidales, el mar con sus ensenadas en las peñas, la inmensa mole del Líbano con los innumerables accidentes de su estructura; aquellas piràmides de nieve que iban á hundirse, como conos de plata, en las profundidades del cielo donde el ojo la buscaba como si fueran estrellas, los insensibles rumores de los insectos alrededor nuestro, el canto de mil pájaros sobre los árboles, los mugidos de los búfalos ó los gemidos casi humanos del camello de las caravanas; el sordo

y periódico rugido de las olas estrellándose en la arena en el desagüe del rio; el horizonte sin fin del Mediterráneo; el horizonte serpeante y verde del cauce del NARTH-Berut, á la derecha; la almenada y gigantesca pared del Líbano, en frente; la radiante y serena bóveda del cielo, cortada únicamente por las cimas de los montes ó por las copas cónicas de los árboles; el tibio temple, el perfume de la atmósfera, en la que parecia que nadaba todo aquello, como una imágen en las transparentes aguas de un lago de Suiza; todas aquellas sombras, toda aquella luz, todas aquellas impresiones, formaban, de aquella escena, el mas sublime y gracioso paisaje que jamas ha encantado mis ojos! ¿Pues y Julia? toda trémula y radiante estaba de asombro y deleite interior; y yo, ¡yo tenia que grabar aquellos magníficos espectáculos en su imaginacion de niña! Mejor se pinta Dios en ellos que en los renglones de un catecismo; en ellos se le ve pintado con rasgos dignos de él; la soberana belleza, la inmensa bondad de una naturaleza perfecta, le revelan, tal cual es, al alma del niño; esa belleza física y material se traduce para ella un sentimiento de belleza moral. Así como se le hacen ver al artista las estátuas de la Grecia para inspirarle el instinto de lo bello, así es preciso hacer ver al alma juvenil las grandes y hermosas escenas de la naturaleza, para que la imágen que se forma de su autor sea digna de ella y de él.

Volvimos a montar á caballo al pié de la colina, en el llano, en la orilla del rio; atravesamos el puente, subimos algunos verdes collados del Líbano hasta el primer monasterio que se alzaba, como una fortaleza, sobre un pedestal de granito. Los monges me conocian por los informes de sus árabes, y me recibieron en su convento: visité las celdas, el refectorio y las capillas. Los monjes, de vuelta del trabajo, estaban ocupados en el espacioso patio en desunir los bueyes y los búfalos; aquel patio parecia el de un gran cortijo, y estaba atestado de aperos, de ganado, de estiércol, de aves, y de todos los instrumentos de la vida rústica. El trabajo se hacia sin ruido, sin gritos, pero sin afectacion de silencio y como por hombres animados [de una decencia natural, pero no subyugados por una regla severa é inflexible. Los rostros de aquellos hombres eran afables, serenos, y respiraban la paz y el contento; su aspecto era el de una comunidad de labradores. Cuando tocó la campana á comer, entraron en el refectorio, no todos juntos, sino uno á uno, ó dos á dos, segun despachaban antes ó despues sus quehaceres del momento. La comida consistia, y eso lo mismo un dia que otro, en dos ó tres tortas de harina, amasada y secada mas bien que cocida, sobre la piedra caliente;—en agua, y cinco aceitunas adobadas con aceite:—á veces añaden á esto un poco de queso ó de leche aceda:—este es todo el susten-

to de aquellos cenobitas, y le toman de pié ó sentados en el suelo. Todos los muebles de nuestros paises les son desconocidos. Despues de haber asistido á su comida, y comido con ellos un pedazo de torta y bebido un poco de escelente vino del Líbano que nos hizo traer el superior, visitamos algunas de las celdas; todas son iguales. Un cuartito de cinco ó seis piés cuadrados con una estera y una alfombra, á esto se reducen todos sus muebles; algunas imágenes de santos, clavados en la pared, una Biblia árabe, algunos manuscritos siriacos, á esto se reduce todo su ornato. Una larga galería interior, cubierta de bálago, sirve de entrada á todos aquellos cuartos. La vista que se disfruta desde las ventanas del monasterio, y de casi todos estos monasterios, es admirable; las primeras vertientes del Líbano, la llanura y el rio de Berut, las aereas cimas de los bosques de pinos, sobre el horizonte rojo del desierto, de arena; luego el mar ceñido en todas direcciones por sus cabos, sus golfos, sus ensenadas y sus peñascos, con las blancas velas que le cruzan en todos sentidos, tal es el horizonte que siempre tienen á la vista estos monges. Hiciéronnos varios regalos de frutas secas y odres de vino, que cargamos en borricos, y los dejamos para volver por otro camino á Berut. Mas adelante hablaré de ellos.

Bajamos por escarpados escalones labrados en os pedazos sueltos de una greda amarilla y tierna que cubre todos los primeros planos del Líbano. El sendero circula por entre aquellos peñones; de las rendrijas del peñasco penden algunos arbustos y algunas yerbas, entre las cuales se ven flores admirables, semejantes á los tulipanes de nuestros jardines, pero infinitamente mas anchas. Hicimos saltar muchas gacelas y algunos chacales que se esconden en los huecos formados por aquellas peñas; una multitud de perdices, codornices y chochas se echaron á volar al ruido de las pisadas de nuestros caballos. Llegado que hubimos al llano volvimos á hallar viñas, cebada y palmeras; cruzamos la mitad de aquel con corta diferencia, en medio de aquella rica vegetacion, y pronto nos hallamos al pié de un ancho collado, cubierto de un bosque de pinos de Italia, con anchos claros, donde veíamos á lo léjos rebaños de camellos y de cabras. Aquel collado nos ocultaba el Narch-Berut que queríamos atravesar en su parte meridional. Internámonos bajo las altas bóvedas da aquellos hermosos pinos de parasol, y despues de haber andado cosa de un cuarto de hora á su sombra oímos de pronto mucha gritería, el ruido de las pisadas de una multitud de hombres, de mugeres y niños que acudian á nuestro lado, los redobles de los tambores y los sonidos del caramillo y del pífano: en un momento nos hallamos envueltos por quinientos

ó seiscientos árabes de estraño aspecto. Los caudillos, vestidos con magníficos trages, pero sucios y andrajosos, se adelantaron hácia nosotros al frente de su música; inclináronse y nos hicieron cumplimientos, muy respetuosos al parecer, pero de que no entendimos palabra. Sus ademanes y clamores, acompañados de los ademanes y clamores de la tribu entera, nos ayudaron á interpretar sus palabras; nos suplicaban y nos obligaron, por decirlo así, á seguirlos al interior del bosque, donde tenían su campamento;—era una de las tribus de Kurdes que vienen de las provincias vecinas de la Persia, á pasar el invierno, ya en las llanuras de Mesopotamia, en las cercanías de Damasco, ya en las de la Siria, llevando consigo sus familias y sus rebaños: se apoderan de un bosque, de una llanura, de una colina abandonada, y se establecen en ella por cinco ó seis meses. Mucho mas bárbaros que los árabes, se temen generalmente sus incursiones y su cercanía; son los gitanos armados del Oriente.

Rodeados de aquella turba de hombres, mugeres y niños, anduvimos algunos minutos á los sonidos de aquella música bárbara y entre los gritos de aquella muchedumbre que nos miraba con una curiosidad, medio risueña, medio feroz. Pronto nos hallamos en medio del campamento, delante de la puerta de uno de los jeques de la tribu:

hiciéronnos appear, entregaron nuestros caballos, que admiraban mucho, al cuidado de algunos jóvenes Kurdes, y nos trajeron alfombras de Carmania en las que nos sentamos al pié de un árbol. Los esclavos del jeque nos presentaron las pipas y el café; las mugeres de la tienda trajeron leche de camella para Julia. La vista de aquel campamento de bárbaros nómades, en medio de un sombrío pinar, merece ser descrita.

El pinar, en aquel sitio, presentaba muchos claros. Al pié de cada árbol, una familia tenia su tienda: aquellas tiendas no eran, por lo comun, mas que un pedazo de lienzo negro, de pelo de cabra, atado al tronco de un árbol con una cuerda, y sostenido en el otro lado por dos estacas clavadas en el suelo; muchas veces el lienzo no cubria todo el espacio ocupado por la familia, antes bien un pedazo caía solamente del lado del viento ó del sol y guarecia el área de la tienda y la lumbré del hogar.

No se veía en ellas ningun mueble, escepto unos cántaros de barro negruzco, tendidos de costado, en los que las mugeres van á sacar agua; algunas botas de piel de cabra, sables y largas escopetas suspendidas en trofeo de las ramas de los árboles, estereras, alfombras y algunos vestidos de hombres ó de mugeres, tirados aquí y allí por el suelo. Algunos de aquellos árabes tenian dos ó tres cofres

cuadrados, de madera pintada de colorado, con dibujos de clavos de cabeza dorada, para guardar sus haberes. No ví mas que dos ó tres caballos en toda la tribu. La mayor parte de las familias no tenían al rededor de la tienda mas que un camello tendido rumiando, con su alta cabeza inteligente levantada y tendida hácia la puerta de la tienda, algunas hermosas cabras de largas sedas negras y orejas colgantes, carneros y búfalos; casi todas tenían ademas uno ó dos magníficos perros lebreles, de gran talla y pelo blanco. Aquellos perros, contra la costumbre de los mahometanos, estaban gordos y bien mantenidos; parecia que conocian á sus amos, de donde infiero que aquellas tribus los emplean para la caza. Los jeques ejercian, al parecer, una autoridad absoluta, y la menor señal suya restablecia el órden y el silencio turbado por nuestra llegada.

Ocurrió que algunos muchachos cometieron, por curiosidad, algunas leves indiscreciones con nosotros, é inmediatamente hicieron que los cogiesen en brazos los hombres que nos rodeaban, y los echasen á otro punto del campamento. Los hombres, en general eran altos, fornidos, hermosos y bien formados; sus vestidos no anunciaban la pobreza, pero sí la desidia: algunos llevaban chaquetas de seda mezclada con hilos de oro ó plata y albornoces de seda azul forrados de ricas pieles: sus armas eran igualmente notables por las cinceladu-

ras y los embutidos de plata que las adornaban. Las mugeres no estaban encerradas ni tapadas y aun iban medio desnudas. sobre todo las muchachas de diez á quince años. Toda su vestimenta consistia en un pantalon con anchos pliegues que dejaba las piernas y los piés desnudos; todas llevaban brazaletes de plata encima del empeine. El busto iba cubierto con una camisa de algodón ó seda, ceñida con un cinturon, y dejando el pecho y el cuello descubiertos. Sus cabellos, generalmente muy negro, estaba recogido en grandes trenzas pendientes hasta los talones, y adornadas con sargas de monedas; tambien llevaban los riñones y la garganta cubiertos de una verdadera coraza de piastras ensartadas, que resonaban á cada paso que daban, como las escamas de una serpiente. Aquellas mugeres no eran ni altas, ni blancas, ni modestas, ni graciosas, como las árabes sirias; tampoco tenian el aspecto feroz y medroso de las beduinas; eran, en general pequeñas, flacas, tenian el cutis curtido por el sol, pero eran alegres, vivas, ligeras, y no cesaban de bailar y cantar al son de una música que ni un punto interrumpia sus animados y bulliciosos compases. Ninguna cortedad les inspiraban nuestras miradas, ningun pudor manifestaban por su semidesnudez delante de los hombres de su tribu, que tampoco por su parte mostraban ejercer ninguna autoridad sobre ellas; contentábanse con reirse de la indiscreta cu-

riosidad que les inspirábamos, y las rechazaban con dulzura chancéandose. Algunas jóvenes eran sumamente bonitas y graciosas; sus negros ojos estaban teñidos con el *hené* en el borde de los párpados, lo que da mucha mas vivacidad á la mirada. Sus piernas y sus manos estaban pintadas de un color de caoba; sus dientes, blancos como el marfil, cuyo brillo hacian resaltar sus labios pintados de azul y su tez tostada, daban á sus fisonomías y á su risa un carácter agreste, pero no feroz; parecian jóvenes provenzales ó napolitanas, con un poco mas de soltura y descaro. Su rostro se graba profundamente en la memoria, porque no se ven dos veces caras de aquel carácter.

Habia en derredor nuestro un corro de ciento ó doscientas personas de la tribu; luego que hubimos contemplado bien su campamento, sus fisonomías y sus hechos, hicimos señal de que deseábamos volver á montar á caballo. Trajéronnos al instante nuestros caballos, y como estaban asustados por el extraño aspecto, la gritería de aquella muchedumbre y los sonidos de los tamboriles, el jeque hizo que dos de sus mugeres llevasen á Julia en brazos hasta la salida del bosque, y la tribu entera nos fué acompañando. Montamos á caballo, ofreciéronnos de regalo una cabra y un camello; pero no aceptamos, y les dimos un puñado de piastras turcas que las jóvenes repartieron entre sí para aña-

dirlas á las de sus collares, y dos gazzis de oro á las mugeres del jeque. A corta distancia del bosque, volvimos á encontrar el rio, que vadeamos; bajo las adelfas que le rodean, hallamos sobre unas cien jóvenes de la tribu de los Kurdes, que volvian de Berut, adonde habian ido á comprar jarros y algunas telas para una novia de su tribu; habianse parado allí, y estaban bailando á la sombra, llevando cada una en la mano un objeto del ajuar ó del tocado de su compañera; por largo espacio nos siguieron con grande algazara y agarrándose á la falda de Julia y á la crin de nuestros caballos, para que les diéramos algun dinero; echámosles algunas monedas, y con esto nos dejaron y se precipitaron todas en el rio para volverse á su campamento.

Despues de haber atravesado el Nart-Berut y la otra mitad de la llanura, cultivada y sembrada por multitud de palmeras y pinos, entramos en las colinas de arena roja que se estienden al oriente de Berut entre el mar y el valle del rio,—pedazo del desierto de Egipto, echado al pié del Líbano y rodeado de magníficas florestas; la arena que la entapiza es roja como almazarron y menuda como un polvo impalpable:—los árabes dicen que aquel desierto de arena roja no se halla allí porque le lleven los vientos, ni porque le acumulen las olas; ni porque le vomita un torrente subterráneo que co-

munica con los desiertos de Gaza y de El-Arish; aseguran que ecsisten manantiales de arena como de agua, y enseñan, en comprobacion, el color y la forma de la arena del mar, que con efecto en nada se parece á la de aquel desierto: los colores son tan diferentes como los de una cantera de granito y otra de mármol. Como quiera que sea, aquella arena vomitada por rios subterráneos, ó sembrada allí por los recios vientos de invierno, se desarrolla en superficies de cinco á seis leguas de circuito, y eleva montañas ó abre valles que mudan de forma á cada tempestad; apenas ha andado uno media hora por aquellos ondulosos laberintos, le es imposible saber donde se halla; las colinas de arena le ocultan el horizonte por todos lados; ningun sendero subsiste en la superficie de aquellas olas; el caballo y el camello pasan por allí sin dejar mas rastro que una barca en el agua; la mas leve brisa lo borra todo;—algunos de aquellos cerrillos eran tan rápidos que apenas podian trepar por ellos nuestros caballos, y así avanzábamos con mucho tiento por miedo de hundirnos en las quiebras, tan frecuentes son en aquellos mares de arena; ningun vestigio de vegetacion se descubre en aquellos arenales, salvo algunas cabezas de plantas bulbosas que ruedan de cuando en cuando bajo los pies de los caballos; la impresion que producen aquellas móviles soledades es triste y mustia:—es una tempestad sin ruido, pero con todas sus imágenes de muerte. Cuando

el *simoun*, viento del desierto, empieza á soplar, aquellas colinas ondean como las olas del mar, y replegándose en silencio sobre sus profundos valles, se tragan los camellos de las caravanas; todos los años avanzan algunos pasos sobre las partes de tierra cultivadas que las rodean, y en sus bordes se ven copas de palmeras ó de higueras desecadas sobre su superficie, como mástiles de un buque sepultado bajo las aguas; no oíamos mas rumor que el lejano y ponderoso embate de la marejada que se estrechaba á una legua de nosotros en los arrecifes; el sol en occidente teñía la cresta de aquellas montañas de polvo rojo, de un color semejante al hierro incandescente que sale de las fraguas,—ó, deslizándose en aquellos valles, los inundaba de vivos resplandores, como las cercanías de un grande incendio:—de cuando en cuando, al hallarnos en la cima de una colina, descubrimos las blancas cumbres del Líbano, ó el mar con su cenefa de espuma ciñendo las largas costas sinuosas del golfo de Saide; luego bajábamos de pronto á lo hondo de las barrancas de arena, y no veíamos mas que el cielo sobre nuestras cabezas.

Seguia yo á Julia, que volvía muchas veces hácia mí su hermoso rostro animado por la conmoción y el cansancio, y leía en sus ojos, cuya mirada parecía que me consultaba, sus impresiones mezcladas de terror, de entusiasmo y de placer. El

estruendo del mar iba aumentando y nos anunciaba la proximidad de la costa; de repente la descubrimos, tajada perpendicularmente, bajo los piés de nuestros caballos, y á doscientos piés lo ménos sobre la superficie del Mediterráneo; el suelo, sólido y sonoro bajo nuestras pisadas, aunque cubierto aún de una ligera capa de arena blanca, nos indicaba la roca sucediendo á las olas de arena, y con efecto, estábamos sobre la roca que rodea todas las costas de Siria: la casualidad nos había llevado á uno de los puntos de aquella costa donde la lucha de la piedra y de las aguas presenta el mas extraño espectáculo; el repetido embate de las olas ó los terremotos ha desprendido en aquel sitio, del peñon continuo de la costa, inmensas colinas de rocas vivas que, arrastradas al mar y asentadas en su fondo á plomo, á fuerza de lamerlas y alisarlas la marejada, han adquirido las formas mas singulares:—delante de nosotros, á distancia de unos cien piés, había uno de aquellos peñascos enhiestos que salía del mar y alzaba su cresta sobre el nivel de la costa: las olas, hiriéndole sin cesar; habían acabado por ajarle en su mitad y por formar en él un arco gigantesco, semejante á la abertura de un monumento triunfal. Las paredes interiores de aquel arco eran lisas y brillantes como el mármol de Carrara; las olas retirándose, dejaban ver aquellas paredes en seco, chorreándoles la espuma que caía con las aguas; luego, al volver la oleada, se preci-

pitaban, con grande estruendo, en el arco que llenaban hasta la vóbada, y apretadas y rotas por el cloque, salian de él formando un torrente de espuma nueva, que se alzaba, como furiosas lenguas, hasta lo alto del peñon, de donde caian como inmensas cabelleras y polvo de agua. A cada una de aquellas vueltas de la marejada, nuestros caballos se estremecian de horror y no podiamos apartar los ojos de aquel combate de dos elementos; durante media hora de camino, la costa está llena de aquellos magníficos caprichos de la naturaleza:—hay torres almenadas todas cubiertas de nidos de golondrinas de mar,—puentes naturales que juntan la costa y los escollos, y bajo los cuales oye uno, al pasar, rugir las olas subterráneas;—hay, en ciertos sitios, peñascos agujereados por los aguas, que hacen saltar la espuma del mar bajo nuestros piés, como tubos de surtidores:—el agua se alza á algunos piés sobre el nivel de la tierra en inmensa columna, luego vuelve murmurando á sus abismos cuando se retira la marejada: la mar estaba picada en aquel momento:—llegaba en altas y anchas colinas azules, se alzaba en crestas trasparentes al acercarse á las peñas, y se desplomaba en ellas con tal estruendo que toda la playa temblaba hasta gran distancia, y creiamos ver titubear el arco marino que teniamos delante. Despues de las silenciosas y terribles soledades que acabábamos de cruzar; el aspecto sin límites de

un mar inmenso y vacío de naves, á la hora de la tarde en que las primeras sombras empiezan á ennegrecer sus abismos; aquellas gigantescas roturas de la costa, y aquel estrépito de las olas, que arrasaban enormes peñascos, como las patas del pájaro hacen rodar granos de arena; aquellas sacudidas de la brisa en nuestras frentes y en la crin de nuestros caballos; aquellos inmensos ecos subterráneos que multiplicaban los sordos rugidos de la tempestad, todo esto heria nuestras almas con impresiones tan diversas, tan selemnes, tan profundas, que no podiamos hablar, y los ojos de Julia estaban arrasados de lágrimas!

Entramos silenciosamente en el desierto de arena roja, cruzámosle por la parte mas angosta, acercándonos á las colinas de Berut, y al anochecer, nos hallamos en el inmenso pinar del emir Fakar-el-Din. Allí, Julia, ya algo recobrada de su agitacion, se volvió á mí y me dijo con entusiasmo:—¡No es verdad que he dado el paseo mas delicioso que puede darse en el mundo? ¡Oh! ¡Cuán grande es Dios! ¡y cuán bueno es para mí, añadió; en haberme elegido para hacerme contemplar tan jóven, cosas tan bellas!

Ya era de noche cuando nos apeamos á la puerta de mi casa:—luego proyectamos otras expediciones para los dias que nos quedaban ántes del viage á Damasco.

POBLACIONES DEL LIBANO.

LOS MARONITAS.

Los primeros tiempos de la historia de los maronitas están rodeados de tinieblas. Tienen pocos libros, y esos sin crítica ni comprobación;—sin embargo, como es preciso creer lo que un pueblo sabe de sí mismo, mas bien que las vanas especulaciones del viajero, veamos lo que resulta de sus propias historias. Hacia el año 400 vivia un santo solitario llamado Marron; Teodorico y San Crisóstomo hacen mencion de él. Marron habitaba el desierto, y sus discípulos, habiéndose dispersado por las diferentes regiones de la Siria, construyeron en ellas diferentes monasterios, el principal de los cuales estaba en las cercanías de Apamea, en las fértiles márgenes del Oronte. Todos los cristianos siriacos que no estaban entonces infestados por la heregía de los monatélitas se refugiaron al rededor de aquellos monasterios, y de esta circunstancia recibieron el nombre de maronitas. Volney, ue vivió algunos meses entre ellos, recogió las

mejores noticias sobre su origen, noticias muy semejantes á estas que yo doy y que he sacado de las tradiciones locales. Como quiera que sea, los maronitas forman en el dia un pueblo gobernado por la mas pura teocracia que ha resistido jamas al tiempo; teocracia que, amenazada sin cesar por la tiranía de los musulmanes, ha tenido que conservarse moderada y protectora, y ha dejado germinar principios de libertad civil, prontos á desarrollarse en aquel pueblo. La nacion de los maronitas que, segun el testimonio de Volney, constaba en 1784, de ciento veinte mil almas, consta hoy de mas de doscientas mil y aumenta diariamente. Su territorio tiene ciento cincuenta leguas cuadradas; pero ese territorio no tiene mas que unos límites arbitrarios; estiéndose sobre las vertientes del Líbano por los valles ó las llanuras que le rodean, á medida que la poblacion va fundando nuevas aldeas. La ciudad de Zharklé, en la embocadura del valle de Bka, enfrente de Balbek, que contaba apenas de mil á mil doscientas almas hace veinte años, cuenta ahora de diez á doce mil, y tiende á aumentar por dias.

Los maronitas están sometidos al emir Beschir, y forman, con los drusos y los metualis, una especie de confederacion despótica, bajo el gobierno de aquel emir. Aunque los miembros de estas tres naciones difieren en origen, religion y costumbres, y casi nunca se confunden en las mismas aldeas,

el interes de la defensa de una libertad comun y la mano robusta y política del emir Beschir los retienen en un solo cuerpo: sus numerosos habitantes cubren el espacio comprendido entre Latakié y S. Juan de Acre, por una parte, y Damasco y Berut, por otra. Luego hablaré separadamente de los drusos y de los metualis.

Los maronitas ocupaban los valles mas centrales y las cordilleras mas elevadas del grupo principal del monte Líbano, desde las cercanías de Berut hasta Trípoli de Siria. Las faldas de esas montañas, que bajan hácia el mar, son fértiles y están regadas por numerosos rios é inagotables cascadas; en ellas recogen seda, aceite, cebada y trigo; las alturas son casi inaccesibles, y por todas partes la roca pelada hiende las laderas de aquellas montañas; pero la infatigable actividad de este pueblo, que no tenia asilo seguro para su religion, sino detras de aquellos picos y de aquellos precipicios, ha hecho fértil hasta el mismo peñasco:—de piso en piso, hasta las últimas crestas, hasta las nieves eternas, ha levantado tapias de terrados,—formadas con pedazos de roca rodadiza:—á aquellos terrados ha llevado la poca tierra vegetal que arrastraban las aguas á las quebradas, ha machacado la piedra misma para fecundizar su polvo mezclándole con aquel poco de tierra, y así ha hecho del Líbano todo entero un huerto cubierto de moreras, de higueras, de olivos y de cereales:—el viagero no

acierta á reponerse de su asombro cuando, despues de haber trepado dias enteros por las paredes casi perpendiculares de las montañas, que no son mas que una inmensa roca, halla de repente, en las honduras de una elevada garganta, ó en la meseta de una pirámide de montañas, una linda aldea de piedras blancas, poblada de una numerosa y rica poblacion, con un castillo moruno en medio, un monasterio á lo lejos, un torrente que arrastra su espuma al pié de la aldea, y todo en derredor un horizonte de vegetacion y verdura, donde los pinos, los castaños y las moreras dan sombra á las viñas ó á los sembrados de maiz y de trigo. Esas aldeas están á veces suspendidas unas sobre otras casi perpendicularmente; se puede tirar una piedra de una aldea á otra; de una á otra se pueden hablar dos personas, y sin embargo el declive de la montaña ecsige tantas revueltas y recodos para trazar en ella el sendero de comunicacion, que se necesita una hora ó dos para pasar de un pueblo á otro.

En cada una de aquellas aldeas se halla un jeque, especie de señor feudal que ejerce la administracion y la justicia, del pais; pero esa administracion y esa justicia, ejercidas sumariamente y en meras atribuciones de policia por los jeques, no son absolutas ni sin apelacion. La alta administracion pertenece al emir y á su divan: la justicia le compete en parte al emir, en parte á los obispos:

—siempre hay contencion entre el emir y la autoridad eclesiástica: el patriarca de los maronitas conserva él solo la decision de todos los casos en que la ley civil está en competencia con la ley religiosa, como los matrimonios, dispensas, separaciones &c. El príncipe tiene que guardar los mayores miramientos con el patriarca y los obispos, porque la autoridad del clero sobre los ánimos es inmensa. Ese clero se compone del patriarca elegido por los obispos, confirmado por el papa, y de un legado del papa enviado de Roma, y residente en el monasterio de Antura ó de Kanubia;—de los obispos, de los superiores de los monasterios y de los curas. Aunque la Iglesia romana ha conservado severamente la ley del celibato de los sacerdotes de Europa, y aunque muchos de sus escritores afectan ver una ley de dogma en ese reglamento de su disciplina, ha tenido que ceder sobre este punto en Oriente; y bien que celosos y fervientes católicos, los sacerdotes son casados entre los maronitas. Esta facultad del casamiento no se estiende á los mnges que viven en comunidad, ni á los obispos; el clero secular y los curas son los únicos que usan de este privilegio. La reclusion en que viven las mugeres árabes, la sencillez de las costumbres patriarcales de aquel pueblo, y la costumbre, quitan todo inconveniente à este uso del clero maronita; y lejos de que haya perjudicado, como algunos afectan sostener, á la pureza de las costumbres sacer-

dotales, al respeto de las poblaciones hácia el ministro del culto, ó al precepto de la confesion, puede decirse con verdad que, en ningun pais de Europa, es el clero tan puro, tan venerable y poderoso sobre el ánimo del pueblo, ni está tan exclusivamente encerrado en los límites de su piadoso ministerio, como en este pais. El que quiera tener á la vista lo que la imaginacion se figura de los tiempos del cristianismo naciente y puro; el que quiera ver la sencillez y el fervor de la fé primitiva, la pureza de las costumbres, el desinterés de los ministros de la caridad, la influencia sacerdotal sin abusos, la autoridad sin dominio, la pobreza sin mendicidad, la dignidad sin orgullo, la oracion, las vigiliass, la sobriedad, la castidad, el trabajo manual, que vaya al pais de los maronitas. El mas rígido filósofo no hallará una reforma que hacer en la ecsistencia pública y privada de aquellos sacerdotes, los modelos, los consejeros y los siervos del pueblo.

Sobre doscientos monasterios maronitas, de diferentes órdenes, ecsisten en el Líbano, poblados por veinte ó veinticinco mil monges; pero estos monges no son ricos, ni mendicantes, ni opresores, ni sanguijuelas del pueblo:—son unas reuniones de hombres sencillos y laboriosos que, queriendo consagrarse á una vida de oracion y de libertad de espíritu, renuncian à los cuidados domésticos, y se

consagran á Dios y á la tierra en uno de aquellos retiros. Su vida, como ya dejo referido, es la vida de un labrador laborioso: cuidan del ganado ó de los gusanos de seda, rajan las peñas, construyen con sus propias manos las tapias de los terrenos que forman sus tierras de labor, cavan, aran, riegan. Los monasterios poseen poco terreno y no reciben mas monges que los que pueden mantener. Mucho tiempo he habitado entre este pueblo, he frecuentado muchos de estos monasterios y nunca he oido hablar de un escándalo ocasionado por estos monges. No se oye entre ellos un murmullo; cada monasterio no es mas que un pobre cortijo cuyos servidores son voluntarios, y no reciben por único salario mas que un asilo, un sustento de anacoreta y las oraciones de su Iglesia. El trabajo útil es hasta tal punto la ley del hombre, es hasta tal punto la condicion de la felicidad y de la virtud en este mundo, que no he visto uno solo de aquellos solitarios que no llevase estampadas en el rostro la paz del alma, la alegría y la salud. Los obispos ejercen una autoridad absoluta sobre los monasterios que se hallan en su jurisdiccion:—estas jurisdicciones son muy limitadas, pues cada pueblo grande tiene su obispo.

El pueblo maronita, ya descienda de los árabes, ya de los sirios, participa de todas las virtudes de su clero y forma un pueblo aparte en todo el Oriente:—parece una colonia europea arrojada por la

casualidad en medio de las tribus del desierto: su fisonomía, sin embargo, es árabe; los hombres son altos, bizarros: su mirada tiene una espresion de franqueza y altivez, de talento y de dulzura; tienen los ojos azules, la nariz aguileña, la barba rubia, un noble continente, una voz grave y gutural, unos modales corteses sin bajeza:—su trage es espléndido y sus armas riquísimas; cuando uno atraviesa una aldea, y ve al jeque sentado á la puerta de su castillo almenado, con sus hermosos caballos trabados en el patio, y rodeado de los principales vecinos del pueblo, vestidos con sus ricos albornoces, con sus fajas de seda encarnada llena de puñales y de alfanges con puños de plata, tocados con un inmenso turbante de telas de varios colores, con un ancho velo de seda carmesí cayendo sobre el hombro, cree uno ver un pueblo de reyes:—quieren á los europeos como á hermanos:—estàn unidos á nosotros por el lazo de la comunidad de religion, el mas poderoso de todos: creen que los protejemos por medio de nuestros cónsules y de nuestros embajadores contra el despotismo de los turcos:—reciben en sus pueblos á nuestros viajeros, á nuestros misioneros, á nuestros jóvenes intérpetres, que van á estudiar la lengua árabe, como se recibe á unos parientes lejanos en una familia; el viajero, el misionero, el joven intérpetre son el huésped querido de toda la comarca. Se le hospeda en el monasterio ó en casa del jeque, se le suministra con

abundancia cuanto produce el pais; se le lleva á la caza de altanería; se le introduce con confianza hasta en la sociedad de las mugeres; se le habla con respeto; se forman con él vínculos de amistad que nunca se rompen, y cuyo recuerdo trasmiten á sus hijos los padres de familia. No dudo que si este pueblo fuera mas conocido, si se visitara con mas frecuencia el magnífico pais que habita, muchos europeos irian á establecerse entre los maronitas:—belleza de sitios, admirable perfeccion del clima, moderacion de los precios de todas las cosas, analogía de religion, hospitalidad de costumbres, seguridad y sosiego individual, todo contribuye à hacer desear la residencia entre este pueblo; y yo por mí, si el hombre pudiera desarraigarse enteramente, si no debiera vivir donde la Providencia le ha indicado su cuna y su sepultura para servir y amar á sus compatriotas; si el destierro involuntario se abriese algun dia para mí, en ninguna parte me pareceria mas dulce que en una de estas pacíficas aldeas de maronitas, al pié ó en las faldas del Líbano, en medio de una poblacion sencilla, religiosa; buena, con la vista del mar y de las altas nieves, bajo la palmera ó el naranjo de unos de los huertos de estos monasterios. La mas admirable policia, resultado de la religion y de las costumbres mas que de ninguna legislacion, reina en toda la estension del pais habitado por los maronitas; de dia como de noche se puede viajar

por él, solo y sin guia, sin temor de robos ni violencias; los crímenes son aquí casi desconocidos; el estrangero es sagrado para el árabe mahometano, pero mas aún para el árabe cristiano: su puerta le está franca á todas horas, y nunca deja de agasajarle como á un amigo.

En todos los pueblos hay una iglesia ó una capilla, en la que se celebran las ceremonias del culto católico en la forma y la lengua siriacas: al llegar al Evangelio el sacerdote se vuelve à los asistentes y les lee el Evangelio del dia en árabe. Las religiones que duran mas que las razas humanas, conservan su lengua sagrada cuando los pueblos han perdido las suyas.

Los maronitas son valientes, y naturalmente guerreros como todos los montañeses; álzanse en número de treinta ó cuarenta mil hombres, á la voz del emir Beschir, ya para defender los caminos inaccesibles de sus montañas, ya para bajar al llano y hacer temblar á Damasco ó à las ciudades de la Siria. Nunca los turcos osan penetrar en el Líbano cuando estos pueblos están en paz entre sí; los bajás de Acre y de Damasco nunca han ido á él sino cuando discusiones intestinas los llamaban en auxilio de uno ú otro partido.—No sé si me engaño; pero creo que acaso le está reservado un gran destino à ese pueblo maronita, pueblo vírgen y primitivo por sus costumbres, su religion y su de-

nuedo; pueblo que tiene las virtudes tradicionales de los patriarcas, la propiedad, un poco de libertad, mucho patriotismo, y que, por la semejanza de religion y las relaciones de comercio y de culto, se impregna cada dia mas de la civilizacion occidental. Mientras que todo parece en torno suyo por impotencia ó decreptitud, él solo parece que rejuvenece y adquiere nuevas fuerzas; á medida que la Siria se vaya despoblando, él bajará de sus montañas, fundará ciudades de comercio en las orillas del mar, cultivará los fértiles llanuras que hoy no pertenecen mas que á los chacales y á las gacelas, y establecerá un dominio nuevo en aquellas regiones donde espiran los antiguos dominios; si aun ahora mismo se levantara de entre ellos un hombre de gran cabeza, ya de las filas del clero omnipotente, ya del seno de una de aquellas familias de emires ó de jeques á quienes veneran; si comprendiese el porvenir, y formase alianza con una de las potencias de Europa, fácilmente renovaría las maravillas de Mehemet-Alí, bajá de Egipto, y dejaría en pos de sí el verdadero gérmen de un imperio de Arabia.

La Europa está interesada en que se realice este voto, con lo que tendría una colonia en aquellas hermosas orillas, y la Siria, poblándose con una nacion cristiana é industriosa, enriquecería el Mediterráneo con un comercio hoy en suma decaden

cia, abriría el camino de las Indias, rechazaría á las tribus nómades y bárbaras del desierto y reavivaría el Oriente; mas porvenir hay allí que en Egipto. El Egipto no tiene mas que un hombre, y el Líbano tiene un pueblo.

LOS DRUSOS.

Los drusos que, con los metualis y los maronitas, forman la principal poblacion del Líbano, han pasado mucho tiempo por ser una colonia europea, dejada en Oriente por los cruzados; pero esto es absurdo. Lo que mas tiempo se conserva entre los pueblos es la religion y la lengua, y los drusos son idólatras y hablan el árabe,—luego no descenden de un pueblo franco y cristiano:—lo mas probable es, que son, como los maronitas, una tribu árabe del desierto que, habiendo rehusado adoptar la religion del profeta y perseguida por los nuevos creyentes, se refugiaria en las soledades inaccesibles del alto Líbano para defender en ellas sus dioses y su libertad. Han prosperado; muchas veces han tenido un predominio sobre las poblaciones que habitan con ellos la Siria, y la

nuedo; pueblo que tiene las virtudes tradicionales de los patriarcas, la propiedad, un poco de libertad, mucho patriotismo, y que, por la semejanza de religion y las relaciones de comercio y de culto, se impregna cada dia mas de la civilizacion occidental. Mientras que todo parece en torno suyo por impotencia ó decreptitud, él solo parece que rejuvenece y adquiere nuevas fuerzas; á medida que la Siria se vaya despoblando, él bajará de sus montañas, fundará ciudades de comercio en las orillas del mar, cultivará los fértiles llanuras que hoy no pertenecen mas que á los chacales y á las gacelas, y establecerá un dominio nuevo en aquellas regiones donde espiran los antiguos dominios; si aun ahora mismo se levantara de entre ellos un hombre de gran cabeza, ya de las filas del clero omnipotente, ya del seno de una de aquellas familias de emires ó de jeques á quienes veneran; si comprendiese el porvenir, y formase alianza con una de las potencias de Europa, fácilmente renovaría las maravillas de Mehemet-Alí, bajá de Egipto, y dejaría en pos de sí el verdadero gérmen de un imperio de Arabia.

La Europa está interesada en que se realice este voto, con lo que tendría una colonia en aquellas hermosas orillas, y la Siria, poblándose con una nacion cristiana é industriosa, enriquecería el Mediterráneo con un comercio hoy en suma decaden

cia, abriría el camino de las Indias, rechazaría á las tribus nómades y bárbaras del desierto y reavivaría el Oriente; mas porvenir hay allí que en Egipto. El Egipto no tiene mas que un hombre, y el Líbano tiene un pueblo.

LOS DRUSOS.

Los drusos que, con los metualis y los maronitas, forman la principal poblacion del Líbano, han pasado mucho tiempo por ser una colonia europea, dejada en Oriente por los cruzados; pero esto es absurdo. Lo que mas tiempo se conserva entre los pueblos es la religion y la lengua, y los drusos son idólatras y hablan el árabe,—luego no descenden de un pueblo franco y cristiano:—lo mas probable es, que son, como los maronitas, una tribu árabe del desierto que, habiendo rehusado adoptar la religion del profeta y perseguida por los nuevos creyentes, se refugiaria en las soledades inaccesibles del alto Líbano para defender en ellas sus dioses y su libertad. Han prosperado; muchas veces han tenido un predominio sobre las poblaciones que habitan con ellos la Siria, y la

historia de su principal caudillo, el emir Fakar-el-Din, de que hemos formado Fakardin, los ha hecho célebres, aun en Europa. A principios del siglo XVII aparece este príncipe en la historia: nombrado gobernador de los drusos, gana la confianza de la Puerta; rechaza á las tribus feroces de Balbek, liberta á Tiro y á San Juan de Acre de las correrías de los árabes beduinos, espulsa al agá de Berut y establece su capital en esta ciudad. En vano los bajás de Alepo y de Damasco le amenazan ó le denuncian al divan; soborna á sus jueces y triunfa, por la astucia ó la fuerza, de todos sus enemigos. Al cabo la Puerta, tantas veces prevenida de los adelantamientos de los drusos, toma la resolución de atacarlos, y prepara una expedición formidable. El emir Fakar-el-Din quiere contemporizar:—ya habia formado alianzas y ajustado tratados de comercio con algunos príncipes de Italia, y en aquel apuro pasa en persona á solicitar los auxilios que le habian prometido aquellos príncipes. Deja el gobierno á su hijo Alí, se embarca en Berut, y se refugia en la corte de los Médicis, en Florencia. La llegada á Europa, de un príncipe mahometano, escita sumo interés, se estiende la voz de que Fakar-el-Din es un descendiente de los príncipes de la casa de Lorena,—de que los drusos descenden de los compañeros de un conde de Dreux, que se quedaron en el Líbano despues de las cruzadas. En vano

el historiador Benjamin de Tudela hace mencion de los drusos antes de la época de las cruzadas; el hábil aventurero pone todo su conato en propagar aquella opinion; para interesar por su suerte á los soberanos de Europa. Al cabo de nueve años de residencia en Florencia, el emir Fakar-el-Din vuelve á Siria: su hijo Alí habia rechazado á los turcos y conservado intactas las provincias conquistadas por su padre, á quien inmediatamente entrega el mando. El emir, corrompido por las artes y las delicias de Florencia, olvida que reina á condicion de inspirar respeto y terror á sus enemigos; construye en Berut palacios magníficos y decorados, como los palacios de Italia, con estatuas y pinturas que ofenden las preocupaciones de los orientales. Sus vasallos se escasperan; el sultan Amurat IV se indigna y envia de nuevo al bajá de Damasco con un poderoso ejército contra Fakar-el-Din. Mientras baja del Líbano el bajá, una escuadra turca bloquea el puerto de Berut: Alí, hijo primogénito del emir, y gobernador de Safad, muere peleando contra el ejército del bajá de Damasco. Fakar-el-Din envia á su segundo hijo á implorar la paz á bordo del navio almirante; el almirante retiene prisionero á aquel mancebo y se niega á toda negociacion. Conster-nado el emir huye y se encierra con un corto número de amigos leales en el inaccesible peñasco de Nilka. Los turcos, despues de haberle sitiado

durante un año entero, se retiran: Fakardin, libre ya, toma el camino de su montaña; pero vendido por algunos de los compañeros de su fortuna, es entregado á los turcos y conducido á Constantinopla. Prosternado á los piés de Amurat, este le trata al principio con generosidad y benevolencia; le da un palacio y esclavos, pero poco despues por unas sospechas de Amurat, el valiente y desgraciado Fakar-el-Din muere ahorcado. Los turcos, que se contentan, en su política, con separar con el pié al enemigo que les hace sombra, pero que por lo demas respetan las costumbres de los pueblos y las legitimidades tradicionales de las familias, dejaron reinar á la posteridad de Fakar-el-Din:—no hace arriba de un siglo que la muerte del último descendiente del célebre emir ha dejado pasar el cetro del Líbano á otra familia, la familia Chab, oriunda de la Meca, y cuyo gefe actual, el anciano emir Beschir, gobierna á la sazón estas comarcas.

La religion de los drusos es un misterio que ningun viagero ha podido nunca penetrar. Muchos europeos he conocido, establecidos hace muchos años en medio de este pueblo, y que me han confesado su ignorancia en este punto: la misma lady Stanhope, que es una escepcion á causa de su residencia habitual en medio de los árabes de esta tribu y por el entusiasmo que inspira á estos

hombres, cuya lengua habla y cuyas costumbres ha adoptado, me ha dicho que tambien para ella es un misterio la religion de los drusos. La mayor parte de los viageros que han escrito acerca de ellos, aseguran que su culto no es mas que un cisma del mahometismo; pero estoy convencidísimo de que se engañan. Un hecho seguro es que la religion de los drusos les permite afectar todos los cultos de los pueblos con quienes se comunican, de donde ha nacido la opinion de que son mahometanos cismáticos, lo que no es cierto. Lo único que está probado es que adoran al beerro. Tienen instituciones como los pueblos de la antigüedad; están divididos en dos castas, los *Akkals*, ó *los que saben*, los *Djahels* ó *los que ignoran*, y segun que un druso es de una ú otra de estas dos castas, practica tal ó cual forma de culto. Moises, Mahoma, Jesus, son hombres que veneran: se reúnen un día de la semana, cada cual en el sitio consagrado al punto de iniciación á que ha llegado, y celebran sus ritos; durante las ceremonias tienen guardias que cuidan de que ningun profano pueda acercarse á los iniciados: la muerte castiga al instante al temerario. Las mugeres son admitidas á aquellos misterios. Los sacerdotes ó *Akkals* son casados. Tienen una gerarquía sacerdotal; el gefe de los *Akkals*, ó el soberano pontífice de los drusos, reside en la aldea de *El Mutna*. Cuando muere un druso, el pueblo se

reune al rededor de su sepulcro y recibe testimonios acerca de su vida; si son favorables, el *Akkal* esclama: ¡Seate misericordioso el Omnipotente! Si los testimonios son malos, el sacerdote y los asistentes guardan un profundo silencio. El pueblo en general cree en la trasmigracion de las almas; si la vida del druso ha sido pura, revivirá en un hombre favorecido por la fortuna, valiente y querido de sus compatriotas; si ha sido vil ó cobarde, volverá bajo la forma de un caballo ó de un perro.

Las escuelas de niños son numerosas y las dirigen los *Akkals*. Los enseñan á leer en el Coran. A veces, cuando los drusos son poco numerosos en un pueblo, y faltan escuelas, dejan á sus hijos instruirse con los de los cristianos, y cuando mas adelante los inician en sus misteriosos ritos, borran de su mente las ideas del cristianismo. Las mugeres son admitidas al sacerdocio como los hombres; el divorcio es frecuente; el adulterio se redime; la hospitalidad es cosa sagrada, y ninguna amenaza ó promesa obligaria jamas á un druso á entregar, ni aun al príncipe, el huésped que se hubiera fiado de él. En la época de la batalla de Navarino, los europeos que residian en las ciudades de Siria, temiendo la venganza de los turcos, se retiraron por espacio de muchos meses entre los drusos, y vivieron con ellos en absoluta seguridad. Todos los hombres son hermanos,

y su moral es proverbial como la del Evangelio, pero la observan mejor que nosotros. Nuestras palabras son evangélicas y nuestras leyes son paganas.

En mi opinion, los drusos son uno de aquellos pueblos cuyo origen se ha perdido en la noche de los tiempos, pero que ascienden á la mas remota antigüedad; su raza, en la parte fisica, tiene mucha analogía con la raza judía, y la adoracion del becerro me moveria á creer que descenden de aquellos pueblos de la Arabia-Petrea que arrastraron á los judíos á este género de idolatría, ó que son de origen samaritano. Acostumbrados ahora a una especie de fraternidad con los cristianos maronitas, y los animados del mismo odio al yugo de los mahometanos; numerosos, ricos, disciplinables, aficionados a la agricultura y al comercio, fácilmente formarán un solo cuerpo con el pueblo maronita y avanzarán al mismo paso en la senda de la civilizacion, con tal que se respeten sus ritos religiosos.

LOS METUALIS.

Los metualis, que forman sobre un tercio de la poblacion del bajo Líbano, son mahometanos de la secta de Alí, secta dominante en Persia; los turcos

por el contrario son de la secta de Omar; efectuóse este cisma en el islamismo el año 36 de la egira; los partidarios de Alí maldicen á Omar como á usurpador del califado; Husein y Alí son sus santos; como los Persas, no beben ni comen con los sectarios de otra religion que la suya, y rompen el vaso ó el plato que ha servido al extranjero; se consideran manchados si sus vestidos tocan a los nuestros; sin embargo, como generalmente son débiles y están despreciados en la Siria, se acomodan á los tiempos, y yo he tenido por criados a varios de ellos que no observaban rigurosamente estos preceptos de su intolerancia. Su origen es conocido; hácia el siglo XVII eran dueños de Balbek; su tribu, engrandeciéndose, se extendió primeramente por las faldas del anti-Líbano, al rededor del desierto de Bka; luego le atravesaron, y se mezclaron con los Drusos en aquella parte montañosa que reina entre Tiro y Saide: el emir Jusef, cuidadoso de su proesimidad, armó á los Drusos contra ellos, y los rechazó por el lado de Safadt y de las montañas de Galilea:—Daher, bajá de Acre, los acogió y formó alianza con ellos en 1760: ya eran bastante numerosos para auxiliarse con diez mil ginetes: en aquella época se apoderaron de las ruinas de Tiro, hoy llamada Sour, pelearon valerosamente contra los Drusos y derrotaron completamente el ejército del emir Jusef, compuesto de veinticinco mil hombres, no siendo ellos mas que quinientos;

pero la rabia y la venganza hicieron de ellos otros tantos héroes, y las desavenencias intestinas que dividian á los Drusos entre el emir Mansour y el emir Jusef contribuyeron á los triunfos de los metualis; abandonaron a Daher, bajá de Acre, y su abandono ocasionó su perdicion y su muerte: Djezar bajá, su sucesor, vengó cruelmente en ellos aquella desercion. Desde el año 1777, Djezz-bajá, dueño de Saide y de Acre; trabajó sin tregua en destruir á aquel pueblo, lo que le obligó á reconciliarse con los Drusos: volvieron los metualis al partido del emir Jusef, y, aunque reducidos a setecientos ú ochocientos combatientes, hicieron mas en aquella campaña por la causa comun, que los veinte mil drusos y maronitas reunidos en Deir-el-Kamar; apoderáronse solos de la fortaleza de Mar-Djebba y pasaron á cuchillo a ochocientos arnautas; arrojados de Balbek al año siguiente, despues de una resistencia desesperada, se refugiaron, en número de quinientas ó seiscientas familias, entre los Drusos y los maronitas; luego bajaron á este valle, y todavía hoy ocupan las magníficas ruinas de Heliópolis, pero la mayor parte de la nacion se ha quedado en las faldas y en los valles del Líbano, por la parte de Sour. El principado de Balbek ha sido en estos últimos tiempos motivo de una lucha encarnizada entre dos hermanos de la familia Harfusch, Djadjha y sultan, que sucesivamente se han desposesionado de

aquel monton de escombros y han perdido, en esta guerra, mas de ochenta personas de su propia familia. Desde el año 1810, el emir Djadjha ha reinado definitivamente sobre Balbek.

LOS ANSARIES.

Volney ha dado acerca de la nacion de los Ansaries, que ocupa la parte occidental de la cordillera del Líbano y las llanuras de Latakié, las mas juiciosas noticias, a las que nada podria yo añadir. Idólatras como los drusos, cubren como ellos sus ritos religiosos con las tinieblas de la iniciacion, pero son mas bárbaros. Me ocuparé únicamente en aquella parte de su historia que asciende al año 1807.

En esta época, una tribu de ansariés, fingiendo una reyerta con su caudillo, abandonó su territorio en las montañas, y fué a pedir asilo y proteccion al emir de Mazzyad, quien, aprovechando gustosísimo una ocasion tan favorable de enflaquecer a sus enemigos dividiéndolos, recibió á los Ansariés igualmente que a su caudillo Mahmud dentro de los muros de Mazzyad, y llevó la hospitalidad hasta el punto de desalojar a una parte de los vecinos

del pueblo para hacer lugar a los fugitivos. Por espacio de algunos meses no se turbó la tranquilidad, pero un día en que el mayor número de los Ismaelianos de Mazziad habia salido del pueblo para ir a trabajar en los campos, los Ansariés, a una señal dada, se precipitan sobre el emir y sobre su hijo, los asesinan, se apoderan del castillo, dan muerte a todos los Ismaelianos que se hallan en la ciudad y le prenden fuego. Al dia siguiente una multitud de Ansariés van a reunirse en Maszyad con los perpetradores de aquella abominable conjuracion, cuyo secreto habia guardado un pueblo entero durante cuatro ó cinco meses. Sobre trescientos Ismaelianos sucumbieron en la matanza: los demas se refugiaron en Hama, en Homs ó en Trípoli.

Las prácticas piadosas y las costumbres de los Ansariés han hecho creer a Burckhardt que eran una tribu trasplantada del Indostan; lo cierto es que estaban establecidos en Siria mucho tiempo antes de la conquista de los otomanos; algunos de ellos son todavía idólatras. El culto del perro, que parece que era el de los antiguos sirios y lo que dió su nombre al rio del perro, *Nahr-el-Kelb*, cerca de la antigua Berite, se ha conservado, dicen, en algunas familias de ansariés. Este pueblo está en decadencia, y fácilmente seria sojuzgado por los Drusos y los maronitas.

aquel monton de escombros y han perdido, en esta guerra, mas de ochenta personas de su propia familia. Desde el año 1810, el emir Djadjha ha reinado definitivamente sobre Balbek.

LOS ANSARIES.

Volney ha dado acerca de la nacion de los Ansaries, que ocupa la parte occidental de la cordillera del Líbano y las llanuras de Latakié, las mas juiciosas noticias, a las que nada podria yo añadir. Idólatras como los drusos, cubren como ellos sus ritos religiosos con las tinieblas de la iniciacion, pero son mas bárbaros. Me ocuparé únicamente en aquella parte de su historia que asciende al año 1807.

En esta época, una tribu de ansariés, fingiendo una reyerta con su caudillo, abandonó su territorio en las montañas, y fué a pedir asilo y proteccion al emir de Mazzyad, quien, aprovechando gustosísimo una ocasion tan favorable de enflaquecer a sus enemigos dividiéndolos, recibió á los Ansariés igualmente que a su caudillo Mahmud dentro de los muros de Mazzyad, y llevó la hospitalidad hasta el punto de desalojar a una parte de los vecinos

del pueblo para hacer lugar a los fugitivos. Por espacio de algunos meses no se turbó la tranquilidad, pero un día en que el mayor número de los Ismaelianos de Mazziad habia salido del pueblo para ir a trabajar en los campos, los Ansariés, a una señal dada, se precipitan sobre el emir y sobre su hijo, los asesinan, se apoderan del castillo, dan muerte a todos los Ismaelianos que se hallan en la ciudad y le prenden fuego. Al dia siguiente una multitud de Ansariés van a reunirse en Maszyad con los perpetradores de aquella abominable conjuracion, cuyo secreto habia guardado un pueblo entero durante cuatro ó cinco meses. Sobre trescientos Ismaelianos sucumbieron en la matanza: los demas se refugiaron en Hama, en Homs ó en Trípoli.

Las prácticas piadosas y las costumbres de los Ansariés han hecho creer a Burckhardt que eran una tribu trasplantada del Indostan; lo cierto es que estaban establecidos en Siria mucho tiempo antes de la conquista de los otomanos; algunos de ellos son todavía idólatras. El culto del perro, que parece que era el de los antiguos sirios y lo que dió su nombre al rio del perro, *Nahr-el-Kelb*, cerca de la antigua Berite, se ha conservado, dicen, en algunas familias de ansariés. Este pueblo está en decadencia, y fácilmente seria sojuzgado por los Drusos y los maronitas.

18 de Noviembre.

Vuelvo de una escursion al monasterio de Antura, uno de los mas hermosos y célebres del Líbano. Al salir de Berut, se sigue durante una hora la orilla del mar, bajo una bóveda de árboles de todas formas; casi todos son frutales, higueras, granados, naranjos, áloes, higueras-sicomoros, árboles gigantes, cuyos innumerable frutos, semejantes a higos pequeños, no nacen entre las hojas, antes bien están pegados al tronco y a las ramas, como matas de musgo. Despues de haber atravesado el rio por el puente romano, cuyo aspecto queda ya descrito, se sigue una playa arenosa hasta el cabo Batrun, formado por un brazo del Líbano, proyectado en el mar: este brazo no es mas que un peñasco en el que se ha labrado, en la antigüedad, un camino a manera de cornisa desde donde se disfruta una bellísima vista del mar. Las laderas del peñasco están cubiertas, en muchos puntos, de inscripciones griegas, latinas y siriacas, y de figuras esculpidas en la misma peña, cuyos símbolos y significaciones se han perdido. Verosímilmente hacen referencia al culto de Adonis practicado antiguamente en estas regiones; si hemos de dar crédito a las

tradiciones, tenia templos y ceremonias fúnebres cerca del sitio en que murió, que se cree que fué en la orilla del rio que acabábamos de atravesar. Bajando de aquella alta y pintoresca cornisa, el pais muda repentinamente de carácter; la vista se pierde en una estrecha y profunda garganta, toda ocupada por otro rio, Nahr-el-Kelb, el rio del perro, que corre silenciosamente entre dos paredes de peñascos perpendiculares, de dos a trescientos pies de elevacion. En algunos puntos llega todo el valle, en otros deja solamente una estrecha márgen entre sus aguas y la peña. Esta márgen está cubierta de árboles, de cañas de azucar, de juncos y de enredaderas, que forman una verde y densa bóveda en las orrillas y a veces sobre todo el cauce del rio. Vese sobre la roca un kan arruidado en la orilla del agua, en frente de un puente muy airoso, por el cual se pasa temblando. En las laderas de los peñascos que forman aquel valle, la paciencia de los árabes ha labrado algunos senderos en escalones de piedra, que penden casi perpendicularmente sobre el rio, y que sin embargo es preciso subir y bajar a caballo. Abandonámonos al instinto y a los piés de corza de nuestros caballos; pero era imposible no cerrar los ojos en ciertos pasos, para no ver la altura de los escalones, la tersura de las piedras, la inclinacion del sendero y la profundidad del precipicio:—allí fué donde el último legado del

papa cerca de los maronitas fué precipitado por un resbalon de su caballo y pereció miserablemente hace algunos años.

A la salida de este sendero, se halla uno en unos altos prados, cubiertos de árboles, de viñas y de pueblecillos maronitas, y ve sobre un collado, delante de sí, una linda casa nueva, de arquitectura italiana, con pórtico, azoteas y barandas, que es la habitacion que monseñor Lozanna, obispo de Abydos, y actual legado de la santa sede en Siria, se ha hecho construir para pasar los inviernos: en verano habita el monasterio de Kanobin, residencia del patriarca y capital eclesiástica de los maronitas. Este convento, mucho mas elevado en la montaña, es casi inaccesible, y en invierno está sepultado entre las nieves.

Monseñor Lozanna, prelado de costumbres elegantes, de modales romanos, de esquisito ingenio, de erudicion profunda y de sólida y rápida inteligencia, ha sido felizmente elegido por la corte de Roma para ir á representar la política y conservar la influencia católica cerca del alto clero maronita. Digno de representar á su corte en Viena ó en Paris, este ilustre personage es el tipo de uno de aquellos prelados romanos herederos de las grandes y nobles tradiciones diplomáticas de aquel gobierno, en el que la fuerza es nada, en el que la habilidad y la dignidad personal son todo. Monseñor

Lozanna es piemontés; sin duda no residirá mucho tiempo en estas soledades, y Roma lo empleará mas útilmente en un teatro mas borrascoso. Es uno de aquellos hombres que justifican á la fortuna, y cuya fortuna está escrita de antemano en una frente activa é inteligente. Afecta, con razon, entre estos pueblos, un lujo oriental y una solemnidad y una pompa exterior, sin lo cual los hombres del Asia no reconocen la santidad ni el poderío. Ha adoptado el trage árabe; su barba inmensa, y cuidadosamente peinada, descende en olas de oro sobre su ropon de púrpura, y su bellísima yegua árabe, brillante y dócil en su mano, desafía á la mas bizarra yegua de los jeques del desierto. Pronto le vimos salirnos al encuentro, seguido de una numerosa escolta, y caracoleando á la orilla de aquellos precipicios que con tanta cautela íbamos costeando. Despues de los primeros cumplimientos, nos llevó á su hermosa quinta, donde nos esperaba una colacion, y poco despues nos acompañó al monasterio de Antura, donde residia interinamente. Dos jóvenes sacerdotes lazaristas, recién llegados de Francia, ocupan solos ahora aquel soberbio y espacioso convento construido en otro tiempo por los jesuitas, que muchas veces han intentado establecer su mision y su influencia entre los árabes, y nunca lo han conseguido ni llevan trazas de conseguirlo. La razon de esto es muy sencilla: no hay política en la religion de los hombres del Oriente;

completamente separada de la potestad civil, no da influencia ni accion en el estado:—el estado es mahometano;—el catolicismo es libre, pero no tiene ningun medio humano de dominio; ahora bien, por los medios humanos es por los que el sistema de los jesuitas ha intentado siempre influir é influye religiosamente:—este pais no les convenia por consiguiente. En él la religion està dividida en comuniones ortodoxas ó cismáticas, cuyas creencias forman parte de la sangre y de la índole hereditaria de las familias, de tal suerte que hay repulsion y odio irreconciliable entre las diferentes comuniones cristianas aun mas que entre los turcos y los cristianos. Las conversiones son imposibles en un pais donde la mudanza de comunion seria un oprobio que infamaria, y que una tribu, un pueblo, una familia castigarían tal vez de muerte: por lo que hace a los mahometanos, es cosa inaudita que se haya convertido nunca ninguno: su religion es un deismo práctico, cuya moral, en principio, es la misma que la del cristianismo, menos el dogma de la divinidad del hombre. El dogma del mahometismo no es mas que la creencia en la inspiracion divina, manifestada por un hombre mas justo y favorecido por la emanacion celeste que todos sus semejantes; con el tiempo se han mezclado algunos hechos milagrosos á la mision de Mahoma, pero esos milagros de las leyendas islámicas no consti-

tuyen el fondo de la religion, y los turcos ilustrados no los admiten. Todas las religiones tienen sus leyendas, sus tradiciones absurdas, su lado popular; el lado filosófico del mahometismo està esento de esas groseras mezclas: todo él se reduce á dos puntos,—resignacion á la voluntad de Dios, y caridad con los hombres. He visto muchísimos turcos y árabes profundamente religiosos que no admitian de su religion mas que lo que tiene de razonable y humano; su razon no tenia que hacer esfuerzos para admitir dogmas que se le resisten:—es el deismo práctico y contemplativo. Semejantes hombres son inconvertibles; se descende del dogma maravilloso al dogma sencillo, pero no se sube del dogma sencillo al dogma maravilloso.

La intervencion de los jesuitas tenia otro inconveniente entre los maronitas. Por la naturaleza misma de su institucion, fácilmente crean partidos, piadosas facciones en el clero y en la poblacion; por efecto del mismo ardor de su celo, inspiran ó el entusiasmo ó el odio. Nada permanece tibio en derredor de ellos; los individuos del alto clero maronita, aunque sencillos y buenos, no podian ver con agrado el establecimiento entre ellos de una corporacion religiosa que habria arrebatado una parte de las poblaciones católicas a su dominio espiritual. Los jesuitas, pues, no ecsisten en Siria; estos últimos años han llegado dos jóvenes padres, uno frances y otro aleman, llamados

por un obispo maronita para profesar en la escuela maronita que ha fundado. Yo he conocido a aquellos dos escelentes jóvenes, ambos llenos de fé y consumidos por un celo desinteresado. Nada desatendian para propagar entre los Drusos, sus vecinos, algunas ideas de cristianismo, pero el efecto de sus pasos se reducía a bautizar en secreto a hurtadillas de los padres, algunos niños, en las familias donde se introducían, so pretesto de darles consejos medicinales. Poco dispuestos me parecieron a someterse a los hábitos algun tanto ignorantes de los obispos maronitas, en materia de instruccion, y creo que volverán a Europa sin haber conseguido naturalizar la aficion a una instruccion mas elevada. El padre francés era digno de profesar en Roma ó en Paris.

El convento de Antura ha pasado a los lazaris-tas, desde la estincion de la orden de los jesuitas. Los dos jóvenes padres que le habitaban, habian ido muchas veces à visitarnos a Berut, y en ellos hallamos una compañía tan amable como inesperada; bondadosos, sencillas, modestos, únicamente ocupados en severos y altos estudios, al corriente de todas las cosas de Europa, y participando del movimiento intelectual que nos arrastra consigo, su conversacion universal y sabia nos habia encantado tanto mas cuanto mas raras son las ocasiones que se presentan de hallarla en estos desiertos. Cuando pasábamos una noche con ellos, hablando

